MANUEL LEGUINECHE

LOS AÑOS DE LA INFAMIA

Crónica de la II Guerra Mundial

Lectulandia

«Después de las guerras de los grandes, vendrán las guerras de los pigmeos», aseguró Winston Churchill. Y así fue: La II guerra mundial fue el último gran conflicto bélico que implicó a las grandes naciones. De los rescoldos de la anterior surgió aquella «guerra innecesaria» —como también la calificó el estadista británico— que levantó en armas a más de cincuenta millones de hombres, se libró en todos los continentes, alteró las fronteras y transformó el mundo modificando sus alianzas y equilibrios y haciéndole pagar un alto tributo en sangre que con el paso del tiempo se revisa al alza: más de sesenta millones de muertos.

Este libro arranca con un bombardeo; el de Guernica, en 1937, y se cierra con otro, con el hongo apocalíptico de Hiroshima. Entre ambos queda el relato palpitante de un reportero excepcional, un recorrido apasionante, riguroso en lo histórico y audaz en el análisis de los motivos. Cincuenta años después del final de la guerra, Manuel Leguineche nos desvela las ambiciones y los miedos de los grandes actores de este gran drama: Hitler, Hiro Hito, Mussolini, Roosevelt, Churchill, Stalin…, aproxima a nosotros el desarrollo de las grandes batallas con el testimonio de los supervivientes; descubre cómo el viejo orden mundial se confeccionó con conferencias como la de Yalta y cómo el horror del Holocausto transcendió el mundo en procesos como el de Nuremberg; nos acerca al nihilismo de los ideólogos del nacionalsocialismo de Hitler y la locura de sus carniceros en los campos de concentración. Un libro en el que el gran reportero se acerca a los escenarios y a los hechos para hacer hablar a sus protagonistas y convertir la historia en una crónica viva.

Manuel Leguineche

Los años de la infamia

Una crónica sobre la II Guerra Mundial

ePub r1.0
Titivillus 20.11.2023

Título original: *Los años de la infamia*
Manuel Leguineche, 1995
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta
Los años de la infamia
Prólogo
Capítulo uno
El último puente
Karmele
Rescoldos
Capítulo dos
Cruzar el rubicón
Pacto entre dos diablos
Los sudetes
Churchill
La invasión de austria
Tradición y cualidades
Cruzadas de brazos
Torpedos
¿Fue inevitable la guerra?
Finlandia
Mussolini
Noruega
Marcha con el destino
Capítulo tres
Ana frank
La rendicion del rey
Pánico en francia
Dunquerque, la evacuación
La batalla de inglaterra
Roosevelt
Horas dramaticas
Los caballeros del aire
Imagen 1
Imagen 2
Imagen 3
Imagen 4
Imagen 5
Imagen 6
Imagen 7
Imagen 8
Capítulo cuatro
Peligro, minas
Rommel

Novecientos cañones al claro de luna
Operacion antorcha
Capítulo cinco
Un día de permiso estropeado
El increíble viaje de hess
Un elefante ataca a un ejercito de hormigas
Ropa de verano
Hacia moscú
Imagen 9
Imagen 10
Capítulo seis
La guerra comercial.
Telegrama en clave
Viento del este, lluvia
Por mi honor y por mi vida
Capítulo siete
Un viento de acero
3.000 KILOMETROS DE FRENTE
Paulus
Von manstein
La caldera
La conferencia de casablanca
Regalo de navidad
Imagen 1
Imagen 12
Imagen 13
Imagen 14
Imagen 15
Imagen 16
Imagen 17
Imagen 18
Capítulo ocho
Sordera intelectual
Fusilamientos
El mejor espía
Como pedro el grande
Capítulo nueve
Las termópilas
Capítulo diez
La aviación
Por el imperio hacia dios
Buena suerte
Desastre
«Garbo»

Imagen 19
Capítulo once
La imagen de churchill
Batan y corregidor
¡Condenado barco!
Prisionero de guerra
El puente sobre el rio kwai
Capítulo doce
Las midway
Las lágrimas de un almirante
Guadalcanal
Objetivo, birmania
Sin cuartel
El sueño del guerrero
Leyte
Camicaces
Iwo jima, la foto de la guerra
Okinawa
Imagen 20
Imagen 21
Imagen 22
Imagen 23
Imagen 24
Imagen 25
Imagen 26
Imagen 27
Imagen 28
Capítulo trece
Desembarco en sicilia
El sopapo de patton
La caída del Duce
La liberación de mussolini
La abadía de monte cassino
La batalla del atlantico
Lo peor llegó desde el aire
Varsovia
El coste de la victoria
Dresde
Capítulo catorce
Capítulo quince
El día
Sospechas
Cerdos de sangre azul
Capítulo dieciséis

Matar nazis
Al trote
Bombas volantes
El punto vital
Tembloroso y avejentado
Un puente demasiado lejano
Nuts
La ofensiva de las ardenas
La apuesta de 5 libras
El puente de remagen
La fortaleza alpina
Un abrazo en el elba
Imagen 29
Imagen 30
Imagen 31
Imagen 32
Imagen 33
Imagen 34
Imagen 35
Imagen 36
Capítulo diecisiete
Los angeles perdidos
Un lobo estepario
La boda
Capítulo dieciocho
Una mujer judia
Experimentos
Una nube gris
Himmler
La banalidad del mal
Capítulo diecinueve
Donde empieza el secreto
Engañados
El patibulo
La horca en japon
Capítulo veinte
Conciencia de culpa
El último acto
El niño ha nacido bien
MIL Soles
Un fogonazo de magnesio
Una procesion de hormigas
Un lujo mortal
La voz de jade

Mas vale morir
Sobre el autor

A mis amigos de Beléndiz, Arratzu,
Gernika, Cañizar, Torija, Brihuega,
El Cañal, Guadalajara y El Espinar.

Prólogo

«El día de la infamia», llamó el presidente de Estados Unidos F. D. Roosevelt al bombardeo de Pearl Harbor por la aviación japonesa. «La guerra innecesaria», la llamó Winston Churchill. Las democracias occidentales salieron triunfantes de la prueba tras 2191 días de guerra, los años de la infamia, y con ellas, la Unión Soviética de Stalin, que tan alto precio debió pagar para derrotar a Hitler. Cuando los soldados soviéticos y norteamericanos se abrazan a orillas del río Elba, camino de Berlín, la vieja Europa pasa a un segundo plano, el mundo se bipolariza, las 2 grandes potencias pasan a llamarse Estados Unidos y Unión Soviética, los imperios se desploman.

De los rescoldos de la I Guerra surgió la II Guerra. A partir de 1939 y hasta que el almirante Shigemitsu se rinde al general MacArthur a bordo del acorazado *Missouri* en la bahía de Tokio, el mundo se despedaza, camina al revés, en sentido contrario, como las agujas del reloj del cementerio judío de Praga. No bastó la carnicería de la I Guerra Mundial. Tuvieron que morir más de 60 millones de hombres —las cifras se revisan al alza con el paso de los años— para poner fin a las hostilidades desencadenadas por aquel que Hindenburg llamó «el cabo bohemio», ebrio de gloria y de espacio vital, resentido por las condiciones impuestas a Alemania por los vencedores de la I Guerra.

Este libro empieza con un bombardeo, el de Guernica en 1937, y termina con otro, con el hongo apocalíptico de Hiroshima. Hitler había organizado un Reich, un Estado, un imperio basado de forma exclusiva en la ciega y total obediencia a su persona. Va a ser la guerra total en todos los continentes. La I Guerra Mundial se libró en el frente europeo, la II Guerra desborda todas las fronteras, envuelve a las poblaciones civiles, ensaya armas cada vez más mortíferas y paga un pesado tributo en sangre. La guerra fue un terremoto que transformó el mundo, sus continentes, sus alianzas, sus mapas, sus hombres, su ciencia y su conciencia: Estados Unidos puso su pie en Europa, las naciones sometidas se rebelaron contra las potencias coloniales, Europa descubrió, por segunda vez, que las viejas disputas conducían a la catástrofe y que el mejor camino era el de la unidad entre los pueblos. El doble destino del viejo continente: Europa es demasiado grande para estar unida y demasiado pequeña para permanecer dividida.

Del final de la guerra brota un rayo de esperanza sobre los escombros y los cuerpos pulverizados de Hiroshima: la guerra no debe

volver a repetirse. Por una de esas paradojas de la historia, las tres naciones vencidas —Alemania, Italia y Japón— sabrán aprovechar la segunda oportunidad hasta convertirse en potencias vencedoras gracias a su sacrificio y a su capacidad de trabajo.

Todo apunta a que el mundo entraría en una nueva era, en un nuevo orden una vez derrotados los fascismos. Sin embargo, a la guerra caliente le sucedió la guerra fría, las guerras de la posguerra: más de un centenar de conflictos «pequeños» que han arrojado un saldo de 30 millones de víctimas. Ahora la televisión retransmitía en directo los horrores del campo de batalla: a pesar de todo, el hombre no se daba por enterado. Ha preferido la victoria a la paz. El fin del comunismo, la caída del Muro, descartó el enfrentamiento entre las grandes potencias, pero quedaban las pequeñas, que libres de dirección y tutela combatían en el interior de sus fronteras. «El arte de la guerra —escribió el teórico chino Sun Tzu hace muchos siglos— es de vital importancia para el Estado… un asunto de vida o muerte». ¿Por qué la guerra? El historiador Tucídides atribuyó las causas de la guerra del Peloponeso al rápido crecimiento del poder de Atenas. Otras razones pueden haber sido las ambiciones territoriales, el botín y la riqueza, los conflictos de fronteras, el imperialismo, el nacionalismo exacerbado, la lucha de clases, la religión, la carrera de armamentos, los sistemas de alianzas, las ambiciones de los generales, las venganzas de la historia, el honor, el miedo, el interés, el afán de poder y territorio, la autoestima, el prestigio y hasta el rapto de una mujer, Helena, que desencadenó la guerra de Troya; el sentido del honor provoca el conflicto, muy por encima de otras consideraciones. Tan esencial como el arte de hacer la guerra es el de saber cómo evitarla. La paz no se conserva por sí misma. En su obra *On the origins of war and the preservation of peace*, el historiador de Yale Donald Kagan, celebrado por George Steiner como uno de los intérpretes más profundos de este siglo trágico, elige dos guerras antiguas y 2 modernas, la guerra del Peloponeso (431.404
a. de C.
) en paralelo con la I Guerra Mundial, y la II Guerra Púnica entre Roma y Cartago (218-201
a. de C.
) en relación con la II Guerra Mundial.

En el primer caso se establecía un equilibrio de poder entre dos alianzas. La expansión y el dinamismo del Imperio Ateniense del siglo V antes de
C.
y de la Alemania del siglo XIX (káiser Guillermo) amenazaban con

romper esa estabilidad. En los dos casos las hostilidades se precipitaron por incidentes menores que no afectan a los grandes protagonistas, sino a sus aliados (atentado de Sarajevo y declaración de guerra a Serbia). En Grecia, la ruptura de treinta años de paz se debió al auge del poder de Atenas que aterrorizaba a los espartanos; en la Europa occidental el equilibrio que se mantiene desde 1871 se quiebra cuando Alemania reclama del Imperio Británico «el respeto, el reconocimiento e igual autoridad», en palabras del historiador Jonathan Steinberg.

¿Se pudieron evitar estas 2 guerras?, se pregunta Donald Kagan. Tanto Atenas como Gran Bretaña adoptaron una política de disuasión, pero las 2, convencidas de su superioridad naval «sobrestimaron su capacidad estratégica. Su política no se correspondía con su capacidad estratégica, de modo que fracasaron en un intento de cerrar el paso a sus adversarios».

El segundo ejemplo: después de largas y costosas batallas, Roma y Gran Bretaña dictaron a sus enemigos cláusulas de paz lo bastante duras como para provocar resentimiento, pero no lo bastante eficaces como para prevenir un nuevo inicio de las hostilidades. La II Guerra Mundial como la II Guerra Púnica es el resultado del fracaso de los vencedores para construir sólidas bases para la paz. Si los romanos hubieran intervenido a tiempo en España, donde Aníbal preparaba a su ejército, no hubiera podido cruzar los Alpes e invadir Italia. Después de la I Guerra Mundial, en Francia y Alemania no faltaban los medios para conservar la paz, pero faltaba el entendimiento, la comprensión de los problemas y el deseo de mantener la paz. Una reacción dura de franceses y británicos a la remilitarización de Renania por parte de Hitler en 1936 —añade Kagan— hubiera forzado la retirada nazi «hasta hacer la triunfante ofensiva de 1940 sobre el frente occidental más difícil, si no imposible».

Dios ayuda al ejército que reúne más cañones. La apuesta de Hitler, Mussolini y el emperador Hirohito contra el «arsenal de la democracia» fue a todas luces desproporcionada. La victoria aliada se sustentó en la base industrial. El poeta Louis Simpson se refería a una batalla cerca de Dusseldorf, en Alemania, con estas palabras:

Por cada andanada que dispara Krupp
General Motors le devuelve 3.

Antes de que terminara la guerra, Estados Unidos había fabricado 300.000 aviones, 11.000 de los cuales volaban sobre territorio francés el día del desembarco en Normandía. Al superar la depresión económica y el *crack* de 1930, la II Guerra Mundial consagra a Estados

Unidos como gran potencia: al terminar la guerra el volumen de sus productos manufacturados dobla al de 1939, el paro desaparece, de sus minas y de sus fábricas salen la mitad del carbón, el 60% de la energía eléctrica y dos terceras partes del petróleo producido a escala internacional. La Unión Soviética ha salido muy castigada del conflicto mundial, destruida gran parte de su infraestructura y con grandes pérdidas en vidas humanas. El férreo centralismo le permite a Stalin, aun a falta de inversiones extranjeras, reconstruir su industria con la transferencia al Este de la maquinaria y plantas enteras de los vencidos.

Los aliados de ayer, el mundo libre y la
URSS
y su nuevo imperio sobre el que ha caído un telón de acero, son los adversarios de hoy. Se han repartido el mundo en zonas de influencia y en dos alianzas militares, la
OTAN
y el Pacto de Varsovia. Berlín, la capital de Hitler, queda dividida en 4 zonas de ocupación. Las Naciones Unidas que han nacido en las Conferencias de Yalta y de San Francisco sirven de difícil campo de entendimiento entre los 2 mundos. El planeta pasa a regirse por un equilibrio muy frágil. La paz no se instala del todo sobre la inmensa pirámide de muertos: casi 30 millones en China, más de 20 millones en la Unión Soviética, 7 millones en Alemania, 5 millones en Polonia, 2 millones en Japón, 600.000 en Francia, 500.000 en Gran Bretaña, 300.000 en Estados Unidos a los que hay que añadir los 6 millones de judíos devorados por las cámaras de gas en la «*Shoah*» (el Holocausto). En palabras de Churchill, ha sido «la guerra de los soldados desconocidos». Y en palabras de Roosevelt «*no luchamos por una sola generación, sino por todas*».

Hitler dividió el mundo entre la raza pura, la suya, y la de los infrahombres. La guerra es para él la unidad de destino y para Mussolini la única oportunidad para llevar «todas las energías humanas a su máxima tensión hasta imprimir el sello de la nobleza sobre los que tienen el coraje de entrar en ella». Pero han calculado mal sus fuerzas y las del formidable adversario. El resultado es la carnicería, el genocidio de los pueblos, el odio racial, la solución final. Primo Levi, escritor judío, se negó a tratar de comprender ese odio de los nazis, «porque tratar de comprender es casi justificar los hechos».

La II Guerra Mundial puso en armas a más de 50 millones de hombres, 12 millones en Estados Unidos y la
URSS
, 10 millones en Alemania, 6 millones en Japón, casi 5 millones en

Italia y Gran Bretaña. «Lo que nos hicimos unos a otros —escribió el corresponsal Robert Goralski— supera los límites de la comprensión humana». Hasta dos millones de hombres tomaron parte en la batalla de Kursk, en Ucrania, en 1943, la batalla más grande de la historia, con 6000 carros de combate y 4000 aviones. La batalla de Stalingrado, perdida por Hitler en febrero de 1943, representa el comienzo del fin de la esvástica, el signo de la raza aria descubierto por el arqueólogo Schliemann sobre las ruinas de Troya en Turquía. En su poema *Desaparecido*, John Pudney deplora la muerte en combate de su amigo «Smith»:

No hay rosas al final
para mi amigo Smith.

Después del terrible bombardeo de Dresde que asesinó al barroco, alguien pintó en un muro de la que fue capital sajona: «*Gracias, querido Führer*». «*La II Guerra Mundial* —escribe Paul Fussell en Modern war— *puso al descubierto la relativa civilidad de la Primera. Fue tal el horror que los aliados descubrieron en los campos de exterminio nazis que el general Eisenhower, comandante supremo, se negó a asistir a la capitulación alemana en la ciudad francesa de Reims*». En 1940 le preguntaron al escritor inglés Forster lo que pensaba de la guerra: «*Es algo que se puede soportar tan sólo una vez en la vida, nunca 2 veces*». Volvió a suceder en la llamada «era de las masas». «*El fascismo y el bolchevismo son hijos de la I Guerra, trasladan a la política* —señala Furet— *el aprendizaje de las trincheras, la costumbre de la violencia, la simplicidad de las pasiones extremas, la sumisión del individuo a lo colectivo y, al fin, la amargura de los sacrificios inútiles o traicionados*». En eso ha quedado la aspiración al hombre nuevo y la movilización de las pasiones revolucionarias modernas de Lenin, Mussolini e Hitler que se elevan con un increíble apetito de poder sobre pueblos seducidos o alzados de hombros. El soldado Mitchel Sharpe, que combate a los nazis y a su ejército, la Wehrmacht, en Francia y Alemania, le escribe a su madre después de ver que su amigo Neal yace muerto a su lado con la boca y los ojos abiertos: «*Somos chicos de 18, 19, 20 años, combatiendo en un país que no significa nada para nosotros, luchando porque se trata de matar o que te maten, no porque haya que salvar la democracia o destruir el nazismo*». Esa es la amargura de la realidad en las trincheras, pero una vez que Hitler trae la guerra, hay que ganarla a toda costa, por todos los medios, como sea frente al Imperio del Mal.

Este es el libro de un reportero, escrito al cumplirse los 50 años del final de la hecatombe. Si algún valor tiene es el de poner al día la evolución de los acontecimientos en los casi 6 años que duró la

contienda. Al cabo de 50 años hay perspectiva suficiente como para situar los hechos, esclarecer algunos misterios e iluminar comportamientos en un mayor acercamiento a la verdad. El reportero se acerca al paisaje de los desastres de la guerra y en ocasiones hace hablar a sus protagonistas. En uno de esos lugares ha leído la frase del correligionario y cordial enemigo de Churchill, el conservador Stanley Baldwin: «*La guerra terminaría para siempre si los muertos pudiesen regresar*».

Capítulo uno

Gritos de flores, gritos de pájaros, gritos de niños

La II Guerra Mundial empezó en mi pueblo, Guernica. Así lo aseguró el embajador de Estados Unidos en Madrid, Claude Gernade Bowers, en 1954 en su libro *Misión en España*. El bombardeo, por vez primera en la historia, de una ciudad abierta le sirvió a la fuerza aérea alemana para ensayar sus aviones y sus bombas. Hermann Goering, jefe de la Luftwaffe, afirmó en el proceso de Nuremberg, en marzo de 1946, que la Guerra Civil española fue «una oportunidad para poner a prueba a mi joven fuerza aérea, así como para que mis hombres adquirieran experiencia». La guerra y la violencia estaban de moda. El futuro presidente Roosevelt les dijo en los años veinte a los cadetes de la Academia de Guerra Naval: «Ningún triunfo de la paz es tan grande como los supremos triunfos de la guerra». El alemán Ernst Jünger escribió en *Tempestades de acero*: «La guerra nos parecía un lance viril, un alegre concurso de tiro celebrado sobre floridas praderas en que la sangre era el rocío. No hay en el mundo muerte más bella…». La sangre, se decía, es una tonificante cura de hierro de la humanidad y, para Ruskin, «el fundamento de todas las artes, la base de todas las demás virtudes y facultades de los hombres». Se hablaba del valor educativo y del aspecto ético de la guerra. Guernica fue el principio de Coventry, Dresde, Hiroshima, Vietnam, Afganistán, Sarajevo o Grozny, la capital de Chechenia.

Según el historiador Martínez Bande, los nazis deseaban que la guerra terminara cuanto antes, y «la única forma de lograrlo era imponer una táctica destructiva, que horrorizase a la población civil de la retaguardia, y de rechazo a las tropas del frente». Se había acabado el tiempo del mariscal Foch en la I Guerra Mundial: «La artillería conquista el terreno, la infantería lo ocupa». Hasta entonces, el peor bombardeo había sido el de los zepelines alemanes sobre Londres en 1917. La *blitzkrieg* (guerra relámpago) aérea, la combinación de balas rompedoras, bombas explosivas y térmicas, el bombardeo sistemático sobre Guernica, le sirvió a Goering en la II Guerra Mundial. Los pilotos de la Legión Cóndor que bombardearon la ciudad sagrada de los vascos utilizaron sus planos, fotografías, diarios e informes y, lo que es más importante, su experiencia personal para

formar la punta de lanza de la *Luftwaffe* en la invasión de Polonia. Von Richthofen, jefe del Estado Mayor de la Legión, desplegó la guerra rápida aérea sobre Polonia, Francia, Creta y Yugoslavia. El sistema probado en Guernica fue tan eficaz en estos frentes que Richthofen fue promovido por Hitler al rango de mariscal de campo.

Aquel día, el tiempo sobre Guernica era despejado, y la visibilidad, buena. El parte que Freiherr von Richthofen había pedido a sus meteorólogos no podía ser más favorable: los bancos de niebla se detenían justo a la altura del litoral cantábrico y el objetivo estaba diáfano. Ni siquiera se necesitaba consultar los mapas, bastaba con alcanzar el Cantábrico y, una vez allí, mirar de norte a sur para seguir el curso del río Oca a lo largo de diez kilómetros, hasta situarse en la vertical de Guernica. Después, tan sólo había que apretar el botón y dejar caer el catálogo de bombas: las rompedoras, las explosivas, las incendiarias… y, entre tanto, ametrallar a campo abierto, causando el mayor pánico posible para que los *gudaris* vascos, la población civil y el mundo entero temblaran ante la noticia. El Hiroshima de la Guerra Civil española estaba a punto. «Para nosotros —afirmó luego uno de los pilotos de la Legión Cóndor que bombardeó la ciudad— el fin justifica los medios». Los medios técnicos tenían nombres comojunker, Heinkel o Messerschmitt. Von Richthofen los había preferido a los Stuka, que en el ataque en picado eran precisos, estremecedores. El ataque aéreo sobre Guernica fue algo más que una simple operación en el mapa de la guerra del Norte. La combinación de bombarderos y cazas, el lanzamiento de oleadas de escuadrillas —43 aparatos en total — con precisión de relojería suiza, dejó a la villa vasca en cenizas, borrada del mapa, llena de cráteres, cadáveres, lamentos de heridos y cuerpos carbonizados. El bombardeo sobre Durango, el ensayo anterior por parte de la Legión Cóndor y de los italianos, recibió desde el cuartel general de Franco en Salamanca la misma respuesta que más tarde tendría Guernica: «Han sido los propios vascos quienes la han incendiado».

El general Emilio Mola lanzó octavillas en las que amenazaba con «arrasar Vizcaya» en caso de que las tropas vascas no se rindieran: «*He decidido terminar rápidamente la guerra en el norte de España. Tengo medios sobrados para ello*». Bilbao y Barcelona eran los 2 grandes centros industriales. El avance de Mola en el País Vasco fue más lento de lo que esperaba. El general navarro dobló la dosis de artillería y de aviación hasta lograr que cediese la resistencia vasca, dividida en el mando. Faltaba la guinda: la destrucción de Guernica. El general Mola, Juan Vigón, jefe del Estado Mayor de las Brigadas de Navarra, Richthofen y el general Hugo Sperrle decidieron el bombardeo de la

ciudad vasca por la Legión Cóndor y unidades de la Aviazione Legionaria italiana. La Legión Cóndor era responsable ante Franco. Había llegado a España en marzo de 1937, un mes antes del bombardeo de Guernica. Estaba formada por unos 5.000 hombres, la flor y nata de la aviación alemana, algunos de ellos hijos de los pilotos de la I Guerra Mundial. La Legión Cóndor protegería la ofensiva del Norte dirigida por el general Mola, quien, antes del golpe militar, pronunció estas palabras: «*Hay que sembrar el terror, hay que dejar sensación de dominio eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todos los que no piensan como nosotros*».

El primer jefe de Estado Mayor de la Legión fue el teniente coronel Wolfram von Richthofen, de cuarenta y un años, primo del legendario «Barón Rojo», muerto en combate durante la gran guerra. El jefe de la Legión, cuyo primer destino fue Sevilla, era el general von Sperrle. Unos 100 aviones componían la fuerza de la Legión: un grupo de batalla, formado por 4 escuadrillas de bombarderos de 12 aviones cada una, un grupo de cazas de una fuerza equivalente y una escuadrilla de hidroaviones de reconocimiento. Estaba apoyada por unidades de cañones antiaéreos y antitanques, y por 2 unidades blindadas formadas por 4 compañías, con 4 tanques por cada compañía.

El general Sperrle, más tarde mariscal, fue el primer comandante de la Legión Cóndor hasta que le relevó el general Volkmann. Después, puesto al frente de la Luftflotte III, prestaría el apoyo aéreo en la guerra relámpago a través de Europa. Desde sus bases en el norte y noroeste de Francia, Sperrle tomaría parte en la batalla de Inglaterra. No logró imponer sus tesis sobre la necesidad de atacar desde el aire el tráfico marítimo y los puertos ingleses: fue siempre escéptico sobre el éxito del bombardeo de los aeropuertos. Era más un hombre arrojado y sin escrúpulos que un estratega, y se llevó siempre mejor con Franco que con Mola.

Pero el héroe de la Legión Cóndor fue Adolf Galland, quien, desde su llegada hasta la retirada de la Legión al firmarse el Pacto de No Intervención, llevó a cabo más de 300 misiones en la Guerra Civil española a bordo de su *Messerschmidt* 109. A los 30 años, héroe del aire en la II Guerra con 104 victorias, fue promovido al grado de general, el más joven de la historia del ejército alemán. Galland, que llegó a España después de la destrucción de Guernica, reconoció que la ciudad había sido bombardeada por los alemanes. Fue también uno de los héroes alemanes en la batalla contra la
RAF
en los cielos de Inglaterra, que terminó con la derrota del Tercer Reich

(el I Reich fue el de Carlomagno y el II Reich, el del káiser Guillermo). En cuanto a von Richthofen, lo volveremos a ver en los cielos de Polonia, Bélgica y Francia, en Creta y, más tarde, en Stalingrado.

EL ÚLTIMO PUENTE

En su cuartel general, situado en el hotel Frontón de Vitoria, el primo del «Barón Rojo» señaló a sus hombres dos objetivos sobre el mapa de Guernica: la fábrica de armas cortas Astra y el puente de Rentería, un puente minúsculo sobre la ría que, años después, cruzaría con mis amigos para pescar el barbo en cuanto la marea subiera. En abril de 1937, no se sabe por qué cálculos tácticos o estratégicos, aquel puentecillo de Rentería se convirtió en el blanco primordial para el general Mola y la Legión Cóndor. Después del devastador ataque, tras el lanzamiento de unos 30.000 kilos de bombas, el puente quedó intacto, lo mismo que la fábrica Astra. ¿Para qué quiso Mola destruir algo que no tardaría en ocupar con sus fuerzas terrestres? Ni el puente ni la fábrica de Unceta, ni la Casa de Juntas, que albergaba al Arbol de Guernica, resultaron tocados por las bombas. Mola decidió bombardear un símbolo. Por el puente de Rentería pasaron las tropas de Mola el 29 de abril: requetés, moros, «camisas negras», todos con el objetivo de ocupar Guernica. Era la encrucijada, una confluencia de 3 carreteras, el último puente antes del mar. Richthofen y Vigón trataron de cortar la retirada de las fuerzas vascas entre Guernica y Marquina. El 26 de abril era lunes, día de mercado. La villa fundada por el infante don Tello, conde de Vizcaya y hermanastro del rey Pedro 1 de Castilla, iba a cumplir quinientos setenta y un años dos días después del drama. Su nombre procedía de *Gernikazaharra*, Guernica la vieja, un robledal enclavado sobre una colina, no lejos de la ermita de Nuestra Señora Santa María la Antigua, donde el Señorío de Vizcaya celebraba tradicionalmente sus juntas generales. El rey Fernando el Católico juró los fueros el 30 de julio de 1476 bajo el árbol de las libertades vascas, que, según el poeta, «no daba cobijo a confesos ni traidores». Rousseau escribió —varios siglos después de que don juán de Castilla jurara, en diciembre de 1317, los fueros del Señorío de Vizcaya— que Guernica era «el pueblo más feliz del mundo». Sus asuntos, añadía el autor de *Contrato social*, los gobierna «una junta de campesinos que se reúne bajo un roble y siempre toman las decisiones más justas». El árbol nuevo fue plantado el 15 de enero de 1860. Al preparar la redacción de la Constitución de Estados Unidos en 1786, John Adams escribió que Guernica era «la capital de

la república democrática más antigua del mundo».

Guernica se había convertido para el general Emilio Mola, jefe de las operaciones del Norte, en un falso nudo gordiano. Las tropas de Euskadi, los *gudaris*, después de haber resistido en la altura de los Inchortas, comenzaban a replegarse hacia la seguridad del cinturón de hierro en Bilbao, cuyos planos vendería a Franco el ingeniero Alejandro Goicoechea, creador del TALGO. Se había acantonado en Guernica un batallón de *gudaris*, el 18 de Loyola, pero su capacidad defensiva era nula. No contaba ni con antiaéreos ni con artillería (ligera o pesada), y tan sólo disponía de una ametralladora y de viejos fusiles. Aquel 26 de abril se dieron cita en la villa vasca los aldeanos que llegaban desde sus caseríos para vender los productos de sus huertas y aprovisionarse de víveres, ropas, aperos de labranza…

La población, unos 7.000 habitantes, creció de forma anormal con el flujo de los refugiados, sobre todo guipuzcoanos, que huían de la ofensiva nacionalista. Las autoridades no pudieron convencer a los campesinos de la necesidad de cerrar el mercado. Ni el Juicio Final hubiera disuadido a los guerniqueses de la necesidad de celebrar su mercado los lunes. Guipúzcoa había caído en manos de Mola, y los requetés, los italianos y las tropas moras progresaban hacia el cinturón de hierro. Por todo ello, Guernica hervía de actividad en aquellos días. Los refugiados guipuzcoanos fueron alojados en casas particulares. El horno de la panadería de Antonio funcionaba a gran ritmo, el hotel Julián estaba lleno y las tabernas rebosaban de parroquianos que bebían un vaso de vino tras otro para espantar la incertidumbre. Las sastrerías vendían hasta tela de cortinas para confeccionar ropas. «Había dinero fresco —me diría un paisano—, pero faltaba el género».

El domingo 25 de abril, en la Taberna Vasca, en Julián, en Arrien, se mezclaba una masa de gente hambrienta, sedienta, preocupada y nerviosa. Los fugitivos del frente traían a la retaguardia la narración, con toda la economía de palabras propia del vasco, de su peripecia personal, del espanto de los ataques aéreos, del ametrallamiento en las carreteras, de la resistencia en las trincheras de Elgueta (rotas por la presión y la superioridad en hombres y material del enemigo), de la ocupación de Ochandiano y del bombardeo de Durango el 31 de marzo por parte de la Legión Cóndor (causante de la muerte de 131 personas, todas civiles).

Los guerniqueses pusieron manos a la obra para hacer frente a la emergencia, para construir refugios y acumular sacos de arena —material abundante en la *hinterland*(región interior)— para reforzar puertas y ventanas. En la estación se concentraban cientos de personas deseosas de tomar el tren hacia Bilbao. Aquel domingo, la banda

municipal tocó como de costumbre, y en el cine Liceo se proyectó la película de rigor. De algún modo había que distraer los nervios. A lo largo de su historia, a Guernica le había pasado lo suyo: se apuntó al bando gamboino en las guerras civiles del siglo XV, conoció el paso de los soldados de Napoleón, el pillaje, las guerras carlistas y, en 1521, sufrió un incendio que la dejó en su esqueleto.

Pero aún quedaba lo peor. Faltaban pocas horas para el apocalipsis. Richthofen deseaba comprobar el efecto del terror desde el aire. En la base aérea de Burgos, los Heinkel, los Junker, y los Savoia-Marchetd cargaban ya las bombas en sus vientres camuflados de color azul: las explosivas de doscientos cincuenta kilos, las incendiarias, las
ECBI
y las rompedoras. Las bombas incendiarias eran la novedad pirotécnica: «Tubos de dos a cuatro kilos, del tamaño del antebrazo —escribió el corresponsal del *Times* de Londres, George
L.
Steer, cuyo libro *El árbol de Guernica* edité en 1978 por primera vez en España—. Los tubos tenían las paredes externas fabricadas en aluminio y magnesio. Dentro, como en el principio del mundo de Prometeo, dormía el fuego, un fuego en forma de polvo plateado, de sesenta y cinco gramos de peso, listo para fluir a través de seis aberturas situadas en su base. Así, cuando las casas se desplomaron sobre sus habitantes, llovió fuego en conserva para abrasarlas».

Según Herbert Southworth, las bombas incendiarias se habían utilizado sobre Madrid en pequeñas dosis y con discretos resultados. Guernica sería la elegida para la prueba definitiva. Era la ciudad ideal para ser incendiada, construida en gran parte con edificios de madera, con una fábrica de armas y con un roble al que veneraban al son de una canción compuesta por un bardo errabundo, Iparraguirre. Cuando von Richthofen preguntó a sus pilotos y consejeros: «¿Saben ustedes algo sobre Guernica?», todos se encogieron de hombros.

El jefe de escuadrilla von Moreau acarició el morro de su reluciente Heinkel III. El nuevo avión había llegado en febrero, recién salido de las cadenas de montaje. Su bautismo de fuego lo hizo en un ataque sobre Aranjuez. Lo diseñaron los hermanos Günter y era una maravilla de la aviación alemana. Reunía dos características inmejorables: era muy veloz y podía transportar hasta mil cuatrocientos kilos de bombas. A pesar de ir cargado, su capacidad de maniobra era tal que los «ratas» republicanos no podían darle caza.

No lejos de la escuadrilla de von Moreau, en las pistas de Burgos, losjunker 52 calentaban motores. El Junker era un avión práctico,

muy prusiano, sin concesiones a la estética o a la elegancia de líneas. Iba equipado con 3 motores
BMW
.

También los Messerschmidt estaban en línea de despegue. Se trataba de un monoplano de alas bajas. Podía alcanzar las 354 millas por hora e iba artillado con dos ametralladoras situadas sobre el motor y dos cañones de veinte milímetros sobre las alas. Von Moreau consultó su reloj: las 3 y media de la tarde del 26 de abril de 1937. Era el momento de despegar rumbo al objetivo.

KARMELE

Mi amiga Karmele tenía entonces 14 años, cursaba 3º de bachiller y estaba empeñada en que un día sería maestra. Había almorzado a toda prisa en su casa, situada en la Artecalle de Guernica. Su familia tenía una huerta en el monte Chorroburu y la muchacha prometió a su madre que aquella tarde, nada más comer, se acercaría hasta el huerto para vigilar los pimientos. Karmele cruzó a paso rápido la calle, entre los grupos de soldados que se agolpaban en los bares y los guipuzcoanos que salían de los comercios. Era un día espléndido. El viento se había parado por completo. Era un día ideal para ir a por chirlas y almejas a la isla de Chacharramendi.

El vuelo de la escuadrilla de von Moreau se llevó a cabo sin contratiempos: despegue, subida del tren de aterrizaje y navegación correcta en torno a los 260 kilómetros por hora. Al llegar a la costa, la escuadrilla giró hacia la izquierda y se colocó en línea recta. Von Moreau buscó la ría de Mundaca y la siguió con la vista hacia el objetivo.

Desde la caseta de observación del monte Chorroburu, los centinelas hicieron la señal convenida con la bandera. Se aproximaba un avión y parecía enemigo. En la torre de la iglesia de Santa María recogieron el aviso. Pocos segundos después, Guernica estaba bajo el toque de a rebato de las campanas. Alarma aérea. No era la primera, por lo que algunos, más perezosos o confiados, dudaron un tiempo con el *txikito* de vino o la copa de coñac en la mano; otros tardaron en devolver el cambio a los clientes o en meter las hortalizas en un saco. El Heinkel de von Moreau estaba ya encima de sus cabezas. Con mayor o menor apresuramiento, corrieron hacia los refugios. Unos cuantos, más confiados, se quedaron en sus casas.

La primera pasada sorprendió a Karmele con la azada en las

manos. «*Había gente en las huertas vecinas. El día era soleado. La repentina llegada del avión nos dejó paralizados: lo teníamos encima, el ruido era ensordecedor, volaba tan bajo que hasta pudimos ver al piloto. Luego se perdió en dirección a Mágica, pero de nuevo estaba sobre Guernica. Fue entonces cuando estallaron las bombas, abajo, en medio del pueblo. Pensé que había sido en casa, justo en casa*», relata Karmele.

El instinto, el reflejo defensivo, la lanzó al suelo de bruces: «Poco a poco, temblando, me deslicé hacia una cárcava, creyendo que sería un lugar más seguro. Metí la cara entre los hierbajos y así estuve un rato, sin atreverme a levantarla. Cuando cesaron las explosiones, me incorporé un poco. Guernica aparecía a mis ojos envuelta en una densa capa de humo y polvo. Hasta mí llegó el olor de la pólvora, de la cordita. Poco después volvieron a sonar las campanas de alarma. Los soldados comenzaron a disparar desde la torre de la iglesia de Santa Clara. La gente abandonó las huertas para correr a guarecerse en sus casas o en los refugios, pero a muchos de ellos no les dio tiempo a llegar, porque los aviones, esta vez más y más aviones, regresaban para arrojar más bombas y abrir fuego con sus ametralladoras contra todo lo que se moviera. A mi alrededor veía cómo saltaba la tierra».

La escuadrilla de los Heinkel III esperó en el punto convenido, sobrevolando Garay, el regreso de von Moreau. Luego, escoltados por los Messerschmidt y los cazas italianos de la aviación legionaria, pusieron rumbo a la ciudad. Esa vez, el rosario de bombas barrió Guernica de Este a Oeste. Una cadena de explosiones rompió el aire. Las incendiarias, al caer sobre los edificios rajados por las bombas de 250 kilos, completaban la destrucción, haciéndolos arder como teas.

La idea fija de Karmele era saltar desde su escondrijo y dirigirse hacia el refugio, escapar de aquella zanja en terreno abierto. Cuando la oleada de aviones desapareció, aprovechó la ocasión para correr hacia la Cuesta del Cojo, en la que estaba situado el refugio de Durán, en una casa solariega. Una cortina de humo y polvo ascendía hacia la colina desde la parte de la estación. Guernica ardía. «*Tosía y me floraban los ojos por efecto del humo, en pocos minutos se llenó el refugio. No era un lugar demasiado seguro, luego nos dimos cuenta. Pero el segundo bombardeo nos sorprendió allí. Busqué con la mirada a alguien de la familia. No encontré a nadie. Todos los que nos concentramos allí éramos como corderos asustados. Por fortuna* —me decía Karmele—, *vinieron 2 padres jesuítas; uno de ellos se llamaba Laurate, creo recordar. Durante unos minutos, se hizo un relativo silencio entre los lamentos, las lágrimas y las oraciones. Hicimos el acto de contrición y los 2 jesuítas impartieron la absolución general. Yo sentí que era* in articulo mortis».

El miedo de los primeros minutos dio paso al terror. No era como en Durango, sino un bombardeo programado en toda regla, un carrusel de metralla y fuego líquido que hacía que las casas ardieran como *ninots* de fallas. ¿Por qué aquel ensañamiento con la población civil que buscaba una salida desesperada hacia los caseríos del valle?

«*En el interior de nuestro refugio, una simple protección de sacos terreros, se escuchaba el murmullo de las oraciones, el temblor de las voces, las toses, las angustiosas preguntas susurradas ante las que nadie parecía tener respuesta. ¿Has visto a mi madre, has visto a mis hijos, has visto a mis hermanos? ¿Dónde estará mi padre? ¿Crees que volverán los aviones*?».

Faltaban 10 años para que Churchill acuñara la frase: «*Guernica fue un horror… experimental*». En el terror calculado para probar bombas, para fundir pueblos y personas con el resplandor del magnesio; para acrecentar la moral de los soldados franquistas antes del gran asalto al cinturón de hierro bilbaíno o para escarmentar a los vascos, a los que Franco llamó «herejes», Millán Astray «*rencorosos*» y la prensa nacionalista «*separatistas malvados*». Poco más tarde, el *Boletín Oficial del Estado* los tildaría de «traidores». Así cobraba sentido la advertencia lanzada por Mola la noche del 25 de abril: «*Franco está a punto de asestar un golpe demoledor contra el que toda resistencia es inútil. ¡Vascos! Rendios ahora y ahorraréis el sacrificio de vuestras vidas*».

El corresponsal George Steer, un periodista de derechas que fue uno de los primeros en llegar a la ciudad incendiada (Noel Monks fue el primero), transmitió el 28 de abril desde Guernica el siguiente cable a su periódico, el *Times*, que reprodujo a su vez el *New York Times*: «Guernica, la ciudad más antigua del pueblo vasco y el centro de su tradición cultural, ha quedado completamente destruida por una incursión aérea rebelde. El bombardeo de esta ciudad abierta, situada a una gran distancia del frente, duró 3 horas y cuarto, durante las cuales una poderosa flota aérea compuesta por 3 tipos de aparatos alemanes, bombarderos Junkers y cazas Heinkel, descargó de forma ininterrumpida las bombas de hasta mil libras de peso y, según se calcula, más de 3.000 proyectiles incendiarios de aluminio, de 2 libras de peso cada uno. Los cazas, mientras tanto, efectuaban pasadas en vuelo rasante sobre el centro de la ciudad y ametrallaban a la población civil que buscaba refugio».

Desde el primer momento, tanto los nacionalistas de Franco como sus aliados alemanes negaron que hubieran destruido Guernica. Primero, afirmaron desde sus aparatos de propaganda, y ante el clamor de repulsa que aquel ataque suscitó en el mundo civilizado, que el bombardeo de saturación no había tenido lugar; después,

aseguraron que habían sido los propios soldados vascos en retirada los que dinamitaron la ciudad. Pero había testigos de la tragedia: «Llegué a Guernica el 26 de abril, a las 4,40 de la tarde —afirmó al *Times* de Londres el padre Alberto Onaindía, que más tarde se haría famoso por sus charlas a través de *Radio París*—. Apenas había bajado del coche cuando comenzó el bombardeo. La gente estaba aterrorizada. Los campesinos huyeron en tropel, abandonando sus animales en el mercado. El bombardeo duró hasta las 7 y 45 de la tarde. Durante ese tiempo, no pasaban 5 minutos sin que el espacio se viera ennegrecido por los aviones alemanes. Los aviones volaban muy bajo, arrasando los caminos y bosques con fuego de ametralladora, y en las cunetas de las carreteras se amontonaban juntos y tirados en el suelo hombres, mujeres y niños. Al cabo de no mucho tiempo, era imposible ver nada a una distancia de 200 metros por la humareda. El fuego envolvió la ciudad. Se oían gritos de dolor por todas partes, y las gentes, llenas de terror, se arrodillaban levantando las manos al cielo, como si implorasen a la divina providencia».

Guernica fue la primera ciudad en la historia del mundo en quedar destruida por completo en un bombardeo aéreo de los que luego llamarían de «alfombra». En medio del escándalo, hubo quien afirmó que el ataque se había llevado a efecto sin el conocimiento de Franco. Otros afirmaron que sin el conocimiento de Hitler. ¿Un capricho personal de von Richthofen? El historiador Southworth demostró que la Legión Cóndor bombardeó la ciudad vasca a petición del general Mola, con el que von Richthofen se reunió la noche del 25 de abril y la mañana del bombardeo, al día siguiente. El bombardeo, cuya obra se atribuyó Goering ante el Tribunal de Nuremberg, destruyó el 75% de las casas de Guernica. En su edición del 29 de abril, la prensa de Franco atribuía el incendio a los vascos: «*Aguirre (presidente del Gobierno vasco) ha lanzado la mentira infame, porque es un delincuente común, de atribuir a la noble y heroica aviación de nuestro ejército nacional ese crimen*». Pocos días después, Franco declaraba al enviado especial de un periódico de Liverpool (Gran Bretaña): «*Los rojos la incendiaron como a Oviedo en 1934 y lo mismo que a Irún, Durango, Amorebieta, Munguía y muchas ciudades más durante esta campaña*». La radio nacional, desde Salamanca, llegó a asegurar que no había aviación alemana ni extranjera en la España «nacional». El «mal tiempo» hizo que la fuerza aérea no volara ese día.

Franco escribió una carta de agradecimiento y felicitación a Sperrle y a Richthofen. El 29 de abril, cuando los nacionales llegaron a Guernica, el carlista navarro Jaime del Burgo preguntó a un teniente coronel del Estado Mayor de Mola: «¿Era necesario hacer esto?». «Con

extraordinaria violencia —escribe Paul Preston en *Franco, caudillo de España*— el oficial gruñó: “Esto es lo que hay que hacer con toda Vizcaya y toda Cataluña”». ¿Estuvo Franco al tanto de los acontecimientos? ¿Conoció los planes del bombardeo? Se ha dicho que a Franco le consternó descubrir más tarde que tanto Bolin (jefe del servicio de relaciones con la prensa internacional) como los alemanes le habían mentido, y que exclamó: «No haré la guerra contra mi propio pueblo». «Si realmente hizo el comentario —apostilla el historiador británico Paul Preston—, lo cual es bastante improbable, sólo pudo haberlo pronunciado amparándose en su doblez. No sólo implicaba una total contradicción respecto a sus actividades desde el 17 de julio de 1936, sino que también ocultaba la estrecha relación entre la Legión Cóndor, su cuartel general y el de Mola. Franco había declarado públicamente y en numerosas ocasiones su juicio sobre la necesidad moral de eliminar al enemigo».

En una guerra, la primera baja es la verdad. A los expertos de la Legión Cóndor les tocaba borrar sus pistas criminales en el lugar de la tragedia. No sólo se les ordenó desde su cuartel general que negaran que hubieran tenido algo que ver con el ataque, sino que retiraran las carcasas de las bombas y cualquier tipo de material con etiqueta alemana. En su *Spanish Rehearsal*, Arnold Lunn llamó a las víctimas de Guernica *the inconvenient deads* (los muertos inoportunos). Los historiadores norteamericanos Commager y Morrison señalaron que una de las más aterradoras revelaciones de la I Guerra Mundial fue la facilidad con la cual las modernas técnicas y la sugestión de masas «permiten que un gobierno induzca, incluso a personas razonablemente inteligentes y con cierta preparación individual, a creer cualquier cosa que convenga a aquél». Hitler se aprendió la lección.

Karmele, acurrucada en un rincón del refugio, tenía la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados. Fue entonces cuando escuchó la terrible noticia: ha muerto Tomás, el socio de «Catarro». «Me quedé paralizada de pronto, sin poder articular palabra. Tomás era mi padre. Supe que había podido refugiarse bajo el puente de Rentería sobre la ría de Mundaca. No deja de ser irónico que el puente que intentaban desintegrar por razones militares sirviera de refugio a los guerniqueses. De los que permanecieron allí, no murió ni uno. Mi padre, impaciente por salvar algo de su taller, abandonó el refugio en el puente. No se volvió a saber de él. La muerte le debió sorprender en el camino. ¿La metralla, las bombas incendiarias que lo fundieron sobre el asfalto, el hundimiento de alguna casa o de un muro? ¿Cuál fue la causa? Nunca lo sabremos. El último recuerdo que conservo de

él tuvo lugar en la cocina de casa. Mi madre había salido a hacer unas compras y él se empeñó en prepararme una tortilla de patatas. Rompió los huevos, los echó en la sartén y olvidó las patatas. Las últimas palabras que escuché de su boca fueron: “Esta tortilla me ha salido un poco dura, Karmele”».

Al oír el estrépito de los aviones y la explosión de las primeras bombas, mi tía Rosa salió, muerta de miedo, al balcón de la casa y colgó sobre un palo la bandera de Cuba. Había nacido en La Habana y tenía nacionalidad cubana. Cuando yo era pequeño, mientras Franco afirmaba como siempre que la capital había sido destruida por los propios vascos, la tía Rosa recordaba aquel día en que ardió Guernica: «Yo, en mi ingenuidad, creí que los pilotos verían la bandera cubana y respetarían mi casa. ¿Respeto? Vivía en el centro mismo del huracán. Nadie podía imaginarse la lluvia de fuego y acero que cayó sobre nosotros. La idea que conservo del bombardeo es obsesiva: todavía sueño con ganado enloquecido y suelto por las calles (quizá Picasso se inspiró en esa imagen para pintar el toro y el caballo moribundo en su cuadro *Guernica*). Los burros que escaparon de la feria, los perros que ladraban con el pelo chamuscado o ardiendo, gallinas y animales domésticos, gente que iba y venía sin rumbo fijo, sin saber bien dónde hallar refugio. Yo escuchaba gritos, toses cuando me refugié en el Ayuntamiento, hasta que una bomba de 250 kilos nos echó de allí. Sólo nos quedaba rezar. Mi hermana, que vivía conmigo, desapareció. No la volví a ver».

Nadie se dio prisa por identificar los aviones. Era obvio que si Guernica se encontraba en «zona roja», las bombas serían de Franco o de sus aliados alemanes o italianos. «Era ridículo sostener que Guernica la dinamitaron los vascos cuando diez mil personas pudieron comprobar en su propia carne que fueron aparatos alemanes los que destruyeron la ciudad», me decía mi tía Rosa. El miedo mantuvo las bocas cerradas por mucho tiempo. Vicente Talón (*Arde Guernica*) fue el primero en contar la verdad en España. El periodista reproducía un telegrama enviado al general Sperrle por un teniente coronel de Estado Mayor, según otros historiadores dictado y firmado por el propio Franco, en el que confirmaba que el ataque se llevó a cabo a petición del mando franquista en Salamanca. Los ingleses pidieron de inmediato una investigación para aclarar las dudas sobre los autores de la destrucción. «*Unidades primera línea* —decía el telegrama— *pidieron directamente a aviación bombardeo cruce carreteras ejecutándolo aviación alemana e italiana, alcanzando por falta de visibilidad y nubes polvo bombas aviones a la villa. Por tanto, no es posible acceder investigación, los rojos aprovecharon bombardeo para incendiar población.*

Investigación constituye maniobra propaganda y desprestigio a España nacional y naciones amigas».

Cree Paul Preston que el telegrama de Franco sugiere cierto afán por exonerar a la Legión Cóndor de cualquier indicio de insubordinación, a fin de evitar que las repercusiones internacionales obligaran a Hitler a retirar sus fuerzas de España. «El hecho de que Franco aconsejara implícitamente a Sperrle que mintiera a sus superiores sobre el bombardeo y sus consecuencias, sugiere que el ataque se preparó con la aprobación de Salamanca y sin el conocimiento de Berlín. Que Franco y Sperrle participaran en esa conspiración del silencio también sugiere que, al menos, existía un elevado grado de complicidad entre ambos».

Hitler dio instrucciones a von Ribbentrop el 15 de mayo de 1937: «No debe ser admitida, en ninguna circunstancia, una investigación internacional acerca de Guernica». El 4 de mayo, Joachim von Ribbentrop, embajador alemán en Londres, envió una nota al ministro de Asuntos Exteriores en Berlín en la que decía: «Por favor, convenzan a Franco de que formule una enérgica y tajante negativa acerca de que aviadores alemanes hayan atacado Guernica». Quien sí nombró una comisión investigadora del bombardeo fue el «Gobierno nacional español». El punto 7º del informe advertía, en septiembre de 1937: «No hay señales visibles de ninguna explosión causada por bombas aéreas dentro del pueblo». Y en el punto 8º: «Las explosiones escuchadas por los habitantes dentro del pueblo de Guernica fueron el resultado de explosiones de dinamita, detonada en otras partes del pueblo, de acuerdo con el plan premeditado del Gobierno vasco». El 27 de abril, el presidente del Gobierno vasco, José Antonio Aguirre, afirmó en una nota que «los aviones alemanes al servicio de los facciosos españoles han bombardeado Guernica, incendiando la histórica villa, que tanta veneración tiene entre los vascos. Nos han querido herir en lo más sensible de nuestros sentimientos patrios».

Cuando se recogieron las primeras bombas incendiarias sin estallar se descubrió un nombre en ellas: el del fabricante alemán
RHS
, con el año 1936 impreso en el metal y el símbolo del águila nacionalsocialista con las alas extendidas.

La fábrica de armas Unceta y Cía, Astra, productora de la pistola de la que hablaba Hemingway en *Adiós a las armas*, era una de las primeras de Europa. Allí se fabricaban morteros, pistolas, revólveres y armas de caza. Se exportaban a todo el mundo. Don Rufino Unceta había tenido la previsión de construir un refugio propio. Al escuchar el tañido de alerta de las campanas de Santa María, José Luis de

Unceta, uno de sus hijos, hizo sonar la sirena de la fábrica. Pero el bombardeo, por mucho que Franco hablara en su telegrama de respuesta a Sperrle de la fábrica de armas, no iba con ellos y no figuró en las coordenadas de tiro, ni las casas de piedra de la vertiente occidental, ni la Casa de Juntas con el árbol dentro del recinto, ni los chalés del Paseo de los Tilos. De cualquier forma, mejor no tocarlo; en cuestión de pocos días todo sería de Mola.

«Al hacer sonar la sirena —me contaría José Luis de Unceta allá por mediados de los años cincuenta—, todos corrieron hacia el refugio, incluidas las familias y los transeúntes que pasaban por allí. Cayó una bomba y formamos un equipo de rescate con mangueras y cubos de arena para apagar el incendio, que podía propagarse a nuestra fábrica. Al salir a la superficie, pude ver docenas de cadáveres. Era espeluznante. Todos los registros del horror estaban allí, en los cuerpos mutilados, aplastados bajo las piedras, cuerpos carbonizados, cadáveres humeantes, heridos graves que se arrastraban por las aceras en una huida imposible. Los techos se hundían, las paredes se desmoronaban. Olía a carne humana abrasada».

Pero el ataque no había terminado. Desde las bases de Burgos, Vitoria y Soria despegaban nuevos aviones. Tomaban el relevo de los que llegaban de vacío y volaban por la misma ruta.

Al salir de su refugio, Karmele descubrió la dimensión del desastre. Humo, fuego, derrumbe de fachadas, explosión intermitente de bombas semienterradas por simpatía: «Intenté dirigirme hacia mi casa, pero los soldados me cortaron el paso. El centro estaba en llamas. Me desviaron hacia la iglesia de Santa María, donde una bomba incendiaria abrió un agujero en el techo y cayó al pie del altar, pero no hizo explosión. La apagaron con agua bendita. Después pasé por la huerta del dentista Nabor, que estaba llena de gente. Busqué por todos lados a mi familia, pero fue en vano».

El párroco de San Juan, el padre Arronátegui, recorría las calles y administraba la extremaunción a los moribundos. Los soldados, los bomberos arrastraban como podían a los heridos y los cadáveres hacia los refugios o al hospital de campaña de las Carmelitas. Los Heinkel, los Junker y los Messerschmidt se lanzaban sobre todo lo que se movía. «Las casas eran en su mayoría de madera y estrechas, de modo que el fuego —escribió Talón— hacía presa en ellas como tiro de chimenea». De Guernica quedaron sólo las cenizas, como amenazó el general Mola, el candidato de Hitler por encima de Franco para mandar en España. No tardaría el general navarro en morir al estrellarse su avión sobre Castil de Peones, en la provincia de Burgos.

Grupos de personas escapaban hacia las alturas de Lumo. La

aviación de Richthofen martilleaba sobre la ciudad en oleadas de veinte en veinte minutos. Los fugitivos del horror se lanzaban a las cunetas para esquivar el ametrallamiento procedente de los rápidos Messerschmidt, que iban y volvían de Vitoria a Guernica en 20 minutos. Dos horas después del primer ataque, el cúmulo de humo, polvo y hollín sobre la villa vasca era tal que los pilotos alemanes accionaban la palanca de las bombas sin saber dónde irían a caer. El jefe de escuadrilla von Benst afirmó en sus memorias: «La primera escuadrilla lanzó sus bombas, las vi caer; pero cuando estaba sobre el objetivo, la población quedó oscurecida por el polvo y el humo, de modo que tuvimos que arrojar nuestras bombas como pudimos… Nos era imposible comprobar dónde caían».

El ataque cesó hacia las 7 y media de la tarde.

Karmele había perdido la noción del tiempo: «De pronto, todo se volvió oscuro, impenetrable. Cuando llegué a Lumo, donde vivía una prima mía, vimos Guernica, abajo, convertida en una fogata de San Juan. Era ya de noche, pero parecía como de día». Mi padre pudo ver el resplandor a ocho kilómetros de Guernica. El incendio se vio pronto desde Lequeitio o desde Bermeo, por todas las poblaciones vecinas de la costa. O desde la carretera de Bilbao, por la que llegaban los primeros corresponsales extranjeros para contar la verdad.

Entre ellos venía George Steer. Mientras los pilotos alemanes de la Legión Cóndor celebraban su éxito con champaña en el hotel Frontón, el corresponsal del *Times*, que más tarde moriría en accidente de coche en el frente de Birmania, describió la llegada en su libro: «*Aquel espantoso horno que era Guernica pintaba en el cielo toda la gama del rojo. Sobre las colinas, rodeando el cadáver de la ciudad santa de los vascos, los caseríos parecían antorchas. El pueblo de Guernica oyó el redoblar de los motores y el constante ruido de las explosiones hasta que se apagaron poco a poco en sus oídos. No podían ver sino las tambaleantes puertas de los refugios, medio desencuadernadas, y los rostros desencajados de sus seres queridos. Los que andaban por la calle vieron solamente las agujas de fuego que surgían de aquellos tubos de plata que caían en tropel del cielo, en grupos de 24 y enganchados por un eje. Cuando entramos, una maraña negruzca de vigas y maderos en combustión y de hilos telefónicos arrancados y caídos se entrecruzaban por doquier. Los edificios de ambos lados de las calles escupían fuego. A nuestra derecha yacían 4 corderos muertos en un charco de sangre, ametrallados. Había gente sentada en toscas sillas o colchones empapados de agua. El Arbol de Guernica, el viejo roble de las libertades vascas, estaba intacto. La policía motorizada vasca, con Monzón al frente, contemplaba impotente el espectáculo más allá de la plaza*».

Los aviones de von Richthofen no volvieron ya aquella tarde. Ni al día siguiente, ni nunca. Ya no quedaba en pie nada que bombardear. En medio de la confusión, las familias comenzaron a buscarse. Karmele confiesa que se encontraba sola y llorosa, desconcertada, sin saber bien qué rumbo tomar: «Volví de Lumo a Guernica. Tanto a los que subían como a los que bajaban les hacía la misma pregunta: ¿Has visto a alguien de mi casa? La respuesta era negativa. Ellos, a su vez, me preguntaban a mí entre sollozos y voces entrecortadas: ¿Has visto a mi padre, a mis hermanos, a mis primos, a mis hijos, a mi novia, a mis amigos? No, tampoco yo los había visto. Hasta que por fin, después de interrogar a varios grupos, alguien pudo facilitarme información sobre mi madre. Se había refugiado en un caserío de Forua. "Corre hacia allí —me aconsejaron— que los aviones volverán mañana". Pero al día siguiente hizo mal tiempo. Estaba agotada, tanto que no pude dormir. Aproveché las primeras luces del amanecer del día 27 para llegar hasta Forua, a pocos kilómetros de Guernica. Nada más llegar, mi madre me preguntó: "¿Sabes algo de él?". Me quedé muda. Entonces, ella dijo con alguna seguridad: "Está en Rentería, en el almacén del tío Salustiano y le ayuda a cargar los sacos de cereales". Poco después salimos a pie hacia el hospital de las Carmelitas. Al llegar, sacaban a los muertos en angarillas y los depositaban en furgones. Hubo uno que, de pronto, me pareció mi padre, pero la ropa no era la suya. De todos modos me acerqué. No, no era él. Nunca lo encontramos. Aguardamos a la toma de Bilbao, a la ruptura del cinturón de hierro con la esperanza de que diera señales de vida. Nunca apareció su cadáver. Mi madre sufrió de tal manera con aquella tragedia que cayó en un estado de hermetismo y nunca más volvió a hablarnos de aquel bombardeo, de la desaparición de nuestro padre. Lo habíamos perdido todo: las casas, el taller de carpintería de mi padre, la ferretería de mi madre. Para colmo de desgracias, recibimos la noticia de familiares, de amigos, de vecinos muertos, entre ellos un primo mío, que era como un hermano. Estudiaba conmigo en el instituto. Se refugió en una alcantarilla donde el camino da la vuelta hacia Lumo. Los aviadores descubrieron el refugio y soltaron una bomba sobre la boca de la alcantarilla. Al cabo de un tiempo, después de una fuerte lluvia, el agua empujó el cadáver a la superficie. Era "Cipri". Tenía la cabeza destrozada». En sus carretas de bueyes, los aldeanos se llevaban a sus muertos.

RESCOLDOS

Guernica tardó un día en apagar los incendios. Estaba en los rescoldos cuando entraron las tropas de Mola, los requetés, los flechas negras, los moros. Llegaban los zapadores cuando el viento desplomaba las últimas paredes. Se instalaron tiendas de campaña en el paseo. Los soldados invitaban al rancho; los italianos —«siempre tan atrevidos», como diría Karmele— cortejaban a las guerniquesas en el tenderete que los Arrien levantaron sobre las ruinas. No estaba aquel horno para piropos. Los italianos parecían haber olvidado muy pronto la derrota de Guadalajara.

Sobre aquella pirámide de desgracias, muertos, heridos y desaparecidos, Guernica volvió a la vida: en la campa de Zugastieta se abrió un baile con acordeonistas.

Cuando yo crecí en aquella ciudad, habían pasado los arquitectos y urbanistas de Regiones Devastadas. Les salió una ciudad irónicamente prusiana, cortada con la regularidad de un tablero de ajedrez. Pero el mercado antiguo, el frontón, los ventanales de madera, la iglesia de San Juan, los lugares entrañables construidos con el amor y el sabor de los años habían muerto bajo las bombas alemanas. Todos sabíamos quién era el responsable, cuáles y cuántos eran los aviones —cuarenta y tres— que la redujeron a cenizas; pero nadie se atrevía a abrir la boca en público. Los archivos se cerraron a cal y canto, y al parecer hasta falsificaron las actas del censo. Joseba Elósegui, comandante de *gudaris*, que permaneció tres horas en el casco urbano de la ciudad incendiada y que sacó de las ruinas a un niño de tres años y lo entregó, muerto y ensangrentado, a su madre, escribió en su libro *Quiero morir por algo*: «El 19 de julio de 1950, Franco, en el decimotercer aniversario de la ocupación de Bilbao y en la cena de gala ofrecida por la Diputación de Vizcaya, repitió la acusación: "*Guernica fue violada e incendiada por los marxistas antes de la huida*"». Elósegui, hombre de acción, se arrojó envuelto en fuego a los pies de Franco en un partido de pelota celebrado en un frontón donostiarra.

Los historiadores no se pusieron de acuerdo sobre el número de muertos en el bombardeo: según el Gobierno vasco fueron 1645; según Leizaola (4 de mayo de 1937) fueron 592; Talón rebajó la cifra a 200; y algunos historiadores franquistas afirmaban que no pasaron de una docena. ¿Cómo era posible una cifra tan baja de víctimas si en el bombardeo de Durango, a menor escala, murieron 131 personas (258 según el padre Alberto Onaindía en su obra *Hombre de paz en la guerra*)? El arquitecto municipal Castor Uriarte aseguró en el libro *Bombas y mentiras sobre Guernica* que los muertos no llegaron a 2 centenares y medio. Los historiadores se muestran desconcertados al enfrentarse al número de víctimas. Hugh Thomas lo cifró en 1654 en

la 1ª edición de *La guerra civil*, en ediciones posteriores lo rebajó a 200, y en la edición de 1977 lo dejó en 1000. Según el historiador Salas Larrazábal, no llegó a los 200.

Los guerniqueses colgaron en sus casas y en sus bares el cuadro que Picasso pintó en blanco y negro, *Gritos de flores, gritos de pájaros, gritos de niños*, como un desafío a la burla histórica, a la conspiración del silencio y a la represión de la época. ¿Quién se atrevería a meter en la cárcel a un cuadro? Desde entonces, escribió Alberti en un poema, para Picasso la guerra se llamó *Guernica*.

El director general de Bellas Artes del Gobierno de Euzkadi, José María Urcelay, conoció la noticia del bombardeo en París, cuando salía de la boca del metro en compañía del poeta, también vasco, Juan Larrea. «La noticia —me contó Urcelay— la voceaban los vendedores de periódicos. Compramos el *París Soiry* el *Ce Soir*, los diarios de la tarde: "Mil bombas incendiarias, caídas sobre Guernica, han causado 800 o 1000 muertos", decían los titulares. Nos quedamos helados de espanto». Después, Juan Larrea se dirigiría hacia el café en el que se reunía con Picasso para proponerle que el bombardeo de Guernica fuera el tema para el mural del pabellón de Euskadi en la Exposición Universal de París. El famoso cineasta Flaherty dedicó un documental inacabado a Guernica; otro, este terminado, fue obra de Alain Resnais. El compositor italiano Luciano Berio compuso una partitura, y Paul Eluard, un poema, como también hizo Oteiza.

Apenas queda algún rastro del bombardeo en la Guernica de hoy. Los guerniqueses han perdonado, pero no olvidado. El Gobierno alemán no ha pagado las reparaciones de guerra, como tampoco Franco pagó a Hitler, para irritación de éste, toda la ayuda que le proporcionó a lo largo de la contienda. Yo recuerdo que, a lo largo de los años 50, jugábamos a indios y vaqueros entre los escombros; escondíamos tesoros de piratas saltando la verja de la iglesia de San Juan. Por aquellos años, Karmele se hizo maestra, se casó con Francisco y tuvieron 5 hijos. 40 años después del bombardeo, su madre pudo, por fin, cobrar una pensión por la muerte de su marido. Pero había cumplido los 85 y el dinero —la pensión— no significaba nada para ella.

Se apagaron las últimas brasas. Quedaban atrás las crónicas de Steer y de Monks, la batalla de la propaganda, la última impresión del enviado especial del diario *Euzkadi*: «Nos hemos quedado sorprendidos ante una de las casas, entre un montón de cascotes humeantes: sin cristales, todo el maderamen de los miradores arde en pompa, y en el pequeño lugar de la galería, una hermosa máquina de coser termina de deshacerse a fuego lento…». El periódico publicaba otras noticias

relacionadas con el bombardeo y afirmaba que el embajador alemán en Londres, von Ribbentrop, había sido llamado por Anthony Edén al Ministerio de Asuntos Exteriores: «*Ribbentrop ha llamado la atención a Edén sobre la actitud de algunos diarios ingleses que han propalado la noticia de la destrucción de Guernica por los aviadores alemanes, así como de otras cuestiones que se atribuyen a Alemania en la lucha española*». Von Ribbentrop, futuro ministro de Asuntos Exteriores de Hitler, experimentó no sólo con bombas incendiarias, sino con las mentiras y campañas intencionadas. Es lo que harían más tarde en la frontera polaca.

El hombre que tuvo la osadía de llamar la atención al Gobierno británico porque la prensa acusaba a la aviación nazi de la destrucción de Guernica, von Ribbentrop, transmitió a su embajador en Madrid una nota dirigida a Franco cuando ya era ministro de Asuntos Exteriores de Hitler. Fue el 20 de enero de 1940: «*Sin la ayuda del Führer y el Duce, hoy no habría ni España nacional ni caudillo*». Desde la embajada de Londres, Joachim von Ribbentrop fue el encargado de desmentir la responsabilidad del bombardeo. Lo ahorcaron en 1945 tras el proceso de Nuremberg. Ribbentrop fue uno de los dirigentes más odiados del olimpo nazi. Su carrera como criminal de guerra comenzó en Guernica. «Ribbentrop es un genio, el segundo Bismarck», afirmó Hitler. Fue en realidad un tipo mediocre, rudo, envanecido, arrogante y torpe, un vendedor de vinos y licores con gran conocimiento de lenguas extranjeras. Hitler hablaba tan sólo el alemán, por lo que le recomendaron a Ribbentrop como traductor. Cuesta trabajo creer que Hitler se rodeara de personajes como él, sediento de poder al igual que todos ellos, seres fatuos, sin escrúpulos que, como el propio *Führer*, se dejaban guiar por palmistas y astrólogos, brujos y curanderos como el doctor Morell. Lo mismo que Hitler, Ribbentrop era amigo de interminables monólogos en los que dejaba traslucir su visión cosmopolita. Se las daba de hombre de mundo. El titulo nobiliario se lo apropió sin más para prosperar en la corte hitleriana. Todos los testigos coinciden sobre la personalidad del embajador en Londres (1936-1938) y ministro de Asuntos Exteriores (1938-1945), desde el ministro francés Bonnet hasta Ciano, el ministro de Asuntos Exteriores italiano, y el español Serrano Súñer. «Siempre en pose, sin parar de hablar, suelta su discurso con voz cortante. Poco se puede hacer para responderle, tú no le interesas nada y sólo te queda despedirte de él y retirarte. Nada hay de humano en este alemán salvo los más bajos instintos», le retrató Bonnet.

Mientras Ribbentrop recorría Europa de un lado a otro para negar la participación alemana en el bombardeo de Guernica, el futuro

premio Nobel de Literatura, el francés y católico François Mauriac, escribía proféticamente: «*Puede que llegue un día en que se reconozca que ese pobre pueblo, los vascos, sufría y moría por nosotros. Dios quiera entonces que no encontremos sus muertos en el mismo lugar en que haya que enterrar los nuestros*». Otro pensador católico, Jacques Maritain, señalaba, a raíz de la destrucción y manipulación del bombardeo: «En estas civilizaciones de tipo profano (en que lo temporal está perfectamente diferenciado de lo espiritual), la noción de guerra santa pierde toda su significación. La guerra no se hace santa, sino que corre el riesgo de hacer blasfemo lo que es santo».

La ayuda alemana al bando nacionalista empezó con los contactos del futuro ministro de Asuntos Exteriores español desde Marruecos, Juan Beigbeder, con sus amigos nazis. El 22 de julio de 1936 dirigió una carta al agregado militar alemán en París en la que le pedía diez aviones de transporte «con la máxima capacidad de asientos». A la petición de Beigbeder, que luego sería aliadófilo, le siguió una carta de Franco a Hitler. El *Führer* no dudó en complacer al caudillo. Hugh Thomas escribe en *La guerra civil española* que Hitler reconocía haber ayudado a Franco para distraer la atención de las potencias occidentales hacia España, para que Alemania pudiera continuar su rearme sin ser observada. Hitler dijo en 1941: «De no haber sido por la amenaza de que el peligro arrollase a Europa, yo no habría intervenido en la revolución española. La Iglesia habría quedado destruida». Más que la Iglesia española, lo que al ateo Hitler le interesaba era la España de Franco atravesada entre las comunicaciones marítimas de Inglaterra y Francia, lo cual añadiría una razón estratégica para la intervención. También le interesaban las materias primas, el hierro español y otros minerales, y la alianza de Franco para la guerra que preparaba. En efecto, España suministró materias primas a Alemania; por medio de sociedades creadas en Berlín y Burgos con esa misión, cedió sus puertos para que repostaran los submarinos y los buques alemanes, acogió a los espías de Hitler y a la Legión Cóndor. Franco le sirvió a su manera: ordenando el envío de la División Azul al frente ruso. ¿Fue España neutral durante la II Guerra Mundial? Las ayudas prestadas al bando nacional fueron decisivas para ganar la guerra. La influencia nazi y fascista en España creció extraordinariamente, contribuyendo a la consolidación de la Falange como partido único, organización política que no había conseguido un solo diputado en las últimas elecciones de la II República. «España, por motivos obvios, no pudo ser neutral durante la II Guerra Mundial. Esto explicará en buena parte la diferencia de resultados con otros países neutrales», escribe Antonio Marquina,

profesor de Relaciones Internacionales de la Universidad Complutense y autor de *España en la política de seguridad occidental 1936-1945*.

«Es significativo que, a más de 40 años de distancia —añadía Marquina—, todavía haya que resaltar aspectos sobre los que se han cebado la fantasía, la propaganda y la tergiversación de protagonistas supervivientes. El hecho diferenciador es fundamentalmente el siguiente: España no firmó el Pacto Tripartito, pero se adhirió al Pacto de Acero el 22 de mayo de 1939. Esto quedó establecido en el Protocolo de Hendaya, entrevista Hitler-Franco en diciembre de 1940, punto 3º, que finalmente fue firmado. ¿Qué cláusulas contenía este pacto?

1. Contactos permanentes para entenderse en todas las cuestiones relativas a intereses comunes o a la situación general europea.
2. Pleno apoyo político y diplomático cuando una de las partes estuviese amenazada en su seguridad o intereses vitales.
3. Alianza en caso de guerra y apoyo con todas sus fuerzas militares.
4. Profundización de la colaboración en el campo militar y en el campo de la economía de guerra para conseguir la rápida aplicación de las obligaciones de aquella alianza, manteniendo contactos continuos los gobiernos y la constitución de comisiones permanentes bajo la dirección del ministro de Asuntos Exteriores.
5. Obligación de no concluir una paz por separado en caso de guerra.
6. Decisión de mantener y desarrollar en común, en el futuro, estas relaciones».

«A nadie se le oculta la gravedad, servidumbre e implicación de este pacto, sin contrapartida, que alineó a España con los países del Eje —añade el profesor Marquina—. Las cuatro consecuencias más importantes en España y en su acción exterior fueron: actuación amplia de la Gestapo, reorganización de los servicios secretos, incluido el Cuerpo Diplomático, a favor del Eje; estrechas conexiones entre el Alto Estado Mayor y los Estados Mayores del Eje hasta el final de la guerra (información, apoyo logístico y de comunicaciones a los submarinos, flota mercante, pistas de aterrizaje, *etc.*) y acuerdos económicos favorables al Eje. Conviene resaltar que algunas de estas facilidades perduraron hasta la derrota de Alemania, si bien España dio también facilidades importantes a los aliados, sobre todo tras la caída de Serrano Súñer en 1942». Franco tuvo que dejar

de soñar en su Imperio moro.

Max Gallo señala en su *Histoire de L'Espagne franquiste* que se enviaron a Alemania trenes de wolframio (2.770 toneladas en 1943), y además, plomo, hierro, comestibles,
etc.
Cabe sospechar que también se remitía trigo, aceite, petróleo y legumbres. En fábricas de Barcelona, Valencia y Sevilla se producían proyectiles y motores para los submarinos, además de uniformes,
etc.
La Abwehr del almirante Canaris fue todopoderosa desde su atalaya en el convento de las Esclavas de Burgos. Estableció puestos de observación y escucha frente a Gibraltar, en Algeciras, y en todas las zonas costeras estratégicas. Sólo entre Sevilla y Tánger instaló 6 puestos con unos 400 expertos. Badajoz, Vigo, Sevilla, Bilbao, Baleares y Canarias servían, entre otros puntos, como bases aéreas para la Luftwaffe, la fuerza aérea alemana. A las 13.30 horas del 13 de noviembre de 1941, el alto mando alemán pudo hundir el portaaviones británico *Are Royal* frente a Estepona (Málaga) gracias a los informes transmitidos por los agentes de la Abwher en Algeciras.

Ribbentrop era, como Goering, un personaje de ópera bufa. En las semanas y meses que siguieron al bombardeo de Guernica, el embajador de Alemania en Londres se convirtió en el altavoz de Hitler, que le premió con la cartera de Exteriores. Iba siempre embutido en un uniforme diplomático que diseñó él mismo con un globo terráqueo bordado y dominado por el águila nacionalsocialista. Se había hecho adoptar por un pariente lejano del mismo nombre del que heredó el título. El mariscal Goering comentó: «Ha comprado su nombre, se casó con el dinero y por medio de la estafa se abrió paso hacia el despacho». Le llamaban «Ribbersnob». Era un advenedizo, un *parvenu* del régimen, un funcionario servil preocupado por su lugar en la pirámide nazi. Llegó a Londres 3 meses después de su nombramiento para el cargo; el semanario satírico *Punch* lo pintó de ario errante y lo calificó en una viñeta de «trabajador a tiempo parcial». El cargo de embajador le parecía muy poco. Se mostraba siempre más preocupado en su autopromoción y en las intrigas del poder en Berlín que en su puesto en Londres. El director del *Times* londinense, Geofrey Dawson, hizo todo lo posible para no herir la susceptibilidad de Ribbentrop con las crónicas sobre el terreno de su enviado especial a Guernica, Steer, que, según Paul Preston, fueron censuradas. El poeta Edgell Rickword lo expresó así:

En los frenéticos delirios mentales de Hitler
Hull y Cardiff están ya ardiendo

y la cúpula gris de la catedral de San Pablo
se balancea
al estallar los torpedos volantes que pasan silbando.

La metedura de pata más sonada, una *gaffe* en términos diplomáticos, la protagonizó Ribbentrop allá por los tiempos del bombardeo de Guernica al recibir al rey de Inglaterra con el saludo nazi. La sociedad británica le rechazó por su rudeza. La anglofobia del embajador llegó a tal extremo que, al ser nombrado ministro de Asuntos Exteriores, confundió a Hitler con sus ideas sobre los ingleses: era una nación cobarde y resignada que no haría nada para rechazar la invasión o el ataque. Hitler terminó por conocer a fondo al ex vendedor de champaña y lo retiró poco a poco hacia las sombras. Su carrera terminó el 1 de mayo de 1945, cuando el almirante Doenitz, para evitar una larga discusión, le invitó a que nombrara a su sucesor al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores. Se tomó un tiempo de reflexión, al cabo del cual le respondió al almirante que tan sólo había un hombre capaz de sustituir a Ribbentrop: se llamaba Ribbentrop. A medida que lo dejaban de lado, la saña del ministro hacia los judíos creció hasta extremos de crueldad repugnantes. Era su forma de hacerse notar: el celo por la aniquilación.

En las últimas horas de su vida, Ribbentrop demostró, como los Borbones, que no había aprendido nada ni olvidado nada. Se fue a la horca sin ningún remordimiento. «Si Hitler entrara ahora en esta celda y me ordenara “haz esto”, yo lo haría sin rechistar». Joachim C. Fest lo describe en *The face of the Third Reich* como el condenado de Nuremberg que no encuentra otro refugio (el del Goering fue el heroísmo autocomplaciente; el de Hess, la histeria) que «la repetición de sus insoportables monólogos y la sustitución de la arrogancia del pasado por un servilismo ansioso y sin dignidad, emperrado en su defensa aun con pruebas abrumadoras en contra. No convenció a nadie. Era un orador tedioso, sin gracia; la gente dejó de escucharle: no sólo estaba aburrida, sino avergonzada».

Hermann Goering fue uno de los primeros y más ardorosos defensores de la ayuda de la Alemania nazi a Franco. Por eso apoyó desde el primer momento el envío a Marruecos de veinte aviones de transporte para trasladar al ejército franquista de Africa a la península con 6 cazas de escolta. A cambio obtendría experiencia de combate para su aviación y el control de los minerales españoles. Robert H. Whealey, en *La intervención extranjera en la guerra de España*, escribe que «del 29 de julio al 11 de octubre, los alemanes transportaron

15.523 soldados de Franco, del ejército de Marruecos, y 270.100 kilos de material de guerra de Africa a Andalucía». Era la primera remesa, a la que seguiría la Legión Cóndor. Goering se frotaba las manos: la Guerra Civil española era un providencial campo de pruebas para sus pilotos. «En conjunto —añade Whealey— entre julio de 1936 y marzo de 1939, los alemanes enviaron a las fuerzas nacionalistas 110.882 toneladas de armas por un valor de 540 millones de RM (Reichmarks) equivalentes a 250 millones de dólares. Hitler nunca reconoció públicamente su ayuda a Franco durante la guerra».

A pesar de que Hitler enseñó sus cartas estratégicas durante la Guerra Civil española, prólogo de la II Guerra Mundial, las potencias occidentales hicieron como el avestruz: meter la cabeza debajo del ala. Ante el Tribunal de Nuremberg que juzgó a los jerarcas nazis, Goering justificó su influencia sobre Hitler para que ayudara a Franco «*con objeto de impedir una mayor extensión del comunismo y para poner a prueba a mi Luftwaffe en algunos aspectos técnicos*». Goering fue el carnicero de Guernica, uno de los sátrapas de la corte nazi junto con Martin Bormann, al que odiaba. Goebbels era el más listo y preparado de todos ellos, después estaban Hess y Himmler, maestros también en el horror.

Goering fue un arribista que se convirtió en el segundo de Hitler y se engolfó en la voluptuosidad. Fue el gran visir, mariscal del Reich, inmensamente rico y satisfecho por completo de su éxito. Descuidó sus tareas, la Luftwaffe fracasó en la batalla de Inglaterra (revancha de Guernica) y la industria alemana se hundió. ¿Qué hacía mientras tanto el obeso Goering? Se administraba drogas, un vicio adquirido al curar sus heridas como piloto de la I Guerra Mundial. El historiador inglés Trevor-Roper, catedrático de Historia Moderna en Oxford y oficial del Servicio Secreto Militar durante la guerra, lo describe en su palacio campestre de Karinhall «ataviado tan pronto como un maharajá oriental, con un deslumbrador uniforme azul llevando en la mano un bastón de oro puro y marfil con incrustaciones de pedrería; o vestido de seda blanca, igual que un dux veneciano, adornado con joyas, portando en su cabeza las astas simbólicas del ciervo de San Huberto y una cruz esvástica de relucientes perlas entre la punta de los cuernos. Allí, en medio de escenas de lujo romano, celebraba fiestas y cacerías, organizaba reuniones y enseñaba a sus distinguidos invitados las maravillas arquitectónicas de su morada: un despacho inmenso como la mitad de una iglesia, una biblioteca semejante a la del Vaticano, con una mesa de 26 pies de larga, toda de caoba, con incrustaciones de esvásticas en bronce, sosteniendo 2 grandes candelabros barrocos de oro, una escribanía de ónix, y una larga regla de marfil adornada

con piedras preciosas». «*Soy lo que siempre he sido* —afirmaría Goering —: *el último hombre del renacimiento*». Se unió al nazismo por un «*impulso revolucionario, no por debilidad ideológica*». Pocos porfiaron tanto como él por alcanzar el poder y pocos lo dilapidaron de forma tan ostentosa, tan pomposa y tan ridicula, codicioso de candelabros de oro y tapices de Gobelinos. Un general lo comparó con Heliogábalo. «Una vez que el *Führer* decide algo, los demás no somos más que polvo bajo sus pies», confesó Goering una vez. Como recogió la revista *Aldaba*, el futuro jefe del Gobierno vasco, Leizaola, dirigió una apelación al Tribunal de Nuremberg para que incluyese la destrucción de Guernica en sus acusaciones contra Goering, jefe de la Luftwaffe.

El gran mariscal del Reich se atribuyó las cualidades del héroe clásico. Fue popular entre los alemanes y durante un tiempo lo fue más incluso que el propio Hitler: les atraía su vitalidad, su espontaneidad, su sonrisa de gordo feliz, su brillante hoja de servicios durante la I Guerra Mundial. Su jovialidad de la primera época, su naturalidad, sus condecoraciones con la escuadrilla Richthofen, su aire de buen camarada, su capacidad para ganarse la vida como piloto de exhibiciones después de la Gran Guerra en Suecia y en Dinamarca le valieron la simpatía de los alemanes, entre quienes aparecía como uno de ellos. Goering declaró ante el Tribunal de Nuremberg, donde volvió a recuperar su papel de protagonista camino de la horca: «*Yo he sido el único alemán, después de Hitler, dotado de autoridad. El pueblo quiere amar a sus líderes y el* Führer *se hallaba muy alejado de las masas, por eso me eligieron a mí*». La baronesa Karin von Fock-Kantzow, con la que se casó en 1922 en Munich, proporcionó al jefe supremo de la aviación que bombardeó Guernica el pedigrí aristocrático necesario para sacudirse cualquier complejo de inferioridad. Un año después, Hitler le puso al frente de sus tropas de asalto, las
SA
: espléndido —imaginó el cabo austríaco—, un as de la guerra, brillantemente condecorado y que, como acaudalado que es, no me costará un céntimo. En 1933, año de la llegada al poder del nazismo, se había convertido en el paladín más leal del *Führer*. «No tengo conciencia —añadió—. Hitler es mi conciencia. Cada vez que me veo con Hitler, mi corazón se cae hasta los pantalones». Tal era su excitación en este primer período, en medio de borrascosas peleas por el poder en los cuarteles generales de Hitler, que era incapaz de comer o probar bocado hasta la medianoche. Antes, vomitaba todo lo que comía. De vuelta a su palacio, necesitaba pasar unas horas sentado en el sofá para calmar sus nervios. Como contó Cari Jacob Burckhardt después de una visita a Goering, estas broncas de los lugartenientes

favoritos de Hitler, cada uno ansioso de obtener sus favores, eran típicas del estilo del movimiento nacionalsocialista. «La pérdida total del autocontrol —añade Burckhardt— estaba considerada como algo muy masculino».

Durante los años de la toma del poder, Goering no fue ese «formidable soldado con corazón de niño», según lo definió Goebbels «en un signo de maliciosa camaradería», como apunta Joachim C. Fest, puesto que demostró su energía y brutalidad en la purga contra Rohm, jefe de las SA. Rohm tenía dos enemigos mortales en la jefatura del partido nazi. Uno era Goering, que aspiraba a la eliminación de aquél para acercarse a Hitler; otro era Himmler, que aspiraba a transformar las SS (*Schutzstaffen*), la guardia pretoriana de Hitler, en la fuerza armada nacionalsocialista en el interior del Estado (*Reich*). Goering e Himmler convencieron a Hitler de que Rohm, al frente de su fuerza paramilitar de un millón de hombres, preparaba un golpe de Estado en el verano de 1934. Rohm sufría de reumatismo agudo, y estaba lejos de pensar en un cuartelazo, pero era un obstáculo en el camino de Goering e Himmler. Fue aquella una purga sin escrúpulos, una matanza espectacular de la cúpula de las SA, los camisas pardas de Rohm.

El egocéntrico Goering se cambiaba de ropa hasta 5 veces al día. Le gustaba bambolearse al son de sus condecoraciones, vestido siempre de forma grotesca, con calcetines rojos de seda, como un cardenal. Disfrutó mucho con la eliminación de su enemigo Rohm, que aspiraba a convertirse en el alfa y omega de Alemania, en el ejército por encima del ejército. Una noche de 1934, Goering llegó tarde a una cena con el embajador británico *sir* Eric Phipps: «Discúlpeme —dijo—, vengo de una cacería». «De animales, supongo», replicó *sir* Eric en el más depurado humor negro británico. En estos 2 frenéticos años, Goering llegó a acumular los cargos de presidente del Reichstag (parlamento hitleriano), ministro de Aviación, ministro Prusiano del interior, jefe de la Gestapo, presidente del Consejo de Estado Prusiano, comisario Forestal y de la Caza del Reich, comandante en jefe de la Luftwaffe y comisario del Plan de Cuatro Años. Después, se dejaría deslizar por la pendiente del peor renacimiento para devenir en un renacentista sin escrúpulos que abandonaba el poder porque sabía que lo tenía, renunciaba a mandar y se refugiaba en sus fantasías. Se negaba a aceptar las informaciones que llegaban en cascada a su

palacio: Alemania se hundía. Cuando uno de sus ayudantes le comunicó que los cielos de Alemania estaban negros de bombarderos norteamericanos, Goering replicó: «*Está bien, vamos a cazar*».

El mariscal se aisló en sus quimeras. Su última decisión importante fue impedir el cierre del lujoso restaurante Horcher de Berlín en 1943. El proceso de Nuremberg le dio de nuevo la oportunidad de ser el número uno de los nazis, el mártir de la causa. Había intentado tender un puente hacia los aliados al final de la guerra: un Hitler airado le despojó de todos sus cargos. Tan sólo le quedaba una salida: el martirio. Por eso, dado su sentido de la teatralidad y de los gestos grandilocuentes, se quitó la vida. Poco antes había dicho ante el Tribunal de Nuremberg: «Dentro de 50 o 60 años, habrá estatuas de Hermann Goering por toda Alemania. Estatuas pequeñas quizá, pero una en cada casa alemana».

Capítulo dos

La guerra relámpago

Fue en la madrugada del 1 de septiembre de 1939. El día era claro y soleado y los meteorólogos alemanes dieron el visto bueno —media guerra dependió de sus informes—. El cielo estaba despejado de nubes, el mejor pronóstico para que los aviones de Goering pudieran atacar Polonia. En cuanto al paisaje terrestre, no eran necesarios ni espías ni informes de última hora. La geografía traicionaba a Polonia: su gran llanura dejaba paso franco a los tanques alemanes. De esta combinación —el ataque de los aviones y la progresión de los carros de combate en un frente estrecho— nació la nueva forma de hacer la guerra. Nada que ver con las campañas de desgaste y de inmovilización en las trincheras de Verdún de la I Guerra Mundial. Esta guerra alemana, llamada relámpago a imitación de los ingleses, se basaba en la celeridad, en la sorpresa, en la precisión y en la contundencia de las fuerzas empleadas. La decisión británica y francesa de considerar la invasión de Polonia como una justificación de la guerra resultó desastrosa desde el punto de vista militar a pesar de ser moralmente acertada.

Los polacos no estaban preparados, como tampoco lo estarían luego los franceses, para hacer frente al aluvión de acero. Los soldados de infantería, muy al contrario que en la I Guerra Mundial, eran los últimos en llegar. Primero se destruía en tierra la aviación enemiga, se desarticulaban sus líneas de comunicación y se enviaban por delante, en camiones, infantería motorizada, tanques y artillería ligera. Pero la pieza esencial era el carro de combate, que lo arrollaba todo a su paso. «El que se queda en las trincheras —había dicho Napoleón— resulta derrotado». El general británico Kitchener llamó al carro blindado «bonito juguete mecánico». Era algo más que eso. Gran Bretaña inició su fabricación en secreto, que logró conservar difundiendo el falso rumor de que «las planchas de acero utilizadas en su fabricación estaban destinadas a los depósitos de agua con destino al ejército de Allenby en Palestina, en 1916. De ahí el nombre de tanque», según escribe Hugh Thomas en *Una historia del mundo*.

La mentalidad de los países atacados no estaba preparada para la *blitzkrieg*, la guerra relámpago. Es como el águila que hace correr al conejo que, presa del pánico, no sabe qué camino tomar. El tanque alemán ya no hacía la función del carro británico en 1916 —un mero refugio para los soldados de infantería que avanzan—, se había

convertido en un obús volante, en un instrumento ofensivo imparable. «Con el amor de los suyos, pero condenados por la pólvora —escribió el poeta Housman—, pasan los soldados desfilando hacia la muerte».

Dos días después de la invasión de Polonia, Gran Bretaña declaró la guerra a la Alemania de Hitler. Así empezó la carnicería, que terminó al cabo de seis años con sesenta millones de muertos, dos tercios de ellos civiles. Las primeras bajas fueron polacas. Varsovia llevaba desde el principio todas las de perder. El ejército alemán, mandado por von Brauchitsch y con Franz Halder como jefe del Estado Mayor, estaba formado por más de un millón de hombres. Su potencia de fuego era superior en una proporción de 2 a 1 y puso en pie de guerra 20 veces más tanques que el ejército polaco. El tanque fue la revelación de este comienzo de la II Guerra Mundial e Hitler tuvo que convertirse a la religión de Guderian, el teórico del empleo del carro, a través del libro *Achtung Panzer* (Atención, tanque).

Polonia, de política y cultura militar tradicional, se había hecho una idea retórica, romántica, de la situación: los militares polacos creyeron que con caballería y llamamientos patrióticos a una nación orgullosa podrían oponerse eficazmente a aquel río de acero. Las máquinas destrozaron a los caballos. El patriotismo no sirvió de nada: la movilización polaca llegó un día antes de la invasión y se hizo de forma desordenada. Para cuando los polacos creyeron darse cuenta de la situación, la Luftwaffe, con sus terribles bombardeos en picado sobre aeródromos y bases, columnas de soldados y nudos de comunicación, había sentenciado el curso de los acontecimientos. La «operación *Fall Weiss*». (Plan blanco) se llevó a cabo más o menos de acuerdo con los planes previstos, cosa que rara vez ocurre en una guerra. Ni siquiera los ríos polacos pudieron convertirse en obstáculos naturales para el avance alemán, al encontrarse sus cursos de agua limitados al mínimo debido al fuerte estiaje de aquel largo verano de 1939.

Hitler obró con precaución y cautela: nada de movilización anunciada y anticipada. La orden de ataque a Polonia llegó a las 17 horas del 31 de agosto de 1939, y se presentó así: Y = 1 9 4 45, lo que significa 1 de septiembre a las 4.45 de la mañana. Pero algunas unidades dudaron. El coronel general Gert von Rundstedt y su jefe de Estado Mayor, Erich von Manstein, no las tenían todas consigo; pensaban que se trataba de una repetición de lo que ocurrió 6 días antes, cuando llegó una orden de ataque para el 26 de agosto a las 4.30 que fue cancelada por Hider a las 20.30. Un regimiento motorizado que se lanzaba a toda velocidad hacia la frontera polaca pudo ser detenido *in extremis*. Las *panzerdivisionen* que iban a

revolucionar el arte de la guerra y permitir la conquista de Europa por parte de Hitler pararon los motores en el último minuto.

CRUZAR EL RUBICÓN

A medianoche del 31 de agosto, tanto von Rundstedt como von Manstein dan por hecho que Hitler, que no desea todavía una guerra mundial, sino sólo con Polonia por el pasillo de Dantzig, ha cruzado esta vez el Rubicón. No habrá más aplazamientos: es la «Hora H». Karl Rudolf Gert von Rundstedt (prefiere que le llamen Gert) pertenece a esa clase social conocida como los *junkers*, dominantes del cuerpo prusiano de oficiales durante los siglos XVIII y XIX que viven de la «espada y del trabajo de sus campesinos», sus siervos de la gleba. Von Rundstedt es el primer hijo de un oficial de húsares. Le gustan la pintura, la música y la interpretación, pero no se le hubiera ocurrido emprender otra carrera que no fuera la de las armas. Ocho meses antes de cumplir los 17 años, y cuatro después de ingresar en la escuela de cadetes, empieza su carrera militar. Seis meses más tarde es ya teniente del 83 Regimiento Real de Infantería prusiana. Se porta bien, se casa bien, no provoca escándalos ni protagoniza excentricidades de ningún tipo y pasa con éxito los exámenes de la Academia de la Guerra. Es un oficial de Estado Mayor, o sea, ha pasado por las pruebas más duras en las que predominan la disciplina y la preparación técnica. Para Earl F. Ziemke, representa de principio a fin «el modelo de oficial de Estado Mayor en la tradición Moltke-Schlieffen, maestro de la técnica, reservado en el habla hasta el punto de la taciturnidad y estudiadamente desdeñoso del triunfo personal».

Von Rundstedt da muestras de tacto, fineza y coraje en combate contra los rusos, en Bélgica y en Francia durante la I Guerra Mundial, y termina por convertirse en el primer soldado del Reich. Nada de política, es el soldado profesional. Nada tiene que ver con los métodos y las ambiciones de von Reichenau, nombrado comandante en jefe del Ejército. A Rundstedt no le gusta este jefe militar próximo al partido nazi, por eso presenta una dimisión que el viejo Hindenburg no le admite: «Te necesitamos más que nunca», le dice.

La primera oportunidad se le presenta a von Rundstedt en el verano de 1938, en la crisis checoslovaca: asciende al cargo de comandante del Segundo Ejército. Hitler busca la guerra por los

Sudetes, pero sus generales no la quieren. Rundstedt es también de esa opinión. Las fuerzas armadas bullen por aquellos días de 1938. En los cuartos de banderas se fragua un intento de golpe de Estado contra Hitler. Los conspiradores se acercan entonces a von Rundstedt, pero éste se niega a prestar oídos a sus maquinaciones: «Nunca hubiera aceptado una cosa así —afirmó en el proceso de Nuremberg—, lo consideré como una traición».

Colocado por Hitler al frente del Grupo de Trabajo, Rundstedt prepara desde su casa la operación de ataque a Polonia mientras que su segundo, von Manstein, sigue al frente de la división. El éxito de Hitler en los Sudetes estimula la relación entre el *Führer* y sus estrategas. En 1934, las tropas nazis dan por hecho que las
SA
(fuerzas de asalto) al mando de Ernst Rohm tratan de sustituir al ejército profesional alemán. Hitler ejecuta a la plana mayor de las SA. Las Fuerzas Armadas tienen ya a Hitler como comandante supremo y le juran lealtad eterna, hasta la muerte. También Rundstedt presta ese juramento. Se le verá al lado de sus jefes Blomberg y Fritsch, entre otros, en la tribuna de invitados del desfile de Nuremberg en septiembre de 1934. En privado, von Rundstedt abomina de Hitler, pero en público, calla. «*Un soldado* —dirá en Nuremberg— *nunca debe tomar parte en actividades políticas*».

A mediados de agosto de 1939, von Rundstedt se encuentra en un monasterio cerca de Neisse, a unos 100 kilómetros de la frontera polaca. A medianoche, le dice a von Manstein: «*Esta vez ya es tarde, no habrá vuelta de hoja. Creo que podemos dormir una hora o 2 antes del ataque*». Hitler temía la reacción de los británicos. Despejadas las últimas dudas, les diría a sus generales: «*Esta vez tendréis la guerra*». La primera idea era desencadenar el ataque a finales de agosto, después de la cosecha y antes de las lluvias de otoño. «*Si el coronel general von Brauchitsch me hubiera dicho que nos esperaba una guerra larga, no hubiera dado la orden de marchar sobre Polonia. Pero me prometió que la conquistaríamos en pocas semanas*». Ya no cree en la intervención de Francia y Gran Bretaña. «He estado con Daladier y Chamberlain en Munich —afirma—, son dos gusanos». Goebbels asegura en una reunión secreta: «Nos han dejado hacer lo que nos daba la gana, por eso hemos atravesado la zona de riesgo».

PACTO ENTRE DOS DIABLOS

A quien de verdad temía o respetaba Hitler era a su colega Stalin.

Necesitaba un arreglo con él. El primer paso fue el envío a Moscú de una delegación comercial para tantear el terreno, hasta que Hitler descubrió sus cartas con un telegrama al Kremlin: Stalin debía recibir de inmediato a su ministro de Asuntos Exteriores Joachim von Ribbentrop. «*Noche tórrida, noche enfebrecida, noche de estupor*», escribe Raymond Cartier de la noche que va del 22 al 23 de agosto. Lo increíble había llegado: el encuentro, el pacto entre el comunismo y el nazismo. El primer ministro francés Daladier se negó a dar crédito a la noticia cuando le despertaron: «*Cerciórense de que no sea la "intoxicación" de algún periodista*». A pesar de todos los escepticismos, era verdad: Moscú y Berlín habían firmado un pacto de no agresión. De esta manera, Hitler, por medio de una jugada maestra, se buscaba un aliado donde antes había un enemigo: soviéticos y alemanes procederían por medio de ese pacto a un cuarto reparto de Polonia. Las líneas del reparto del botín se pactaron también en Moscú entre Ribbentrop y el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Molotov. Tenía ya un «pacto de acero» con Italia y un pacto de no agresión con la URSS. Francia y Gran Bretaña, que fracasaron en su intento de negociar con Stalin, se echaron a temblar. Hitler les había ganado por la mano.

Los ríos polacos Narew, Vístula y San servirían de frontera común entre Rusia y Alemania. En el reparto de los países bálticos, Lituania sería para Hitler, mientras que la parte del león: Letonia, Estonia, Finlandia y la Besarabia serían para Stalin. ¿Cuál fue el propósito de Stalin? Ganar tiempo en su pacto con el diablo. ¿Y el de Hitler? En ningún caso, el insignificante pasillo de Dantzig, sino algo más suculento: las llanuras rusas, para asegurarse con ese espacio vital el porvenir del Estado alemán. Sabe que esas concesiones que acaba de hacer a Moscú son provisionales: todo volverá un día a su poder con el paso triunfal de sus ejércitos, para edificar la gran Alemania de los mil años. La única sorpresa para Hitler fue la declaración de Mussolini: ese pacto de acero, el comienzo del eje Roma-Berlín, se demostró que era de margarina. El *Duce* le hizo saber que adoptaría una posición de no beligerancia. Italia no estaba preparada para la guerra. Además, el país estaba demasiado volcado en la Exposición Universal de 1940 como para dedicar hombres, fondos y energías a la guerra. Mussolini cambiaría pronto de idea. No en vano, había escrito: «La guerra es para el varón lo que el parto es para la hembra».

La otra mala noticia le llegó a Hitler desde Londres. No acababa de despedir al embajador italiano en medio de grandes maldiciones contra «esos italianos cobardes, traidores, indignos de toda confianza», cuando le llegó la respuesta del Gobierno británico. De acuerdo con

un tratado de ayuda mutua, ingleses y polacos se comprometían a prestarse apoyo para rechazar por las armas cualquier atentado contra su independencia. Hitler no acababa de comprender a los ingleses. ¿Quién les había dado vela en aquel entierro? El hombre del paraguas, Neville Chamberlain, con el que se entrevistó en Berchtesgaden, en Bad Godesberg y en Munich, le había parecido un gusano, un tipo frágil, desbordado por los acontecimientos. El Reino Unido estaba dispuesto a irse a la tumba por Polonia. Un contratiempo. Con lo bien que le había ido en Checoslovaquia… Hitler se había anexionado Checoslovaquia al romper el acuerdo de Munich con Chamberlain un año antes.

LOS SUDETES

Cuando Hitler se anexionó Austria —él mismo era un austríaco nacido en Braunau, cerca de Linz—, los checoslovacos pusieron sus barbas a remojar. De los 14 millones de habitantes de la república creada en 1919 con las 3 antiguas provincias de Bohemia, Moravia y la Silesia austríaca más las 2 ex provincias húngaras de Eslovaquia y Rutenia, 3.300.000 eran alemanes. Una minoría jactanciosa y levantisca que para nada se sentía ligada a aquella República Checoslovaca que Tomas Masaryk y Eduard Benes elevaron con maestría y habilidad al rango de potencia industrial en muy poco tiempo. Esta minoría alemana se había concentrado sobre todo en Bohemia, en la región de los Sudetes.

El irredentismo alemán (nos niegan la igualdad de oportunidades en el reparto de cargos, nos discriminan con respecto a la mayoría checa, nos han dejado en la bancarrota…) pidió ayuda a la madre patria. Esas reclamaciones de apoyo y solidaridad no podían llegar en mejor momento para Hitler: eran los cantos de sirena para una intervención en Checoslovaquia por medio del caballo de Troya de la minoría alemana. Los checoslovacos alemanes se sentían por encima de todo alemanes, una raza superior. Todo lo que necesitaban unos y otros en los Sudetes y en Berlín era un *casus belli* (motivo de guerra). Desde el partido pronazi de los Sudetes hasta el Reischstag, el parlamento de partido único en Berlín, las quejas resonaban cada vez con más fuerza. La verdad era que el Gobierno de Praga había hecho todo lo posible para desactivar las protestas de la minoría alemana. Pero tanto Hitler como su ministro de la Propaganda, Goebbels, eran maestros en la manipulación de la verdad con el uso de la mentira y la calumnia. «Los checos —aseguró Mussolini— son un pueblo vil, son

los hebreos entre los eslavos. Son un pueblo corrompido por estos 3 males: la masonería, la democracia y el bolchevismo».

Hitler despachó urgentemente tropas a la frontera checa. Llegaba la hora de la venganza. Sólo que Francia había firmado acuerdos de defensa mutua con Checoslovaquia y los hizo valer cuando sonaron los tambores de guerra. Gran Bretaña y la Unión Soviética se pusieron al lado de Francia. El *Führer* hizo un análisis de sus posibilidades: había sido un error de cálculo. Lo mejor sería, ante tan formidables enemigos, echar marcha atrás y devolver sus fuerzas a los cuarteles de los que habían salido. Eso hizo. Debería esperar una mejor oportunidad. Enrabietado, dijo a sus generales en una reunión en la que trató de no perder la cara: «Aplastaré a Checoslovaquia dentro de poco tiempo». Y, envalentonado, fijó la fecha del 1 de octubre de 1938 para poner en marcha la «operación Verde». Aquella humillación no podía quedar así. Pronto sabrían de lo que era capaz Adolf Hitler. Desde los Sudetes, el partido nazi se dedicó a preparar el terreno, el *casus belli* para que los ejércitos de Hitler pudieran hacer realidad sus sueños: la formación de un estado nazi en el interior de Checoslovaquia. Esta vez, las frágiles democracias occidentales accedieron: Praga tuvo que ceder ante Hitler, y éste recogió pérfidamente lo que con tanto ahínco pedía. En efecto, Chamberlain, asustado, viajó a Berchtesgaden, el refugio alpino de Hitler: Londres y París sacrificarían los Sudetes de mayoría alemana para satisfacer las demandas del *Führer*. Sería una forma de apaciguar a la fiera, entregarían los Sudetes a cambio de evitar una nueva guerra europea. Era tan sólo el principio de una serie de concesiones a Hitler que no hicieron sino animar a éste a presentar cada vez mayores demandas territoriales. En caso contrario, de acuerdo con el plan previsto, el 1 de octubre invadiría Checoslovaquia para quedarse con toda ella. El Gobierno de Praga aceptó las reclamaciones nazis y dimitió en pleno. Chamberlain corrió esta vez a Bad Godesberg para ofrecerle la capitulación de los checoslovacos. Pero lo pactado en Berchtesgaden le parecía ya poco, e Hitler entregó a Chamberlain el mapa de las nuevas anexiones. El hombre del paraguas, una figura patética, se metió el mapa en el bolsillo y voló de regreso a Londres.

Los británicos se rendían ante la dialéctica de los puños, las pistolas y las anexiones del caudillo alemán. «Es la última demanda territorial que tengo que hacer en Europa», afirmó en un discurso pronunciado en el Palacio de los Deportes de Berlín. Era el tercer viaje de Chamberlain a Alemania: creía a pie juntillas que la mejor manera de aplacar a Hitler era ceder. Ceder Checoslovaquia para salvar Europa. Daladier aseguraba: «Los cosacos (bolcheviques) conquistarán

Europa». Entre los 2 enemigos eligieron el que consideraban menor: Hitler. Para Chamberlain no había otra alternativa: «O esto, el viaje a Munich, o la guerra». En Munich, el primer ministro británico firmó una paz vergonzosa: Hitler se había quedado con tres cuartas partes de Checoslovaquia y casi un tercio de su población. ¿Quién podía creer en la palabra de Hitler? Chamberlain lo hizo por temor y por comodidad.

El 7 de marzo de 1937, Hitler cometió su primer acto de agresión. Mientras sus diplomáticos se reunían en la sede del Ministerio de Asuntos Exteriores, en la Wilhelmstrasse, con los embajadores de Gran Bretaña, Francia, Bélgica e Italia para firmar un pacto de veinticinco años, ordenó el envío de 35.000 hombres para ocupar Renania, considerada por todas las potencias como zona desmilitarizada. Hitler se hizo con ella. Sus generales, preocupados, contuvieron el aliento. ¿Cuál sería la respuesta de Francia? ¿Enviaría a sus ejércitos sobre la región renana? Nada. Francia no rechistó, lo mismo que Gran Bretaña. Hitler resumió así la situación: «Con la recuperación de Renania, las ambiciones territoriales alemanas han quedado por completo satisfechas».

CHURCHILL

En Londres, Winston Churchill, que aspiraba al Ministerio de Coordinación de la Defensa, de nueva creación, descubrió el juego de Hitler. Para el ala pactista del Partido Conservador, Churchill era demasiado agresivo, demasiado enemigo de Hitler y de la política de apaciguamiento. El Ministerio de Coordinación de la Defensa iba a parar a manos de un oscuro abogado que no sabía nada de asuntos militares. Churchill tenía todas las credenciales en su mano: su experiencia en la India, en la Guerra de Cuba al lado de los españoles, su trabajo como corresponsal en la Guerra de los Boers en Sudáfrica, su paso por el Ministerio del Interior en 1910, primer *lord* del Almirantazgo entre 1911-16, ministro de Municiones entre 1917-18, ministro de la Guerra y del Aire en 1919-20, secretario para las Colonias en 1921-22 y canciller del Exchequer (Hacienda) en 1924-29.

Winston Leonard Spencer Churchill era un hombre de una voluntad de hierro. Había estudiado en Harrow y en la academia de Sandhurst, y servido en la India y en Sudán, donde asistió a la batalla de Omdurman. El hijo de *lord* Randolph Churchill, nacido en el Palacio de Blenheim —construido por una nación agradecida a su antepasado, el primer duque de Marlborough—, sentía en sus venas el

espíritu de la aventura: escaparía de un campo de concentración surafricano y huiría en un tren. Su carrera como diputado conservador y ministro con los liberales, a los que se había unido, sufriría un contratiempo como primer *lord* del Almirantazgo: se le hizo responsable del grave revés ante los Dardanelos durante la I Guerra Mundial (1915), el desastre de Gallipoli. Pero sería una breve travesía del desierto, porque, tras ocupar otros cargos ministeriales y derrotar con mano de hierro a los mineros en huelga, volvería al cargo de primer *lord* del Almirantazgo en el gabinete de Neville Chamberlain. De haber muerto Churchill en 1940, su carrera política se hubiera interpretado como un brillante fracaso. Los 5 años de sangre, esfuerzo, sudor y lágrimas al frente de Gran Bretaña harían de él un héroe para la historia. Cometió errores, pero tuvo las ideas claras, una oratoria inigualable que inflamaba a los enemigos del totalitarismo nazi. Fue quien inspiró moralmente a todo un pueblo en la resistencia. Pero en estos años que preceden a la guerra, Churchill se dedicaba a pintar y a escribir libros. Tenía varios inconvenientes para ocupar una cartera ministerial: veía a Hitler como una seria amenaza y se había puesto al lado de su amigo, el príncipe de Gales. Eduardo VIII, casado con una divorciada norteamericana, *lady* Simpson, debía abdicar. Era la forma de evitar una crisis institucional. Entre el amor de una mujer y el trono, eligió a *lady* Simpson. Churchill consoló a su amigo, el príncipe de Gales, al que conocía desde 1910. A los barones del partido *tory* (conservador) no les gustaba nada esa toma de posición del descendiente del duque de Marlborough. Debería pagar su precio con el ostracismo. Churchill se retiró a escribir: «Debía controlar mis emociones y aparecer sereno, indiferente, distanciado. Escribir un libro es tener a un compañero y a un amigo a tu lado».

Sir Neville Chamberlain, hijo de una acaudalada familia de Birmingham, un hombre presumido y pagado de sí mismo que pasará a la historia por su paraguas, su bombín y por ese trozo de papel en el que Hitler le dictó las condiciones, no era santo de la devoción de Churchill. Y viceversa. Tampoco el anterior primer ministro, *sir* Stanley Baldwin, lo había sido. Churchill veía en Chamberlain un político apasionado, demasiado confiado en sus fuerzas y visiones. Creía que podía hacerse cargo de Europa y del mundo entero. Quiso pasar a la historia como el gran pacificador, por ello estuvo siempre dispuesto a correr grandes riesgos para sí y para su patria, según escribió Churchill en su libro sobre la II Guerra Mundial. Hizo frente a huracanes que no pudo dominar. «En los años anteriores a la guerra, me hubiera sido más fácil trabajar al lado de Baldwin que al lado de Chamberlain; pero ninguno de los dos tenía ganas de trabajar

conmigo, al menos hasta el último momento».

La irresistible ascensión de Hitler le producía escalofríos a Winston Churchill. Ese juramento de lealtad de los soldados alemanes —no por Alemania, sino hacia el propio Hitler—, daba la medida del carácter y la ambición del que fue cabo de Infantería en la I Guerra Mundial: «Juro solemnemente ante Dios que obedeceré incondicionalmente a Adolf Hitler, caudillo del Reich y del pueblo alemán, comandante supremo de la Wehrmacht, y empeño mi palabra como bravo soldado para observar siempre este juramento, aun cuando mi vida corra peligro».

Churchill vio con desmayo la anexión de Austria en 1938. Era una señal inequívoca de la voluntad de Hitler de conquistar Europa. Hace falta estar miope —debió pensar el león conservador— para no ver en esta acción una amenaza a la seguridad europea. Hitler se creía con derecho a anexionarse Austria. Había nacido en una aldea (Braunau am Inn) situada cerca de la frontera alemana. «La misma sangre circula por todo el Reich», afirmaría en su libro *Mi lucha*.

Para Hitler, la de Austria era una reivindicación inaplazable, aunque el Tratado de Saint Germain prohibiese el *anschluss*, la unión entre Austria y Alemania. A todas las naciones les venía mal esa unión-anexión, incluida Italia, que se encontraba de pronto con fronteras alemanas junto a su suelo. Cuando Hitler llegó al poder en 1933, a través de unas elecciones democráticas, movió los peones nazis en Austria, estableció la estrategia de la tensión, golpeó, atacó, puso bombas… Fue su joya de la corona, aunque odiase a Viena, que no le comprendió, con todas sus fuerzas. Haría todo lo posible para que Alemania y Austria fueran una misma cosa. Austria, depauperada, derrotada, privada de su imperio, humillada, no hacía nada sola en el mundo.

LA INVASIÓN DE AUSTRIA

Los comandos nazis atacaron al corazón del Estado austríaco e hirieron de muerte al canciller Dollfuss, quien creyó poder defenderse de Hitler cubriéndose con la máscara del fascismo. Nada podía oponerse ya a las aspiraciones de un *Führer* que reincorporaba el Sarre a través de un plebiscito, que creaba la Luftwaffe, que establecía el servicio militar obligatorio y que se mofaba de las limitaciones de armamento impuestas por el Tratado de Versalles. Era Hiüer quien imponía condiciones a los vencedores de la guerra. Por eso, la unión con Austria, la ocupación de la zona del Rin, de los Sudetes y, más

tarde, el ataque a Polonia formaban parte de su calculada estrategia. Cuando las tropas nazis, en violación flagrante del Tratado de Locarno, reocuparon la zona del Rin, Hitler no las tenía todas consigo: si los franceses reaccionaban, podían hacer añicos al ejército alemán, que todavía no estaba preparado para la tarea. Pero los franceses no respondieron a la provocación y dejaron seguir creciendo al monstruo, al Frankenstein apocalíptico que se había hecho con el control del Alto Mando de las Fuerzas Armadas alemanas.

Hitler, que aspiraba al poder total, no lo hacía sólo en un reflejo de su megalomanía: sabía que si no dominaba el ejército no dominaría nada. Era su juguete, su pasión, la revancha de un cabo de Infantería con la Historia, el suboficial que llegaba al frente de la
OKW
, el Alto Mando. Cuando su ministro de la Reichswehr, el mariscal von Blomberg, se casó con una tal Erna Gruhn, los cuartos de banderas temblaron de indignación: *fráulein* Erna era una prostituta. Hitler complació a los militares y les dijo lo que querían oír: que el mariscal quedaba excomulgado de las Fuerzas Armadas. A su sucesor natural, el comandante en jefe del Ejército, von Fritsch, se lo quitó de en medio, instigado por Goering, porque surgieron pruebas, sin duda falsas, de que era homosexual.

La reacción de los dos hombres fue asimétrica; mientras que Blomberg se fue con Erna de viaje de novios a Capri, von Fritsch pidió la primera línea de fuego. Un tribunal militar le había dejado libre de los cargos de homosexualidad, pero von Fritsch no paró hasta que lo destinaron al frente polaco, allí donde silbaban los proyectiles. Murió como había querido, de acuerdo con el código prusiano del honor, en el lugar poco frecuentado por los generales, en primera línea. Cuenta Louis Snyder que, en el curso de un tremendo ataque, una bala de ametralladora alcanzó a von Fritsch en un muslo, seccionándole una arteria. «Un joven oficial que le acompañaba se esforzó por restañar la hemorragia, pero el general le susurró: “¡No se moleste, por favor!”». A los dos minutos, exhaló su último suspiro. De esta manera, con Goering, el lacayo elevado a la categoría de mariscal, y los disidentes militares eliminados, Hitler pudo cantar victoria: era el jefe supremo e indiscutido de las Fuerzas Armadas.

Al nuevo canciller de Austria tras la muerte de Dollfuss, Kurt von Schuschnigg, no le quedó más remedio que viajar a Canossa, el refugio de Hitler en Berchtesgaden. Allí le esperaba el rapapolvo del *Führer*, quien lo trató como a un perro. El «alemán más grande de la historia» le mostró los planes de la invasión de Austria para el caso de que no cediera. La propaganda hitleriana dio su particular versión de la

entrevista: el patriota Schuschnigg se plegaba de buen grado a las exigencias del *Führer*. Cuando el canciller regresó a Viena, la «capital de mi pueblo alemán de Austria», como Hitler la llamaba, decidió plantear un referéndum. El sí o el no a la independencia de Austria, el sí o el no a Hitler. Pero éste no estaba para paños calientes y aquello le parecía una burla, por lo que su respuesta no se hizo esperar: «O anula el referéndum, o invado Austria ahora mismo». En un discurso pronunciado entre sollozos, el canciller austriaco anunció que se inclinaba ante la fuerza. «He dado órdenes al ejército austriaco de que se retire sin resistencia. ¡Que Dios proteja a Austria!».

El hombre de paja del nazismo austriaco, Seyss-Inquart, fue nombrado canciller en la medianoche del 11 de marzo de 1938. Nueve días antes, las tropas del Reich ocupaban Viena. Austria era ya una provincia del Tercer Reich. Ahora sí se convocó a austríacos y alemanes a un plebiscito sobre el *anschluss*: el 99,75% dio su voto afirmativo en Austria y el 99,08% en Alemania. La Gestapo, policía política nazi, hizo el resto: persiguió a la oposición, la torturó y mató o la encerró en las cárceles. Los austríacos se mostraron exultantes de felicidad cuando Hitler atravesó Viena. «¡Mueran los judíos!», gritaban, *«ein volk, ein reich, ein führer»* (un pueblo, un imperio, un líder). Hitler anunció, como haría siempre, que ésta era la última de sus anexiones. Churchill no se lo creyó. Diría en los Comunes que Checoslovaquia era la siguiente en la lista. Nadie le escuchó.

El 15 de marzo de 1939, el presidente Emil Hácha firmaba en Berlín el tratado que convertía a Checoslovaquia en un protectorado alemán. Hitler era ya el protector de Bohemia, Moravia y Eslovaquia. La opinión pública de Gran Bretaña despertó con amarga decepción. Los mismos que le habían recibido en triunfo en Londres, tachaban ahora de cobarde al primer ministro Chamberlain. El tiempo había dado la razón a las advertencias no escuchadas de Churchill frente a la bajada de pantalones de Chamberlain. El primer ministro británico se dirigió a la nación a través de la BBC: «Es horrible, es increíble que tengamos que cavar trincheras y tomar las máscaras de gas por una pelea en un país lejano entre una gente de la que nada sabemos». Fue entonces cuando viajó de nuevo a Munich con los resultados que ya conocemos. Al regreso, Chamberlain se asomó a los balcones del número 10 de la calle Downing, la residencia del primer ministro: «*Os traigo de Alemania la paz con honor* —dijo—. *Es la paz en nuestro tiempo*». Al día siguiente, Checoslovaquia desaparecía en las garras de la Alemania nazi, invadida de banderas con la esvástica, signo y símbolo de la prosperidad y de la buena fortuna entre mesopotámicos, bizantinos e hindúes.

En la Cámara de los Comunes, Churchill escribió el epitafio de Checoslovaquia: «*Todo ha terminado. Silenciosa, abandonada, enlutada, rota, Checoslovaquia ha entrado en la oscuridad*». Pero no fue sólo un epitafio. Churchill advirtió de nuevo: «*No crean que éste es el final, es sólo el comienzo del ajuste de cuentas. Es sólo el primer sorbo de una bebida amarga que nos harán tragar año tras año a menos que, en una suprema recuperación de la higiene moral y del vigor marcial, nos alcemos de nuevo y defendamos la libertad como en los viejos tiempos*».

Adolf Hitler volvió entonces la mirada hacia el Este: firmó su cínico pacto de no agresión con Stalin y dijo a los polacos con su amenazante voz gutural que el pasillo de Dantzig era suyo. Churchill le vio venir: «*Si no luchamos cuando podemos vencer fácilmente sin derramamiento de sangre, si no combatimos cuando la victoria es segura y no demasiado costosa, llegará un momento en que tengamos que combatir con todo en contra y con pocas posibilidades de supervivencia. Pero hay algo aún peor, la posibilidad de que tengamos que luchar cuando ya no haya esperanza para la victoria, porque será mejor morir que vivir como esclavos*».

Hay historiadores que han tratado de reivindicar la figura de Neville Chamberlain. Al primer ministro inglés, según interpretación de sus defensores, no le quedó otro remedio que hacer lo que hizo. Cargado de buena fe, trató de ganar tiempo; el informe de sus jefes militares sobre la posibilidad de responder a un ataque alemán a Checoslovaquia fue concluyente: ni Gran Bretaña ni los aliados europeos estaban preparados para la guerra. Había, por lo tanto, que ganar tiempo para el rearme… a cambio de una paz sin honor.

Churchill sabía que, después de la ocupación de Renania, de la anexión de Austria y de Checoslovaquia, le tocaba el turno a Polonia, la mártir. Por toda Inglaterra empezaron a aparecer pancartas en las que se leía: *«Churchill must come back»*. (Churchill debe volver). En su residencia de Chartwell, Winston Leonard Spencer revisaba su armería acompañado de su viejo amigo Walter Thompson, inspector de Scotland Yard que había sido su guardaespaldas durante muchos años. «Tengo suficiente información como para saber —afirmó— que Hitler reconoce en mí a su enemigo. Sé que si la guerra estalla, y nadie duda que va a estallar, un peso enorme va a caer sobre mí». Chamberlain saldría de escena con su paraguas y un grotesco papelito de una paz firmada con Hitler para que entrase en escena el hombre que aglutinaría a los ingleses y sus aliados en la batalla sin cuartel contra el totalitarismo.

Adolf Hitler era un maestro en el hallazgo de excusas para la guerra. En efecto, después de las promesas de paz, urdía un ataque a

traición, premeditado y alevoso. Himmler, jefe de las
SS
y de la Gestapo, un fracasado maestro de escuela y criador de pollos que encarnaba la banalidad del mal y que había participado en el *putsch* (intento de golpe de Estado) de la cervecería de Munich, su ciudad natal, fabricó el crimen perfecto: un ataque a la emisora de Gliwice por una partida de presos sacados del campo de Oranienburg, cerca de Berlín. A doce de ellos les inyectaron veneno, los fusilaron en campo abierto y luego arrojaron sus cuerpos en las afueras de una aldea próxima. Iban vestidos de soldados polacos. Los
SS
entraron en la emisora de radio de Gliwice, que en ese momento emitía una sinfonía de Mozart, para anunciar por el micrófono que eran tropas polacas que invadían Alemania. Los asaltantes dejaron otro cadáver en la emisora, el de otro preso de Oranienburg vestido también con el uniforme polaco. Al comandante de la fuerza local que intentó oponerse a la sangrienta superchería, que servía de coartada para desatar la guerra, le taparon la boca con un terminante *«führerbefehl»* (órdenes de Hitler).

De inmediato, la radio alemana, que tenía preparado el discurso, empezó a «denunciar» la invasión de Alemania por los polacos, las matanzas contra la minoría alemana en Polonia. Pero no era una declaración de guerra, iba a empezar la operación de castigo. Hitler acudió al Reichstag vestido de soldado de infantería para anunciar una invasión «necesaria».

«Por primera vez, soldados regulares polacos han abierto el fuego en nuestro propio territorio. Desde las 5.45 de esta madrugada, estamos devolviendo el fuego, y desde ahora responderemos a las bombas con las bombas». Las vacas triscaban en los pastizales de la frontera germano-polaca en Gliwice. Entre la niebla otoñal y el bosque, podían verse los doce cuerpos de los presos transformados en soldados de la infantería polaca: el pretexto de la guerra. Llevaron hasta el lugar del crimen a los periodistas de Berlín para que indagasen, para que filmasen, para que fotografiasen el montón de cadáveres, el cuerpo del delito. Les pusieron un nombre muy apropiado a estos criminales sacados del campo de concentración: «comida enlatada». Los
SS
les hicieron creer que se trataba de filmar el asalto a una emisora de radio con destino a la propaganda. Murieron sin darse cuenta de nada. Ninguno de los periodistas que acudieron al lugar del «incidente» tuvo la precaución de examinar las armas de los muertos: estaban

descargadas.

TRADICIÓN Y CUALIDADES

Hacia el Este, 4 cuerpos de ejército alemanes lo arrollan todo a su paso. Hitler les ha despedido con estas palabras: «*Espero que cada soldado sea consciente de la tradición y de las cualidades militares, y que cumpla su deber hasta el final. Recordad siempre y en cualquier circunstancia que sois los representantes de la gran Alemania nacionalsocialista*». El *Führer* ha escrito con grandes trazos de lápiz rojo sobre la Orden Número 1: «Hora del ataque: 04.45 horas».

Las bombas de los *Stukas* despiertan a los polacos. El general von Brauchitsch aísla el pasillo de Dantzig. Se cumple al pie de la letra la promesa de Hitler: «Con mi ejército mecanizado conquistaré Polonia en 3 semanas». Los polacos, llenos de orgullo, no pueden creérselo. Al contrario, envalentonados por el increíble triunfalismo de sus jefes y oficiales, piensan que los alemanes van a salir con el rabo entre las piernas. Llegan a creer que las tropas polacas desfilarán pronto en Berlín. Así es como el generalísimo polaco Rydz-Smigly despliega sus fuerzas a lo largo de las fronteras comunes: las dispersa. La verdad es que Polonia pierde la guerra antes de que suene el primer cañonazo contra Dantzig. Los generales polacos, estúpidamente confiados en que podrán llegar hasta Berlín, situado a cien kilómetros de la frontera, dan muestras de gran incapacidad. Están muy mal armados, cuentan con material de la I Guerra Mundial, con pocos y mal equipados aviones, con una caballería anacrónica, unas escasas y obsoletas unidades mecanizadas, una artillería hipomóvil que se desplaza arrastrada por caballos, apenas disponen de baterías antiaéreas, el sistema de transmisiones es insuficiente… Casi todo lo que tienen lo transportan en carretas de heno. O sea, son unas fuerzas armadas equipadas para combatir en otra guerra. ¿Qué pueden hacer contra el diluvio de fuego, la rapidez de las unidades mecanizadas alemanas? Nada. Tan sólo morir con dignidad. El ejército alemán está en sus inicios, no es aún la asombrosa masa de acero de la que Hitler dispondrá dentro de poco, pero las fuerzas polacas se han quedado en el paleolítico superior. La *Luftwaffe* no tiene rival en el cielo: ha pasado de fabricar 900 aparatos a sacar 6000 de sus cadenas de montaje: el caza Me-109, el Me-110, el bombardero en picado Ju-87, los bombarderos Ju-88, He-111 y el Do-17. Caen sobre Polonia 771 cazas, 408 cazabombarderos Messerschmitt 110 *zerstórer* (destructores), 336 Stukas y 1180 bombarderos. La motorización es

aún débil, la artillería dispone de obuses modernos, pero también de piezas que datan del tiempo de Guillermo II.

Hay generales que sostienen que la Wehrmacht no está dispuesta para la acción, que es arriesgado emprender una nueva guerra. No importa. Hitler tiene prisa en su marcha hacia el Este. Mientras tanto, la conjura reúne a los generales que se oponen a sus planes. El general Hoepner está preparado para marchar sobre Berlín con su división blindada. Ha esperado durante toda la noche la señal de los conspiradores: el coronel general Halder, el coronel general Beck, el coronel general Witzleben, el general de Infantería von Stulpnagel y el almirante Canaris. Su plan consiste en detener a Hitler a su regreso del Congreso Nacionalsocialista de Nuremberg. Nos encontramos a mediados de septiembre de 1939. La orden no llegará nunca porque la radio anuncia que el primer ministro inglés Chamberlain vuela hacia Berchtesgaden para reunirse con Hitler. «La base material del complot —dirá Halder— quedó anulada con la noticia: Hitler no volvía a Berlín. No podíamos detener a un canciller que negociaba con el primer ministro de Gran Bretaña una solución pacífica a la crisis». La guerra empieza, pues, con un complot de los más altos generales contra Hitler. El general Hoepner es el chivo expiatorio de esta conspiración: morirá a manos del verdugo. Antes de que la guerra termine, Hitler habrá ahorcado, degollado, pasado por las armas o invitado al suicidio a más de 50 generales y almirantes. Ahora, en este comienzo del horror, hay generales que se muestran de acuerdo en que el trazado de las fronteras es arbitrario, en que el pasillo de Dantzig es de Alemania, en que millones de alemanes viven sojuzgados en territorio polaco, pero no están de acuerdo en que haya llegado el momento de la guerra relámpago sobre Polonia. Ni siquiera la firma del pacto de no agresión con Rusia les tranquiliza lo suficiente. Se han quitado de en medio con ese acuerdo a un formidable adversario, pero no basta con eso. La plana mayor, salvo los generales hitlerianos Busch y Reichenau, firman un memorándum redactado por el general Beck en el que ponen en guardia al *Führer* contra los peligros de una política aventurera.

¿Cuál es, mientras tanto, la moral de la nación alemana? Tan baja como la de sus generales. «Estamos en 1939 —escribe Cartier en *La Seconde Guerre Mondiale*—, nada se parece al torrente de entusiasmo, a la marcha hacia el sacrificio de julio de 1914. Hitler lo sabe. El año anterior, antes de Munich, ha ensayado una experiencia que no se ha atrevido a repetir este año: el desfile en Berlín de una división blindada. Esperaba un huracán de patriotismo; sólo se produjo un espectáculo de consternación. Durante tres horas, los blindados han

circulado por la capital en medio de un silencioso estupor, como un ejército enemigo en una ciudad conquistada, con Hitler en el balcón de la Cancillería esperando en vano el rumor belicoso que esperaba levantar al paso de sus monstruos de acero. Al volver a su despacho, se ha arrojado en un sofá injuriando al pueblo alemán lo mismo que hará seis años más tarde, en el mismo lugar, vencido y agónico, tras haberlo crucificado y deshonrado».

La tenaza alemana se extiende sobre Polonia. La aviación desarticula las líneas de comunicación y ataca los núcleos de resistencia. Las carreteras se convierten en un caos. A las seis de la mañana, los Junkers-87 sobrevuelan Varsovia, una ciudad sin defensa antiaérea dispuesta para el sacrificio. Su destrucción es un mero ejercicio académico. Sobre Varsovia, donde está enterrado Chopin, el autor de las *Polonesas*, suena ahora la música de la muerte. «Todavía recuerdo —afirmaba el ex presidente de Polonia Jaruzelski— el día soleado de septiembre, el zumbido de los aviones alemanes bombardeando a refugiados indefensos, las explosiones, el hedor de los caballos ardiendo al borde del camino. Pensé que el cielo se desplomaba. Las relaciones entre Lituania y Polonia no eran muy buenas, y estábamos acorralados en la frontera, para mayor sensación de miedo. Estábamos convencidos de que volveríamos pronto a casa, de que una ofensiva francobritánica permitiría al ejército polaco devolver el fuego a las aplastantes fuerzas enemigas. Ni por un momento pensé, al huir con mi familia hacia Lituania, que tardaría más de cuatro años en regresar a Polonia».

Inglaterra y Francia esperan hasta las nueve y media de la noche para hacer saber al Gobierno del Reich que si la ofensiva alemana sigue adelante, se verán obligados a cumplir sus compromisos con la nación atacada. «¿Es un ultimátum?», pregunta el ministro de Exteriores Ribbentrop. «No, es una advertencia», responden los embajadores. Mussolini, que en la anexión de Austria terminó por plegarse a las exigencias de Hitler, quiere desempeñar de nuevo el papel de mediador con la convocatoria de una conferencia entre las cuatro potencias. El pasillo de Dantzig es la moneda de cambio. París responde que acepta la idea. En Inglaterra, que vive un soleado fin de semana, una adivina lee las estrellas y tranquiliza los espíritus: «No habrá guerra este año». Pueden disfrutar de un día excepcional para la época.

A las diez de la mañana se escucha la voz de un locutor por la radio: «Permanezcan a la espera de un anuncio de importancia nacional». Cada 15 minutos el locutor informa que el primer ministro hablará a la nación a las 11.15. Mientras tanto, suena música ligera. A

las 11.14, una locutora explica cómo se puede sacar el mejor partido de la comida enlatada. De pronto, la emisión se interrumpe para dar paso a una voz pedante y tristona. Es la de Neville Chamberlain, que relata con voz cansada que su diplomacia ha fracasado y que la nación se encuentra en guerra: «*La situación se ha hecho intolerable. No podemos creer en la palabra dada por el líder de Alemania, ningún país puede sentirse a salvo. Sé que cada uno de ustedes sabrá desempeñar su papel con calma y valentía. En momentos como este, el apoyo que hemos recibido del imperio representa una profunda señal de ánimo para nosotros. Que Dios os bendiga. El defiende a los que tienen razón. Vamos a tener que combatir con el demonio, la injusticia, la persecución y la opresión, y contra todo, estoy seguro de que prevalecerá la razón*».

Winston Churchill apaga la radio cuando las sirenas de alarma empiezan a sonar en todo Londres. Sin prisas, con su habitual cachaza, la de un guerrero con sangre fría, Churchill se dirige con su mujer hacia el refugio armado con una botella de brandy y otras apropiadas ayudas. Una vez en el refugio, se imagina el cuadro de ruina y carnicería. Las explosiones que sacuden el suelo, edificios que se derrumban entre el polvo y los cascotes, los coches de bomberos y las ambulancias que cruzan entre el humo bajo el zumbido de aviones hostiles. Esa hora no ha llegado aún a Londres. Se trata de una falsa alarma. Churchill se dirige a la Cámara de los Comunes, donde recibirá la noticia: le han nombrado primer *lord* del Almirantazgo.

Paul Schmidt, el intérprete de Hitler y Ribbentrop, tradujo el contenido del mensaje de Chamberlain. «Cuando terminé —escribió en su libro *Europa entre bastidores*—, se hizo un silencio absoluto. Hitler se quedó sentado, inmóvil, mirando al vacío. Tras un intervalo que me pareció un siglo, se volvió hacia Ribbentrop, que continuaba junto a la ventana. “Y, ahora, ¿qué?”, preguntó con una mirada feroz».

Para Franz Halder, jefe del Estado Mayor del Ejército alemán, el desarrollo de la crisis polaca «muestra cómo el político Hitler crea y aviva la crisis para desembocar en una solución de fuerza, que buscaba desde el primer momento, a pesar de todas las advertencias de los elementos militares. Los límites de las posibilidades militares que le poníamos ante los ojos los superaba con la afirmación de que él no se dejaría arrastrar a la guerra en 2 frentes como “los hombres incapaces de 1914”. Tras el éxito de las operaciones militares hay que tomar una decisión estratégica con relación a Varsovia. ¿Debe tomarse a viva fuerza por medio de un ataque con todos sus efectos destructores?». El jefe supremo del Ejército, responsable de las operaciones, se pronuncia por la primera solución, basándola en que así se evitarán víctimas innecesarias y se podrá trasladar además toda

la artillería pesada para reforzar la defensa en el amenazado Oeste.

Hitler se decide por el ataque frontal a viva fuerza: la capital polaca debía caer antes de que los rusos, con los cuales se había firmado un acuerdo secreto, llegasen a alcanzarla. Esta razón se mantuvo oculta al jefe superior del Ejército, según cuenta Halder.

Hitler es el primer hombre desde Carlomagno en reunir en su mano poderes ilimitados. El éxito de la campaña de Polonia le hace olvidar los sinsabores de la respuesta británica y francesa. A su ministro de Armamento, Albert Speer, le asegura que es mucho mejor que la Wehrmacht haya tomado Polonia por la fuerza después de haber obtenido Austria y Checoslovaquia sin ninguna resistencia. «Créame, ni el mejor ejército podría resistir una cosa como esa. Las victorias sin pérdida de sangre son desmoralizadoras», cuenta Speer en *Dentro del Tercer Reich*. En Berlín se vive un clima de incertidumbre. Como consecuencia del nerviosismo general por la invasión, suena la alarma aérea en la capital alemana. Como la de Londres, es una falsa advertencia. Speer, como Churchill, cada uno en su ciudad, se dirige al refugio público. «La atmósfera —escribe Speer— era de depresión. La gente tenía miedo al futuro».

Los regimientos no se dirigen al frente cubiertos de flores como ocurriera en la I Guerra Mundial. «Las calles —añade Speer— estaban vacías. No había muchedumbres en Wilhelmplatz gritando *Heil, Hitler1!*» El *Führer* nunca se había acercado a los frentes de guerra: su visión de los combates había sido siempre intuitiva y telepática, pero, animado por los partes que recibe de sus generales, decide comprobar sobre el terreno la acción de sus soldados. «Era un hombre que perdía los nervios por cualquier tontería —escribe su ministro de Armamento —. Le vi salir de la Cancillería con dirección al Este. Nadie en las calles se dio cuenta del histórico acontecimiento: Hitler dirigiéndose hacia la guerra que él mismo había desencadenado. Los nervios, los malos modos, la incertidumbre desaparecen cuando el general Guderian conduce a su *Führer* hacia el pasillo de Dantzig que ha conquistado con sus blindados. A Hitler le llama la atención el escaso número de bajas alemanas: 150 muertos y 700 heridos para cuatro divisiones. Recuerda que su propio regimiento había sufrido 2.000 bajas en su bautismo de fuego en la I Guerra Mundial. En cambio, las bajas polacas son cuantiosas. La brigada de caballería polaca Pomorska, ignorante de la naturaleza de nuestros tanques, cargó contra ellos con lanzas y sables, y sufrieron tremendas pérdidas».

CRUZADAS DE BRAZOS

A pesar de la declaración de guerra, Inglaterra y Francia no movieron un solo pelotón de soldados para defender Polonia. Los franceses hicieron un tímido movimiento hacia la frontera occidental alemana y los ingleses se limitaron a lanzar octavillas de propaganda sobre las posiciones alemanas. Lo que los sitiados y bombardeados habitantes de Varsovia necesitaban eran armas, antiaéreos. El general Guderian mostró a Hitler lo que quedaba de un regimiento de la artillería enemiga. Creyó que era el resultado de los bombardeos en picado de sus Stukas. «No —corrigió Guderian—, lo han hecho nuestros tanques».

En Alemania corrieron rumores: las tropas francesas habrían cruzado el Rin. Cundió el pánico, pero Hitler permaneció imperturbable: franceses y británicos no se moverán. *Lord* Halifax telefoneó a su colega el conde Ciano, ministro de Asuntos Exteriores y yerno de Mussolini, para decirle que la conferencia de las cuatro potencias no podía celebrarse en tanto los alemanes no retirasen sus tropas de la invadida Polonia. Mussolini respondió que no podía transmitir esa exigencia al *Führer*. No habría vuelta atrás. El ultimátum británico se estrelló contra la Cancillería de Berlín. La maniobra de diversión francesa, con el segundo, cuarto y quinto ejércitos al oeste de los Vosgos y en el Sarre, llegó demasiado tarde. Fue inútil. Los polacos combatían aún, pero su suerte estaba zanjada. El avance alemán no se detuvo: en el primer gran cerco de la guerra, en la bolsa de Bzura, cayeron nada menos que 19 divisiones polacas. El ejército polaco de Poznan, el mismo que iba a marchar sobre Berlín, sucumbió ante la astucia y la potencia de fuego de von Rundstedt. Los polacos miraban en vano al cielo por si llegaban los aviones de Francia e Inglaterra. No llegaron: temían la represalia alemana sobre su industria de guerra. Francia no podía hacer frente a sus compromisos. Tenía miedo. Sus soldados, que habían franqueado la frontera occidental, se toparon con un enemigo formidable y desconocido: las minas. El generalísimo Gamelin sabía mejor que nadie que había sido un gesto simbólico hacia Polonia, un simulacro de acción. Los ingleses procedieron a matar todas las serpientes venenosas del zoológico de Londres. Poco más. Una caballería de la Edad Media no había podido con las fuerzas mecanizadas del siglo XX: Hitler apretó la tuerca sobre los polacos.

Llegó la hora de la evacuación de Varsovia. El presidente Ignacio Moscicki, el primer ministro y su gabinete huyeron hacia la frontera rumana. No supieron estar a la altura de las circunstancias ni organizar la defensa en la retaguardia. La aviación enemiga desarticuló sus líneas. El mariscal Rydz-Smigly cruzó la frontera con

Rumania y se puso a salvo mientras algunos generales y almirantes resistían abandonados a su suerte por la plana mayor. Los expertos calculaban que Polonia resistiría 1 año: cayó en 19 días. Dejó a los alemanes 694.000 prisioneros y 217.000 a los rusos. Las pérdidas alemanas se elevaron tan sólo a 10 572 muertos, 30.322 heridos y 3049 desaparecidos. La *blitzkrieg* fue un éxito: se demostró que es más simple, más fácil y menos costoso reducir la resistencia del enemigo por medio del hambre (corte de sus líneas de abastecimiento) y por la parálisis (destrucción del alto mando y desbaratamiento de sus líneas de comunicación y control) que por el asalto frontal clásico. «Es el reconocimiento del hecho de que un judoka puede vencer a un enemigo más fuerte y poderoso por medio de la velocidad, la agilidad y la eficacia; pero, por encima de todo, atacándole donde y cuando menos se lo espera. Los vehículos acorazados reintroducen la posibilidad del movimiento en un campo de batalla dominado hasta ahora por el rifle, la ametralladora y la artillería de largo alcance», escribe Barrie Pitt al ocuparse de la campaña de Polonia en la obra *History of the Second World War*, editada por *sir* Basil Liddell Hart.

Aunque pocas, Hitler había sufrido sus primeras bajas. El vampiro necesitaba sangre. «La sangre —escribió Clausewitz, el maestro prusiano de la guerra— es el precio de la victoria. Los filántropos imaginan que puede existir un método para desarmar y derrotar al enemigo sin derramamiento de sangre. Ese es un error que debe ser extirpado».

Las últimas esperanzas polacas se vinieron abajo el 17 de septiembre, cuando el ejército ruso se movió hacia el Oeste para recoger su parte del botín. En eso había quedado Stalin con Hitler, que odiaba tanto a los polacos, los checoslovacos y los eslavos en general. Polonia dejó de existir. Las fronteras internacionales de Alemania se movieron hacia las de Rusia y quienes conocían la historia empezaron a preguntarse en octubre de 1939 si tan belicosos vecinos, que ya habían compartido antes fronteras, podrían vivir en armonía. Molotov, ministro de Asuntos Exteriores de Stalin, declaró la defunción de la república polaca y procedió en consecuencia a la ocupación de los territorios que le fueron reconocidos como zona de influencia en su acuerdo con el Reich alemán. Polonia se vio emparedada entre las fuerzas alemanas al Este y el Ejército Rojo al Oeste. Era la quinta división en su historia. Más de setenta mil polacos lograron huir a Francia e Inglaterra para demostrar que la fácil victoria alemana había sido no sólo el resultado de una impreparación de su ejército, sino también fruto de la mediocridad de sus mandos, de la superior potencia de fuego del enemigo y de la confusión que supieron crear en

las líneas. Pero había una segunda parte: los pilotos polacos prestarían un servicio impagable a la causa aliada. Los que se quedaron en los campos de prisioneros de guerra fueron convertidos en esclavos del Tercer Reich, tan necesitado de mano de obra.

El periodista y amigo Ryszard Kapuscinski, quizá el hombre que mejor ha sabido recoger el absurdo y la crueldad de las guerras de la posguerra, tenía siete años cuando huyó de las tropas nazis. «Me recuerdo andando con mi hermana junto a una carreta tirada por un caballo —escribe el autor de *El emperador*, un libro magistral sobre Haile Selassie—. En lo alto de la carreta, sobre el heno, yacía mi abuelo sobre una sábana de lino. Estaba paralítico. Cuando empezó el ataque aéreo, toda la muchedumbre fue presa del pánico. La gente buscó cobijo en las zanjas, entre los arbustos, en los campos de patatas. En medio de la carretera ahora desierta quedaba sólo la carreta sobre la que yacía mi abuelo. Pudo ver cómo venían hacia él los aviones y cómo de pronto se dejaban caer en picado. Cuando desaparecieron, volvimos a la carreta y mi padre limpió el sudor del rostro del abuelo. Después del ataque, el sudor resbalaba por su cara cansada y demacrada». Cadáveres por todas partes, heridos, caballos muertos, columnas de prisioneros. Eso era todo lo que quedaba de Polonia cuando la radio de Varsovia dejó de emitir las *Polonesas* de Chopin: un cañonazo hizo que la emisora volara por los aires.

Entonces llegó la segunda parte, quizá la peor. Hitler había prometido el envío de unidades de las
SS
, sus fuerzas de choque, «para matar sin piedad ni misericordia a todos los hombres, mujeres y niños de raza o lengua polacas». El *Führer* siempre cumplía sus promesas de apocalipsis. «Cerrad vuestros corazones a la piedad. Proceded brutalmente. Ochenta millones de personas deben obtener aquello a lo que tienen derecho». Bandadas de
SS
descendieron sobre las ciudades y aldeas polacas para proceder a un escarmiento sin fisuras. Fue un ensayo del horror, una orgía de sangre: pasaron a cuchillo a pueblos enteros, buscaron en sus guaridas y refugios a los intelectuales, a los judíos, a los médicos, a los profesionales, a los profesores y funcionarios, y los fusilaron sin compasión. El general alemán Petzel, comandante del ejército acantonado en Poznan, tuvo la osadía de protestar contra el asesinato en masa de los judíos. El general von Küchler declaró que el ejército alemán «no está hecho para servir de furriel a una banda de asesinos». Como comandante de las tropas de ocupación, el general Balskowitz condenó a muerte a los

culpables de las atrocidades. Hitler respondió de inmediato: puso fin a su carrera militar. El mismo día que invadió Polonia, Hitler ordenó el asesinato de todos los enfermos incurables de Alemania, setenta mil. «La animosidad del antimilitarista que es Hitler contra los militares de carrera prisioneros de las concepciones anacrónicas del honor nunca dejará de exasperarle», escribe Raymond Cartier en su historia de la II Guerra. Mientras tanto, el general von Leeb advertía en su diario: «No hay entusiasmo ni banderas en los balcones. Los alemanes no desean la guerra».

TORPEDOS

Así empieza la siesta estratégica, lo que los franceses llaman la *«dróle deguerre»* (la extraña guerra), los alemanes la *«sitzkrieg»* (la guerra de asentamiento) y los ingleses la *«phony war»* (la «guerra de mentirijillas»). Hitler había salido de Berlín con dirección a Polonia la misma noche en que Chamberlain y los ingleses recibieron la noticia del hundimiento en el Atlántico Norte del trasadán tico de bandera británica *Athenia*, alcanzado por un torpedo disparado por un submarino alemán. El *Athenia* no llevaba armas a bordo, pero el Reich quería demostrar que a partir de ese momento se entraba no en la guerra extraña o de mentirijillas, sino en la guerra total. Nada ni nadie quedarían a salvo: se contaron 112 víctimas, entre ellas 28 norteamericanos. El 3 de septiembre, a las 21 horas, tan sólo 10 después de la proclamación del estado de guerra, el *Athenia*, que se dirigía a Nueva York, se fue a pique. La II Guerra Mundial tenía su *Lusitania* desde el primer día.

Como primer *lord* del Almirantazgo, Winston Churchill tuvo un estreno dramático. Las linternas de los buques de la flota británica transmitieron la noticia de unos barcos a otros en su código luminoso de señales, desde tierra al mar y desde el Canal de la Mancha a Singapur: «Vuelve Winston». Winston, «el viejo caballo de la guerra», respondió con un puñetazo en su mesa de trabajo. El *Athenia* fue hundido cerca de la costa irlandesa. «El torpedo penetró en el barco. Todo se cubrió de humo, estuve a punto de asfixiarme —dijo una superviviente—. Llamé a gritos a mi marido y me quedé donde estaba esperándole. Me encontró, me llevó a cubierta y me buscó un bote de salvamento. Le vi cómo se quedaba junto a la baranda mirando cómo mi bote se iba». La prensa alemana no tardó en reaccionar al estilo Goebbels: es Churchill el que ha torpedeado el *Athenia* con la

intención de crear un incidente entre Estados Unidos y Alemania. El primer *lord* del Almirantazgo, que ha vuelto a su cargo de 1914, desmintió la acusación. Era sólo el principio de una larga serie de ataques a los barcos mercantes: entre 1939 y 1945, 2603 navios aliados se fueron al fondo del mar atacados por los submarinos alemanes, los V-Boote.

El Tratado de Versalles, que marcó las draconianas condiciones tras la I Guerra Mundial, había limitado la expansión de Alemania en armamento y buques de guerra. Los almirantes de Hitler tan sólo contaban con 3 acorazados de bolsillo, 2 cruceros de batalla, un crucero pesado, 5 cruceros ligeros y 22 destructores. El número de submarinos se elevaba a 57, pero la mitad desplazaban menos de 250 toneladas. Inglaterra, que reinó sobre las olas, tenía a su flota en curso de renovación, al contrario que Francia, que poseía un ejército débil y una potente armada. Los cargueros británicos saltaron uno después de otro. ¿De qué misterioso procedimiento se servían los alemanes para hundir los barcos ingleses? Pronto lo descubrirá: se trataba de las minas magnéticas. La audacia de los marinos alemanes les llevaría a intentar la misión imposible: la penetración en la bahía británica de Scapa Flow, las defensas de la Home Fleet. Poco antes de la medianoche del 13 de octubre, el teniente de navio Gunther Prien escribió en el cuaderno de bitácora de su U-47: «¡Estamos en Scapa Flow!». Puso a punto sus tubos lanzatorpedos y se guió hacia el objetivo con la luz de la luna —hacía una noche de aurora boreal—. Eran las 00.59 del 14 de octubre. El acorazado *Royal Oak* recibió el impacto de los torpedos del U-47. Mientras el comandante del acorazado inglés descendía a la sala de máquinas para averiguar el motivo de la explosión, a menos de dos millas marinas el teniente Prien y sus «lobos grises» recargaban los tubos para repetir el ataque. Veintisiete minutos después de la primera salva, a las 01.27, la segunda andanada envió al fondo de la rada al *Royal Oak*. Mientras el acorazado se hundía (murieron 24 oficiales y 809 tripulantes), el submarino volvió sobre su estela, salió de Scapa Flow y puso proa hacia Alemania, donde el teniente Prien y sus hombres serían recibidos en triunfo. No era para menos. Los alemanes se habían vengado: fue en Scapa Flow donde se concentró a la derrotada flota germana después de la Gran Guerra y el lugar donde aquella poderosa armada se autohundió en 1919. En cuanto al teniente Prien, no pudo disfrutar mucho tiempo de su hazaña porque murió en marzo de 1941, en el Atlántico, cuando atacaba un convoy aliado. «*El submarino* —afirmó Churchill— *fue lo que más me preocupó durante toda la guerra. Era nuestro peor enemigo*». El U-47 tan sólo desplazaba 516 toneladas,

pero hizo mucho daño a la flota de superficie aliada. Había logrado penetrar en la base escocesa, burlado las defensas de la dársena y enviado al fondo del Atlántico a uno de los catorce acorazados de Gran Bretaña.

Churchill recibió con consternación la noticia del hundimiento del *Royal Oak*. Primero, el *Athenia*, luego, el portaaviones *Courageus*, torpedeado y hundido frente a las costas de Irlanda; ahora, el *Royal Oak*. La revancha del primer *lord* del Almirantazgo se produciría lejos de aguas inglesas, en un inesperado escenario. El *Admiral Graf Spee* era la joya de la corona naval germana, un acorazado de bolsillo, rápido, sólidamente armado, muy marinero, mandado por el capitán Hans Langsdorf, con una dotación de 1107 tripulantes. Tan rápido y tan eficaz era el *Graf Spee* que su capitán afirmaba que había echado a pique un total de 50.089 toneladas de barcos mercantes en aguas del Atlántico. Su velocidad de 26 nudos, sus 6 cañones de 280 milímetros y sus 8 tubos lanzatorpedos de 533 milímetros dieron cuenta de 9 mercantes aliados.

Para contento de Churchill, la hora del *Graf Spee* llegó el 13 de diciembre de 1939, en el Rio de la Plata, cuando 3 cruceros ingleses, el *Exeter*, el *Ajax*y el *Achiles*, lo persiguieron hasta el puerto de Montevideo, Uruguay. Los 3 cruceros sometieron durante 3 días a un duro castigo al *Graf Spee*. Después, el Gobierno de Uruguay permitió al capitán Langsdorf 72 horas de tregua para que enterrara a sus muertos, dejara en tierra a los heridos y reparara su acorazado de bolsillo. El capitán había pedido un mínimo de 15 días, pero las autoridades le comunicaron que su única salida era volver a alta mar, donde le esperaban los buques de guerra británicos. ¿Qué decisión tomaría el capitán del *Graf Spee*? ¿Lograría burlar la vigilancia de la marina de guerra inglesa que esperaba en la bocana del puerto? El 17 de diciembre, el capitán Langsdorf dio la orden de levar anclas mientras miles de personas apostadas en observatorios de la costa uruguaya esperaban un final dramático entre andanadas y humo. No ocurrió nada de eso. Hitler había decidido una vez más por todos: dio órdenes al capitán del *Graf Spee* de que se ahorrara la humillación, ya que las informaciones de radio inglesas habían dado a entender que media Royal Navy aguardaba al acorazado alemán para dar cuenta de él. Los espectadores contenían la respiración cuando las lenguas de fuego brotaron de las cubiertas y subieron hacia los mástiles. Un gran resplandor amarillo fue seguido de una explosión de la santabárbara.

El capitán del *Graf Spee* y sus hombres fueron llevados a tierra mientras el orgullo de la industria naval alemana de guerra se hundía al atardecer en medio del estuario. ¿Por qué Hitler dio la orden de

hundir el *Graf Spee*? ¿Para ahorrarse la humillación, para evitar que los británicos descubrieran los secretos del barco? El hecho es que Churchill pudo dormir tranquilamente esa noche. El capitán Langsdorf se pegó un tiro. El final del *Graf Spee* sin presentar combate fue un balón de oxígeno para la moral de Gran Bretaña. Después, a finales de mayo de 1941, vendría el episodio del *Bismarck*, el superacorazado alemán hundido a 700 millas de Brest, en el suroeste de Irlanda. El crucero español *Canarias* aparejó en El Ferrol para colaborar en el salvamento de los náufragos: 110 supervivientes sobre un total de 1976 tripulantes. Pero el *Canarias* llegó cuando todo había terminado.

¿FUE INEVITABLE LA GUERRA?

El telón de la esvástica cayó sobre Polonia. Negros nubarrones amenazaban a Europa. ¿Fue inevitable la guerra? Hitler la deseaba más que sus generales. Así ocurrió cuando envió sus fuerzas á la orilla desmilitarizada del Rin y a la Guerra Civil española: los generales protestaron otra vez y limitaron el volumen de esa ayuda, pero nada pudieron hacer cuando se anexionó Austria. Hitler logró sus objetivos sin efusión de sangre. El memorándum leído por el general Beck ante sus compañeros de armas, en el que advertía sobre las consecuencias de la política agresivamente expansionista del nazismo, cayó en saco roto. Hitler serenó los ánimos inquietos de sus jefes militares: ni Francia ni Inglaterra moverían un dedo por los Sudetes. Por añadidura, el hombre del paraguas, Chamberlain, se inclinó hacia los deseos del *Führer* sobre Checoslovaquia. Ya tenía en su mano dos victorias sobre sus adversarios y sobre sus generales. «De forma natural —escribe Liddell Hart en su *Historia de la II Guerra*—, Hitler se vio confirmado en su presuntuosa fe en una serie ininterrumpida de éxitos fáciles. Incluso cuando se dio cuenta de que las nuevas iniciativas podrían desembocar en una nueva guerra, tuvo la impresión de que se trataría, en todo caso, de un conflicto menor, breve. Sus dudas desaparecieron por el efecto acumulativo de éxitos incontestables». Como escribió Tácito, nunca hubo mejores esclavos y peores maestros. Hitler explicó su filosofía del poder: el mundo se divide en «dioses y bestias». Esa es la esencia del nacionalsocialismo, su modelo de sociedad, su imagen del hombre, su justificación de la guerra.

Después del acuerdo de Munich, confesó a su plana mayor que, al menos en un período de 6 años, no emprendería una guerra. Lo que ocurrió fue que, al comprobar la facilidad con la que Francia e

Inglaterra se plegaban a sus caprichos, cruzó el Rubicón lleno de fe en sus proyectos. «La actitud de las potencias occidentales fue tan complaciente y su media vuelta, su súbito cambio de opinión de la primavera de 1939 tan brusco e imprevisto, que hizo que la guerra fuera inevitable. Si dejáis que una caldera se caliente hasta que el vapor sobrepase el punto crítico —añade Liddell Hart—, tendréis que soportar la responsabilidad de la explosión. Esta verdad de la física se aplica también a la política, y en particular a los asuntos internacionales».

La verdad es que todo en Hitler, en su neurótica obstinación ideológia y tecnomilitar, empujaba a la guerra. Su doctrina del poder estaba basada en el *lebensraum* (el espacio vital) formado en la geopolítica de Haushofer, la conquista de nuevos territorios que permitieran la autosuficiencia alemana en materia de alimentación, la incorporación de mano de obra y levas de forzados: tendría que tomar por la fuerza aquello que no podía comprar. Ese espacio se encontraba en la Europa oriental, su zona de expansión natural, su granero. Confiados en que, entretenido con su marcha hacia el Este, se olvidaría de sus objetivos en el Oeste, le dejaron hacer. Así se lo hizo saber *lord* Halifax, el segundo del Gobierno británico, en su visita a Hitler en noviembre de 1937; y también *lord* Henderson, en una entrevista confidencial celebrada en febrero de 1938. La verdad es que los problemas económicos de Alemania para meterse en una guerra les hicieron creer que Hitler no daría el paso. Salvo las reticencias de Churchill, los políticos ingleses creían vivir en el mejor de los mundos. Uno de ellos, *sir* Samuel Hoare, predecesor de Anthony Edén en Asuntos Exteriores y futuro embajador en España, creyó ver al mundo en los albores de una «Edad de Oro». Hasta que Chamberlain, indignado y sintiéndose burlado y humillado por Hitler, decidió, como Mambrú, irse a la guerra por Polonia. Había pasado sin transición de las concesiones a Hitler a la oposición más completa. Chamberlain sabía de sobra, por los informes de sus consejeros militares, que esa ayuda a Polonia era imposible. Hitler, como primer paso, quería el corredor de Dantzig a toda costa. Era un puerto alemán con un 40% de población germana. Chamberlain, que desconfiaba de la Unión Soviética, no hizo lo que aconsejaban las circunstancias: asegurarse una alianza con Stalin para proteger a Polonia de los proyectos expansionistas de Hitler. Tampoco el Gobierno polaco confiaba en un tratado de amistad con Stalin: sería como meter al lobo en el aprisco. Quien sí dio el paso en dirección a Stalin fue el propio Hitler: los dos se repartieron Polonia. Se veía venir cuando Stalin cesó a Litvinov en su cargo de comisario soviético para Asuntos Exteriores porque se

mostraba partidario de llegar a un acuerdo con las potencias occidentales para formar un frente común ante el nazismo. En su lugar puso a un político con menos escrúpulos ante las dictaduras: Molotov.

¿Fue la II Guerra una mera prolongación de la I Guerra, una misma guerra de treinta y un años (1914-1945)? Sus orígenes y su naturaleza son diferentes, lo mismo que sus objetivos. «En la I Guerra —escribe Gerhard
L.
Weinberg en *A world at arms*—, las dos partes combatieron por su colocación en el mundo, por fronteras, posesiones coloniales y el poder militar y naval. Fue una guerra tradicional en la cual las grandes potencias esperaban sobrevivir. Lo que quería Hitler no era el pasillo de Dantzig, quería la guerra». Tuvo las dos cosas. Lo que estaba en juego era la posesión de los recursos mundiales, la guerra total que poco tenía que ver con dos episodios de naturaleza antigua e imperialista como son la guerra chino-japonesa (1931-37) —otro anticipo de la II Guerra Mundial—, y la que Italia lanzó sobre Etiopía (1935-36). Con el cañoneo de Dantzig por el viejo acorazado alemán *Schlesien*, un veterano de Jutlandia, empieza la II Guerra Mundial, otra era. No había bastado con la carnicería de la I Guerra con sus 30 millones de muertos, la destrucción de todo un continente, con nuevas y formidables armas, con la movilización de masas de soldados para una batalla en la que una tecnología al servicio de la aniquilación causaría enorme número de bajas. «Voces ancestrales profetizando guerras», dice el poeta.

Para Alemania fue un mazazo la derrota de 1918. No hubo espacio para un compromiso final, para una paz negociada: fue un descenso a los infiernos sin medias tintas ni atenuantes. Este derrumbamiento provocó un vacío lleno de resentimiento. El poder estaba allí, caídas la dinastía y las instituciones, para quien lo quisiera coger. Por otro lado, provocó un pánico infinito en el Oeste hacia la resurrección alemana: la aventura no debería volver a repetirse. Esa doble circunstancia creó poco a poco un monstruo que se puso en manos del hombre que propugnaba la vuelta al pasado esplendor, aunque fuera por medio de las armas. Alemania era una nación que se sentía no sólo humillada, sino amputada, sometida a una larga serie de indemnizaciones de guerra. No era la «Edad de Oro» la que se acercaba, sino una nueva «era de plomo». Habría quienes aprovechasen ese resentimiento y esa desilusión para trabajar la psicología de masas y cambiar las reglas del juego. Hitler, que era el producto sintético del malestar colectivo, llegó al poder en 1933. Quería, como el marxismo, un «hombre nuevo». Era su tarea para el siglo XX. La guerra era el instrumento del

programa nacionalsocialista, con pocas ideas tomadas de Darwin (en la lucha por la vida ganan los más fuertes). El nazismo era más práctico que ideológico. El choque de las masas, la guerra a los demás «ennoblece la sangre del pueblo alemán». El nacionalsocialismo no era un partido para Hitler: «es más que una religión, es el deseo de crear una nueva humanidad». Los judíos representaban la primera amenaza contra la pureza racial, contra el nuevo hombre de la «lealtad ciega, la ciega valentía y la ciega obediencia». La civilización de los autómatas. Ya para 1927, el lugarteniente de Hitler, Rudolf Hess, que no tenía aspecto de nórdico puro, había pronunciado la siguiente frase para atraerse a los frustrados: «El poder de la raza superior ha alcanzado la supremacía completa e incontestada». Pero Goebbels era un enclenque; Goering, un obeso alpino; Himmler, un tipo mediocre y escuchimizado; y Hess, un neurótico profundo. Una colección de enfermos, pequeños burgueses con sueños imperiales y delirios raciales.

La sola idea, señala Weinberg, de que alguien pudiera pensar en una nueva guerra tras la experiencia de 1914-18 era inconcebible: nadie se opondría a los manejos y proyectos de expansión de Hitler. «Dará los primeros pasos con la disculpa de curar los agravios y, al mismo tiempo, para fortalecer su posición internacional y doméstica», añade el historiador norteamericano. Alemania ya era una férrea dictadura a partir de 1933. La moral había muerto sustituida por el uso de la fuerza y la justificación nihilista de la existencia. Hitler había dicho que, después de los ideales comunes, nada une tanto a un pueblo como los crímenes comunes. Mientras que Inglaterra se resistía a una escalada de armamentos (en 1932, contaba con 6 millones de parados) porque no creía en la guerra y prefería invertir en programas sociales, el Tercer Reich se legitimaba en la reconstrucción de sus fuerzas armadas y de su arsenal de guerra. Hacía tabla rasa de los acuerdos de Versalles firmados en 1919, abandonaba la Sociedad de Naciones e intervenía a favor de Franco en la Guerra Civil. Era una forma de poner a prueba su musculatura militar, de ensayar nuevas armas y métodos, el bombardeo de ciudades abiertas como Guernica, por ejemplo. Hitler creó el bombardero Junker-88 con la idea de un ataque a Inglaterra. No creía en la capacidad combativa de Francia. El *Führer* tenía prisa: la guerra —apunta Weinberg— es el instrumento esencial para unas conquistas que deben llegar cuanto antes. Quiere y debe sorprender a sus enemigos con la guardia baja. Todo pasa por Hitler, por la identificación religiosa con él. No importa el programa, importa Hitler. «El mayor honor —afirma Goebbels— es servir a un genio». Weinberg, profesor de Historia en varias universidades de

Estados Unidos, señala otro factor para esa urgencia: el *Führer* teme a la muerte. «Prefiere desencadenar la guerra cuando se encuentra en pleno vigor». Al identificar el destino de Alemania y su futuro con su vida personal y su papel en la historia, Hitler prefiere llevar a su nación a la guerra por el temor a que los que le sucedan no lo hagan. Prefería ir a la guerra a los 49 años en lugar de a los 55 o a los 60. Hemos entrado de lleno en la psicopatología del poder. Ribbentrop dijo en Nuremberg que matar a Hitler hubiera sido un parricidio. Hans Frank se mostró contento de abandonar este mundo para reunirse con él en el otro. Hitler, fanático y calculador, temía morir de cáncer, así que dictó su testamento y atacó a Checoslovaquia.

Tan sólo le faltaba preparar psicológicamente a su pueblo —desesperado por la derrota, el vacío de poder de la posguerra, la inflación y la crisis económica—, para el combate. Lo hizo con la ayuda de Joseph Paul Goebbels, maestro en la manipulación de las pasiones humanas, de las ilusiones y expectativas. El doctor Goebbels, ex alumno de los jesuítas y licenciado en Filosofía por la Universidad de Heidelberg, reunió en sus manos todos los resortes culturales e informativos propios de un Estado totalitario, el odio unido a la perfección técnica: «Hitler —gritó— es el evangelio, el servidor divino». El mejor preparado intelectualmerite de la plana mayor del nazismo, entrenado en las campañas políticas que precedieron a la llegada de Hitler al poder, se sirvió como ministro de la Propaganda de todos esos útiles y de la magia, la superstición y el misticismo para lavar el cerebro a toda una nación, la 2ª más poblada de Europa después de la URSS. «Quiero ser un héroe», gritaba Goebbels entusiasmado. La propaganda no tenía nada que ver con la verdad; era el primer orador después de Hitler, mentiroso, persuasivo, maquiavélico y oportunista, odiaba a los judíos por razones tácticas, era un manipulador de conciencias y partidario de una «movilización total para una guerra total». «Hitler —confiesa— es peligroso porque cree en lo que dice. Hitler, te quiero», le declaró su amor. Pasó por ocho universidades antes de licenciarse en la de Heidelberg; tenía vocación de escritor y había dirigido el periódico nazi *Voelkisch Freinheit*. La propaganda y la radio fueron los grandes inventos del nazismo, sustituyeron a la ideología. Fue un maestro de la comunicación de masas, de las técnicas de persuasión, del culto al *Führer* y del control de la opinión pública. Llenó Alemania de esvásticas, *siegheils* (saludos), fantasmas, brazaletes, discursos por radio, desfiles para la catarsis, lemas, mitos e imágenes. Sirvió a Hitler hasta el final de sus días en un búnquer de Berlín. Se ha dicho de él que fue el único hombre «interesante» del Tercer Reich después de

Hitler. La forma en que preparó a la opinión pública (el primitivo instinto de las masas) para explicar la invasión de Polonia fue un ejemplo típico de la escuela de manipulación de Hitler y Goebbels: Alemania había sido atacada por soldados polacos en una emisora de radio, era una declaración de guerra en toda regla. Hasta el propio Hitler reconocería, el 23 de mayo de 1939, que el objetivo no era el pasillo de Dantzig, sino el «espacio vital».

En la guerra no valen las medias tintas: en su reunión con los jefes militares del 22 de agosto, Hitler insistió en la necesidad de la destrucción de Polonia como pueblo sin que le diera tiempo a respirar. La urgencia no era sólo consecuencia de los pronósticos meteorológicos —quería aplastar a los polacos antes de que llegase el mal tiempo—, sino que también pretendía evitar la reacción del aliado francés. Ni la suerte ni la historia estuvieron con los polacos: en el Este, Moscú rompió el pacto de no agresión con Varsovia e invadió a su vez la patria de Koziusko. Polonia cayó bajo el sistema de terror animado por el odio racial, la limpieza étnica y, en el Este, por la ideología de clase. Stalin afirmó que la amistad entre la Unión Soviética y Alemania se había «cimentado en sangre».

FINLANDIA

La alianza con Hitler le daría alas a Stalin para imponer un tratado de ayuda mutua a los tres Estados del Báltico: Estonia, Letonia y Lituania; una disculpa para la ocupación militar. Los soviéticos organizaron sus bases en islas y puertos del Báltico. Era la primera vez que el Ejército Rojo entraba en ciudades occidentales. Un informe de los servicios secretos de occidente en Riga, la capital de Letonia, informaba de que las esposas de los oficiales rusos acudían a la gala de la ópera vestidas con saltos de cama que tomaron por trajes de noche. Según el pacto ruso-alemán, los Estados del Báltico entrarían en la zona de influencia soviética. Cuando Molotov y Ribbentrop rubricaron el acuerdo de partición de Polonia el 29 de septiembre, Estonia firmaba el tratado. El 5 de octubre lo hacía Letonia, y el 10 de octubre, Lituania. «Declaramos que son absurdos esos rumores que hablan de la sovietización de los Estados bálticos», afirmó el ministro de Exteriores de Stalin.

El siguiente objetivo era Finlandia, cuya frontera estaba situada a 30 kilómetros de Leningrado. Pero Finlandia, país medio báltico medio escandinavo, había sabido, mejor que peor, desembarazarse del *diktat* ruso. Había sido provincia zarista, pero logró conservar sus

libertades políticas y sus privilegios militares. Los finlandeses, orgullosos de su independencia, escuchaban con ira las reivindicaciones de un régimen al que odiaban sobremanera: los soviéticos pedían una parte del litoral ártico, una base naval y el retroceso de la frontera para que Leningrado respirase mejor. No era sólo eso: querían la cesión de una parte del Istmo de Carelia para que Leningrado quedase lejos del alcance de la artillería finesa. Finlandia, con el agua al cuello, regateó en la negociación: todo salvo la instalación de una base militar soviética en su territorio soberano. ¿Cómo podía David oponerse a los deseos de Goliat? Para la prensa comunista, la actitud de Finlandia representaba un desafío que merecía una inmediata respuesta.

Otra vez la coartada: los guardias fronterizos finlandeses abrieron fuego sobre las patrullas soviéticas. El 30 de noviembre, la aviación de Stalin atacaba Helsinki y Viipuri. La Sociedad de Naciones expulsó a la URSS
de su seno, pero tal medida no preocupó lo más mínimo al Kremlin ni logró aplazar sus planes de invasión de Finlandia en 5 puntos en el norte, el centro y el sur. Los finlandeses se mostraron dispuestos a vender cara su piel. Pronto darían muestras de su heroísmo y de su capacidad de resistencia al invasor. La Sociedad de Naciones tuvo ese último gesto de fortaleza, el que precede a la muerte. No tardaría en desaparecer.

En su afán de legitimación, la URSS
se buscó un gobierno títere presidido por un patriota exiliado, un tal Kuusinen, que le serviría de caballo de Troya. Desde entonces, la historia ha registrado fórmulas parecidas: reúno un gobierno local que sirva a mis intereses y justifico así la invasión. El último que lo hizo fue el dictador iraquí Sadam Hussein, que invadió Kuwait llamado por un autodenominado Gobierno de Liberación Nacional. Una farsa.

Stalin creía que la marcha sobre la capital finesa, Helsinki, sería un camino de rosas. Faltaba poco para que Kuusinen pudiera entrar en la capital, pero el Kremlin no contaba con una resistencia que asombraría al mundo. Todo lo que pudo reunir Helsinki para hacer frente al invasor fueron 33.000 hombres, 60 carros envejecidos y ciento cincuenta aviones que apenas podían volar. El patriotismo incendió las mentes y los corazones de los finlandeses de tal modo que se les unieron 300.000 nuevos soldados que formaron 7 nuevas divisiones y 8 brigadas autónomas. La Línea Mannerheim, llamada así en homenaje del mariscal, resistía todos los asaltos. Suomi (Finlandia) no se rendía. Los rusos se estrellaron contra los 65.000 lagos y contra

la técnica guerrillera de los invadidos, que se infiltraban detrás de las líneas enemigas y aniquilaban divisiones enteras. Los carros soviéticos no podían avanzar bloqueados por la nieve y el bosque profundo. Con sus esquíes y sus uniformes blancos que les confundían con la nieve, los soldados finlandeses atacaban y se retiraban, combatían y desaparecían. Por su parte, los rusos no acababan de entender la situación a la que se enfrentaban: sus jefes les habían dicho que la Línea Mannerheim caería como un trozo de mantequilla puesto al sol, que no verían resistencia a su paso; sin embargo, lo que encontraban eran soldados irreductibles que se alimentaban de leche, que resistían las más bajas temperaturas, que luchaban por cada palmo de su territorio y que se negaban a rendirse. El soldado ruso no sabía por qué combatía, era analfabeto, campesino, estaba mal alimentado y peor mandado. Hasta que el mariscal Timochenko tomó las riendas de la conducción del ataque y puso en escena a sus tropas escogidas y, lo que quizá era más necesario para sus planes, llevó el orden a una campaña sin pies ni cabeza. Nada de eso fue suficiente: ninguna de las cinco ofensivas soviéticas podría alcanzar los objetivos previstos. Louis Snyder recogió en *La guerra* las palabras de un testigo presencial: «El desastre ruso sobrepasó todo lo imaginable. A lo largo de seis kilómetros y medio, la carretera y el bosque estaban sembrados de cadáveres de hombres y caballos, tanques destrozados, cocinas de campaña, cureñas, camiones, mapas, libros y prendas de vestir. Los cadáveres, helados, eran tan duros como madera petrificada, y su tez tenía un color caoba. Algunos estaban amontonados sin orden ni concierto, como una pila de basura, cubiertos únicamente por el piadoso manto de la nieve; otros aparecían apoyados en los árboles o en actitudes grotescas. Congelados, todos permanecían en la postura en que la muerte les había sorprendido».

Stalin erró en el cálculo. A finales de 1939, ya sabía de qué metal están hechos los finlandeses. Lo más sobresaliente fue que lo habían logrado solos en su círculo polar y con la única ayuda de un puñado de voluntarios daneses, noruegos, húngaros y suecos, menos de mil hombres. Inglaterra y Francia removieron en viejos arsenales restos del naufragio de la Gran Guerra y encontraron fusiles defectuosos, algunas ametralladoras y unos pocos aviones fuera de circulación. Los heroicos finlandeses se merecían sin duda algo mejor. Los aviones que envió la Italia de Mussolini fueron confiscados a su paso por Alemania. Animados por los éxitos de la resistencia finlandesa, Francia y Gran Bretaña se prepararon para atacar a la Unión Soviética: todo quedó en el aire, en planes que eran nuevos tigres de papel. El cuerpo expedicionario de cien mil británicos y franceses ni siquiera llegó a

salir porque Noruega y Suecia temían las represalias rusas. Como consecuencia de ese temor, negaron el paso al cuerpo expedicionario de salvamento. A la opinión pública alemana le hubiera gustado echar una mano a los valientes finlandeses, pero nada podían hacer contra los propósitos de sus gobernantes nazis, que habían prometido Finlandia a Stalin. En resumen, mucha simpatía pero poca ayuda práctica: el miedo al riesgo paralizó la capacidad de decisión de aquellos que podían y debían haber corrido en ayuda de los finlandeses. El comienzo de la II Guerra Mundial fue una sucesión de cobardías e inhibiciones.

Desconcertado, Stalin envió nuevos contingentes de tropas mejor preparadas y mejor armadas para romper las defensas de la Línea Mannerheim. Sin ayuda, con las reservas gastadas y con sus ejércitos agotados, a Finlandia no le quedó otro remedio que aceptar la paz con la mediación sueca. Stalin se jugaba el prestigio de sus legiones. Su amor propio se vio herido por la inesperada resistencia finlandesa: debía aprender de aquella experiencia y negociar una paz que le salvara el honor y la cara. No debía ir más lejos hasta tentar su suerte: Estados Unidos, que protestaba cada vez con más vigor por la invasión (las simpatías del presidente Roosevelt estaban del lado de la pequeña nación de cuatro millones de habitantes), podría plantearse una intervención en Finlandia. Stalin perdió 200.000 hombres, los finlandeses, 25.000.

El tratado de paz entre la URSS y Finlandia se firmó en la noche del 12 al 13 de marzo de 1940. La superioridad militar soviética, en una proporción de 50 a 1, dictó unas condiciones que eran aún más leoninas que las anteriores: Finlandia se vio obligada a ceder 41,438 kilómetros cuadrados de su territorio; 500.000 habitantes pasaron, literalmente, a vivir bajo el yugo soviético, porque al conocer la noticia del nuevo tratado llamado cínicamente «de paz», cogieron sus familias, sus enseres y sus rebaños y, en un nuevo gesto de dignidad, cruzaron la nueva frontera trazada por los vencedores y se instalaron en su patria. El Gobierno finés entregó a los soviéticos el Istmo de Carelia, Vüpuri, las orillas occidental y septentrional del lago Ladoga, las islas del Golfo, un ringlero de tierras situadas al nordeste de la región de Salla y parte de la península de Rybachi, además de ceder la península de Hangó durante treinta años. El parlamento finlandés, desolado, aceptó el tratado el 15 de marzo. Los finlandeses enterraron a sus héroes y lloraron de rabia.

El cuartel general de Hitler levantó acta del comportamiento del

Ejército ruso en su accidentada invasión de Finlandia: «El instrumento militar era gigantesco; la organización y el equipo, mediocres; la capacidad de mando, dubitativa; los oficiales, demasiado jóvenes y sin experiencia; los enlaces y transmisiones, malos; el sistema de transporte, pésimo; y las tropas, dudosas». O sea, que la nación rusa no era adversario para un ejército dotado de armas modernas y bien mandado. Parecía una invitación a la marcha hacia el Este, una tentación, la golosina de las estepas rusas. Hitler confundió sus deseos con realidades al identificar las carencias y los errores del Ejército Rojo en su aventura finlandesa. Lo comprobaría en la carne de sus soldados cuando envió a sus legiones contra la Rusia de Stalin en la «operación Barbarroja»: no era lo mismo invadir un pequeño país que hacer frente a un ejército que combatía en su terreno y defendía la sagrada patria. Los rusos supieron portarse como finlandeses.

Finlandia lo había perdido casi todo salvo la independencia. Le tocaba el turno a Noruega, que Hitler ambicionaba desde hacía tiempo. ¿Podrían los noruegos salvar su independencia como los finlandeses ante la Unión Soviética? La atención del mundo se iba a concentrar en el escenario escandinavo, mal protegido por su neutralidad. El buque-prisión *Alttmark*, que sobrevivió al desastre del *GrafSpeee*n el Mar del Plata, trataba de volver subrepticiamente a Alemania con 299 marinos mercantes ingleses a bordo como prisioneros. Semanas después, el *Alttmark* reapareció en un fiordo en aguas de la neutral Noruega. El capitán del *Cossack*, Vian, con una fuerza de destructores, cumplió órdenes de Churchill para cerrar la salida al barco alemán: «Aborde el *Alttmark*, libere a los prisioneros y tome posesión del buque». El *Cossack* acostó junto al *Alttmark y* el capitán Vian ordenó zafarrancho de combate: murieron 4 marinos alemanes y otros 5 resultaron heridos; el resto de la tripulación se rindió al escuchar el grito de *«The Vavu here!*» (la Armada aquí). En el sollado encontraron a los prisioneros británicos. En aquel lugar de la costa en el que fondeó el *Alttmark* y donde fue abordado por el capitán Vian, los alemanes erigieron un monumento: «Aquí, el 16 de febrero de 1940, el *Alttmark* fue abordado por los piratas del mar británicos». Churchill lo interpretó de otra manera mientras cenaba con el alcalde de Londres: «En nuestro oscuro y frío invierno —dijo—, esta victoria brillante viene a reconfortar el corazón británico». No era como para echar las campanas al vuelo. La guerra en el mar no había hecho sino empezar. La neutralidad de Noruega no sobreviviría a las violaciones del *Cossack* ni, sobre todo, a las apetencias alemanas. Para los planes de Francia e Inglaterra, Narvik era el punto de defensa. Si habían intervenido en Petsamo, lo harían en Narvik, el puerto desde el que se

cargaba el mineral de hierro sueco con destino a Alemania.

Hacía tiempo que el almirante de Hitler, Raeder, reclamaba la ocupación de la costa noruega. Le había presentado a su *Führer* a un ex ministro noruego, llamado Quisling, dispuesto a pedir a los nazis que intervinieran en su patria para crear un régimen nacionalsocialista. Quisling ha pasado a la historia universal de la infamia como sinónimo de traidor a la patria al servicio de una potencia extranjera. Hitler tenía la cabeza puesta en la invasión de Francia, pero aceptó al fin el plan propuesto por Raeder.

La tarea de conquistar Noruega le fue encomendada a un comandante general del 21 Cuerpo de Ejército con base en Coblenza llamado Falnkerhorst, que se puso a trabajar sobre el mapa y los datos del Baedeker para cumplir con su cometido y obtener nuevos laureles. Mientras tanto, la paz entre Finlandia y la Unión Soviética dejó sin efecto la idea del desembarco aliado en el puerto de Narvik. En Francia, el Partido Comunista trabajaba a favor de Hitler, que había firmado un pacto de no agresión con Stalin. Era una nación inquieta que no vivía ni en la guerra ni en la paz, y que aguardaba acontecimientos asustada por los desastres de la I Guerra Mundial. Francia pagó más que nadie por haber sido el primero y el más duro de los teatros de operaciones. Se abrieron sospechosas brechas en el patriotismo francés y lo mismo ocurrió en Inglaterra, donde la ley del servicio militar tan sólo se aplicaba a los solteros. La confusión fue de tal naturaleza que un prestigioso diario de Londres no se recató en escribir: «Los jóvenes nazis de Alemania son nuestro baluarte contra el comunismo». Se respiraba un aire de derrotismo en los dos países. Los ingleses descubrieron la realidad y volvieron a ella bajo las bombas alemanas; los franceses eligieron por estrecho margen de votos a Paul Reynaud, considerado como el «Churchill francés», lo que da idea de la imagen de división del país.

El plan de Hitler estaba decidido y en marcha: ocuparía Dinamarca, desembarcaría en Oslo y otras ciudades noruegas. El almirante Raeder, consciente de los peligros que entrañaba una operación de esta envergadura en puntos tan septentrionales, cambió de idea a última hora y así se lo hizo saber a su *Führer*. Le aconsejaba el desembarco en Noruega después de la conquista de Francia. Hitler ni quiso ni pudo volverse atrás. El 17 de marzo, 2 trenes estacionados en paralelo en la misma vía de la pequeña estación ferroviaria del Brennero llevaban a bordo a Hitler y Mussolini. Era la primera entrevista entre los 2 dictadores desde el comienzo de la guerra. Hitler quería convencer definitivamente al *Duce* de la oportunidad de la guerra. Sus armas eran impresionantes, su ejército estaba en pie de

guerra con 207 divisiones. Trataba de vencer las últimas resistencias y escrúpulos de Mussolini: nada ni nadie podían oponerse a los planes del Tercer Reich.

MUSSOLINI

Benito Mussolini mantenía algunas reservas sobre la idea de una guerra en el Oeste. El jefe del Partido Fascista, hijo de una familia de origen obrero y con carné del Partido Socialista y director de *Avanti*, había apoyado la entrada de Italia en la I Guerra Mundial, en la que sirvió durante un corto período de tiempo para editar después el diario *Il Popolo d'Italia*. Encargado por el rey Víctor Manuel III de formar gobierno, obtuvo de esa manera los frutos de la marcha de sus «camisas negras» sobre Roma. En 1928 había eliminado ya todos los partidos políticos para reunir en el Gran Consejo Fascista a los privilegiados de un régimen que se hacía pasar por corporativista. «Autoridad —dijo—, eso es lo que necesitan los pueblos pobres». En el fondo, Mussolini estaba sediento de gloria, una gloria que sólo podía conseguir en el campo de batalla, de ahí que hablara con entusiasmo de sus «8 millones de bayonetas». Se consideraba «el animal más inteligente de la escala zoológica». Para emular al canciller alemán, Mussolini olvidó sus compromisos con Austria y sus lazos con Polonia y Hungría para someterse así a la política de hechos consumados de Hitler. Introdujo el antisemitismo en el lenguaje fascista. En 1937 formó un eje con Alemania para demostrar a su pueblo que no estaba solo y aislado en el mundo. Era de sentimientos antialemanes y, al principio, Hitler le pareció un fantoche, un hombre confuso, un pagano, un nieto de Atila, un charlatán, «un degenerado sexual», más testarudo que inteligente. «Yo —afirmó— soy más inteligente que Hitler». Mussolini cambió pronto de idea: estaba ansioso de triunfos en la escena internacional. En 1936 invadió Etiopía, después se unió a Hitler —a quien llamó «corazón de acero»— en el envío de tropas y material bélico durante la Guerra Civil española. «Hoy, 29 de agosto de 1938 —aseguró Mussolini—, profetizo la derrota de Franco. Este hombre no sabe o no quiere hacer la guerra: los rojos saben luchar, Franco, no. Le falta el concepto sintético de la guerra. Su objetivo es siempre el terreno, nunca el enemigo».

Mussolini mostró su desilusión hacia Franco, al que conoció en Bordighera, en 1941: «España nos costó no sólo grandes sacrificios de sangre, sino 12 millones de liras; Franco sólo me devolvió la mitad. España ha sido muy ingrata. Sin la ayuda italiana, Franco no hubiera

resistido a los rojos». Franco le dijo a su primo, el teniente general Salgado-Araujo: «España pagó todas sus deudas». Mussolini creía que por cada cien gotas de la sangre que corría en las venas de los españoles, noventa y nueve eran de sangre negra. Como se recoge en el libro de Franco Salgado-Araujo *Mis conversaciones privadas con Franco*, el caudillo español dijo que Mussolini era «una persona ponderada y de gran patriotismo. Se diferenciaba de la exaltación e irreflexión del *Führer*. Su error fue creer que la guerra estaba ganada cuando Alemania se apoderó de Francia en 1940. Temió llegar tarde al disfrute de la victoria».

El *Duce* invadió Egipto, Albania y Grecia, y declaró la guerra a Francia e Inglaterra después de la invasión de Francia por las tropas de la Wehrmacht. A partir de ahí declinó su buena estrella: los aliados invadieron Sicilia, fue hecho prisionero en el Gran Sasso, fundó la república de Saló donde intentó volver a sus ideas de izquierda renegando del rey, de los aristócratas y los capitalistas; fue detenido cuando huía a Suiza con su amante Claretta Petacci y terminó colgado boca abajo junto a ella en la plaza Loreto de Milán. «*Te adoro, pequeña Claretta, eres la parte más hermosa de mi vida, eres mi alma, mi primavera, mi juventud. Te necesito, necesito tu amor fresco, bueno, tempestuoso, absoluto*».

A pesar de los numerosos embrollos en los que le metió, Hitler guardó siempre afecto y comprensión por Mussolini y perdonó sus errores. Le profesó hasta el final una comprensión sin desfallecimiento. Lo liberó de la prisión de los Abruzos a la que le envió el mariscal Badoglio por medio de Otto Skorzeny, aquel gigantón de la cara cortada al que uno veía cabalgar temprano por las mañanas frente a las pistas del Real Automóvil Club de Madrid. Cuenta Albert Speer en sus *Memorias* que, después de uno de sus primeros encuentros, Hitler se vio en la obligación de dedicar un monumento al *Duce*. La plaza Adolf Hitler de Berlín no le gustaba demasiado. Le parecía desfigurada por los «modernos» edificios de la República de Weimar. «La vamos a bautizar con el nombre de Mussolini Platz. Creo que es un honor para el *Duce* que le ceda mi propia plaza en Berlín». El hijo del herrero y de la maestra de Predappio en la Emilia-Romagna fue el primero en utilizar el cine como arma política y cautivó a aristócratas como el primer ministro inglés Chamberlain, quien le enviaba felicitaciones de Navidad y cuyo hermano pasaba las vacaciones con el *Duce* y su familia. También Churchill lo conoció en Roma antes de la guerra: «Nos hicimos muy amigos —escribió Mussolini—, y cuando lo acompañé a la estación de Roma para despedirle, me dijo: “Dé por hecho, *Duce*, que si yo fuera

italiano, sería también fascista”».

Mussolini, que consideraba a Julio César la figura histórica más importante después de Cristo, quiso pasar a la historia como un gran estadista y como el gran pacificador. Fue quien propuso la conferencia de Munich en 1938 y, cuando los alemanes aprobaron el documento que había preparado como árbitro imparcial, se lo pasó a Chamberlain como si nadie lo hubiera visto aún. El primer ministro británico dio su consentimiento. Mussolini aguantó hasta que Hitler invadió Francia. Contra la opinión del Rey, de sus generales y de su ministro de Exteriores Ciano (a quien ejecutaría en las postrimerías del conflicto mundial), se inclinó por la guerra al lado del *Führer*. «*Si no voy ahora a la guerra, antes de que Francia se venga abajo* —reflexionó—, *corro el peligro de perder el barco»*. Cuando las cosas empezaron a ir mal, Mussolini echó la culpa a los demás. «*Yo era el único pacifista*», dijo.

A Hitler le tocó arreglar los platos rotos por Mussolini en su invasión de Grecia y en sus aventuras por el norte de Africa, donde sus divisiones, la caricatura de un ejército, se perdieron entre las dunas del desierto. Mussolini, amigo de los gestos espectaculares (grandilocuencia operística), corrió a ver a Hitler herido, con la mano izquierda semiparalizada después del atentado del 20 de julio de 1944. Saltó del tren y, al acercarse Hitler, le rodeó con su brazo y pronunció una de sus frases de la guerra: «*Bueno, después de todo, no está tan mal, me tiene a su lado*». Ya no volvieron a verse más.

Aquel 17 marzo de 1940, en el paso del Brennero, Hitler le hizo a Mussolini una impresionante demostración gráfica de su fuerza: mapas, fotografías, documentos sobre la reciente campaña de Polonia, un resumen de las nuevas tácticas y las nuevas armas, una exposición de la superioridad moral y material del nacionalsocialismo sobre cualquier otro régimen. Mussolini entró en un estado de excitación. El *Führer* le convenció por completo. «Italia, le digo, no puede sostener una larga guerra, pero creo, como usted —le dijo a Hitler—, que la suerte de Francia está echada. Mi decisión esta >tomada… me comprende, *Führer*…».

Adolf Hitler, el rayo de la guerra, volvió de la entrevista con Mussolini en el Brennero lleno de energía, vitalidad y entusiasmo. Así lo hizo constar el general Alfred Jodl, jefe de Operaciones de la OKW, en sus *Memorias:* «Nada más llegar, puso manos a la nueva obra: el desembarco en Noruega. Se ocupó de todos los detalles, reunió a sus jefes militares, señaló en un mapa el desarrollo de las operaciones. Era el 1 de abril y no había tiempo que perder. Fijó para el desembarco la fecha del 9 de ese mes y encargó que la Tercera División de Montaña

y las divisiones de Infantería 169 y 196 formaran la primera oleada, la Segunda División de Montaña y las divisiones de Infantería 181 y 214 seguirían como refuerzo».

NORUEGA

Mientras zarpaban los 3 destructores con destino a Narvik, sin que los servicios de inteligencia aliados advirtieran nada, Chamberlain pronunciaba estas palabras en una reunión de jóvenes conservadores de Londres: «Mr. *Hitler is a man who has missed the bus*». (Hitler ha perdido el autobús). A las 5 de la mañana del 9 de abril, el ministro plenipotenciario de Alemania en Oslo entregó una nota al ministro de Asuntos Exteriores,
Dr.
Koht, en la que le pedía la inmediata rendición de Noruega porque, según decía, los aliados estaban a punto de apoderarse de la nación escandinava. Era un burdo pretexto. El doctor Koht rechazó la nota. Pocas horas después, la Luftwaffe bombardeaba Noruega.

El día anterior, el mariscal Goering había anunciado que Alemania «debía asestar un golpe decisivo en Occidente». Hitler estaba radiante. El éxito de la campaña de Polonia representaba un punto de inflexión: la indiferencia del pueblo alemán o su inquietud se habían trocado en claro apoyo. La idea de Hitler era ocupar los países escandinavos para «defenderlos» de los aliados. Dio orden de que cortaran las comunicaciones de Dinamarca con el exterior. Era el primer paso para la invasión. Fue un paseo militar, porque Dinamarca no podía defenderse. Las tropas nazis llegaron sin resistencia hasta Copenhague. El rey Cristián X nada pudo hacer ante la arrolladora irrupción de los alemanes, salvo pedir a su pueblo «una actitud tranquila y digna» y, eso sí, pasearse años después desafiante, erguido en su caballo y con la estrella amarilla de los judíos por las calles de Copenhague.

Los corresponsales en Berlín se hicieron eco en marzo de 1940 de los preparativos de Hitler para invadir Escandinavia. Estaban mejor informados que los servicios de espionaje aliados, y más alerta sobre las consecuencias que los propios daneses o noruegos. William
L.
Shirer, autor de uno de los libros más lúcidos sobre la Alemania del Hitler, *Rise and fall of the Third Reich*, informaba por aquellos días desde Berlín: «Hay aquí quien cree que la guerra puede extenderse aún a Escandinavia. Hoy se ha recibido en Berlín la noticia de que la semana pasada una flotilla formada al menos por 9 destructores

británicos se concentró frente a la costa noruega. Efectuaron disparos de advertencia contra mercantes alemanes, que transportaban mineral de hierro. Desde aquí, parece como si los neutrales, especialmente los países escandinavos, no vayan a poder librarse de participar en el conflicto». Nadie se libraría, porque Hitler necesitaba, aparte de las materias primas (el hierro sueco), ocupar la gran fachada occidental de Noruega para aumentar la presión estratégica sobre su más resistente enemigo: una vez vencido el país nórdico, sus costas servirían como refugio para la *kriegsmarine* (marina de guerra) y como trampolín para las *lufflotten* (flotas de aviones) que bombardearían Inglaterra.

A las potencias aliadas les asombró y consternó la audacia de Hitler, que se permitió la invasión simultánea de Dinamarca y Noruega sin tener en cuenta la superioridad naval británica. Al final del día, las tropas del Tercer Reich ocupaban Oslo. De nada valió la presencia de buques de guerra británicos que procedían a colocar minas en la costa noruega. Churchill afirmó en los Comunes que el desembarco era una buena noticia: «Tendrán que combatir para guardar esas costas. Nuestra superioridad naval es evidente y podremos trasladar fuerzas al teatro de operaciones más fácilmente que ellos». Era una forma de darse ánimos. No hubo, no podía haber desplazamiento de los barcos necesarios ni un sustancial movimiento de tropas. Las que se encontraban allí fueron evacuadas, y las de Narvik, retiradas un mes después ante el calibre de la ofensiva alemana. La documentación descubierta en la posguerra permite pensar, según Liddell Hart, que a pesar de su ausencia de escrúpulos, Hitler hubiera preferido conservar la neutralidad de Noruega. No tenía la intención de invadirla de no haber sido por los signos evidentes que mostraban que los aliados preparaban una acción hostil en ese sector.

Churchill reconoce en sus *Memorias de la guerra* que el 19 de septiembre de 1939 presentó al Gobierno un plan para la colocación de minas en aguas territoriales noruegas con objeto de sabotear el transporte de mineral de hierro de Suecia a Narvik. Su intención era paralizar la industria de guerra enemiga. Una medida así se pensó durante la I Guerra Mundial, pero fue descartada porque las consecuencias hubieran sido graves para Noruega. El Gobierno británico de 1939, que aceptó el plan de Churchill, tenía menos escrúpulos frente a una pequeña nación indefensa y neutral. «Ganamos más que perdemos con el ataque alemán a Escandinavia», afirmó Churchill. No tenía en cuenta los sufrimientos que esa invasión causaría a los pueblos de Dinamarca y Noruega. La reproducción de la entrevista entre Quisling, el ex ministro de Defensa de Noruega que

buscaba un régimen nazi para su país, e Hitler revela que este último se mostraba partidario de la neutralidad de Noruega y temía una extensión del conflicto. Quien sí tenía un plan para la invasión de las costas noruegas era el comandante en jefe de las fuerzas armadas francesas, el general Gamelin. Mientras tanto, Churchill, en discursos incendiarios a través de la radio, invitaba a los no alineados a abandonar su neutralidad para luchar todos juntos contra Hitler. Cuando el frente finlandés se derrumbó, ya no había razón para enviar un cuerpo expedicionario a Narvik y otras ciudades noruegas. Ese envío se retrasó tres días. Los alemanes se adelantaron a los aliados en su desembarco en Noruega. Liddell Hart describe como «una de las más hermosas hipocresías de la historia» la acusación aliada en el curso del proceso de Nuremberg a los jerarcas nazis en torno a Noruega. «La preparación y la ejecución de la agresión alemana contra Noruega era pura hipocresía, cuando esa misma acusación pudo haberse hecho contra los gobiernos inglés y francés, que lo tenían todo a punto pero que llegaron tarde».

Los expertos en esta campaña apuntan los escasos medios de los que los alemanes se sirvieron para desembarcar en Noruega. Fue la primera vez que se lanzaron efectivos en paracaídas. En ningún punto desembarcaron más de dos mil hombres. Sin embargo, fue determinante la presencia de la Luftwaffe, que paralizó al enemigo y disuadió a los aliados. El grueso de las fuerzas navales británicas no hizo nada por detener a los buques de guerra alemanes, pero las flotillas de destructores ingleses, al mando del *captain* Warburton-Lee, lucharon eficaz y tenazmente contra las unidades alemanas emboscadas en los fiordos. Doce destructores, diezx de ellos alemanes, resultaron hundidos. Warburton-Lee se hundió con su buque, el *Hardy*, y recibió, a título postumo, la Cruz de la Victoria. Churchill no llegó a creerse, a pesar de la evidencia, los informes de sus aviones de reconocimiento: la flota alemana se dirigía hacia las costas noruegas. La respuesta británica fue el silencio. Ni siquiera forzaron el traslado del cuerpo expedicionario a Noruega cuando se detectó la salida de los cruceros de batalla germanos.

Tampoco el ejército noruego opuso resistencia al invasor, salvo en casos aislados. Ni siquiera se dio la orden de movilización. El Gobierno noruego parecía más preocupado por los aliados, que sembraban minas en sus costas, que por los ejércitos del Tercer Reich. Su capacidad de combate era casi nula: podían haberse enfrentado con algún éxito a las débiles (en número) unidades nazis, pero guarniciones enteras se entregaron sin disparar un solo tiro. Así ocurrió en Narvik, donde tan sólo los guardacostas presentaron

batalla. El crucero *Blucher*, en el que viajaba parte del Estado Mayor Alemán, fue torpedeado y hundido por las baterías de costa de la fortaleza de Oscarborg. Así salvaron los noruegos su honor. Oslo fue tomada por pocos hombres al paso de la oca. El Rey y el Gobierno tuvieron el tiempo suficiente como para huir hacia el norte. La guerra relámpago demostró otra vez sus bondades: nri daneses ni noruegos fueron capaces de reaccionar. No tenían experiencia en la guerra. Ni siquiera pudieron resistir hasta que llegara la nieve para obstaculizar los avances alemanes. La aviación de Goering hizo el resto.

El contraataque aliado con desembarco de tropas en varios puntos con la idea de tomar Trondheim estuvo cuajado de imponderables. Dos de los jefes militares previstos para la operación quedaron fuera de combate antes de unirse a sus tropas. Después, preocupados por los riesgos de la operación de ataque en forma de tenaza sobre Trondheim, cambiaron súbitamente de planes. Los alemanes eran 2000, los aliados, 13.000, pero el destacamento aliado se comportó sobre el terreno nevado peor que el enemigo. Sin apoyo aéreo y hostigado desde el aire por la Luftwaffe, el destacamento aliado pidió la evacuación y dejó el centro y el sur de Noruega a merced del enemigo. Quedaba Narvik. El 7 de junio, cuando las tropas alemanas penetraban ya de manera profunda en territorio francés, el cuerpo expedicionario aliado en Narvik recibió la orden de evacuación. Nada pintaban allí.

La campaña aliada en Noruega estuvo plagada de errores. Franceses y británicos no se llevaban bien, la dirección de la campaña fue timorata, falta de imaginación, demasiado prudente, lenta y sin reflejos. Aprovechó mal la superioridad numérica en determinados puntos. Es cierto que el mal tiempo dificultó las operaciones del cuerpo expedicionario aliado y que la aviación alemana y las escuadrillas de Messerschmitts mellaron sus columnas, pero el comportamiento sobre el terreno de las tropas del general Falkerhorst fue muy superior, sacó mejor provecho de la geografía y de la meteorología. Fue en el mar donde los alemanes sufrieron mayores pérdidas.

El quintacolumnista Vidkum Quisling se instaló en el poder en Oslo. El rey Haakon VII, perseguido por los aviones alemanes, logró escapar a Inglaterra, donde formó su Gobierno en el exilio. Quisling, depuesto de su cargo durante un tiempo porque no consiguió convencer a sus compatriotas para que se sumaran al Nuevo Orden, volvió a Oslo con plenos poderes. Hasta su ejecución por un piquete noruego, Quisling gobernó durante 5 años. Había tenido la habilidad suficiente como para preparar el terreno a la invasión. Colocó a

simpatizantes nazis en puestos clave de la Administración y el Ejército. Ese fue el trabajo de la quinta columna.

«La fortuna se ha mostrado muy cruel con nosotros», afirmó Churchill cuando el cuerpo expedicionario británico se vio obligado a abandonar suelo noruego después de tomar Narvik, abrumado por la superioridad numérica del enemigo y su dominio absoluto del aire. Tampoco en Trondheim se cubrieron de gloria: franceses y británicos escaparon bajo las bombas, abandonaron sus armas y perdieron varios navios. Se demostró que el dominio del mar no servía de nada sin el dominio del cielo. Un año y medio después, Londres no había aprendido la lección cuando perdió el *Repulse* y el *Prince of Wales* frente a las costas malayas por falta de cobertura aérea. Hitler sonreía feliz en su nido del águila de Berchtesgaden. La conquista de Noruega demostró la eficacia de sus legiones ante el asombro de los aliados: le entregaron bases estratégicamente situadas y materias primas, oro, reservas de leche, pescado y minerales para sus futuras empresas. Menos mal que la flota mercante noruega, la cuarta del mundo, consiguió refugiarse en los puertos británicos, donde contribuyó al abastecimiento de las islas.

En Noruega, la fortuna ayudó a los audaces. Alejados de sus bases, a 2000 kilómetros del Elba, las fuerzas alemanas se implantaron con solidez en territorio noruego. La fuerza expedicionaria aliada no logró romper sus líneas de comunicación y aprovisionamiento. La resistencia noruega fue más efectiva después de cesar los combates, cuando había ya perdido la independencia. Los alemanes cometieron el error de mantener a Quisling, el *vendepatrias*, hombre odiado, vanidoso y estúpido. Otro aspecto negativo de la campaña noruega fue la pérdida de importantes efectivos de la flota alemana de superficie. Se había quedado sin el poder naval suficiente como para intentar el asalto a Inglaterra.

MARCHA CON EL DESTINO

Los noruegos perdieron la independencia; los alemanes, parte de su *kriegsmarine;* los ingleses, su Gobierno. La guerra ruso-finlandesa le costó a Francia la derrota del Gobierno Daladier, mientras que Chamberlain no logró superar la prueba noruega. Subió la temperatura en la Cámara de los Comunes hasta poner al Gobierno Chamberlain en situación desesperada. Lo que en Alemania era un pueblo, un Reich, un *Führer* (la procesión de las intrigas va por dentro), en el bando aliado era la división, la indefinición, la duda. En

los Comunes, Churchill salió en defensa de su Gobierno, pero los irritados parlamentarios querían hacer sangre. Los propios *tories* (conservadores) abandonaron a su primer ministro. En el voto de censura, 30 conservadores se unieron a la oposición y sesenta se abstuvieron. En la moción de confianza, la mayoría cayó de 200 a 80. El debate fue de una aspereza desacostumbrada. El diputado Leo Amery terminó su discurso con la misma coletilla que Cromwell en el Parlamento Largo: «*No podemos seguir con la dirección que hemos tenido hasta ahora. Lleváis ahí sentados demasiado tiempo para el bien que hacéis. Marchaos, os digo, y terminemos de una vez. En el nombre de Dios, marchaos*». Bajo Chamberlain, el hombre de Munich, el de «la paz para nuestra época», no cabía ni siquiera un gobierno de crisis, de unidad nacional. Churchill escribió en sus *Memorias de guerra*: «*Hacía falta el mazazo de la catástrofe y el aguijón del peligro para hacer surgir el dormido poderío de la nación británica. El toque a rebato estaba a punto de sonar*». Y era el propio Churchill el encargado de recoger sus tañidos. En la frontera oeste de Alemania esperaba órdenes, en pie de guerra, el más formidable ejército que había conocido la larga historia del mundo.

Chamberlain apostaba por Halifax para el cargo de *premier*, pero el ministro de Exteriores es un *lord* al que la Constitución del Reino Unido le cierra el acceso a los Comunes. No se puede dirigir la guerra desde la Cámara Alta. En cuanto a Churchill, esperaba su oportunidad en medio de un desacostumbrado silencio. Su biografía tiene algunas manchas: era un rebelde, un francotirador, responsable de la catástrofe de los Dardanelos y del desastre de Noruega. El viejo Lloyd George, vencedor de la I Guerra Mundial, dijo en los Comunes: «*El muy honorable caballero (Churchill) no tiene el derecho de convertirse en refugio antiaéreo para proteger de la metralla a sus colegas*». En Francia se produjo un debate en paralelo. El coronel De Gaulle le había escrito al primer ministro Paul Reynaud que quería cesar al generalísimo Gamelin: «*El cuerpo militar, por conformismo inherente a su naturaleza, no se reformará solo. Su reforma es una obra que usted debe emprender. No ambiciono honor más grande que serviros en esta obra capital*». Daladier se resistía a que Gamelin dejase el cargo.

El 10 de mayo, el mismo día en que Hitler atacó sin aviso previo a 3 países neutrales —Bélgica, Holanda y Luxemburgo—, Neville Chamberlain salió del número 10 de Downing Street con la cabeza gacha en dirección al palacio de Buckingham. El Rey le recibió durante 20 minutos. No había mucho que hablar. A las 11 de la mañana, Churchill fue convocado a la sede del primer ministro. ¿A quién elegiría de los 2 candidatos? ¿Churchill o Halifax? La opinión

pública estaba a favor de Churchill. También Halifax se inclinó por el primer *lord* del Almirantazgo. A las 6 de la tarde, Churchill se dirigía al palacio de Buckingham. Jorge VI, por la gracia de Dios, rey, emperador y defensor de la fe, debía sentirse aliviado y contento del cambio, de buen humor:

> —Supongo que no sabe por qué le he hecho llamar —preguntó el soberano, y Churchill, divertido, le siguió el juego:
>
> —Señor, no puedo imaginarme por qué.
>
> —Quiero que forme usted gobierno —le respondió el Rey con una sonrisa de complicidad.

Esa noche, Churchill se acostó a las 3, cansado y feliz. Recibía en herencia el caos, la vacilación, la falta de liderazgo: «Me sentía —diría luego— como si marchara con el destino. Toda mi pasada vida había sido una preparación para esta hora y para esta prueba. Creía saber lo que me esperaba y estaba seguro de no defraudar. Aunque impaciente porque llegara el amanecer, dormí como un bendito sin necesidad de sueños alegres. Los hechos son mejores que los sueños».

Chamberlain se despidió en un discurso radiodifundido: «Debemos ayudar con todas nuestras fuerzas al nuevo Gobierno[…] y debemos luchar hasta que esta bestia salvaje que ha salido de su cubil para atacarnos sea al final aniquilada». Salía Chamberlain, entraba Churchill. El nuevo primer ministro incluyó a los laboristas en su Gobierno, entre ellos a los dos jefes de fila de la oposición, Clement Attlee y Ernest Bevin. Al propietario de periódicos *lord* Beaverbrook le encargó el Ministerio de Aviación: debería ponerse de inmediato a fabricar aviones.

Winston Churchill era un orador sin rival, poderoso, con sentido de la historia, mordaz cuando hacía falta, enérgico, capaz de aceptar el desafío. En su primer discurso ante la Cámara de los Comunes afirmó lo siguiente: «*Sólo puedo ofrecer sangre, esfuerzo, sudor y lágrimas. Nos espera una prueba en verdad terrible. Se extienden ante nosotros muchos meses, meses muy largos de lucha y sufrimiento. Os preguntaréis: ¿cuál es nuestra política? Y yo os respondo: es hacer la* guerra por mar, tierra y aire, con todo nuestro poder y todas las fuerzas que Dios pueda darnos; hacer la guerra contra una monstruosa tiranía, jamás superada en el tenebroso y lamentable catálogo de los crímenes humanos. Esta es nuestra política. Y también os preguntaréis: ¿cuál es nuestro objetivo? Os puedo responder con una sola palabra: nuestro objetivo es la victoria, a toda costa, a pesar de todo el terror, por largo y por duro que sea el camino; pues sin victoria no hay supervivencia ni salvación».

Capítulo tres

Hacia el Oeste

La fecha fue el 10 mayo de 1940: los alemanes entraban en los Países Bajos, condenados por la geografía. Bélgica y Holanda se abrían en el sendero de la Wehrmacht. Su neutralidad no les sirvió de nada. El Grupo B cruzó la frontera mientras la aviación de Goering atacaba los aeropuertos holandeses. Los paracaidistas y los *panzer* (tanques) hallaron poca resistencia a su paso. El plan preveía el control del frente entre Suiza y Luxemburgo, un papel pasivo, para el Grupo C (19 divisiones al mando de von Leeb); el activo les quedaba reservado al Grupo B de von Bock y al A de von Rundstedt.

Las órdenes eran claras: el Grupo B debía penetrar a toda velocidad en Holanda y romper en acción rápida, de relámpago, las defensas de la frontera belga. Los paracaidistas del general Student y los planeadores del general Sponeck caerían del cielo sobre aeródromos y autopistas y ocuparían los puentes sobre el Mosa y el Rin. Los informes meteorológicos habían retrasado algo esta rabiosa ofensiva hacia el Oeste. Hitler no deseaba ya más aplazamientos. «El día 9 —escribió Cartier— a las 16.48, el tren especial del *Führer* sale de Berlín y llega antes del amanecer a Euskirchen. Es un día negro, húmedo y frío. Las columnas de infantería atraviesan en silencio la aldea. El ascenso al Felsennest, uno de los puestos de mando preparados por el señor de la guerra, cuesta media hora. Cuando Hitler y sus 14 oficiales del OKW (Alto Mando) llegan al grupo de fortines diseminados por el bosque, el sol se eleva por encima de los negros bosques cubiertos de bruma. Hace algunos minutos que ha comenzado la ofensiva del Oeste».

Los tres países invadidos, Holanda, Bélgica y Luxemburgo, en los que Hitler infiltró tropas la víspera, se convirtieron «en la avenida para la victoria» sobre Francia y una base costera desde la que poder derrotar a Inglaterra. Era el primer paso para la derrota del Oeste, para saltar luego al Este. El pacto con la
URSS
le permitió al Tercer Reich dedicarse por entero a su campaña de invasión de Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia. Los problemas meteorológicos y las dudas habían retrasado esa ofensiva 29 veces. Esos 7 meses hicieron posible que el ejército alemán analizara la campaña de Polonia para corregir defectos y comprobar determinadas tácticas.

Que Hitler fuera a invadir Bélgica, Holanda, Luxemburgo y Francia era el «secreto de Polichinela». El 10 de enero, el ruido de los motores de un avión en vuelo rasante sobre las copas de los árboles despertó a los soldados belgas en la frontera cercana a Mechelen. El río estaba helado. El avión cayó sobre los árboles, perdió las 2 alas y el motor se empotró en un hayedo. Cuando los soldados llegaron al lugar del accidente, se encontraron con que uno de los tripulantes, cubierto con un capote gris, quemaba documentos. Los soldados belgas dispararon al aire, detuvieron al hombre y apagaron los papeles. Era el comandante Reinberger de la Séptima de Paracaidistas, que violando todas las normas de seguridad alemanas había utilizado un avión de enlace para volver a Colonia. El aparato se perdió entre la niebla y, corto de combustible, aterrizó donde pudo. Los documentos no eran otros que el plan de invasión por las Ardenas belgas con lanzamiento de paracaidistas sobre los ríos Mosa y Sambre. En los papeles no figuraban los planos del «Día D», pero los belgas, que examinaron con lupa los documentos, se convencieron de que estaba al caer. Mientras los alemanes estudiaban a conciencia su campaña de Polonia, los aliados no sabían cómo hacer frente a la eventualidad de un ataque para salvar a los Países Bajos. Los franceses confiaban en exceso en la Línea Maginot. No acababan de enterarse de los estragos que podía causar la diabólica combinación de aviación y blindados que correría por las llanuras belgas, hechas a la medida de los *panzer*.

En lugar de curarse en salud y lanzar un ataque preventivo, los aliados prefirieron esperar cruzados de brazos. Bien es verdad que Bélgica y Holanda, como naciones neutrales, confiaban en el paraguas protector de la neutralidad y se negaron a que las tropas aliadas tomaran posiciones en su territorio. Tendrían por lo tanto que esperar el ataque, ya que tanto Bélgica, que disponía de un ejército considerable, como Holanda se negaron en redondo, salvo algún secreto intercambio de información para coordinar sus esfuerzos para cuando llegaran el «Día D» y la «Hora H». La ventaja militar es para los que atacan sin contemplaciones de ningún tipo. La derrota ronda a los que vacilan, que, en este caso, se agarraban a una neutralidad que no tenía ya ningún valor. Tampoco los planes previstos por el general Gamelin y el Cuerpo Expedicionario británico asentado en el continente resultaron un prodigio de imaginación. La Wehrmacht iba a poder con todos: holandeses, belgas, franceses y británicos. El general Gamelin cometió varios errores, entre ellos concentrar el grueso de sus tropas a lo largo de la Línea Maginot sin dejar fuerzas de reserva.

La aviación aliada fue incapaz de destruir los puentes previstos

para el avance alemán. Los aeródromos se encontraban alejados de los puntos de ataque y, en general, el mando conjunto franco-británico estaba mal coordinado. Se ha echado en cara a los británicos que no quisieran utilizar sus reservas de bombarderos en la campaña del 10 de mayo. El historiador Gerhard
L.
Weinberg salva a Londres de esa responsabilidad: de haberlos puesto en la batalla, los ingleses hubieran perdido unos aviones que necesitarían para la evacuación de Dunquerque y para la batalla de Inglaterra. La campaña de invasión del 10 de mayo se había previsto hasta los últimos detalles, con minuciosidad germana. Los paracaidistas alemanes vistieron uniformes del ejército holandés y la quinta columna hizo el resto. La rapidez era, una vez más, el arma secreta de la Wehrmacht. La confusión, el estupor y la falta de acoplamiento afectaron de nuevo al bando aliado. No bastó con que algunas unidades belgas o francesas combatieran con denuedo. No fue posible el contraataque.

El sucesor de Gamelin como comandante en jefe de las fuerzas armadas francesas, Weygand, reconstruyó sus tropas y sus posiciones al Sur. El general von Rundstedt prefirió no arriesgar sus carros en los terrenos pantanosos de Flandes. Weygand esperaba refuerzos. ¿De dónde? ¿Cómo? Nada ni nadie podría detener la ofensiva alemana. La Línea Maginot, la inexpugnable, no sirvió de nada: las fuerzas alemanas la flanquearon tomándola luego de revés.

Holanda, que se libró de la Gran Guerra, se vio inerme, desamparada, desentrenada y con un ejército que ni en número ni en preparación estaba a la altura de las circunstancias; tan sólo le quedaba un arma: la inundación de las tierras con la destrucción de los diques. Ni las barricadas, los blocaos y casamatas, los obstáculos en las carreteras, el minado de algunos puentes, retrasaron la incontenible progresión germana. La Luftwaffe destruyó en tierra a los pocos aviones holandeses. El mariscal Goering era dueño absoluto del espacio aéreo: el bombardeo de la ciudad de Rotterdam fue como la destrucción de Guernica para los vascos, una forma de rebajar la moral de resistencia de los holandeses. Lo habían ensayado en abril de 1937 en la ciudad vasca y, más tarde, sobre las ciudades polacas. Oleadas sucesivas de Stukas, heraldos del terror con sus alas silbantes, invento personal de Hitler, dejaron en ruinas el puerto de Rotterdam. Como Guernica, Rotterdam era una ciudad abierta. Los alemanes se sirvieron del mortífero bombardeo del puerto holandés —que causó 840 muertos, aunque la propaganda aliada habló de 30.000— para disuadir a los ingleses: toda ayuda era inútil. La capitulación del

comandante de la plaza de Rotterdam no libró a la ciudad de su parte del apocalipsis.

Hitler conquistó Holanda en 5 días. El único consuelo para los holandeses y un símbolo para la resistencia en el futuro fue la huida de la reina Guillermina. Como el rey Haakon de Noruega, la valerosa Guillermina logró escapar de las garras nazis al refugiarse en un destructor británico junto con la familia real. A pesar de que la aviación alemana persiguió al destructor en ruta a toda máquina hacia Inglaterra, Guillermina pudo ponerse a salvo sin un rasguño: le quedaban sus posesiones, sus colonias del Extremo Oriente y Suramérica y la voluntad férrea de seguir el combate hasta la liberación de la patria perdida.

Sobre la pobre Holanda, que perdió cien mil soldados en la batalla y una cuarta parte de sus fuerzas armadas, cayó el nuevo orden; o sea, la violencia sistemática de los nazis contra la población civil, la persecución de los judíos holandeses. La «solución final» estaba ya en embrión. Hitler lo había anunciado en su discurso al Reichstag el 30 de enero de 1939: los judíos de los territorios conquistados en Europa debían ser exterminados. Las medidas de esterilización y de destrucción de la raza judía habían entrado en vigor en 1933 en Alemania de acuerdo con el programa de purificación étnica del nacionalsocialismo. «La noche de los cristales rotos», el ataque a las propiedades de los ciudadanos judíos (menos del 1 por ciento de la población alemana) señaló el principio de un holocausto que, por medio de las duchas que lanzaban un gas desinfectante, el Zyklon B, causaría entre cinco y seis millones de muertos.

ANA FRANK

Los judíos holandeses no se libraron de la terrible venganza. Entre 1942 y 1945, una niña judía alemana llamada Ana Frank, refugiada en una buhardilla de Amsterdam con su familia y otras 4 personas, reflejó en su diario el terror de los nazis. «A pesar de todo —escribió—, creo que los hombres, en el fondo, son buenos. Me resulta imposible edificar mis esperanzas sobre unos cimientos formados por una amalgama de confusión, miseria y muerte. Llegará un tiempo en que volveremos a ser personas, y no sólo judíos». El poeta vallisoletano Jorge Guillén le dedicó a Ana Frank, que murió de tifus a los 15 años en el campo de extermino de Bergen Belsen 2 meses antes de la liberación, estos versos de *La afirmación humana*:

En torno al crimen absoluto. Vulgo.
El vulgo más feroz,
En un delirio de vulgaridad
Que llega a ser demente,
Se embriaga con sangre,
La sangre de Jesús,
Y cubre los osarios
Una vergüenza universal: a todos
A todos nos sonroja.
¿Quién, tan extenso el crimen,
no sería culpable?
La noche sufre de inocencia oculta
Y en esa noche tú, por ti alborada,
A un cielo con sus pájaros tan próxima,
A pesar del terror y el ahogo,
Sin libertad ni anchura,
Amas, inventas, creces
En ámbito, en pánico,
Que detener no logra tus esfuerzos
Tan enérgicamente diminutos
De afirmación humana:
Con tu pueblo tu espíritu
y el porvenir de todos.

Algunos historiadores revisionistas negaron la autenticidad de los *Diarios de Ana Frank*.

Los tanques de Guderian atravesaron el Mosa en Sedán. En una semana pisaban las costas del canal: el derrumbamiento de Francia, desintegrado su ejército, era un hecho irreversible. Una vez más, el éxito militar le dio la razón a Hitler frente a las aprensiones y dudas de sus generales. La brecha abierta por los carros de Guderian fue tan profunda que, estupefactos sus mandos superiores, le relevaron durante un tiempo al frente de las unidades blindadas. Había marchado demasiado rápido. Pero esa velocidad fue otra vez la clave del espectacular éxito de la Wehrmacht: de haber aprovechado los franceses el respiro de la punta de lanza alemana, consecuencia de un horror al vacío, del vértigo del avance, la guerra hubiera experimentado un cambio dramático. «Sin esa celeridad —escribió Liddell Hart—, es probable que la invasión hubiera fracasado y el curso de la historia mundial hubiera sido diferente al que fue». Es un hecho comprobado que las fuerzas alemanas eran inferiores, sus carros menos numerosos y potentes que los que desplegaban en línea los aliados. Tan sólo en el aire su superioridad era manifiesta. Fue el triunfo de los blindados, de los Stukas y de los paracaidistas del general Student, quien ocupó intactos los puentes holandeses: «Fue un éxito total —afirmó el general alemán, piloto en la I Guerra Mundial y jefe de las operaciones aerotransportadas—. Perdimos tan sólo ciento

ochenta hombres entre muertos y heridos. No podíamos fracasar en ese ataque sobre los puentes de Rotterdam, Dordrecht y Moerdjik. De no haberlo conseguido, la invasión hubiera fracasado». El propio Student, que más tarde repetiría esa operación paracaidista en Creta con fuertes bajas que asustaron a Hitler, resultó herido en la cabeza.

El plan, elaborado en gran parte por el general von Manstein, dio el resultado que se esperaba. El Grupo de Ejército B arrojó a franceses y británicos de sus posiciones a lo largo de la frontera franco-belga. Al mismo tiempo, la punta del avance alemán, con sus columnas blindadas, pudo moverse veloz y secretamente hacia Luxemburgo y los bosques de las Ardenas hasta llegar al río Mosa, cruzarlo para seguir hacia el Canal copando a belgas y holandeses y acorralar a las fuerzas aliadas que avanzaron en su ayuda. Ni la Línea Maginot, donde se concentraron los franceses, ni los bosques de las Ardenas fueron obstáculo para la guerra relámpago alemana. El general Gamelin, chapado a la antigua y mal comunicado con su cadena de mando y con las fuerzas británicas, nada pudo hacer para abortar la ofensiva. Cuando Weygand se hizo con el timón, ya era tarde. Los aliados los superaban en número: 149 divisiones por las 136 alemanas, 3000 carros aliados frente a los 2700 alemanes, pero la inercia de la victoria hizo que nada pudiera detener a la Wehrmacht.

No bastaba la superioridad en hombres y en material. El nivel de entrenamiento durante la llamada *«phony ruar»* (la guerra ilusoria, de mentirijillas) hizo del ejército alemán una fuerza invencible. Estaba mejor guiado, mandado y organizado, y su doctrina táctica era muy superior a la aliada. Cuando cayeron los blindados alemanes, el ejército francés había dispersado los suyos. Los británicos no contaban con fuerzas acorazadas. Los 3000 aviones de la Luftwaffe hicieron papilla a los 2000 aparatos aliados. Los holandeses resistieron 5 días; los belgas, con fuerzas superiores, 18. El alud de fuego y acero cayó desde el Mar del Norte hasta el ducado de Luxemburgo. La escrupulosa política neutralista del rey belga Leopoldo II sucumbió ante la codicia bélica germana. Había rechazado todas las alianzas militares fiado en la promesa de Hitler, quien afirmó repetidas veces que nunca atacaría Bélgica si ésta mantenía su impecable neutralidad.

LA RENDICION DEL REY

El ejército belga se concentró a lo largo de su fortaleza del Canal Alberto y en el fuerte Eben Emael, cuyo mito de inexpugnabilidad cayó también como un castillo de naipes. Les costó a los alemanes

menos de 2 días doblegar el centro neurálgico de las defensas belgas. Los tanques alemanes se abrieron paso hacia el Mosa, las columnas del norte progresaron sin resistencia. Franceses y británicos avanzaban hacia el Dyle como estaba previsto en sus planes, pero sus posiciones eran frágiles. No había espíritu de combate y las reservas no llegaban. El 15 de mayo, esas fuerzas recibieron la orden de repliegue y evacuación de la Línea Dyle ante la inminencia del ataque alemán. Al establecer las cabezas de puente sobre el río, las fuerzas francesas se echaron para atrás; quizá fue esa la acción más decisiva de toda la campaña. No hubo contraataque aliado. Como única respuesta, queda para la historia la breve ofensiva británica en Arras. A los aliados sólo les quedaba el mar, la salvación de la costa hacia las islas británicas.

La toma de Eben Emael fue una «operación sobrecogedora por lo fantástica», según Snyder, quien recogió la impresión de un corresponsal de guerra sorprendido porque el comandante belga de la fortaleza pidió ayuda a los fuertes próximos, que respondieron bombardeando la fortaleza con granadas de artillería: «*Es increíble el espectáculo de una fortaleza belga cañoneando la fortaleza vecina, era la última de las sátiras contra la defensa inmóvil*».

El asalto, idea personal de Hitler, fue una obra de laboriosas hormigas. Lo habían ensayado durante meses sobre una reproducción a escala de la fortificación belga. Cuando llegó el momento del ataque, los paracaidistas y los zapadores cumplieron con su misión al pie de la letra. Los planeadores de la Luftwaffe dejaron caer a los comandos sobre la fortaleza de reducto en reducto, de polvorín en polvorín, de batería en batería, protegidos por cortinas de humo. Los almacenes dejaron fuera de combate a la legendaria Eben Emael. A las 12.30 del 11 de mayo se rindió «la fortaleza más poderosa del mundo». Los planes de Gelb y Manstein, corregidos por el esquema de la
OKW
, el alto mando de Hitler, funcionaron como una máquina de relojería suiza.

El día 28 de mayo, el rey Leopoldo II se rendía de forma incondicional a los alemanes. Su llamada de socorro a los aliados sirvió de muy poco. El rey Leopoldo, en una decisión controvertida que tendría profundas consecuencias, se negó a salir de Bélgica. Recibió en su castillo, al sur de Brujas, a los miembros del Gobierno que le urgían para que formase un gabinete en el exilio en Londres, como harían los polacos, los holandeses, los noruegos o los franceses libres del general De Gaulle. «*Ocurra lo que ocurra* —respondió Leopoldo—, *me quedaré en Bélgica. Es preferible la rendición a la resistencia numantina que sólo causaría muertes y destrucciones inútiles*».

Su Gobierno huyó a Londres. 400.000 soldados belgas al borde del agotamiento total se rindieron a los alemanes. El Rey había elegido un camino distinto al tomado por su padre Alberto I cuando éste se enfrentó a los alemanes. Decían que Leopoldo era germanófilo y antifrancés. Fue internado por los nazis en un castillo próximo a Bruselas. Los belgas aprovecharon la primera oportunidad (plebiscito de 1951) para tomar venganza de un Rey que no supo estar a la altura. Leopoldo tuvo que abdicar en su hijo Balduino. Se había enajenado aún más las simpatías de sus súbditos al contraer matrimonio morganático durante la guerra. No pudo volver a Bélgica hasta el año 1950. ¿Fue correcto, o al menos comprensible, el comportamiento del Rey de los belgas? ¿Fue un traidor? El Ejército y el Gobierno declararon ilegal el armisticio del Rey, pero era ya tarde para desobedecer. La decisión real comprometió la retirada de los aliados. Churchill le avisó: «Tome el avión antes de que sea demasiado tarde». Pero Leopoldo II prefirió «quedarse con su pueblo y con su ejército». Churchill descargaría luego su cólera hacia él, lo mismo que la prensa francesa y el primer ministro Reynaud: esa irritación era injusta, porque el derrumbamiento francés dejó a los belgas a los pies de los caballos.

Si Leopoldo prefirió quedarse en Bélgica, la gran duquesa Carlota de Luxemburgo eligió el camino del exilio, primero, en Francia, a donde escapó en avión, y más tarde en Estados Unidos, donde halló refugio. La ocupación de un país liliputiense de 88 kilómetros de longitud por 55 de anchura, con un ejército no muy superior a la guardia suiza del Vaticano, fue un ejercicio sin complicaciones para las tropas alemanas. Tanto el rey Leopoldo como la gran duquesa intentaron pactar con Hitler, pero no pudieron volver a Bélgica y a Luxemburgo hasta terminada la guerra.

PÁNICO EN FRANCIA

«La batalla que hoy empieza —había dicho Hitler con su acento napoleónico— decidirá el destino de la nación alemana para los próximos mil años». Poco después, empieza una versión algo distinta del «Fall Gelb» (el Plan Amarillo). Francia se convierte en un enorme atasco ante la avalancha alemana. A orillas del Mosa, el general Rommel escribe a su mujer: «Todo va maravillosamente hasta ahora». La campaña holandesa deja ruinas humeantes bajo el cielo azul del verano: en Rotterdam son destruidos dos mil seiscientos edificios. Desde Londres, la reina Guillermina envía este epitafio para las

tumbas de los muertos: «Han caído sobre nosotros la desolación y la inmovilidad de la muerte, rota sólo por las lágrimas amargas de los que han sobrevivido. La memoria de ayer es el olvido de hoy. Pido a Dios que otras naciones puedan librarse de esto». Bélgica no se libraría, ni Luxemburgo, ni Francia.

Es la hora de las balas, de los morteros, de las granadas, de las bombas, no de las oraciones. O en todo caso, del «reza, pero pásame el fusil». Pocas veces en la historia se prepararía otra campaña con tal minuciosidad. Hasta se lanzan maniquíes en forma de paracaidistas para amedrentar al enemigo. En Francia, la Línea Weygand, llamada así por el nuevo comandante en jefe de las fuerzas armadas francesas, un patriota de 72 años prestigiado en la guerra de 1914-18, capaz de discutir las modernas ideas de De Gaulle sobre la importancia de los blindados, no resiste la ofensiva alemana. El 3 de junio, París sufre los primeros bombardeos. El «mejor ejército del mundo» se bate en retirada en todos los frentes.

El 15 de mayo, el teléfono suena en la mesilla de noche del primer ministro británico Winston Churchill. Es su colega Paul Reynaud:

> —Nos han derrotado —dice el primer ministro francés con voz emocionada, abatida. Churchill guarda silencio—. Nos han derrotado. Hemos perdido la batalla.
>
> —¿Tan pronto? —responde escéptico el primer ministro.

Así es. Von Rundstedt abre en Sedán una brecha de cerca de 100 kilómetros y, poco después, rompe los 2 extremos de la Línea Weygand. Es la *pagaille*, el pánico, la histeria en las carreteras y en las trincheras. Los soldados franceses arrojan las armas y se unen a las columnas de refugiados que buscan refugio camino de Burdeos, al sur. El aire del verano se puebla de gritos, juramentos y lamentaciones, mientras los Heinkels alemanes ametrallan las carreteras. Los carros de combate alemanes avanzan entre la tolvanera, sin descanso.

La situación de Francia parece tan desesperada que Winston Churchill decide volar a París a bordo de un Flamingo. Todavía está Gamelin al frente y es el encargado de explicar la gravedad del momento, lo que hace sobre un mapa en el que sobresale «el siniestro bulto de Sedán». «Cuando terminó de hablar —recuerda Churchill en sus *Memorias*— se hizo el silencio. Después pregunté: "¿Dónde están las reservas estratégicas?", y traduje al francés, que usaba de forma indistinta: "*Où est la Masse de Manoeuvre?*" (¿dónde está la masa de maniobra?). El general Gamelin movió la cabeza y, con una sola palabra, selló la suerte de su patria: "*Aucune*" (ninguna)».

Algo anonadado, Churchill se acerca a la ventana del Quai d'Orsay. Abajo, en el jardín, los funcionarios del Gobierno francés apilan documentos sobre hogueras improvisadas. Francia quema sus archivos. Los nazis están a las puertas de París. Por la noche, Churchill duerme mal porque su sueño se ve interrumpido por las alarmas aéreas. El primer ministro inglés toma dos decisiones: el envío de varias escuadrillas de aviones de combate para tratar de retrasar el avance alemán, y la puesta en marcha de un plan de retirada del Cuerpo Expedicionario Británico en suelo continental. Nada puede detener a los *panzer*. *Lord* Gort, jefe del
BEF
, el Cuerpo Expedicionario Británico, ordena a sus fuerzas que se dirijan al Sur para combatir a los alemanes, pero es en el Norte donde encontrará la salvación. El brigadier Smyth contempla las granadas antitanque: «Son unas armas excelentes contra carros no demasiado blindados. Si nos las hubieran enviado unos meses antes, mis hombres sabrían cómo servirse de ellas».

Cuando las columnas alemanas se encuentran a 56 kilómetros de París, se sabe en la capital que los italianos de Mussolini se suman al esfuerzo de guerra alemán con el envío desde la Riviera de 400.000 soldados. Mussolini, orgulloso del «Pacto de Acero» e impresionado por el imparable avance alemán en Francia, reclama su parte del botín y de la gloria. Es la puñalada italiana por la espalda. Hitler llega en su tren personal a los bosques del sur de Colonia y planea la «operación León Marino» para invadir Gran Bretaña. Está crecido por sus triunfos. Ahora todo le parece al alcance de la mano. El almirante Raeder hace meses que estudia el plan de asalto a las islas.

Lord Gort, conocido con el apodo de «el Gordito», de cara sonrosada y con la Cruz Victoria en el pecho, prepara la escapada que salve a las tropas británicas. Ya no tiene sentido enfrentarse a los alemanes hasta el último cartucho y el último hombre: el que salva a su ejército podrá seguir el combate al día siguiente. Los primeros tanques alemanes han alcanzado el mar en Abbeville. En los blancos acantilados de Dover, al otro lado del Canal de la Mancha, el almirante Ramsay diseña un plan de evacuación de las fuerzas en la otra orilla: le servirá todo lo que sea capaz de flotar. La resistencia de los ingleses en torno a Arras significa un paréntesis, un respiro, porque los blindados de Rommel interrumpen su avance ante el vigor de los ingleses de *lord* Gort. ¿Un rayo de esperanza? Churchill viaja de nuevo a París. Weygand es el nuevo comandante en jefe y Reynaud se ha asegurado el Ministerio de la Guerra. Mientras cruza por el jardín, Churchill repara en «un oficial de caballería muy alto que pasea como

león enjaulado». Es su futuro íntimo enemigo Charles De Gaulle: el tiempo ha terminado por dar la razón a sus teorías de la guerra móvil. Weygand propone un nuevo plan que se desinflará como un globo. De regreso a Londres, Churchill piensa que sólo un milagro en forma de contraofensiva del ejército francés puede cambiar el signo de la batalla. Los franceses no dan muestras de retomar la iniciativa.

Lord Gort sabe que la única posibilidad es la evacuación por mar de sus fuerzas, las únicas que combaten ya en territorio francés. El «Fall Rot» (el Plan Rojo), sucede al anterior, es el golpe de gracia a través del Somme hacia el corazón de Francia. El cáncer de la derrota ha carcomido la moral de las tropas francesas. En la Plaza Venecia, Benito Mussolini, rodeado de un océano de «camisas negras», brazo en alto, entre los gritos ensordecedores de *«Duce! Duce!»*, se dirige a sus legiones, a los hombres y mujeres de Italia, del imperio y del reino de Albania: «La hora del destino ha sonado. Ha llegado la hora de la decisión irrevocable. Ha sido ya entregada una declaración de guerra a los embajadores de Gran Bretaña y Francia». Así inicia la lucha contra «las democracias plutocráticas y reaccionarias». El «pueblo útil» contra los «pueblos en decadencia», según la jerga mussoliniana. En su discurso en la Universidad de Virginia, el presidente de Estados Unidos, Roosevelt, pronuncia una de las frases más conocidas de la guerra: «Este 10 de junio de 1940, la mano que empuñaba la daga la ha clavado en la espalda de su vecino». Como siempre, Benito Mussolini corre en auxilio del vencedor.

Churchill ya ha perdido a su cuerpo expedicionario que resistía en Calais. «Los ojos del imperio —ordena al brigadier Nicholson— están pendientes de la defensa de Calais, y el Gobierno de Su Majestad confía en que usted y su brigada lleven a cabo una hazaña digna del nombre de Gran Bretaña». Al día siguiente, al anochecer, el primer ministro repite la dosis: «Cada hora que resistan será de la mayor, ayuda para el Cuerpo Expedicionario Británico. El Gobierno ha decidido que ustedes deben seguir luchando. Les hago llegar mi admiración por su gallardía. La evacuación no, repito, no tendrá lugar». El mensaje no es necesario en la medida en que el brigadier Nicholson ya había descartado la rendición de sus fuerzas. Están rodeados, les falta agua, les faltan víveres, están muertos de sueño y, lo que es peor, se les han terminado las municiones. Los alemanes, reforzados con tropas de refresco, combaten ahora casa por casa en Calais hasta que la conquistan. Ya sólo queda Dunquerque como vía de escape. Desde el coro de la Abadía de Westminster, Churchill cree sentir la emoción y el miedo de la congregación no por los muertos o los heridos o las pérdidas materiales, sino por la derrota y la ruina

final de Gran Bretaña. También en las iglesias y catedrales de Francia, que se ha quedado sin pulso y sin alma, se reza y se llora. Es una nación desvertebrada. Nada queda en ella, dividida por las querellas políticas y la imprevisión, del espíritu de combate, de la furia de la Revolución, de la era napoleónica, del ardor de la Gran Guerra. Ha sufrido tanto entre 1914 y 1918 que se ha quedado sin fuelle, sin sangre en las venas. Para colmo de males, no tiene a un Churchill que sea capaz de aglutinar a la nación en torno a la sangre, al sudor y las lágrimas.

Churchill viaja de nuevo a Francia. No sabe qué hacer para que sus aliados reaccionen. Va a poner toda su pasión, su verbo encendido, su capacidad de persuasión en la tarea, pero el derrotismo anida en los corazones franceses. En la última reunión con Reynaud, con el mariscal Pétain, de 85 años y héroe de Verdún, con el general Weygand y con De Gaulle, insiste una y otra vez en torno a la mesa del gabinete de guerra: deben seguir combatiendo cualquiera que sea el costo. El general Weygand se justifica: «Nuestras tropas combaten día y noche, no tienen comida y están dominadas por el sueño. Hay que sacudirles el cuerpo por la mañana para que abran fuego. Me he quedado sin esperanza. No puedo intervenir porque no cuento con reservas. *C'est la dislocation*», dice mirando a Churchill. Pétain no pronuncia palabra, De Gaulle fuma un cigarrillo tras otro, el primer ministro Reynaud sacude la cabeza nerviosamente. Las huellas de las cadenas de los tanques han roto algo más que sus líneas de defensa y sus aldeas o sus cinco millones de hombres en uniforme: han roto su voluntad de lucha.

Al día siguiente, Churchill vuela de nuevo a Francia, esta vez a Tours, donde se ha refugiado el Gobierno. El Flamingo de Churchill tiene que sortear los cráteres causados en el aeropuerto de la ciudad por las bombas alemanas. No ha venido nadie a recogerle. Si su visión de París ha sido la de una ciudad semivacía, fúnebre, como a la espera de la muerte, sin circulación en las calles, Tours se le aparece mortecina y derrotada de antemano. Churchill no se deja impresionar por las circunstancias: va a poner de nuevo sus argumentos sobre la mesa de la prefectura de Tours. Hay que resistir, hay que recurrir a la guerra de guerrillas, hay que mantener del lado aliado las colonias norteafricanas de Francia.

Churchill quiere a Francia. Entona un *mea culpa*: «No puedo olvidar que, con sus 48 millones de habitantes, Gran Bretaña no ha sido capaz de ayudar más a Francia en su lucha contra Alemania; 9 décimas partes de la carnicería, el 99% del sufrimiento, ha caído sohre Francia y sólo sobre Francia». El jefe del gabinete del primer ministro,

lord Ismay, explicaría más tarde el estado de ánimo de Churchill: «Su amor por Francia y el pueblo francés eran auténticos. Por eso se sentía triste, porque no pudiéramos ayudar más». Weygand reconoce que el fin está ya cerca. Después de una larga pausa, Churchill habla así: «Si pensáis que en medio de la agonía de Francia lo mejor es que su ejército capitule, hacedlo, a nosotros nos trae sin cuidado vuestra rendición, porque estamos decididos a combatir hasta el final. *Forever, and euer, and ever»*. Al salir, Churchill se encuentra con De Gaulle apoyado en la jamba de la puerta. *«L'homme du destín»* (el hombre del destino), De Gaulle, no pestañea, frío como un témpano.

Cuando Churchill vuelve al aeropuerto de Tours, los Hurricanes que lo escoltan calientan motores. El primer ministro se duerme con un antifaz en los ojos. Al aterrizar en Londres, uno de los pilotos de los Hurricanes, Tony Bartley, ve cómo un mecánico abre la caja de los paracaídas donde guarda unas botellas de coñac francés. Churchill, según cuentan Jack Levine y John Lord en *The valiant years*, se lleva la mano al bolso de su abrigo y saca una botella de coñac francés: «He tenido la misma idea». El viaje no ha sido en balde. Al día siguiente, los alemanes entran en París.

Con su proverbial tenacidad, Winston Churchill intenta 48 horas después una oferta sin igual en la historia, nada menos que una declaración de unión con Francia. Francia y el Reino Unido serían una sola nación, la Unión en Armas sugerida por uno de los padres de Europa, Jean Monnet, un sólo pueblo bajo una misma constitución y un gabinete de guerra. Es demasiado tarde, aunque la oferta no puede ser más generosa. Weygand dimite y le sucede el mariscal Henri Philippe Omer Pétain, el soldado más considerado de Francia después de Foch en la I Guerra. Pétain, a quien De Gaulle, que sirvió en su regimiento durante la 1ª Guerra, conmutaría la sentencia de muerte después del conflicto por la de cadena perpetua en una isla de Atlántico, la isla de Yeu, donde murió en 1951 a los 95 años, rechaza la oferta de unión: «*Sería como fundirse con un cadáver*». Weygand expresa su punto de vista profesional: «*A Inglaterra le retorcerán el cuello como a una gallina*». Ese es el espíritu de los dirigentes franceses. El historiador Marc Bloch señala que la velocidad y la inteligencia están de la parte alemana. Es un veredicto no sólo sobre el ejército, sino sobre el sistema francés. «Interpretamos la guerra en términos de lanzas contra rifles, como en nuestras guerras coloniales. Ahora los salvajes éramos nosotros», escribe Bloch en *La extraña derrota*.

Churchill se va a los micrófonos de la
BBC
, la radio oficial británica, para resumir una situación que no puede

ser más desesperada: «Las noticias que nos llegan de Francia son muy malas. Nos hemos quedado como unos campeones en armas para defender la causa del mundo libre. Haremos todo lo que podamos para cumplir con tan alto honor». Desde Burdeos, el último refugio del Gobierno francés, sale hacia París una comitiva de diez coches con la bandera blanca de la rendición. La reunión con los conquistadores alemanes se celebra a las cinco de la tarde, hora del verano en Alemania. Los alemanes están eufóricos: en 10 meses han conquistado siete naciones.

Ahora es el mariscal Pétain, que se encontraba en Madrid meses antes como embajador de Francia, quien es llamado a suceder a Reynaud, y habla así por la radio: «Es inútil continuar luchando contra un enemigo muy superior en número y armamento. Con el ánimo embargado por el dolor, os digo que debemos cesar la lucha. He preguntado a nuestro adversario si está dispuesto a firmar con nosotros, como se hace entre soldados después de la lucha y poniendo a salvo el honor, un documento que termine con las hostilidades». Pétain, el *defaitiste* (el derrotista), se rinde sin conocer siquiera las condiciones del armisticio. Se refugia en su reino de Vichy, junto a las fuentes del agua mineral, para poner en pie un Estado fascista que colaboraría de principio a fin con el enemigo. Entre los jóvenes que se hallan a su lado figura uno que con el tiempo se hará famoso en Francia: François Mitterrand, admirador del anciano mariscal.

Pétain, mujeriego y comilón, a quien sus «negros» le escribían los libros, se convierte en el más popular dirigente de Francia después de Napoleón. «Francia es Pétain y Pétain es Francia», se dice. De Gaulle sería el único que se negase a escribir un libro para que lo firmara el mariscal. Ocurrió en 1934 y Pétain no se lo perdonaría nunca. La encuesta de un diario de París en 1935 lo deja claro. Al ser preguntados sobre a quién desearían tener como dictador, Pétain figura en primer lugar y Laval (a quien nombraría más tarde presidente del Gobierno) en segundo lugar. Dicen que cada país tiene los dirigentes que se merece. Franco recomendó a Pétain, embajador en Madrid, que no viajara a París: «No vaya, mariscal. Usted es el símbolo de Verdún, de la Francia victoriosa. No una su nombre a lo que otros perdieron».

La venganza era un plato que Hitler servía helado. Los franceses tenían una vergonzosa cita en un bosque situado a unos 70 kilómetros de París, en Compiegne. Durante 22 años habían estacionado allí un vagón de tren. Conservaba la mesa en la que en 1918 el mariscal Foch recibió la capitulación de los ejércitos del Káiser. Hitler nunca despreciaba la puesta en escena. Lejos de ser generoso en la victoria,

el cabo de infantería de 1918, a quien los gases asfixiantes dejaron ciego durante un tiempo, había acariciado durante años aquel momento. Volvía atrás una página negra de la historia alemana para que el vencedor de entonces hincara ahora la rodilla. Lo hizo al son del himno alemán, el *Deutschland über alles* (Alemania por encima de todo).

A las 3.15 de la tarde del 23 de junio, Hitler descendió de su Mercedes. Había un rictus de desprecio en sus labios cuando llegó al bosque de Compiegne con la Cruz de Hierro bajo el bolsillo izquierdo superior de su guerrera. Le seguía el mariscal Goering, que apretaba con satisfacción el mango de su bastón de mariscal cubierto de finas piedras. Hitler tomó asiento en el mismo sillón que ocupó el mariscal Foch en el vagón de la derrota alemana. Los oficiales franceses, presididos por el general Hutzinger, entraron en el vagón. El general Keitel leyó las condiciones del armisticio. Hitler sonrió antes de salir bruscamente del tren tras alzar el brazo hacia el techo frente a la humillada delegación francesa. Francia cayó en treinta y cinco días.

Cuarenta y ocho horas después de haber asistido a la ceremonia del bosque de Compiegne, Hitler cumplía otro de los grandes sueños de su vida. Ante la cripta central de los Inválidos de París, contempló en silencio el sarcófago que contiene los restos de Napoleón Bonaparte. Churchill sufría mientras tanto un acceso de furia y melancolía en su despacho de guerra de Londres. «¿Qué hacen los franceses? ¿Qué piensan? Los conozco a todos, conozco al viejo Pétain, siempre ha sido un derrotista. Conozco al almirante Darían que tanto hizo por la Armada francesa, conozco a Reynaud». Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. El «León británico» lloraba. «Perdone», se disculpó con Michel Saint Denis, que almorzaba con él.

Tras la conquista de Francia, el ministro de Armamento, Albert Speer, se convenció de que Hitler «era ya una de las grandes figuras de la historia alemana». «No dejaba de llamarme la atención, sin embargo —escribe Speer en sus *Memorias*—, la apatía que advertía en la gente a pesar de tan impresionantes triunfos. La autoestima de Hitler subía puntos. Había encontrado un nuevo argumento para sus monólogos en la mesa», señala Speer. «La I Guerra Mundial —contaba Hitler— se perdió por las diferencias entre la dirección política y militar. Los partidos políticos minaban la unidad de la nación. Por razones de protocolo, príncipes incompetentes de lascasas reinantes debían ser comandantes en jefe de sus ejércitos; se supone que debían ganar laureles militares para incrementar la gloria de sus dinastías». La Alemania de ahora, según el *Führer*, estaba unida política y militarmente. Los comandantes de los ejércitos se elegían entre los

oficiales mejor preparados sin tener en cuenta su origen, los privilegios de la nobleza se habían abolido, la política, las fuerzas armadas y la nación estaban unidos. Hitler se apuntó el éxito de la campaña en el Oeste.

Poco después de que terminara la campaña de Francia y se firmara el armisticio negociado por el embajador español, el bilbaíno y filonazi José Félix de Lequerica, que tan duras condiciones imponía a los franceses, Albert Speer recibió una llamada telefónica del ayudante de Hitler. El *Führer* le invitaba a pasar unos días en su cuartel general provisional situado cerca de Sedán, en una aldea cuyos habitantes habían sido desalojados de allí. «Me recibió —escribió Speer— con el mejor de los humores. “Dentro de unos días —me dijo— volaremos a París. Quiero que me acompañe. Breker y Girsser vendrán también con nosotros”. Me sorprendió que el vencedor se hiciera acompañar de 3 artistas en su entrada a la capital francesa».

Una división de Infantería del IV Ejército fue la primera en entrar en París. Lo hizo por la Puerta Maillot y rodeando el Arco del Triunfo para dirigirse hacia la Plaza de la Concordia y ocupar los cuarteles abandonados. A los parisienses les llamó la atención que los alemanes arrastrasen sus cañones con caballos. Ni un solo carro de combate a la vista. Había cafés abiertos, lo mismo que dos o tres cines de los Campos Elíseos, en uno de los cuales se proyectaba la película norteamericana *No te la llevarás contigo*. La radio, ya confiscada, difundía el *Deutschland über alies* y el *Horst WesselLied*. El reloj de la estación de San Lázaro fue inmovilizado por una mano desconocida a las 7.10. La bandera tricolor de Francia ondeaba sobre la Torre Eiffel. Los primeros soldados alemanes que subieron a ella la arriaron del mástil y se la quedaron como recuerdo. Pronto estaría todo París anegado de esvásticas. Pero Hitler no le quería dar a su entrada en París un tono belicoso y triunfalista. Ni siquiera se ofrecería un desfile de la victoria: temía que la aviación británica bombardease la parada militar.

El armisticio, el único que Hitler concedió a los países conquistados por las armas en tan poco tiempo, entraba en vigor a la 1.35 de la mañana del 25 de junio de 1940. En esa noche, Hitler se reunió con un grupo de ministros y consejeros en torno a una mesa sencilla en una casa campesina. Poco antes de la 1.35 ordenó que apagaran la luz y abrieran las ventanas. «Nos sumimos en la oscuridad en silencio —cuenta Speer—, conmovidos por el hecho de vivir un momento histórico al lado de quien lo había creado. Fuera, un corneta tocó la señal del fin del combate. Una tormenta se anunciaba en la distancia porque, como en una mala novela, ráfagas de luz

relampaguearon en la habitación a oscuras. Alguien, dominado por la emoción, se sonó la nariz. Fue entonces cuando se escuchó la voz de Hitler suave y nada enfática: “Esta responsabilidad…”. Pocos minutos después, ordenó: “Enciendan la luz”. La trivial conversación siguió su curso, aunque para mí fue un raro momento. Por primera vez había visto a Hitler como un ser humano».

París era su sueño. Era, lo recordaba Hitler una y otra vez, la ciudad que le fascinó desde sus años mozos. Había estudiado a fondo sus planos y fotografías. Lo que quería ver era la Opera, su edificio neobarroco preferido. La visita a la Opera fue un éxtasis. Se hallaba desierta y se iluminó como para una noche de gala. Cerca del proscenio, Hitler echó en falta uno de los salones. El guía le confirmó que, en efecto, ese salón que Hitler conocía a través de los planos se había eliminado en una renovación del edificio llevada a cabo hacía unos años. «*Como ven* —dijo el canciller alemán y vencedor de París a sus acompañantes—, *sé de lo que hablo*». Al terminar la visita, Hitler hizo un gesto al coronel Speidel, jefe de las autoridades militares de ocupación (más tarde conspirador contra Hitler y, en 1957, comandante en jefe de la
OTAN
), y a su ayudante Bruckner. Este sacó un billete de 50 marcos de su bolsillo y se lo tendió al guía. De forma cortés pero firme, el cicerone se negó a aceptar dinero. Hitler lo intentó por segunda vez y el guía se negó de nuevo. «*Sólo he cumplido con mi deber*», le dijo al artista Becker. Los Campos Elíseos, el Trocadero, la Torre Eiffel, el Arco del Triunfo, la Tumba del Soldado Desconocido, los Inválidos y el Panteón, que le impresionó sobremanera, fueron los puntos del recorrido. No demostró demasiado interés en algunas de las primeras obras arquitectónicas de París como la Plaza de los Vosgos, el Louvre o el Palacio de Justicia. «*Volvió a animarse otra vez* —anota Speer, testigo de la visita— *cuando llegó a la calle de Rivoli*».

La iglesia del Sagrado Corazón en Montmartre, la romántica, insípida imitación de iglesias medievales, fue el final de la visita. «*Una elección sorprendente, incluso para el gusto de Hitler*», escribe su ministro de Armamento. A las 9 de la mañana, Hitler volvió al aeropuerto de Le Bourget. «*Ver París ha sido el sueño de mi vida* —aseguró a su comitiva—. *Me siento muy feliz al haber podido realizar hoy ese sueño*». Albert Speer sintió por él «*algo parecido a la compasión*». Tres horas en París en el cénit de sus triunfos, la única y última vez que visitó la ciudad, bastaron para hacerle feliz.

Hitler entraba y De Gaulle salía. Poco tenía que hacer «el hombre del destino» en Burdeos, ciudad degradada, dominada por los

pistoleros de Laval, mordida por la derrota y por los partidarios del armisticio con los nazis. Los regimientos franceses se habían disuelto. Los hombres enarbolaban la bandera blanca y abandonaban la línea de fuego. El 17 de junio, un pequeño avión despegaba clandestinamente para sobrevolar puertos en llamas (Gran Bretaña estaba devorada por los incendios), hacía escala en Jersey (Inglaterra) y aterrizaba en Croydon. Uno de sus pasajeros, el general De Gaulle, llegaba a Londres para cumplir la promesa que se hizo en las llanuras del Aisne: luchar hasta el final.

A De Gaulle, que venía de la guerra y de sus desastres, le chocó la tranquilidad, la inconsciencia en la que vivía Gran Bretaña. Esas mismas playas amenazadas por la invasión alemana aparecían repletas de bañistas. «Al llegar de la Francia crucificada, le llamó la atención la serenidad londinense, con sus parques llenos de paseantes, los porteros engalanados de los clubes», escribe Cartier. Pero el corazón de las naciones es complejo como el corazón de los hombres. La indiferencia de la fachada escondía una profunda preocupación.

El general De Gaulle visitó a Churchill en Downing Street. Tomaron el té en el jardín. De Gaulle explicó al primer ministro que había llegado para continuar la lucha al lado de los ingleses: lanzaba un llamamiento a los franceses para que se unieran a la Francia libre, a la Cruz de Lorena. Cuando De Gaulle se dirigía a la British Broadcasting Corporation, Churchill se volvió al general Spears, que acompañaba a De Gaulle en su viaje desde Francia, y le dijo enfadado: «¿Por qué me ha traído a este general desconocido? ¿Qué quieren que haga con él? ¿Por qué no han elegido a un político conocido que pueda arrastrar a los franceses, un nombre, un apellido…?».

Más o menos por esas mismas horas, Hitler le explicaba a Albert Speer alguno de sus secretos: «He leído una y otra vez el libro del coronel De Gaulle sobre la guerra moderna con el empleo de unidades mecanizadas y he aprendido mucho de él. ¿Dónde estará el coronel De Gaulle?». Era ya general. El 18 de junio lanzó su primer llamamiento a través de las ondas de la emisora oficial británica. En contra de lo que luego se dijo, no fue entonces cuando pronunció la frase que días después aparecería en los carteles de los muros de Londres: «*Francia ha perdido una batalla, pero no ha perdido la guerra*». La voz de De Gaulle era fría, el tono neutro y desapasionado. Entre los heridos y los fugitivos, esa voz suscitó más ironía y hostilidad, recuerda Cartier, que simpatía y aprobación. Todavía resonaba en sus corazones el acento patético de la víspera en la voz del anciano Pétain: «Hago a Francia el don de mi persona para atenuar su desgracia».

Al día siguiente, el embajador español Lequerica despertaba al

ministro de Asuntos Exteriores como Paul Baudouin había despertado al embajador español la madrugada del 17 de junio para pedir su intervención. Según el mediador y futuro embajador de Franco en las Naciones Unidas, el Gobierno alemán se mostraba dispuesto a dar a conocer sus condiciones para un cese el fuego.

Francia perdió la guerra, según De Gaulle, «1º, porque nuestro sistema militar no poseía una fuerza mecanizada ni del aire ni de tierra; 2º, porque el pánico paralizó a nuestra población civil cuando se produjo el avance de las unidades mecanizadas alemanas; 3º, por el efecto tangible que produjeron las actividades quintacolumnistas en muchos de nuestros dirigentes (de esa quinta columna habló el general Emilio Mola cuando, al acercarse con 4 columnas a Madrid, afirmó que contaba en el interior con una quinta); y 4º, por la falta de coordinación entre nosotros y nuestros aliados». El historiador Marc Bloch lo expresó con menos palabras: «Por la increíble incompetencia de sus altos mandos».

En una de sus cóleras homéricas, Churchill llamó a De Gaulle «un oscuro subsecretario de Estado». Pronto se daría cuenta de que aun no siendo santo de su devoción, era algo más que eso. «Pase lo que pase, la llama de la resistencia francesa no debe extinguirse y no se extinguirá», anunciaba a través de la
BBC
, cuando su mujer, que se encontraba en Colombey-Les-Deux-Eglises, la residencia de la familia De Gaulle, recibía un telegrama que decía: «Yvonne, toda la familia debe dirigirse a Carantec a la cabecera de la tía María, enferma». Yvonne De Gaulle no tenía la costumbre de discutir las órdenes de su marido. Cuando llegaron a Carantec, en Bretaña, encontraron a la tía María en perfecto estado de salud. Pero De Gaulle no quería dejar a su mujer y a sus hijos como rehenes en la Francia ocupada por los alemanes. Antes de volar a Londres en compañía del general Spears, obtendría cinco pasaportes.

Un carguero inglés zarpaba del puerto de Brest a las 13.20; otro, de bandera polaca, partía a las 21.00 horas. Yvonne De Gaulle decidió tomar el primero. En un coche pequeño, la señora De Gaulle salió con tiempo de Carantec acompañada de sus 3 hijos y de la gobernanta. Tan sólo llevaba consigo un capacho negro que contenía los pasaportes para entrar en Gran Bretaña. A pocos kilómetros del puerto, el coche sufrió una grave avería que lograron reparar al cabo de varias horas. Al llegar a Brest, el carguero inglés hacía tiempo que había zarpado. Debieron esperar, por tanto, a que levara anclas el barco polaco. Fue una avería providencial, porque el barco inglés nunca llegó a puerto. Torpedeado en las costas de Francia, se fue al

fondo en un santiamén. Cuando, a las 21.00 horas del 18 de junio, la familia salía de Brest hacia Inglaterra, De Gaulle lanzaba al aire su llamamiento: «Pase lo que pase, la llama de la resistencia francesa…». El capitán Xavier De Gaulle, hermano del general, no llegó a escuchar la voz salvadora de la BBC. Al llegar a la casa de su madre en Paimont, vio encorajinado cómo las tropas alemanas habían ocupado el pueblo. Un campesino entró con sigilo en la casa. Traía noticias frescas:

> —Parece que no todo ha terminado. Un general francés ha hablado en la radio inglesa.
>
> —¿Weygand? —preguntó una anciana que se aferraba al brazo del cura párroco.
>
> —No, se llama De Gaulle.
>
> —Dios mío —respondió la anciana—, es mi hijo. Espero que no se haya equivocado.

El 18 de junio de 1940, Charles De Gaulle entró en la historia. Al día siguiente, Yvonne De Gaulle desembarcó con su familia en Falmouth. El cuartel general de los franceses libres estaba situado en Carlston-Garden. Churchill encontró una casa en el condado de Sussex para la familia. Los médicos le recetaron a De Gaulle un abundante consumo de leche. Cuando se dio cuenta de que Yvonne había comprado la leche en el mercado negro, le reprendió con su impresionante mirada: «¿De dónde la has traído, Yvonne?». A partir de ese día, no hubo leche en la mesa de los De Gaulle. El general no quería privilegios. En mayo, Churchill se dirigió por radio a los suyos: «Nos batiremos en las calles, en las casas…». Al terminar su discurso, tomó del brazo al arzobispo de Canterbury y le dijo mientras tapaba el micrófono con la otra mano: «Y con botellas de cerveza, que es todo lo que nos queda».

DUNQUERQUE, LA EVACUACIÓN

El puerto de Dunquerque era la última vía de salida para los cientos de miles de soldados británicos y franceses rodeados por todas partes salvo por el mar. ¿Llegarían a tiempo para ser rescatados por la Armada de los Mosquitos, la flota más extraña que recuerda la historia de la navegación? Si los taxistas de París trasladaron al Marne los refuerzos necesarios durante la Gran Guerra, esta heteróclita flotilla de yates privados, barcos de bomberos y para turistas del Támesis,

chalupas de Southampton, remolcadores, atuneros, mercantes, vapores de ruedas, goletas holandesas, balandros, transbordadores, motoras y botes salvavidas atendió a la llamada de las fuerzas copadas en el continente.

Cuando todo se desplomaba a su alrededor, al jefe del Cuerpo Expedicionario Británico sólo le quedaba Dunquerque. Era la «operación Dinamo». Todos esos barcos de fortuna estaban dispuestos —afirma Churchill— a «navegar hacia Dunquerque y hacia el querido ejército». O sea, el Cuerpo Expedicionario Británico de Gort, todo el I Ejército Francés con unidades del VII, IX y X, fuerzas polacas y belgas y hasta republicanos españoles que servían en las filas francesas. El mariscal Goering pidió a Hitler que dejara en sus manos la destrucción de esos ejércitos concentrados en la bolsa de Dunquerque. Von Rundstedt, cumplido su plan, se había atenido a la espera de nuevas órdenes. ¿Por qué Hitler no asestó el golpe de gracia a las fuerzas aliadas en Dunquerque? Es este un misterio que aún sobrevuela la historia.

Dunquerque en llamas. Los ingleses abrieron las compuertas de los canales que rodeaban la ciudad para retrasar la acometida alemana. La Luftwaffe hizo añicos los muelles. Dunquerque fue «un milagro de salvamento» para Churchill y una «maravilla de 9 días» para John Masefield. Desde los acantilados de Dover, el vicealmirante Ramsay demostró su talento para la improvisación. En las playas bombardeadas, en medio del humo de los incendios, los hombres se caían a pedazos, se subían como autómatas a las barcas y a las lanchas que les llevarían a los barcos de mayor calado y a los destructores. Los aliados abrieron un impresionante fuego de barrera para proteger la retirada. La rada de Dunquerque se llenó de proas de buques hundidos y desventurados con la proa al cielo.

De los 693 barcos de todo tonelaje que tomaron parte en la evacuación, 226 fueron hundidos por la artillería y la aviación alemanas, entre ellos seis destructores. Pero la noria de la salvación no se interrumpió durante 9 días. Los hombres, molidos de cansancio y con el agua hasta la cintura, esperaban su turno en las playas para subir a los botes. Parecían ausentes. Apenas reparaban en el vuelo rasante de los aviones de la Luftwaffe. Pero la mar es la vieja aliada de Inglaterra: no se movía ni una ola. La aviación británica vio llegado el momento de responder a los Stukas de Goering. De la aurora al crepúsculo, 16 escuadrillas embistieron a cara de perro a los alemanes. Goering perdió 262 aparatos; los ingleses, 130. El Canal de la Mancha se convirtió en una insuperable defensa antitanques. Las cortinas de humo que cubrían Dunquerque fueron la mejor pantalla

antiaérea. Sobre los muelles flotaban los cadáveres, los restos de los barcos hundidos.

Mientras los soldados avanzaban hacia los barcos, enterraban en las dunas sus equipos, sus ametralladoras, sus pistolas y sus morteros, liberaban a sus caballos o disponían en las escolleras los últimos pozos de tirador y puestos de ametralladora. El 2 de junio, los últimos soldados del Cuerpo Expedicionario abandonaron territorio francés. La salida del puerto era dificultosa: se había producido un monumental atasco en el mar. Poco a poco, los soldados, extenuados tras una semana de duros combates, se abrieron camino. Los últimos barcos levaron anclas. Hubo soldados que se quedaron en tierra. Las órdenes del Almirantazgo eran estrictas: todas las operaciones deberán cesar a las 3.30 horas. El general francés Allaurent llegó tarde con sus hombres. Sólo le quedó descargar un taconazo sobre la arena y saludar militarmente a la flotilla que se alejaba. Era la libertad la que se iba hacia Dover. No importó; la lucha seguía. Los alemanes se encontraban a 3 kilómetros del puerto. La «operación Dinamo» terminó con un inesperado éxito: el Almirantazgo contaba con evacuar a 45.000 soldados y terminó salvando a 340.000 británicos y a 120.000 franceses y belgas.

El 4 de junio, los alemanes entraron en la ciudad e hicieron 40.000 prisioneros, los últimos de Dunquerque. Fue una lástima que sobraran 10.000 plazas en barcos que nunca fueron cubiertas. Los soldados aliados llegaron al otro lado sucios, con sus uniformes cubiertos de sangre y gasóleo, heridos, hambrientos, mareados y alucinados, pero vivos. El anábasis por mar había merecido la pena. En Berlín, Hitler hizo que sonaran las campanas del Tercer Reich cuando aquel martes 4 de junio a las 2.23, un día soleado, el Almirantazgo dio por terminada la «operación Dinamo». Hitler habló de la mayor batalla jamás librada en la historia del mundo. En 29 días había conquistado la mitad del continente. Las viejas capitales de Europa cayeron en la oscuridad de la esvástica, todas salvo una. Hitler anunció sin exagerar que había destruido 75 divisiones y matado o capturado a 1.200.000 soldados enemigos. En cambio, sus pérdidas habían sido ligeras, tan sólo 10.255 muertos, 42.523 heridos y 8.643 desaparecidos. Churchill advirtió sobre el peligro de atribuirle el sentido de una victoria a lo que era una operación de salvamento como la de Dunquerque. «Las guerras —advirtió— no se ganan con evacuaciones». Para los alemanes fue una victoria sin rematar; para los ingleses, una victoria moral.

El capitán Read consiguió llevar hasta puerto inglés su destartalada embarcación cargada de soldados. Uno de sus pasajeros murió en la

travesía. Sobre las dunas de Dunquerque, en un paréntesis de los combates entre la ligera brisa de la mañana, habían recibido la absolución general de un capellán castrense. Read lanzó al mar el cuerpo del soldado muerto a bordo y, al guardar su macuto, reparó en que llevaba una botella en el interior. Era whisky. «Nos la bebimos mis compañeros y yo. Qué otra cosa podíamos hacer después de aquellos días de tensión. Cuando llegué a casa, mi mujer me pregunto: "¿Borracho o cansado?". "Las dos cosas —respondí—. Querida, estamos en las manos de Dios"».

Winston Churchill siempre tenía a punto una respuesta épica: «Llegaremos hasta el Final, lucharemos en Francia, en los mares y en los océanos, lucharemos con creciente confianza y fuerza en el aire, defenderemos nuestra isla, cualquiera que sea el precio que haya que pagar, lucharemos en las playas y en los desembarcaderos, lucharemos en los campos y en las calles, lucharemos en los montes, no nos rendiremos jamás. Incluso en el caso, yo no lo creo, de que estas islas o una gran parte de ellas llegaran a ser conquistadas, entonces nuestro imperio de más allá de los mares, armado y protegido por la flota británica, seguirá la lucha hasta que Dios quiera. El Nuevo Mundo, con todo su poder y con todas sus fuerzas, dará un paso adelante para rescatar al Viejo Mundo». Era algo más que una premonición. Desde el despacho oval de la Casa Blanca, el presidente Roosevelt seguía con creciente preocupación el paseo militar de Hitler por los campos de media Europa.

Sólo quedaban Londres, Inglaterra y las reservas al otro lado del Atlántico. De los 9 días críticos de la evacuación en Dunquerque, el general Spears escribirá en sus memorias de guerra *Carnés del 40:* «Weygand y el Estado Mayor francés vivían en pleno delirio, me recordaban a un tubo vacío de pasta dentífrica».

Dunquerque fue uno de los grandes errores de Hitler, al que seguiría esa batalla de Inglaterra que echaría por tierra el plan de invasión de las islas, la «operación León Marino». ¿Cómo pudo dejar escapar a cerca de cuatrocientos mil soldados que, cuatro años más tarde, se volverían contra él a partir del desembarco de Normandía, el día más largo? A Hitler, de carácter supersticioso, le inquietaban los éxitos fulminantes. Le iban demasiado bien las cosas; temía un contratiempo. Por eso le asustó el rápido avance de los blindados de Guderian y le pidió un alto en el camino. La «operación Dinamo» fue heroica; el resultado, óptimo, pero en gran parte se debió a la vacilación de Hitler. De haber ordenado un empujón final a los grupos de *panzer* de Kleist, hubiera roto la línea del canal y capturado intacto a gran parte del

BEF
, el Cuerpo Expedicionario Británico.

El 24 de mayo, Hitler visitó a von Rundstedt en los cuarteles generales del Grupo de Ejército A para consultarle: ¿No sería mejor conservar los blindados para la próxima batalla en la Línea Weygand? Rundstedt estaba de acuerdo. Bastaría con la aviación de Goering para desbaratar la cabeza de playa de Dunquerque. Ese período de gracia fue una decisión fatal de Hitler. Ni siquiera envió a sus submarinos para ayudar a la Luftwaffe. A pesar del caos y la desorganización en los primeros días de la retirada y de la inferioridad de los cazas ingleses, todo discurrió con pie derecho. Hizo un tiempo excepcional, de mar en calma. La ansiedad de Hitler por éxitos tan espectaculares quedó reflejada en el diario del jefe del Estado Mayor, Halder: «17 de mayo, día desagradable. El *Führer* está muy nervioso. Espantado por su éxito, teme los riesgos innecesarios y tiende a frenarnos».

También von Rundstedt se equivocó en su diagnóstico. No sólo no era el momento de parar, sino el de acelerar la embestida, pero no lo entendió así. De temperamento calculador y autocrítico, el jefe del Grupo de Ejércitos A le recomendó a Hitler un poco de paciencia: temía los contraataques que pudieran venir del Norte y del Sur, sobre todo del Sur. Hitler acudió al cuartel general de von Rundstedt en Charleville, cerca de Sedán, más con la idea de que el jefe del Ejército A le diera pie para confirmar sus reservas o sus temores que para buscar un consejo objetivo. Antes de viajar aquel 24 de mayo, había tomado ya la decisión de echar el freno y dilatar las operaciones. Impaciente en tantas otras ocasiones, Hitler elegía ahora la ponderación ante el asombro de algunos de sus generales. Era un reflejo de la I Guerra Mundial. Como suboficial de Infantería, pensaba siempre en términos de soldado de tierra. También Jold y Keitel compartían sus escrúpulos: los blindados no podrían operar con facilidad en los terrenos pantanosos de Flandes. El general Warlimont, que se mantenía en estrecho contacto con el general Jold, negó que la iniciativa de frenar en seco el avance de los blindados hacia Dunquerque partiera de von Rundstedt: «Otro motivo me fue revelado por entonces. Goering habría intervenido para dar seguridades a Hitler, afirmando que su aviación terminaría la maniobra de cerco al cerrar desde el aire la fachada marítima de la bolsa de Dunquerque». «Yo creo —afirmaría Guderian— que fue la vanidad de Goering la que provocó esta fatídica determinación de Hitler».

¿Llegaron a influir los factores políticos en la decisión de Hitler? Así lo creía el general Blumentritt, jefe de Operaciones del Estado Mayor de von Rundstedt: «Después de la derrota esperaba firmar una

paz razonable con Francia e Inglaterra. Nos dejó a todos estupefactos al hablarnos de la admiración que sentía por el imperio británico. Nos hizo notar que había creado ese imperio por medios brutales, pero añadió que “no se hace una tortilla sin romper los huevos”. Luego, pasó a comparar a la Iglesia Católica con el imperio británico y dijo que eran los dos elementos esenciales de la estabilidad del mundo. Terminó diciendo que su objetivo era el de hacer la paz con Inglaterra sobre la base de un acuerdo que fuera compatible con el honor de los ingleses». De haber destruido al Cuerpo Expedicionario Británico en Dunquerque, ese acuerdo en el que pensaba Hitler hubiera sido inviable. Los generales saben que hay que dejar una vía de escape a un enemigo acorralado. En caso contrario, resistirá hasta la muerte. «Hay elementos en *Mein Kampf* (Mi lucha) que nos permiten adivinar —escribe Liddell Hart— amor y odio por Inglaterra en un carácter tan complejo como el de Hitler. Fue el único desfallecimiento, la única debilidad en un espíritu sin miramientos».

LA BATALLA DE INGLATERRA

Winston Churchill almuerza con Montgomery, futuro vizconde de El Alamein, en el hotel Royal Albion de Brighton, frente a un mar perezoso. La ciudad balneario apenas ha cambiado desde que un niño de 10 años apellidado Churchill jugaba alrededor del mismo quiosco en torno al cual una guardia de granaderos monta un dispositivo de seguridad con sacos de arena y ametralladoras. ¿Cuándo llegarán los alemanes?

El primer ministro ha metido en danza a todo el mundo: viaja, pregunta, responde, indaga, inventa, asegura, tranquiliza, da ánimos. Si el imperio durara mil años, ésta, según Churchill, sería su mejor hora. Para que, en el torpor del verano, los británicos no olviden el peligro que les acecha, y para que, de paso, los alemanes no olviden que el león todavía ruge, ordena a la Marina Real que emplace 2 viejos cañones sobre los acantilados de Dover. Se llaman *Winnie* y *Poohy* deben bombardear a través del canal; los sirvientes de las piezas informarán a la oficina del primer ministro cada vez que abran fuego. La primera vez que lo hacen, desde la batería de la Marina Real se informa al primer ministro:

—*Winnie* ha disparado hoy 3 salvas. Dos impactos directos.
—¿Impactos directos? ¿Dónde?
—Impactos directos sobre Francia.

Los ingleses no han perdido su sentido del humor.

Los teutones ultiman la «operación León Marino». «Esperamos un ataque desde el aire, con lanzamiento de paracaidistas —escribe el primer ministro a Roosevelt—. Nos preparamos para ese momento». Gran Bretaña se moviliza. Las ciudades y los pueblos bullen en desfiles, estudio de mapas, maniobras y preparativos. Los más viejos engrasan sus antiguos fusiles de la Gran Guerra para la *Seelowe*. ¿Lograrán los alemanes lo que no pudo Napoleón? Todas las armas serán necesarias, porque en su retirada de Dunquerque sólo han podido salvar 9 de 500 carros de combate y una docena de cañones del millar que llevaron al otro lado del canal. Gran Bretaña sólo dispone de 786 piezas de artillería de campaña, 167 cañones anticarro, 178 tanques ligeros y 181 carros de tipo medio. Cuenta con 11 divisiones incompletas y mal adiestradas a las que añaden de un plumazo las 12 divisiones evacuadas de Dunquerque: tras un merecido reposo, deben ser reequipadas en su totalidad. Medio millón de voluntarios bajo el mando de Ironside primero, y de Alan Brooke después, se alistan en la Home Guard, la guardia interior metropolitana: no dejarán que el enemigo establezca una cabeza de playa. «La batalla de Francia ha terminado —suspira Churchill—, va a empezar la batalla de Inglaterra».

Los voluntarios reúnen todo lo que sea capaz de disparar, porque todo será necesario para detener al león marino alemán, hasta los viejos Lee-Enfield. De los museos retiran las azagayas, los cuchillos, los *kukris* de los gurkas (esos hombres chaparros y duros del Nepal), los mosquetes del motín de Calcuta en 1857 y hasta las culebrinas de los piratas caribeños. También Churchill afina la puntería en su residencia de Chequers. Su guardaespaldas, el inspector Walter Thompson, explicará a John Lord y Levine cuáles son las armas del primer ministro: «No está nada dispuesto a que le cojan vivo. Su Colt 45 lo lleva siempre cargado. Dice que va a disparar todo el cargador salvo una bala, esa última bala se la reserva para él. Sus armas favoritas son un Mannlicher, una Webley 38 y el Colt 45, que es su preferido. Donde Churchill pone el ojo, pone la bala».

Los periódicos y las revistas, incluido el *Picture Post*, en el que trabajan veteranos de la Guerra Civil española, explican a los lectores las técnicas de la guerra de guerrillas, la mejor forma de cavar trincheras y de convertir las casas en fortalezas, la receta para fabricar un cóctel Molotov, una botella llena de gasolina con una mecha en el cuello: «Cuando el tanque se acerque, deberán prender fuego a la mecha y lanzar la botella sobre el monstruo de acero». Nacen en ciudades y aldeas talleres para la fabricación de armamento casero. La

inminente invasión pone a prueba la creatividad, la disciplina, el fervor y la habilidad manual de los ingleses. En las fábricas convencionales se labora día y noche: los obreros trabajan hasta que caen rendidos y dejan su puesto a un compañero.

Churchill se dirige al presidente Roosevelt para pedirle árnica. ¿No les sobran algunos rifles fuera de uso? Desde luego que sí. En 48 horas, Roosevelt ha reunido medio millón de fusiles, con 250 balas cada uno; 900 cañones de artillería de campaña, en su mayoría viejos 75 franceses; y 8.000 ametralladoras. Desde los arsenales del ejército norteamericano en Nueva Jersey cargan el material en los buques mercantes británicos. Churchill se lo agradece de todo corazón a Roosevelt: «Es un acto supremo de fe privarse de ese armamento con destino a un país que muchos daban ya por vencido».

ROOSEVELT

Franklin Delano Roosevelt, licenciado en Derecho por las universidades de Harvard y Columbia, ayudante en la Secretaría de Marina (1913-20), fracasado candidato a la vicepresidencia por el Partido Demócrata en 1920 y gobernador de Nueva York en 1928, fue el único presidente elegido por 4 mandatos. Después cambiaría la legislación. A Roosevelt, que sufrió en 1921 un agudo ataque de poliomielitis del que nunca se recuperaría del todo, le tocó apechugar con la más fea: la aguda depresión de los años treinta, el *crack* de la bolsa y el paro. Por medio del New Deal sacó adelante a un país sumido en la crisis más profunda. Alivió el desempleo con puestos de trabajo en las obras públicas, la construcción de puentes, presas y carreteras; concedió préstamos a la industria; se ganó la confianza de los hombres de negocios con la garantía de depósitos bancarios y dejó hacer a los sindicatos. Cuando Europa cayó en el totalitarismo, Roosevelt salvó la democracia en Estados Unidos. Fue «el arsenal de las democracias», frase de Jean Monnet, futuro constructor moral de la Europa unida de la posguerra, que el presidente hizo suya.

Durante los años 30 desarrolló la «neutralidad flexible». De temperamento aislacionista en una primera fase, más preocupado por resolver la crisis interna y atento a las encuestas de opinión que subrayaban esa tendencia aislacionista de Estados Unidos (América, lo primero), cambió de política poco a poco, especialmente con las leyes de Neutralidad de 1937 y 1939. «Toda la ayuda posible a los aliados, salvo la guerra» era su lema hasta la entrada estadounidense en el conflicto tras el bombardeo de Pearl Harbor por los japoneses el 7

diciembre 1941. Se reunió varias veces con Churchill a lo largo de la guerra. Los 2 estadistas se pusieron de acuerdo en un punto: la derrota de Hitler. Roosevelt, Churchill y Stalin se dieron cita en Teherán en 1943 y, de nuevo en Yalta, en 1945. Con sus charlas radiofónicasjunto al fuego, Roosevelt consiguió corregir la tendencia aislacionista. Alian Bullock dice de él que fue el más grande y el menos comprendido de los presidentes norteamericanos. Sus enemigos, y tenía muchos, le echaron en cara su condescendencia con Stalin en la reorganización del mapa mundial diseñado antes del fin de la guerra.

Creía, por encima de todo, en la superioridad moral y material de Estados Unidos, lo que no impidió que ayudara a su aliado principal, Gran Bretaña, en vísperas de la teórica invasión alemana. Frente a consejeros y militares que le urgían una mayor presencia en el teatro de operaciones del Pacífico, Roosevelt decidió que «Alemania viene antes». Su mayor contribución al esfuerzo de guerra consistió en amasar soldados y material en los distintos frentes de guerra. Contra la opinión del general Marshall, quien daría su nombre al plan para la Europa de la posguerra, y de otros consejeros, Roosevelt opinaba que era demasiado peligrosa una invasión de Europa en 1942 y 1943, y prefirió, de acuerdo con la opinión de Churchill, la conquista del norte de Africa, Sicilia e Italia. Trató a Churchill y a Gran Bretaña con el mayor tacto posible: consiguió con ellos una de las alianzas más armoniosas de la historia. Eligió a un comandante en jefe, Eisenhower, que sería uno de sus favoritos y que no haría sino profundizar en esa política de amistad y ayuda. Lo mismo sucedería con respecto a la China de Chiang Kai Chek y a los soviéticos, hacia los que se mostró mucho más comprensivo que Churchill.

Roosevelt fue el más político de los señores de la guerra mundial y un comunicador vivaz en sus conferencias de prensa y en sus charlas por radio junto a la chimenea del hogar, pero no un intelectual. Dejó a sus colaboradores que le escribieran los guiones, aunque siempre añadía algo de su cosecha, como la frase «a lo único que debemos tener miedo es al mismo miedo» en su toma de posesión presidencial (1934). Fue un improvisador nato que se adaptó a las circunstancias. Cuando le presentaban dos opciones distintas sobre un asunto determinado, el pragmático Roosevelt decidía, según Taylor, que lo mejor sería que pasasen a la habitación de al lado y se mezclasen las dos propuestas. Cuando decía «sí» significa que es sí en ese momento; era una forma de decir que no, que bueno, que ya veremos, a ver qué pasa.

Sólo a finales de los años 30, con la economía norteamericana en período de recuperación, saltó al ruedo de la política exterior. Las

circunstancias le forzaron a ello a partir de 1940. Porque en 1938, como recuerda
A. J.
P.
Taylor en su retrato del personaje en tiempos del compromiso de Munich, «se niega a dar señales de un compromiso o una sugerencia de apoyo a Francia o a Gran Bretaña». Incluso en 1939, aunque desaprobaba la política de Hitler, se libró de comprometerse con franceses y británicos. ¿Qué era lo que en realidad pretendía? Para unos, no sabía bien lo que iba a decidir llegado el momento; para otros, era un decidido partidario de la entrada en la guerra.

Durante cuatro meses, desde el final de la caída de Francia en junio de 1940 hasta el final de la batalla de Inglaterra, Roosevelt dudó de la capacidad de supervivencia de Gran Bretaña. Pero lo que más le importaba, según Taylor, autor de *Orígenes de la Segunda Guerra Mundial*, era que en caso de invasión Churchill dirigiera su escuadra al Nuevo Mundo. El primer ministro inglés no estuvo por la labor. A partir de 1941, Roosevelt dispuso, cada vez más, de mayor autonomía para enviar ayuda a Gran Bretaña, hasta llegar a la Ley de Préstamo y Arriendo. Dicen sus enemigos que Estados Unidos estaban decididos a combatir hasta el último inglés y hasta el último ruso.

El presidente, elegido en 1932 y reelegido en 1936, 1940 y 1944, un año antes de su muerte al lado de su amante, que era la secretaria de su mujer Eleanor Roosevelt (a la que Franco llamaba «machorra»), congenió con Churchill. Tenía, sin embargo, una pésima opinión sobre el colonialismo y el imperio británicos. Estaba más cerca de Stalin que de los imperios británico o francés. A través de sus cartas, que fue lo único que escribió —no dejó memorias ni libros de tesis—, se desprende que llegó a odiar al «arrogante». Charles De Gaulle más que al propio Hitler. ¿Era Roosevelt un hombre superficial? Así lo cree
A. J.
P.
Taylor en *Los señores de la guerra:* «Nunca dijo nada profundo, nunca expresó ideas profundas, ni siquiera sobre la guerra. Para él, la guerra era el resultado de la carestía de materias primas: se acabaría con ella con sólo redistribuir esas materias».

No cabe duda de que, con su forma de ser, con su estilo, huía de los formalismos y de las largas sesiones de análisis de la situación. Prefería las charlas con sus amigos junto al fuego. El presidente supo dirigir la guerra como comandante en jefe de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos. Desde diciembre de 1941 en adelante, no le quedó otro remedio que arrimar el hombro. Lograría por medio de la guerra

algo que deseaba como nada: la conversión de Estados Unidos en la primera potencia del mundo, en el gendarme del universo. ¿Hubiera discurrido el mundo por el mismo sendero de haber durado Roosevelt, amigo de Stalin, unos años más, hasta 1948, en la presidencia? Cambiaba con frecuencia de opinión, a veces según soplara el viento, pero nadie dudó nunca de que fuera el jefe, enigmático, pero dueño de una gran personalidad que llegó a confundir a Stalin. El humor del Zar Rojo y el del presidente de Estados Unidos no funcionaban en la misma longitud de onda. En una de sus entrevistas le dijo a Stalin: «¿Sabe que Churchill y yo le llamamos "tío Pepe" en privado?». Stalin se ofendió muchísimo y replicó: «¿Es esa la idea occidental del sentido del humor?». Era el mismo Stalin que preguntó cuántas divisiones tenía el Papa. También Roosevelt, anticolonialista pero partidario de que Estados Unidos conquistara el mundo por la vía económica, se hacía a veces una idea muy ingenua y peculiar de las circunstancias. Creía conocer Alemania porque la había recorrido en bicicleta cuando era joven, o le pedía a Stalin que fuera benévolo con Polonia «porque hay muchos votantes polacos en Estados Unidos, y tiene que presentarse a la reelección».

El hecho es que Churchill recibió su cargamento de fusiles, municiones, cañones y ametralladoras aunque debería pagarlo a precio de oro. Cuando los barcos llegaron a Liverpool, fueron recibidos como el maná. Las playas inglesas se cubrieron de minas, de sacos de arena, de puestos de ametralladoras… En Inglaterra, una nación en armas a la espera del enemigo, todo eran conjeturas sobre la fecha de la invasión; el portavoz de Mussolini, Virginio Gayda, aseguró que sería un viernes. «Es un día tan bueno como cualquier otro», respondió Churchill, que no dejaba de enviar una carta tras otra al presidente Roosevelt. Eran misivas llenas de un sentimentalismo romántico, épico. Todos estaban preparados, también Adolf Hitler, que en su mensaje de Navidad afirmaba, con sus legiones desparramadas del Artico al Mediterráneo: «Estamos preparados. 1941 completará el triunfo más grande de nuestra historia». George Orwell diría que «el culto al poder es la nueva religión de Europa».

La Home Guard (guardia metropolitana) estaba en su puesto de combate con los fusiles Springfield y Lee-Enfield de la Gran Guerra desembalados y a punto; las fábricas de aviones Spitfire, a pleno rendimiento. Se elevaron globos cautivos sobre los objetivos militares. Cuando faltó el aluminio para la fabricación de aviones, las amas de casa británicas hicieron entrega de sus pucheros y sus utensilios de cocina. Hasta se inventaron armas nuevas, de construcción casera. Pero el arma esencial la hemos visto expuesta en el Museo Imperial de

la Guerra de Londres: el radar. Watson Watt, del Laboratorio Nacional de Física, confirmó al Ministerio del Aire que contaba con un instrumento inventado por los alemanes, pero perfeccionado en sus laboratorios, que era capaz de detectar una aeronave lejos del alcance del ojo humano gracias a la reflexión de las ondas electromagnéticas sobre la ionosfera. Era la Radio Direction Finding, el radar. Gran Bretaña se rodeó de estos grandes centinelas metálicos que recogían en la pantalla cualquier movimiento de los aviones enemigos. Sin ellos no hubiera sido posible la victoria sobre la aviación de Goering.

Churchill se maravilló del tiempo de respiro que le dejó Hitler. No pudo minar o cubrir de obstáculos y alambradas los 800 kilómetros de playa en los que desembarcarían los invasores, los «hunos», como les llamaba el primer ministro, pero protegió 100 kilómetros de litoral. Lo que después ocurrió no tardaría en demostrar que Churchill se había preparado mejor para la defensa que Hitler para el ataque. ¿Qué esperaba? ¿Un mensaje de paz de Churchill? Conocía mal al primer ministro y a los ingleses. Como en Dunquerque, el canciller alemán dejó la tarea a la aviación. En la batalla de Polonia, que conquistó en 26 días; en la de Noruega, que le llevó 28; en la de Dinamarca, de sólo 24 horas; en la de Holanda, de 5 días; en la de Bélgica, durante 18 días; y en la de Francia, durante 35 días, Hitler tomó una parte muy activa. Estuvo pendiente de los detalles y siguió con pasión los movimientos de sus tropas, había elaborado planes y hablado con sus generales.

El 19 de julio, sus tropas desfilarían bajo el arco de Brandenburgo entre oriflamas y ovaciones. Nombró 12 nuevos mariscales. Sin embargo, se resistía, dijo, a seguir la guerra. Se mostraba generoso y ofrecía la rama de olivo a Winston Churchill. «En conciencia —dijo Hitler—, me siento en la necesidad de lanzar un nuevo llamamiento a la razón de Inglaterra. Creo que puedo hacerlo porque soy un vencedor. No veo ningún motivo para que esta lucha siga adelante. He liberado mi conciencia». Al día siguiente, el ministro de Exteriores, Halifax, respondió por *herr* Churchill: «*Alemania obtendrá la paz si evacúa todos los territorios que ha ocupado, si restaura todas las libertades que ha abatido y si da garantías sobre el porvenir*». Era un sopapo en pleno rostro. Hitler se retiró a su refugio de Berchtesgaden donde paseaba con Blondi, su perra loba, recorriendo el impresionante escenario de montañas. El hombre que tenía respuestas para todo dudaba, meditaba. ¿No sería mejor atacar a Rusia en lugar de a Inglaterra? Llamó a su refugio de las águilas al comandante en jefe de la Wehrmacht, Keitel, al que acababa de entregar el bastón de mariscal: «¿Cree, Keitel, que si atacamos a Rusia ahora mismo

podremos vencerla antes de que llegue el invierno?». «¿Quién puede oponerse o dudar de los designios del *Führer*?». Keitel, señaló Cartier, era un *ja-mann*, sólo sabía responder que sí a las preguntas de Hitler.

En el mes de julio había que trasladar las fuerzas desplegadas en el Oeste hacia el Este. Eso llevaría por lo menos 6 semanas. El almirante Raeder, reunido con Hitler y otros jefes militares, opinaba que no era el mejor momento para el desembarco en Inglaterra. Mayo y junio, los meses óptimos, ya habían pasado en el calendario. De pronto, el *Führer* entró de nuevo en estado de animación, se había quitado un peso de encima y tomado una decisión: abandonar momentáneamente a Inglaterra, que caerá tarde o temprano como una fruta madura, para concentrar su esfuerzo sobre Rusia. Al fin y al cabo, si Rusia caía, como esperaba, arrastraría a Inglaterra en su caída. Porque Hitler no calculaba que Estados Unidos fuera a entrar en guerra. Además, se podía rendir a Gran Bretaña por medio de la guerra aérea y submarina. Ya estaba decidido: Hitler enviaría 120 divisiones hacia Rusia y guardaría 60 en el Oeste.

¿Cómo una decisión de tanta trascendencia podía tomarse en unas horas y sin discusión previa? Era la forma de actuar de Hitler. Nadie abrió la boca en la reunión del 31 de julio. Dos días antes, el mariscal Brauchitsh le sugirió a Halder: «Debemos conservar la amistad con Rusia». Eran las viejas tesis de Bismarck. Los 2 callaron en el encuentro de Berghof, nadie discutía con Hitler. «Si un general se hubiera levantado para decirle a Hitler que desaprobaba alguna de sus ideas, no sólo hubiera sido fusilado, sino que yo lo hubiera tomado por loco», escribió Halder. Había generales de la Wehrmacht como Jodl, tan próximo a Hitler que consideraban azarosa la invasión de las islas británicas. Tan sólo Julio César lo consiguió: sugería a cambio la conquista de Gibraltar, el cierre del Mediterráneo, la ocupación de las Islas Canarias y las Azores, el envío de blindados a Libia para ayudar a los italianos en la conquista de Suez. Era, en suma, el plan Mediterráneo. Hitler no quiso más dilaciones. Vivía obsesionado con Rusia.

Para poner en marcha la «operación León Marino» —la invasión de Inglaterra—, era necesario que antes su fuerza aérea destrozase a la aviación inglesa, la RAF (Real Fuerza Aérea), en tierra, en el aire, allí donde la encontrase, y destruyera también las fábricas de aviones. Alemania contaba con 2669 aparatos entre cazas, bombarderos horizontales o en picado y caza-bombarderos para poner de rodillas a Churchill. Después del consejo de guerra del 31 de julio en Berghof, Hitler redactó su orden número 17: la ofensiva aérea general contra Gran Bretaña comenzaría el 5 de agosto con 3 flotas aéreas que se

repartirían los objetivos, la Luftflotte del general Stumpf al Norte, la del mariscal Kesselring, que tenía su cuartel general en Bruselas, y la del mariscal de campo Sperrle, desde Bretaña a Normandía.

HORAS DRAMATICAS

Las condiciones meteorológicas no eran las mejores. La guerra relámpago desde el aire se retrasaría unos días. Churchill miraba al cielo. Antes de la invasión, Hitler debía dominar el mar y el aire. «La batalla de Inglaterra —aseguró el primer ministro— está a punto de empezar. De esta batalla depende la supervivencia de la civilización cristiana». El plan de Goering era diáfano: primero los aeropuertos de la Real Fuerza Aérea, los depósitos y las instalaciones; después, las fábricas; y por último, Londres.

Los jóvenes pilotos británicos sabían lo que les esperaba. Uno de ellos, Richard I lillary, dijo recién salido de la academia: «El piloto de combate debe reunir las cualidades del que se enfrenta a un duelo: frío, preciso, impersonal. Debe saber matar bien. Porque sólo hay una salida: o matas o te matan». El as de la aviación alemana, Adolf Galland, que mandó varios escuadrones de la Legión Cóndor en la guerra de España, opinaba que el Spitfire inglés era más lento que el Messerschmitt 109 de la Luftwaífe, pero capaz de un repertorio mayor de piruetas, más ágil y contorsionista, y su armamento —2 cañones de 20 milímetros y 4 ametralladoras—, sin duda alguna, letal.

Los aparatos ingleses y alemanes se observaban sobre la vertical del Canal de la Mancha. No habían empezado aún las escaramuzas. Unos y otros se vigilaban a través de sus distintas frecuencias de radio. Cuando un piloto inglés insultaba a un piloto alemán, se escuchaba la voz de éste: «Sucio inglés, te enseñaré a hablar a un alemán». Se anunciaba un combate no sólo intenso, sino personal, de piloto a piloto, lleno de rabia. Muchos de aquellos bravos pilotos británicos no habían cumplido aún los 20 años.

Goering dio la orden el 6 de agosto. El tiempo mejoró el 12. Ese día, descargó sobre Inglaterra la furia de la aviación alemana. En alas —brigadas aéreas— de más de 100 aparatos, en oleadas sin fin, los Stukas, los Messerschmitt y los Dornier cruzaron el cielo de Inglaterra y soltaron sus bombas sobre los campos de aviación en Dover, al sur de Londres, en Portsmouth o contra las estaciones de radar en la Isla de Wight. Fue un espectáculo increíble. Durante el día, a todas horas, los aviones ingleses, advertidos por el ojo mágico del radar de la llegada de sus enemigos a los acantilados de Albión, despegaron de

sus bases y se enzarzaron con el invasor en una batalla sin respiro. Se vieron toda clase de acrobacias, de toneles y *loopings*. El cielo se pobló de nubecillas blancas de la artillería antiaérea y de paracaídas blancos. Muy pronto se supo que Goering no podría destruir en tierra a la RAF, como hizo con la fuerza aérea polaca o francesa. Los ingleses estaban en el aire y daban la cara. El *Adlertag* (el día del águila, según Goering) era un título demasiado pomposo para resultados tan decepcionantes. El 13 de agosto, las escuadrillas alemanas habían hecho ya 1485 salidas. La aviación alemana abrazaba Inglaterra en forma de pinza desde el Támesis hasta el estuario del Solent. Pero la Luftwaffe también había perdido 45 aparatos, y los británicos, 13 y tan sólo 7 pilotos. Desde el primer día aparecieron claros los defectos del ataque aéreo de Hitler: los *Messerschmitt* 109 tan sólo podían permanecer 20 minutos más allá del Canal de la Mancha. Un radio de acción muy limitado al que había que unir una menor maniobrabilidad que los Spitfire. En cuanto a los Ju-87, héroes de las batallas de Francia, tropezaron con las barreras de globos cautivos, y se revelaron no sólo vulnerables a las baterías antiaéreas, sino a los ataques por detrás de los Hurricane y los Spitfire. En cuanto a los Dornier, Heinkel III o Junkers 88, bombardeaban mal, sin precisión. La Luftflotte IV, procedente de las bases noruegas, se desprendió de sus bombas en el mar del Norte, se refugió en las nubes y volvió desordenadamente a sus bases. Ya no tomaría parte en ninguna otra batalla sobre el cielo de Inglaterra.

Goering no sabía qué hacer. El enemigo era coriáceo, mortífero. La Luftwaffe se estrellaba contra la RAF. Iba a cambiar de estrategia: más aviones, más bombas, otros objetivos. El resultado fue el mismo. Churchill, «*aquel volcán coronado por el humo de su cigarro habano*», se encontraba recluido en el despacho de operaciones de la colina de Beggin frente a una batería de teléfonos de campaña y unos indicadores eléctricos en rojo que anunciaban el despegue de las escuadrillas.

Eran horas dramáticas. Los pilotos británicos, polacos, checoslovacos y belgas estaban agotados: debían despegar, combatir, aterrizar, repostar y volver a despegar. «No nos quedan reservas», se lamentaban los generales del aire. Churchill se llevó las manos a la cabeza. Era domingo y el primer ministro recordó que la batalla de Waterloo contra Napoleón se ganó en domingo. Cuando estaban casi perdidas las esperanzas, algo extraño ocurrió en el espacio aéreo británico: el cielo quedó vacío, los pilotos alemanes se retiraron. Era el instante supremo, el momento crucial. Los aviones alemanes

desaparecieron de la pantalla de radar. Churchill salió de la sala de operaciones. Quería respirar aire fresco, comprobar si de verdad la Luftwaffe plegaba velas. Keith Park, el jefe del estratégico Group II, que cubría desde Southampton a Norwich, se encontraba a su lado y le oyó murmurar: «Nunca en la historia de los conílictos humanos tantos debieron tanto a tan pocos». Fue un domingo afortunado. Los alemanes recibieron un duro castigo. Faltaba todavía una tercera fase en el plan de Goering, la última. Iba a ser Londres la que pagase su fracaso.

Desde el cabo Griz Nez, el comandante de la Luftflotte II, Kesserlring, cuya sonrisa era tan abierta y tan mortífera como la de un tiburón, vio junto al *reichmarschall* (mariscal del imperio). Goering cómo partían los Heinkel y los Dornier con sus bombas incendiarias, con sus bombas pesadas, con nuevas dosis de cargas mortíferas. Era el *blitz* (el rayo, el relámpago). Le iban a dar a Londres la misma ración de metralla y fuego que recibieron Guernica, Varsovia y Rotterdam. Desde 1935, Churchill había denunciado la falta de defensas aéreas de la capital. No le hicieron caso. El primer ministro sabía que los londinenses necesitaban unas salvas de ánimo. A partir del 10 de septiembre abrirían las bocas de sus baterías. «Más que para hacer daño al enemigo, para dar satisfacción a la gente». Subió la moral de esos cientos de miles de personas que vivían en los refugios, en el metro, que no pegaban ojo apretados a sus mantas, pendientes de las lágrimas de sus hijos, de las señales de sirenas de alarma aérea, del silbido de esas monstruosas bombas que pulverizaban edificios y desintegraban hasta las piedras.

El terror, cráteres, escombros. Los ingleses sabían cómo soportar una prueba tan dura: con flema, con esperanza, con sentido del humor. No había que perder los nervios. Eso era lo que quería un enemigo que se ufanaba: «Nuestras fuerzas aéreas han asestado por primera vez el golpe en el corazón del enemigo». Fue la tarde del 6 de septiembre cuando 320 bombarderos, con el apoyo de 600 cazas, remontaron el curso del Támesis. Así, durante 23 días. Ni siquiera el Palacio de Buckingham se libró de las bombas explosivas e incendiarias. Winston Churchill se multiplicó, habló, arengó y animó mientras Hitler se desgañitaba: «Haremos que ese hombre deje de hablar». Nadie lo había conseguido en 66 años. El estandarte ondeaba sobre Buckingham: el Rey y la Reina se encontraban en su residencia. La señora Landemare, la cocinera de Churchill, le preparaba uno de sus postres favoritos cuando el primer ministro le ordenó que corriera hacia el refugio: había sonado la alarma aérea. 2 minutos después, la cocina de la calle Downing era un montón de escombros.

Londres vivió durante un mes en las catacumbas. Las bombas alemanas eran cada vez más potentes. Algunas, de diseño nuevo, llevaban tonelada y media de peso y colgaban de los paracaídas. Churchill lloró. A los chicos de su vieja escuela de Harrow les dijo mientras apretaba los puños: «*Nunca, nunca, nunca os deis por vencidos*». El *blitz*, el ataque alemán, se extendió hasta Bristol, llegó a Coventry, a Manchester, a Liverpool, a Birmingham. Era la demolición generalizada. Churchill no perdió el humor en sus discursos ante la Cámara de los Comunes. Tampoco lo perdió el locutor de la
BBC
que, tras el bombardeo de Monkey Hill, la colina de los monos del zoo londinense, anunció con voz grave: «*La moral de los monos sigue muy alta*».

Poco a poco, el humo se dispersó, el cielo se vació y los aviones alemanes desaparecieron en dirección a Rusia. El primer ministro felicitó a la nación: «*Un millón de ciudadanos británicos murieron en la I Guerra Mundial. Nada sobrepasa a 1940. No hemos temblado, no nos hemos movido. Hemos desafiado al tirano en el cénit de su poder*».

En el vigésimo segundo aniversario de la batalla, que Inglaterra conmemora el 15 de septiembre, el comodoro Deacon-Elliot, que como muchos héroes no se sentía héroe, me dijo en la base de Beggin-Hill que el punto débil durante toda la batalla fue la falta de pilotos: «Yo tuve en la Escuadrilla 72 a una banda de mozos tan valientes como inexperimentados. La formación de base de un piloto necesitaba 50 veces más tiempo que la construcción de un Spitfire o de un Hurricane. Por eso, muchos de nuestros jóvenes fueron presas fáciles. Al no haber tenido tiempo para familiarizarse con el manejo de sus aparatos, se preocupaban más de pilotar correctamente que de vigilar su retrovisor, que es donde aparecía el peligro». El miedo o el cansancio no eran los únicos inconvenientes, sino el sueño, la ansiedad, la angustia, la bisoñez. «¿El miedo? Claro que teníamos miedo —me decía el capitán inglés—. Venía cada mañana, al despertar, pero esperábamos a los alemanes como una especie de liberación, porque el primer combate del día nos ponía las ideas en claro. Cuando empezaba el combate, no había tiempo para reflexionar. El radar fue una ayuda inestimable. Rara vez pudieron sorprendernos los pilotos alemanes».

LOS CABALLEROS DEL AIRE

La batalla de Inglaterra tuvo 3 fases: la primera, del 8 al 18 de agosto;

la segunda, del 24 agosto al 5 septiembre; y la tercera, del 17 septiembre al 31 octubre. En esta última fase, los ataques diurnos fueron sustituidos poco a poco por *raids* (incursiones), generalmente nocturnas, que crecieron en intensidad mientras terminaba el mes de octubre. Los historiadores alemanes prolongan la duración de la batalla del 13 de agosto de 1940 al 22 de junio de 1941, fecha de la ofensiva contra la
URSS
.

«Si la
RAF
ayudó al país a remontar las dificultades en 1940, la prueba que sufrió Londres bajo los bombardeos permitió a la aviación encontrar, a cambio, nuevas fuerzas para la victoria —me decía el capitán Inge, piloto de Spitfire—. Mientras que las formaciones enemigas se preocupaban en septiembre y octubre de alcanzar la ciudad, nosotros pudimos poner en orden nuestras bases. Las escuadrillas no abandonaron su trabajo, pero su funcionamiento mejoró mucho».

Durante el primer *adlertag*, el capitán Ingle, a los mandos de su Hurricane, subió hasta los mil metros. El radar había señalado el rumbo del enemigo y el vicealmirante Park dio la alarma a las escuadrillas. «Puse el avión a todo gas y me dirigí hacia el primer Dornier que encontré a mi alcance. Los atacantes arrojaron sus bombas y se disponían a virar para el regreso. Pero yo no abandoné mi presa, caí sobre ella y la tomé de través, luego reduje la distancia a menos de diez metros antes de abrir fuego con mis Brownings. Vi cómo estallaba el parabrisas y cómo se abría la carlinga: el Dornier descendía dando vueltas y en llamas».

Los que el general Ismay, subsecretario del Gabinete de Guerra, llamó «los cinco mil pilotos de mejillas sonrosadas» supieron dar buena cuenta del enemigo. Fue el primer choque masivo en la historia de la aviación y dio lugar a numerosas películas. Una de ellas, *La batalla de Inglaterra*, se rodó en España y a ella acudió como consejero el as alemán Adolf Galland, que entonces residía en Bonn y se dedicaba a los negocios. La resistencia del enemigo frustró a los pilotos alemanes.

El mariscal Goering se vio obligado a aumentar su dosis de paracodeína. Tomaba treinta tabletas al día para tratar de comprender lo que ocurría sobre los cielos de Inglaterra. Vivía fuera de la realidad. Uno de sus principales errores fue subestimar la capacidad de producción de aviones por parte del enemigo. En lugar de concentrarse en objetivos concretos, prefirió cambiarlos de forma

constante, de uno a otro, sin orden ni concierto: un día las estaciones de radar; otro, los aeropuertos, sin terminar nunca el trabajo.

El fracaso de sus pilotos le puso rojo de ira: «Son unos consentidos. Los hemos condecorado demasiado», le dijo a Adolf Galland poco antes de finalizar la guerra. Galland, que entonces contaba veintinueve años, fue el comandante de la 26 Ala de Combate en la batalla de Inglaterra, el hombre que se quitó la Cruz de Hierro y la estampó contra la mesa… No pudieron hacer nada más. Los aviones ingleses eran más manejables. Ellos, los pilotos alemanes, no tenían comunicación entre cazas y bombarderos, y ni siquiera una orientación desde tierra. La verdad es que ellos mismos lo habían querido así. Los pilotos que combatieron en la guerra española, que bombardearon Durango y Guernica, formaban una casta con un alto sentido del *esprit de corps*. Hacían lo que querían. Sus éxitos contra la aviación republicana española, muy inferior en todos los sentidos, hizo de ellos unos «niños mimados» con sueldos de lujo, continuos privilegios y rutilantes condecoraciones.

Los ingleses fabricaron el doble de aviones de combate en los meses que duró la batalla de Inglaterra, el Verdún de la *Luftwaffe*. Hitler se encontró un día con que le bombardeaban la capital, Berlín. Aquello era demasiado para su orgullo. Ni había entendido los secretos de la guerra en el aire, ni hubo coordinación entre los bombarderos y los cazas de escolta, ni se prolongó el radio de acción de la defensa aérea, ni se tuvo en cuenta el cargamento de bombas, que en un Heinkel era de setecientos kilos y en un Lancaster o un Boeing-17 era 10 o 12 veces superior.

El general Johannes Steinhoff, que derribó 176 aparatos aliados, habló del estrés que afectó a los pilotos alemanes durante la batalla: «Fue el período más duro. Yo volé sobre Africa, en Rusia, en Stalingrado. Después, contra los Boeings sobre Alemania, y fue en Inglaterra donde más sufrí. Tan sólo pensábamos en el tiempo que haría. Si era bueno tenías que despegar a las 8.15. La segunda oleada de bombarderos debía esperar a las 11 de la mañana, por lo que te veías obligado a volver a la base a tiempo para escoltarlos. Y te quedaba el vuelo de la tarde si el tiempo era bueno. Así todos los días, sin respiro. Y el alcohol no ayudaba. Tenías que estar en buena forma física». Era el *kanalkrankheit* (síndrome del canal). La batalla de Inglaterra los puso enfermos de ansiedad: la apendicids se hizo endémica entre los pilotos de Goering. Se pegaban un tiro, se abrían las venas o aparecían flotando en el agua del canal. No podían soportarlo. En cambio, los ingleses luchaban sobre su territorio, para salvar su patria. Fue, después de todo, una guerra entre caballeros,

quizá la última: no estaba permitido ametrallar a los que se lanzaban en paracaídas. Pero muchos lo hicieron *sotto voce*, en uno y otro bando.

El peor trago para Inglaterra fue el del 15 de agosto: 34 aviones llegaron al día siguiente, 27 al otro. Entre el 24 de agosto y el 6 de septiembre, los alemanes destruyeron 295 Hurricanes y Spitfires y dañaron otros 171. Fue aún peor la pérdida de pilotos: 103 muertos y 128 heridos en ese mismo período. Uno de cada 3 comandantes de escuadrilla resultó muerto o herido. La revancha de Churchill no se hizo esperar. «*Ahora que han empezado a molestar a Londres* —dijo el 25 de agosto a los mandos de los bombarderos de la
RAF
—, *quiero que les deis duro, y Berlín es el mejor lugar para ello*». La sorpresa de los berlineses fue absoluta al ver sobre sus cabezas a los aviones británicos. ¿Cómo podía ocurrir algo así, cuando Goebbels y Goering afirmaban que la guerra estaba ganada? William
L.
Shirer, corresponsal de la cadena de radio norteamericana
CBS
, escribió en su diario: «*Nunca se lo habían imaginado. Al empezar la batalla de Inglaterra, Goering les dijo que eso nunca podría ocurrir. Ahora, su desilusión era grande. Tenías que ver sus caras para comprenderlo*».

Los ingleses convirtieron en leyenda viva a los «caballeros del aire». Eran sus héroes, sus defensores. Peter Townsend, uno de esos héroes de la batalla de Inglaterra, me dijo en una visita a Madrid, donde presentó su libro sobre los niños del mundo, que «*vivíamos con tanta intensidad, siempre en medio de la acción, despegando, volando, peleando, aterrizando para volver a despegar, que ese era el mejor antídoto contra el miedo y la fatiga. Tan sólo cuando cesaba la acción nos hallábamos en condiciones de comprender lo que había pasado. Todo parecía que conspiraba contra nosotros, pero nos encargaron un trabajo y nos sentíamos bien preparados para acometerlo. No, nunca llegamos a pensar que perderíamos la batalla de Inglaterra*». Adolf Galland afirmó desde su casa colgada sobre el Rin que «*nosotros nunca veíamos al hombre, sino a su avión. El enemigo era el Hurricane o el Spitfire, no el piloto*».

En todas las guerras, los dos bandos exageran sus éxitos en el campo de batalla. La de Inglaterra no fue una excepción: desde julio hasta finales de octubre, los alemanes perdieron 1733 aparatos, y no los 2689 anunciados; mientras que la
RAF
perdió 195 cazas, en lugar de los 3058 de que habló el enemigo. En

tierra fue «*una guerra de los ciudadanos*», como la llamó el novelista Priestley.

En cuanto a los bravos pilotos ingleses, cuya esperanza de vida era de 87 horas de vuelo, sus enemigos les hicieron el mejor homenaje al referirse a ellos como «*dielords*» (los caballeros). «*La línea del frente* —escribió Vera Brittain— *formaba parte de nuestra vida cotidiana*». Sus nombres retumban todavía hoy en lo más alto de la emoción británica: Bader, Deere, Fimcane, Johnson, Lacey, Lonkciewski, Mckellar, Malinshi, St. John, Stanford-Tuck, Szulkowski, Urbanowicz, Vybirzl, Zurakowski; apellidos polacos y checos, que lograron resistir el desánimo y formaron nuevas unidades con las que hacer frente al común enemigo (escuadrones 302, 303, 310 y 312).

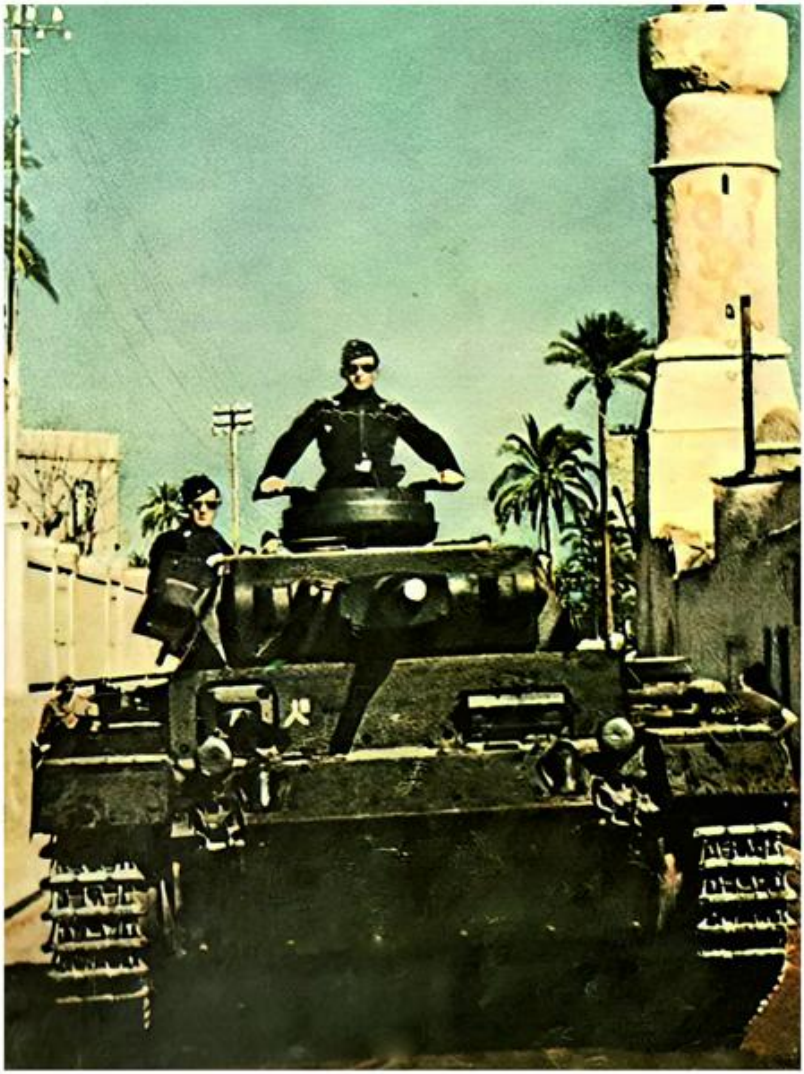
El balance final, efectuado por la prestigiosa revista *After the Battle* en una obra conmemorativa de 815 páginas y publicada en forma de libro en 1980, enumera las pérdidas humanas de uno y otro bando de la siguiente forma: pilotos de la
RAF
muertos en la batalla, 537; pilotos de caza de la Luftwaífe caídos en la misma lucha (julio-octubre 1940), 551. El total de muertos en las tripulaciones alemanas (bombarderos y cazas) ascendió a 2.662.

En Alemania, la derrota en la I Guerra Mundial provocó un vacío que sólo se llenó de resentimiento. La situación de los excombatientes y la crisis política, incluso anímica, del país fueron aprovechadas por Hitler, cuyas apariciones públicas estaban cuidadosamente preparadas. Abajo, el* Führer *durante uno de sus discursos, en mayo de 1934.

Polonia se convirtió en el primer ensayo de una manera de hacer la guerra, sin desgaste ni inmovilidad. La ofensiva alemana se basaba en la celeridad, la sorpresa, la precisión y la contundencia de las fuerzas empleadas. En la imagen superior, Hitler y sus comandantes fotografiados durante la campaña de invasión de Polonia. Abajo, el* Führer *entra triunfante en Dantzig, en septiembre de 1939.

Cientos de miles de londinenses vivieron durante tiempo en el metro y en los refugios antiaéreos, mientras las bombas hacían su trabajo de demolición. Una imagen de la ciudad en 1941.

A Hitler le tocó pagar los platos rotos por Mussolini en su invasión de Grecia y en sus aventuras por el norte de África. En la imagen, las tropas italianas atraviesan un paso de montaña durante la campaña griega en el invierno de 1941.



Como antes lo había sido para los romanos y cartagineses, El Alamein fue el escenario del duelo entre Rommel y Montgomery. Durante casi dos años, el general alemán dominó el desierto occidental entre escaramuzas repentinas, ofensivas y calculados repliegues tácticos. En la imagen, procedente de una revista de propaganda alemana, un tanque Panzer del Afrika Korps muestra su poderío en una ciudad de Libia.

Erwin Rommel era admirado en los dos bandos por su dominio de la guerra moderna, pero también por su magnetismo, su capacidad de mando, su popularidad entre los soldados, su caballerosidad y el buen trato que daba a sus prisioneros. Su primera característica como jefe era su aproximación al frente. En la fotografía superior, el general observa el desarrollo del combate en el norte de África desde un blindado, en 1942. Abajo, un soldado de sus tropas se rinde a uno británico.

El ataque a Pearl Harbor fue una sorpresa estratégica, un éxito militar fulminante, pero también un haraquiri anticipado. Sin la agresión a la flota norteamericana del Pacífico, quizá no hubiera habido bomba atómica en Hiroshima ni en Nagasaki. Arriba, una imagen del ataque aéreo, el 7 de diciembre de 1941. Abajo, el almirante Yamamoto, verdadero estratega y arquitecto del plan.

La carencia de fuerzas mecanizadas y el pánico que dominó a la población fueron claves en la derrota de Francia. En la imagen superior, un vehículo francés antitanque. Abajo, los soldados franceses entregan las armas tras la caída de Lille, en mayo de 1940.

El primer ministro británico Winston Churchill (despedido por el mariscal Montgomery) se dispone a embarcar en un aeroplano durante una de sus visitas al frente francés, en junio de 1944.

Capítulo cuatro

El Alamein

—¿El Alamein? Lo alcanzará usted a unos 400 kilómetros de aquí. No tiene pérdida, siga la carretera del litoral —me dijo el oficial de la frontera libia en Egipto pocos años antes de la llegada del coronel Gadafi al poder.

Entre el Mediterráneo y el gran desierto, recorría el camino hacia el delta del Nilo por este paisaje que fue campo de batalla para romanos y cartagineses y, luego, para los conquistadores musulmanes, Alejandro y Napoleón. Más tarde sería el escenario del duelo a muerte entre Rommel y Montgomery.

El forcejeo entre las fuerzas del eje (italianos y alemanes) y los aliados quedó zanjado, a lo largo de 12 días y 12 noches, en la aldea de El Alamein, en territorio egipcio. El 2 y el 3 de noviembre, Erwin Rommel escapó de milagro a la aniquilación total. Las tropas del general Montgomery persiguieron al «Zorro del Desierto» en su retirada. El 15 de diciembre, se luchaba aún en El Agheila, entre Trípoli y Bengasi, las 2 primeras ciudades de Libia. Rommel quemaba sus últimos cartuchos. Falto de carburante para sus *panzer* y con el Afrika Korps seriamente dañado en la batalla, retrocedió hasta la Línea Mareth en Túnez. Hostigado por la aviación aliada —la suya, falta de combustible, se había quedado casi inmovilizada en las pistas improvisadas de los inmensos arenales—, una inesperada lluvia torrencial frenó la persecución por espacio de 36 horas. Durante casi 2 años, Rommel dominó el desierto occidental entre alternativas, escaramuzas repentinas, ofensivas y calculados repliegues tácticos.

Desde que salí de El Agheila, sólo en Marsa-el-Brega, terminal de descarga de los oleoductos, dispuse de unas horas para escapar de 2 tormentas del desierto: el polvo y las moscas que, además de las minas, los tanques y la aviación, convirtieron estos parajes en un infierno. Era el terreno ideal para los tanques. Me reconfortaron una ducha fría y una taza de té helado. Después, reanudé el largo y extenuante paseo por la Cirenaica entre restos de ruinas romanas, oleoductos, palmeras y arbustos aislados, escorpiones, ratas, dromedarios, alguna gacela…

Menos de 25 años después de la famosa batalla, el sol homicida del desierto no había logrado desintegrar los restos de chatarra de los dos ejércitos. Bastaba con seguir la pista de este material, torretas de tanques enterrados en la arena o piezas de artillería que asomaban sus

cañones en las cunetas, para comprender la dimensión de aquella guerra librada hasta la aniquilación. Alejandría y el Nilo se encontraban ya al alcance de Rommel cuando éste fue detenido en seco durante los últimos días de octubre de 1942. 2 meses más tarde, en Stalingrado, la Wehrmacht cedería también la iniciativa en el frente ruso. «*Demasiados rusos y un alemán de más*», le diría el general Speidel a Desmond Young, autor de *Rommel*. De esta manera, en el espacio de 10 semanas decisivas, Hitler perdió la guerra. Churchill definió así este período fundamental de la historia: «*Antes de El Alamein, nunca vencimos; después de El Alamein, nunca fuimos vencidos*».

Cuando llegué a Tobruk, descubrí que las bombas y la artillería de uno y otro lado habían dejado una honda huella en la ciudad libia. Hasta el punto de que algunos cartógrafos la borraron del mapa. Cuando llegué, todavía se vivía la reconstrucción. Surgían edificios altos y blancos sobre la costa. Sus habitantes abandonaban la pesca por el petróleo. Tobruk se desperezaba al olor del crudo. Los obreros del petróleo se gastaban sus billetes ganados en la soledad, el polvo y las tormentas de arena en unas botellas de cerveza, que eran las más caras del mundo. Veía a los enemigos de ayer, compañeros hoy como los italianos, franceses, norteamericanos, ingleses, alemanes, beber juntos, cantar a coro *Lili Marlen o* tomar el mismo vuelo con dirección a la *dolce vita* de Atenas, Malta o Beirut. En Tobruk había unos cuantos comercios abiertos, con aire de provisionalidad, y un cine en el que proyectaban una película de Hollywood sobre la vida de Rommel. Fue una de las ciudades más castigadas durante la guerra.

En la terraza de un bar, bajo la cacofonía de los martillos neumáticos, pedí una cerveza sin alcohol de las que fabricaban en Bengasi. Un inglés de Tobruk llamado Alian, de bíceps tatuados y cuerpo tostado por el sol, me ofreció un cigarrillo egipcio, de los que traían de la Tripolitania. Hablamos de Montgomery, de Rommel y de los ex combatientes del ejército que desde Alemania, Italia, Gran Bretaña o incluso Australia y Nueva Zelanda venían hasta Tobruk en ese nostálgico salto atrás del soldado que desea visitar de nuevo el lugar de sus batallas. «*Vienen sobre todo en los aniversarios de las batallas* —me decía Alian—. *Los ingleses, mis compatriotas, lo hacen sobre todo desde 1954. El 24 de octubre de 1954, el mariscal Montgomery inauguró el memorial de El Alamein, no lejos de donde estuvo emplazado su cuartel general. Llegan también los italianos y alemanes. Todos ellos depositan flores en sus respectivos panteones de guerra*».

El mariscal Montgomery, enigmático, reservado, calculador, egocéntrico, astuto y lleno de sangre fría, del que Churchill dijo que era «*inesperado en la derrota e insoportable en la victoria*», tenía una

calle a su nombre en Tobruk. Los diversos cuerpos del ejército que combatieron aquí mostraban sus emblemas en los muros de la ciudad: británicos, australianos, neozelandeses, indios, franceses libres y surafricanos que combatieron a sus órdenes en aquel carrusel del desierto, de avances y retrocesos.

El Africa Korps desembarcó en febrero de 1941 para deshacer los entuertos italianos y Rommel recuperó la Cirenaica. Tobruk cambió de bandera cuatro veces, la última cuando el ejército de Rommel, desarbolado en El Alamein, se batió en retirada con los restos de las divisiones Panzer 15 y 21 hasta Túnez. De Tobruk a Bardia y Sollum, circulé bajo el asedio constante de las moscas, por la carretera que construyeron los italianos con una sangría de liras y hombres que cayeron fulminados por la disentería, a la mayor gloria del magno imperio de Mussolini. Los italianos levantaron monumentos de mármol y sus jefes hicieron una guerra con vistosos uniformes, buenos vinos, salamis y espaguetis.

En 1937, los fascistas construyeron la carretera de la costa desde la frontera de Túnez a la de Egipto. Seguía más o menos como entonces, agujereada, taladrada por los proyectiles y rajada por el sol. Las consignas de Mussolini seguían en el mismo sitio, las fasces y las cruces gamadas. Mussolini proclamó en Venecia el imperio italiano, resucitó el concepto de *mare nostrum* y el espíritu de la Roma antigua. Pero ya no se bebía *chianti* en Trípoli, ni Rita Pavone cantaba en los salones italianos de Bengasi. Se cerró el Banco de Roma y más de veinte mil italianos desalojados por Gadafi volvieron a sus orígenes. Eran algunos de los que combatieron en las divisiones Folgore o Brescia de infantería o en el XX Cuerpo de Ejército, divisiones Ariete, Littorio y Trieste. ¿Cuál fue el comportamiento del soldado italiano en la encarnizada batalla del norte de Africa? Un libio que era maestro en Derna y que combatió junto a los italianos me dio su versión de la capacidad combativa de unos y otros en aquellos frentes:

—Yo estudié el italiano en Derna —me dijo Sidi Mohamed— porque Libia era italiana. Me movilizaron al estallar la guerra. Junto con otros paisanos y amigos hicimos todos 3 meses de instrucción en los que no aprendimos nada. Al terminar los tres meses nos enviaron a la guerra. Nos entregaron un fusil tan pesado que apenas podíamos cargar con él. Nos llenaron la cabeza de palabras como imperio, victoria, destino,

etc.

Yo no dispararé un solo tiro. Los ingleses nos hicieron prisioneros. Pero ¿quiere saber de verdad por qué los italianos perdieron la guerra? Por la baja moral, los pésimos jefes, el mal armamento, la

corrupción, la mala adaptación al terreno y el clima. Iban todos amontonados, de mala manera, en los camiones. Eran carne de cañón. Ni los soldados ni los vehículos ni sus carros de combate tenían la capacidad de maniobra de los tanques y los soldados británicos. Pero, más que nada, yo creo que les perdió el asunto de la comida, del rancho.

—¿Del rancho?

—Sí: espaguetis, canelones, raviolis, *tortellinis*. Su jamón, el salami, les daba una sed espantosa, lo mismo que las anchoas. Perdieron un tiempo precioso ocupados en sus cocinas de campaña mientras mascullaban qué diablos hacían allí, bajo tan altas temperaturas, tantos *mascalzoni*… Claro, así les sorprendían los ingleses con la pasta en el tenedor y con el vino de Falerno o de Frasead en el paladar. Para hacer la guerra en el desierto, el soldado debe ser muy sobrio, tener temperamento de nómada, no dejarse dominar por la sed, por la gula, por el licor, y comer poco. Los ingleses, por el contrario, o los australianos o los indios se bebían una lata, la tiraban y otra vez en marcha.

—¿Cómo vio a los alemanes de Rommel? —pregunté al maestro de Derna.

—Los alemanes confiaban en Rommel, lo idolatraban, le seguían allí adonde fuera, él mismo vivaqueaba en la primera línea junto a los hombres. Mostraban un sentido más claro de la disciplina militar. Sabían utilizar sus armas, eran frugales en la comida, tomaban pastillas de sal, filtraban el agua y no se dejaban engañar por los espejismos; resistían el polvo, las serpientes, las moscas y los escorpiones y, sobre todo, obedecían. En sus únicos momentos de expansión, cantaban a coro el *Lili Marlen*, el himno de la guerra, o se bañaban en el Mediterráneo. Pero les faltó material humano para cubrir todos los frentes. Y gasolina. Los suministros que Rommel pedía a Hitler nunca llegaban.

Gasolina, el eterno problema. Una sola división blindada del Octavo Ejército británico requería diariamente 320.000 litros de gasolina, 350 toneladas de munición y 50 toneladas de piezas de recambio. Los obreros de Tobruk continuaban en la faena del desescombro como si la guerra hubiera terminado anteayer. A extramuros de la ciudad podían verse las reliquias, el fuselaje de un avión, el esqueleto de un Panzer Mark III o el cañón de un 88 milímetros, un antitanque de tanta eficacia que despedazaba a las columnas británicas. Todo lo demás les fue vendido como chatarra a los avispados italianos, que, de vuelta en el escenario de la guerra, se llevaron tanques, cañones y aviones a Italia para su transformación en

ollas o frigoríficos. De esta forma, el material perdido por los fascistas de Mussolini pasó a manos de los industriales toscanos del «milagro industrial» enrolados en la Democracia Cristiana de Alcide de Gasperi.

PELIGRO, MINAS

Junto a la carretera por la que me dirigía a la frontera egipcia, aparecían, dibujados a gran tamaño, los escudos, las insignias de las tropas vencedoras del Octavo Ejército de Montgomery. Martin Gilbert explica en su biografía de Churchill la excelente impresión que le causó Montgomery al primer ministro en las maniobras de ensayo ante la invasión alemana de Gran Bretaña. Como los generales Alexander y Alan Brooke, «Monty» era oriundo de Irlanda. Pasó por la academia de Sandhurst, fue herido y condecorado en la Gran Guerra, y uno de los últimos en abandonar Dunquerque. Cuando el general William Henry Gott resultó muerto al ser derribado su avión por los alemanes, «Monty» fue el elegido por Churchill para derrotar al Afrika Korps. No fue una relación fácil: frente a la impaciencia de Churchill, Montgomery oponía la cautela. «Dadme 15 días —dijo— y resistiré el ataque alemán, dadme 3 semanas y derrotaré a los *hunos* (término despectivo con el que los británicos designaban a los alemanes, mientras los franceses decían *boches)*, dadme un mes y los echaré de Africa». Era lo que necesitaba el Octavo Ejército: restaurar la moral, contrarrestar con un general fanfarrón y pagado de sí mismo el efecto hipnótico que la figura de Erwin Rommel causaba entre sus tropas. «Monty» era un hombre sin mucho tacto, algo indisciplinado y mandón, pero el «antizorro del desierto» era capaz de ganarse la devoción de sus soldados. Era, al mismo tiempo, un general que conocía bien el intríngulis de la guerra mecanizada. No dejaba un solo detalle al azar, era minucioso en la preparación de la batalla. Era más querido y respetado por sus hombres que por sus superiores. Tenía su cuartel general en un remolque. Hijo de un obispo anglicano, era austero, huraño, cascarrabias y duro de mollera.

En una gasolinera a la salida de Tobruk, me dijeron que todos los años llegaba un pintor desde Bengasi para repintar los emblemas deteriorados por el salitre. Así, el viaje por el litoral mediterráneo de Libia se convertía en un paseo por la arena, las ruinas, las venas del petróleo y los túmulos de los caídos. Al lado de Tobruk se alzaban el cementerio alemán, dos mausoleos británicos y uno francés. Paralela al cordón negro del oleoducto, a la sombra de árboles raquíticos, se levantaba una gran cruz sobre las tumbas alemanas. Dos cruces de

Lorena y dos lápidas de mármol escoltaban la cancela del cementerio francés. En una de ellas aparecían esculpidas las palabras del general De Gaulle. Tomé nota: «El mundo ha reconocido a Francia cuando en Bir Hakeim un rayo de su gloria renaciente ha venido a acariciar la frente ensangrentada de sus soldados. General De Gaulle, jefe de los franceses libres. Londres, 13 de junio de 1942».

Esta frase, pronunciada en el estilo grandilocuente de los generales de aquel tiempo, celebraba la gesta de Bir Hakeim desde el micrófono de la BBC. No había guardianes en el cementerio francés. Estaban sólo los muertos en sus tumbas, bajo la soledad sonora del viento del desierto. Cruces blancas, 2 cañones, un antiaéreo. Vi apellidos de republicanos españoles en las cruces, apunté los de Treviño, Muñoz, Castaño y González. En el túmulo se contaba, con el laconismo de un parte bélico, por qué y cómo murieron estos soldados de la Francia libre.

El 27 de mayo de 1942, la Primera Brigada francesa cubría en Bir Hakeim el flanco izquierdo del Octavo Ejército británico. El 16 de junio, alemanes e italianos cercaron la posición. Rommel en persona dirigía el ataque. Después de resistir lo indecible en condiciones infrahumanas, con numerosas bajas, agotadas las municiones y los víveres, el general Koenig, que mandaba la guarnición, recibió del cuartel general del Octavo Ejército la orden de retirada. La resistencia de la Primera Brigada de la Francia libre permitió a los británicos ganar tiempo para organizar su dispositivo en El Alamein.

Desde Tobruk hasta cerca de Alejandría, los márgenes de la carretera y el desierto eran una sucesión ininterrumpida de hierros retorcidos, corroídos. Sobre cada palmo de arena, a medio enterrar, asomaban latas de carburante vacías. Este combustible, más precioso que el agua, desbarató los proyectos tácticos de Erwin Rommel. Era un paisaje opresivo, desolado, roto tan sólo por una palmera aquí, una mata de arbusto allá, una caravana de beduinos en el horizonte. Me recordaba la guerra metro a metro. Alambres de espino delimitaban las zonas todavía minadas. Los hombres del desierto no necesitaban de arcilla o ladrillos para construir sus chabolas, les bastaba con las latas de gasolina con las que Rommel y Montgomery alimentaban sus carros. Era los *bidonvilles* del desierto occidental.

Al llegar a Marsa Matruh, supe que esta chatarra no sólo hizo la fortuna de algunos industriales italianos, sino también la de un comerciante egipcio llamado Hayad, que compró al rey Faruk la concesión de todo el material abandonado en el desierto egipcio. «Hayab —me dijo un talabartero de Marsa Matruh— tardó tres años, de 1947 a 1949, en recoger con su flota de camiones los restos de los

carros fuera de combate, los aviones, morteros, cañones y vehículos blindados y trasladarlos a sus talleres de El Cairo. Se hizo de oro».

Sin embargo, quedan perímetros minados como en la frontera argelino-tunecina. Fue allí donde me advirtieron: «Si quiere usted llegar hasta Suez, deberá pasar noches en el desierto; tenga cuidado al elegir el sitio donde extender su saco de dormir. Quedan aún miles de minas diseminadas por el desierto. Todavía hoy, en la oscuridad, hay caravanas de camellos que hacen estallar minas».

He visto, sobre las ondulaciones del terreno, los esqueletos de los camellos fulminados por las minas Teller alemanas. El color ocre del metal oxidado brillaba al sol sobre la arena. Como restos de un gigantesco *picnic*, quedaban en la arena bidones, utillaje de campaña y latas de conserva *made in* Portugal.

No lejos de Sollum, hice un alto en el camino en un campamento beduino. Eran media docena de tiendas pardas preparadas para resistir el *kamzin*, el fuerte viento del desierto. Me ofrecieron leche agria, pan ácimo y huevos. Al fondo de la *jaima*, vi sobre un arcón, cubierto con una manta, todo un arsenal de armas cortas. Señalé hacia una de ellas. El jefe me trajo una oxidada Beretta italiana, la preferida de James Bond, y la manipuló como un maestro armero. Los hijos de los nómadas jugaban con pistolas, fusiles y ametralladoras de verdad. El jefe de la tribu me regaló una de las pistolas.

Por fin llegué al gran acantilado de Sollum antes de que fuera noche cerrada. Aquí fue donde empezó, en septiembre de 1940, la ofensiva italiana. El *Duce* contaba con medio millón de hombres en Africa, con 10 acorazados y numerosas escuadrillas de aviones repartidos en sus bases de Sicilia y Libia. La marina mercante inglesa no pudo navegar por el Mediterráneo y debió tomar el largo rodeo por el Cabo de Buena Esperanza. Mussolini, el nuevo César, tenía ganas de entrar en acción. Tan sólo el duque de Aosta, miembro de la familia real italiana y virrey de Etiopía, contaba con 200.000 soldados. Los británicos reunían a 50.000 hombres en todo el Oriente Medio, al mando del general *sir* Archibald Wawell, silencioso, impenetrable, musculoso y de rostro arrugado. Dicen que tenía la intuición militar del gran duque de Marlborough. Su segundo de a bordo, el general O'Connor, era un maestro de la batalla de castigo: la aproximación sigilosa, el asalto por sorpresa, la persecución implacable. O'Connor llevaba todavía en el pecho la Medalla de Plata al Valor, que ganó con el ejército italiano en 1918. Los amigos de ayer son los enemigos de hoy. También los soldados y oficiales condecorados en la Guerra Civil española reaparecerían en el teatro de operaciones del frente norteafricano, entre ellos Bergonzoli, que mandó una de las 4

divisiones motorizadas en la batalla de Guadalajara, o el general von Thoma, que llegó a España como coronel para entrenar a los soldados de Franco y entrenarse de paso ellos mismos. Von Thoma, jefe de las fuerzas de tierra y de las unidades mecanizadas, dijo que los españoles eran rápidos para aprender y rápidos para olvidar. Pues bien, von Thoma fue hecho prisionero por los ingleses después de la batalla de El Alamein. Lo encontraron vagando sin rumbo por el campamento, con todas sus condecoraciones puestas y echando pestes de Adolf Hitler, que les negó el permiso para una retirada más que necesaria. Como hizo Napoleón, Mussolini quiso invadir Egipto no para alzar el velo islámico, sino para cortar su línea vital de comunicaciones con las colonias de la India y Extremo Oriente.

Los italianos vencieron en el primer asalto. El 19 de agosto de 1940, los ingleses evacuaban Somalia. El 14 de septiembre, las fuerzas del mariscal Rodolfo Graziani partieron desde sus posiciones en Bardia y Fuerte Capuzzo hacia la frontera egipcia. En aquella ocasión lo hicieron sin dormir la siesta hasta llegar a Sidi Barraní, en espera de refuerzos para proseguir la ofensiva hacia Alejandría. En el mar, las cosas les fueron peor que en tierra: la escuadra británica pulverizó a la italiana fondeada en el golfo de Tárenlo en un fulminante ataque con aviones torpederos que resultó ser un ensayo de Pearl Harbor que nadie, excepto los nipones de Yamamoto, quisieron entender.

En diciembre de 1940 se inició la ofensiva británica en Libia con Wawell al mando. Un modelo clásico de aniquilamiento, una batalla de Cannas en el desierto. (En Cannas el cartaginés Aníbal destrozo al ejército romano en el 216
a. de C.
). En 1941, las fuerzas británicas avanzaron en territorio libio y tomaron Tobruk y Bengasi tras destrozar a las unidades italianas en Beda-Fomm. Los alemanes observaban con inquietud el curso de los acontecimientos. Pese al poco entusiasmo de Hitler, se verían obligados a intervenir en el frente meridional. El Afrika Korps desembarcó en febrero de 1941. Entre marzo y abril, las fuerzas del eje recuperaron la Cirenaica para detenerse en Tobruk, que conquistaron tan sólo dos meses después. Entre noviembre y diciembre, tuvo lugar la contraofensiva de Auchinleck que liberó Tobruk.

1942 fue el año de la guerra relámpago de Rommel sobre la Cirenaica. Pero Tobruk permaneció en manos aliadas. El 26 de mayo se produjo una nueva ofensiva de Rommel y un ataque a Bir Hakeim, donde el general Koenig resistiría hasta el 10 de junio. El día 21 de ese mismo mes, los alemanes entraban en Tobruk. El 30 de junio, el Afrika

Korps se encontraba en El Alamein, a 96 kilómetros de Alejandría. No pasó de allí. Era la primera batalla de El Alamein. En octubre llegó la segunda gran ofensiva de Montgomery, que ganó a los alemanes la decisiva batalla de El Alamein, a la que el propio «Monty» codificó como *Lightfoot* (pie ligero).

Al llegar a Sollum, donde terminaba la carretera construida por los italianos, se entraba en Egipto. Estas posiciones fueron molidas por la artillería pesada de las 2 partes, que arrancó de cuajo las rocas. El paso de Sollum, de gran valor estratégico, provocó algunas de las más sangrientas batallas de la guerra.

Mohamed El Arabi era guardián del Mausoleo Británico de Sollum. Los sepulcros de cara al mar estaban tan sólo separados por una franja de playa y por la carretera de El Alamein y Alex. Los egipcios, al viejo estilo de la guerra, llamaban Alex a Alejandría. El jefe de El Arabi vivía en El Cairo y venía una vez al año a Sollum en visita de inspección. En el cementerio reposan los restos de dos mil cuarenta soldados y oficiales británicos y de la Mancomunidad Británica de Naciones. El Arabi me mostró el catálogo con los nombres de los caídos y un resumen de lo que fue la campaña. Hablaba italiano. Estuvo con el duque de Aosta en la campaña de Abisinia. En enero de 1941, los ingleses le hicieron prisionero cerca de la frontera de Sudán: «Estuve un año en un campo de concentración inglés, pasé mucha hambre y sed. Allí nos arengó el rey Idris a los prisioneros libios para que lucháramos junto a los aliados en la liberación de nuestro país. Después, los oficiales ingleses nos plantearon la alternativa: “Los que se apunten como voluntarios serán libres, los que prefieran seguir aquí pueden quedarse”. Cuando me liberaron en 1943, llegué a Tobruk; era una masa informe de escombros y cenizas. Seguí hasta Sollum y, en 1946, me encargaron de cuidar el cementerio».

El viaje desde Argelia a Port Said, en Egipto, a lo largo de más de 3.000 kilómetros, es una reflexión monocorde sobre las causas y efectos de la guerra. Neumáticos abandonados, reliquias de la contienda, cruces en los cementerios. Algún árbol, un privilegio en esta geografía, proyecta una leve sombra sobre las tumbas. El paisaje no da otra alternativa que ésta a la imaginación.

Mohamed El Arabi abrió la cancela del camposanto y paseamos un rato sobre el cemento. Algunos epitafios llamaron mi atención por su fuerza simbólica, su filosofía de la muerte y lo absurdo de la guerra. En una cruz de mármol leí: «
J.
Blackshaw, de la
RAF

»; grabado en negro sobre la lápida, la frase: «Noches silenciosas, noches de soledad». Algo más lejos: «Milnes Gaskell. ¡Oh!, valiente corazón». Y sobre la tumba de dos hermanos muertos en la batalla, su madre había esculpido esta frase: «Viajaron por los bosques hacia la salida del sol». Mohamed, que vivía junto a los panteones, salió a la carretera para decirme adiós y desearme buena suerte: «*Mabruk*, *mabruk*», gritaba. Poco después, lo veía por el espejo retrovisor vestido con su *galabie*, el albornoz de los árabes, entre una nube de polvo.

De nuevo me sumergí en la carretera del desierto, el hombre a solas consigo mismo. Un escenario vacío, de ciencia ficción, que permitía una gran libertad de maniobra. Espacios inmensos en los que cabían un millón de tanques. La campaña puedo desarrollarse sin testigos ni interferencias. Tan sólo un obstáculo y un propósito: la destrucción del enemigo. Una región desolada en la que, a veces, no llueve durante años. Un piso firme sobre la alfombra de arena, más que suficiente para sostener el paso de las divisiones blindadas. Una ausencia casi total de defensas naturales. Sólo con dinamita pudieron los zapadores romper la capa de piedra y construir pozos de tiradores o leves refugios antiaéreos.

En estos días de viaje por el teatro de operaciones del desierto occidental, sufrí la maldición del polvo, la arena y las moscas como nuevas plagas de Egipto. No resultaba difícil imaginarse al tanquista de las *panzer divisionen* o al infante australiano, de pantalones cortos, casco y botas, o al movilizado ciudadano londinense, con acento *cockney*, en el fragor de la batalla norteafricana, perseguidos por el polvo, desorientados: sólo la brújula o el fuego de las piezas artilleras les permitían a veces conocer su posición. En El Alamein, los guías y los gaiteros escoceses condujeron a la infantería del Octavo Ejército hasta las defensas de Rommel. Alexander Cliffors, corresponsal de guerra, señalaría que la arena pulverizada era fina como el rapé o la harina, penetraba a través de los párpados o los labios cerrados y atravesaba cualquier tipo de uniforme: «Es un polvo que se pega a los alimentos y a los cañones de los fusiles, o a los motores de los aviones. Estraga la boca, irrita los ojos y te convierte el pelo en una mata de estropajo». Un informe del cuartel general aliado señalaba en El Cairo, en junio de 1940: «Una de las pocas ventajas para los soldados con un desierto por campo de batalla es que no hay espectadores».

Aldeas tristes, del color de las dunas. Apenas encontré en ellas algo que llevarme a la boca. En la marcha hacia el Nilo, Sidi Barraní se me apareció fantasmal, débilmente alumbrada por lámparas de petróleo. Sidi Barraní sonó mucho en los partes de guerra del primer asalto, que opuso Wawell a Graziani, el mariscal de opereta. Wawell les dio duro

a los italianos allí, les obligó a replegarse hasta Fort Capuzzo y la frontera egipcia. Graziani, presa del pánico, pretendía retirarse aún más, pero Mussolini le frenó en seco. Ya estaba bien de fugas y humillaciones ante el enemigo británico. «He aquí un tipo con el que no puedo enfadarme porque lo desprecio», diría Mussolini de Rodolfo Graziani. Churchill necesitaba hombres y material para la defensa de Inglaterra, y tuvo que llamar a surafricanos, indios, australianos y neozelandeses para romper las defensas italianas del general Bergonzoli, quien logró huir. En Roma se hablaba de la lucha de la «pulga» italiana contra el «elefante» británico. Los australianos hicieron cuarenta mil prisioneros. «Una "pulga" muy singular», se enfadó Mussolini, que disponía de mil cañones entre Sidi Barrani y Tobruk. Los italianos correrían más allá de Tobruk perseguidos por la Séptima División Acorazada, que se abría camino entre tormentas de arena, con un severo racionamiento de agua. Luego llegaron las lluvias, el barro fatal para el avance de los carros. Pero Graziani no podía detener la ofensiva y se batió en retirada hacia Tripolitania. El general de la Séptima División Acorazada, Michael Creagh, logró recorrer 150 kilómetros bajo el claro de luna, hasta que la mañana del 5 de febrero dio con las columnas italianas que se deslizaban con lentitud hacia la vía Balbia. Los húsares del coronel Combe cortaron la carretera cerca de Beda-Fomm, y el grueso de la división blindada cayó sobre el flanco del enemigo. Los italianos arrojaron al suelo sus armas. Los australianos pudieron entrar en Bengasi: el número de prisioneros italianos se elevaba ya a 150.000. Esta vez, el general Bergonzoli, el humillado ante Guadalajara, el de la «barba eléctrica», que había escapado al cerco de Bardia y al de Tobruk, cayó en manos aliadas.

Hitler hizo el análisis de la situación: Inglaterra podía forzar a Italia a que abandonara la guerra, la tenía cogida por el cuello, con una pistola sobre la nuca. «El efecto moral —afirmó el *Führer* a la plana mayor de la Wehrmacht— sería desastroso, la posición estratégica de Italia es importante y tenemos ya un flanco débil en el sur de Francia. Hay que apoyar a Italia». Hitler le impuso una serie de condiciones a Mussolini. El general Graziani volvió a casa para ceder el puesto al general Garibaldi. El Deutsche Afrika Korps (DAK) estaba a punto con la Quinta División Ligera, un regimiento de carros y una división blindada, la 15 PD. Hitler había pensado en el general von Funck para mandar la fuerza expedicionaria, pero éste acababa de regresar muy escéptico de un viaje de reconocimiento a Tripolitania. Por eso, el elegido fue un general más optimista y rompedor llamado Erwin Rommel, comandante de su Cuartel General durante la

campaña de Polonia. Rommel fue llamado a Berlín el 6 de febrero y, tras una toma de contacto con los italianos en Roma, llegó a Trípoli nueve días después. Lo que Rommel encontró al llegar era peor de lo que había imaginado: un ejército italiano desmoralizado, mal mandado y mal pertrechado. Para los generales ingleses, la arena en los carburadores era una amenaza peor que la de los *bersaglieri*. El genio de la guerra móvil, Rommel, tomó nota. Sus carros del Afrika Korps tardarían en llegar. Churchill prefirió la prudencia, preocupado por la guerra en Grecia y los Balcanes: los ingleses habían llegado demasiado lejos, corrieron dos liebres estratégicas a la vez. Era hora de retirarse a las bases. Churchill se jugó mucho en ese envite, no sólo el Canal de Suez, la llave del paso hacia la India, sino los pozos petrolíferos de Oriente Medio. Una de sus primeras preocupaciones fue la defensa de Malta, la isla en la que repostaban los barcos que en la Edad Media se dirigían a las Cruzadas, la base del Mediterráneo Central en tiempos del almirante Nelson. En 1940, Malta era un muelle mal defendido por unas obsoletas baterías antiaéreas y unos pocos aviones antediluvianos, una roca sin vegetación y sin agua. En la capital, La Valetta, un sistema de túneles y galerías taladradas bajo la roca servía de refugio a los malteses. Los tres aviones Gladiator poco podían hacer frente los bombarderos italianos. Los llamaron *Fe, Esperanza* y *Caridad*. Llegaron luego algunos Hurricanes e incluso Spitfires, y el as canadiense, George Bernling, derribó una veintena de aparatos enemigos; pero, mes tras mes, los italianos no cejaron en sus bombardeos sobre la isla. Murió mucha gente. Bernling cayó después la guerra, al estrellarse en Roma con su sobrecargado *Michell* en uno de sus rutinarios vuelos de amunicionamiento hacia el recién independizado Estado de Israel el 28 de mayo de 1948.

Durante el verano, los británicos reforzaron sus posiciones en el fértil delta del Nilo. El general Wawell pudo comprobar que mientras aflojaba a la presión de Hitler sobre Inglaterra, crecía el envío de armas al ejército del Nilo. Todo le sería necesario para combatir al nuevo enemigo. Rommel no era Graziani, para desgracia de los británicos. El general O'Connor había sido cortés con el adversario prisionero, el general Bergonzoli, al que destrozó en Beda-Fomm. Al llegar hasta él, después de pasar por depósitos de munición, tiendas, camiones abandonados y miles de prisioneros, se disculpó ante el general italiano: «Perdone porque no hayamos podido atenderle mejor, no ha dado tiempo». Replicó Bergonzoli: «Ya he visto que traían mucha prisa». En efecto, O'Connor había recorrido casi 800 kilómetros, derrotado a un ejército 5 veces mayor que el suyo, tomado ciento cincuenta mil prisioneros, ganado cuatrocientos tanques, mil

doscientos noventa cañones y cientos y cientos de camiones. Tan sólo perdió mil setecientos cuarenta y cuatro hombres. Era la *blitzkrieg*al estilo británico. Tan sólo le quedaba el salto a Trípoli, pero la estrategia requería el envío de unidades a otros frentes de guerra: Grecia, los Balcanes, Etiopía o Sudán. Los soldados de O'Connor necesitaban un reposo después de tan larga y fatigosa cabalgada. La llegada de Rommel se hizo notar: los ingleses y los australianos, al son de sus canciones favoritas como *Waltzing Matilda* o *El mago de Oz*, iban a volver por donde vinieron. Ahora les tocaba empujar a los alemanes, con «el Zorro del Desierto» a la cabeza.

ROMMEL

La reputación de Erwin Rommel no ha hecho sino crecer a los 50 años del fin de la guerra. Era ya admirado en las 2 partes por su dominio de la guerra moderna, pero también por su magnetismo, su capacidad de mando, su popularidad entre los soldados, su caballerosidad y el buen trato que daba a sus prisioneros. «La audacia, el uso de la sorpresa, la disposición para aceptar riesgos y la intuición del campo de batalla —escribe en *Los generales de Hitler* Martin Blumenson, teniente coronel retirado, ex combatiente de la II Guerra y profesor de Relaciones Internacionales— distinguieron a Rommel en el ejercicio del mando». Con menos recursos que el enemigo, sin apoyo aéreo y con un servicio de inteligencia inferior al de los aliados, demostró que era soberbio en el ataque y en la retirada. Había sido herido y condecorado en la I Guerra Mundial. Se ganó a pulso la promoción, ya que no formaba parte de la aristocracia militar ni del grupo de enchufados del Estado Mayor.

En un medio en el que lo normal era el monólogo, Rommel sabía escuchar y sabía mandar. Su comportamiento en la I Guerra fue impresionante. Luego, estuvo en las trincheras, fue un héroe de la batalla de Caporetto en la que los italianos perdieron doscientos cincuenta mil hombres: le condecoraron con la medalla *Pour le Mérite*, la misma que recibió Goering en la I Guerra por su actuación como piloto, reservada tan sólo para excepcionales actos de valor —el futuro filósofo Ernst Jünger sería distinguido con ella—. También Rommel dio clases en la Academia de Dresde, publicó un libro titulado *Ataques de infantería* y estuvo con Hitler en Los Sudetes (Checoslovaquia) al frente del batallón de seguridad del *Führer*. Rommel vivió al lado de Hitler a su regreso a Berlín tras la campaña de Polonia: no le interesaba la política, pero en esos primeros tiempos admiraba la

determinación de Hitler. Despreció, en cambio, a muchos de los que le rodeaban. Hitler admiraba en Rommel su valentía, su imaginación para hacer la guerra y su modestia, tan distinta al talante de los *junkers*, los aristócratas del ejército. La protección personal de Hitler era un honor, pero el lugar de Rommel estaba en el campo de batalla. Soñaba con una división acorazada, deseaba entrar en acción. Los despachos y las academias no eran su sitio. Hitler le concedió la división acorazada. A los 48 años, Rommel tomaba el mando de la Séptima División de Panzer, acantonada en Godesberg, en el Rin.

La primera característica de Rommel como jefe era su aproximación al frente. No era un guerrero de cuartel general. «Los soldados —afirmaba— necesitan un contacto físico con su comandante en jefe. En momentos de pánico, de fatiga o desorganización, o cuando se necesita algo extraordinario de ellos, el ejemplo personal del comandante obra milagros, sobre todo si ha tenido la habilidad de crear una especie de leyenda a su alrededor». Esta cercanía al peligro le costaría numerosas heridas a lo largo de su carrera; la última de ellas, cuando dos aparatos aliados atacaron en julio de 1944 el coche en el que viajaba por una carretera de Francia. El conductor, herido de muerte, estrelló el coche contra un árbol. Para entonces, 3 días antes del atentado contra Hitler, ya había perdido la confianza en el *Führer*. Algunos conjurados pensaron en Rommel para sucederle.

La campaña de Francia haría de Rommel el «Caballero del Apocalipsis», un héroe popular en su patria. Su ofensiva con la Séptima División de Panzer hizo que un derrotado general francés le dijera con admiración: «Es usted demasiado rápido para nosotros». En 6 semanas de campaña capturó 100.000 prisioneros y más de 450 tanques franceses; sólo perdió 682 soldados, 1646 resultaron heridos y 296 desaparecidos. Sin embargo, su hora más alta llegaría cuando Mussolini, con la cuerda al cuello, solicitó la ayuda de Hitler en el norte de Africa. Rommel dispondría de una ventaja inicial en medio de un cuadro de desastre: el Gobierno británico había decidido intervenir en Grecia, invadida por Mussolini. Los italianos le imploraron a Rommel la salvación de Trípoli, la capital.

No había tiempo que perder. Rommel puso manos a la obra para reconquistar la Cirenaica, cuya capital era y es Bengasi. La ofensiva empezó el 31 de marzo de 1941 y fue demoledora. Con dos divisiones alemanas, cuatro divisiones de infantería italiana y dos divisiones acorazadas italianas, desalojó a los británicos de El Agheila y de Bengasi. ¿Quién podría detener a tamaña fuerza de la naturaleza, a la avalancha blindada? Tan sólo quedó Tobruk, aislada en manos de los ingleses. La falta de gasolina detuvo el avance del Afrika Korps, pero

la guerra relámpago en el desierto dejó estupefacto al mundo. Martin Blumenson recoge una frase del general *sir* Claude Auchinleck, que sustituyó a Wawell en junio de 1941, dirigida a su Estado Mayor: «Caballeros, hablamos demasiado de nuestro amigo Rommel».

Auchinleck inició su ataque contra Rommel el 18 de noviembre de 1941; le hizo retroceder hasta Marsa El Brega. Esa vez, en la ofensiva «Crusader». (Cruzado), Rommel perdió 38.000 hombres y 340 tanques. Se encontraba corto de carburante y víveres, pero logró salvar lo esencial para un nuevo contraataque. Al héroe de la guerra mecanizada le tocaba mover sus piezas, y lo hizo con su furia y coraje habituales. Había recibido nuevos suministros de hombres y vehículos acorazados gracias a que el general Kesserling (el mismo que dijo: «la marina alemana es imperial; el ejército de tierra, republicano; y la aviación, nazi») logró dominar los cielos del Mediterráneo central. El 21 de enero, Rommel puso en marcha sus carros y en menos de 2 semanas retomó Bengasi y Derna. A partir de ahí, alemanes y británicos procedieron a preparar sus tropas para la ofensiva. El ataque británico estaba previsto para junio. Con su característica rapidez de reflejos, Rommel adelantó su embestida a finales de mayo.

La ventaja de Rommel era su autonomía, su arrojo. Las fuerzas británicas sufrieron problemas de coordinación con la cadena de mando. El general alemán destruiría 260 tanques en Tobruk y ocuparía la ciudad, haciéndose con 30.000 prisioneros. Los colonos italianos recibieron entre aclamaciones a los soldados de Rommel. Bir Hakeim cayó en manos italo-alemanas. Era un rayo de gloria para la decaída Francia libre, el intento de transformar una derrota, un puñado de voluntarios franceses enfrentados a fuerzas superiores, en una victoria moral. El general Koenig protestó a Londres por este intento de rehabilitación nacional, por un episodio minúsculo en medio de una gran guerra: «No es necesario que conviertan el cerco de Bir Hakeim en una novela; yo soy un soldado, no un payaso». Pero la desesperada y fallida defensa de Bir Hakeim sirvió para estimular el movimiento de resistencia francés.

Winston Churchill recibió en Washington la noticia de la caída de Tobruk. Después del desayuno, el presidente Roosevelt le tendió un telegrama que acababa de recibir: «Tobruk se ha rendido con 25.000 hombres». El cañón de 88 milímetros y la brillantez de Rommel, su capacidad para decidir y afrontar el riesgo, dieron unos resultados que dejaron mudo a Churchill. El rey Faruk de Egipto se entrevistó secretamente con Rommel para preparar su entrada en El Cairo. El Afrika Korps se había convertido en una gran maquinaria de guerra, resuelta en el ataque y tenaz en la defensa. Sus soldados fueron

adiestrados en una zona arenosa de la Península Báltica: recibieron tempestades artificiales de arena, vivieron con altas temperaturas, les racionaron el agua y la comida. Nada les sorprendió cuando desembarcaron en Trípoli. El 7 de junio, los ingleses habían perdido ya 10.000 hombres. La batalla de Gazala se saldó con la destrucción completa de las unidades acorazadas británicas. El campamento era una ruina humeante de carros Grant, Stuarts y Crusaders. Olía a carne humana carbonizada: el antitanque de 88 milímetros, de tubo largo y elevada velocidad de disparo, hizo otra vez de las suyas. La victoria tuvo su recompensa: Hitler nombró mariscal de campo a Rommel. A los 49 años, era el más joven del ejército alemán.

No duraría mucho su felicidad, porque el 1 de julio de 1942, el general Auchinleck sometió a un duro castigo artillero a sus extenuadas fuerzas. A mediados de julio, Rommel escribió a su mujer: «Desde el punto de vista militar, este es el peor período que he vivido hasta ahora». El Octavo Ejército se reforzó de forma considerable, mientras disminuían los aprovisionamientos del enemigo. En septiembre, el nuevo comandante del Octavo Ejército, Bernard Montgomery, derrotó a los alemanes en Alam Alfa. «Monty» se negó a librar una batalla fluida: organizó una sólida defensa estática protegida por la superioridad aérea de la RAF. La conquista de Tobruk, que los alemanes celebraron con un pantagruélico banquete a base de buey australiano, patatas irlandesas, cerveza enlatada y salchichas, fue un efímero episodio. Mientras el olor de las salchichas fritas subía desde los campamentos de Tobruk hasta desaparecer en la brisa del mar, Churchill pensaba en las repercusiones de la caída de la ciudad libia. El presidente Roosevelt le preguntó en ese momento: «¿Hay algo en especial que pueda hacer por usted?». «Desde luego que sí —repuso Churchill—: entréguenos todos los tanques Sherman que pueda y envíelos al Oriente Medio lo antes posible». Sin más demora, 300 carros Sherman y 100 cañones sin retroceso fueron despachados al Canal de Suez en 6 transportes. Cuando uno de estos buques se hundió en la travesía, Roosevelt ordenó que cargaran otro con 70 tanques más.

Al regresar a Londres, a Churchill le esperaba una desagradable sorpresa: una moción de confianza en la Cámara de los Comunes. Había diputados de su propio partido, el conservador, que discrepaban sobre la conducción de la guerra. El primer ministro venció por 475 votos contra 25. Al día siguiente, recibió un telegrama del presidente Roosevelt: «Muy bien por usted». Churchill estaba obsesionado con Rommel. Hitler, confiado en la conquista de El Cairo y del delta egipcio, le escribió a Mussolini para que prestase todo el apoyo

posible al «Zorro del Desierto»: «La diosa de las batallas visita a los guerreros tan sólo una vez».

Pero una de las constantes de Montgomery fue ésta: nunca envió a sus hombres a la batalla hasta que estuvo convencido de que podía ganarla. «Monty» se servía de un lenguaje lleno de confianza en sus fuerzas: «Le voy a poner (a Rommel) la nariz como un pimiento morrón», aseguró con el sentido del desafío de un campeón de boxeo. Formó el nuevo equipo de mando con el general Alexander. Eran 2 tipos humanos contrapuestos: Alexander era el aristócrata encantador, formado en Harrow y Cambridge, con aire de gran señor (decían que había nacido con el bastón de mariscal bajo el brazo); en cambio, Montgomery era nervudo, duro, de voz seca, cortante, admiraba a Moisés y a Cromwell. Sus seguidores decían con exageración que era calculador como Wellington y que tenía el sentido táctico de Marlborough. Había crecido al amor de la Biblia y bajo la amenaza de los azotes de su severa madre. Estuvo en la India como joven oficial en 1908 y le chocó el estilo de vida de los oficiales entregados a la ginebra, al juego del polo y a pasarlo bien. Montgomery luchó toda su vida contra la indolencia. Fue austero hasta el ascetismo. No bebía ni fumaba. Leía todos los días la Biblia y se acostaba temprano. Fanático del esfuerzo físico, excéntrico como sólo lo puede ser un inglés, fue la imagen opuesta a la que ofrecía el afable Alexander. Las virtudes de uno cubrían los defectos del otro y viceversa. Un mando eficaz para la batalla que se avecinaba en El Alamein. El fracaso de Auchinleck se debió quizás a que fue incapaz de encontrar un buen comandante en jefe para el Octavo Ejército. Había luchado en las montañas y en los valles de la India, pero desconocía los secretos de la guerra en el desierto. «Yo creo que Auchinleck —según palabras de Montgomery en sus *Memorias*— no seleccionaba bien a su gente». Sus adversarios creían que «Monty» sólo era capaz de vencer con fuerzas muy superiores.

Una anécdota nos revela la personalidad de Bernard Montgomery: después de su inesperado nombramiento para mandar al Octavo Ejército con la misión de derrotar a Rommel, el general Ismay, jefe de gabinete de Churchill, le acompañó al aeropuerto. De pronto, «Monty» se entregó a un monólogo lleno de melancolía, una jeremiada: «El soldado entrega toda su energía a la tarea, vive años de disciplina, de estudio y hasta de peligro personal. A cambio, recibe el mando, gana una batalla, su nombre suena con timbre de gloria. Pero he aquí que su fortuna cambia, pierde una batalla y se le considera un fracasado, una ruina». «No se preocupe —le respondió el general Ismay para calmar sus nervios—. Todo indica que es usted el que va a ganar». Con

gesto de sorpresa, «Monty» reaccionó: «Pero, ¿qué dice usted, querido Ismay? Yo hablaba de Rommel, porque eso es lo que le espera a él».

Lo primero que Montgomery hizo al llegar al mando fue cancelar un plan de retirada que ya estaba en marcha; lo segundo, prohibir que los oficiales fumaran en las reuniones con él; y lo 3º, prohibir que tosieran. «Caballeros —dijo en el primer encuentro con sus oficiales de Estado Mayor—, les daré un minuto para que tosan. Después de ese minuto, no quiero toses». Anunció su decisión de reagrupar las fuerzas, de concentrarlas como los alemanes en grandes batallones para el martillazo masivo en un punto crítico. Convencido de que «Monty» era la mejor elección para doblegar a Rommel, Winston Churchill voló hacia Teherán y después hacia Moscú, donde se entrevistó con Stalin: la invasión aliada de Francia, prevista para 1942, tendría que esperar. En cambio, la «operación Antorcha», el desembarco norteamericano en el norte de Africa, estaba a punto. Fue lo que Churchill explicó a Stalin. Trazó en un papel la figura de un cocodrilo y contó a Stalin que el plan consistía en atacar al bajo vientre del saurio y en el hocico. El ateo Stalin exclamó deslumbrado: «¡Dios quiera que el plan funcione!».

Stalin parecía encantado, pero fue al día siguiente cuando cambió el panorama: cubrió de insultos a los británicos, a los que acusaba de cobardía. Todo el peso de la batalla contra el nazismo caía sobre sus espaldas. Churchill no era de los que se quedaban callados. Asestó un golpe de puño sobre la mesa y empezó a desgranar sus razones y argumentos con la contundencia habitual del león *tory*. El general Alan Brooke, jefe del Estado Mayor, reprodujo la escena en sus *Memorias:* «Sólo recuerdo el comienzo de su discurso ante Stalin: “De no haber sido por la capacidad combativa del Ejército Rojo en Stalingrado…”. La reacción de Stalin al torrente de palabras que siguió fue notable, continuó chupando de su pipa, una lenta sonrisa apareció en su rostro y, cuando el intérprete empezó a traducir las palabras de Churchill, le hizo callar con un gesto y dijo: “No entiendo una palabra de lo que ha dicho, pero Dios sabe que aprecio sus sentimientos”».

Con la aprobación de Stalin, Churchill volvió a Londres para poner en marcha la «operación Antorcha». Sus 2 comandantes, Eisenhower y Clark, eran ya amigos suyos y compartían el mismo gusto por las chuletas irlandesas, uno de los platos preferidos del primer ministro inglés. Después de un intercambio de telegramas con el presidente Roosevelt, quedó fijada la fecha para el desembarco norteamericano en Argel, Marruecos y Túnez: el 8 de noviembre de 1942.

Mientras tanto, en el desierto, Rommel lanzó sus efectivos contra

las posiciones de Montgomery. Esta vez pincharía en hueso porque, con el material recién llegado, el ataque alemán se estrelló contra las defensas británicas. Aunque Rommel no lo supiera, los mapas que habían capturado a los ingleses eran falsos. Tras el fracaso del primer fuego de barrera, Rommel se retiró para poner en práctica su truco favorito: la colocación en línea de sus cañones de 88 milímetros. Pero el contraataque no llegó esta vez porque «Monty» había decidido que sólo lucharía en un terreno elegido por él.

Cuando visité la impresionante necrópolis de El Alamein, el cementerio inglés desparramaba sus tumbas a la derecha de la carretera que conduce a Alejandría. Subí por una escalinata de piedra. Bandas de mármol forraban las paredes del mausoleo con la inscripción de los nombres de los soldados muertos en la batalla. Un jardinero egipcio cuidaba del césped, una jugosa prolongación en pleno desierto de los parques de Londres. Mantener estas zonas de hierba con riego continuo, como un desafío a la climatología, a la sequía, era un detalle muy británico. Como lo era el libro de *visitors* en el que los viajeros dejaban constancia de su paso por El Alamein. Las frases que leí eran emocionales, sinceras, de los ex soldados o de los hijos y familiares de los que murieron allí. De los testimonios escritos en el libro de visitantes en el mausoleo recogí la frase de un viajero español llegado pocos meses antes que yo: «Desde España —decía—, estuve de corazón cerca de vosotros. Gracias». Un visitante inglés escribió: «Espero que lucharan para evitar otra guerra».

Doce mil tumbas se extienden por el camposanto. En 2 enormes nichos se guardan las cenizas de los cuerpos incinerados. Me detuve en el sepulcro de un aviador inglés: «No buscó la fama, perdió su joven y preciosa vida. ¿De quién es la culpa?», leí en el epitafio. Con la ayuda de los prismáticos tendí la mirada hacia El Alamein, un manojo de casas a un kilómetro sobre el horizonte hacia la depresión de Qatara. El Alamein, un eslabón en la historia contemporánea, ni siquiera tenía el rango de una aldea. No lo es hoy tampoco, aunque el eco de la gran batalla había hecho brotar un hotel en la costa y un museo de guerra. Era tan sólo un apeadero del ferrocarril. Su nombre, como el de Stalingrado, se convirtió en materia de primera página. Con la ayuda de las películas y los libros (el Rey nombró a Montgomery vizconde de El Alamein), la batalla pasó a formar parte del folclore británico.

El combate fue muy desigual. Rommel se encontraba al límite de sus fuerzas, con la tensión alta, el hígado averiado y problemas de circulación. No lo confesó, pero se sentía descorazonado: los suministros no llegaban y empezaba a ver claro que el Eje perdería la

guerra. Salió de Africa del Norte el 22 de septiembre de 1942, en baja por enfermedad. Se detuvo en Roma para decirle a Mussolini que, si no recibía abastecimientos, lo mejor sería evacuar las fuerzas desplegadas en el frente norteafricano para la defensa de Europa, que veía en Rommel al soldado hecho para la guerra. Mussolini le respondió:

> «¿Quién le ha dado vela en este entierro?». Rommel siguió viaje hacia la Prusia oriental, la guarida del lobo de Hitler, en Rastenburg, donde puso sobre el tapete los mismos argumentos. El *Führer* se lanzó a uno de sus habituales monólogos sobre nuevas armas invencibles, el tanque Tigre y el lanzacohetes Nebelwerfer, un mortero móvil de 6 tubos. Después, Rommel se retiró a Semmering, cerca de Viena, para pasar un período de cura y restablecimiento junto a su mujer. «Mientras descansaba y se recuperaba, le expresó a su mujer —escribe Blumenson— las primeras reservas sobre Hitler, cuya absurda estrategia llevaba a Alemania al desastre».

El nuevo comandante en jefe, *sir* Harold Alexander, y el jefe del Octavo Ejército, Bernard Montgomery, con 40.000 soldados de refresco y 300 tanques Sherman, lanzaron el 23 de octubre de 1942 la 2ª batalla de El Alamein. Al día siguiente, un miembro del Cuartel General de Hitler telefoneó a Semmering para informar a Rommel de que su sucesor al frente de la *Panzerarmee Afrika*, el general Stumme, había fallecido de un ataque al corazón. ¿Le importaría volver a tomar el mando de las operaciones? Poco después, recibió la llamada de Hitler en el mismo sentido. Erwin Rommel llegó a Trípoli al anochecer del 25 de octubre. Al día siguiente, al amanecer, se dio una vuelta de inspección por el frente. Lo que vio no le gustó nada: los británicos de Alexander y «Monty» dominaban el cielo y el mar y se disponían a barrer a las fuerzas italo-alemanas. No había nada que hacer, ese fue el mensaje que hizo llegar a Hitler y Mussolini.

La batalla sería desproporcionada, aun cuando en Alejandría, a 96 kilómetros, crecía el temor a la victoria alemana y todo Egipto sufría el *flap*, el pánico. Se había producido en Egipto una corriente de simpatía hacia Rommel: era el caudillo llamado a liberarlos del yugo inglés. Así pensaba, entre otros, el futuro presidente Sadat, sin tener en cuenta al servicio de qué y de quién estaba el genio táctico de Rommel.

El comandante del Afrika Korps, con su gorra, sus legendarias gafas de tanquista y su pañuelo al cuello, se vio obligado a suplir con astucia e imaginación la falta angustiosa de carburante, la ausencia de apoyo aéreo y naval, de munición y de carros de combate. La proporción de fuerzas en línea de batalla el 23 de octubre era de 3 a 1

a favor de Montgomery. Los efectivos del Octavo Ejército se elevaban a 230.000 soldados, frente a los 77.000 del Afrika Korps y de las divisiones italianas. Montgomery contaba con 1.400 tanques, de los cuales 480 eran Sherman o Grants, frente a los 500 del adversario, de los que sólo 200 eran alemanes. Una superioridad de 6 a 1 en carros de combate si descontamos los ridículos M-40 italianos, tanques casi inservibles, conocidos como «ataúdes de acero». En la retaguardia, «Monty» guardaba otros 1000 carros de reserva. Los británicos emplazaron frente a la fortaleza de arena de Rommel 892 piezas artilleras, el Eje contaba con 522; Montgomery reunía 880 aviones, Rommel, 129. Por añadidura, la *Royal Navy* dominaba el Mediterráneo.

«Rommel —me explicó en Alejandría un suizo que vivió los años de la guerra— logró despistar con frecuencia a los servicios británicos de espionaje. Ataba arbustos y maleza a la parte posterior de sus carros. Así, la polvareda hacía creer a los aviones “chivatos” que su fuerza era superior a la real. En varias ocasiones nos prepararon para la evacuación de Alejandría. La llegada de Rommel parecía inminente».

Cuando Hitler le nombró mariscal de campo, Rommel contestó: «Hubiera preferido una división más». El mando británico disponía en el Oriente Medio de seiscientos cincuenta mil hombres, la mayoría soldados bien entrenados que se batieron el cobre en el desierto. Tan sólo necesitaban orden en el mando, un jefe que les insuflara el fuego de Júpiter, que les transmitiera confianza: Gott, el Rommel británico, fue el elegido. Alexander y el Estado Mayor pensaron en Montgomery cuando el avión del general Gott, que le llevaba de permiso a Bombay, fue interceptado por 2 Messerschmitt a poco de despegar de El Cairo. Le obligaron a aterrizar y lo destruyeron en tierra, muriendo el general. En 12 días de lucha, «Monty» evitó que Rommel se fotografiara como un nuevo Napoleón a la sombra de las pirámides. Fue él quien destruyó el mito de la invencibilidad de Rommel. El «Zorro del Desierto» sobrevivió gracias a las raciones de Tobruk. Sus hombres fumaban tabaco inglés, se alimentaban con conservas norteamericanas y chuletas australianas y viajaban en vehículos fabricados en Coventry o en Detroit.

Las relaciones entre italianos y alemanes no podían ser peores: a la arrogancia germana se unía a la susceptibilidad italiana. Rommel diagnosticó las causas de la debilidad italiana: ineficacia y corrupción del régimen fascista, derrotismo y hasta sabotaje por parte de los oficiales, que, aunque luchaban al lado de los alemanes, deseaban su derrota. Después de 3 semanas de espera en Libia, donde había

llegado conduciendo su propio avión, Benito Mussolini, que esperaba entrar en El Cairo en su caballo blanco, hubo de volver grupas a Roma, decepcionado. En ese tiempo, Rommel ni siquiera se dignó visitarle en su residencia de Bengasi. El conde Ciano, ministro de Asuntos Exteriores italiano que fue fusilado por orden de Mussolini en la República de Saló, recordaba las palabras de Frangois-Poncet el día de la declaración de guerra a Francia: «Los alemanes son jefes muy duros. Duros y despreciativos». Hitler aseguró: «Lo que Polonia, Noruega, Francia, Rusia y Africa no han conseguido, los italianos están a punto de lograrlo: desmoralizan a mis soldados».

El alto mando italiano devolvió a Roma el caballo blanco del *Duce*. Mientras tanto, la leyenda de Rommel crecía y crecía. Había ganado fama de caballeroso y humano en el Octavo Ejército. Charlaba con los prisioneros y les ofrecía pitillos, hasta el punto de que hubo en su Estado Mayor quien llegó a creer que era más atento y considerado con los prisioneros que con ellos mismos. Se dijo luego que la batalla de El Alamein fue la última en la que se respetó el *fair play*, el juego limpio, la última batalla entre caballeros. Los británicos eran cautivos psicológicos de la figura de Rommel. Por eso fue elegido «Monty». Auchinleck llegó a decir ante sus jefes y comandantes: «Existe un peligro en el hecho de que nuestro amigo Rommel se esté convirtiendo en una especie de mago a los ojos de nuestras tropas. Hablan demasiado de él. No es un superhombre ni tiene poderes sobrenaturales». Luego dio una orden a su Estado Mayor: debían hacer todo lo posible para borrar de la cabeza de los soldados la idea de que Rommel fuera algo más que un buen general.

También en Gran Bretaña creció la simpatía de la opinión pública hacia el general enemigo. Churchill fue criticado cuando dijo en los Comunes: «Tenemos ante nosotros un adversario diestro y arrojado, y debo decir que, al margen de la desgracia de la guerra, un gran general». Alexander vio en él a un notable estratega con desconcertante habilidad en el empleo de sus divisiones blindadas en acción y muy rápido en el descubrimiento de los puntos críticos y en aplicar los cambios precisos a una batalla de movimiento. Pero le achacaba una tendencia a sobreexplotar sus éxitos inmediatos sin pensar en el futuro. El general Halder, el jefe de Estado Mayor de la Wehrmacht, llamaba a Rommel «loco de atar». En la lista de los piropos no podía faltar el de su rival, Montgomery, que, a raíz de su reencuentro en las playas de Normandía en 1944, opinó así: «Rommel es un comandante decidido y enérgico. Desde su llegada, todo ha cambiado. Su secreto es el ataque fulminante, el rompimiento de líneas. Para una batalla de posiciones fijas resulta demasiado

impulsivo».

Quizá por esta razón, Montgomery, un táctico al estilo clásico, le planteó una batalla conservadora, de posiciones, apoyado en su fuego artillero organizado. Llegó a intuir sus movimientos y, como prometió al general Alexander, «le hizo añicos» en El Alamein. Rommel era un hombre modesto y sin pretensiones, claro, enérgico y dotado de sentido común. Su mayor fallo fue la tendencia a atribuir los errores propios a la incompetencia de los demás. «Su mayor éxito —escribe Correlli Barnett, autor de *Los generales del desierto* y encargado de los archivos de Churchill— fue el de convertir lo que Hitler vio como una acción defensiva menor en el norte de Africa, en una campaña que obsesionó a Churchill y que por espacio de 2 años atrajo los esfuerzos del imperio británico».

Rommel tenía muchos puntos en común con el general George Patton, el primer experto norteamericano en la conducción de la guerra en movimiento. El temperamento de Patton, que saltó a los periódicos cuando pegó a un soldado enfermo, no podía compararse a la cortesía y el buen talante de Rommel, pero Martin Blumenson los emparejó por su carisma y su coraje, su preparación técnica y su voluntad de hierro, su afición a jugar fuerte y su impacto en la opinión pública. Cuando Patton desembarcó en Túnez con la «operación Antorcha», Rommel se había ido ya; en Normandía, cuando llegó Patton, el «Zorro del Desierto» se encontraba en el hospital tras el ataque aéreo contra el automóvil en el que viajaba.

Cuando tocaba Alejandría con los dedos, Rommel se sintió al borde del derrumbamiento físico, lo mismo que su Afrika Korps. Su médico, el profesor Horster, le diagnosticó «una afección estomacal crónica, catarro intestinal, difteria nasal y perturbaciones en la circulación», todo ello acompañado de dolores tan violentos que le producían desvanecimientos. «El mariscal —concluía el informe médico— no está en condiciones de dirigir la próxima ofensiva». Rommel ofreció un nombre para sustituirle, el de Guderian. «Inaceptable», respondió Hitler. El «Zorro del Desierto» debía quedarse donde estaba tres años después del comienzo de la II Guerra Mundial con la invasión de Polonia. A los tres años, el cuerpo de Rommel, sometido desde Polonia a un trabajo sobrehumano, daba claras muestras de venirse abajo.

NOVECIENTOS CAÑONES AL CLARO DE LUNA

Eran las 21.40 del 23 de octubre de 1942 y una luna llena, brillante,

iluminaba El Alamein. De pronto, abrieron fuego las baterías inglesas. Fue un concierto de 900 cañones al claro de luna. Fred Majdalani, que estuvo allí, lo ha definido como «la noche de los cañones y de las minas». Desde 1918 no se había visto un fuego artillero tan impresionante. El desierto se incendió desde el mar hasta los lagos salados de la depresión de Qatara, en un frente de unos sesenta kilómetros. «La noche era tranquila y clara —escribió Montgomery en sus *Memorias*— y el efecto fue terrorífico. La reacción del enemigo, sorprendido por la violencia y lo repentino del bombardeo, fue más lenta que de costumbre».

Montgomery eligió el «Día D» con sumo cuidado. Necesitaba siete días seguidos de luna llena y escogió el 23 de octubre para el arranque de su ofensiva. Por simple que les pueda parecer a los profanos, la guerra del desierto se libró con una atención constante a la meteorología. Como el capitán de un equipo de fútbol que elige campo según la incidencia del sol o el viento, así los estrategas de uno y otro lado desencadenaban sus ataques en función de la posición del sol. Temprano por la mañana, cuando el sol podía cegar a los soldados del eje, era el momento preferido por el Octavo Ejército. A última hora de la tarde atacaba el ejército de Rommel. Muy raras veces se entablaba batalla en la canícula del mediodía. La noche del 23 de octubre, «Monty» se alió para su ofensiva con la luz de la luna. Rommel estaba atrincherado en El Alamein en inferioridad de condiciones. Churchill telegrafió al presidente Roosevelt: «La batalla de Egipto comienza esta noche a las ocho, hora de Londres. Todos los Shermans, los Grants y los cañones que usted nos envió serán decisivos en la batalla».

Erwin Rommel trató de detener la ofensiva aliada con un cinturón defensivo al que llamó «los jardines del diablo», un largo perímetro de campos minados, más de medio millón de artefactos explosivos plantados desde la costa hasta las arenas movedizas de Qatara. A las 21.55, quince minutos después de abierta la batalla de El Alamein, la artillería de «Monty» enmudeció durante 5 minutos. A las 22.00, la «Hora H» del ataque, la artillería volvió a abrir fuego, esta vez en unas coordenadas concretas, hacia las posiciones de vanguardia del enemigo. El fuego artillero continuó durante toda la noche. La infantería recibió la orden de empezar la ofensiva y avanzar por tierra de nadie hacia las posiciones minadas. Montgomery, con una flema sorprendente, se retiró a dormir.

La infantería del Octavo Ejército trató de abrir 2 corredores a través de los campos minados con las terribles S y las Teller antitanque. A las 5.30, después de una lucha porfiada y sangrienta, se

alcanzaron los 2 objetivos: el doble boquete en la línea defensiva alemana e italiana. Las divisiones blindadas del Octavo Ejército penetraron entonces a través de las brechas abiertas. La 15 División Panzer del Afrika Korps opuso una feroz resistencia. Fue entonces cuando, desaparecido Stumme, se produjo el relevo en el mando. Cuando Rommel llegó desde Semmering, la balanza se inclinaba ya hacia los aliados. El general alemán Beyerlein diría más tarde: «Rommel se hizo cargo de la batalla cuando se habían agotado todas nuestras reservas. Ninguna decisión podía cambiar el curso de los acontecimientos».

El frente italo-alemán se resquebrajó en varios puntos. Se habían agotado los depósitos de combustible alemanes. Rommel intentó un contraataque el día 26, pero sin demasiada convicción. El Alamein se transformó en un caos de polvo, arena y metralla. Los soldados no veían más allá de sus narices. La aviación británica hizo estragos en las posiciones del Eje. Alguien dirá que no fue en puridad una batalla ganada por los tanques, sino por la infantería y la aviación. Tras 12 días de combate, las fuerzas alemanas, sin tropas de refresco en la retaguardia, se dieron por vencidas y se batieron en retirada hacia Tripolitania a lo largo de más de 2.000 kilómetros.

Las bajas británicas se cifraron en 13.500. Montgomery perdió 500 carros de combate. El número de los prisioneros hechos a las tropas del Eje se elevó a 30.000, de los cuales 10.000 eran alemanes. Se calcula que murieron 10.000 soldados y oficiales del ejército germano-italiano y que otros 15.000 resultaron heridos. La Panzerarmee Afrika dejó sobre la arena 450 carros de combate y 1000 cañones. La batalla de El Alamein, que el general Hans Cramer definió como «una guerra entre *gentlemen* (caballeros)», ofreció escenas escalofriantes. Durante varios días se extendió por el campo de batalla un penetrante olor a carne humana quemada. La náusea se acentuó con los cuerpos de los soldados en putrefacción, acelerada por el sol del desierto occidental.

Una vez roto el cordón defensivo italo-germano, a Montgomery, «el general cuidadoso, metódico y seguro», según lo definió, de forma exagerada, Eisenhower, tan sólo le quedaba mover sus piezas. Erwin Rommel confesaría en su libro *Guerra sin odio*: «Aquella noche me quedé con algunos de mis colegas en la carretera de la costa, cerca del antiguo cuartel general. Desde ese punto distinguía los continuados fogonazos y las granadas que estallaban en la oscuridad. También llegaba a mí el fragor de la batalla. Las formaciones de bombarderos nocturnos ingleses venían en incesantes oleadas, arrojando su mortífera carga sobre nuestras tropas e iluminando toda la zona de combate con sus bengalas lanzadas en paracaídas, que permitían ver

como si fuese de día. Nadie podrá imaginarse jamás la angustia que entonces nos agobiaba. Aquella noche apenas dormí. La pasé levantado, paseando nerviosamente y preguntándome cómo iría la batalla y qué decisiones debería adoptar. Me parecía dudoso que pudiésemos continuar resistiendo por mucho tiempo unos ataques de tal violencia, que yo sabía que los ingleses intensificarían aún más».

Rommel tenía razón: se intensificaron día a día hasta aplastar a sus fuerzas. Al «Zorro del Desierto» tan sólo le quedaba salvar los muebles. La presencia y potencia del moderno arsenal norteamericano había llegado hasta El Alamein. «Lo único que los norteamericanos son capaces de fabricar son hojas de afeitar y neveras», ironizó el mariscal Goering. Allí estaban sus tanques y sus parques de granadas de 40 milímetros en manos de combatientes tan magníficos como las «ratas del desierto», la Séptima División Blindada, que rompió con gritos de guerra el extraño silencio que se hizo tras las primeras salvas de acero. Mientras tanto, Rommel tan sólo recibía mensajes de Hitler, no habría más tanques ni abastecimientos de víveres, pero tenían de su parte esa abstracción llamada voluntad. «El enemigo cuenta con superioridad numérica —decía el mensaje de Hitler a Rommel—, pero también él terminará por encontrarse sin recursos. No será la primera vez en la historia en que la fuerza de voluntad prevalece ante los batallones más fuertes del enemigo. El único camino que podéis mostrar a vuestras tropas es el que conduce a la victoria o a la muerte». Sorprendido por estas palabras, Rommel comentó con amargura: «Es pedir lo imposible, porque hasta el soldado más valiente puede morir bajo una bomba».

No deja de ser curioso que un teórico militar inglés, Liddell Hart, iniciara con sus textos al mariscal Rommel en el arte de utilizar los carros de combate. Y es más curioso todavía que Rommel enseñara a los británicos la mejor forma de manejar esos tanques. Como reconocería el propio Rommel: supieron aprender de la movilidad del Afrika Korps. Debido a lo que llamaba «la estructura ultraconservadora de su ejército», los británicos combatían mejor en el frente fijo, estático. «Monty» era superior en armas y bagajes. Sus aviones hicieron 3200 misiones de caza y combate frente a las 160 salidas de la Luftwaffe. Rommel reconoce en sus *Papeles* —editados por Liddell Hart— que la aviación aliada puso en práctica sistemas mortíferos de ataque que paralizaron a sus tropas. La falta de gasolina fue decisiva: «En una acción móvil, la carencia de petróleo significa desastre», afirmó Rommel. Hoy, un promontorio de piedra señala las lindes del dispositivo alemán. Allí estuvo situado el pasillo de minas desplegadas por el Afrika Korps y las divisiones italianas.

Los generales de Berlín sentían celos de Rommel, de su versatilidad, de la facilidad con que mandaba sus fuerzas. No se tomaron en serio la campaña de Africa que, en caso de victoria, le hubiera permitido al eje controlar el Mediterráneo, los yacimientos de Oriente Medio, estrangular Suez y hasta alcanzar las zonas petrolíferas de Odessa y Bakú.

Rommel escribió sobre aquellos momentos críticos: «Estábamos aterrados y, por primera vez desde el comienzo de la campaña, me sentía indeciso. El desánimo se apoderó de todos cuando ordené aguantar hasta el fin en las posiciones que acabábamos de ocupar en El Alamein. Me costó tomar esa decisión, pero yo había exigido siempre ciega obediencia a mis subordinados y debía obedecer también yo. De haber podido prever el futuro, mi decisión hubiera sido distinta, porque después eludí constantemente las órdenes del *Führer* y el *Duce* con objeto de salvar a mi ejército». El general von Tiloma desobedeció las órdenes de Hitler —«no retroceda un metro»— y se replegó. «No puedo obedecer esa orden de Hitler», dijo el veterano de la guerra de España y comandante del Africa Korps. Cuando lo detuvieron unos sorprendidos soldados ingleses, Ritter von Thoma vestía su uniforme de general y lucía sobre el pecho todas sus condecoraciones.

A Rommel tan sólo le quedaba salvar a su ejército, y fue lo que hizo, de nuevo con brillantez. Al replegarse hasta Túnez, el «Zorro del Desierto» daría aún muestras de sus mejores cualidades: les dio sopas con honda a los norteamericanos en el paso de Kasserin, donde rompió con furia las defensas aliadas y amenazó provocar una grave escisión en los ejércitos angloamericanos. A Rommel le quedaba la «inexpugnable». Línea Mareth. En esa línea se consumieron los últimos sueños de Hitler y Mussolini. Los alemanes se vieron cogidos entre dos fuegos: desde el Este, los generales Patton y Anderson; desde el Oeste, el Octavo Ejército de Montgomery. Nada podían hacer ya contra fuerzas tan superiores. En lugar de resistir hasta el último cartucho, 250.000 veteranos del desierto, alemanes e italianos, prefirieron rendir sus armas. Los metieron en jaulas. Ya estaba el Mediterráneo en manos aliadas. La «operación Antorcha» había sido un éxito. Desde las bases mediterráneas todo estaba preparado para el desembarco en Sicilia y en los Balcanes.

Con la derrota, de la que no tenía culpa, y con la desobediencia a la orden de «victoria o muerte» dictada por Hitler, comenzó la caída en desgracia del «Zorro del Desierto». Rommel se puso a favor de la destitución de Hitler, no de su asesinato. El ametrallamiento de su coche en Francia y el fracaso del complot del 20 de julio echaron por

tierra esos y otros planes. El 24 de julio, Rommel, que sufría una fractura de la base del cráneo, fue trasladado a un hospital de los suburbios de París y, más tarde, llevado a su casa de Herllingen. El 14 de octubre de 1944 recibió la visita de 2 generales enviados por Hitler que le ofrecieron la alternativa de aceptar las acusaciones de alta traición o de decidirse por el suicidio. Si aceptaba esta última opción nadie tocaría a su mujer y a su hijo. Rommel entró en el coche con los 2 generales, tragó una cápsula de veneno y, media hora después, desde un hospital de Ulm, llegó la fatal noticia: «Cuando vi a mi marido —contó la viuda de Rommel—, noté en su rostro una expresión de profundo desprecio». El 18 de octubre de 1944, poco antes del 2º aniversario de El Alamein, se celebró en Ulm la comedia de las exequias nacionales de Rommel. El mariscal von Rundstedt depositó ante el féretro la corona enviada por Hitler. La señora Rommel rehusó ofrecer su brazo al mariscal al término de la ceremonia. En el otoño de 1994, al cumplirse 50 años de su muerte, el hijo de Rommel, Manfred, aseguró que los 2 generales nazis enviados por Hitler, Bugdorf y Maisel, obligaron a su padre a ingerir la cápsula de veneno. Luego afirmaron que había fallecido a resultas de las heridas sufridas por el ataque aéreo. «No fue un suicidio, sino un asesinato», aseguró Manfred Rommel.

OPERACION ANTORCHA

Las grandes formaciones navales que componían la «operación Antorcha» se abrieron en abanico hacia los 3 puntos de desembarco en el norte de Africa. 650 barcos, entre buques de guerra y de transporte, zarparon de los puertos de Gran Bretaña y Estados Unidos en la que algunos expertos consideran como la más completa operación de la historia militar. No sólo militar, sino política, porque los comandantes aliados debían sondear las intenciones de los jefes de Vichy en el norte de Africa. El presidente Roosevelt, después de largas discusiones, dio el sí al plan británico para la invasión del Africa francesa. En los primeros días de octubre llegó la noticia de que el agente secreto Robert Murphy, consejero en el consulado norteamericano de Argel, había convencido al comandante francés para que aceptara negociaciones sobre los planes de los aliados en la zona. El general Clark fue enviado por Eisenhower en misión clandestina a Argel. Un submarino británico, el *Seraph*, lo llevó desde Gibraltar hasta una desierta playa argelina en la que debía celebrarse la reunión secreta con los franceses de Vichy, encabezados por el general Emmanuel

Mast.

La reunión en la playa no pudo ser más rocambolesca, porque el general Clark se vio obligado a esconderse en una bodega, mientras que la policía registraba en el piso de arriba. En medio del escrupuloso silencio, uno de los ayudantes del general sufrió un acceso de tos. Clark le tendió un chicle. El ayudante se quejó en voz baja de que aquel chicle no tenía ningún sabor: «Bueno —le contestó el general norteamericano—, yo lo he chupado antes que usted, por eso no sabe a chicle». Aquella misión no resolvió nada. En vísperas de la invasión norteamericana, el almirante Darían, vicepresidente del Gobierno de Vichy aliado de los nazis, llegó a Argel para visitar a un hijo poliomielítico. A la una de la madrugada del 8 de noviembre de 1942, fue despertado por el mariscal Juin, comandante militar francés: las primeras tropas aliadas desembarcaban en Casablanca (Marruecos), en Orán y en Argel. El rostro del almirante Darían se puso de color púrpura: «Sé desde hace tiempo que los ingleses son estúpidos —estalló iracundo—, y siempre creí que los norteamericanos eran más inteligentes. Estoy empezando a creer —le dijo al enviado norteamericano Murphy— que ustedes cometen tantos errores como ellos».

Bajo el mando del general Eisenhower, la primera fuerza, con unidades británicas, se dirigió hacia Argel; la segunda, norteamericana, hacia el centro, para ocupar Orán; y la tercera, mandada por Patton, hacia el Marruecos francés. Las fuerzas francesas de Vichy en Orán y en Casablanca no se rindieron hasta el 10 y el 11 de noviembre. Argel se entregó sin lucha gracias a los simpatizantes franceses del general De Gaulle y de la causa aliada. La orden de un almirante tan respetado como Darían evitaría males mayores. Al final, Darían se inclinó hacia los aliados, decretó el alto el fuego y, 2 días después, ordenó a la flota francesa de Toulon que abandonara el puerto antes de que lo ocuparan los alemanes. Las tropas nazis habían desencadenado ya la «operación Atila» (la ocupación de la Francia de Vichy) cuando el almirante conoció la noticia de que las columnas alemanas avanzaban hacia Toulon. «*Merde*», fue su respuesta. La flota francesa no podía caer en manos de los nazis, por lo que Darían dio la orden de hundirla en puerto.

En el norte de Africa la situación se tornó confusa. Después de 6 semanas de maniobras, intrigas y discusiones sin cuento, un muchacho de 17 años, enemigo del régimen de Vichy, mató a tiros al almirante Darían en la puerta de su despacho del Palacio de Verano de Argel. Churchill, al hacer el elogio fúnebre de Darían, se refirió al alto precio que debió pagar por sus errores de juicio y sus fallos de carácter: «*Se*

inclinó hacia nosotros y no debemos envilecer su memoria. Dejemos que descanse en paz». Churchill pensaba ya en la operación principal: el desembarco en el «bajo y blando vientre de Europa». El comandante en jefe de la «operación Antorcha» era un perfecto desconocido: se llamaba Eisenhower y los periódicos equivocaban su nombre al escribir alguno de ellos «
D. D.
Ersenbeing». Era de origen texano, descendiente de menonitas alemanes de la región del Rin y tuvo que trabajar muy duro para inscribirse en la academia militar de West Point en 1910. Era ya un joven lleno de encanto, un buen deportista. Se hizo muy popular en la academia por su talante conciliador, su abierta sonrisa y su compañerismo. Dos generales, MacArthur y Marshall, descubrieron sus virtudes como oficial de Estado Mayor y, aunque había combatido en la I Guerra Mundial, en noviembre de 1942 lo pusieron a frente de la «operación Antorcha». Como comandante supremo aliado en el norte de Africa dirigió las invasiones de Sicilia y de Italia y, más tarde, como comandante supremo de la Fuerza Aliada en Europa, el desembarco en Normandía. «Ike» fue presidente de Estados Unidos entre 1953 y 1960.

El desembarco en el norte de Africa fue el bautismo de fuego de los marines y los soldados norteamericanos. Uno de sus comandantes, el general Matthew
B.
Ridgway, describió así su primera impresión del desembarco: «Por primera vez veían uno de los más solitarios y ominosos paisajes, un campo de batalla. Y conocí por primera vez esa extraña sensación que domina a un hombre cuando sabe que en alguna parte en la distancia hay ojos hostiles que le miran y que, en cualquier momento, una bala que no oirá, disparada por el enemigo, al que no puede ver, puede que llegue hasta él y le hiera o le mate».

El coste de la operación fue muy bajo para los aliados: 860 hombres entre muertos y desaparecidos y poco más de 1.000 heridos. «Desde el punto de vista norteamericano —escribió Louis
L.
Snyder en *La guerra*—, la “operación Antorcha” era lamentable, pero absolutamente necesaria. Aquella era la primera vez en la historia que Estados Unidos había planeado lo que podría calificarse de ataque no provocado contra un país supuestamente neutral. Pero Vichy colaboró con Hitler y, como país satélite del Eje, no podía confiar en su neutralidad para mantenerse al margen de aquella guerra total». En un almuerzo en Mansión House con el alcalde de Londres, Churchill brindó por la victoria en el norte de Africa: «*No es el final, ni siquiera es*

el principio del fin, pero quizá sea el final del comienzo», dijo.

Capítulo cinco

Barbarroja

Monumentos, estatuas, cementerios, medallas, todo remite a la gran guerra patriótica contra los alemanes. A lo largo del río Volga, en las ciudades y aldeas que visitamos hacia Novgorod o hacia Stalingrado (Volgogrado), las plazas dedican sus monumentos a los caídos de la guerra, que fueron muchos, estoicos y valientes. Los ancianos ex combatientes nos muestran sus condecoraciones al valor en la pelea. Se diría que la guerra mundial ha terminado ahora mismo. Sus huellas están recientes, vivas. Un anciano en Iaroslav, otro en Riazan, otro en Kazan, otro en Stalingrado nos cuentan su participación en la guerra, la vibración de las arengas por Radio Moscú del camarada Stalin (para ellos sigue siendo un camarada), el comandante en jefe, el hombre que, al fin, derrotó a Hitler y le llevó a la tumba. Uno de estos ex combatientes del Volga me recuerda el refrán que ni Napoleón ni Hitler tuvieron en cuenta: «Rusia nunca es tan débil como parece ni tan fuerte como parece».

Las estatuas son para los héroes del pueblo, para los santos laicos que hicieron frente a las tropas de Hitler desde los mandos de un órgano de Stalin, que sembraba el terror en las líneas enemigas; o desde el interior de un tanque T-34, la última maravilla de la técnica rusa cuya coraza no lograron perforar las granadas antitanque de la Wehrmacht; o desde la infantería o las partidas de guerrilleros, con una metralleta de tambor en las ruinas de Stalingrado o en Sebastopol. Murió mucha gente. Las *babushkas* nos cuentan que sus padres o sus maridos o sus novios o sus hermanos no volvieron del frente. Las aldeas se quedaron vacías. El frente oriental fue el escenario de los más duros combates: hubo muchas más víctimas en él que en todo el resto de los teatros de operaciones de la II Guerra Mundial.

La invasión alemana de la Unión Soviética, la «*operación Barbarrossa*». (Barbarroja) llegó el 22 de junio de 1941 y fue una sorpresa total. Stalin no podía esperar que Hitler, con quien firmó un tratado de paz, invadiera sus fronteras con más de tres millones de soldados (a los que había que añadir los 500.000 procedentes de naciones aliadas), 600.000 caballos y más de 2.700 aviones de combate. No tardarían las fuerzas de la División Azul (con 17.000 hombres —cuarenta y ocho mil españoles pasarían por sus filas—) en unirse a la cruzada antibolchevique. El principio no pudo ser más atractivo: recibimiento con ramos de flores en Berlín y una orquesta

que, por error, tocó el himno republicano de Riego. La División Azul combatió en torno a Leningrado y el lago limen, una batalla imposible, hasta su retirada en octubre de 1943. Unos cuantos cientos de voluntarios formaron entonces la Legión Azul, que aguantó unos meses más en el frente ruso.

En la primera semana de la invasión, la Luftwaffe destruyó 4.000 aviones soviéticos, lo que permitió el avance de la tropas de Hitler en una nueva guerra relámpago. La ofensiva tomó 3 direcciones: al norte, Leningrado; al centro, Moscú; y al sur, Kiev. La declaración de guerra se entregó por parte del embajador alemán en Berlín, Shulenburg, una hora después del comienzo de las hostilidades. La irrupción de la máquina de guerra más poderosa de la historia paralizó a Stalin, que tardó en reaccionar. No se lo podía creer. A las 5 y media de la mañana de aquel domingo 22 de junio, el ministro de la Propaganda, Goebbels, se dirigió por radio a los alemanes y leyó una declaración de Hitler en la que explicaba las razones de la invasión de Rusia. Terminaba así: «He decidido poner de nuevo el destino del pueblo alemán, del *Reich* alemán y de Europa en las manos de nuestros soldados».

Moscú no reaccionó hasta las 12.15 de la tarde, y lo hizo bajo los efectos de la sorpresa y el desconcierto. Recordó la derrota de Napoleón en 1812 y pidió a los ciudadanos soviéticos que empuñaran las armas contra el invasor. Al primer ministro británico sus edecanes lo despertaron a las 4 de la mañana para informarle de la invasión. «Les he dicho que sólo pueden despertarme si invaden Inglaterra», respondió encolerizado. Volvió a dormirse y, ya de mañana, bajo el aroma del primer cigarro habano, redactó la declaración que leería por la noche en los Comunes. No se le podía considerar a Churchill como un amigo de los comunistas, bien al contrario, pero utilizó su verbo incendiario para arremeter contra «la catarata de horrores nazis». A Hitler le llamó «bandido sangriento». «Su invasión de Rusia —añadió— no es otra cosa que un preludio de la invasión de Gran Bretaña. Hitler quiere destruir Rusia para después caer sobre esta isla, en la que pagará el precio de sus crímenes».

UN DÍA DE PERMISO ESTROPEADO

El teniente general Nikolai Kirillovich Popel era oficial político del Octavo Cuerpo Mecanizado del Ejército Rojo. El sábado 21 de junio de 1941, el día anterior a la invasión, asistía a una fiesta en su guarnición. «Apenas me dio tiempo de ir a casa y cambiarme de ropa,

por eso, cuando entré, el concierto había ya comenzado. Desde el escenario llegaba la canción de los tanquistas. Mientras la escuchaba eché un vistazo al salón en el que nuestros hombres asistían al espectáculo y me puse a pensar en los acontecimientos de los últimos días, que había pasado en una de las divisiones del cuerpo. Sólo una semana antes, nuestro parque de carros de combate, que consistía en viejos T-26, BT, T-28 y T-35, aumentó con algunos modelos nuevos: seis
KV
-1 y diez T-34. Poco a poco, se procedía a una completa renovación del equipo. Después del concierto, el comandante del Cuerpo, 'teniente general Dimitri Ivanovich Ryabishev, y yo, de acuerdo con la tradición del ejército, invitamos a cenar a los artistas. Llegué a casa hacia las tres de la madrugada. Mientras tomaba una ducha de agua caliente que me aliviaba del cansancio, tan sólo pensaba en una cosa: ¿Qué ocurría en la otra orilla del río San? Mi jefe, el general Ryabishev, señalaba en el mapa la continua llegada de divisiones a la frontera y no dejaba de repetir que Hitler se preparaba para desencadenar la guerra. El coronel Varennikov no era de esa opinión: “Le garantizo que no habrá guerra por lo menos en el espacio de 1 año. Me dejaré cortar una mano si la hay”».

Como su jefe Ryabishev, él tenía en cuenta no sólo la concentración de tropas alemanas, sino las violaciones del espacio aéreo por la aviación alemana, la presión creciente de los servicios de inteligencia y el renacimiento de los nacionalistas ucranianos. El coronel Varennikov se dejaba guiar, por su parte, por los despachos de la agencia soviética de prensa, que atribuía esa concentración de fuerzas al hecho de que el mando alemán sacaba divisiones de Francia para llevarlas a descansar a la frontera con la URSS. Estaba claro que Stalin confundía deseos con realidades. Una llamada a la puerta del baño interrumpió las reflexiones del general Popel. Le reclamaba en el teléfono el general Ryabishev: el comandante general Kostenko le pedía que estuviera preparado para recibir órdenes. «¿Qué clase de órdenes?», preguntó el general Popel. «No lo sabemos», respondió su jefe.

En la reunión en el cuartel general, los jefes, mandos y oficiales se presentaron con su maletín de emergencia: 2 mudas, el neceser con el jabón, el cepillo y la pasta de dientes, y una pequeña cantidad de comida. No predominaba el buen humor: nada hay peor que estropear el día de permiso de un soldado. Ninguno de ellos podía imaginarse que había estallado la guerra. «Lo peor de todo —pensaba Popel—, es que nuestro ejército no está preparado para el combate. Ni siquiera

hemos reformado el mando ni renovado el equipo. No disponemos de los repuestos necesarios. ¿Cómo podemos entrar en guerra en condiciones tan desfavorables?».

En plena reunión llamó el coronel Varennikov, el mismo que se ofreció a cortarse una mano si estallaba la guerra, para confirmar que la artillería alemana abría fuego a lo largo de toda la frontera y que unidades acorazadas y de infantería la cruzaban por diversos puntos. «No respondan a la provocación —advirtió—. No disparen contra la aviación alemana, esperen órdenes». Justo cuando el coronel colgaba el teléfono, Popel escuchó el ruido de los aviones alemanes que sobrevolaban el cuartel general. Eran los bombarderos de Hitler, que atacaban con precisión la estación central, los cuarteles evacuados pocos días antes, los nudos de comunicación, las carreteras cercanas y la refinería. No sonó un solo disparo de la artillería soviética. En la segunda oleada, la Luftwaffe atacó el centro de la ciudad, incluidas las viviendas de los oficiales. El general Ryabishev tomó del brazo a Popel y le ordenó: «Póngame con la brigada antiaérea». Popel marcó el número de las defensas antiaéreas y el general pudo dar la orden: «Abran fuego sobre la aviación enemiga». En pocos segundos, el fuego de las baterías soviéticas se confundió con la explosión de las bombas alemanas. Los artilleros, que no estaban precisamente en forma, derribaron 4 aparatos alemanes. «Vimos en el pasillo a los oficiales silenciosos, concentrados, preocupados. Tan sólo unos minutos antes gastaban bromas sobre la falsa alarma que les había estropeado el domingo. Nos miraron a la espera de que dijéramos algo, pero nosotros sabíamos tan poco como ellos. Ni siquiera habíamos recibido órdenes».

A las 03.00 horas del día 21 de junio, los alemanes rompieron el frente ruso desde los Cárpatos hasta el Báltico. La sorpresa táctica fue absoluta. Es difícil de explicar esa sorpresa, aunque Stalin nunca creyó en el peligro alemán hasta que tuvo a los aviones sobre el Kremlin. La ciudad de Brest-Litovsk resistió durante 4 días, y cayó el 26 de junio en manos de una división alemana dejada atrás con ese propósito. Al margen de una resistencia esporádica y aislada, y a los embotellamientos de tráfico en las carreteras, el éxito de la «operación Barbarroja» en sus primeros compases fue completo. La superioridad aérea estaba garantizada para el general Leeb, que marchaba por el norte; para el general Bock, que lo hacía por el centro; y para el general Rundstedt, que se dirigía hacia Kiev, la capital ucraniana.

Estos éxitos iniciales parecían dar la razón a Hitler frente a la opinión de veteranos generales del ejército alemán (entre ellos el comandante en jefe, mariscal de campo von Brauchitsch; el jefe del

Estado Mayor del ejército, coronel general Halder, y el propio Rundstedt), opuestos a la invasión de Rusia. La campaña de Rusia dio ocasión a nuevas fricciones entre Hitler y sus generales. Mientras el primero era partidario de dejar de lado Moscú, los segundos se inclinaban por la toma de la capital: se daría así un fuerte golpe psicológico al enemigo y caería en manos de los alemanes el centro industrial del inmenso imperio. Hitler, por el contrario, en su proyecto de «europeización de la estepa asiática», prefería la ocupación de Leningrado. «Moscú —dijo con suficiencia— es tan sólo una expresión geográfica. Dada la situación general y la inestabilidad del carácter eslavo, la caída de Leningrado provocará el colapso de la resistencia soviética en todos los frentes».

Hitler esperaba acabar con el oso ruso en los últimos 6 meses de 1941. Se equivocó: había vendido la piel del oso antes de cazarlo, a pesar de que la movilización de las fuerzas soviéticas fue tardía. Desde el primer momento, Stalin quiso transmitir una imagen de serenidad a través de los medios informativos: todo estaba bajo control y discurría de acuerdo con los planes previstos. Cuando, en 1956, Kruschev fulminó dialécticamente a Stalin y al estalinismo, los historiadores soviéticos pudieron ofrecer una versión más ajustada a la realidad.

En su *Historia de la guerra patriótica*,
D. S.
Tepulchovski enumeró algunos de los errores tácticos, estratégicos y técnicos del «padrecito». Stalin: errores de cálculo y previsión sobre las intenciones de Hitler, con el que había firmado un pacto de no agresión; errores de preparación, que condujeron a una tardía reanimación de la industria de guerra; errores de organización, que llevaron a la supresión del cuerpo blindado en 1937; errores de despliegue, que facilitaron la invasión. El historiador soviético desmintió que hubiera existido, como en 1812 contra Napoleón, un plan sistemático de repliegue, y reconoció que partes importantes del espacio nacional se perdieron ante la imposibilidad de organizar un dispositivo de defensa. Fue en Ucrania, hacia la que se dirigieron los *panzer* de Rundstedt, donde se concentraron casi la mitad de las divisiones y la mitad de los blindados. El mando soviético no había dinamitado un solo puente para frenar el avance de la Wehrmacht. Ni siquiera habían puesto en pie los sistemas de guerra que preconizaron los comisarios soviéticos del lado republicano en la Guerra Civil española. Nada.

En número de hombres y masas de metal bélico, la
URSS
superaba a la Wehrmacht, lo mismo que el ejército francés fue

superior en número al alemán. El manual de defensa y entrenamiento del Ejército Rojo para el año 1941 ni siquiera mencionaba la posibilidad de guerra. «La invasión de Rusia por parte de Hitler —señala Frank Spencer en *Historia del siglo XX*— es la campaña más grande de la historia con respecto a la extensión de las fuerzas empleadas y el territorio en el que combatieron».

EL INCREÍBLE VIAJE DE HESS

Stalin no supo cómo interpretar el vuelo de Rudolf Hess, lugarteniente de Hitler, a Escocia un mes antes de la invasión. ¿Se preparaba una alianza entre Gran Bretaña y Alemania para hacer frente al enemigo común, la Unión Soviética? Esa fue la razón del increíble viaje de Hess a Escocia, pero la idea no era de Hitler, sino tan sólo de su lugarteniente. El *Führer* se apresuró a condenar la iniciativa de Hess y le desposeyó de todos sus cargos y condecoraciones. Por su parte, Churchill se mostró desde el primer momento dispuesto a ayudar a sus enemigos, los bolcheviques, pero no daba un ardite por la resistencia que los soviéticos pudieran oponer a tan formidable maquinaria de guerra. ¿Resistirían 2 meses? La sorpresa se extendió a lo largo de casi 2.000 kilómetros de frente para imponer el nuevo orden de Hitler sobre la hoz y el martillo. El aterrizaje de Rudolf Hess en tierras de Escocia fue uno de los episodios más novedosos y extraños de la guerra. ¿Qué fue lo que impulsó al número 3 del régimen nazi, después de Hitler y Goering, a subirse aquel 10 de mayo a un Messerschmitt 110, desarmado y sin carburante para el regreso, vestido con uniforme de teniente de la Luftwaffe? No sólo era el lugarteniente del *Führer*, sino el jefe del partido nazi, miembro del Gobierno secreto de Alemania, ministro sin cartera del *Reich*, miembro del Consejo de Defensa,
etc.
Había conocido a Hitler en el teatro de operaciones de Francia durante la I Guerra Mundial. Fue el perro fiel del cabo austríaco desde el fallido golpe de Estado de la cervecería de Munich en 1923. Los dos irían a parar a la misma prisión de Landsbeg, donde Hess pasó a limpio la biblia hitleriana *Mein Kampf* La estrella de Hess ascendió junto a la de Hitler. «El jefe nazi sentía predilección —escribe Snyder — por aquel hombre alto, de ojos oscuros y torvos, cubiertos por pobladas cejas, a quien convirtió, primero, en árbitro de las querellas intestinas que desgarraban al partido nazi; después, en miembro de su séquito personal; y por último, en uno de los 6 miembros del gabinete

de guerra nazi». Era un hipocondríaco, y un iluminado, creía que los judíos poseían un arma secreta: hipnotizaban al pueblo. Por su parte, Hess sentía por su *Führer* una admiración llena de fanatismo. Poseía una habilidad especial para gritar con más fuerza que nadie *«Heil, Hitler»* durante los mítines del partido. *«Mein Führer* —gritaba con voz ronca— nuestra confianza en usted es ilimitada. ¡Que Dios proteja a nuestro *Führer*!». En aquel tiempo se les preguntaba a las juventudes femeninas quién era más grande, si Dios o Hitler. Rudolf Hess caía de rodillas ante su Dios: *«Führer*, mi *Führer*, mi fe, mi luz». Hess, que no era inteligente ni brutal, tan sólo podía ofrecer a Hitler su lealtad. «Siempre tenía razón», dijo en el juicio de Nuremberg, y añadió ante el tribunal: «Trabajé para el hijo más grande que haya podido dar a luz una nación en mil años».

La clave de aquel vuelo de Hess a Escocia pudo estar en un aristócrata inglés, el futuro duque de Hamilton, con el que trabó amistad durante losjuegos Olímpicos de Berlín en 1936. Hess, trastornado, paranoico, depresivo, neurótico y obsesionado con los astrólogos y las ciencias ocultas, se creyó el depositario, el demiurgo de una misión histórica que llevaría a través de Hamilton hasta Churchill y quién sabe si hasta el mismísimo Rey de Inglaterra para sellar la paz entre los dos pueblos. Con el comienzo de la guerra y el ajetreo en el cuartel general de Hitler, su lugarteniente, incapaz de intrigas y conspiraciones de poder, pasó a un discreto segundo plano al que no se resignaba. Sentía tal pasión por su adorado *Führer* que, espoleado por la fiebre de la tuberculosis, empujado por la enajenación mental y dispuesto a la inmolación, concibió un sueño de paz con Inglaterra para que pudieran emprender, juntos Alemania y Gran Bretaña, la tarea común de destrucción del comunismo. «Decente, pero enfermo e indeciso», fue el juicio de Rosenberg, el filósofo del nazismo, sobre Hess.

Hitler sabía por los médicos cuál era el estado mental de su lugarteniente, y fue por ello por lo que le prohibió volar. Sin embargo, Hess, decidido a dar el paso crucial, no se quitaba la idea de la cabeza. Ya se veía de regreso, recibido con los máximos honores por Adolf Hitler y su plana mayor. El vuelo de Hess a Escocia discurrió sin novedad. Como no dio con el aeropuerto sobre el que aterrizar, se lanzó en paracaídas y fue a caer en un labrantío a pocos kilómetros del lugar que había señalado en el mapa.

Amenazado por un campesino armado con una horca, Rudolf Hess fue trasladado con el tobillo roto al hospital militar de Glasgow. Llevaba los bolsillos llenos de medicinas y pastillas homeopáticas. La noticia provocó la estupefacción general. Ante el desconcierto de los

que lo interrogaron, el lugarteniente de Hitler desgranó sus condiciones para un pacto entre Alemania y Gran Bretaña: la primera, la unión en la cruzada contra el comunismo; la segunda, la destitución de Churchill, ya que un hombre que detestaba hasta tal extremo a su *Führer* no era digno de figurar al frente del Gobierno. La idea no podía ser más descabellada. El diagnóstico de los médicos no se hizo esperar: Hess daba muestras de desequilibrio mental. Churchill lo trató como un enfermo, lleno de una bondad demente hacia su jefe, más que como un criminal de guerra. Hess moriría en la cárcel berlinesa de Spandau, custodiado por las potencias vencedoras. «No sufre ya ninguna perturbación mental —aseguraba un informe psiquiátrico de mayo de 1948—. Sus cartas a la familia lo confirman». Hitler, para curarse en salud y desmarcarse de aquella iniciativa, a la que era por completo ajeno, hizo pública una declaración: «Presa al parecer de un estado alucinatorio, el miembro del partido, Rudolf Hess, se halla convencido de que puede negociar un acuerdo entre Inglaterra y Alemania […] El partido nacionalsocialista lamenta que este hombre idealista haya sido víctima de tal alucinación, que, sin embargo, no tendrá el menor efecto sobre la continuación de una guerra que le ha sido impuesta a Alemania». En privado, dijo que si volvía Hess «lo internaría en un manicomio o lo llevaría al paredón».

Además, ¿para qué necesitaba Hitler una mediación con los ingleses si, ebrio de las victorias en el frente ruso en la primera fase de la invasión, se convertiría en el hombre más poderoso del mundo, el San Jorge capaz de acabar con el dragón soviético, el vencedor de Stalin? El, Hitler, seguiría los pasos de Napoleón, pero lograría lo que el «rayo de la guerra» no consiguió en su aventura iniciada el 21 de junio de 1812. Ni Napoleón ni Hitler tuvieron en cuenta las advertencias de sus consejeros y generales. La invasión de Rusia sería como meterse en la boca del lobo. Alejado de sus bases en Polonia, caería en la trampa del general Invierno y del general Tiempo. Los dos, Napoleón e Hitler, que visitó la tumba del emperador en París, cometieron el mismo error: subestimaron a los rusos al creer que en el escenario del frente oriental se repetirían sus rápidas y contundentes victorias sobre los países del occidente europeo. Una vez derrotado el oso ruso, los dos, Napoleón e Hitler, darían el salto al canal para aniquilar al león británico.

UN ELEFANTE ATACA
A UN EJERCITO DE HORMIGAS

Entre los militares que leyeron historia para aprender de ella se encontraba el mariscal de campo Paul von Kleist, quien mandó las divisiones de Guderian y Hoth en el cruce del Mosa en la batalla de Francia en 1940. Como comandante del Primer Grupo de Blindados en la campaña de Rusia en 1941, dirigió el avance del Cuerpo de Ejércitos del Sur hacia Kiev. Al año siguiente, Hitler le dio órdenes de avanzar hacia el Cáucaso, el soñado paraíso de los yacimientos petrolíferos y las grandes extensiones agrícolas, pero se vio frenado por el comienzo de la batalla de Stalingrado. Von Kleist afirmó en 1941: «Al invadir Rusia, el ejército alemán puede compararse a un elefante que atacase a un ejército de hormigas. El elefante matará miles de hormigas, acaso millones, pero, por último, la superioridad numérica de ellas le derrotará y las hormigas le devorarán hasta no dejar de él más que los huesos». Hitler, por el contrario, le dijo al embajador búlgaro: «El ejército ruso es un chiste». Según el plan trazado por el embajador Marcks, tardarían entre 9 y 16 semanas en destruir la resistencia militar soviética. Hasta se dieron órdenes para producir menos tanques y aviones. La profecía de von Kleist se cumplió al pie de la letra. El mariscal de campo, hecho prisionero por los rusos, murió en cautividad en 1954.

Hitler tenía a sus generales por seres grises, acomodaticios y privados de imaginación. Unos borregos. Sus actitudes prudentes eran consecuencia directa de su falta de genio militar, de su apego a la teoría escrita en los manuales de las academias. El, Hitler, tenía la intuición de la victoria, el aura de la audacia. Preferiría el mismo esquema que en la campaña europea: masas de blindados lanzados a toda velocidad ante el enemigo, al que sorprendería dormido. Nada podrían hacer los ejércitos enemigos, rodeados, asustados por la acción de una fuerza aérea dotada del instinto de golpear en la yugular. Sus generales, sus soldados, eran meros peones de sus geniales designios: les pedía lo imposible para lograr de ellos lo mínimo. Llegado un momento, abandonó su guarida del lobo en Rastemburg, en la Prusia oriental, que «olía a cocina, uniformes y botas», por el cuartel de Vanitza, en Ucrania, donde vivió consumido por la canícula. Hitler diseñó una guerra de abstracciones. Una mayor cercanía del frente nunca le permitió valorar las condiciones meteorológicas en las que sus hombres, la punta de diamante de la raza aria, con la ayuda de esclavos soldados finlandeses, españoles, eslovacos, italianos, húngaros y rumanos, llevaban a cabo su tarea. En cuanto llegaron los meses fríos, el general Invierno les pasó la factura.

Esa fue la coartada con la que los generales taparon sus primeras sorpresas sobre el terreno: el mal tiempo, las bajas temperaturas.

También al mal tiempo, a la adversa meteorología, atribuyeron el fracaso de las incursiones sobre Inglaterra, que estaban a punto de concluir cuando emprendió la campaña de Rusia. Pero ¿no era acaso algo que podían esperar en el paisaje inglés? Las fuertes lluvias que dificultaban las operaciones aéreas y las temperaturas que superaban los 50 y hasta los 60 grados bajo cero eran previsibles. Hitler envió a Rusia 3 millones de hombres, 3580 carros de combate, 118 divisiones de infantería, 15 divisiones motorizadas y 19 grandes unidades acorazadas, frente a las que la
URSS
de Stalin desplegó 4.750.000 soldados, más de 10,000 blindados, muchos de ellos obsoletos, y 6.000 aviones de combate, de los que sólo 1100 se encontraban en buen uso. Ya hemos dicho que 2.000 fueron destruidos en el aire o en tierra en los dos primeros días de la invasión.

El general Espacio: las divisiones alemanas terminaron por perderse en la inmensa geografía rusa. La falta de aeródromos impidió que la fuerza aérea alemana pudiera facilitar el apoyo necesario a las divisiones en marcha hacia sus objetivos. La política de tierra quemada, practicada por las fuerzas regulares e irregulares rusas en su retirada, impidió que Hitler pudiera utilizar las reservas y las materias primas que tanto ambicionaba. El comportamiento, en cierto modo caballeroso, de las tropas alemanas en la I Guerra Mundial no se repitió. Los hombres de Hitler, las temidas
SS
en primer lugar, sometieron a los civiles rusos a un duro castigo y a unas represalias sin fin, lo que no hizo sino encorajinar aún más en el combate a un ejército decidido a ganar la gran guerra patriótica. El contraataque ruso, tras los renovados avances alemanes de 1942, tuvo un efecto devastador en las filas de la Wehrmacht.

ROPA DE VERANO

La capacidad de recuperación del Ejército Rojo fue inmediata. Dispuso de un arma secreta de primera mano: sus aliados le pasaron las informaciones sobre los movimientos de Hitler a través del sistema Enigma-Ultra. Con el apoyo de las reservas almacenadas en Siberia y en los Urales, y el envío de pertrechos por parte de británicos y norteamericanos (entrevista del embajador Harriman por Estados Unidos y de *lord* Beaverbrook por Gran Bretaña, con Stalin en Moscú), los rusos lograron superar el mal resultado de los 12 primeros meses

de la invasión. Por añadidura, Japón, que no fue consultado por Berlín antes de la «operación Barbarroja», decidió mantener el pacto de neutralidad firmado con Rusia hasta el fin de la guerra.

A Hitler le cegó la velocidad de la ofensiva alemana en su primera fase. Fiado en sus triunfos, se permitió, el 14 de julio, reducir la fuerza del ejército invasor para concentrarse en su siguiente paso, el salto a Inglaterra. Daba por hecha la derrota de la
URSS
. 5 días después, se permitió cambiar los planes de Guderian, comandante de una de las 3 primeras divisiones de carros. Cuando Guderian, hijo de un general prusiano y uno de los primeros comandantes alemanes de la guerra, se aprestaba a unirse desde Smolensko a las fuerzas del general Bock, que se encontraban a unos trescientos kilómetros de Moscú para marchar hacia la capital, Hitler le ordenó que tomara el camino del Sur. Ayudaría a von Rundstedt en su ofensiva hacia Kiev, mientras que desviaba fuerzas blindadas del sector central para reforzar al general von Leeb en el cerco de Leningrado. En contra de la opinión de sus generales, entre ellos Guderian, un talento desperdiciado por Hitler, partidario de atacar directamente Moscú, éste ordenó las ofensivas contra Leningrado y Kiev, salvando así a la capital. A partir de mediados de septiembre, von Leeb, con la ayuda de los finlandeses, puso cerco a Leningrado, que sufrió durante 3 inviernos uno de los más duros asedios que recuerda la historia. La San Petersburgo de ayer y de hoy resistió hasta el 18 de febrero de 1944, cuando el ejército sitiador se vio obligado a levantar el cerco.

La suerte le sonrió a Guderian en Kiev. El «rey de los *panzer*» hizo prisioneros a 600.000 rusos, que añadió a los 400.000 del sector central. Mientras von Rundstedt se dirigía hacia el Cáucaso, Guderian volvió junto a von Bock, que en octubre reanudó una ofensiva que le permitió rodear y cercar a seiscientos mil rusos en Vyazma y Bryansk. A mediados de octubre, Guderian había tomado Mozhaist. A partir de ahí, con la llegada del invierno, el avance alemán se hizo más lento hasta que cesó casi por completo. Ucrania y gran parte de Crimea quedaban en manos alemanas, pero las fuerzas destacadas en el Sur, que habían conquistado Rostov, iniciaban su retirada. En los primeros días de diciembre, el mariscal Zukov, el general más respetado del Ejército Rojo, que sustituyó al mariscal Vorochilov en el frente de Leningrado, desencadenó una fuerte ofensiva con la ayuda de las tropas procedentes de Siberia que le permitió ocupar un dispositivo de unos 60 kilómetros en torno a Moscú. Zukov, el general cauto y clarividente, subestimado siempre por los alemanes, tomaría el 16 de

abril de 1945 una cabeza de puente en el río Oder y, nueve días más tarde, rodearía Berlín y el búnquer de Hitler. El 8 de mayo, el mariscal soviético firmaría la rendición alemana en Berlín.

El 8 de diciembre, la OKW (Oberkommando der Wehrmacht), el alto mando de las Fuerzas Armadas, suspendió las operaciones debido al mal tiempo, a la baja moral de las tropas alemanas, a las malas carreteras, al frío intenso, a los ríos desbordados, a los pies congelados y a las disputas entre Hitler y sus generales, que pedían la retirada. Rusia era demasiado grande para que las tropas alemanas cubrieran todos los frentes. El aprovisionamiento no llegaba o lo hacía con cuentagotas, muy por debajo de las necesidades. El motor de la máquina de guerra alemana se gripó en medio del invierno. Combatía contra un ejército de sombras, la guerrilla que atacaba y se retiraba sin ser vista.

Hitler sustituyó a sus 3 comandantes. El mismo tomó el puesto de manos del mariscal de campo Walter von Brauchitsch, del que Rundstedt esperaba una actitud más independiente como para oponerse al dictado del *Führer*. Después de un Frustrado intento de discutir la ideas de Hitler, el mariscal se sometió a él por completo. Era la primera vez que un civil se ponía al mando del ejército alemán. Brauchistch desobedecería por última vez los deseos de Hitler cuando éste le ordenó que destruyera París. Al destituir al hasta entonces comandante en jefe, Hitler dijo con desprecio: «Esto del mando de las operaciones es algo que cualquiera puede hacer».

El Ejército Rojo empezaba a recibir ayuda de Gran Bretaña y de Estados Unidos, sobre todo después de la entrevista que Roosevelt y Churchill mantuvieron a bordo del crucero *Augusta*, que selló el Pacto del Atlántico. Gran Bretaña bombardeaba la Europa ocupada por los alemanes para aliviar en algo la presión de la Werhmacht. Antes de mediados de 1942, Stalin recibió 2400 carros de combate y 1800 aviones de Churchill, y 200 tanques medios y ligeros y 1300 aviones de Roosevelt. Frente al nuevo orden de Hitler, el *premier* británico y el presidente norteamericano firmaron la Carta del Atlántico aquel 12 de agosto: no se producirían cambios territoriales sin el total consentimiento de los pueblos en cuestión, todos los pueblos serían libres para elegir la forma de gobierno que prefirieran y podrían vivir libres del miedo y de la opresión y se establecería la cooperación económica entre las naciones después de la guerra. Los Estados agresores serían desarmados antes de la creación de un sistema permanente de seguridad general.

Los alemanes menospreciaron la capacidad de rearme, el valor y la destreza del enemigo ruso, quizá fiados en su descalabro frente a los

finlandeses o su debilidad en la I Guerra. A Stalin nunca le importó el coste humano de la guerra. Ahora se trataba de defender palmo a palmo su propio territorio. A la *Grande Armée* (gran ejército) de Bonaparte la echaron antes de que terminara el año. Hitler duró 3 años en suelo ruso. Los soldados de la Wehrmacht se quedaron con los uniformes de aquel triunfal pero engañoso verano. Nunca recibieron ropa de invierno. Hitler no tuvo en cuenta esos detalles ni el estado calamitoso de las carreteras ni las características del nuevo carro ruso, el T 34, invulnerable al cañón antitanque alemán de treinta y siete milímetros, ni la voluntad de resistencia y la astucia del *mujik* (campesino), conocedor del terreno, bien adaptado a él y bien abrigado. Tampoco tuvo en cuenta, por ejemplo, que para rendir Leningrado era necesaria una artillería de sitio. ¿Cómo los alemanes, tan minuciosos, tan óptimos organizadores y planificadores, pudieron olvidar esos y otros detalles? Hitler estaba consumido por la impaciencia y sólo le dominaba un sentimiento: correr, vencer, no retroceder ni un sólo milímetro. Pero Leningrado resistió durante 3 inviernos. Sus habitantes no cedieron al empuje de los nazis. Se comieron todo lo que había: ratas, gatos, ropa, madera, libros… Fueron páginas escritas con sangre y heroísmo. Por eso, permanecen vivas en la memoria de los rusos.

El general Halder escribió en su diario, a poco de desencadenarse la «operación Barbarroja»: «La extensión del teatro de operaciones y la dureza de la resistencia exigirán de nosotros nuevas semanas de esfuerzos». ¿Qué es lo que hacía Stalin mientras tanto? Había pagado su tremenda imprevisión, su pacto con el diablo, con el hombre que ahora le invadía. Se dijo que había muerto en una revolución de palacio, que había sido fusilado, que se había refugiado en Irán, China o Turquía… Durante 10 días no apareció en público. Los libros no explican el paréntesis, la ausencia. Parece que Stalin fue presa del desánimo más absoluto, que vivió esos 10 días desconcertado y desfallecido, sin saber cómo reaccionar. En el informe de Kruschev al XX Congreso del Partido Comunista de la
URSS
, se desmitifica al hombre del que se aseguraba, con acento de epopeya, que desde el primer momento tomó las riendas de la guerra y lo hizo con astucia y determinación. El misterio de esos 10 días, que desconcertaron al mundo, se pierde en los pasillos y tras los muros del Kremlin. Kruschev vino a decir que tan sólo las palabras de ánimo y hasta las amenazas de los miembros del Buró Político hicieron que Stalin volviera en sí.

Su voz se elevó a través de Radio Moscú a las 6 y media de la

mañana del 3 de julio, desde las murallas del Kremlin hasta las estepas, los valles, los inmensos ríos, las montañas, los lagos, la tundra… Se escuchó una vez más la consigna de la tierra calcinada: «Ni un vagón, ni una sola locomotora, ni un kilo de trigo, ni un litro de carburante deben abandonarse al enemigo. En las regiones ocupadas, las bandas de guerrilleros a pie y a caballo se organizarán para llevar a cabo una guerra de hostigamiento, para hacer saltar los puentes y las carreteras, incendiar los depósitos, las aldeas y los bosques. El enemigo debe ser perseguido hasta la aniquilación». Stalin justificó su pacto con Hitler como una necesidad de ganar tiempo para aplazar lo inevitable. La realidad es que Stalin temía a Alemania por encima de todo.

Un nuevo Stalin surgió a partir de aquel discurso: fuerte, implacable, coriáceo. Fusiló o «suicidó» a los generales o a los jefes cobardes o sospechosos de tibieza. A los 3 mariscales nazis que le atacaban opuso los suyos propios: Vorochilovfrente avon Leeb en el Norte (Leningrado), Timochenko frente a Bock en el sector central (hacia Moscú) y Budienny frente a von Rundstedt en el Sur (con dirección a Kiev y Stalingrado). Hitler, que dio de lado el asalto a Moscú, estaba obsesionado con los 2 nombres: Leningrado, la ciudad de Lenin, y Stalingrado, la ciudad de Stalin, su contrincante, autonombrado comisario para la Defensa y comandante supremo. O sea, Brauchitsch e Hiüer en una pieza. Fueron 2 ciudades con nombres simbólicos en el sistema nervioso central de la revolución soviética. Pero en el terreno que rodea a Leningrado, pantanoso, lacustre y poco propicio a los tanques, los invasores se toparon con aldeas abandonadas o con aldeas bien defendidas o con poblaciones empobrecidas por las que vagaban niños andrajosos que sólo conocían una palabra en alemán: *Brot* (pan). La guerra que pedía Stalin era, sobre todo, la guerra subcutánea, la del hostigamiento, la de las emboscadas, la de inesperados ataques a la retaguardia, la guerra de la hormiga contra el elefante.

Las querellas internas entre Rastenburg (cuartel general de Hitler) y Angerburg (donde se encontraba su Estado Mayor) y los mariscales y generales sobre el terreno, entonces helado, no hicieron sino complicar las cosas del lado alemán. Cada maestrillo tiene su librillo. Los estrategas de secano, alejados de las dificultades que se presentaban en la campaña rusa, transmitían órdenes terminantes: más aprisa y adelante con los blindados. ¿En aquellas enlodadas rutas, que más parecían senderos de cabras? Poco a poco, el enemigo ganó en capacidad de maniobra, en rendimiento táctico. Los alemanes sufrieron cada vez más los problemas derivados de la falta de

reavituallamiento. Churchill anunció el envío de 3 millones de pares de zapatos, pero Stalin quería, para aliviar el peso de su carga, que los aliados abrieran un nuevo frente en Europa con un desembarco masivo en Francia.

Primero fue el calor el que estropeó los motores, ese polvo que se colaba en los carburadores, que oxidaba los cilindros. Las orillas de los caminos se convertirían poco a poco en montañas de chatarra. No había recambios. Y también el Afrika Korps de Rommel los necesitaba para su campaña norteafricana. «La "operación Barbarroja" dejará al mundo sin habla», pronosticó Hitler. Algo de eso ocurrió al principio. Era el ex cabo austriaco el que llevaba la iniciativa. El influyente semanario norteamericano *Time* escribió por esos días: «El paralelo napoleónico nos lleva a creer que los invasores, al penetrar en la enorme Rusia, serán vencidos por el clima y las distancias, como le ocurrió a Napoleón Bonaparte. Pero con sus aviones y sus vehículos, Adolf Hitler es tan ligero de piernas como una bailarina. Demolerá la pesada maquinaria del ejército ruso antes de que éste pueda llevarlo lejos para someterlo».

HACIA MOSCÚ

En la cautiva y hambrienta Europa, el nuevo orden hitleriano se extendía como mancha de aceite. Desde el 1 de septiembre de 1941, poco más de 2 meses después del comienzo de la invasión de Rusia, se obligaba a todos los judíos alemanes a que llevaran la estrella amarilla en la solapa. Muy pronto empezarían las deportaciones a los campos de concentración, el exterminio de la «noche y niebla» y la «solución final», el holocausto, el genocidio. Los proyectos de Hitler, su economía de guerra, necesitaban levas gigantescas, ejércitos de esclavos. Miles de republicanos españoles, atrapados en Francia, fueron conducidos como ganado a los campos de concentración, cuyo solo nombre haría, cuando se supo lo que allí pasó, que la humanidad temblase de rabia: Mauthausen, Dachau, Bergen-Belsen, Birkenau, Auschwitz, Treblinka, donde los teóricos de la raza pura gasearán a 5 o 6 millones de judíos, 11 millones de personas en total. Hitler soñaba con su reserva de mano de obra para los trabajos forzados: doscientos millones de rusos y europeos del Este.

«Nach Moskau». (Hacia Moscú), escribieron los tanquistas y los conductores de los vehículos militares sobre sus blindados y sus camiones. Pero Moscú tendría que esperar. Ucrania vendría primero. Guderian bramaba de furia, lo mismo que el resto de los generales.

¿Cómo dejar escapar la oportunidad de tomar Moscú, nudo central de comunicaciones, el corazón del imperio soviético, el cinturón industrial, la clave del arco estratégico? Moscú era la palabra que no podía pronunciarse delante del *Führer*. Sólo Guderian, comisionado por el resto de los generales, se dirigió al cuartel general de Adolf Hitler para plantarle cara, para romper el tabú. Tamaña audacia le costó el cese (25 de octubre de 1941) al primer soldado alemán que, con sus blindados, cruzó el Mosa, llegó a Sedán y a la costa del canal en la invasión de Francia. El mensajero pagó.

Alfred Jodl, oficial de artillería bávaro como Halder y jefe de la Sección de Operaciones del
OKW
desde 1938, el hombre que recibió la misión de dar forma concreta a las decisiones estratégicas de Hitler, juzgado luego y ejecutado en Nuremberg, fue el encargado de calmar la impaciencia de Guderian: «No se preocupe, Guderian, la intuición del *Führer* es infalible: siempre tiene razón». ¿Acaso temía Hitler correr la misma suerte que Napoleón en Moscú? La capital de los zares fue incendiada pocos días después de que el gran ejército entrara en ella. De todos modos, Stalin tomó la sabia y previsora decisión de evacuar parte de la industria de Moscú y de Ucrania a los Urales, a la Siberia occidental y al Kazastán, en el corazón del Asia soviética.

La victoria de Ucrania vino a confirmar que el *Führer* siempre tenía razón. Raymond Cartier escribió con ironía en *La Seconde Guerre Mondiale*. «Clásico y revolucionario, estratega y psicólogo, táctico y visionario, el *Führer* recibe un título que le concede la pequeña corte morosa de Rastenburg: el más grande señor de la guerra de todos los tiempos». A partir de entonces, se acabaron las voces discrepantes, las opiniones propias: tan sólo cabía una voz, la del infalible *Führer*.

En septiembre terminó la guerra en Ucrania y entró el gran choque en su 4º mes: Hitler ya le había dedicado a Rusia el doble del tiempo que a Francia, conquistada en un abrir y cerrar de ojos, pero el trabajo no estaba terminado. El Ejército Rojo se recuperaba. El general Halder escribió en su cuaderno de notas: «Empezamos la guerra contra 200 divisiones enemigas; ahora, son 360. Destruimos una docena y surgen otras 12». Son cientos de miles los ucranianos que han recibido a los soldados nazis como libertadores, al menos hasta que las
SS
y el ejército, con excepciones honrosas entre sus mandos, se ensañen con la población civil, la sometan a tortura y la fusilen en masa.

El 1 de septiembre, 2º aniversario de la entrada en guerra, el dócil Jodl le muestra a Hitler la estadística comparada: las pérdidas

alemanas se elevan en 2 años de hostilidades a 418.805 bajas, de ellas 90.441 muertos y 29.687 desaparecidos; mientras que en los dos primeros años de la II Guerra Mundial cayeron 3.117.797, de los cuales 416.672 murieron y 371.321 desaparecieron: 8 veces menos bajas que en la guerra imperial. Sería Stalin quien riera el último: entre junio 1941 y junio 1944, más del 90% de las bajas en combate del ejército alemán lo fueron a manos del Ejército Rojo. Si las comparamos con las víctimas causadas al enemigo por británicos y norteamericanos en las 2 batallas del norte de Africa, el desembarco en Sicilia y la ofensiva en Italia, estas últimas operaciones arrojaban una cifra insignificante. A estas alturas de la guerra, los rusos perdían 3 millones de hombres hechos prisioneros. La naturaleza y el volumen de las fuerzas empleadas en el combate explican la impresionante estadística.

Hitler iba a cometer un nuevo error de cálculo: en lugar de tomar Moscú y retirarse a sus cuarteles de invierno, de concentrar sus fuerzas, las dispersó, las diluyó en el espacio ruso. Era prisionero del calendario. El asalto a Inglaterra debía esperar para alivio de Churchill. Hitler insistía en que sus objetivos debían cumplirse en 1941. Al diablo con las precauciones de sus generales, que le recomendaban una campaña sin prisas, en dos tiempos. «No quiero oír hablar de las dificultades que nuestras tropas pueden encontrar durante el invierno. Les prohíbo que me hablen de ello porque no habrá campaña de invierno: la guerra debe reanudarse desde Finlandia al mar de Azov».

La radio moscovita martilleaba sobre las conciencias de los ciudadanos rusos: debían seguir el ejemplo de 1812. Sin embargo, la progresión de la Wehrmacht hizo que cundiera el pánico a lo largo del Volga y en Moscú, parcialmente evacuada. Stalin se quedó en su despacho del Kremlin. El 10 de octubre, se produjo un acontecimiento que cambió el curso de la guerra: llegó la nieve. Las lluvias se adelantaron al calendario. El general Barro y el general Fango se aliaron con los rusos. El fango lo salpicaba todo: los uniformes, las armas, los vehículos, los ojos, el rostro de los soldados… Lo que para unos representaba una ventaja (los rusos), para los otros (los alemanes) era un calvario, una pesadilla logística. Los camiones estaban preparados para las carreteras europeas. Por eso, el avance alemán se aprovechó de las carreteras francesas. Ahora se atascaban en un océano de lodo. El abastecimiento se complicó: no tardarían en comerse a sus caballos, tan mal entrenados como los camiones para la tarea ofensiva que se intentaba culminar en condiciones tan desfavorables.

Hitler no quería oír hablar del general Invierno. Empezaba a faltar el pan, pero se negaba a escuchar lamentaciones y excusas. El orgulloso soldado alemán debía anteponer la victoria al hambre. Su jefe temía el retroceso, la desmoralización, la pausa. Todo lo que quería oír eran noticias sobre avances sin respiro hacia el Volga, sin tener en cuenta los sabotajes de los partisanos ni la destrucción de los puentes y presas hidroeléctricas. Ni un milímetro de repliegue. Los generales callaban, se rebelaban por dentro, protestaban en su interior porque Hitler se negaba a viajar a esos parajes. Si se diera una vuelta comprendería por qué la ofensiva se detenía. Ya veían las torres doradas del Kremlin, ya las tenían casi a tiro de sus armas.

Una vez limpiado el barro de los ojos, tocaban los alemanes con los dedos los suburbios de Moscú. Guderian se encontraba a sesenta grados bajo cero en la Iasnaia Poliana de *Guerra y paz*, la cuna de Tolstoi, mientras Hitler, en pleno ataque de entusiasmo, gritaba: «Hemos vencido a Rusia, no volverá a levantarse jamás». ¿Habían hecho pedazos al Ejército Rojo como aseguraba Goebbels? Al contrario que Hitler, al menos eso dijo Zukov después de la guerra, Stalin no decidía en solitario las cuestiones militares esenciales, «porque comprendía la necesidad del trabajo colectivo en asuntos tan complicados: concedió a sus generales libertades tácticas y a veces estratégicas». También ocurrió que sus mandos, por temor a las purgas, a la cárcel de la Lubianka, al paredón o a Siberia, se negaron en ocasiones a transmitir a Stalin sus errores o las malas noticias del frente, con lo que a veces recibía una falsa impresión de la realidad.

La batalla por Moscú comenzó con buenos augurios para los alemanes. Manstein, considerado junto con Guderian como uno de los grandes generales de la campaña y de toda la guerra, condecorado por su valor como oficial de infantería durante la I Guerra Mundial, aunque mal considerado por el Alto Mando por su independencia de criterio, conquistó Crimea y puso sitio a Sebastopol. Era el maestro de la táctica fluida: ganar terreno. Un día perdió el favor de Hitler, pero su cese favoreció más a Rusia que a Alemania. Rundstedt tomó Rostov y, al norte, Leeb entró en Tichvin. La Wehrmacht había roto la línea de Stalin. El Gobierno soviético y el cuerpo diplomático buscaron refugio a 800 kilómetros al Este, en Kuibichev. La avanzadilla del general von Bock llegó a duras penas a las puertas de Moscú. ¿Podían cantar victoria? No, porque el frío congeló los carros de combate, desarticuló sus cadenas, heló la grasa de los fusiles y ametralladoras. Hitler mandó a sus soldados a luchar contra los rusos. Ni siquiera había previsto un motor refrigerado por aceite. Las botas de sus soldados estaban fabricadas tan a la medida que no permitían más de

un par de calcetines. Fue entonces cuando Goebbels, a través de la radio, que supo dominar con tanta eficacia, lanzó un llamamiento al patriótico corazón de los alemanes: deberían hacer acopio de ropas de abrigo. El ciudadano respondió, pero el material llegaría tarde. La Wehrmacht estaba congelada. Con su chaqueta de piel, sus botas forradas de fieltro, su ropa interior de lana y su gorro de astracán con grandes orejeras, «Iván el ruso sabía muy bien —escribe Snyder— cómo servir a las órdenes del general Invierno».

Los ciudadanos alemanes, salvo los cegados por el entusiasmo y el hipnotismo de Hitler, empezaban a preguntarse qué era de esa rápida victoria prometida el 22 de junio. ¿Cómo es que Goebbels les pedía ropa de abrigo? Callaban por temor, pero llegaban los soldados heridos, mutilados, con las extremidades segadas por el frío. «Nuestras victorias nos destruyen», aseguraban por lo bajo los más cínicos. Las locomotoras se helaron, el mecanismo de las armas automáticas se congeló, las cadenas de los tanques se hicieron una masa de hielo, el pan había que cortarlo con hacha, la mantequilla era de mármol. Una herida significaba la muerte. Los paquetes de gasas se ponían duros como la madera. Era peligroso defecar: los hombres morían por congelación del ano. Lanzaban a los muertos a las hogueras para apoderarse de sus ropas, recalentaban tanques y camiones con la ayuda de grandes fuegos avivados bajo sus motores. «Alguien tuvo la idea —escribe Cartier— de enviar un tren de vino francés para sostener la moral de los *feldgrauen:* llegó, ya que los obuses o la ropa no lo hacían, bajo la forma de bloques de hielo rosa, rotos los pellejos en los vagones».

La patrulla de reconocimiento se detuvo en la terminal de autobuses y tranvías de Moscú. No irían más allá. Von Kluge, conocido como «Kluger Hans». (Juan el listo), uno de los más competentes generales de la II Guerra Mundial, que mandó el Cuarto Ejército en la campaña de Polonia y que sucedería más tarde a Rundstedt al frente del ejército de Normandía tras el «Día D», dio la orden de alto al Cuarto Ejército. El mando alemán debía elegir entre el repliegue, la suspensión de las operaciones, la evacuación y la cólera de Hitler o el anatema, la excomunión de Rastenburg. A las puertas de Moscú, los alemanes dieron media vuelta. ¿La segunda retirada de Rusia? El mismo problema, el frío, las pésimas comunicaciones, el alargamiento de los frentes, la falta de gasolina. Dos tercios de las fuerzas alemanas quedaron inmovilizadas entre Dimitrov y Tula, en un sector de trescientos kilómetros. Mientas la guerra llegaba al Pacífico, los japoneses bombardeaban Pearl Harbor y el conflicto se extendió a las Filipinas, los rusos contraatacaban en una batalla transformada por el

hielo, con el terreno convertido en pista de patinaje. Si las deserciones no se multiplicaron fue por el temor a caer en manos de los soldados y partisanos rusos. Hubo quienes prefirieron el suicidio sobre la costra helada. Los heridos se congelaban en sus camillas como el ejército napoleónico. Los alemanes sufrieron un triple suplicio: el frío, las distancias y el hostigamiento. ¿La orden de Hitler?: «*Haltebfehl*», ni un paso atrás. Haría la guerra sin intermediarios. Todos los esfuerzos para recomponer las líneas de comunicación fueron inútiles. Por una vez, Hitler tenía razón: la retirada hubiera representado una catástrofe. Todos los historiadores coinciden en este punto. Al empezar la ofensiva soviética, se demostró que las posiciones alemanas podrían defenderse dentro de sus blocaos y defensas con la ayuda del aprovisionamiento lanzado desde el aire, una retirada inmediata y a gran escala hubiera conllevado el caos más absoluto. El éxito moderado de esta nueva decisión le hizo creer a Hitler en su seguro instinto militar. Por eso mantuvo las mismas órdenes a rajatabla.

Mientras Leningrado resistía el largo asedio en condiciones milagrosas, Sebastopol, base naval y avanzada estratégica de la península de Crimea, cedió a la presión de los invasores, que, en junio de 1942, la atacaron desde los 4 puntos cardinales. Aguantó 7 meses de cerco sin cuartel. Los defensores de Sebastopol capitularon el 3 de julio, víctimas del hambre, las epidemias, faltos de municiones y con la ciudad incendiada por los cuatro costados. Nada quedó en pie para provecho del enemigo. Fueron muchos los defensores de la base crimeana que aprovecharon los últimos cartuchos de dinamita para suicidarse junto a los escombros. No caerían vivos en manos de la Wehrmacht.

El mismo espíritu de resistencia histórica animó a los coroneles de los moscovitas, que celebraron la Revolución de Octubre en el Metro de Moscú: les rodeaban cincuenta y una divisiones alemanas, incluidas trece acorazadas. Los trabajadores recibieron una semana de adiestramiento militar y fueron enviados a tareas defensivas: las líneas de comunicación con el Este seguían abiertas. No se interrumpieron nunca: era el balón de oxígeno que necesitaba la asediada capital. Las mujeres ayudaban a cavar trincheras. En los pequeños talleres artesanales se fabricaban bombas caseras, armas, defensas rudimentarias con el metal que había a mano. Henry Cassidy, corresponsal de guerra, transmitió a su periódico: «Miles de mujeres, movilizadas por sus comités locales y vistiendo ropas ciudadanas, afluían en tren, autobús y camión a los fríos y embarrados suburbios del este de Moscú para abrir profundas trincheras y fosos antitanque, que cruzaban el campo como tremendas cicatrices. Las fortificaciones

alcanzaban por la retaguardia hasta la propia ciudad, donde se levantaban barricadas de acero, sacos terreros y adoquines. El palacio de los soviets, que entonces no pasaba de ser un esqueleto de vigas de acero, y que una vez terminado hubiera sido el edificio más alto del mundo, suministró grandes cantidades de material para las fortificaciones. El Metro de Moscú, el ferrocarril subterráneo más moderno del mundo, se utilizó para transportar tropas y pertrechos de una parte a otra».

Adolf Hitler se cebó en sus generales, a los que tachó de atajo de inútiles. Al mariscal Keitel, alias «Lakaitel» (el Lacayo) lo llamó, sin contemplaciones, «portero de cine». Eso era lo que había sido para el *Führer*, un lacayo, un portero de cinematógrafo, un correveidile, la voz de su amo. Por eso lo promovió al empleo de mariscal, por su ciega obediencia. Cuando en 1938 Hitler disolvió el Ministerio de la Guerra y destituyó a Blomberg, le preguntó a éste por su asistente, Wilhelm Keitel. «Es, simplemente —respondió—, el hombre que dirige mi oficina». «Esa es la clase de gente que necesito», sentenció Hitler.

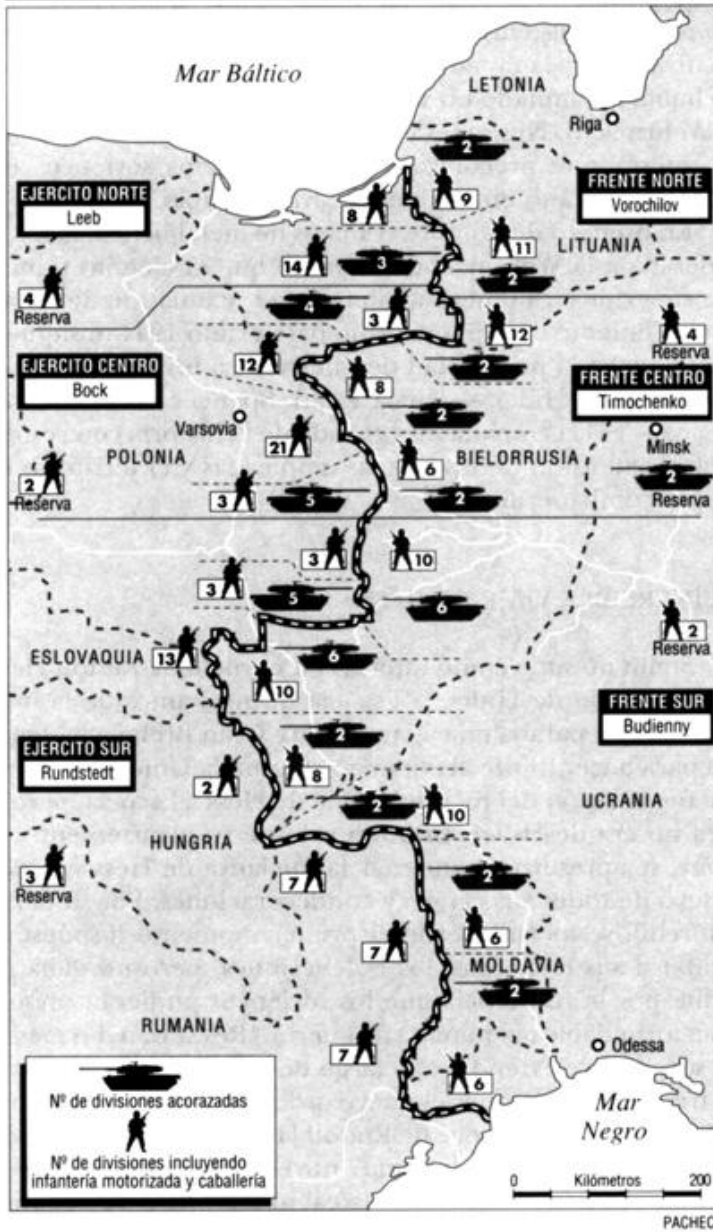
Los cambios se sucedieron en la cadena de mando: Rundstedt, Stupnagel, Brauchitsh y Guderian hicieron mutis. Reichenau, que sucedió a Rundstedt al frente del Grupo del Ejército del Sur, que combatió en Polonia, Bélgica, Francia y Rusia, rabioso y cruel con los prisioneros rusos, murió en un accidente de aviación cuando lo trasladaban al hospital, después de sufrir un infarto. Von Leeb, un militar digno, autor de un reconocido estudio sobre la guerra defensiva, cayó en la gran purga de los generales, en enero de 1942. El coronel general Strauss, agotado física y psicológicamente, se retiró del frente por enfermedad. A Hoepner, que trató en vano de acercarse a Rastenburg para trasladar a Hitler la preocupación de los mandos superiores, lo degradó, lo excluyó del ejército y le condenó a no vestir más su uniforme. Era la política de tierra calcinada en el alto mando. Hitler dio el paso final cuando hizo votar al Parlamento, el Reichstag, una ley que le daba derecho de vida y muerte sobre todos los ciudadanos. «Los soldados —afirmó el *Führer*— han nacido para morir. Los generales, para desaparecer». Las pérdidas eran enormes: a 31 de marzo de 1942, se elevaban a 1.074.607 hombres, o sea el 35% de los efectivos puestos en pie de guerra el 22 de junio del año anterior; de ellos, 33.233 eran oficiales. El número de los muertos en combate se elevó a 223.553; el de los heridos, a 799.389; el de los desaparecidos, a 51.655. A pesar de todo, la ofensiva de primavera le dio alas a un Hitler que hacía caso omiso de los informes de sus servicios de inteligencia: «Explotó de furor —escribe el general Halder— cuando le comunicamos que los rusos fabricaban 1.200 carros de combate al

mes».

Winston Churchill insistió en cerrar el círculo (*closing the circle*), el anillo de acero sobre el III Reich en el Atlántico, el Mediterráneo, Africa del Norte, Oriente Medio, Irán y, en su punto de sutura, en el Cáucaso. Gran Bretaña se convirtió en el arsenal de la coalición aliada. Las divisiones norteamericanas empezaban a desembarcar en los puertos y aeropuertos británicos. Pero el desembarco británico en Dieppe, norte de Francia, con 2 tercios de canadienses entre los asaltantes, fracasó por completo. Tan sólo uno de los veintisiete carros ingleses pudo recorrer cien metros de playa. La orden de retirada del mando británico llegó a las 9 de la mañana del 19 de agosto de 1942. La división SS Panzer, «Adolf Hitler», y la 10 Panzer, bajo el mando del general Kuntzen, jefe del Cuerpo 81, destrozarían la fuerza invasora. La mitad de los 6.000 hombres murieron sobre la cabeza de la playa de Dieppe o fueron hechos prisioneros. Hitler dio las gracias a los británicos porque le hicieron entrega gratuita de una colección de armas nuevas. El mando en puerto informó que los comercios abrieron con normalidad esa misma tarde. Habría que esperar al «Día D» tras el frustrado ensayo de Dieppe.

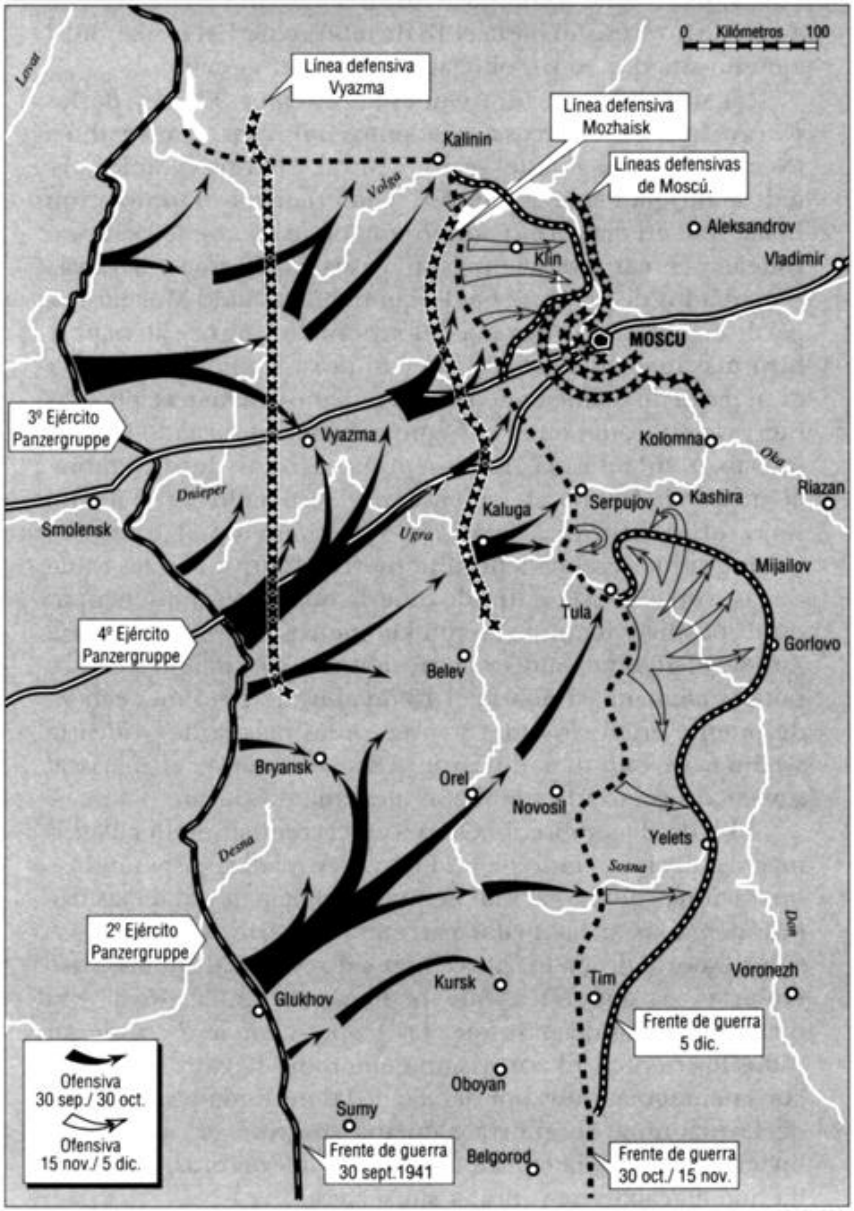
Hitler, eufórico porque había arrojado a los ingleses al mar, interpretó el fracaso del desembarco como un buen augurio. Su próximo objetivo sería Stalingrado, la clave del Cáucaso. Su pérdida representaría para los rusos el último eslabón entre la URSS y la inmensa retaguardia siberiana. Para Joseph Vissarionovich Djugachvili, alias Stalin, que en 1918 buscaba por aquellos andurriales trigo con el que salvar a Moscú de la hambruna poszarista, sería un golpe psicológico de primera magnitud. Los rusos defenderían Stalingrado con uñas y dientes. Hitler nombró a Paulus jefe del Sexto Ejército. No tenía ni el dinamismo ni la brutalidad de Reichenau, su antiguo comandante. Era un funcionario sin imaginación, cumplidor y disciplinado.

LA OPERACION BARBARROJA



PACHECO

LA OFENSIVA SOBRE MOSCU



PACHECO

Capítulo seis

Pearl Harbor

Fue un ataque por sorpresa. El presidente Roosevelt lo llamó «el día de la infamia». Una sorpresa, aunque las señales del ataque a Pearl Harbor, cerca de Honolulú, en las islas Hawai, aparecieron por todas partes, incluso en 1925 había visto la luz la novela profética, de anticipación de Héctor Bymater *La gran guerra del Pacífico*. Japón, con ese supuesto táctico, deseaba, necesitaba la guerra para recuperar materias primas. Fue una sorpresa estratégica, un éxito militar fulminante, pero también un haraquiri anticipado. Sin el ataque a la flota norteamericana del Pacífico, quizá no hubiera habido Hiroshima o Nagasaki. Salvo el *Arizona*, la marina de Estados Unidos reconstruyó su flota, tan necesaria para las batallas navales de 1944, que dieron un giro a la guerra del Pacífico.

El domingo 7 de diciembre de 1941 fue un día tranquilo en el archipiélago de Hawai. Fueron muchos los marinos y los soldados que creyeron en un simulacro de ataque aéreo, en unas maniobras militares. «Estos de la fuerza aérea cada vez lo hacen con mayor fidelidad», comentó un marino a bordo del *Utah*. Pero la radio de Honolulú puso las cosas en su sitio: «Atención, los *japs* atacan». Los *japs* eran, despectivamente, los japoneses. O sea, que los «enanos amarillos» eran capaces de sorprender y humillar a la que sería primera potencia militar del mundo.

El imperio del Sol Naciente, formado en las ideas alemanas de la guerra como partera de su reciente historia, como unidad de destino, no podía quedar al margen del conflicto. En 1919 lo advirtió el senador Henry Cabot Lodge: «El Japón se ha formado en las ideas alemanas y considera la guerra como una industria, pues por la guerra ha conseguido su extenso imperio. Se propone explotar China y hacerse fuerte hasta convertirse en una potencia mundial tan formidable que amenazará la seguridad del mundo. Pero el país al que más amenazará será al nuestro, a menos que tengamos buen cuidado en mantener una gran superioridad naval en el Pacífico».

Al menos sobre el papel, esa superioridad se vino abajo en pocas horas. Los orgullosos japoneses lanzaron el *tora, tora, tora* sobre la base alegre y confiada de la Bahía de las Perlas en la isla hawaiana de Oahu. Eran las 7.55 de la mañana, hora de Hawai. Los marineros se lustraban las botas para saltar a tierra y los marines desayunaban tranquilamente en sus barracones. Otros disfrutaban de un cigarrillo

en medio de la agradable brisa de la mañana. El cielo prometía otro día claro, lleno de sol, de un azul interrumpido por unas cuantas nubes altas. A bordo del *Tennessee*, el sargento Emmons esperaba que le entregaran el primer informe del día. Ni siquiera llegó a sus manos, porque sintió un brusco golpetazo que convulsionó al buque de guerra. «Fue como si otro barco hubiera chocado contra el nuestro. No escuché una explosión». Fue entonces cuando empezaron a sonar las señales de alarma del *Tennessee*. El día, la hora de la infamia. A partir de entonces, esa señal de alarma resonaría en el ánimo de los norteamericanos, descubiertos en su ingenuidad con la guardia baja: «Recordad Pearl Harbor».

Aquel ataque cambiaría la historia contemporánea, porque el presidente Roosevelt, como deseaba Churchill, declaró la guerra a Hirohito, emperador de Japón. Hitler, en otra decisión precipitada, declaró la guerra a Estados Unidos. «Su presidente —le dijo a Ribbentrop el encargado de negocios estadounidense— quería la guerra. Ya la tiene».

El bombardeo de Pearl Harbor inauguró la «era del instante»: la radio daba cuenta minuto a minuto del ataque japonés. La opinión pública reaccionaba al compás de los acontecimientos. El sargento Emmons escucharía muy pronto, segundos después, las explosiones, el estallido de los torpedos japoneses, y vería el cielo oscurecido por las escuadrillas japonesas, cubierto de volutas blancas como consecuencia del tardío fuego antiaéreo. La banda militar del *Nevada* tocaba *The Star-Spangled Banner*. En ese mismo momento, un Zero japonés enviaba un torpedo a la línea del flotación del *Arizona* y barría con ráfagas de ametralladora la cubierta del *Nevada*. Sólo entonces dejó de tocar la orquesta. A las 7.58 horas, la radio de Fort Island emitió un nervioso comunicado: «Ataque aéreo, no es un simulacro». Desde el *Oklahoma* llegó la orden a través de los altavoces: «Todos a sus puestos de combate. Esto no es una broma, repito, esto no es una broma». La orden de Fuchida, comandante de operaciones, *¡To, to, to!* (al ataque), se cumplía al pie de la letra. La explosión sacudió al *Atizona* de proa a popa. Quedó desarbolado y en llamas. «Una inmensa columna de oscuro humo rojo llegaba hasta nosotros», recordó años más tarde el comandante Mitsuo Fuchida. Para entonces, Fuchida había hecho llegar a Tokio la señal del éxito y la sorpresa: *«Tora, tora, tora»* (tigre).

En la modesta habitación de su casa, el vicecónsul japonés en Honolulú, la capital de Hawai, conectó la radio de onda corta. A las ocho de la mañana, la radio nacional japonesa no informaba del ataque en su boletín informativo. Nada que interesara a Takeo Yoshikawa. Al llegar al pronóstico del tiempo, el vicecónsul japonés

subió el volumen de la radio. El locutor, con una inflexión especial de la voz, anunció dos veces: «Viento del Este, lluvia». Era la señal en clave de que el ataque había comenzado. Mil hombres del *Arizona* yacían muertos en el fondo de la bahía cuando las bombas se dirigieron hacia otro de los siete acorazados anclados en paralelo a la isla Ford, nudo naval en Hawai, de la flota Cuartel General norteamericana en el Pacífico. «Las bombas —recuerda Fuchida—, cayeron en perfecto orden, como diablos de la muerte».

El vicecónsul japonés se asomó a la ventana para comprobar con satisfacción la obra cumplida en forma de columnas de humo que se elevaban verticalmente sobre Pearl Harbor. El eco de las bombas era música celestial. En realidad, Takeo Yoshikawa no pertenecía al servicio diplomático de su país. Como alférez de la Armada Imperial, fue el encargado de enviar, nueve horas antes, la señal decisiva al cuartel general del almirante Yamamoto. Durante 4 años se había preparado para la misión de espionaje. Tras comprobar que los suyos daban cuenta de la armada norteamericana en el Pacífico, se dirigió sin prisas hacia su despacho para destruir sus libros en clave y los despachos de inteligencia transmitidos por radio. El último de ellos aparecía sobre una pila de documentos *top secret* (secreto absoluto): «Buques fondeados en la bahía. 9 navios de guerra. 3 cruceros de clase B, 17 destructores. Todos los portaaviones y los cruceros pesados han abandonado la bahía. El *Enterprise* y el *Lexington* han zarpado de Pearl Harbor». Takeo Yoshikawa prendió fuego a los documentos y se preparó un té a la espera de que llegaran los agentes del
FBI
.

A 350 kilómetros de allí, desde el puente de mando del portaaviones *Akagi*, perteneciente a la Flota Imperial, el almirante Chiuchi Nagumo leía una vez más el último mensaje enviado por Takeo desde su puesto de observación en Honolulú. Los 6 portaaviones de Nagumo habían llegado a las 5.30 al punto de encuentro. El buque insignia enarbolaba la bandera que el almirante Tojo llevaba 36 años antes, cuando envió al fondo del mar a la flota rusa de Pod en Tsushima. 183 aparatos japoneses despegaban de los seis portaaviones, a pesar del fuerte viento cargado de gotas de lluvia. Viento del Este y lluvia. Era la primera oleada de ataque. Desde que zarpó de una de las islas Kuriles, sumidas en la bruma, el almirante Nagumo se mostró preocupado por la meteorología. Si las formaciones de nubes ocultaban el puerto de Pearl Harbor a sus hombres, no les resultaría fácil a éstos hacer blanco sobre sus objetivos. El efecto de sorpresa, el *¡to, to, to!*, se habría perdido. Sin embargo, al acercarse a

las islas Hawai, los pilotos japoneses pudieron sintonizar Radio Honolulú, que transmitía el parte meteorológico: «Parcialmente nuboso en las montañas. Visibilidad buena por debajo de los 3500 pies». A esa misma hora, la radio de Washington se hacía eco del partido entre los Pieles Rojas, el equipo de la capital federal, y los Aguilas de Filadelfia.

Trece aviones B17 norteamericanos volaban a poco más de 300 kilómetros al nordeste de Hawai. Habían despegado de una base californiana el 6 de diciembre. La poderosa flota nipona zarpó de las Kuriles, bahía de Tankan, el 25 de noviembre, bajo el silencio total de la radio y con instrucciones de hundir todos los barcos que encontrase a su paso. El 5 de diciembre, la escuadra japonesa recibió la orden convenida: «Escalar el monte Nitaka». No hubo ni un fallo ni un imprevisto en su recorrido en aquella cita con el destino y con la historia. El cielo sobre Pearl Harbor se cubrió de aviones con el sol rojo pintado en los fuselajes.

Hacia las 7 de la mañana, o sea, poco menos de una hora antes del ataque japonés, 2 soldados norteamericanos encargados de vigilar los cielos a través del radar situado sobre una ladera al norte de la isla Oahu descubrieron un enjambre de aviones a unos 220 kilómetros de distancia. Eran los soldados Lockhard y Elliot. Alarmados por lo que observaban en el radar, telefonearon de inmediato al teniente Kermit Tyler, del centro de información:

> —Mi teniente —informó Elliot—, hemos detectado en la pantalla escuadrillas de aviones en dirección a Hawai. Distancia, unos 220 kilómetros.
>
> —Tranquilos, muchachos —respondió el teniente—, son los B17 que han despegado de la base de Hamilton. Los esperamos de un momento a otro.

Fue una equivocación fatal. Ni siquiera el descubrimiento de un submarino japonés «de bolsillo» en la bocana de Pearl Harbor despertó las sospechas de la armada norteamericana. Esperaban el ataque japonés, pero no en Hawai, sino en Filipinas o en Malasia. Ese error le costaría muy caro a la Flota del Pacífico, que eligió Pearl Harbor como lugar de refugio seguro: siete *battleships* (acorazados) hundidos o destruidos —incluyendo el *Pennsylvania* en dique seco— y 3.581 aviadores, soldados y marinos heridos o muertos.

LA GUERRA COMERCIAL.

La ruptura de las negociaciones entre Japón y Estados Unidos era una señal clara de que Tokio deseaba pasar a la acción. La rivalidad entre ambos países databa de los primeros años del siglo XX, cuando sus respectivas expansiones comerciales chocaron en el Pacífico. Las relaciones entre Washington y Tokio se hicieron aún más frías cuando Japón se adhirió al Pacto Tripartito con Alemania e Italia, y empeoraron cuando los japoneses cortaron la ruta de Birmania a través de la cual Estados Unidos enviaba ayuda a su aliado chino, el generalísimo Chiang Kai Chek.

Hirohito se disponía a abrir su «Esfera de la Coprosperidad de la Gran Asia Oriental». De la Indochina francesa ambicionaba el estaño, el carbón y el cinc; de las Indias orientales holandesas (la futura Indonesia), el caucho, el petróleo y el estaño. Las ideas expansionistas de Japón aparecían en el discutido Memorial Tanaka: «Si lo único que nos proponemos es desarrollar nuestro comercio, a la larga no podremos competir con Gran Bretaña y Norteamérica, con su insuperable poderío capitalista. Terminaremos perdiéndolo todo». Tanaka era el nombre del primer ministro japonés que en 1927 reunió en Tokio a la flor y nata de la milicia y los samurais de la industria japonesa para informarles de sus designios. La guerra en China era una sangría de recursos, la población crecía imparable y Japón necesitaba espacio vital (el *lebensraum* de los alemanes), recursos y materias primas. Años más tarde, el ministro de la Guerra, almirante Tojo, resumiría estas urgencias al elegir el combate en lugar del diálogo. Tojo, el militarista, cambió de idea al llegar a primer ministro: «El plan de ataque a Pearl Harbor es contrario al honor nacional». La negociación era una pérdida de tiempo; la guerra, una solución a los problemas. El almirante Isoroku Yamamoto, al frente de la Armada Imperial, fue el hombre elegido por Tojo para lanzar el ataque sobre el corazón de la flota norteamericana en el Pacífico. El protocolo le impedía hablar a Hirohito: «Es un crimen moral», parece que protestó en vano.

En plena guerra económica y comercial entre Japón y Estados Unidos, Washington prohibió el envío de motores de avión, denunció el trato comercial entre ambos países, se congelaron las cuentas bancarias niponas en Estados Unidos y se embargaron la exportación de chatarra y de una larga serie de materias primas vitales para Tokio y su programa de rearme: caucho, bromo, cobre, latón, níquel, estaño, radio, potasas, petróleo, aceite, grasa para motores… Japón se vio al borde del caos económico porque la guerra con China, cuya soberanía, independencia e integridad territorial respaldaba Estados Unidos (Roosevelt pertenecía al grupo de presión chino), consumía muchas

más materias primas que las que producían las islas y su territorio de Manchuria. La verdad es que el conflicto ruso-japonés (1904-1905) terminó en una guerra de desgaste, lo mismo que el que le enfrentaría con China en 1937. Sería mejor adoptar la «estrategia del Sur»: «Lo conquistaremos en noventa días», le dijo el general Sugiyama al *tenno* Hirohito. Necesitaban las materias primas del sureste asiático para sobrevivir. Los políticos japoneses se dividieron entre partidarios de la negociación para obtener el levantamiento del embargo y los seguidores de una línea dura, belicista. Para estos últimos, el plan de ataque a Pearl Harbor, diseñado por Yamamoto, significaba el punto de no retorno, quemar las naves. A partir de ahí, la iniciativa, pensaban, sería de la flota japonesa con una guerra de usura instalada en el Pacífico. El resultado fue el contrario: salvo el *Arizona*, los barcos hundidos en aguas de poca profundidad fueron reflotados, y los aislacionistas de Estados Unidos se convirtieron en intervencionistas. Pearl Harbor provocó una oleada de indignación y patriotismo. Justo lo que esperaba el presidente Roosevelt, ardoroso antijaponés. En vísperas de la guerra, el príncipe Konoye adoptó medidas de emergencia: el sistema de partido único y la censura de prensa; pero, al mismo tiempo, envió a Washington a un embajador extraordinario, el almirante Nomura, hombre flexible y partidario de la negociación, con un borrador de acuerdo a cambio de la reanudación de los suministros de materias primas y de la consideración de potencias iguales. Japón se comprometía a retirarse de China y olvidaría sus obligaciones en el Pacto Tripartito firmado con Hitler y Mussolini. Este plan fue una maniobra de distracción. La realidad era que hacía tiempo que los japoneses habían sucumbido a la tentación hitleriana: la apertura de otro frente, la entrada de Tokio en la guerra, el desafío a Estados Unidos. Uno de los misterios de la guerra es por qué Hitler no supo o no pudo ponerse de acuerdo con Japón para coordinar las operaciones. Las negociaciones con Estados Unidos quedaron rotas. El 2 de julio de 1941, el consejo presidido por Hirohito decidió pasar a la ofensiva con la ocupación de la Indochina francesa después de un simulacro de negociación con el Gobierno de Vichy. Poco antes de la ocupación, el Ministerio de Asuntos Exteriores le fue confiado al almirante Toyoda, del Partido Militarista. «Todavía podremos llevarles algún tiempo de la cuerdecita», le dijo el presidente Roosevelt a Churchill. El príncipe Konoye propuso al presidente norteamericano una reunión en la cumbre en el Pacífico, pero la oferta fue rechazada. Hay historiadores que apuntan que lo que Tokio pretendía era secuestrar al presidente Roosevelt.

La situación del Gobierno de Konoye se hizo insostenible. Hirohito

aceptó su dimisión el día 16 de octubre, y el ministro de la Guerra, Hideki Tojo, se hizo cargo del Gobierno. Era un fanático partidario de la guerra y había negociado con Hitler y Mussolini el pacto Tripartito. Tojo llegó a la jefatura del Gobierno con el apoyo de Sugiyama, jefe del Estado Mayor conjunto, y de Nagamo, jefe de la Armada Imperial. Fue el responsable del ataque a Pearl Harbor. Permaneció en el cargo hasta la caída de las Islas Marianas, aceptó la responsabilidad de la derrota y fue obligado a dimitir. Le sucedió Koiso, un general algo más moderado. Después de la rendición de Japón trató de suicidarse con el procedimiento tradicional, el *sepuku*, más conocido en Occidente como el haraquiri. Salvado del suicidio, compareció ante un tribunal de guerra aliado. Fue ahorcado el 23 de diciembre de 1948. Era un trabajador infatigable. «La cuchilla», como le llamaban, era popular en el ejército y muy temido entre los civiles de la administración. Hideki Tojo aceptó la responsabilidad por la derrota en la guerra.

El 7 de noviembre, el Gobierno norteamericano se reunió para evaluar las posibilidades de Estados Unidos en la guerra contra Japón. En el plano militar, se daba por sentada la enorme superioridad de Norteamérica frente a los ejércitos japoneses. Ese exceso de confianza le fue fatal a Pearl Harbor. «La fuerza aérea japonesa es, incluso, inferior a la de Italia», declaró un general. Eso explica que el mando de la flota en Pearl Harbor retirara los vuelos de reconocimiento para ahorrar combustible y las medidas de seguridad antisubmarinos en torno a la bahía. El coronel Iwakuvo arrojó un jarro de agua fría sobre el comité militar: la producción de Estados Unidos en acero era superior a la de Japón en una proporción de veinte a uno; la de petróleo, en cien a uno; la de carbón, en diez a uno; y la de aviones, en cinco a uno. El que expresara algún tipo de pesimismo atentaba contra el código del honor. Hasta el propio Hirohito fue amenazado: si se oponía a la guerra, sería asesinado.

A pesar de su teórica superioridad, el pueblo norteamericano no deseaba ir a la guerra. La diplomacia estadounidense se encontró en un callejón sin salida: no podía lanzarse contra el Japón ni deseaba negociar. Tojo afirmó al recibir el comunicado de sus embajadores: «Nos han humillado, nos han hecho perder meses de esfuerzos. Es el final». Entre el 30 de noviembre y el 1 de diciembre, el Gobierno japonés, el Consejo de la Corona, la Conferencia de Coordinación y el Consejo de Antiguos Jefes de Gobierno decidieron declarar la guerra a Estados Unidos. El *casus belli* sería el ataque a la base de la Bahía de las Perlas, al estilo del desencadenado contra Port Arthur en 1904 o del que lanzaron los ingleses contra la base italiana de Tarento.

TELEGRAMA EN CLAVE

El 6 de diciembre, el Gobierno japonés transmitió secuencialmente un telegrama en clave a sus dos embajadores en Washington con la orden de entregarlo a las 13.00 horas de Estados Unidos. En ese momento, los aviones japoneses estarían ya volando en dirección a la base de Pearl Harbor. Hay varias versiones sobre el hecho: o bien la traducción se demoró mucho, o bien, aunque los japoneses no lo supieran, los norteamericanos habían descifrado las claves criptográficas, de modo que el telegrama de declaración de guerra habría llegado a manos de Roosevelt y el secretario de Estado (ministro de Asuntos Exteriores), Cordel Hull, unas 26 horas antes del ataque. La clave era: «Viento del Este, lluvia». El almirante Harold Stark, jefe de Operaciones Navales, envió un mensaje de alerta a las autoridades de Pearl Harbor, pero la electricidad estática impidió su transmisión a través de la radio militar, por lo que fue cursado por vía comercial ordinaria a Honolulú. La Central de Telégrafos de Honolulú «lo envió a Pearl Harbor por medio de un muchacho en bicicleta con carácter de urgencia —escribe el historiador Louis Snyder—. Cuando el chico pedaleaba por la carretera de Honolulú a Pearl Harbor, empezaron a caer las primeras bombas japonesas. El mensajero se arrojó de cabeza a la cuneta y permaneció tendido en ella durante varias horas, mientras las bombas llovían de los cielos». Cuando los dos enviados japoneses llegaron al despacho del secretario de Estado, Cordel Hull conocía ya la noticia del ataque, y el diplomático norteamericano los echó con estas palabras: «Sois unos granujas, os meáis en los pantalones, largo de aquí».

El Gobierno japonés, pese a las reticencias del emperador Hirohito, pensaba que la tremenda sorpresa de Pearl Harbor obligaría a los norteamericanos a aceptar un plan de paz. Vencidos los estadounidenses, los británicos y los holandeses en el Extremo Oriente, los japoneses atacarían a la Unión Soviética. La moral de Estados Unidos caería al suelo. Además del ataque sobre Pearl Harbor, otras operaciones se planeaban por sorpresa contra Filipinas y Singapur.

Las dos principales bases aliadas en el Pacífico, Pearl Harbor y Singapur, «2 pistolas que apuntaban —según el almirante Yamamoto — a la nuca del japón», estaban separadas por 9600 kilómetros. Eso da idea de la capacidad de la armada japonesa para superar problemas técnicos y logísticos con navios de guerra rápidos y bien armados.

El consulado de Japón en Honolulú se puso a recoger información sobre movimientos de barcos norteamericanos. El plan de ataque a

Pearl Harbor se vio mejorado con la ampliación del radio de acción de los cazas Zero y con la aplicación de alerones de madera a los torpedos aéreos. Eso les permitía progresar en aguas bajas como las de Pearl Harbor, de 15 metros escasos de profundidad. El domingo 7 de diciembre no habría claro de luna en Hawai. La oscuridad facilitaría el acercamiento de los portaaviones japoneses. La elección del domingo era obvia: la guarnición bajaba la guardia durante el fin de semana. Los 3 grandes ataques de la guerra, contra Francia, la
URSS
y Pearl Harbor se desencadenaron en domingo.

El almirante Yamamoto había crecido en el espíritu antioccidental estimulado por las narraciones de su padre, que le hablaba de los «bárbaros que vinieron en sus negros barcos y amenazaron al Hijo del Cielo». Japón entendía su guerra en el Extremo Oriente como una liberación de todos los países del yugo colonial de Occidente, aunque invadieron también Siam (Tailandia), la única nación independiente, el país de los libres.

En efecto, al principio, desde Indochina a Indonesia, el *coolie*, el paria asiático, vio cómo el orgulloso colono francés, británico y holandés mordía el polvo y suplicaba una escudilla de arroz o un vaso de agua al soldado japonés. Fue la primera victoria moral antes de la batalla liberadora de Dien Bien Fu, en Indochina (1954), donde se aceleró el proceso de emancipación del resto de los países asiáticos. Pronto caerían en la cuenta indochinos, malasios o tailandeses que la Esfera de la Prosperidad Común era una trampa, y que el ejército del emperador Hirohito actuaba con tanta o mayor brutalidad que las potencias coloniales.

El almirante Yamamoto creía que la serpiente más feroz podía ser vencida por una manada de ratas, como recuerda Louis Snyder. Esas ratas eran sus Zeros, sus portaaviones, sus 104 bombarderos de altura, sus 135 bombarderos en picado, sus 40 aparatos torpederos y sus 81 aviones de caza, además de 3 acorazados, 9 destructores, 3 cruceros, 3 submarinos y 8 buques cisterna. El primer ataque duró media hora, hasta las 8.25, el segundo se inició a las 8.40. No hubo un tercero; el almirante Nagumo no lo consideró necesario. Fue un error, porque le impidió rematar al adversario. Los depósitos de combustible quedaron intactos. Los 2 portaaviones no se encontraban allí, el trabajo de reparación fue rápido y eficaz, con lo que los objetivos japoneses se cumplieron sólo a medias. Eso sí, la aviación japonesa hizo un trabajo preciso. Los largos entrenamientos habían servido para algo. Una bomba entró por la chimenea del *Arizona*, fondeado en fila india junto al *Nevada*, el *Maryland*, el *Tennessee*, y el *California*, e hizo explosión

en la santabárbara de proa. El buque se incendió, cayó de costado y ardió durante dos días; luego quedó como reliquia del ataque japonés.

«La armada norteamericana ha sido sorprendida en paños menores», tituló un periodista. A los japoneses les costó 55 hombres, menos de 30 aviones, 5 sumergibles enanos y 1 submarino. La bahía era un mar de petróleo ardiendo. Ardían los buques, escorados, partidos en dos. Los bombarderos y cazas nipones efectuaban sus pasadas entre el fuego de las baterías antiaéreas (con la mitad de la dotación porque era domingo) y los gritos de los heridos, cruzaban por encima del caos. La mitad de la armada norteamericana quedó inutilizada. Hitler recibió la noticia con gran alegría. Por fin sus aliados japoneses le habían hecho caso. En Japón era el octavo día del duodécimo mes del año 16 de Showa, el año propicio de la Serpiente. «Les hemos reducido a una potencia de tercer orden», señalaban con prematuro optimismo los editorialistas de la prensa de Tokio. En Washington, la noticia del ataque se conoció a las 14.22 minutos.

Fue el día de la infamia y de la agonía: cadáveres que flotaban en la bahía y que la marea depositaba mansamente en las playas, hombres convertidos en teas, otros, sorprendidos por el ataque, cayeron en un estado de *shock*, con las manos sobre la cabeza e incapaces de reaccionar, marinos que lloraban a lágrima viva sin poder explicarse nada. «Aquello no era una declaración de guerra, era un asesinato en masa», afirmó un testigo.

El almirante Yamamoto sabía dónde descargar su espada de samurai. Hoy, a aquel marino de 57 años que estudió en Estados Unidos y conocía la capacidad de respuesta del pueblo norteamericano, no se le tiene por un belicista. Sus tesis moderadas se vieron destrozadas por los militaristas: tan sólo le quedaba cumplir con su oficio. Ordenes eran órdenes. Los japoneses no eran aquellos soldados bajitos, despistados, con gafas de cristal de culo de botella de que hablaban los tópicos y los racistas. Los norteamericanos pagarían caro ese desprecio. Cuando el vicealmirante Nagumo dio la orden, lo celebró con una copa de sake (el tradicional licor de arroz). Lloraba.

Por increíble que parezca, un teniente japonés, Suguru Suzuki, pudo alquilar en noviembre de 1941 un avión para turistas y fotografiar las instalaciones militares de Pearl Harbor. Los pilotos japoneses tuvieron tiempo suficiente como para analizar las fotografías de los buques de guerra atracados en el muelle de la bahía. Las órdenes de Yamamoto a la flota japonesa, que había partido subrepticiamente de las Kuriles, fueron de volver si fructificaban las negociaciones entre Japón y Estados Unidos en Washington. El 2 de diciembre comunicó a sus almirantes que las negociaciones habían

fracasado.

VIENTO DEL ESTE, LLUVIA

¿Cómo se explica la pasividad de Estados Unidos cuando había logrado descifrar el código japonés? *«Higashi no Kazeame»* (viento del Este, lluvia). A mediados de noviembre, el Centro de Inteligencia Naval, en Maryland, logró interceptar el código de alerta japonés a sus embajadas y consulados: «Cuando estalle la crisis, después del boletín meteorológico de la radio de Tokio se dirá: 1) "Viento del Este, lluvia". Será la guerra con Estados Unidos. 2) "Viento del Norte, lluvioso". Significará la guerra contra la Unión Soviética. 3) "Viento del Este, despejado". Supondrá la guerra con Gran Bretaña, incluido un ataque a Tailandia, a Malasia y a las Indias holandesas. Si la noticia se repite, quemar todos los códigos y papeles secretos». El 4 de diciembre, el Centro Naval de Maryland captó el código «viento del Este, lluvia». El presidente Roosevelt recibió el mensaje. ¿Cómo interpretarlo? ¿Cuál sería el lugar elegido por los japoneses para el ataque? La idea de que Roosevelt, de acuerdo con Churchill, escondió todas las señales de alarma de un ataque cuyas líneas maestras conocía de sobra ha alimentado durante 53 años la teoría de la conspiración. Todavía se venden libros con las circunstancias y las hipótesis del ataque y títulos como *Roosevelt lo sabía*. Los intentos del Gobierno norteamericano por borrar las pistas no hicieron sino aumentar las sospechas sobre las vísperas del «día que vivirá en la infamia».

En 1940, un norteamericano llamado Genevieve Grotjan descifró el código más secreto de Japón, el Código Púrpura. El 6 de diciembre de 1941, o sea, horas antes del ataque, el presidente Roosevelt leyó el mensaje que ordenaba a la embajada japonesa en Washington que quemara las claves y los libros de códigos. «Esto es la guerra», comentó el presidente. Guerra sí, pero, ¿dónde? En los mensajes cifrados no se hacía ninguna referencia a Pearl Harbor. Tan sólo unos pocos generales, almirantes, parte del Gobierno e Hirohito conocían la fecha y el lugar.

La flota japonesa avanzó hacia las Hawai con la radio en silencio, de modo que no se captaron señales en ese sentido. Otra cosa es que la aparición en la pantalla del radar de Oahu de un enjambre aéreo, de un centenar de aviones, que el teniente al cargo confundió con los B17, y el hundimiento de un par de submarinos de bolsillo japoneses en aguas de Hawai no desatara la inmediata alarma.

Los norteamericanos tuvieron acceso a los códigos japoneses hasta 1945. El flujo de información fue ininterrumpido, constante y rico en detalles. Los aliados conocieron los despachos de los diplomáticos japoneses desde Moscú y desde la Europa occidental, por ello supieron no sólo de cuestiones que interesaban a Tokio relacionadas con el imperio del Sol Naciente, sino de asuntos de primordial importancia que tenían que ver con la fabricación de nuevas armas alemanas o con las intenciones políticas de los líderes del Eje. Así llegaron a manos aliadas informes de los agregados militares y navales nipones en Berlín. Entre otros, interceptaron el del embajador de Japón en la capital alemana, en el que recogía sus impresiones sobre un viaje de inspección de las defensas alemanas antes de la invasión aliada en Normandía. La lectura de los códigos japoneses contribuyó a la victoria de la armada norteamericana en las Midway. Los almirantes estadounidenses conocían de antemano los movimientos de la flota japonesa.

A pesar de todo —la evidencia recogida en los mensajes descifrados—, faltaba la pieza esencial: dónde. La laxitud norteamericana en Pearl Harbor, que elevó una oleada de protestas en Estados Unidos por la negligencia de sus generales y almirantes, hizo que los servicios de inteligencia (la
CIA
, el Servicio Nacional de Seguridad) se convirtieran en una obsesión desde entonces.

Las circunstancias eran propicias para el *Mikado* (título del emperador en Japón). En el frente europeo mandaba Hitler con sus tropas cerca de Moscú. Mussolini aspiraba a un segundo imperio romano y los nazis a un nuevo orden en Europa. Por su parte, Hirohito aspiraba a la conquista de China y de los países del sureste asiático. Pearl Harbor fue la obertura de una macabra sinfonía. Sólo unas horas después, Hirohito presentó la declaración de guerra en el estilo retórico de la corte de Tokio: «Nos, por la gracia del cielo emperador del Japón, sentado en el trono de una dinastía que se perpetúa desde tiempos eternos, os hacemos saber, súbditos leales y valientes, que declaramos la guerra a Estados Unidos de América y al imperio británico». Con las dos cámaras reunidas en sesión de urgencia, el presidente Roosevelt inició, avanzada la noche, su discurso con estas palabras «Ayer, 7 de diciembre de 1941, fecha que perdurará en la infamia…».

Un año más tarde, diez mil norteamericanos y filipinos cayeron en la «marcha de la muerte» en Batan, 840 marinos británicos desaparecieron en aguas malayas, 80.000 soldados británicos y de la

Commonwealth se rindieron en Singapur, doce mil quinientos norteamericanos murieron en la toma de Okinawa, 250.000 japoneses perecieron en los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki y otro millón murió en los bombardeos convencionales norteamericanos. Hasta 10 millones de soldados y civiles sucumbieron en la guerra de Japón contra China. «Comparado con este diluvio de muerte —ha escrito Murray Sayle—, Pearl Harbor fue un comienzo relativamente modesto».

Aquella noche de la infamia, Winston Churchill se fue tranquilo a la cama. «Dormí como un niño —escribiría en sus *Memorias*—, con el sueño de los agradecidos». Era lo que esperaba el primer ministro, la proyección de la maquinaria de guerra norteamericana sobre el teatro de operaciones del Pacífico y, más tarde, de Europa. Fue también el final de la hegemonía europea en el mundo. El desastre de Pearl Harbor unió como una piña a un pueblo norteamericano engañado, humillado y agredido. Las fábricas volvieron a la vida en medio del impulso patriótico. Había que parar los pies a los *sucios japs*. El índice de paro pasó del 13 por ciento a cero. Pearl Harbor señaló el relanzamiento del capitalismo norteamericano. Después de la guerra, los japoneses intentaron ganar con los transistores, los coches o los electrodomésticos lo que perdieron en el campo de batalla. Ya no necesitaban bombardear Pearl Harbor, les bastaba con comprarlo en parcelas. Las dos naciones intercambiaron derrotas y victorias con su prosperidad y sus «milagros económicos», la guerra de la posguerra.

POR MI HONOR Y POR MI VIDA

El almirante Yamamoto se retiró a su camarote cuando los primeros aviones despegaban de los seis portaaviones. El jefe de la Fuerza Naval japonesa escribió un breve poema en su cuaderno de bitácora: «Tan sólo deseo servir al emperador como escudo, por mi honor y por mi vida». Los pilotos ensayaban sus canciones de guerra: «A través del mar, cadáveres en el agua; a través de las montañas, cadáveres en tierra. Ofrendaré mi vida por el emperador, prometo que nunca daré marcha atrás…».

«El Creador —dijo Hitler ante el Reichstag— nos ha confiado la misión de realizar una revisión histórica de alcance sin igual». Sin embargo, el ataque japonés no podía haber llegado en peor momento: dos días después de la contraofensiva soviética. En medio de grandes aplausos, Churchill habló ante el Parlamento: «Ahora que ha llegado el momento decisivo y de la manera más directa, lo único que pueden

hacer las dos grandes democracias es afrontar la tarea con la fortaleza que Dios nos quiera conceder. En el futuro tendremos una luz que brillará sobre la tierra y el mar».

Aquel día, en España los periódicos recogían la noticia de la «visita del general Moscardó a los heroicos voluntarios de la División Azul». El ministro de Asuntos Exteriores, Serrano Súñer, regresaba de Berlín, donde se había entrevistado con Hitler. Franco recibía la Medalla de Oro de la ciudad de El Ferrol al cumplir los 49 años de edad. En el teatro de Madrid se estrenaba *El trueno gordo*, con Pepe Isbert. En los cines se proyectaban *Blancanieves y los siete enanitos, Forja de hombres* y *La fiera de mi niña*. Eran los años del hambre. En un anuncio del diario *Ya* se decía lo siguiente: «Vuestros hijos engordarán riendo estrepitosamente hoy y mañana en Fontalba con los variados programas comiquísimos y con regalos valiosos».

Se recordaba a los jóvenes el día de la madre: «Camarada del Frente de Juventudes, piensa que los días pasan rápidos y no esperes al último momento para buscar el regalo que has de hacer a tu madre, el día 8 de diciembre». En el diario *ABC* se anunciaba: «El racionamiento aumentará este mes, y el año próximo la distribución será normal». Argentina, como regalo de Eva Perón, anunciaba el envío del «trigo necesario». *La Vanguardia* de Barcelona daba cuenta, aquel 7 de diciembre de 1941, de la «detención por parte de la Guardia Civil de un especulador con 242 kilos de maíz y doscientos once de judías en la localidad de Moneada».

¿Lo sabían o no lo sabían? Churchill no habla de ello en sus *Memorias*, pero los historiadores, sobre todo uno de ellos, el australiano Eric Nave, autor de *Traición en Pearl Harbor* (publicado en 1991 cuando contaba 92 años), llegó a la conclusión de que Churchill lo sabía y que prefirió no contárselo a Roosevelt para que éste entrara en la guerra. Eric Nave, que fue especialista en códigos cifrados durante la guerra, afirma que británicos y agentes de la Commonwealth (Mancomunidad Británica de Naciones) habían descubierto hacía tiempo el código naval de los japoneses, el JN25.

Tres mensajes del almirante de la flota japonesa Yamamoto fueron interceptados por la oficina británica para el Extremo Oriente. El primero, el 21 de noviembre de 1941, ordenaba la puesta en marcha de la segunda fase de las operaciones; el segundo, cuatro días más tarde, ordenaba a la flota que saliera a alta mar; y el tercero, el 2 de diciembre, decía así: «Subid al Nitakayama 1208». La fecha de referencia era el 8 de diciembre, la hora en Tokio para el ataque a Pearl Harbor; Nitakayama, el monte más alto de Taiwán, era identificable en clave a Pearl Harbor. «Lo que no puedo entender —

afirma Eric Nave— es por qué lo norteamericanos estaban tan mal preparados cuando los británicos disponían de tan buena información sobre los planes japoneses. La conclusión es que Churchill, que ordenó la destrucción de los archivos de cifra y descodificación, mantuvo lejos de los norteamericanos toda información privilegiada con el objeto de que Estados Unidos entrara en la guerra sin oposición de su opinión pública». Es probable que nunca conozcamos la verdad.

No sólo fue el día de la infamia, de la sorpresa histórica, sino el final de la inocencia. La radio retransmitía el concierto del pianista Arturo Rubinstein con la Orquesta Filarmónica de Nueva York: esa era la metáfora de una nación confiada, replegada sobre sí misma que, a partir de ese momento, debía asumir el papel de gendarme del mundo frente a los fascismos. Roosevelt prometió en su campaña electoral para un tercer mandato en 1940 que «sus hijos no irían a combatir en guerras extranjeras». El general Tojo cambió de golpe esos planes.

El presidente Roosevelt envió al emperador Hirohito un mensaje en el que le ofrecía la paz «para evitar al mundo la muerte y destrucción». Los censores militares japoneses aplazaron diez horas la entrega del mensaje a Hirohito. La decisión estaba ya tomada por el gabinete dominado por las tesis de intervención. Hirohito deseaba la paz, pero la respuesta a Roosevelt estaba preparada, tanto como una flota construida con ayuda de expertos británicos, una infantería entrenada por consejeros franceses y una ciencia militar moderna inspirada en los alemanes. Esa fue la respuesta, la modernización de un país aislado y feudal a la entrada del comodoro Perry en 1853 en la bahía de Tokio: Asia sería para los asiáticos o, al menos, para los primeros de ellos, los japoneses.

Yamamoto, herido en la batalla de Tsushima en 1905, de 1,60 de estatura, graduado en la Universidad de Harvard, agregado naval en Washington y aficionado al bridge, al póquer y al ajedrez japonés, creía conocer bien al enemigo.

Durante meses, los aviones japoneses se entrenaron a fondo en la bahía de Kagoshima, muy parecida a la de Pearl Harbor. A finales de 1940, el almirante Yamamoto le diría al príncipe Konoye: «Me han pedido que combata sin tener en cuenta las consecuencias». El vicealmirante Nagumo estaba convencido de que Pearl Harbor sería el Waterloo de los norteamericanos, que, desmoralizados por el ataque, no tendrían otro remedio que negociar la paz.

El 17 de noviembre, Yamamoto visitó la base de entrenamiento de Sakei para arengar a sus hombres antes del ataque: «Japón —dijo— se ha enfrentado a valiosos enemigos en su larga historia: mongoles, chinos, rusos, pero ahora vamos a enfrentarnos a los más poderosos de

todos. Espero que esta operación sea un éxito». Después compartió con sus hombres el *surume* (pescado seco) símbolo de la felicidad, y el *kachiguri* (nueces) por la victoria. Junto a los altares sintoístas portátiles, elevó la copa de sake y brindó por Hirohito gritando: «*Banzai*». Era el grito de guerra.

El mantenimiento por parte de Estados Unidos del embargo del petróleo a Japón presagiaba lo peor. «Debemos estar preparados, algo va a ocurrir muy pronto», telegrafió Roosevelt a Churchill. También los norteamericanos lograron descifrar los mensajes japoneses. El problema fue que no supieron despejar aquella jungla de mensajes, algunos tan evidentes como uno en el que Tokio pedía a su consulado en Honolulú que enviara un informe sobre el despliegue de la flota norteamericana en Pearl Harbor. Tampoco supieron entender el sentido de la frase de Yamamoto enviada a su flota el 2 de diciembre: «Escalad el monte Nitaka». Era nada menos que la señal para el ataque.

Uno de los jefes de la operación, Mitsuo Fuchida, nieto de un famoso samurai y nacido el año del Tigre, confesó al historiador norteamericano Gordon Prange, citado por *Time*, que se levantó a las 5 de la mañana y se puso unos calzoncillos y una camisa de color rojo para que, en el caso de resultar herido, sus hombres no se distrajeran con la presencia de la sangre. Durante el desayuno, su ayudante le informó de la situación:

> —Honolulú duerme.
> —¿Cómo lo sabe? —preguntó Fuchida.
> —La radio de Honolulú emite música ligera. Todo va bien.

De aquí a la eternidad es el título de la novela de James Jones que refleja la vida de los marines. Muchos de ellos se dieron cita en la playa de Waikiki para tomar unas copas en el Two Jacks, en el Mint o en el Bill Leader. El almirante Kimmel había dejado preparados sus palos de golf: le esperaba una disputada partida con el general Short el domingo por la mañana. De pronto, repiqueteó el teléfono: uno de sus oficiales le informaba de que los japoneses atacaban Pearl Harbor. En efecto, desde el jardín de la casa de su ayudante, el capitán Earle, el almirante Kimmel pudo contemplar el humo, el fuego y el paso rasante de los aviones mientras escuchaba el tableteo de las ametralladoras y las explosiones. «Su rostro —recordó más tarde la esposa de su ayudante— era del color del uniforme que llevaba, blanco». Una bala perdida fue a dar, ya sin fuerza, en el pecho del almirante, que no tardaría en ser apartado del mando, lo mismo que el

general Short. «Esta bala —exclamó— tenía que haberme matado». Fue una injusticia lo que hicieron con Kimmel y Short: los responsables del desastre fueron Roosevelt y MacArthur. La pérdida de la aviación en Filipinas significó que MacArthur tardaría más de un año en recuperar la iniciativa estratégica en el sureste asiático en la campaña de Nueva Guinea con el sacrificio de miles de vidas más que en Pearl Harbor.

Estados Unidos perdió 2.433 hombres, la mitad de ellos a bordo del *Arizona*, mientras que 1.178 resultaron heridos; los japoneses lamentaron la pérdida de 55 pilotos y 74 marinos; Estados Unidos se encontró con 18 navios de superficie hundidos o seriamente dañados; los japoneses, ninguno; 188 aviones norteamericanos resultaron destruidos en el ataque y otros 158 quedaron dañados; los japoneses perdieron veintinueve. Tres de los acorazados, el *California*, el *Nevada* y el *West Virginia*, pudieron ser reflotados y volvieron a prestar servicio en la guerra del Pacífico. Los aviones destruidos en tierra por los nipones fueron sustituidos por los bombarderos que atacaron Tokio e Hiroshima.

Ya hemos dicho que Churchill recibió con emoción la noticia del ataque. Era lo que esperaba. «Por fin lo hemos conseguido», afirmó alborozado. Estados Unidos entraba en guerra. El presidente Roosevelt escribió: «Ayer, 7 de diciembre de 1941, una fecha que perdurará en la historia del mundo…». Al recibir una copia en limpio del discurso tachó «historia del mundo» y, con su pluma, escribió la palabra «infamia». El día de la infamia unió a todos los ciudadanos de Estados Unidos en la rabia y el deseo de venganza.

Al general MacArthur le comunicaron la noticia a las 3.30 horas en su habitación situada en el ático de su hotel de la capital filipina, el Manila: «Pearl Harbor —sentenció— será nuestro punto de partida para la victoria final».

Capítulo siete

Stalingrado

El primer libro que leí en mi vida fue una novela del escritor alemán Theodor Plivier titulada *Stalingrado*. Yo era un niño nacido en plena ofensiva alemana, la *panzerblitz*, la guerra relámpago sobre Rusia. Aquella literatura bélica de combates en la nieve, casa por casa y a bayoneta calada, con los cadáveres como parapetos, de combatientes cercados que se comían perros, gatos y caballos, de cuerpos congelados, me impresionó mucho.

Hay ciudades que, con estos antecedentes, son tuyas para siempre. Cuando la visité, hacía muchos años que Stalingrado se llamaba Volgogrado, porque está situada a orillas del Volga. Stalin se va y el Volga se queda. Antes se llamaba Tsarytsin, que en tártaro significa «arena amarilla». Durante la Guerra Civil (1918-20), la ciudad vivió duros combates, ya que todos los aprovisionamientos para Moscú y Petrogrado pasaban por allí. Por lo que me han contado, Stalingrado era un centro industrial en el que se fabricaban tractores y maquinaria agrícola. Hoy es una sucesión de chimeneas, de fábricas interminables, de hollín y grisalla.

En otros tiempos, cuando el patriotismo estaba de moda, los rusos llegaban en grupos compactos hasta Volgogrado. Era su peregrinación hacia el heroico pasado. Un guía llamado Vasili desgranaba una a una las efemérides de la epopeya. Todo adquiría ese tono de realismo socialista pasado de moda, pues si los musulmanes van una vez en su vida a la Meca, los rusos debían acudir a la casa de Pavlov, el héroe entre los héroes, para una inmersión en la gran guerra patriótica. Vasili describía para los neófitos las cuatro etapas de la épica batalla: el avance alemán, los combates calle por calle entre el 17 y el 19 de noviembre de 1942; el avance en pinza del Ejército Rojo desde el nordeste y el sur, que partió a las fuerzas alemanas en dos entre el 19 y el 30 de noviembre; el rechazo del intento alemán de levantar el cerco; y el VI Ejército, rodeado, que fue derrotado y destruido. Los soldados alemanes salieron con los brazos en alto. Eran 22 divisiones, 330.000 hombres.

La historia la escriben los vencedores, pero la palabra Stalin aparecía tachada del mapa de la ciudad que llevó su nombre. Vasili nos dijo que de las 48.190 casas de la ciudad, 41.685 resultaron incendiadas o destruidas en los combates, entre ellas la del sargento Pavlov, que defendió su posición durante dos meses con un puñado de

soldados. Entre febrero y abril de 1943, las autoridades locales tuvieron que enterrar a 147.200 alemanes y a 46.700 soviéticos. En ese paisaje todo convocaba a la muerte y a la estadística del horror.

Hubo quienes defendieron la reconstrucción de Stalingrado, perdón, de Volgogrado, en otro lugar para dejar en pie las ruinas como recordatorio de la batalla. Al final, levantaron la nueva ciudad sobre los escombros de la vieja. Quedaron los museos, los guías, las tarjetas postales y las estatuas. Tan sólo para reconstruir la planta de tractores hubieron de sacar 8.000 vagones de cascotes. Se aprovecharon todos los desperdicios: ladrillos, madera y hierro de los edificios demolidos. Vasili nos llevó hasta el centro de la ciudad, donde está situado el monumento a los héroes caídos en la lucha contra los rusos blancos en 1919 y contra los nazis en 1942-43. Una vez allí, nos mostró la tumba de Rubén Ruiz Ibárruri, el hijo de «Pasionaria», caído durante la batalla.

Si 48.000 españoles combatieron con Hitler en la División Azul, más de 700 lo hicieron con el Ejército Rojo. Hubo quienes murieron en Stalingrado, como Rubén, y quienes tomaron parte en la defensa de Moscú o en la de Leningrado. Eran pilotos de caza, mineros zapadores, guerrilleros o soldados veteranos de la Guerra Civil española. Stalin tuvo buen cuidado de que los españoles de la División Azul y los alistados en el Ejército Rojo no se enfrentaran en el área de Leningrado con las tropas enviadas por Franco en ayuda de Hitler y mandadas por Muñoz Grandes. Entre los guerrilleros encargados de sabotear las líneas férreas que utilizaba el enemigo destacó Francisco Gullón, capitán y ex combatiente en la zona del Guadarrama, al que el exilio llevó hasta Jarkov. «El mariscal Vorochilov —escribió Pilar Bonet en *El País*, en mayo de 1985— encargó a Francisco Gullón el mando de un destacamento que iba a actuar en Leningrado y Novgorod. Su instrumento bélico era la trilita. Sólo tres españoles sobrevivieron. Tras nueve días de aislamiento detrás de las líneas enemigas, un grupo de supervivientes atravesó el frente por Miasnoi. Gullón murió varios meses más tarde a consecuencia de las heridas recibidas en el vientre». En total, doscientos siete españoles murieron en combate. En las trincheras de la defensa de Moscú se escuchaban las canciones republicanas *¡Ay, Carmela!, El Quinto Regimiento* y otras.

Vasili nos llevó luego al teatro Gorki y al lugar en el que fue hecho prisionero el mariscal Paulus, unos grandes almacenes que sustituyeron a los viejos en los que el jefe de las fuerzas alemanas, que moriría en la República Democrática Alemana en los años 50, instaló su cuartel general. Sobre una antigua fábrica de harina está situado el Memorial de Guerra que conmemora la defensa de la ciudad. El

panorama del monumento a Lenin se extiende a lo largo de setenta kilómetros, con torretas de los T34 y los hitos que marcan la línea de defensa del 62 Cuerpo de Ejército Soviético.

La pieza fuerte del recuerdo de la guerra está en la colina de Mamaev Kurgan, que fue donde con mayor Fiereza se combatió durante 4 meses. Se contaron 1250 proyectiles de artillería por metro cuadrado. En la primavera de 1943, la hierba no crecía ya en la colina. Viktor Nekrasov, premio Stalin en 1947 por su novela *En las trincheras de Stalingrado* y más tarde disidente y exiliado en París, volvió al Mamaev pocos años después de la batalla en la que combatió. «Todo estaba lleno de huesos y cráneos lavados por las lluvias», escribe. La dama de la espada desafía al mundo y, más abajo, un combatiente semidesnudo sostiene una metralleta en la mano; tiene el rostro vigoroso del mariscal Chuikov, defensor de Stalingrado.

> —¿En qué piensas? —le preguntó Nekrasov a su amigo Vania, el explorador, una tarde en que la batalla era más dura, más sangrienta desde un abrigo blindado de la ladera de la muerte.
>
> —En una ventana.
>
> —¿Una ventana?
>
> —Sí. Estaríamos como ahora tú y yo con vasos de licor en la mano, pero delante de una ventana, viendo pasar la vida, la gente, las chicas. Dentro de una hora saldré en misión de reconocimiento a un lugar en el que no habrá ni ventana ni chicas…

El escritor Nekrasov volvió un día con un amigo, también ex combatiente de Stalingrado, a la Mamaev Kurgan para beber juntos una botella de vodka en el lugar en el que abrían las trincheras. «Nos instalamos en el embudo causado por una bomba. Nada más descorchar la botella, apareció de algún lado un oficial jovencito que nos pidió a grito pelado que dejáramos de dar el sacrilego espectáculo: “Esto no es una sala de fiestas o una taberna. Aquí muchos soldados dejaron la piel y derramaron su sangre”. “Nosotros también —respondió mi camarada—. Debajo de esa mujer de la espada, yo tenía mi refugio. Por eso bebemos”. El oficial se quedó patidifuso y nos dejó en paz».

UN VIENTO DE ACERO

A Hitler le rompieron por primera vez los dientes en Stalingrado. Durante los años de posguerra, todo remitía en la Unión Soviética a la

famosa batalla convertida en *souvenir* para turistas. Una batalla transformada en llavero y en tarjeta postal. Después, con la desaparición de la URSS, la gente estaba para menos conmemoraciones, símbolos bélicos, alegorías, estatuas, monumentos y museos. Cada vez acudía menos público a los desfiles del aniversario de aquella batalla que duró 200 días. Primero vivir, después filosofar, conmemorar, celebrar. ¿Para esto luchamos, para esto soportamos un millón de bombas que los nazis nos lanzaron tan sólo desde sus aviones?, se lamentaba ya en tiempos de Yeltsin un veterano dividido entre 2 emociones: la celebración del quincuagésimo aniversario de la batalla y la necesidad de encontrar comida.

En una placa de piedra se podía leer: «Un viento de acero azotaba sus rostros, pero seguían avanzando y de nuevo un sentimiento supersticioso sobrecogía al enemigo. ¿Dónde volvería a atacar esta gente? ¿Eran simples mortales?». Los muros derruidos en torno a la estatua de 12 metros con su metralleta y su granada aparecían rodeados de paredones decrépitos en los que se leían inscripciones como «hasta el último hombre» o «no hay lugar para nosotros más allá del Volga», que llenaron la ciudad durante la famosa batalla. La matrona de la espada que puede verse desde casi todos los ángulos de la ciudad simboliza a la madre patria que llama a sus hijos a la defensa de la nación. «La estatua mide 51 metros, 72 si se incluye el pedestal», nos dijo con voz lacónica el guía Vasili. El recorrido de los museos no terminó ahí, faltaba el Museo de la Defensa de la Ciudad, donde el guía nos mostró la imprenta en la que los alemanes editaron octavillas en las que se anunciaba «la caída de Stalingrado». Luego las medallas, las banderas del enemigo, los restos del naufragio alemán, la espada que envió el rey Jorge VI en 1944 con la inscripción «a los ciudadanos de corazón de acero», el escudo que hizo llegar el emperador Selassie de Etiopía, un pergamino de Roosevelt, un juego de té enviado por el Sha de Irán, un juego de ajedrez regalo de Luxemburgo y un mantel de Coventry.

Nuestro guía Vasili se llamaba así en homenaje al hombre que defendió Stalingrado, Vasili Chuikov, que, según cuenta en sus *Memorias*, se encontraba en China cuando los nazis, en aquella deletérea combinación de aviación y avance de blindados, invadieron la madre patria. «Yo era —recuerda— agregado y consejero militar cerca del generalísimo Chiang Kai Chek. Allí todos celebraban las victorias de los nazis y anunciaban el inmediato colapso de la Unión Soviética. Me las vi y me las deseé para poder regresar a Moscú y

ponerme a disposición de los jefes en la defensa de la madre patria».

Muy pronto Chuikov escucharía el himno de los siberianos de su 62 Cuerpo de Ejército. Era una canción compuesta por el sargento Panov, muy sencilla, sin mayores aspiraciones poéticas o filarmónicas titulada *La ciudad heroica:*

Las calles de Stalingrado tiemblan bajo las explosiones,
el ruido terrible de los motores llena el cielo,
pero nuestras divisiones son como el granito.
Un camarada habla en la agonía.
El enemigo debe saber que la 62 nunca
dará un solo paso atrás ante el enemigo.

Ese era también el enemigo que quería derrotar Churchill. «Si Hitler invadiera el infierno —dijo el primer ministro británico—, yo haría una referencia favorable al diablo en la Cámara de los Comunes». Los británicos permanecían pegados a la
BBC
a la espera de las palabras de un anticomunista teológico llamado Churchill que terminó de redactar su discurso veinte minutos antes de pasar a antena: «Nadie ha sido, en los últimos veinticinco años, enemigo más cerril del comunismo que yo, pero todo esto se desvanece ante la "operación Barbarroja". Veo a los soldados rusos pegados a su tierra, guardando las huertas que sus padres cultivan desde tiempo inmemorial, les veo defendiendo sus casas en las que rezan madres y esposas… Veo las diez mil aldeas de Rusia que sobreviven con dificultades explotando una tierra ingrata, pero donde surgen las alegrías humanas, donde las muchachas sonríen y los niños juegan. Veo cómo avanza sobre este paisaje la horrorosa maquinaria de guerra alemana, oigo el taconeo seco de los elegantes oficiales prusianos que han rendido 12 naciones. Veo también a las brutas y dóciles masas de soldados hunos cayendo como una plaga de langosta. El peligro soviético es, por lo tanto, nuestro peligro y el peligro de Estados Unidos, lo mismo que la causa de cualquier ruso combatiendo por su hogar es la causa de los hombres libres y de los pueblos libres de todo el mundo».

La disparatada invasión de Grecia por Mussolini, deseoso de victorias, retrasó en un tiempo precioso la «operación Barbarroja». Hitler tuvo que distraer unas cuantas divisiones para auxiliar a las tropas italianas en los Balcanes. La guerra es hermosa pero incómoda. Las lluvias de otoño trajeron el barro, *rasputitza*, las nieblas, luego el terrible invierno. La operación llevaba el nombre del legendario emperador sentado para siempre en su trono de una cueva de los montes Harz, con sus caballeros teutónicos reunidos en torno a una

mesa de piedra, cuando la barba de Barbarroja haya crecido tres veces en torno a la mesa, habrá llegado la hora de empezar la cruzada que liberará a Alemania de sus enemigos hasta el fin de los tiempos. Para la horda dorada del nuevo Gengis Khan quedaba una última oportunidad: Stalingrado, donde sus ejércitos se metieron sin proponérselo.

La carnicería seguía en el frente ruso. «En las sombrías guerras de las democracias modernas —escribe Churchill en sus *Memorias*—, la caballerosidad no tiene ya nada que hacer. Las matanzas a gran escala dejan de lado cualquier sentimiento humanitario». En efecto, Himmler, a quien el *Führer* llamaba «mi leal San Ignacio de Loyola», desplegó por la estepa rusa a sus *einsatzgruppen* (grupos especiales de operaciones), sus expertos en exterminio de masas. Hicieron su trabajo con eficacia y rapidez. Los soldados alemanes, helados, contenían el aliento en la oscuridad y la nieve. Atardecía a las 3 de la tarde. Churchill no acababa de comprender a los rusos: «Son —dijo— un acertijo envuelto en un misterio dentro de un enigma». Era sólo el principio. «Desde la invasión de los mongoles no se había visto una matanza a tan gran escala. Estamos en la presencia de un crimen sin nombre». El hambre y la pestilencia que había augurado llegaron a las puertas de Stalingrado.

Ocho de noviembre de 1942. La vieja guardia de las SA, las tropas de asalto hitlerianas, habían vuelto con sus cruces gamadas, sus camisas pardas y sus relucientes botas a la cervecería de Munich donde 19 años atrás intentaron un golpe de Estado impregnado de cerveza bávara. Allí empezó la ascensión de Hitler. En el Palacio de los Deportes se escuchaban los gritos de «*Sieg Heil, Sieg Heil, Sieg Heil*». El *Führer* tuvo que explicar a sus hermanos, a sus hijos, por qué la campaña del Este duraba más de lo esperado: «Quería llegar al Volga —explicó a la muchedumbre en el ecuador de la guerra—, y en nuestro avance hemos alcanzado una ciudad a orillas del Volga. Por suerte, lleva el nombre del propio Stalin. Hemos conquistado esa ciudad a falta de algunas bolsas de resistencia. Os preguntaréis por qué no hemos terminado el trabajo. La razón es que no quiero otro Verdón. Prefiero llevar a cabo el trabajo con pocas tropas de asalto. El tiempo no tiene ninguna importancia».

¿Ninguna importancia? Podían preguntárselo a sus soldados atrapados en la ratonera del cinturón industrial que se extendía a lo largo de más de 50 kilómetros a orillas del Volga. Cada muro derruido era una frontera, cada casa incendiada era un bastión por el que se luchaba durante días. Corría la sangre en Stalingrado. Cada

contraataque de los hombres del mariscal Paulus dejaba una alfombra de muertos alemanes. Era, por ambas partes, el desesperado y heroico sacrificio: la ciudad se convirtió en un matadero. El 23 de noviembre, la tenaza soviética se cerró sobre los ríos Volga y Don.

Hitler se negaba a oírlo, pero los altavoces transmitieron un terrible mensaje: «Cada 7 segundos, un soldado alemán muere en Rusia. Stalingrado es una fosa común». La voz, en perfecto alemán, llegaba por la noche, la peor hora, y se extendía hacia los desmoralizados soldados de Paulus. En eso había quedado la *drag nach Osten* (marcha hacia el Este), el sueño de la conquista del imperio oriental resucitado por Hitler en el III Reich. 330.000 soldados de Paulus pagaron por la insensatez del *Führer*, que había conquistado una tercera parte de Rusia. El derrumbamiento de la ciudad, la acumulación de chatarra, tanques, vehículos, escombros, ayudaría a los rusos. Los carros no podían pasar. Los rusos de Stalingrado luchaban con lo que tenían a mano, no sólo con sus fusiles y ametralladoras, sino con machetes y cuchillos. Conocían el terreno y se arrastraban como reptiles por las piedras para degollar a los enemigos. Los alemanes no estaban acostumbrados a la guerra a bayoneta calada, a los choques cuerpo a cuerpo. Las casas despanzurradas cambiaban de manos una y otra vez. No había tiempo para enterrar a los muertos: toda la ciudad olía a cadaverina. «Yo no hubiera podido creer jamás —afirmó el mariscal Zukov— que pudiese un día llegar a crearse semejante infierno. Los hombres morían, pero no retrocedían».

Hitler, «ese hombre con gran capacidad para engañarse a sí mismo», según su intérprete Paul Schmidt, recibía partes desalentadores. No se lo podía creer. Pronto buscó algunas disculpas: los soviéticos no luchaban como mandaban los cánones de las academias militares prusianas, luchaban «como animales en los pantanos». Paulus pedía en vano refuerzos: «Quedaos ahí, combatid, no pienso dejar el Volga», respondía Hitler fuera de sí. Quizá Goering recordase las palabras que pronunció en 1939: «Que el cielo nos proteja si perdemos esta guerra».

3.000 KILOMETROS DE FRENTE

Los senderos de gloria de los soldados alemanes conducían a la tumba en la nieve y el hielo. Hitler combatía en varios frentes. Los norteamericanos entraron en guerra tras el ataque a Pearl Harbor, y en el norte de Africa, a pesar de los triunfos de Rommel, los británicos

mantenían el control de Egipto y del Canal de Suez. El frente decisivo era el del Este: más de 3.000 kilómetros. La «operación Azul» sustituyó a la «operación Barbarroja» en junio de 1942. El general Franz Halder lo expresó así: «El destino del Cáucaso se decidirá en Stalingrado». Churchill aseguró más tarde: «El gozne del destino giró en Stalingrado». Agosto fue un mes fatídico para los rusos y sus aliados: el fracaso del desembarco de Dieppe, la conquista de los yacimientos de petróleo de Maikop por los carros alemanes, la esvástica nazi que ondeaba en el monte más alto del Cáucaso, el Elbrus. Después de un avance de casi 500 kilómetros en 2 meses, los *panzer* del Sexto Ejército alcanzaban el Volga, en la periferia norte de Stalingrado. Las tropas de Hitler, húngaros, italianos, rumanos, peor equipadas y preparadas, pasaron a ocupar el flanco decisivo de las fuerzas del Eje. Al sur de Stalingrado, hasta casi el cuello de botella de Rostov, se abría un vacío de cientos de kilómetros patrullado tan sólo por una división motorizada alemana. Un dispositivo vulnerable.

Los alemanes se estrellaron en aquella batalla casa por casa: Paulus frente a los siberianos de Chuikov, entre 8 y 14 divisiones para el mariscal alemán y entre 5 y 8 divisiones, más tarde reforzadas, para el mariscal ruso. Era una guerra sin cuartel, una de las batallas más sangrientas de los tiempos modernos. A mediados de noviembre, con la batalla de El Alamein perdida por Rommel en Egipto, Paulus empezó a ceder terreno. Medio millón de soldados soviéticos y 1500 tanques se concentraron a orillas de los ríos Volga y Don para el asalto final. El primer ataque se orientó contra el flanco débil, el ocupado por rumanos, húngaros e italianos. Pronto los soviéticos cercaron a su enemigo.

Stalingrado pasó de «objetivo que había que destruir o conquistar si el enemigo no oponía demasiada resistencia» a «objetivo primordial en el que se destruiría el ejército ruso del Cáucaso». Chuikov quedó al frente del 62 Ejército que defendía casi toda la ciudad salvo los arrabales del sur y parte del centro urbano en manos del 64 Ejército de Shumilov. Los 2 ejércitos se encontraban divididos por la cabeza de puente que los alemanes lograron defender al otro lado del Volga. El mariscal Ieremenko mandaba todas las fuerzas que defendían la plaza: los 62 y 64 Ejércitos, unidades de refuerzo que llegaban de Siberia, artillería, carros y aviación, todo ello al otro lado del río. Kruschev, que llegaría a secretario general del Partido Comunista y primer ministro de la
URSS
, era la máxima autoridad política de la zona. Chuikov le dedicó encendidas páginas en sus *Memorias*, pero Kruschev, el campesino que

aporreó la tribuna de la
ONU
con un zapato ante el ministro de Asuntos Exteriores de Franco, Castiella, no pisó la ciudad asediada ni un solo segundo durante toda la batalla. Chuikov le prometió a Kruschev en vísperas de la ofensiva alemana: «Conservaré Stalingrado o moriré en ella».

Al norte de la ciudad quedaba la zona industrial; en el centro, el casco urbano; a continuación, la colina Mamaev, el punto más alto de la ciudad; después, la zona residencial y los suburbios. Desde el amanecer del día 13 de septiembre, los combates se centraron en la colina Mamaev. Los alemanes descubrieron que era el observatorio ideal para que los rusos dirigieran sobre los invasores el fuego de la artillería que tenían emplazada en la margen izquierda del Volga. La colina fue sometida a un duro castigo artillero. La infantería alemana la tomó a la bayoneta. Dejó la ladera cubierta de cadáveres, pero durante la noche los soviéticos recuperaron la posición, también a cuchillo. El día 14, los carros alemanes irrumpieron en el centro de Stalingrado y los combates cobraron singular dramatismo en la estación central, que cambió de manos 6 veces durante el mismo día.

La noche del 14 al 15 pareció no tener fin para los alemanes. Miles de ellos murieron al aventurarse borrachos por la victoria que ya creían al alcance de sus dedos. Los rusos nunca se daban por vencidos. Desde los tejados, los sótanos, las ruinas, las aspilleras, los alemanes fueron tiroteados a la luz de los incendios y de las bengalas que iluminaban la noche. La artillería funcionó sin cesar y Chuikov, que sacrificó los últimos carros de que disponía, logró impedir que aquella misma noche los alemanes penetraran en los muelles del Volga, vitales para los soviéticos si deseaban prolongar la resistencia. Los días 15 y 16, se registraron furiosos combates por el control de la estación y de la colina Mamaev. La División Rodintsev, recién llegada al teatro de operaciones, recuperó la colina pero debió ser relevada: había perdido 8.000 hombres en dos días. De ahí que, sobre el derrumbado muro, una placa nos recuerde todavía hoy: «Aquí los guardas de Rodintsev resistieron hasta la muerte».

Cuenta Chuikov que fue la división SR Rodintsev la que salvó Stalingrado y preservó el Cáucaso al negarle a Hitler el petróleo que pretendía «inyectarse en vena». Sin la resistencia de esa división, los alemanes hubieran alcanzado el día 16 el curso del Volga en 2 o 3 puntos. Pero también salvó la ciudad el ataque que Ieremenko dirigió contra el saliente alemán de Rinok. El continuo cañoneo, los bombardeos, la acción de la infantería pulverizaron todo el centro. La aviación alemana poco podía hacer: era costumbre de los rusos

situarse a poco más de un tiro de granada de mano de las tropas alemanas de Paulus porque resultaba muy arriesgado lanzar bombas que podían caer en sus propias posiciones. La artillería disparó con el alza a cero. El Sexto Ejército ganó terreno metro a metro hasta que se adueñó de la zona comercial el 22 de septiembre. Había partido en dos el 62 Ejército de Chuikov. La situación de los sitiados se agravó con la ofensiva alemana.

La zona industrial de Stalingrado ocupaba unos 25 kilómetros a lo largo del Volga y estaba constituida por cadenas de fábricas edificadas en hormigón o piedra. Los alemanes conocían de sobra las dificultades que entrañaba un ataque frontal sobre esas fábricas convertidas en fortalezas. Su importancia estratégica era evidente: una penetración por el centro de esta zona, llegando hasta el Volga, hubiera colocado bajo el fuego directo de la artillería alemana todo el tráfico de gabarras que, con tropas de refresco, armas, municiones y vituallas, afluía a la orilla izquierda del río, hacia la zona norte de la bolsa. La mitad del 62 Ejército se hubiera visto obligada a la capitulación. La batalla no hubiera durado dos días.

El 27 de septiembre, los alemanes iniciaron su primera gran ofensiva sobre la zona industrial. Cientos de Stukas barrenaron el terreno, la artillería pesada alemana demolió edificios y los campos de minas que protegían el saliente del Orlovka. Y sin embargo, los rusos aguantaron con tal tesón que causaron graves pérdidas en las filas alemanas, aunque se vieron obligados a retroceder casi tres kilómetros hacia el Volga. «Un día más de estas características —cuenta Chuikov — y nos hubieran arrojado al río». Durante la noche del 27 al 28 cruzaron el Volga dos divisiones soviéticas para cubrir las pérdidas del día anterior y taponar los huecos abiertos por los tanques alemanes. Chuikov pidió ayuda a su aviación y artillería. Los combates fueron durísimos y cada bando sufrió no menos de 5.000 bajas. La Luftwaffe perdió ese día un gran número de aparatos, pero logró liquidar los restos de las fuerzas aéreas soviéticas y cinco de sus grandes transportes que navegaban entre ambas márgenes del río. Chuikov, por otra parte, sacrificó hasta el último tanque, de modo que los alemanes no pudieron alcanzar el Volga.

Lo peor estaba por llegar. Entre el 29 y 30 de septiembre, el Sexto Ejército liquidó el saliente de Orlovka. Esa larga cuña clavada entre las tropas alemanas la defendían unos quince mil hombres, pero el 1 de octubre apenas quedaban tres mil en condiciones de combatir que hubieron de abandonar sus posiciones para atrincherarse en las fábricas. Hitler había prometido la conquista de la ciudad para los primeros días de septiembre. El general Paulus prometió, por su parte,

que los soviéticos celebrarían el 25º Aniversario de la Revolución Bolchevique con una sonada derrota en Stalingrado. El futuro mariscal estuvo a punto de cumplir su promesa. Los historiadores rusos que se han ocupado de la batalla de Stalingrado coinciden en afirmar que el mes de octubre fue el más duro de todo el asedio. Durante el mes de septiembre, las pérdidas de ambos bandos se cifraron en 60.000 hombres entre alemanes y soviéticos. El mes de octubre dejó 80.000 bajas en los dos ejércitos.

Entre los dos primeros días de ese mes, Chuikov recibió 3 divisiones siberianas de refresco. Los combates se intensificaron día por día, sobre todo en el perímetro industrial. Sin embargo, el 14 de octubre los alemanes se lanzaron a la ofensiva final. Chuikov lo cuenta así: «El 14 de octubre señaló el principio de una batalla sin igual por su ferocidad y crueldad. Tres divisiones de infantería y dos de *panzer* fueron lanzadas contra nosotros a lo largo de un frente de cinco kilómetros. Esa misma jornada hubo unas tres mil salidas de la Luftwaffe. Bombardearon y ametrallaron a nuestros hombres sin dejarles un instante de respiro. Desde la mañana a la noche los cañones y los morteros germanos nos lanzaban una lluvia de granadas. El día era soleado, pero debido a las cenizas y al humo la visibilidad se reducía a 100 metros. Nuestros refugios subterráneos temblaban como si fuesen de papel. Aquel día, los alemanes perdieron no menos de 40 tanques y sufrieron por encima de las 8.000 bajas. También nosotros tuvimos que lamentar altísimas pérdidas: durante la noche trasladamos al otro lado del Volga a 3.500 oficiales y soldados heridos».

Chuikov señala que la moral del enemigo dejaba mucho que desear: «Las fuerzas de refresco alemanas eran muy inferiores a las que emplearon en las primeras oleadas. Nosotros, por el contrario, recibimos hombres que ya eran veteranos al llegar a sus parapetos. La moral era tan elevada como el prestigio que en la URSS y en el mundo daba el hecho de haber defendido Stalingrado».

El 30 de octubre, Chuikov empezó a darse cuenta de que ganaba la partida: «Estaba claro que Paulus no era capaz de repetir la ofensiva del 14 de octubre, que nos había colocado al borde de la catástrofe. Los alemanes perdieron ese mes 40.000 hombres. Nosotros quemamos nuestra última reserva: las cuatro divisiones con que nos reforzaron durante este mes se encontraban destrozadas, con menos de mil hombres útiles cada una. El 62 Ejército quedó convertido en una serie de pequeñas unidades por debajo de los efectivos de batallón. Se sostenían de forma precaria entre ruinas humeantes».

El general Paulus no pudo tomar Stalingrado en octubre. Moscú celebró el 25 Aniversario de la Revolución con un homenaje a los defensores de Stalingrado. Los rusos combatían con el río a sus espaldas. Su retirada era imposible. Los comisarios políticos se encargaban de mostrar a sus soldados las atrocidades cometidas por los alemanes, así que sabían lo que les esperaba si se rendían o caían prisioneros. La anchura del Volga, kilómetro y medio en Stalingrado, impidió que el Sexto Ejército de Paulus dominara la ciudad, por eso la retaguardia soviética funcionó a la perfección. Las gabarras rusas que cruzaban el Volga sufrieron grandes pérdidas, pero Chuikov dispuso siempre de armas, municiones y alimentos para sus hombres.

Otro factor decisivo en la defensa de Stalingrado fue la artillería rusa enmascarada al abrigo del Volga. La artillería soviética fue superior durante toda la campaña del Este, por su número y su alcance, a la alemana. La artillería salvó Stalingrado y se apuntó la mitad de las bajas sufridas por el enemigo.

Los primeros días de noviembre fueron tranquilos en Stalingrado, sobre todo si se tiene en cuenta la violencia de los combates de los últimos días. La lucha proseguía a un ritmo más lento, pero los 2 bandos reparaban fuerzas. Paulus preparaba otra gran masa de ataque sobre las cabezas de puente soviéticas mientras, en el relativo reposo del guerrero, Chuikov reunía todos los elementos a su disposición para continuar la resistencia «hasta el último hombre, hasta el último cartucho».

El día 11 de noviembre, el Sexto Ejército desencadenó su último gran ataque sobre Stalingrado. 5 divisiones de infantería, que avanzaron en un frente de 5 kilómetros, intentaron bajo cobertura aérea y un amplio apoyo de carros laminar las defensas soviéticas y llegar hasta el río. El intento fracasó, aunque los hombres de Chuikov quedaron tan destrozados que los alemanes hubieran logrado su propósito de haber contado con un batallón de refresco en el momento crítico. Hubo regimientos soviéticos que al final del asalto sólo disponían de cinco o seis hombres.

Los alemanes se habían dispersado mucho. Los ejércitos rumanos Tres y Cuatro de Dimitrescu y Constantinescu, el Segundo Ejército húngaro al mando de Jany y el Octavo Ejército italiano de Garibaldi mostraron su debilidad desde las primeras escaramuzas. La ofensiva soviética se inició a las 5 de la mañana del 19 de noviembre de 1942. El grupo de ejército mandado por Rokossovski arrolló en cuestión de días al Tercer Ejército rumano. Tan sólo 3 divisiones de la «Guardia de acero» resistieron algunos días más un cerco implacable, sin víveres y sin artillería. Se rindieron cuando las municiones se agotaron por

completo. Entre tanto, Ieremenko rompía las defensas del Cuarto Ejército rumano. Las 2 fuerzas, las de Rokossovski, que durante las purgas de 1938 había pasado un tiempo en las cárceles de Stalin, y las de Ieremenko, herido en 1941 y fuera de combate durante un año, convergieron hacia Kalataj cerrando la bolsa de Stalingrado el día 23. Friedrich Paulus, que más tarde se dirigiría por radio a los soldados de la Wehrmacht para pedirles la rendición en nombre del Movimiento por una Alemania Democrática desde territorio soviético, estaba cercado.

Dentro de la bolsa quedaron dieciocho divisiones alemanas, dos rumanas y la Legión Croata (unos 2.000 hombres), además de unidades de aviación, artillería, carros e intendencia: 280.000 hombres en total. Berlín, sorprendido por el repentino cambio de la situación, tomó las siguientes medidas: von Manstein, uno de los generales más capaces de que disponía el alto mando de Hitler, formaría el Grupo de Ejércitos del Don, mientras que el Sexto Ejército de Paulus agruparía a todas las unidades comprendidas en la bolsa. Al Grupo de Ejércitos del Don se le asignó la misión de romper el cerco. Los sitiados se debatían entre la opción de la defensa numantina y la apertura de una brecha de 10 o 15 kilómetros para sacar al Sexto Ejército de la ratonera. Paulus aseguró que la Luftwaffe estaba en condiciones de suministrar a los cercados 500 toneladas diarias de víveres, municiones y combustible. Hitler no lo dudó un segundo más: «Haremos de Stalingrado un nuevo Alcázar de Toledo», dijo.

Aquella fue una misión imposible porque, alargadas hasta casi el infinito las líneas de comunicación y aprovisionamiento y en medio de tempestades de agua y nieve, los aviones no pudieron abastecer a los sitiados. En esa región confluyen los helados vientos siberianos y las corrientes cálidas del Caspio, que chocan con violencia para ofrecer un cuadro meteorológico de catástrofe. De las 500 toneladas de material y alimentos prometidos, Goering tan sólo consiguió hacer que llegaran 30 o 40 toneladas diarias, que muchas veces, y por efecto de la ventisca o de un mal lanzamiento, iban a caer en tierra de nadie o en las líneas soviéticas.

Así empezó el racionamiento entre unas tropas alemanas que vestían ropa de verano. Las fuerzas de von Manstein eran la última esperanza, pero los soviéticos se reforzaban día a día en hombres, en impedimenta y material. Manstein avanzó a sangre y fuego sobre Stalingrado para salvar a Paulus. Eligió Koltenikovo como punto de partida por suponer, como luego se demostraría, que los 120 kilómetros que le separaban de la bolsa en línea recta serían los peor cubiertos por las fuerzas soviéticas: eran el punto de convergencia del

Ejército del Don (Rokossovski) y del Ejército de la Fortaleza Stalingrado (Ieremenko). Contaba Manstein con una ventaja: el ferrocarril del Cáucaso, a través del cual podían llegarle los abastecimientos y refuerzos. Su desventaja eran los ríos Axai y Myskova, obstáculos naturales que los rusos defendían con fiereza.

El 12 de diciembre de 1942, las fuerzas de von Manstein, el general que combatió como soldado en el viejo regimiento de Hindenburg en la I Guerra Mundial, lanzaron el ataque sobre un reducido frente de unos veinte kilómetros. Las 5 divisiones de infantería y los 300 tanques recorrieron 50 kilómetros. Los alemanes derrocharon coraje; sabían que la suerte de 300.000 hombres faltos de víveres (se estaban comiendo sus caballos) dependían de esa ofensiva. No menos decididos a resistir, los rusos hicieron frente con denuedo a Manstein: sabían que en esta operación podría encontrarse la clave de la guerra y la suerte de Stalingrado. Estaba en juego la liberación del cerco para unos y la rendición final de la ciudad para otros. Fue entonces, en el último mes del año, cuando se heló el Volga por completo y los trineos que transportaban abastecimiento y tropas de refresco comenzaron a llegar de forma ininterrumpida sobre las cabezas de puente de Vasili Chuikov. Albert Speer, ministro de Armamento del III Reich, considerado el más hábil de los servidores de Hitler, el hombre que vivió el drama de Fausto y fue condenado a 20 años de cárcel en el proceso de Nuremberg, se refiere a Stalingrado en su libro autobiográfico *Inside the Third Reich*. «Unos cuantos días después, quizás el 15 o el 16 de noviembre, me encontraba de nuevo en el cuartel general del *Führer*. Zeitzler (jefe del Alto Estado Mayor alemán) informaba a diario de la cantidad de toneladas de vituallas y municiones enviadas por el aire al Sexto Ejército, sólo una mínima parte de lo prometido. Cierto que Hitler pedía explicaciones a Goering, pero éste encontraba siempre una salida: que el tiempo era malo, o que la niebla, las ventiscas o las tormentas de nieve impedían llevar a cabo en toda su extensión la operación proyectada. Pero tan pronto como cambiara el tiempo, seguía prometiendo el jefe de la fuerza aérea alemana, conseguiría enviar el número de toneladas convenido».

PAULUS

Friedrich Paulus era hijo de campesinos y pequeños funcionarios: nada más lejos del «von», el prefijo aristocrático que erróneamente se le atribuye. Sufrió pronto de un complejo social que le llevaría a dejar

los estudios de Derecho para enrolarse en el ejército: buscaba una promoción rápida. Mandaría un regimiento en la I Guerra, en la toma de Arras y, más tarde, en Verdón con el Alpenkorps. Al terminar la guerra tenía el grado de capitán y las condecoraciones ordinarias. No estaba hecho para el mando: «Le falta decisión», advertía un informe privado. Era un oficial de la vieja escuela, amable, modesto, un burócrata de la guerra abstracta. No era un nazi ferviente, pero a Hitler le gustaba porque no formaba parte de la casta del alto mando, de la *créme de la áreme* de la aristocracia militar. En vísperas del ataque a Polonia se encontraba como jefe de personal del recién formado Décimo Ejército con base en Leipzig. Su jefe, Reichenau, sería la contrafigura, la antítesis de Paulus, poderoso, lleno de ambición y fuerza. Paulus se encontraba al lado de Reichenau el 28 de mayo, cuando el rey Leopoldo de los belgas firmó la rendición de su ejército.

Paulus nunca estuvo a favor de la invasión de Polonia o de Rusia, pero no le quedó otro remedio que obedecer órdenes. Por eso trabajó día y noche en la preparación de la «operación Barbarroja». Después, iniciada la invasión, siguió desde el cuartel general de Alemania los movimientos del Sexto Ejército. Cuando von Rundstedt dimitió del mando, le sucedió Reichenau. Lo primero que hizo fue llamar a su viejo compañero de armas para mandar el Sexto Ejército. Hitler y Halder dieron su consentimiento. Todo lo que había hecho Paulus era mandar un batallón y una compañía de fusileros durante poco tiempo. Fue una mala elección: no tenía experiencia en el mando de unidades en combate. Stalingrado le vendría ancho a un hombre de las características de Paulus, que debía hacer frente a una versión urbana de lo que fue Verdún en la I Guerra Mundial, una batalla de ruinas sobre ruinas. Paulus eligió la parálisis. Si, como apunta Martin Middlebrook en *Hitler's generals*, hubiera actuado con decisión enviando algunas unidades al Norte y al Sur para distraer a los rusos mientras se retiraba de la bolsa con el grueso de su ejército, podría haber salvado gran parte de él. O pudo haber pedido el relevo al no encontrar solución al grave problema.

El único oficial de Stalingrado que demostró independencia de criterio y que reclamó libertad de acción para el Sexto Ejército fue el general Seydlitz-Burzbach, el decano de los comandantes de cuerpo, que urgió en un memorándum a Paulus la inmediata retirada antes de que fuera tarde: «Está en juego la aniquilación de doscientos mil combatientes y su armamento. No hay otra elección». Pero Paulus, obediente a sus jefes, rechazó el plan. Ordenes eran órdenes. Era, también, lo que le convenía a su alma de burócrata: quedarse donde estaba. Ni siquiera quiso atender la última petición de Manstein que

corría a salvarle: «Abra una brecha para romper el cerco y reúnase con mis fuerzas de rescate».

VON MANSTEIN

Von Manstein logró penetrar en un sector de varios kilómetros de profundidad. Tras vadear el río Myskova, la última barrera natural de la ciudad asediada, «los alemanes pudimos ver —escribe Manstein en sus *Memorias*— el resplandor de los incendios sobre el cielo de Stalingrado». Los soviéticos, escamados por el avance del ejército alemán del Don, enviaron al río Myskova efectivos al mando del mariscal Malinovski que triplicaban los de Manstein. La marcha de Rodion Malinovski, que fue ascendido a mariscal en 1944, no fue un camino de rosas: cuando sus fuerzas del Segundo Ejército de Guardias llegaron al río, tan sólo pudo contar frente a Manstein con la infantería y la artillería. Después de recorrer 200 kilómetros en 4 días bajo una copiosísima nevada, sus tanques no disponían ni de munición ni de combustible.

La aventura salvadora de Manstein terminó a orillas de aquel río. Se vio en inferioridad de condiciones en hombres, carros, artillería y, por primera vez desde el comienzo de la guerra, sin cobertura aérea. No le quedaba otra salida que volver al punto de partida, Koltenikovo, antes de que su menguado ejército quedara cercado contra el río Don. La presión soviética aumentaría en los días sucesivos. Dos ejércitos rusos, unos 300.000 hombres y no menos de 1.000 tanques, se dieron cita en Koltenikovo, que fue abandonada el día 29 por los alemanes en busca de posiciones más defendibles. La retirada les llevaría hasta Zimovniki el 31 de diciembre, 100 kilómetros al sur del punto inicial de la ofensiva. Stalingrado quedaba entonces a 220 kilómetros de las tropas alemanas más próximas.

Von Manstein pasará a la historia como «la más importante personalidad alemana de la II Guerra Mundial». Así lo ha definido el mejor historiador militar germano, Andreas Hillgrüber. El general Keitel, que no era precisamente un amigo de Manstein, cuenta en sus *Memorias*, redactadas mientras esperaba en Nuremberg un proceso que le llevaría a la horca, que solicitó por lo menos tres veces a Hitler que le sustituyera por Manstein en el cargo de jefe de las Fuerzas Armadas. En su libro *Al otro lado de la colina*, basado en conversaciones e intercambio de cartas con los generales alemanes prisioneros de guerra después de 1945, Liddell Hart escribió: «Manstein fue probablemente el más hábil de los generales alemanes. Este es el

veredicto de la mayoría de los militares con los que me entrevisté sobre la guerra desde Rundstedt para abajo. Tenía un soberbio sentido estratégico combinado con un entendimiento de las armas mecanizadas superior al de cualquier otro general». Era un *cavalier sans peur et sans reproche*. Sin embargo, algunos historiadores le reprochan que no diera a Paulus una orden terminante de ruptura del cerco por encima de lo que Hitler hubiera decidido. De haber volado Manstein a Stalingrado para imponer su criterio sobre el dubitativo Paulus, las cosas quizá hubieran discurrido de otra manera. Hay que comprender, no obstante, que cualquier desobediencia al *Führer* represen taba un desafío a su autoridad como jefe del Estado y como comandante en jefe.

Von Manstein contempló muchas veces la posibilidad de dimitir. No lo hizo a pesar de que estaba harto de «interminables discusiones que me rompían los nervios y que debía librar contra el comandante supremo». La verdad, cuenta Manstein, es que un comandante no tenía las facilidades de cualquier soldado para hacer el petate y largarse. «El soldado en el frente no se encuentra en la cómoda posición del político que siempre tiene la posibilidad de subirse al último tren cuando las cosas se ponen feas, o cuando no le gusta lo que su Gobierno ha decidido. Un soldado debe combatir donde y cuando le ordenan».

La obra maestra de von Manstein fue la retirada de las fuerzas alemanas del Sur en contra de la opinión de Hitler, que por encima de todo seguía empeñado en mantenerse en el Cáucaso. Para Manstein, los objetivos de la «operación Barbarroja» fueron demasiado ambiciosos. Ofrecía la retirada hacia el Oeste para la creación de una fuerza de reserva antes de que los aliados desembarcaran en el continente. La insistencia de Hitler de resistir en Kubán, en Crimea y en la cuenca del Donetz, como apunta el mariscal de campo británico *lord* Carver, se reveló fatal. Manstein, el mariscal del juego limpio, fue condenado en 1949 a dieciocho años de cárcel por un tribunal británico, de los que cumplió cuatro. Fue puesto en libertad en 1953. No deja de ser una ironía de la historia que, en 1956, el Gobierno de Adenauer le llamara como consejero para la formación del nuevo ejército alemán. Los aliados deseaban que Alemania se les uniera en una alianza militar para combatir a sus camaradas de ayer, la Unión Soviética. Manstein murió en 1973, a los 86 años de edad.

Manstein actuó siempre de forma honorable. Así lo reconocieron sus amigos y sus enemigos, salvo los soviéticos, que pidieron en vano su extradición a los ingleses. Fue una figura respetada a lo largo del proceso de Nuremberg en 1948. La suerte estaba echada sobre

Stalingrado. Manstein perdió 16.000 hombres y dos tercios de sus tanques en el desesperado intento de rescate. La aviación alemana fue barrida del cielo. El termómetro caía por debajo de los 30 y 40 grados bajo cero. El ministro de Armamento, Albert Speer, escribe al referirse a aquellos últimos días de 1942: «El estado de ánimo general se deprimió conforme pasaba el tiempo. Las caras se convirtieron en rígidas máscaras y con frecuencia nos reuníamos para permanecer en silencio. Nadie quería hablar del progresivo hundimiento de un ejército todavía victorioso meses atrás». Speer lo sabía: el nihilismo de Hitler conducía a Alemania a la catástrofe. Había que hacer lo posible para, una vez perdida la guerra, salvar la economía, la infraestructura. La conversión del ministro de Armamento llegó demasiado tarde para los aliados. En cuanto a los alemanes, que habían elegido democráticamente a Hitler, entregaron su futuro al Reich de los mil años. Sólo cuando los aliados se asentaron en Francia, comprendieron que las victorias que cantaban Hitler y Goebbels eran una farsa.

LA CALDERA

En la Cancillería del III Reich, una orden de Hitler suspendió el coñac a los postres en un gesto de solidaridad con los sitiados de Stalingrado, «la caldera» como la llamaban los rusos. Los trineos soviéticos cruzaban el Volga helado para llevar raciones calientes a sus tropas mientras los alemanes se morían de hambre y desesperanza. Todas sus promesas eran ya inútiles, desde la acción de la Luftwaffe hasta la misión de rescate de Manstein. Aquel hedor a muerte, los miles de cadáveres que yacían bajo los escombros, lo decían todo.

«A principios de enero —cuenta Speer en sus *Memorias*—, cuando estuve en el cuartel general del *Führer*, desde el 2 hasta el 7 de ese mes, Hitler continuaba alentando esperanzas. La contraofensiva ordenada por el *Führer*, con la que se había pretendido forzar el cerco de Stalingrado para llevar refuerzos a las tropas que morían poco a poco en esa ciudad, fracasó dos semanas antes. Quedaba tan sólo una pequeña esperanza: que se adoptara la decisión de intentar salir de la bolsa. Durante uno de esos días fui testigo, en el vestíbulo de la sala de conferencias para el estudio de la situación, de las súplicas hechas por Zeitzler a Keitel para que apoyara ante Hitler su petición de que se diera la orden de efectuar la salida de los cercados en Stalingrado. Insistió en que era la única posibilidad de evitar una espantosa catástrofe. Keitel prometió solemnemente a Zeitzler que le apoyaría en ese sentido, pero cuando Hitler, en el transcurso de la conferencia,

recalcó de nuevo la necesidad de perseverar en la resistencia en Stalingrado, Keitel se dirigió emocionado hacia él y, señalando en el mapa unos gruesos círculos rojos que rodeaban los restos de la ciudad destruida, exclamó: “Mi *Führer*, esto lo conservaremos”».

Era el certificado de muerte y rendición. El general Halder, jefe del Estado Mayor del Ejército, el primer bávaro y católico que accedía al cargo, enviado en 1944 al campo de exterminio de Dachau tras el fallido complot para asesinar al *Führer*, escribió que, por lo menos y en los primeros años de la guerra hasta bien entrado 1943, no le faltaron a Hitler posibilidades para mantener al ejército en una capacidad combativa adecuada a las misiones con las que se enfrentaba: «La rápida reconstrucción del Sexto Ejército, aniquilado en Stalingrado, es buena prueba de ello. Pero su voluntad, que se negaba a reconocer límites a lo posible, dispersó las unidades del ejército alemán, sin aumentarlas numéricamente lo suficiente, en toda la extensión que va desde el cabo Norte hasta el desierto libio, y opuso siempre un inflexible “¡no!” a las casi diarias peticiones de reposición de bajas en el frente oriental, donde tan duramente se combatía, peticiones que unas veces revestían las fórmulas de un cálculo desapasionado, y otras la de una acalorada controversia».

Hitler creía que si llamaba «fortaleza» a Stalingrado, los sitiados recibirían una mágica inyección, un apoyo místico-patriótico. Llegado a ese punto, Hitler esperaba el milagro. «Stalingrado —afirmó— es la guarnición de una fortaleza, y el deber de las tropas que guarnecen una fortaleza es resistir al asedio. Si es necesario, resistirán todo el invierno y los liberaré mediante una ofensiva de primavera». Los rusos estaban en las últimas: Hitler se aferraba a esa idea. Según él, «sólo los pusilánimes podían dejarse impresionar por lo que eran sus últimas convulsiones». «La victoria definitiva sobre Rusia, que ya se tocaba con las manos —escribió Halde en *Hitler, general*— no necesitaba nuevas fuerzas: sólo voluntad férrea. Las tropas de refresco, completamente insuficientes en número, que puso a disposición del frente oriental, procedentes del interior del país, cedieron por fin ante las acuciantes instancias del ejército, pero no estaba permitido asignarlas, por orden expresa suya, a las divisiones que desde hacía años luchaban duramente contra fuerzas superiores, y que se desangraban por esa razón. Las unidades de refuerzo, y relativamente fuertes en número, pero carentes por completo de experiencia, no pudieron auxiliar eficazmente a las divisiones del Este, agotadas por la lucha hasta quedar convertidas en un armazón sin mando y abastecimiento. La mezcla orgánica de ambas, que era lo único que prometía algún éxito, fue prohibida expresamente por el *Führer* con el

fin de desmoralizar al enemigo con la entrada en línea de nuevas divisiones. Los rusos, según decía, se encontraban en las últimas».

Tan en las últimas que el general Rokossovski, jefe del frente del Don, le envió un ultimátum al mariscal Paulus con fecha 8 de enero de 1943: «El Sexto Ejército alemán, las formaciones del Cuarto Ejército Panzer y las unidades que se le enviaron como refuerzos se encuentran completamente cercados desde el 23 noviembre. Las tropas alemanas enviadas en su socorro han sido derrotadas y sus restos se retiran ahora hacia Rostov… El sistema de abastecimiento aéreo que le mantuvo hasta ahora suministrándole raciones mínimas de alimentos, municiones y combustible se ve obligado a cambiar de bases y a volar desde grandes distancias para intentar llegar hasta aquí. Están sufriendo tremendas pérdidas en aviones y pilotos y su ayuda es ineficaz».

El general ruso le daba a Paulus una hora concreta para la rendición, las 10.00 del 9 de enero de 1943, y prometía todas las garantías de la Convención de Ginebra para los prisioneros que se rindieran sin combatir. «Vuestras tropas sufren hambre —terminaba el comunicado de ultimátum—. El severo invierno ruso no ha hecho más que empezar. No tienen ustedes ninguna posibilidad de romper el cerco. Su posición es desesperada e inútil toda ulterior resistencia». Berlín dijo no. Ni un solo paso atrás. Los rusos esperaron a lo largo del 8 de enero la respuesta alemana. «Donde el soldado alemán pone el pie, allí se queda», dijo Hitler.

Alemania sangraba por la herida de Stalingrado, pero aún conservaba fuerzas para trasladar tropas al norte de Africa. Tras el éxito de la «operación Antorcha». (Torch), Hider despachó 15.000 hombres a Túnez que serían 45.000 al cabo de un mes. Al mismo tiempo, ordenó la retirada de 400 aviones del frente ruso. A lo largo de noviembre, las tropas del general Eisenhower marcharon hacia Túnez. La resistencia alemana era cada vez más persistente. A finales de mes habían llegado a unos 20 kilómetros de la capital tunecina. Fue entonces cuando empezó a llover. En vísperas de Navidad, con los aeropuertos inservibles, con los tanques y los vehículos dislocados por unas carreteras imposibles, Eisenhower decidió un parón en las operaciones. Tenía una idea: organizar el futuro. Los principales aliados deberían reunirse en El Cairo o en Moscú. Churchill estuvo de acuerdo, pero creía que no se obtendrían resultados firmes a menos que se reuniesen los 3 jefes de Estado: Stalin, él mismo y Roosevelt. A Churchill le atraía el calor y a Stalin el frío. ¿Dónde encontrarse?

«Lo siento mucho, pero no estoy en condiciones de abandonar la Unión Soviética», le dijo Stalin a Churchill. En realidad, Hitler y Stalin eran dos paranoicos que vivían preocupados por un atentado. No visitaban el frente y apenas salían de casa. «Me será imposible ausentarme ni siquiera por un día —se disculpó Stalin— ahora que están en curso importantes operaciones militares de nuestra campaña de invierno». Churchill le pidió al general Bedell Smith que de forma discreta buscase un oasis turístico alejado de la ciudad. Eligieron Casablanca, en Marruecos. Uno de los puntos de la agenda era la explosiva situación política entre los 2 jefes de la Francia libre, el general Giraud y el general De Gaulle. Las 2 partes se pusieron de acuerdo en un compromiso alcanzado a regañadientes en Casablanca: Giraud y De Gaulle se estrecharon la mano delante de las cámaras de los fotógrafos. Pocas veces se ha visto una instantánea tan forzada: los gestos de uno y otro delataban las diferencias.

Charles De Gaulle se encontraba en Londres y hablaba a la Francia libre por la emisora de la BBC. El general no era un personaje fácil. Se entendía mal con Churchill y se sentía a disgusto en Inglaterra, como de prestado. «Hay, sin embargo —escribe Churchill en *History of the Second World War*—, un elemento dominante en nuestra relación. No lo puedo ver como el representante de la Francia cautiva y postrada ni de la Francia que tiene todo el derecho a decidir su futuro por sí misma. Sé que no es amigo de Inglaterra, pero siempre he reconocido en él el espíritu que lleva consigo la palabra de Francia a lo largo de toda la historia. Allí lo teníamos como un refugiado, un exiliado condenado a muerte, dependiendo por entero de la buena voluntad de Gran Bretaña y de Estados Unidos. Los alemanes han conquistado su país, no tiene dónde poner el pie. No importa: De Gaulle los desafía a todos. Siempre, incluso cuando peor actuaba, expresaba la personalidad de Francia, una gran nación, con todo su orgullo, su ambición y su autoridad».

Orgullo y *grandeur* (grandeza). El futuro fundador de la V República había servido como soldado a las órdenes del 33 Regimiento del mariscal Pétain en la I Guerra Mundial y fue hecho prisionero en Verdún. En el período de entreguerras, «el solitario de Colombey» se ganó merecida fama de teórico y experto en materias militares: se mostraba a favor del ejército profesional y de la mecanización. Al frente de la Cuarta División, fue de los pocos que resistieron el ataque alemán sobre Francia en el «Corredor de los Panzer», el 19 de mayo de 1940 en Laon. Fue nombrado general de

brigada y subsecretario de la Guerra. Se negó, sin embargo, a negociar el armisticio con los alemanes y huyó a Inglaterra, donde en junio declaró el nacimiento de la Francia libre. Andre Joseph Marie De Gaulle, nacido en Lille, hijo de un maestro y educado en la Escuela Militar de St. Cyr, donde se graduó en 1912, lanzó continuos llamamientos a la resistencia francesa. Francia era él, De Gaulle, y no el mariscal Pétain, que había traicionado a la patria al pactar con Hitler el régimen de Vichy. Se desconoce si la anécdota es apócrifa, pero parece que Churchill dijo que, de todas las cruces con las que tuvo que cargar a lo largo de su vida, la más pesada había sido la de Lorena. La cruz de Lorena era el símbolo de la Francia libre de De Gaulle.

De la conferencia de Casablanca brotaron dos palabras decisivas para el futuro de la guerra, aunque no se hacía alusión a ellas en el comunicado final. Estas dos palabras fueron: «rendición incondicional». Los norteamericanos del presidente Roosevelt se presentaron a la conferencia en el hotel Anfa, que dominaba el mar desde la altura, sin planes tan precisos como los que traían los británicos. Se olía ya el desembarco de Normandía. Una de las manzanas de la discordia fue la elección de las prioridades: los ingleses insistían en el teatro de operaciones en Europa, los norteamericanos en la guerra del Pacífico contra Japón. Otro punto de discordia fue si habría que atacar Italia desde una cabeza de playa en Sicilia o en Cerdeña. «No habrá paz en el mundo —dijo Roosevelt en Casablanca— sin la eliminación completa del poderío bélico alemán y japonés». Pero fue la frase *unconditional surrender* (rendición incondicional) laque desató una de las mayores polémicas de la guerra. Esas 2 palabras deslizadas por el presidente Roosevelt con la anuencia de Churchill en la conferencia de prensa sonaron en Alemania como un pistoletazo en medio de un concierto. Ante tal amenaza sólo cabía una posibilidad: defenderse con uñas y dientes. Hubiera sido más de recibo, afirmaban los partidarios del eufemismo, una frase como «capitulación honorable». Pero la conferencia de prensa de Casablanca les pilló desprevenidos a Churchill y Roosevelt, de modo que las 2 palabras se abrieron paso con un chiste sobre el general Ulises
S.
Grant, al que llamaban
U.
S. (iniciales de *unconditional surrender)*. Para otros, ése era el único lenguaje que entendían los alemanes: el de la intransigencia.

Al terminar la conferencia de Casablanca, Churchill llevó al

presidente Roosevelt a visitar la ciudad de Marraquech, que describió con entusiasmo como «el París del Sáhara». Roosevelt, una vez fijado el calendario para el final de la guerra, pudo observar a los adivinos y a los encantadores de serpientes y visitar los mejores burdeles de todo el continente africano. Churchill se quedó un par de días más y pintó, lleno de entusiasmo, su única acuarela en tiempo de guerra. Tenía razones para estar contento. Trípoli había caído en manos del Octavo Ejército de Montgomery.

REGALO DE NAVIDAD

Stalingrado vivía sus últimas horas, siete mil piezas de artillería rusas machacaban de nuevo la ciudad con un fuego de barrera que se escuchaba a cien kilómetros de distancia. A los cañones se unieron los bombardeos aéreos. Entre el humo, las explosiones, el olor a cordita y los aullidos de los heridos, las tropas rusas se lanzaron de nuevo al asalto: los alemanes resistieron. Como regalo de Navidad, Paulus les dio permiso para que sacrificaran cuatro mil caballos. Todo se hundía a su alrededor. Nueva petición a Berlín y nueva respuesta de Hitler: «La palabra “capitulación” está prohibida en el Sexto Ejército, que deberá mantener sus posiciones hasta el último hombre y el último cartucho. Este heroico comportamiento será una inolvidable contribución para el establecimiento de un frente defensivo y la salvación del mundo occidental. Firmado, Adolf Hitler».

Hitler descubrió una estratagema para sujetar la flojera del general. Ningún mariscal se había rendido nunca en la historia de Alemania. El 31 de enero, poco antes de que la guarnición destruyera su equipo de radio y con las granadas estallando ya a la puerta del búnquer, el timorato Paulus recibió la noticia de su ascenso a mariscal. Fue el mismo día de la capitulación. Hitler esperaba que Paulus quedara a la altura del código de honor. Pero el mariscal no se pegó un tiro. Los últimos heridos fueron evacuados el 24 de enero desde el aeropuerto. Hubo oficiales que arrojaron del avión a enfermos y heridos para ocupar su lugar. Era el último Junker.

Ese día 31 de enero, los soviéticos llegaron hasta los grandes almacenes en los que Paulus había instalado su cuartel general. Un teniente de 27 años pidió, en nombre de sus superiores, la rendición del Sexto Ejército. Era mediodía. Después de parlamentar durante largo rato, el teniente fue llevado hasta la cama en la que yacía el mariscal Paulus. A través del intérprete, el oficial ruso le pidió la rendición. Paulus dijo sí con la cabeza. Estaba demacrado, ojeroso, al

borde de la desesperación: una capitulación sin gloria.

La batalla de Stalingrado fue una victoria más importante desde el punto de vista psicológico y político que desde el militar. Fue el símbolo de un derrumbamiento que se veía cercano. El mito de la invencibilidad de la Wehrmacht se quebró para siempre. «En Stalingrado —escribió el corresponsal militar del *New York Times*, Hanson
W.
Baldwin—, Hitler intentó alcanzar objetivos ilimitados con medios limitados. Estaba convencido de su infalibilidad. Su codicioso deseo del poder global terminó en sangre y muerte en las ruinas de Stalingrado. De ahí en adelante, Alemania empezó a ceder».

La *rattenkrieg* (guerra de las ratas) había terminado, aunque unidades dispersas combatieron entre los escombros hasta el 3 de febrero de 1943. Los rusos contaron 107.800 prisioneros, 16.800 durante los combates y 91.000 en la rendición final. El número de los alemanes muertos osciló entre los 72.000 y los 100.000. Tan sólo dos soldados del mariscal Paulus lograron escapar a las líneas alemanas. Años después de la capitulación de Paulus, sólo 6.000 prisioneros de guerra regresaron a sus hogares.

Aún recuerdo las páginas de la novela de Plivier: la interminable fila de los derrotados hundidos en la nieve camino de los campos de concentración soviéticos. La «pesadilla interminable» de que habló el general Kurt Zeitzler, el hambre, las necesidades, las privaciones y penalidades de todas las clases, el frío riguroso, la soledad, el desamparo del alma y el miedo a morir congelado dieron paso a aquella columna que serpenteaba en el paisaje helado. «El Sexto Ejército —escribió Zeitzler— se consumió como en un incendio, hasta que sólo quedaron las pavesas». Veinticuatro generales marchaban entre los prisioneros.

«Es una desvergüenza sin precedentes —bramaba Hitler en Berlín —. No siento ningún respeto por un hombre que teme al suicidio y en cambio acepta el cautiverio. Este es el último mariscal que nombro». También los rusos sufrieron en Stalingrado. Perdieron más hombres en esa batalla que Estados Unidos en todos los teatros de la guerra. Volgogrado quedó como un monumento al desastre, «un símbolo — escribe Baldwin— de la inhumanidad del hombre para con el hombre, el sitio de una carnicería espantosa, un sacrificio deliberado e innecesario de vidas humanas, el lugar del fiero patriotismo y de las abrasadoras lealtades, una ciudad que vivirá para siempre, como Troya, en las lágrimas y leyendas de los pueblos».

Friedrich Paulus permaneció bajo arresto domiciliario en Moscú

durante 11 años. Los soviéticos lo trataron bien. Tan sólo después del atentado frustrado de 1944 contra Hitler decidió renunciar al nazismo. Las autoridades de Berlín presionaron a su mujer para que renunciara al apellido del mariscal. Se negó a ello y su hijo fue detenido. Paulus murió a los 67 años en una clínica de Dresde, el 1 de febrero de 1957, sin ver a su esposa.

Soldados alemanes se toman un respiro en el interior de una trinchera soviética, en una posición recién conquistada. La invasión alemana de la Unión Soviética, la «operación Barbarroja», se inició el 22 de junio de 1941 y fue una sorpresa total para las tropas de Stalin.

Arriba, una imagen de los cosacos en plena carga a través de campos nevados. Hitler pagaría cara la invasión de la Unión Soviética, sobre todo en Stalingrado, donde se quebraría definitivamente el mito de la Wehrmacht invencible. En la fotografía inferior, una batería abre fuego desde la zona industrial de la ciudad.

Un soldado alemán intenta poner en marcha su motocicleta atrapada en el barro ruso; presente durante toda la campaña, el lodo llegaba a impedir, especialmente en primavera, los movimientos de los vehículos motorizados. Abajo, un soldado soviético muestra el daño ocasionado en el blindaje de un carro alemán.

Maestro de las relaciones públicas en tiempo de guerra, valiente, brillante, extravagante, Douglas MacArthur fue el general más discutido de la historia de Estados Unidos. En la imagen, dirigiendo a las tropas en Filipinas.

El avión japonés Mitsubishi Zero se convirtió en una pesadilla para los norteamericanos durante la batalla del Pacífico. El aparato que aparece en la imagen fue abatido en las islas Salomón.

Arriba, los jefes del Alto Mando aliado, durante una conferencia de prensa; de izquierda a derecha, Bradley, Ramsay, Tedder, Eisenhower, Montgomery, Leigh-Mallory y Bedell-Smith. En la imagen inferior, las tropas aliadas hacen su entrada en un pueblo tras el desembarco de Normandía.

Imagen de las tropas paracaidistas saltando desde aviones C-47 de transporte para atacar la retaguardia de las líuneas enemigas durante la invasión del sur de Francia en agosto de 1944.

Arriba, reparto del correo entre las tropas norteamericanas recién desplegadas en Francia; las noticias «de casa» jugaban un papel primordial como sostén de la moral de la tropa. Abajo, imagen del penoso retorno de millones de alemanes desde el Este ante el imparable avance de las fuerzas soviéticas.

Capítulo ocho

Stalin

El mariscal Georgi Zukov publicó sus *Memorias* al cumplirse el vigésimo quinto aniversario de la batalla de Moscú. Jefe del Estado Mayor conjunto al iniciarse las hostilidades, Zukov mandó las tropas soviéticas en las batallas de Moscú, de Leningrado y de Stalingrado y las llevó hasta Berlín: el 8 de mayo de 1945 firmó la rendición de los altos mandos alemanes.

La popularidad del mariscal al terminar el conflicto era enorme. Por eso, Stalin, celoso, le desterró a una especie de exilio entregándole el mando de una lejana región militar. Con la desestalinización, Zukov fue rehabilitado y nombrado ministro de Defensa. Al colocarse del lado de Kruschev en la lucha contra el grupo antipartido, fue recompensado con un puesto en el Presidium. Nunca estuvo del todo a salvo: acusado de debilitar la posición del Partido Comunista en el seno del ejército en 1958, fue de nuevo alejado de las responsabilidades militares.

Durante toda la guerra, el mariscal Zukov mantuvo contacto telefónico no sólo con el Stavka (Consejo Supremo Militar Soviético), sino con el propio Stalin. Durante 8 años permaneció en el olvido hasta que la caída de Kruschev le devolvió a los altares de la gloria. Recibió la Orden de Lenin, apareció en la televisión en Moscú con motivo de la publicación de sus *Memorias* y se interpretó a sí mismo en una película. El tono de sus *Memorias* es sobrio y comedido. Como todos los memorialistas, minimiza sus culpas, esquiva sus errores, que fueron notables, y exalta sus méritos. Como jefe del Estado Mayor, Zukov fue corresponsable de la falta de preparación de las tropas soviéticas ante la invasión alemana. Sin embargo, Kruschev, en su informe, atribuyó toda la responsabilidad a Stalin, a la depuración de los mandos militares y a su estúpida ilusión de paz con Hitler. Kruschev dijo textualmente en febrero de 1956 ante aquel desmitificador XX Congreso que Stalin «dirigió la guerra sobre un mapamundi».

Zukov criticó en más de una página a Stalin. A finales de noviembre de 1941, cuando la situación en Moscú era grave y se preparaba un nuevo y formidable ataque alemán, el dictador georgiano le ordenó que lanzara las últimas reservas en el contraataque. El mariscal le expuso los peligros de una acción de aquel género, pero todo fue en vano, porque Stalin apeló al ordeno y

mando. Después, con la presunción típica de todos los dictadores, «el generalísimo» asumió de forma personal la dirección de la guerra. Al terminar la batalla de Moscú, mientras Zukov proponía un descanso para las tropas o, al menos, que se concentraran los ataques en un sólo sector, Stalin ordenó una ofensiva general que dispersó todos los esfuerzos y limitó los resultados. El mismo problema de Hitler: la dispersión. Nunca tuvo en cuenta el consejo de Bismarck: «un solo adversario sobre un solo frente».

Cuenta Zukov en sus *Memorias* que el comandante supremo le llamó por teléfono en la segunda mitad de noviembre y le preguntó si Moscú podría ser defendida: «Dígamelo francamente, como lo debe hacer un comunista», pidió Stalin. Zukov le dio seguridades porque habían llegado tropas de refresco, más tanques
KV
(por Konstantin Vorochilov) y más T-34, de una autonomía de trescientos seis kilómetros, superior a la de los Panzer III y IV alemanes, de un blindaje de 90 milímetros, un cañón de 76,2 y dos ametralladoras de 7,62. Una maravilla.

A nadie le hubiera sorprendido una visión áspera y negativa de Zukov sobre su comandante en jefe. Kruschev lo pintó como un psicópata, violento hacia sus colaboradores, temeroso hacia el enemigo y cruel con todos. Sin embargo, en las *Memorias* de Zukov, Stalin aparece como una persona responsable, sujeta a debilidades y cóleras súbitas, pero nunca demasiado antipática. Sus errores en el plano militar revelan incompetencia, nunca locura. La imagen que se desprende no es la de un superhombre, de un jefe dotado de poderes casi sobrenaturales, como en pleno culto a la personalidad ofreció la propaganda oficial hasta su muerte en 1953, pero tampoco la de un mentecato como se desprendía de las revelaciones de Kruschev.

¿Era Stalin un genio militar? Desde luego que no. De los cuatro jefes y señores de la II Guerra Mundial —Hider, Churchill, Stalin y Mussolini—, el único que llevaba un título militar era el mariscal o generalísimo Stalin. De los cuatro, tan sólo uno, como recuerda el historiador británico y capitán Liddell Hart, carecía de instrucción militar profesional: Winston Churchill. Hitler y Mussolini, por el contrario, sirvieron en filas durante aquella cruenta prueba estratégica que fue la Gran Guerra. Stalin, aunque no recibió adiestramiento militar, ejerció el mando de tropas durante la Guerra Civil en Rusia.

Liddell Hart, cuyas tesis tanto influyeron en Guderian y en su concepción de la guerra mecanizada, dijo que habría que esperar a que la niebla se disipara sobre el Kremlin para formular un juicio sobre la capacidad militar de Stalin, ya que los datos aparecían opacos

y confundidos, sesgados. Nada comparable al torrente de información que nos legó Winston Churchill con sus voluminosas memorias sobre la II Guerra Mundial, sobre la I Guerra y hasta sobre su ilustre pariente John Churchill, primer duque de Malborough. Las publicaciones soviéticas dedicadas a aspectos militares de la II Guerra Mundial eran más bien raras y todas ellas ideologizadas, triunfalistas. Algunas tan sólo eran compilaciones de comunicados de Moscú y exaltaciones del genio de Stalin. Tampoco valían las descalificaciones de Kruschev en el XX Congreso del partido. Stalin habría leído sin duda a Clausewitz y a Friedrich Engels que, en cierto modo, fue el consejero militar de Carlos Marx. Lenin leyó *De la guerra* con un lápiz en la mano para subrayarlo. Todo hace creer que Stalin, en el curso de su carrera como agitador revolucionario, llevó a la práctica muchas de las enseñanzas del general prusiano y teórico del arte militar, que ha pasado a la historia del tópico por esta frase: «La guerra es la continuación de la política por otros medios».

SORDERA INTELECTUAL

Stalin dio pruebas de una gran sordera intelectual en vísperas del ataque alemán, de la «operación Barbarroja». No sólo disponía de informes cristalinos de la red de espionaje llamada la Rotekapelle (Orquesta Roja), sino que recibió 76 informes separados de sus futuros aliados británicos y norteamericanos sobre la inminencia de la invasión. El testarudo Stalin interpretó los movimientos de tropas alemanas como una maniobra de diversión: quien recibiría ese ataque sería Gran Bretaña: «Su objetivo —afirmaba— es Gran Bretaña. Hasta que no conquiste Inglaterra no vendrá a por nosotros».

Si al final la intervención personal de Stalin salvó a Moscú en noviembre de 1941, también es verdad que fue el responsable de la catástrofe de Izium-Barvenkova, en la que las fuerzas de Timochenko perdieron al sur del Donetz 240.000 hombres, 1.249 carros de combate y más de 2.000 cañones. Es asimismo cierto que el Ejército Rojo, a pesar de perder 7 millones de hombres, redobló el número de sus divisiones de infantería y sextuplicó el de las brigadas blindadas. Hizo un esfuerzo titánico de producción y organización.

En el momento en que Hitler logró que prevaleciera el despotismo nacionalsocialista, Stalin despolitizó hasta un cierto punto al Ejército Rojo al disolver el cuerpo de comisarios políticos y, a la par, liberalizó la vida política e hizo concesiones a la religión. El ex seminarista nacido en Gori fue un trabajador infatigable. Recordó a sus soldados

todas las glorias del pasado militar de la vieja Rusia, creó condecoraciones con la efigie de Kutuzov y Suvarov, citó en sus comunicados a los generales vencedores, les colmó de favores honoríficos y de recompensas tangibles. Al mismo tiempo, exigió a sus tropas sacrificios increíbles para una mente occidental. Stalin no tenía que rendir cuentas a nadie. Si Hitler afirmó antes de la invasión que «una guerra no tiene como fin la justicia, sino la victoria», y el ministro de la Propaganda, Joseph Goebbels, aseguraba que «una vez que has vencido, ¿quién va a preguntar sobre los métodos?», Stalin repitió la fórmula en la Unión Soviética. La paráfrasis del tópico de Clausewitz la adaptaría el mariscal Chaposnikov a las necesidades del futuro: «La paz puede ser la continuación de la guerra por otros medios».

Tras el desastre del 22 de junio, la URSS perdió 3 cuartas partes de su industria pesada, sus principales reservas estratégicas, sus mejores víveres y sus principales materiales. Menos de 3 meses después, 50 millones de habitantes de la Unión Soviética se hallaban bajo el control de Hitler. En tono melodramático, Stalin le confesó a Stafford Cripps después de la batalla de aniquilación de Kiev (Ucrania): «Todo lo que Lenin creó lo hemos perdido para siempre». No para siempre. El mariscal Zukov empezó sus *Memorias* el 30 de septiembre de 1941, cuando las fuerzas armadas alemanas se aprestaban a liquidar lo que 15 días antes habían definido en el cuartel general de Hitler como «las últimas fuerzas a disposición del mariscal Timochenko». Ni una palabra sobre las circunstancias de la invasión. Zukov tuvo su parte de culpa en el desastre.

FUSILAMIENTOS

Stalin fusiló a los más brillantes discípulos de Trotsky, primero, y del mariscal Tukachevsky, después, los padres del Ejército Rojo. Alan Clark cuenta en *Operación Barbarroja* que, en septiembre de 1938, o sea, en el umbral de la guerra, de los 80 miembros del Soviet Supremo militar sólo 5 quedaban vivos. Stalin los fusiló a todos y a 11 vicecomisarios de la defensa. En el verano de 1938, envió al paredón a todos los comandantes de los distritos militares, incluidos los que sucedieron a los primeros fusilados. Alan Clark facilitó la terrible estadística: Stalin ejecutó a 13 de los 15 comandantes en jefe del ejército, a 57 de los 85 comandantes de cuerpo de ejército, a 110 de los 195 comandantes de división y a 220 de los 406 comandantes de

brigada. Otros 5.000 oficiales, hasta el grado de comandantes, fueron pasados por las armas. Entre los mariscales, sólo sobrevivieron Budionny y Vorochilov, que, como la guerra no tardó en demostrar, eran los más estúpidos y los más obedientes. No hay como obedecer siempre para salvar el pellejo.

Adolf Hitler supo recompensar a sus generales, los dóciles, con toda suerte de reconocimientos y prebendas. A los rebeldes les arrebató el mando. A cambio, obtuvo la sumisión de la casta militar a su política y se quedó con los que le ofrecían las mayores muestras de acatamiento: el precio que debió pagar por ello fue enorme, el crepúsculo wagneriano de los dioses.

Es poco todo lo que se diga sobre la incompetencia de los generales soviéticos en la primera fase de la guerra. Entre ellos figura, el primero, el mariscal Semion Budionny, que en las *Memorias* de Zukov aparece como comandante del Frente de la Reserva en torno a Moscú: un destino secundario al que fue destinado por Stalin después de su desastrosa actuación en el sector ucraniano, donde, en el curso del verano de 1941, perdió la mitad del Ejército Rojo que sobrevivió a los primeros choques de la invasión. Su promoción la debía el ex oficial de caballería de bigotes puntiagudos a su habilidad para complacer a Stalin. No sabía nada sobre tácticas modernas. En Ucrania fue incapaz de reagrupar sus fuerzas en formación defensiva. Stalin lo cesó el 13 de septiembre y lo sustituyó por el mariscal Timochenko. Budienny admiraba a los cosacos y actuaba como ellos. Era un hombre bienhumorado, de temperamento campesino, que nunca perdió la mentalidad de suboficial zarista atraído por 2 cosas: las mujeres y el vodka.

En 1940, como subsecretario de Defensa, visitó Chiscinau en la recién anexionada Besarabia y fue invitado a la inauguración de una bodega. En el punto más alto de la fiesta y cuando los invitados empezaban a sucumbir al alcohol, se abrió de pronto el telón y apareció una enorme cuba de vino en las que nadaban sonrientes 3 ninfas desnudas. Sin pensarlo 2 veces, el general y su séquito se quitaron la ropa y se zambulleron en la tinaja entre gritos de alegría y exaltación vitivinícola. Uno de los 3 invitados, irritado porque no quedaba sitio para él en la cuba, empuñó la metralleta y disparó una ráfaga sobre los bañistas. Uno de ellos resultó herido. Budionny no dejó de sonreír, de beber y de palpar a las ninfas.

A pesar de todo, fue nombrado comandante del frente meridional porque Stalin prefería perder a su ejército que el control político de la situación. Sin Zukovy sin Chaposnikov, es probable que hubiera perdido la guerra, opinan algunos historiadores. El invierno, el más

riguroso de los últimos 150 años, y los refuerzos siberianos salvaron a Moscú. Las tropas del Extremo Oriente, que tanto reclamaba Zukov, llegaron en el mejor momento: estaban muy bien adiestradas y formadas por personal especializado, entrenados en marchas extenuantes para combatir en bajas temperaturas. Un ejército profesional mandado por oficiales expertos de mentalidad moderna, heredada de uno de los mejores generales soviéticos: Blucher, fusilado por orden de Stalin en 1938. Chaposnikov había pedido con insistencia este ejército aquel mes de agosto de 1941, pero Stalin creyó que los japoneses aprovecharían el movimiento de tropas hacia el Oeste para saltar sobre las ricas zonas del Amur y de la Provincia Marítima. «Las tropas tardaban y tardaban en llegar», se quejó Zukov en sus *Memorias*.

La orden, una de las más decisivas de la historia del conflicto, se dio más o menos la última semana de noviembre de 1941: a uña de caballo desde el Transbaikal, desde la Mongolia Exterior, del Amur y del Ussuri, el general Apanasenko condujo al frente de Moscú todo lo que fue posible rescatar en aquellas zonas: quince divisiones de infantería, 3 de caballería, 8 brigadas de carros, casi 300.000 hombres, 1500 tanques y 1600 aviones. Sólo cuando, desde Japón, el espía Sorge hizo saber a Stalin y al Stavka (Consejo Supremo Militar Soviético) que los generales del Mikado preferían lanzarse sobre el sabroso botín del imperio británico y holandés en el Extremo Oriente, en lugar de embestir las desoladas estepas siberianas, el generalísimo dio vía libre al ejército salvador de Moscú.

EL MEJOR ESPÍA

El papel desempeñado por Richard Sorge fue providencial para los soviéticos. Sorge, como el español Juan Pujol, alias «Garbo», era un prodigio de sangre fría. Nació en Bakú, puerto del Mar Caspio, de padre alemán y madre rusa y se convirtió al marxismo en su juventud; entró en el servicio secreto soviético en los años veinte. Además del alemán, hablaba con fluidez el inglés, el francés, el ruso, el japonés y el chino. Se acreditó como periodista en la embajada alemana de Tokio y se ganó la confianza del embajador, de modo que tuvo acceso como agregado de prensa a los acuerdos entre alemanes y japoneses y a las intenciones del Eje con respecto a Moscú. Fue él quien alertó al Kremlin sobre el ataque a Pearl Harbor y sobre los movimientos del ejército imperial japonés. Sorge fue detenido en octubre, sometido a largos interrogatorios y ahorcado por los japoneses en 1944. Fue

nombrado por Stalin Héroe de la Unión Soviética a título postumo. «Es probable que haya sido el espía de más éxito de toda la historia», escribe el especialista militar británico John Keegan.

El general Apanasenko llegó al frente de Moscú hacia Navidad con sus soldados bien abrigados, bien preparados y bien mandados. Los hombres de Hitler tiritaban ya de frío con un material mal adaptado al terreno y desgastado por casi seis meses de operaciones ininterrumpidas. Un soldado alemán que acababa de recibir su ración de caldo perdió 30 segundos en buscar la cuchara; cuando la encontró y probó el primer sorbo, la sopa estaba tibia; a la mitad de la escudilla, la sopa se había solidificado en un bloque de hielo. El termómetro marcaba 63 grados bajo cero.

Para el conde León Tolstoi, la batalla de Borodino, la ocupación de Moscú y la retirada de los franceses fueron «uno de los fenómenos más instructivos de la historia. Todos los historiadores están de acuerdo en que las actividades externas de los pueblos en sus conflictos encuentran su expresión en las guerras. Está claro que el poder político de los pueblos crece o disminuye como resultado inmediato del éxito o el fracaso en la guerra», escribió en *Guerra y paz*. La fuerza que decide el destino de los pueblos no depende muchas veces de sus líderes militares ni siquiera de los ejércitos o las batallas, sino de algo distinto. Los historiadores franceses que describían las posiciones francesas antes de su evacuación de Moscú señalaban que todo estaba dispuesto en la *Grande Armée* excepto la caballería, la artillería y el transporte. No quedaba forraje para los caballos ni el ganado. «No había remedio —escribe Tolstoi en *Guerra y paz*— porque los campesinos quemaron el heno antes de dejar que lo cogieran los franceses». De acuerdo con las instrucciones de Stalin, los rusos de 1942 quemaron todo lo que pudiera ser aprovechado por el enemigo.

COMO PEDRO EL GRANDE

Stalin, siete veces detenido entre 1902 y 1913, exiliado en Siberia hasta 1917, uno de los protagonistas de la toma del poder bolchevique en Petrogrado (octubre de 1917), ministro de Control del Estado y de las Nacionalidades en el primer Gobierno de Lenin, conocía bien los mecanismos del poder. En 1922 fue nombrado secretario general del Comité Central del partido, cargo que mantuvo hasta su muerte. Trotsky, su enemigo, lo llamó «el burócrata de la revolución». Era menos brillante que los intelectuales del partido, el propio Trotsky, Zinoviev o Bujarin, «pero el menosprecio de su inteligencia y de su

astucia política —escribe Alian Bullock— les costó la vida a los 3. Después de la muerte de Lenin en 1924, Stalin venció a sus rivales. Desde 1928 hasta su muerte en 1953, ejerció el poder personal durante un periodo más largo que cualquier otra figura en la historia del comunismo».

«Como Pedro el Grande —afirmó Kruschev en sus *Memorias*—, combatió la barbarie con la barbarie». Se distinguió en la defensa de la ciudad de Tsaritsyn que, en pago a su heroísmo, pasó a llamarse Stalingrado. El historiador británico
A. J.
P.
Taylor explica esos diez días de misterio y desaparición tras la acometida alemana argumentando que Stalin se había quedado solo, desconcertado, sin nadie a su alrededor a quien respetar y sin nadie en cuyos consejos pudiera confiar. Stalin, como Hitler, tomaría en solitario todas las grandes decisiones de la guerra y muchas de las pequeñas decisiones también. Sabía que contaba con unas reservas humanas inagotables. Sus primeras decisiones fueron salvajes, hasta que dulcificó su posición para hacerla algo más flexible. Como narra Boris Pasternak en una de sus novelas, la guerra, incluso en los batallones de castigo, era una salida a la opresión estalinista.

El único general que le plantó cara fue Zukov, con el que discutió muy a menudo. Una anécdota ilustra estas relaciones: siendo la guerra ofensiva la obsesión de Stalin, en una ocasión se quejó al mariscal de falta de tenacidad y agresividad en la dirección de las operaciones. Después de una bronca monumental, Zukov le ofreció la dimisión como jefe del Estado Mayor conjunto. «Sí —respondió Stalin—, es mejor que vayas al frente». De pronto, en uno de sus legendarios cambios de humor, Stalin sonrió y le dijo a su subordinado: «Camarada general, no te preocupes. Estas cosas pasan en las guerras. Tu carrera es todo un éxito. Ahora sentémonos y tomemos unas tazas de té». Hitler nunca hubiera reaccionado así.

Stalin, encerrado dentro de los muros del Kremlin, pero omnipresente en los tres sectores de Leningrado, Moscú y Stalingrado, se hizo cargo de todo, lleno de pasión y de rabia, y aunque se mostró dubitativo a veces, en otras actuó más dúctilmente. La guerra le enseñó a ser paciente y a atender en ocasiones el punto de vista de sus generales.

La entrevista entre Churchill y Stalin fue uno de los momentos más prodigiosos de la guerra. Churchill se disculpó por el pasado: «Usted sabe que yo les he sido muy hostil. Dirigí la intervención contra Rusia después de la I Guerra Mundial. Espero que me haya perdonado».

Stalin, el georgiano educado en el seminario ortodoxo de Tiflis, contestó: «Dios está para perdonar». En un punto se pusieron de acuerdo 2 hombres de caracteres tan diferentes: en la necesidad de derrotar a Hitler. Stalin perdería en la tarea más de 20 millones de personas.

A. J.

P.

Taylor recuerda que en las entrevistas que mantuvieron Churchill, Stalin y Roosevelt en Teherán (1943) y en Yalta (1945), las delegaciones norteamericana y británica estaban formadas por docenas y docenas de consejeros y ayudantes. A Stalin le bastaba con 2 o 3 porque él mismo se bastaba y se sobraba para discutir todos los problemas militares y políticos. «Se había convertido —según Taylor— en un estadista, entregado a los intereses de su país con un gran sentido de la responsabilidad». El embajador de Estados Unidos en Moscú durante gran parte de la guerra, Averell Harriman, afirmó que Stalin estaba mejor informado que Roosevelt, era más realista que Churchill, el más eficaz de los señores de la guerra. Hasta la conferencia de Potsdam, la relación entre Churchill y Stalin fue amistosa y hasta fluida; después se arruinó con la guerra fría. Como contó Churchill en la Universidad de Fulton en 1946, un telón de acero había caído sobre el continente.

Al sombrío personaje del Kremlin le gustaba gastar bromas y su especialidad era el humor negro. En una recepción diplomática llamó a uno de sus generales para susurrarle al oído: «Bulganin, traiga unas ametralladoras, vamos a fusilar a estos diplomáticos». Era una broma, una de sus bromas pesadas. Después de soltar una sonora carcajada, Stalin brindó por la paz y la prosperidad de todos los presentes.

La doctrina de nuestro tiempo

Hitler recibió una carta inquietante firmada por Mussolini. El *Duce*, de quien tanto aprendió en el pasado, se quejaba de las provocaciones de Grecia. Mussolini quería hacerse un hueco en la historia pero no sabía bien cómo encontrarlo, así que tanteó aquí y allá en busca de su propio espacio. «*Signos innumerables apuntan a que el fascismo es la doctrina de nuestro tiempo*», aseguró el *Duce*. Pero el fascismo, como el movimiento, se demuestra andando. Más que 2 filosofías o 2 sistemas coherentes desde el punto de vista político, económico y social, el fascismo y el nazismo dependían de la megalomanía de Hitler y Mussolini y de la histeria de millones de sus seguidores que les hicieron entrega de sus almas y conciencias. ¿Cómo puede explicarse que millones de europeos en su sano juicio se sometieran durante casi un cuarto de siglo al dictado de estos dos hombres?

Benito Mussolini, bautizado así por su padre en homenaje al líder mexicano Benito Juárez, fue el primero de los dictadores representativos del siglo XX, el que marcó la pauta. Lo expulsaron del seminario porque pegó a un compañero, despreciaba el olor a incienso de las iglesias, trató de pasar por profesor cuando sólo era maestro de una escuela elemental, fracasó como estudiante de violín (como Hitler fracasó con el piano) y se dedicó a escribir ensayos muy simples sobre literatura alemana. En 1902 falsificó un pasaporte para escapar del servicio militar y fue detenido en Lausana, Suiza, por mendigar en las calles, así como Hitler llegó a mendigar por las calles de Viena (al menos eso es lo que dijo para inventarse una leyenda de miseria). La dirigente socialista Angélica Balabanov escribió que el socialismo mussoliniano era sólo una pose y que lo que en realidad buscaba era, como Hitler, el reconocimiento de la sociedad y la revancha contra los que le negaban el genio. En definitiva, lo que buscaba era el poder, como el *Führer*. La entrada de Italia en la I Guerra Mundial del lado de los aliados en mayo de 1915 hizo que cambiase el socialismo por un violento nacionalismo revanchista. Sus ideas patrióticas las vertía en su periódico *Il Popolo d'Italia*, regalo de un grupo de hombres de negocios en pago a su traición ideológica.

Llegó a ser cabo, como Hitler, en la Gran Guerra. Pero mientras el *Führer* fue un soldado de infantería valiente y condecorado, a él le

dieron de baja por una herida que se hizo en unos ejercicios de lanzamiento de granadas. Más tarde se encargó de que corriera la voz de su bravura en combate: el ejército austriaco echaba a correr cada vez que sonaba su nombre en las trincheras. Se pasó el resto de la guerra en su despacho del periódico pidiendo a los demás el sacrificio de sus vidas por el «destino imperial» de Italia. En 1919 organizó, con un grupo de ex socialistas y de veteranos de guerra en el paro, el Fascio di Combattimento (unión para el combate), un popurrí de esquemas socialistas y retórica nacionalista. Al examinar este período de la historia de Italia, Robert Goldston recuerda en *The road between the wars* el curso violento que siguió el país desde su unificación hacia 1860, «siempre en pugna entre grupos antagónicos: entre ricos industriales y trabajadores hambrientos en el norte; entre terratenientes y campesinos pobres en el sur; entre la Iglesia Católica y el Gobierno italiano, que ha despojado al Papa de sus poderes seculares; entre bandas rivales de la mafia que controlan extensas zonas de Sicilia y Cerdeña. El anarquismo, socialismo, clericalismo, monarquismo, imperialismo y una larga colección de otros ismos defendidos con violencia hicieron que el estofado italiano bullera durante décadas».

Italia, que combatió bien en la I Guerra entre las nieves de sus fronteras alpinas, donde resultaron muertos 650.000 de sus soldados, fue derrotada en Caporetto (en la actual Eslovenia) y esperó recibir su recompensa por haber elegido el bando aliado. No sucedió así, ante la desesperación del primer ministro Vittorio Orlando, enfrentado en la Conferencia de París con el presidente Wilson. La frustración italiana se tradujo en la aparición de un nacionalista egomaníaco, poeta y aventurero llamado Gabriel D'Annunzio, que al mando de sus escuadristas, los «camisas negras», invadió el puerto de Fiume. La aventura de D'Annunzio no duró mucho, pero le sirvió de inspiración a Mussolini. Era lo que necesitaban los desempleados, los socialistas renegados, los capitalistas temerosos de los sindicatos y de la amenaza del Partido Comunista. Con el Fascio, Mussolini se inventó el Estado corporativo, el sindicato vertical que integraba a obreros, ejecutivos y propietarios. La respuesta del *Duce* a la violencia de la época no fue otra que la violencia con mano dura: era el llamado a poner orden, a restaurar el imperio de la ley fascista y, de paso, a refundar el imperio romano. La vida política italiana había degenerado en un fanático extremismo y en una guerra civil a pequeña escala. El fascismo, que, tras incrementarse el número de sus partidarios, accedió al Parlamento y consiguió el control de numerosos ayuntamientos, vio llegada su hora en octubre de 1922. En un mitin fascista en Napóles,

el *Duce* gritó: «O nos entregan el Gobierno o lo tomamos marchando sobre Roma». Después de marchar durante 2 horas con sus «camisas negras», un cansado Benito Mussolini se subió a un tren que le llevaría a la capital. El 30 de octubre, el rey Víctor Manuel, bajito y nervioso, le invitó a formar gobierno y ahí terminó la democracia parlamentaria: todo para el Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado. La Italia fascista pasó, como le gustaba a Nietzsche, a «vivir peligrosamente». También lo hizo la sociedad alemana de Hitler. Los propagandistas del régimen aseguraron que, por primera vez, los trenes italianos salían y llegaban puntualmente. Acabó con el paludismo. Las escuelas y las universidades se transformaron en centros de reclutamiento e instrucción de «camisas negras». La cuchilla de la censura cayó sobre los medios informativos. El programa de expansión de las fuerzas armadas hizo más ricos a los ricos, dio trabajo a los parados y seguridad a las clases medias. Si el *Duce* fabricaba armas era para hacer la guerra, para extender su imperio. «Necesito algunos millares de muertos para justificar mi presencia en la mesa de la paz —le había dicho al mariscal Graziani—. Que Italia aterrorice al mundo, en lugar de cautivarlo con su guitarra». George Orwell creyó que el período de la libre empresa y la democracia llegaba a su fin, de ahí la atracción que ejercían las soluciones extremas: fascismo o comunismo.

En el otoño-invierno de 1940, los generales italianos hablaban de tomar Grecia como quien habla de tomarse una taza de café. El *Duce* se sentía celoso del éxito militar de Hitler. Le preguntó a su jefe de Estado Mayor, el mariscal Badoglio, cuánto tiempo necesitaría para conquistar Grecia, y el duque de Adis Abeba le contestó que 20 divisiones y 3 meses. El *Duce* se decidió por la invasión de Grecia, que formaba parte de su área de influencia. Pero Badoglio no parecía de acuerdo con la apertura de las hostilidades: la climatología adversa y los problemas logísticos eran irremontables. Mussolini amenazó con destituir al mariscal: «Los italianos no temen a los griegos», afirmó. No había más que hablar. Tan sólo faltaba un pequeño detalle: la aquiescencia de Hitler, que había salido decepcionado de su entrevista con Franco en Hendaya, ya que el general español le pidió gran parte del norte de Africa a cambio de entrar en la guerra. «La noticia de la inminente declaración de guerra de Italia a Grecia nos transmitió el mismo calor que el nevado paisaje a través del cual nos dirigíamos en tren hacia Italia», escribió el intérprete de Ribbentrop e Hitler, Paul Schmidt en *Europa entre bastidores*. Cuando el tren del *Führer* llegó a la estación de Florencia, engalanada a lo grande, Mussolini tenía noticias frescas que comunicarle: «*Führer*, mis tropas han entrado

victoriosamente en Grecia a las 6 de la mañana». El rostro de Hitler reflejó disgusto, por lo que el *Duce* trató de tranquilizarle: «No se preocupe, dentro de 15 días habrá terminado todo».

15 días después, el ejército italiano mordía la nieve en Grecia. Una vez más, el *Duce* dependía de la «limosna» alemana. El general Papagos llevó la guerra a su terreno, la montaña. Mientras tanto, las tropas británicas desembarcaban en Grecia. Los italianos entraron por Albania cantando su himno *Giovinezza*, pero se toparon con los guerrilleros griegos, mal armados pero conocedores del paisaje que pisaban y entrenados para las bajas temperaturas. El general Metaxas destrozó las divisiones italianas una a una. En eso quedaron las bravatas del *Duce*. «Vamos a acabar con los griegos y no necesitamos ninguna ayuda para hacerlo». Claro que la necesitarían, como siempre.

El 29 de enero moría de leucemia el dictador Metaxas, el germanófilo que esperaba la mediación alemana para desalojar a los italianos. Desaparecía así el último obstáculo que veía Churchill para poner en marcha su plan balcánico: sesenta divisiones desde el Egeo hasta el Danubio armadas hasta las muelas por los ingleses. Pero el miedo a Alemania causaba estragos. Hitler necesitaba proteger su flanco meridional, los Balcanes. Ya tenía a los búlgaros y a los húngaros y rumanos en su órbita, y tan sólo le faltaba Yugoslavia. La firma de un pacto tripartito entre el príncipe regente Pablo y Alemania provocó un golpe de estado en Atenas patrocinado por los enemigos del acuerdo con Hitler, era la disculpa para la guerra. Como era habitual, Goebbels preparó el terreno para la invasión: los griegos, aliados de los ingleses, atacaron a los residentes alemanes y organizaron manifestaciones contra Hitler. A las 5.15 del 6 de abril de 1941, 650.000 soldados alemanes, 20 divisiones y un millar de aviones invadieron Grecia. Hitler, después de pensar en von Kluge, puso al frente de esas tropas a un suabo, el mariscal List: «Los Balcanes son montañosos —dijo el *Führer*—, necesitamos a un montañero». 44 divisiones italianas y alemanas eran demasiadas para el minúsculo ejército griego. Con su asalto a Grecia y Yugoslavia, Hitler sacaba del aprieto a Mussolini y consolidaba sus posiciones en el flanco Sur antes del ataque a Rusia.

LAS TERMÓPILAS

Hitler conquistó Yugoslavia en 11 días, pero quedaban Tito y sus partisanos para librar una guerra subcutánea, de hostigamiento, de ataque y retirada. Los serbios de Belgrado creían haber resuelto el

problema con el golpe de palacio, ejecutado sin una gota de sangre, y con el envío al exilio del príncipe Pablo. Orgullosos, rústicos, románticos y belicosos, cantaban el himno *O Serbio* y rememoraban la derrota del Campo de los Mirlos en Kosovo, donde fueron derrotados por los musulmanes, cuando se vieron obligados a echarse al monte por la invasión alemana. El bombardeo de Belgrado fue uno de los más feroces que se recuerdan. En cuanto a los griegos, la irrupción de la punta de lanza de la *Wehrmacht* desde el Norte y el Este el mismo día de la invasión de Yugoslavia vino a complicar sus planes defensivos. De nada sirvió el gesto de Churchill de enviar a 56.657 soldados australianos y neozelandeses para echar una mano a los griegos. Eran más necesarios en el norte de África.

En el desfiladero de las Termopilas, ya convertido en llanura, he visto algunas lápidas dedicadas a los soldados británicos, australianos y griegos que contuvieron allí el arrollador avance de la división motorizada de las
SS
; su resistencia permitió a los aliados el repliegue hacia la capital. Al ejército británico tan sólo le quedaba la salida de un segundo Dunquerque: la evacuación hacia Creta y Egipto. La guerra relámpago en Grecia y Yugoslavia aplazó la «operación Barbarroja», la invasión de la URSS. A los yugoslavos, «esa camarilla criminal y perjura» que osó dar un golpe de Estado tras la firma del pacto con Berlín, les ocurrió lo mismo que a los polacos en 1939: subestimaron al enemigo, creyeron en exceso en sus fuerzas militares y trataron de cubrir todos los frentes. Sus aviones no contaban, eran un montón de chatarra. La Luftwaffe destruyó en tierra los pocos aviones yugoslavos en condiciones de volar. Yugoslavia, una creación artificial, se descoyuntó: Croacia se separó de Belgrado, se alió con Hitler y se puso a matar serbios a discreción. Era la limpieza étnica de los fascistas croatas de Ante Pavelic, que iría a morir en un convento español, como inspirador y cabeza del genocidio serbio y judío. En 11 días hicieron trescientos cuarenta y cuatro mil prisioneros serbios. Fue la menos costosa de las victorias alemanas: 151 muertos, 15 desaparecidos y 392 heridos.

En Grecia, los primeros embates de la Wehrmacht se estrellaron contra la Línea Metaxas, pero por poco tiempo porque el general Veier rompió la línea defensiva. Papagos autorizó a los sitiados a que capitulasen ante los alemanes. Hitler, en un gesto raro en él, felicitó a los vencidos: «Sois —dijo— los únicos que habéis aguantado bajo los Stukas». La evacuación de los británicos y los *anzacs* (tropas australianas y neozelandesas) fue un calvario bajo la nieve y la lluvia,

sobre carreteras impracticables con la Luftwaffe siempre sobre sus cabezas. Winston Churchill respondió con hipocresía a la leal y valiente actitud de los griegos: «No podemos quedarnos en Grecia contra la voluntad de los griegos». Echó la culpa a todos: al mando helénico, a la descomposición de su ejército, a la ruptura del frente yugoslavo… a todos salvo a sí mismo. Su decisión fue un desastre desde todos los puntos de vista. Ya se sabía que la intromisión de decisiones políticas en las militares —el envío de tropas a Grecia lo fue—, no haría sino complicar las cosas. En el sálvese el que pueda del nuevo Dunquerque en los puertos griegos, siete cruceros, veinte destructores y una serie de embarcaciones de fortuna cargaron con los 55.000 soldados británicos, australianos y neozelandeses en fuga. Menos mal que fueron noches sin luna: los ingleses destruyeron todo su material, desde la artillería hasta los depósitos de gasolina. Al amparo de la oscuridad, soldados ingleses y *anzacs* lograron embarcar en los buques que los esperaban con todas las luces apagadas en la costa meridional helénica. El rey Jorge de los griegos había huido a la isla de Creta en un avión de la RAF. Así terminó la excursión arqueológica de los ingleses en el Peloponeso, Tebas, Delfos, Corinto, Micenas, Argos, Esparta… La cruz gamada ondeaba sobre la Acrópolis de Atenas. Al león británico tan sólo le quedaba una guarida en el continente: el peñón de Gibraltar. Había perdido la Grecia continental y estaba a punto de perder la insular. Los alemanes iban a invadir Creta desde el aire. La operación no le acababa de hacer feliz a Hitler, pero el general de los paracaidistas, Kurt Student, le convenció de que sería una empresa rápida y brillante. En 8 días alejaría a los bombarderos británicos del petróleo rumano, aseguraría la protección de los Balcanes y consolidaría el dominio aéreo alemán en el Mediterráneo. Para Hitler, la prisa era la clave de la invasión desde el aire: todos sus efectivos debían estar a punto cuando sonara el clarinazo de la «operación Barbarroja».

El cielo más azul del mundo esperaba a los aviones alemanes sobre la vertical de Creta aquella despejada mañana del 20 de mayo de 1941. El brigadier de la defensa británica de la isla, Howard Kippenberger, refunfuñaba sobre la calidad de su *porridge* (copos de avena hervidos en agua o leche) cuando uno de sus ayudantes llegó casi sin aliento al comedor en el que desayunaba: «Señor, acabo de ver cuatro planeadores sobre mi cabeza». «A las armas —ordenó el brigadier—. Tráiganme el rifle y los prismáticos». «Mientras corría hacia mi cuartel general por la carretera de la cárcel, los paracaidistas alemanes descendían sobre el valle», relató el ayudante. Con ellos saltaba el ex campeón de boxeo de los pesos pesados, Max Schmeling.

Con prontitud, los alemanes se organizaron en compañías, en batallones y regimientos. El coronel Robert Laycock contó en sus *Memorias* que se hallaba sentado en su cuartel general, situado en una colina, viendo cómo los Stukas atacaban las posiciones vecinas: «Me volví hacia mi jefe de enlace, el escritor católico Evelyn Waugh, y le dije: “No puedo dejar de admirar la precisión con la que los alemanes hacen las cosas”. “Sí —me respondió el autor de *Fechoría negra*—. Pero, como todo lo teutónico, esa precisión no llegará muy lejos”».

Nada pudo hacer la RAF para detener las oleadas de planeadoras y aviones de transporte que vomitaban miles de paracaidistas sobre la montañosa isla en la que Icaro se lanzó al vacío con alas fabricadas de cera y plumas. El sol fundió la cera e Icaro se precipitó en el mar como ocurrió con muchos alemanes enredados en sus paracaídas. Creta era el paso estratégico que protegía la ruta de las Indias Orientales, Palestina y Egipto. Bastaba con que los paracaidistas alemanes tomaran los tres aeropuertos de la isla y la capital para decidir la batalla y la ocupación de Creta. La precisión alemana cometió algunos fallos (la dispersión de los paracaidistas en su salto fue excesiva), pero la superioridad de los invasores era apabullante. Los alemanes sufrieron gran número de bajas. Fue una batalla que terminó en tablas. Los soldados de Hitler recibieron en su descenso un nutrido fuego de ametralladora. Algunos cayeron al mar y murieron ahogados, otros quedaron colgados de los árboles. Los campesinos cretenses los degollaban con sus navajas cabriteras. El general neozelandés Bernard Freyberg, viejo amigo de Churchill, condecorado con la Cruz Victoria por sus hazañas y sus 27 heridas en la I Guerra Mundial, se hallaba al mando de la guarnición de la isla. A Finales de mayo se vio desbordado por todas partes: «Siento informarle —decía en su mensaje al general Wawell— de que las tropas a mi mando han llegado al límite de sus fuerzas». Pero también los alemanes pagaron cara la invasión aerotransportada: sufrieron entre 15.000 y 17.000 bajas y perdieron 160 aviones. Estas pérdidas impresionaron a Hitler: nunca más lo volvería a intentar por esa vía. Al condecorar a Student con la Cruz de Caballero, su *Führer* no pudo evitar decirle: «Creta ha demostrado que los días gloriosos de los paracaidistas han terminado. Su utilización exige un efecto de sorpresa que ya no es posible». No lo sería para Alemania, pero sí para Inglaterra y Estados Unidos.

Capítulo diez

Una cancion de otoño

Son las 12 y media de una noche de lobos, fría y ventosa de junio en la aldea de Sainte-Mére-Eglise, en Normandía, Francia. Desde la ventana de su casa, la señora Levrault, de 60 años, en camisón y dispuesta ya a refugiarse en la cama, observa cómo una gigantesca flor cae sobre su jardín desde el cielo. La buena mujer, intrigada, desafía el mal tiempo y sale al exterior: la extraña flor es un paracaídas verde y caqui de las fuerzas norteamericanas. De las cintas, en actitud más bien ridicula, cuelga el soldado Robert Murphy de la 82 División Aerotransportada. Tiene 20 años, mucha suerte y un grillo de metal en la mano que hace *clic-clac*. El viento no lo ha barrido, como a muchos de sus compañeros, lejos del objetivo previsto. Murphy, hoy próspero abogado en Massachussets, coloca el dedo índice sobre los labios de la señora Levrault para que guarde silencio. El martes 6 de junio de 1944, a las 00.20 horas, su compañía ha sido lanzada en el área de Cherburgo. El desembarco aliado comienza sobre el «muro del Atlántico», uno de los orgullos de Hitler. El *Führer* duerme a esa hora, drogado, en el castillo de Berchtesgaden. Ha dado orden de que no se le despierte. Va a ser el día más largo de la historia contemporánea, la «*operación Overlord*».

La señal son los 2 primeros versos del poema de Verlaine *Canción de otoño*. La radio transmite el mensaje a la resistencia francesa: «*Los largos sollozos de los violines de otoño*». Es el primer aviso. El segundo es definitivo: «*hieren mi corazón con monótona languidez*». Los servicios de radio alemanes lo interceptan pero, inexplicablemente, no se da la voz de alerta. El desembarco de la armada más potente jamás puesta en pie por el hombre va a comenzar. ¿Por qué en Normandía? Es el lugar más lógico. El general Eisenhower, jefe del Estado Mayor conjunto, necesita un puerto próximo a Inglaterra desde el que puedan llegar el aprovisionamiento, los pertrechos, los refuerzos y las tropas de refresco. Los preparativos han sido largos y minuciosos. Se hablaba de la invasión desde hacía 4 años, pero faltaba por decidir el dónde y el cuándo. El general Patton, siempre impaciente, era partidario del desembarco en el Paso de Calais, el camino más corto hacia el corazón de Alemania. Pero en Normandía las defensas alemanas eran más débiles.

La operación de desembarco en las playas de Normandía estaba prevista para el verano de 1943. En Londres, en el Comité de los Jefes

de Estado Mayor aliados, la habían inscrito George Marshall y *sir*John Dill, allá por abril de 1942. Su nombre: «Round-up». Pero no convenía precipitar los acontecimientos. Antes, por razones de eficacia, prudencia y seguridad se hacía necesario liquidar a Rommel en el norte de Africa y establecer una cabeza de puente en Sicilia. Después vendría el «inexpugnable muro del Atlántico». Franklin
D.
Roosevelt lo anunció así: «*El poder de Alemania tiene que ser aniquilado en los campos de batalla de Europa*». Pero no convenía retrasar demasiado la operación de desembarco, entre otras razones porque a Churchill le interesaba cortar la ruta de Europa central al ejército soviético y adelantarse a su llegada a Sofía, Bucarest, Praga, Berlín o incluso Varsovia. El plan de la contraofensiva se cumplía dentro de las previsiones: los aliados entraban en Nápoles y tomaban el camino de Roma. Para entonces, Stalin amenazaba al corazón de Alemania. ¿Qué sería antes, Alemania o el Pacífico? Alemania, la *herzland* (el corazón del territorio).

Lo esencial entonces era trazar el plan definitivo. La operación sería la «Overlord» y el lugar elegido las costas normandas por la proximidad con Inglaterra y porque los alemanes esperarían el asalto de la máquina de guerra aliada entre Amberes y El Havre. Stalin recibió por fin la información que esperaba de sus aliados. El 2º frente se abriría en torno al 1 de mayo de 1944. El general Eisenhower sería el comandante supremo de las fuerzas aliadas en Europa. «Ike» contaba 54 años. Era el delfín de Marshall y había demostrado preparación para el mando y capacidad diplomática. Su hoja de servicios no era muy abultada, pero el general tenía otras virtudes como la generosidad de espíritu, por ejemplo. Un historiador le ha definido como «un hombre de estado militar», partidario más de convencer que de ordenar y mandar. Todo un éxito personal, si tenemos en cuenta que Eisenhower era tan sólo teniente coronel en 1940. Hasta entonces no había escuchado un solo tiro en un campo de batalla. Su primera tarea consistió en acantonar hombres y material en el sur de Inglaterra; desde allí darían el salto hacia las 5 playas de Normandía. La habilidad de «Ike» consistía en coordinar las operaciones entre 2 pueblos «separados por el mismo idioma», como decía Bernard Shaw. La orden que recibió Eisenhower de los jefes del Estado Mayor conjunto (Estados Unidos y Gran Bretaña) fue ésta: «Penetrará usted en el continente europeo y, junto con el resto de las fuerzas aliadas, llevará a cabo las operaciones, cuyo objetivo será la marcha hacia el corazón de Alemania y la destrucción de sus fuerzas armadas». La misión de «Ike» consistía en poner en pie de guerra a

través de la «operación Bolero» a 2.876.439 hombres, 10.000 barcos de diverso tonelaje, 700 navios de guerra y 18.000 aviones de combate. Hacía dos años que Estados Unidos enviaba todos los meses 750.000 toneladas de material para abastecer a ese gigantesco ejército. Los muelles estaban hasta los topes. El sur de Inglaterra era, más que un país, un arsenal; su mar, un océano de barcos de guerra; las verdes colinas, un inmenso campamento de instrucción. Cientos de miles de soldados hacían ejercicios gimnásticos y de tiro, recibían clases de táctica y estrategia, saltaban parapetos, se arrastraban entre alambradas y aprendían a desactivar minas.

Eisenhower escribió en su libro *Cruzada en Europa:* «Aquel poderoso ejército estaba tenso como un resorte apretado, y esto es exactamente lo que era: un gran resorte humano, tenso, a la espera de que llegase el momento de liberar su energía y saltar el Canal de la Mancha, en el mayor ataque anfibio intentado hasta entonces». La «operación Overlord» permitiría rodear Alemania desde el Este con el ataque de 5 o 6 millones de soldados rusos, y desde el Oeste con el envío de 30 millones de toneladas de material. El escenario en el sur de Inglaterra fue descrito por el futuro Nobel John Steinbeck en sus crónicas como corresponsal de guerra del *New York Herald Tribuner*. «Los soldados en las dársenas están sentados sobre sus equipos. Los hombres, con sus cascos puestos, parecen todos iguales y dan la sensación de hileras de hongos. Tienen los rifles apoyados en las rodillas. No poseen identidad, ni personalidad siquiera. Son, sencillamente, unidades de ese conjunto que es el ejército. Los números de sus cascos son, más o menos, como los números de patente de los robots».

LA AVIACIÓN

La aviación desempeñaría un papel decisivo, aunque con lentitud. No existía coordinación entre aire y tierra. Su misión era transportar 3 divisiones hasta Normandía, cortar las rutas y las líneas logísticas del enemigo y aislar a las defensas de costa. Después, 2 divisiones norteamericanas, 2 británicas y una canadiense pondrían pie en las playas desde las lanchas de desembarco, en una línea de costa de 100 kilómetros situada entre Cherburgo y Caen. Un general de aviación norteamericano de origen español, «Pete». Quesada, de 38 años, soltero, impulsivo y valiente, fue el primero en conocer la realidad del combate en tierra, siempre cerca de la infantería. Fue un aviador heterodoxo que paseó a Eisenhower a bordo de su Mustang por el

teatro de operaciones hasta que se dio cuenta de su osadía y regresó a la base. Los dos, Quesada y el comandante supremo, recibieron una severa reprimenda de Washington.

De las 5 cabezas de playa, 2 se adjudicaron al Primer Cuerpo de Ejército del general norteamericano Ornar Bradley; las otras tres, al Segundo Cuerpo de Ejército Británico a las órdenes de
M.
C. Dempsey. El general Bernard Montgomery se puso al frente de las 5 divisiones y, a su vez, dependía de «Ike». Eisenhower. Al Oeste, una playa a 10 kilómetros de Sainte-Mére-Eglise llamada en clave «Utah» sería el objetivo de la Cuarta División de Infantería de Estados Unidos. Luego enlazaría con la 82 y la 101, las 2 divisiones aerotransportadas lanzadas la noche del 5 al 6 de junio. Al Este, una playa de 8 kilómetros entre Vierville y Colleville, con el nombre en clave «Omaha», estaba destinada a los hombres de la 1 y la 29 divisiones de infantería. Sería allí donde se produciría el baño de sangre. Más al Este quedaban 3 playas británicas: «Gold», responsabilidad de la 50 División de Infantería Británica; «Juno», a la que daría asalto la 3 División Canadiense; y «Sword», que sería para los «azules» de la 3 División Británica. A estas divisiones les seguirán otras siete.

En los días finales de mayo, la aviación aliada había cumplido su misión en territorio francés al norte del río Loira: la destrucción de los nudos ferroviarios, de los puentes y el acoso a los convoyes alemanes. La resistencia, en la que unos 12.000 republicanos españoles desempeñaban un importante papel, había hecho el resto. El general Montgomery recibió los partes de la fuerza aérea, el reconocimiento fotográfico. «Monty» no dejaba nada a la improvisación. Soldado de una vanidad sin límites, se pavoneaba de su victoria en El Alamein, producto de su paciencia metódica pero también de una aplastante superioridad de medios. Era el hombre de las batallas convencionales. Más preocupado de no perder la batalla que de ganarla. Era solitario y quisquilloso y sólo creía en una preparación cuidadosa concebida en la comodidad intelectual de las oficinas y de los reglamentos. No le gustaba correr el menor riesgo y organizaba muy bien las batallas, sabía elegir a sus subordinados y motivar a la tropa.

La «operación Overlord», un *bulldozer* sobre el «muro del Atlántico» en dirección al Ruhr, respondía a los esquemas de Eisenhower y Montgomery, era un plan robusto y seguro, «pero también un plan de intendentes, de contables —como escribió uno de los que la vivieron, Jean Pouget—, estrecho, falto de imaginación, una ecuación en la que todo está previsto». La luna sería la que fijase la fecha del desembarco. Según el calendario, los 3 días favorables eran el 5, el 6 y el 7 de

junio, días de grandes mareas y luna llena. Mientras tanto, al acercarse el «Día D», las medidas de precaución crecían al sur de Inglaterra. Se suspendió por unos días el correo y se anularon los pases en el perímetro de la zona militarizada. Al mismo tiempo, se tomaron medidas para engañar al enemigo con falsos mensajes por radio y equívocos preparativos en Dover sobre las intenciones aliadas. Había que hacerles creer que el desembarco se produciría en otros puntos entre España y los Países Bajos; por ejemplo, en el paso de Calais, que era una franja elegida entre Caen y Cherburgo. Churchill, en plena depresión por la incertidumbre de la «operación Overlord» y las querellas entre los señores de la guerra británicos y norteamericanos, pensaba en un desembarco aliado en Portugal. La guerra era una «confusión organizada». La incógnita, el gran quebradero de cabeza para Eisenhower, se centraba en el clima en la zona del canal, que resultaba imprevisible, variable y movido, y que imponía una navegación difícil en mareas profundas. Después, el estado de las fortificaciones. Lo que Goebbels llamó el «inexpugnable muro del Atlántico», desde la frontera española a Holanda «imposible de perforar», era en realidad una irregular sucesión de reductos con enormes distancias entre unos y otros. Los nazis contaban con escasos recursos humanos para cubrir un frente tan prolongado. En esta primera línea no formaban ya los héroes de la Wehrmacht, en retirada en numerosos frentes, sino soldados jóvenes o muy viejos y una recluta improvisada de franceses, rusos o polacos y trabajadores forzosos de otras nacionalidades, incorporados a toda prisa al esfuerzo de guerra. El peor problema para los alemanes era, sin embargo, la falta de buques y aviones. Los aliados eran los dueños del aire semanas antes de la primera oleada. Este dominio absoluto del cielo les iba a permitir atacar sin oposición las líneas de aprovisionamiento del ejército alemán. Hitler prometió mil cazas para el día de la esperada invasión, otra de sus vanas promesas. Eso sí, necesitaba al hombre adecuado para hacer frente a la invasión. Una vez más, en el momento crítico recurrió a Erwin Rommel por su audacia, astucia y facultad de improvisación.

Rommel estudió el mapa de los bombardeos aliados y descubrió que trataban de aislar a Normandía del resto de Francia. Rundstedt, por el contrario, defendió la concentración de las fuerzas blindadas de la reserva en torno a París. Rommel sospechaba que Eisenhower atacaría por Normandía. No contó con los mil cazas para el día prometido por Hitler, quien tampoco le envió a El Alamein la gasolina y los carros que le había anunciado, pero era partidario de acumular las reservas y depósitos de combustible cerca de las playas normandas.

Su previsión daría en el blanco: «Esta guerra —afirmó Rommel— se ganará o se perderá en las playas. Las primeras 24 horas serán decisivas». Sin embargo, por un mal cálculo, para ese día sus meteorólogos anunciaban galerna en el canal, el «Zorro del Desierto» se tomó unos días de permiso en Henllingen, la casa familiar, con objeto de asistir al cumpleaños de su mujer. Luego había previsto entrevistarse con Hitler en su «Nido de Aguilas». El ex comandante del Afrika Korps contaba con el Cuerpo de Ejército B, cerca de medio millón de hombres para 1300 kilómetros de costa, desde el Golfo de Vizcaya hasta los Países Bajos. Los nazis no hicieron caso a Federico el Grande: «El que quiere defenderlo todo termina por no defender nada».

Al alto mando alemán no le cabían muchas dudas —aunque la opinión de los historiadores se divide aquí— sobre el lugar en el que se concentraría el asalto. El 23 de mayo de 1944, la Abwehr, el servicio de espionaje del ejército alemán, envió un detallado informe sobre el embarque de material y movimiento de tropas en Portsmouth y Southampton, así como en la isla de Wight. Pero, esta vez, Hitler se inclinó hacia la hipótesis de Normandía, aunque insistía en que el desembarco se produciría, sobre todo, en el paso de Calais. Eso era lo que le había hecho creer el M15 británico a través del más famoso agente doble de la II Guerra Mundial, el catalán Juan Pujol, alias «Garbo». Por eso mantuvo a las reservas móviles del mariscal Rundstedt en la retaguardia sin decidirse por reforzar a fondo ninguno de los 2 frentes. Por su parte, Rommel hizo lo que pudo: con más imaginación que medios, minó las playas, el litoral, reforzando las casamatas donde asomaban los cañones; colocó obstáculos y estacas, los famosos «espárragos de Rommel», para evitar la aproximación de lanchas de desembarco; cerró las playas con alambre de espino, con defensas antitanque; y colocó ametralladoras no lejos de los rompientes, en los acantilados.

Al otro lado, todo estaba previsto para el 5 de junio. En el puesto de mando del general Eisenhower se convocó una vez más al capitán Stagg, jefe del Servicio de Meteorología. En el exterior bramaba la tormenta y, por eso, el comandante supremo hizo regresar a los buques que habían zarpado rumbo a la otra orilla. El capitán escocés pronosticó una mejoría del tiempo «que se iniciará en las últimas horas del 5 de junio y que durará hasta la mañana del día siguiente, con disminución en la velocidad del viento y algunos claros en las nubes». Eisenhower se acariciaba la barbilla acodado sobre los mapas. El general de brigada Bedell Smith contó la escena al profesor Louis Snyder: «El silencio duró 5 minutos completos. Hasta entonces, yo

nunca había comprendido la soledad y el aislamiento que puede experimentar un jefe en el momento de adoptar una decisión tan trascendental. Tenso, pensativo, se sentó en el sofá ante la librería que ocupaba al fondo de la sala, sopesaba los pros y los contras. Finalmente, levantó la mirada y la tensión desapareció de su rostro cuando dijo animosamente: “
O.
K. Adelante”. Va a empezar el día más largo».

POR EL IMPERIO HACIA DIOS

En España, a comienzos de aquel mes de junio de 1944, las audiencias del jefe de Estado, la Fiesta de la Banderita y las victorias sobre el maquis ocupaban las primeras páginas de los diarios. En los vespertinos del día 6 se leía a toda página: «Ha comenzado la invasión de Europa». Entre anuncios de «Colorete Rubor» o «Electrociclos Orbea», se publicaban artículos sobre la inminente invasión. En el *ABC* de Madrid, Luis de Azcárraga escribía el 3 de junio: «La hora H del día D, en que comienza la batalla más gigantesca de la historia, acaso ha sonado ya. El final no es más que uno, la decisión de la guerra en Europa». La renta nacional seguía muy por debajo de la del año 1935. Sección Femenina, Cara al Sol y Valle de los Caídos. Volverán banderas victoriosas… Tabaco de picadura, hambre, teatro de Benavente y cine de Cifesa y Cesáreo González, Franco de cacería, Franco a bordo del *Azor*. Por el imperio hacia Dios. Familia, sindicato y municipio. El piojo verde. «España —escribe Francisco Umbral— olía a victoria y oficialismo. El *Pascual Duarte* de Cela huele a España negra y derrota».

Dos días antes, el jueves 1 de junio, el *Informaciones* insertaba un artículo titulado «En la colosal Muralla del Atlántico todo está previsto». Los periódicos daban cuenta de la reaparición de Lola Flores junto a Manolo Caracol en el teatro Fuencarral. Se celebraban festivales de ayuda a los comedores infantiles con la presencia de las cámaras del NO-DO. El Sevilla
C.
F. se enfrentaba al Atlético de Aviación y los lectores buscaban con avidez las listas de la Lotería Nacional. Se acababa de estrenar la película *Lecciones de buen amor*, dirigida por Rafael Gil con argumento y diálogos de Jacinto Benavente. Se escuchaban canciones de Concha Piquer y Celia Gámez, uno de cuyos *boys* se llamaba José Manuel Lara, editor de este libro. La moral de la época impedía el baile al estilo

«agarrao». La censura: «El artículo de la 15, el titular, sólo a dos columnas, no a cuatro».

Con el apoyo de una imagen sonriente de Robert Taylor y Vivien Leigh, una marca de dentífrico se anunciaba así: «Dientes. ¡Conquista! ¿Qué sería de los artistas con los dientes mal cuidados? Cuídese los suyos con Dentichlor». España contaba algo más de 26 millones de habitantes, todos ellos convertidos por obra y gracia del régimen en «la espada y el brazo de Dios». Franco, Falange, el maquis, el estraperlo, el gasógeno alimentado de leña y carbón, la mugre, la tuberculosis, arquitectura de Regiones Devastadas, cartillas de racionamiento. Manolete, nitrato de Chile, Carmen Laforet (que ganó el Premio Nadal con su novela *Nada)*, el Athletic de Bilbao (que se proclama campeón de Copa en Montjuic con goles de Zarra y Escudero), sale a la calle el primer número de la revista *¡Hola*!y el primer ejemplar de *El Coyote*, la historia del bandido generoso; en la moda mandan las faldas cortas, los hombros altos y los talles marcados: la época topolino. Cine de teléfonos blancos, penicilina de estraperlo y cócteles exóticos en Chicote. Franco, que prometió el envío de «un millón de bayonetas para defender Berlín», no tardará en retirar la foto de Hitler de la mesa de su despacho.

BUENA SUERTE

El martes 6 de junio, el locutor lee por radio la orden del día del comandante en jefe Eisenhower:

> «Soldados, marineros y aviadores de las fuerzas expedicionarias aliadas, os disponéis a participar en una gran cruzada, cuyos preparativos nos han ocupado durante muchos meses. Las esperanzas y las oraciones de los pueblos que en todo el mundo aman la libertad, os acompañan. Junto con nuestros valerosos aliados y hermanos de armas de los otros frentes, conseguiréis la destrucción de la máquina de guerra alemana, la eliminación de la tiranía nazi que pesa sobre los pueblos oprimidos de Europa y la seguridad para vosotros en un mundo libre. Vuestra tarea no será fácil. El enemigo está bien adiestrado, perfectamente equipado y endurecido por cien batallas. Combatirá y luchará ferozmente. Pero en este año de 1944 han pasado muchas cosas desde los triunfos nazis de 1940 y 1941. La marea retrocede. Los hombres libres del mundo avanzan juntos hacia la victoria. Tengo plena confianza en vuestro valor, vuestra devoción por el deber y vuestras dotes combativas. Unicamente nos conformaremos con la victoria total».

En previsión de la derrota, Eisenhower redacta otro mensaje, que espera no utilizar, en el que justifica la eventual retirada de Francia de las fuerzas aliadas debido a la resistencia enemiga.

«Buena suerte —concluye— y pidamos al Todopoderoso que otorgue sus bendiciones a esta empresa grande y noble». A medianoche, la poderosa máquina de guerra se ha puesto en marcha por mar y aire. A las 10 de la mañana, el presidente Roosevelt se dirige al país: «Conciudadanos, en esta hora decisiva os pido que unáis vuestras oraciones a las mías…». La armada de los aliados se ha puesto ya en marcha con dirección a las playas de Normandía. «Si los alemanes hubieran utilizado las bombas volantes VI seis meses antes y las hubieran concentrado sobre los puertos de Portsmouth-Southampton, hubiéramos tenido que borrar de nuestros planes la "operación Overlord"», escribiría Eisenhower en su diario. Pero el ataque de las VI alemanas, el arma secreta de Hitler, comenzaría 7 días después, el 13 de junio. Eisenhower lloró cuando vio partir a sus hombres.

Los primeros paracaidistas de la 82 y la 101 divisiones, entre ellos Robert Murphy, caído sobre el jardín de la señora Levrault, han saltado ya entre Sante-Mére-Eglise y Carentin. Los alemanes retiran a la Luftwaffe, debilitada, a las bases en torno a París. No hay resistencia aérea frente a los 5000 cazas aliados que ametrallan las defensas costeras y bombardean los objetivos militares: puentes y líneas de ferrocarril. Es la primera vez que una presión aeronaval semejante se efectúa en la zona de Normandía. El efecto de terror es inmediato. La «Hora H» se retrasa 65 minutos en función de las mareas. El asalto principal se da a las 7 de la mañana. Todo está medido pero, como ocurre en tantas batallas, el desarrollo de los hechos apenas responde al guión. «El desembarco del 6 de junio fue una mezcla de tragedia y comedia —escribe Pouget—, de suerte o de decepciones inesperadas, de errores felices y de obediencias nefastas». Liddell Hart describe Normandía como una operación «que discurrió de acuerdo con el plan, pero no con el horario previsto».

DESASTRE

En la playa «Omaha», la infantería norteamericana recibió un diluvio de fuego, iba a producirse el desastre. La corriente arrastró los lanchones de desembarco. Los soldados se marearon y los ingenieros sólo lograron abrir 6 vías de acceso no balizadas. Ni la preparación artillera naval ni los bombardeos aéreos acertaron a acallar las bocas

de fuego de la costa. De los 29 carros anfibios que salieron de puerto, sólo 2 alcanzaron la orilla. Después de 3.000 bajas —con más de un millar de muertos—, ya por la tarde, los norteamericanos lograron por fin tomar la cabeza de playa. No fue un camino de rosas. Los aliados necesitaron 3 días para conquistar los 100 kilómetros cuadrados que habían previsto ocupar al anochecer del «Día D».

En «Omaha», de 8 kilómetros de extensión, la catástrofe rondó desde el primer momento a las 2 divisiones norteamericanas. La respuesta fue muy desigual. En la playa «Utah» tan sólo 12 soldados de Eisenhower murieron en las 24 primeras horas; pero 16 kilómetros al Este, la suerte de las tropas de «Omaha» fue muy distinta. Sobre el papel era la menos vulnerable, la más difícil y abrupta, con excelentes posiciones defensivas del enemigo y sólo 2 vías de escape. Lo que no descubrieron los servicios aliados de inteligencia, tan eficaces frente a la pasividad o incompetencia del espionaje alemán, era que la 352 División de Choque había sido trasladada a «Omaha» días antes y en secreto. Al mediodía, los cuerpos de los infantes de la brillante 1ª división norteamericana flotaban sobre la playa o colgaban de los alambres de espino. Desde sus posiciones, los soldados alemanes disparaban a los supervivientes del desastre con sus armas automáticas. Hacia las 13.00 horas, el almirante Kirk, comandante naval norteamericano, movió sus destructores con rapidez y concentró el fuego sobre los contrafuertes alemanes. Al mismo tiempo, y por fortuna, la 352 División alemana se quedó corta de munición y los bombarderos aliados acertaron por fin a cortar las líneas de abastecimiento. Pero el resultado del ataque fue espeluznante: 3.900 muertos, heridos y desaparecidos para una penetración de poco más de kilómetro y medio. Robert Capa, quizás el mejor fotógrafo de combate de la historia, escribió luego: «Trasladaron a los heridos graves en medio de una mar gruesa. Aquello no era tarea fácil. Dejé de sacar fotos. Estaba ocupado levantando camillas».

¿A quién culpar por la relativa derrota de «Omaha»? ¿A los servicios de inteligencia? ¿A la excesiva prudencia de los jefes militares norteamericanos? ¿A la negativa del general Bradley de disponer de las fuerzas blindadas especializadas que le había ofrecido Montgomery? ¿Al comandante que abrió las compuertas de los lanchones de desembarco demasiado lejos de la playa, en medio de una mar gruesa? La polémica en este sentido no se ha agotado todavía, pero el desembarco demostró la distinta concepción que de la utilización de los hombres tenían norteamericanos y europeos. El ejército de Bradley era «civil» y sus jefes temían la reacción popular ante un excesivo número de bajas. Los jefes norteamericanos elegían

la prudencia; por su parte, los europeos creían que los hombres estaban allí para ser usados en el combate sin permitir un respiro al enemigo. Ya había ocurrido en el desembarco de la playa italiana de Anzio, donde los norteamericanos se movieron con lentitud, mientras Churchill pedía la inmediata marcha sobre Roma sin más dilaciones. En «Omaha», la playa del horror, ocurrió otro tanto. Años más tarde, cuando el autor de *De aquí a la eternidad*, James Jones, recorrió la playa «Omaha» en la que sus compatriotas fueron cazados como conejos, donde los carros se hundieron con sus hombres en medio de la confusión bajo un fuego cruzado, donde los oficiales gritaban para tratar en vano de agrupar a sus hombres y donde los heridos no pudieron ser puestos a cubierto, escribió: «Cuando recorrí el escenario e imaginé el desembarco, di gracias fervientes a Dios por no haberme encontrado allí el 6 de junio».

En cambio, en la playa «Utah» el desembarco discurrió sin apenas sorpresas. Por efecto del azar, las tropas de asalto penetraron en la playa con un margen de error de 1500 metros, lo que les evitó el fuego de las baterías costeras. Los hombres de «Utah», con el refuerzo de la 9 y 79 divisiones de la infantería, pudieron tomar su principal objetivo, el puerto de Cherburgo, el 27 de junio. «Bajo la pálida luz del alba navegábamos en dirección a la playa —escribió Ernest Hemingway—. Las lanchas de acero conformadas como ataúdes levantaban olas que caían sobre los cascos de los soldados: los tanques parecían gigantescos y amarillentos sapos sobre la playa».

Los británicos y canadienses tuvieron mejor suerte y su desembarco en las playas «Gold», «Juno» y «Sword» fue impecable, digno del sonido de las gaitas escocesas; depositaron en las playas 21 de sus 25 carros. Es verdad que aquí el bombardeo previsto tuvo más éxito y que los blindados del comandante Percy Hobbart, que el prudente Bradley había rechazado para «Omaha», se abrieron camino después de hacer estallar las minas y destrozar los obstáculos, revelándose hábiles tanto para el mar como para la marcha en tierra. Sin embargo, la ocupación de Caen, prevista para el día 6 a medianoche, se retrasó. El enlace de la playa «Sword» con «Juno» y «Gold» se frustró ante el furioso ataque de la 21 División Panzer. La ciudad de Caen, bisagra hacia el Este de todo el dispositivo aliado, permaneció en manos alemanas hasta el 18 de julio, y sólo cayó después de feroces combates.

«GARBO»

La contribución del agente doble, el catalán Juan Pujol, «Garbo» para los aliados y «Arabel» para los alemanes, fue decisiva en esas horas. «Garbo», que había nacido en Barcelona en 1912, fue condecorado por los dos bandos. El servicio de inteligencia británico, que le dio por muerto después de la guerra para protegerle hasta que un historiador militar lo descubrió en 1981 en Venezuela, lo consideró «el mejor actor del mundo».

Mientras los aliados preparaban el «Día D», el desembarco en Normandía, «Garbo» proporcionaba a los nazis informes suministrados por su organización de veinticuatro agentes. Tales agentes sólo existían en su imaginación. A través de una de las supercherías más notables de todos los tiempos, los alemanes fueron inducidos a creer que las tropas aliadas llevarían a cabo la invasión en la zona del paso de Calais. La habilidad del espía español fue tal que, a pesar del desembarco aliado en Normandía, el doble agente hizo creer al servicio alemán de inteligencia que se trataba de una maniobra de diversión: el principal ataque —como dijo desde el principio— se realizaría en Calais. Los alemanes creyeron a pies juntillas a Juan Pujol. Pocas horas después de que llegasen a la costa las fuerzas acorazadas y de infantería del ejército alemán, recibieron la orden de trasladarse desde el paso de Calais para servir de vanguardia a un contraataque alemán en Normandía. No obstante, a las 7.30 horas del 10 de junio, al día siguiente del mensaje radiado por «Garbo», el mariscal de campo von Rundstedt dio una contraorden. A finales de junio había más fuerzas alemanas en Calais que en Normandía. Sin «Garbo» el «Día D» pudo haberse convertido en una catástrofe. Así se lo reconocieron los aliados.

¿Y Adolf Hitler? Dormía, sedado, en su habitación de Berchtesgaden. Nadie, ni siquiera el general Alfred Jodl, había osado despertarle para comunicar la noticia del desembarco aliado. Sería una nueva y falsa alarma. Tampoco Hitler se lo reprochó a nadie. Estaba ciegamente convencido de que las tropas aliadas no podrían permanecer más de 9 horas en las playas francesas. Pensaba en una incursión menor como la producida en el desastroso ensayo de Dieppe. La «operación Overlord» no sería de envergadura ni definitiva. La reacción alemana, condicionada por los partes de mal tiempo en el canal y por el engaño de Juan Pujol, fue tardía y débil. Rommel exclamó al conocer la invasión: «Soy un idiota» y, entre la depresión y la confianza, se puso con un día de retraso al frente de su Cuerpo de Ejércitos

B.

Lo mismo les ocurrió a la docena de generales al mando de las zonas

costeras, en la cama con sus amantes como Feuthinger, o empeñados en maniobras militares menores. Las 2 divisiones *panzer*, que podrían haber hecho frente a la invasión, sólo se desplazaban por órdenes directas de Hitler, obsesionado en dividir a sus generales. Jodl creyó que la orden del estado de alerta la había dado ya von Rundstedt y se cruzó de brazos. Lo mismo hizo von Rundstedt al creer que Rommel se había adelantado. El general Bayerlein se mostraba nervioso, confuso, débil. La reacción de Keitel y Rundstedt fue la siguiente:

—¿Qué se puede hacer? —preguntó Keitel.
—Detener la guerra, idiota —le contestó Rundstedt.

El martes 6, cuando ya miles de hombres habían desembarcado en las playas normandas, Franco ocupaba la portada de los periódicos. La foto oficial mostraba al jefe de Estado en El Pardo, recibiendo en audiencia a los ponentes del Primer Consejo Económico Sindical de Bilbao, presididos por el ministro secretario general del Movimiento, José Luis Arrese. *ABC* dedicaba unas páginas a la muerte de la mona «Chita», propiedad del domador Jesús Vargas. Alfredo Marquerie firmaba el artículo. Aquel día, los diarios costaban 5 céntimos más, 30 en total, a beneficio de la Escuela Hogar para Huérfanos de Periodistas.

Al día siguiente, las noticias nacionales quedaron relegadas a páginas interiores. Las fotografías, recibidas por radio, mostraban el horror de los soldados muertos en el agua y una interminable perspectiva de barcos, dragaminas y lanchones. «Sólo aceptamos la victoria total», afirmaba el general Eisenhower. Las ferias del libro y las presentaciones en sociedad alternaban con las noticias de la guerra. La hermana del general Armada, María del Socorro Armada Comyn, vestía de largo en casa de los Barones de Satrústegui.

Los vespertinos del día 7 titulaban con tipografía de grueso calibre: «Fuerte reacción alemana», para añadir al día siguiente: «Lentos, escasos y costosísimos progresos aliados en Francia. No han conquistado un solo puerto». Al día siguiente insistían: «La resistencia alemana aumentó considerablemente». En el Día del Corpus se invitaba a los españoles a que acudieran a Granada: «Acuda a Granada para admirar la más bella profesión de fe y las más variadas manifestaciones del arte en un maravilloso ambiente». Mientras aliados y alemanes combatían a muerte, España se encontraba en plena lucha contra insectos y roedores: «Desinfección, desinfección y desratización garantizada, única. Casa Grima», o «Chinches, se exterminan infaliblemente con Mata Chin». El día 9 se destacaba que

Hitler había tomado el mando directo de la Wehrmacht. Eisenhower calificaba el desembarco de «maravillosa maniobra militar». Franco visitaba la Feria del Libro.

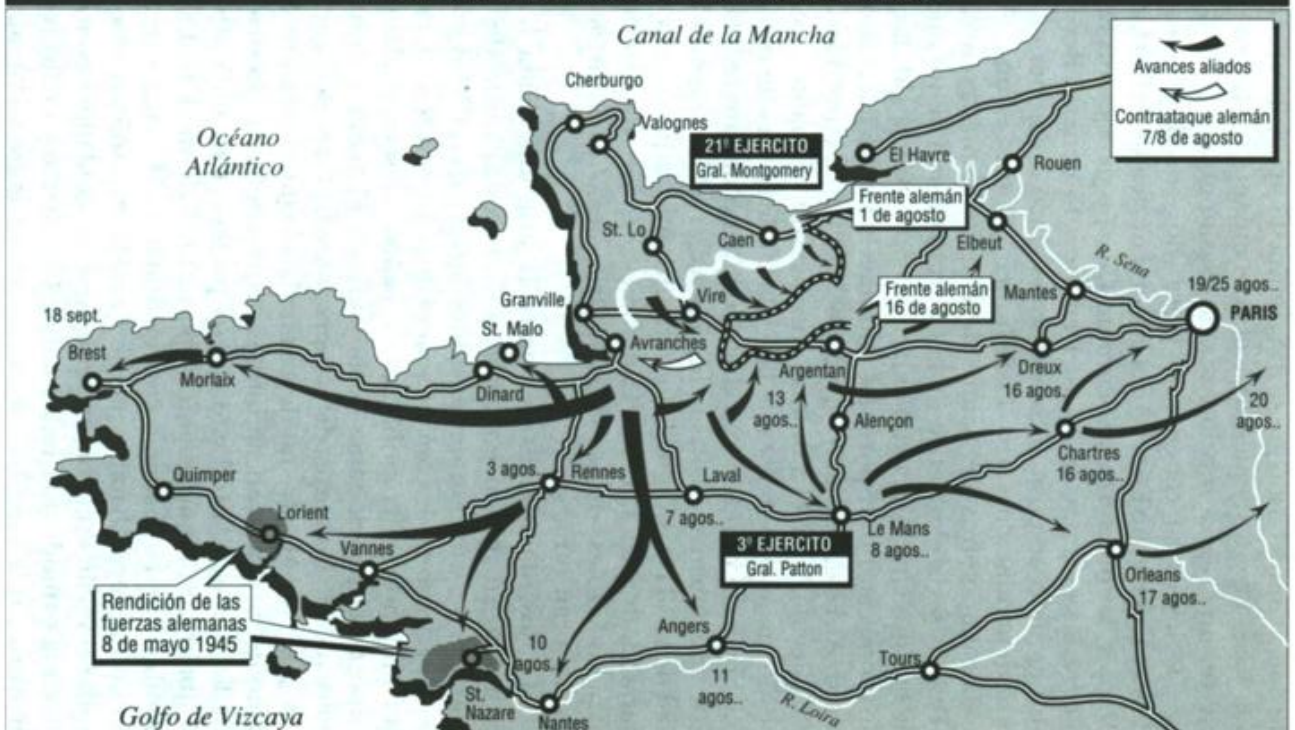
La primera semana de la invasión fue de angustia y sangre, pero terminó con la victoria aliada. «Vencieron —escribió el teniente general Speidel— las dificultades de los primeros días críticos y luego también por la perfecta coordinación entre las 3 armas y la gran eficacia de su nuevo equipo técnico. Así lograron consolidar su posición. A partir del 9 de junio la iniciativa estaba en manos de los aliados». A los cinco días de la invasión, Eisenhower tenía en sus manos una franja de 130 kilómetros. 16 divisiones aliadas habían desembarcado ya en suelo francés y se situaban frente a las maltrechas divisiones alemanas. El 20 de julio, Hitler resultaba herido en un atentado. El 25 de agosto, los aliados liberaban París. A los alemanes les quedaban cien carros de combate; a los aliados, dos mil; a la Luftwaffe, quinientos setenta aviones; a la fuerza aérea aliada, catorce mil.

La cabeza de puente aliada en Normandía se consolidó en pocos días, pero las apariencias engañaban. Uno de los mejores historiadores de la II Guerra Mundial, Liddell Hart, escribió: «Desde el principio, el margen que separaba la victoria de la derrota fue dramáticamente estrecho». El mariscal Montgomery fue quien, como siempre, transmitió una versión triunfalista de lo que fueron los días siguientes a la invasión: «La batalla se desarrolló como ya se había previsto». Pero la progresión de las tropas aliadas en el teatro de operaciones del continente europeo fue de «una maravillosa ingenuidad técnica», como la definió Max Hasting, y más lenta de lo que se esperaba, a pesar de su aplastante superioridad en hombres y material de guerra. La victoria final ha hecho que se olvide «el gran peligro que corrieron los aliados en los primeros tiempos». Para Liddell Hart, el éxito del desembarco a pesar de grandes bajas en «Omaha» se debió a la supremacía aérea «y a los efectos paralizantes de los bombardeos de la aviación aliada». El «Día D», los alemanes sólo contaban con una división de carros, una *panzerdivisionen* cerca de Normandía. Tan sólo 4 días después aparecieron otras 3 divisiones blindadas. De haber estado allí el 6 de junio, los aliados hubieran sido desalojados de sus posiciones. Por el contrario, Hitler reaccionó con el envío de refuerzos con cuentagotas. Los alemanes perdieron un tiempo precioso en discusiones, relevos y querellas entre el alto mando. Para irritación del orgulloso Montgomery, el general Eisenhower tomó el mando directo de las tropas aliadas sobre el terreno del continente.

Hitler confiaba en sus bombas volantes, las VI. Cuando von

Rundstedt le urgió para que las utilizase contra las playas del desembarco o los puertos de Southampton y Portsmouth, Hitler mantuvo su orden de que se disparasen contra Londres para obligar a los ingleses a pedir la paz. La primera orden de fuego de las VI la dio el general de artillería Heinmann, el 13 de junio a las 3.30 horas en el cuartel general cerca de Amiens. «La precipitación —escribe Raymond Cartier— hizo perder el efecto físico y psicológico que se esperaba obtener. Se habían preparado, junto a las 54 rampas de lanzamiento, más de 500 cohetes, pero sólo se dispararon 10. Cinco estallaron al despegar, un sexto se perdió en el mar y de los 4 que franquearon la costa inglesa sólo uno llegó a Londres, donde causó 6 muertos. A pesar de que los alemanes ajustaron el tiro de sus bombas volantes y de que el efecto que causaban era más destructor y terrorífico que las bombas de mayor potencia, el ejército aliado había ya penetrado profundamente en territorio francés. Va a comenzar la guerra de posiciones, pero la guerra se ha ganado el 6 de junio en las playas de Normandía, el día que cambió la historia, el desembarco que cambió Europa».

EL DESEMBARCO DE NORMANDIA



PACHECO

Capítulo once

¡Banzai!

Desde un muelle de Manila, el hidrodeslizador nos lleva hasta la isla rocosa de Corregidor. Pienso en una escena de tantos años antes: Asomado a la ventana de su habitación en el ático del hotel Manila, el general MacArthur, con sus gafas de sol y su pipa de bambú, podía contemplar la isla, de 6 kilómetros de largo por ochocientos metros de anchura y de gran interés estratégico por estar situada a la entrada de la bahía de Manila. Los españoles la fortificaron en 1876.

Desde el ataque a Pearl Harbor, los japoneses, llenos de moral, se lanzaron sobre Filipinas, Singapur y Malaca. El desconcertante general MacArthur tenía ante sí la difícil tarea de contener al ejército del emperador. Como el optimista incorregible que era, MacArthur creyó que podría detener en seco el avance japonés, pero sus fuerzas eran menguadas, insuficientes a todas luces y, desde luego, inferiores en número a las japonesas. Durante años fue consejero militar del Gobierno filipino, hasta que en julio de 1942 lo nombraron comandante en jefe de las tropas de Estados Unidos en Filipinas. Douglas MacArthur, el «César norteamericano», como le llamó William Manchester en su biografía, era «valiente, brillante, extravagante y amaba la gloria». Era, en palabras de William L. Shirer, el general más discutido de la historia de Estados Unidos. Su abuelo combatió a los indios y él presidió los primeros bombardeos atómicos sobre Hiroshima y Nagasaki el 5 y el 9 de agosto de 1945. El 2 de septiembre aceptó la rendición japonesa a bordo del acorazado *Missouri*.

Su padre, Arthur MacArthur, fue un héroe de la Guerra Civil (condecorado con la Medalla del Honor en 1864) y gobernador de Filipinas. Douglas fue ayudante de campo del presidente Theodore Roosevelt, combatió con la 42 División en Francia y en el Rin y fue director de la academia de West Point en la que estudió.

En la península de Batan, un comandante guerrillero mestizo, un hispano-malayo de 19 años llamado Manuel Quezón, se rindió al padre del general MacArthur. En nuestra visita a Batan y Corregidor, la huella del general MacArthur aparece por todas partes. Después de los españoles llegaban los yanquis. Los memoriales de guerra, los monumentos funerarios, salpican el paisaje en el que combatieron las tropas fílipinoamericanas contra los invasores japoneses. Con la ayuda

de mapas y fotografías, reconstruimos los despliegues de tropas, los puntos de bombardeos, las líneas de resistencia, los lugares de la terrible «marcha de la muerte», a la que los vencedores, los japoneses, sometieron a los vencidos. Fue una batalla sin piedad. El gran error de MacArthur fue dejar su fuerza aérea en las pistas de la base de Clark, sin ninguna protección, ala con ala. La aviación japonesa la destruyó 9 horas después del ataque a Pearl Harbor. El reciente libro de John Costello *Days of infamy* (1995) ha venido a demostrar que fue la destrucción de la fuerza aérea de Estados Unidos en Filipinas y no Pearl Harbor la operación decisiva de los japoneses.

En la isla de Corregidor nos contaron una historia de Romeo y julieta, el amor imposible de 2 jóvenes españoles enamorados que escaparon del hogar allá por el siglo xvm y fueron detenidos cerca de Batan por el corregidor. La joven María Vélez entró en un convento y su Romeo se hizo fraile. La montaña de la península de Batan tomó el nombre de la joven para transformarse luego en Mariveles. La isla recibió el nombre de Corregidor. El cine de Hollywood nos ha acostumbrado a lo que fue el infierno de Corregidor, una de las grandes hecatombes de la historia militar de Estados Unidos, un «glorioso desastre». Si los españoles resistieron 2 horas y 20 minutos a la escuadra de Dewey en Cavite aquel 1 de mayo de 1898, año en el que se puso el sol sobre el imperio español en Asia y América, los hombres de MacArthur resistieron durante meses el asedio japonés, hasta que el presidente Roosevelt ordenó al general del «deber, el honor y la patria» que abandonara Filipinas. MacArtthur pronunció su famosa frase: «*Volveré*», después de una retirada que sus propagandistas definieron como llena de peligros. MacArthur desobedeció las órdenes recibidas de Washington de atacar desde el aire las bases japonesas en Formosa inmediatamente después de Pearl Harbor. ¿Por qué no lo destituyó el presidente Roosevelt? Porque la publicidad había hecho de él un héroe nacional. MacArthur era un maestro de las relaciones públicas en tiempo de guerra. La victoria sobre el fascismo era un fin que justificaba casi todos los medios.

Los imponentes cañones de Corregidor mantuvieron a raya a los japoneses hasta la capitulación el 9 de abril 1942. Allí habían establecido su cuartel general MacArthur y el presidente filipino Quezón, el mismo que rindió su espada al padre del general. Los dos se sentían más seguros junto a las baterías de la montaña de Malinta, rodeados de un impresionante arsenal de guerra, que en el hotel Manila. Desde el 29 de diciembre de 1941, los japoneses sometieron a Corregidor a un duro asedio. El general Wainwright, que sucedió a MacArthur en el mando de las defensas de la isla, aguantó

bombardeos diarios y la acción de las piezas artilleras instaladas por el general Homma justo enfrente de Corregidor. El 29 de abril, cumpleaños del emperador Hirohito, trataron de regalarle la conquista de la isla. El infierno duró hasta el 6 de mayo al mediodía, momento en que los norteamericanos izaron la bandera blanca. Como había prometido el 6 de mayo de 1941, MacArthur volvió: el 20 de octubre de 1944 desembarcaba en la isla de Leyte, donde le recibió con canciones de bienvenida una joven belleza local llamada Imelda Romuáldez, nieta de un misionero f ranciscano de Granada y futura primera dama de Filipinas.

Los japoneses se prepararon a conciencia para invadir el sureste asiático. Sabían cómo infiltrarse, cómo luchar en la selva, cómo adaptarse al terreno, cómo sobrevivir con pocas raciones de arroz, cómo vivir en la copa de un árbol, cómo entenderse imitando los gorjeos de los pájaros y cómo confundirse con la vegetación. Después de Pearl Harbor, la ofensiva japonesa descargó sobre varios puntos: Kotha Baru en la Malaca británica, Singora en Tailandia, Singapur (considerada como el Gibraltar de Asia), Hong Kong, la ex colonia española de Guam, la isla de Wake, Midway y Filipinas. La primera en caer fue la isla de Guam, situada a menos de 2.000 kilómetros al sur de Tokio. Medio millar de soldados norteamericanos no pudieron resistir demasiado tiempo. El 7 de diciembre de 1941, los aviones con la enseña del Sol Naciente neutralizaron las defensas antiaéreas de la isla y se hicieron con ella tres días después.

Ni los norteamericanos, a pesar de Pearl Harbor, ni los británicos se tomaban aún demasiado en serio a los japoneses. La falta de preparación de la principal base naval en el Pacífico (Pearl Harbor) quedó al descubierto en las palabras del teniente Tyler. Cuando le comunicaron que la pantalla de radar mostraba manchas negras: «Numerosos aviones a 132 millas 3E de N», el oficial de guardia respondió: *«Forget it»* (olvídalo). No bastó que, el 26 de noviembre, el jefe de Estado Mayor de la Marina, Stark, enviara al comandante de la flota del Pacífico, Kimmel, una nota que empezaba así: «Este despacho debe considerarse como una advertencia de guerra *(war waming)»*. Por su parte, el jefe del Estado Mayor del ejército, George
C.
Marshall, transmitió al general Walter Short, comandante de las fuerzas terrestres, una advertencia parecida: *«Hostile action possible at any moment»* (una acción hostil puede producirse en cualquier momento). *«Yellow bastarás»* (amarillos bastardos), fue la respuesta norteamericana llena de rencor y racismo. Roosevelt sacrificó a Kimmel y Short en el altar de la popularidad de MacArthur; el teatral

personaje, el niño mimado de la derecha republicana, se convertía en un símbolo del patriotismo y la victoria en igual o mayor medida que las barras y estrellas de la bandera.

Los vencedores de Pearl Harbor fueron recibidos en Tokio en medio del delirio patriótico. Hasta el propio Hitler, que despreciaba a los nipones, creía que los hijos del Sol Naciente eran un tigre de papel. Ni siquiera habían podido con la China rota y desarticulada. El 15 de diciembre de 1941 eran cuarenta y tres los países que se encontraban en guerra, de los que quince lo estaban una semana después del ataque a Pearl Harbor. El equilibrio de fuerzas se inclinaba en contra del eje Berlín-Roma-Tokio. La entrada de Estados Unidos en la guerra puso de parte aliada a la mayor potencia industrial y sus recursos, sus hombres y su dominio de los mares. Por entonces, la iniciativa estaba en manos de los japoneses, que aprovechaban la sorpresa táctica de Pearl Harbor. La isla volcánica de Wake era su próximo objetivo. Guam se entregó sin resistencia, pero Wake, con 449 marines (Infantería de Marina) al mando del comandante Devereux, estaba dispuesta a plantar cara al *«yellow bastará»*. Las armas con las que contaban eran viejas, casi inservibles: fusiles Enfield, cascos de la I Guerra Mundial y 6 venerables piezas de artillería. Esa vez fueron los japoneses los que subestimaron a los norteamericanos que ocupaban la isla desde 1899.

El primer desembarco sobre Wake llegó el 8 de diciembre. La fuerza japonesa se acercó a la isla. El comandante Devereux esperaba a la presa con el dedo en el gatillo. Con la ayuda de los viejos cañones y los 4 aviones Wildcat que habían sobrevivido al bombardeo previo, los norteamericanos hundieron 2 destructores y averiaron los 3 cruceros en los que el enemigo transportaba sus tropas. Los japoneses, que habían sufrido más de un centenar de bajas, se retiraron desconcertados. Tras la humillación de Pearl Harbor, la resistencia en la minúscula isla, en la que no hay vegetación ni agua dulce, poblada tan sólo por pájaros alborotadores y salvajes, dio la medida del heroísmo. *«Send us more japs»*. (Envíenos más japoneses), parece que dijo por radio el comandante Devereux, aunque éste siempre lo negó. Los norteamericanos necesitaban una subida de moral y el comandante que hizo frente con éxito a los japoneses en Wake era su héroe del momento, el vengador de la pira funeraria de Pearl Harbor. Los 3 portaaviones del Pacífico, el *Lexington*, el *Enterprise* y el *Saratoga*, que zarpó de los astilleros de San Diego, recibieron la orden del almirante Kimmel, cuyas horas de mando estaban contadas, de socorrer a los «últimos de Wake». Después del golpe mortal del 7 de diciembre (un día más tarde en Japón), la flota de guerra japonesa no

dejó rastro en el mar. Además, la Armada norteamericana le había cogido miedo al Pacífico.
F.
l *Saratoga* se acercó a 425 millas de Wake, pero el almirante Fletcher temía una emboscada. Los 3 portaaviones volvieron a la base de Pearl Harbor. Eran el temor, la incertidumbre, los sueños rotos, las esperanzas y las ilusiones derrotadas, los errores, las amarguras. El presidente Roosevelt advirtió en Filadelfia a «esta generación de norteamericanos», que tenían una «cita con el destino». El presidente dejó de lado su colección de sellos para dedicarse por entero a la guerra. «No podemos perder la guerra. Contamos ahora con un aliado que no ha conocido la derrota en los últimos 3.000 años», exclamó Hitler en su guarida del lobo cuando las fuerzas japonesas se desplegaron sobre el sureste asiático. Winston Churchill charlaba con el embajador norteamericano, John Winant, cuando la radio difundió la noticia de Pearl Harbor. «Tendremos que declarar la guerra a Japón», aventuró el primer ministro. «Por Dios —replicó el embajador —, no puede declarar la guerra tan sólo por una noticia de radio». Pero Churchill no podía esperar. Había aguardado aquel momento durante años. Entonces, la II Guerra Mundial se abría en 2 frentes. Llamó por teléfono a Roosevelt para recabar noticias. Después, más calmado, envió la declaración de guerra dirigida al embajador japonés en Londres, que terminaba de manera rimbombante: «Con la más alta consideración, su seguro servidor, Winston Churchill». El primer ministro comentó: «Aunque vayas a matar a un hombre, no te cuesta nada ser educado».

LA IMAGEN DE CHURCHILL

No sabía lo que le esperaba. La indefensión de Singapur, la negligencia de los mandos, la victoria japonesa en la «Ciudad del León» mientras los oficiales ingleses jugaban al cricket o al golf o se tomaban unos *gintonics* en la barra del hotel Raffles, sería uno de los pasos en falso de la carrera de *sir* Winston. En efecto, el libro del historiador John Charmley *Churchill, el fin de la gloria*, publicado en 1993, ponía en tela de juicio, por primera vez en cuarenta años, la imagen del primer ministro. Según el historiador revisionista, el imperialista Churchill acabó con el imperio británico, dejó el país en la ruina y cedió el poder al Partido Laborista. El profesor de la Universidad de East Anglia presentaba una imagen distinta del mito popular, del héroe que salvó a una nación. Sin él, la guerra hubiera

terminado mucho antes, de aceptar el camino de la paz que tantas vidas costaría a Gran Bretaña. El juicio final de Charmley es lapidario y discutible: «Churchill luchó por el imperio de Gran Bretaña. En julio 1945, el imperio estaba contra las cuerdas, la independencia dependía tan sólo de Estados Unidos y la visión antisocialista se trocaba en victoria laborista en las elecciones. Churchill, el campeón, destruyó el viejo orden social». Las acusaciones no eran nuevas, incluida la que atribuye a Churchill una política de apaciguamiento de Stalin parecida a la de Chamberlain con Hitler. En su libro *Barbarossa*, el ex ministro de Defensa, Alan Clark, levantó una gran polvareda al escribir que, en lugar de coquetear con Stalin, el primer ministro debía haberse aliado con Hitler para acabar con el comunismo. El ministro de Producción Aérea, Moore-Brabazon, fue cesado por Churchill cuando afirmó en público que lo mejor que podía hacer Gran Bretaña era dejar que Hitler y Stalin se despedazasen entre ellos. Había una corriente de opinión a los 2 lados, incluidos los anglofilos alemanes, que preconizaba la idea de un pacto o un eje Londres-Berlín. En esa idea se comprendía el impulso del rocambolesco viaje del lugarteniente de Hitler, Hess, a Escocia, y Clark señaló en su libro que algunos de los documentos relacionados con el «caso Hess» no habían sido aún abiertos, lo que significaba que Churchill tenía secretos que guardar. ¿Traía el desequilibrado, el hipocondríaco Hess una oferta de paz de Hitler? No lo parece. ¿Qué tipo de alianza podría haber formado Churchill con un hombre que preparó la «operación León Marino», que bombardeó las islas, que machacó Londres con sus bombarderos y que mató a miles de británicos en la campaña norteafricana, en Malta y en Creta? Cuando Hitler atacó Rusia, la única salida lógica para Churchill era la de echar una mano a Rusia.

Los pactos de Hitler duraban muy poco. Una victoria hitleriana sobre Rusia hubiera dado un vuelco completo al mapa. Churchill se vio obligado a elegir entre la peste y el cólera. ¿Cuál de los dos, Hitler o Stalin, era el peor? La polémica sigue su curso. «Un pacto británico con Hitler —ha escrito Norman Stone, profesor de historia moderna en Oxford—, lo hubiera convertido en dueño de Eurasia, y a Gran Bretaña en una república fantasma como la de Vichy». Algunos historiadores británicos han estado interesados en rehabilitar la figura de Chamberlain, pero no han llegado muy lejos. «Los pigmeos odian siempre a los gigantes», señalaba Rhodes James. La tarea de demolición y deshumanización de Churchill ha recibido amplios apoyos entre los revisionistas. El «hombre más grande del siglo» era, ya lo sabemos, visceral, imprudente, un egoísta que abandonó a sus hijos por la política. El historiador revisionista, David Irving, trazó de

Churchill un retrato tan irreconocible como el que daban de él sus aduladores, lleno de veneno y manipulación. Es verdad que Churchill admiraba a Mussolini, que en 1937 escribió un artículo en el que alababa a Hitler, que estuvo al lado de Franco durante la mayor parte de la Guerra Civil española, que sus responsabilidades en la batalla de Gallipoli fueron mayores de lo que creían sus defensores, lo mismo que en la Guerra Civil rusa o en el desastre de Noruega. Churchill era un ser humano sujeto a errores, un conservador de libro cuyas ideas en materia militar, naval o aérea eran discutibles. Su ministro Beaverbrook llegó a decir que Churchill estaba hecho de la misma madera con la que se fabrican los tiranos. Muchos de los que trabajaron con él entre 1939 y 1945 se mostraban de acuerdo. David Irving, interesado en blanquear la imagen de Hitler, afirmó que Churchill deseaba la guerra y trabajó por ella para satisfacer sus ambiciones políticas personales.

Winston Churchill creyó más bien que la guerra era inevitable. «La siento en mis huesos», decía. El primer ministro venía advirtiendo desde 1934 sobre los peligros de la irresistible ascensión del nazismo. No fue Churchill quien creó el monstruo. La historia demostró que nada podía detener las ambiciones de Hitler, ni las concesiones territoriales ni la política de apaciguamiento ni los tratados firmados con él. Tampoco fue culpa suya que el ejército británico estuviera peor preparado en 1939 que en 1914. Churchill fue el estadista que logró meter a Estados Unidos en la guerra a medias con el ataque a Pearl Harbor. Esa operación tuvo más mérito aún si se tiene en cuenta que Roosevelt era enemigo jurado del imperio británico. El primer ministro logró que, con sus dólares, su complejo militar industrial y sus hombres, Estados Unidos prestara atención al frente europeo. Norteamérica venció en la II Guerra Mundial y eclipsó a Europa, pero Churchill salvó a las islas británicas de la invasión y la devastación. Las bajas británicas fueron altas, pero no tanto como en la I Guerra Mundial. ¿Era el final de la gloria? Los electores ingleses, que votaron a los laboristas después de la guerra, pensaban que, para la reconstrucción de la posguerra, eran necesarios otros hombres que los que habían llevado las riendas del conflicto. Churchill reconoció que combatieron durante 6 años para tener el derecho a equivocarse. Después de todo, al cabo de 6 años, Winston Churchill, senil aunque infatigable, volvía al número 10 de la calle Downing. Nunca debió haberlo hecho; se creía, aún, el centro del universo.

La valoración de la figura de Churchill, como la de otros protagonistas de la historia, está sometida a la tiranía de los ciclos, a altos y bajos, a las sorpresas de los archivos. Durante los años 30 fue

muy impopular. En 1938 llegó a considerar su retirada de la vida pública: «Mi carrera es un fracaso. Estoy acabado. No tengo nada más que ofrecer». Con el estallido de la II Guerra Mundial empezaba una nueva carrera, la segunda gran oportunidad. Con todas sus equivocaciones, supo aprovecharla a fondo. Los ingleses le perdonaron su grave error de Noruega. El Rey le encargó la formación de un nuevo gobierno. No las tenía todas consigo cuando anunció sangre, esfuerzo, sudor y lágrimas en la Cámara de los Comunes. Como recuerda
A. J.
P.
Taylor, tan sólo recibió aplausos de los escaños socialistas. Los conservadores, los suyos, no le perdonaron la manera en la que Chamberlain salió de Downing Street, residencia del primer ministro.

La figura de Churchill hay que analizarla a la luz de los líderes de la época: Hitler, Mussolini, Pétain y Stalin, el tiempo de las dictaduras. Churchill, que tenía mucho carácter, mandó sobre sus generales, pero lo hizo sin forzar la autoridad. «Todo lo que les pido a los generales y jefes de Estado Mayor —dijo con su típica ironía— es la aceptación de mis puntos de vista después de una discusión razonable». El cerebro de Churchill funcionaba con inusitada rapidez, de ahí su impaciencia, su terquedad. «Winston tiene cien ideas cada día —afirmó Roosevelt —, y es casi seguro que una de ellas será acertada». Pasaba por períodos de decaimiento, pero volvía a levantarse hasta transmitir su entusiasmo a los que le rodeaban. «Le gustaba creer que era un tirano —escribe
A. J.
P.
Taylor—. Cuando alguien le informó de que Hitler abroncaba a los generales, Churchill replicó: “Yo hago lo mismo”». Le horrorizaban la duda o el fracaso. No dudó en cesar a generales tan valiosos como Wawell o Auchinleck. Espoleado por la impaciencia y su espíritu batallador, falló en el envío de una expedición a Grecia; obsesionado por el Mediterráneo, descuidó el flanco asiático. No tenía un sentido tradicional de la historia. Cuando, en agosto de 1940, reunió a sus consejeros, lo primero que les dijo fue: «Vamos a discutir los problemas de la invasión». Todos creyeron que se refería a la invasión de Gran Bretaña por los nazis. Pero Churchill se remontó a la invasión de Guillermo el Conquistador en 1066. Se pasó toda la tarde discutiendo los problemas de la acometida normanda y las razones de su éxito. «Los problemas de 1066 estaban para él tan vivos —apunta
A. J.

P.
Taylor— como los de 1940».

En Churchill se reunían el estratega, el hombre de experiencia y el actor, no sólo y no siempre trágico. Taylor supone que su mayor error fue el de no tomar demasiado en serio la amenaza japonesa en el Extremo Oriente; claro que si hubiera concentrado sus fuerzas en el Lejano Oriente, hubiera perdido el Mediterráneo. Tras la caída de Singapur se disculpó: «Mis consejeros no me lo advirtieron». Sí que lo hicieron, pero Churchill se refugió en la seguridad y en la arrogancia del imperio: «Estos hombrecitos amarillos nunca podrán desafiar el poder del imperio británico». En 1941, en el Extremo Oriente, ese poder no existía ya. Eran los marines norteamericanos, los llamados «nucas de cuero», los que habían tomado el relevo, aunque en esa primera fase de la guerra en el Pacífico izaban bandera blanca en los 3 islotes. El bravo Devereux, después de luchar cuerpo a cuerpo con los japoneses, perdió Wake.

BATAN Y CORREGIDOR

Les tocaba el turno a Filipinas, la de las 7000 islas, a la Malasia del caucho y el estaño, a Borneo, Sumatra, Java, Hong Kong y Singapur. La III Flota, mandada por el vicealmirante Takahashi, y el Decimocuarto Ejército, al mando del teniente general Homma, se aprestaban para el ataque. Enfrente tenían a Douglas MacArthur, el profeta, el retador, el actor querido y execrado que desgranaba teorías grandiosas sobre el porvenir del Pacífico mientras diseñaba una gorra a la altura de su vanidad inagotable. Había pedido al presidente Manuel Quezón, el mestizo cascarrabias que decía tacos en español (coño, puñetas, carajo), 10 años para poner a Filipinas a resguardo de todos los peligros. Le faltó tiempo, en total seis años. El envío de refuerzos no resultaba fácil: 8000 kilómetros de mar separan a Manila de San Francisco. La línea de los Pacific Clippers tardaba 4 días en llegar de California a la capital filipina. MacArthur contaba con un regimiento de infantería, algunos carros y muy poca fuerza aérea. El «plan Naranja» preveía que, en caso de guerra con Japón, una guarnición de diez mil hombres se haría fuerte en el Peñón de Corregidor y en sus galerías subterráneas.

El general MacArthur no vio con buenos ojos esa retirada a Corregidor. Creía que, con el apoyo de algunas superfortalezas volantes, su ejército filipino-norteamericano podría resistir la invasión de Luzón, la isla capital. Salvo Mindanao y Panay, el resto quedaba

abandonado a su suerte. Los norteamericanos trasladaron sus bombarderos y sus submarinos a Australia. El plan defensivo de MacArthur resultó un fracaso: el desembarco japonés, el 21 de diciembre, dos semanas después del ataque a Pearl Harbor, se hizo con precaución. El general Homma no era uno de esos militaristas que creían que Australia y la India estaban a su alcance y que no tardarían en ocuparlas. Homma era un declarado enemigo de la política expansionista japonesa de 1937, fecha de la intervención en China.

Fue una frenética Navidad en Manila. La aviación japonesa destruyó el arsenal de Cavite y la vieja ciudad española de Intramuros, el puerto. En medio de las detonaciones y el humo, soldados y civiles se retiraron hacia la península de Batan y la isla de Corregidor. En su silla de ruedas, el presidente Quezón protestó ante Roosevelt por la falta de ayuda. También MacArthur se opuso a la teoría «*Hitler first*». (Hitler primero), del presidente norteamericano. Las tropas de asalto del general Masaharu Homma avanzaron sin resistencia sobre Manila, militarmente indefendible. Manuel Quezón, tuberculoso y en silla de ruedas, el hombre que sobornara a MacArthur con quinientos mil dólares, dejó colgado en el ayuntamiento de Manila un cartel que decía: «Ciudad Abierta. No tiréis». Los japoneses abrieron fuego desde todos los ángulos y arrasaron la ciudad colonial española. Según la ley del *bushido*, el código del honor militar nipón, no debe haber piedad para con el vencido. En Manila, los supervivientes de aquellos años de sangre nos contaron los excesos de las tropas japonesas: ejecuciones en masa, torturas, humillaciones, pillajes, degollamientos, ataques a bayoneta contra civiles indefensos. En la cultura japonesa no existe el sentido de culpa.

MacArthur continuó su repliegue hacia la península de Batan (40 kilómetros de larga por 32 de ancha) que con su gigantesca forma de dedo apunta a la base naval de Cavite, la isla de Corregidor y la bahía de Manila, en la que fue derrotada en 1898 la Armada española. De una forma un tanto frívola, había quienes confiaban en que Corregidor pudiera resistir con sus piezas de 12 pulgadas. Batan y Corregidor no podrían aguantar el cañoneo constante, los bombardeos, el hostigamiento de las tropas japonesas. El general Homma le envió a MacArthur una oferta de rendición: «Vuestro prestigio y honor están a salvo. Para evitar un mayor derramamiento de sangre, os aconsejamos que os rindáis». Los norteamericanos respondieron con fuego de artillería. Las tropas japonesas entraron en la destruida Manila en la noche del 2 de enero de 1942.

Las provisiones dejaron de llegar a Batan. En el laberíntico sistema de túneles horadados en Malinta, con hospitales, depósito de

municiones, almacén y cuartel general, creció la incertidumbre. Se habían comido iguanas, monos, carabaos, serpientes, bayas y raíces. Los soldados entonaban la siguiente canción, recogida por Louis Snyder:

Somos los combatientes de Batan,
sin papá, sin mamá, sin tío Sam.

Entre los depósitos de gasolina incendiados, los soldados del emperador entonaban otra canción, el himno nacional:

El reino del emperador durará
durante mil y después ocho mil generaciones
hasta que los guijarros se conviertan
en poderosas rocas cubiertas de musgo.

Las fuerzas norteamericanas —15.000 hombres— y las filipinas —otros 65.000 salvo 10.000 batidores— formaban un conglomerado mal equipado y peor adiestrado. Con raciones para 30 días, se esperaba que MacArthur pudiera resistir seis meses. «Su mejor aliado —escribe John Toland en *The rising sun*— es el terreno. Los filipinos quieren demostrar que no se repetirá la desordenada y humillante retirada a Batan. Hay que combatir o morir». El presidente Quezón estaba desesperado. Sus insultos en español se oyeron en todos lados: «Por Dios y por todos los santos, ¡hatajo de sinvergüenzas! ¿Por qué los norteamericanos se preocupan por el destino de un primo lejano (Gran Bretaña), mientras los japoneses violan a una hija suya en el cuarto de atrás?». MacArthur no lograba serenar los ánimos del presidente filipino: «La ayuda de Washington está a punto de llegar. Envían miles de soldados y cientos de aviones. La única puerta para la salvación es el combate, la defensa, derrotaremos al enemigo». Nadie, ni siquiera él mismo, creía en sus palabras. El 22 de febrero, el presidente Roosevelt dio la orden a MacArthur de que abandonara Corregidor y se dirigiese a la segunda isla en importancia de Filipinas, Mindanao, para desde allí saltar a Australia.

La evacuación de Douglas MacArthur con su familia y su plana mayor estuvo plagada de amenazas. Tomaron una lancha
PT
en dirección a Mindanao, donde les esperaba un bombardero que les llevaría a Australia. Era el 12 de marzo de 1942. Habían transcurrido noventa y cuatro días desde el estallido de la guerra en el Pacífico. El general Homma llevaba un retraso de cinco semanas sobre el calendario previsto para la conquista de las islas. MacArthur cedió el mando al general Jonathan Wainwright. «Se han metido en Batan

como un gato en la talega», afirmó el general Morioka, uno de los comandantes de división del aristócrata general Homma.

Las medicinas se acababan. Las epidemias, malaria, beri beri y disentería hacían mella en la guarnición. Tres días después de la partida de MacArthur, los defensores de Batan se comieron los últimos caballos. Homma reanudó el ataque con artillería de sitio y morteros pesados. Cuando se agotaron todas las reservas, el general Ring, comandante de Batan desde que Wainwright se retirara a Corregidor, tomó la onerosa responsabilidad de la rendición. MacArthur le pidió que resistiera hasta el final, y ese final había llegado. El 29 abril, cumpleaños del emperador Hirohito, el general Homma lo celebró con 10.000 tiros de cañón. El 5 de mayo, cuando a la guarnición de Corregidor le quedaban tan sólo 4 días de agua, disparó 16.000 salvas. Era la preparación artillera para el desembarco en la isla. Los tanques japoneses avanzaron hacia el Peñón. Los marines combatieron con la última munición disponible. Dentro de los túneles, el ambiente era irrespirable: más de 1000 heridos hacinados en las entrañas del monte Malinta pedían unas medicinas y unos cuidados que nadie podía dispensarles.

Tan sólo quedaba la capitulación. El contraste entre el vencido y el vencedor no podía ser más llamativo: el general Wainwright, muy alto, se había quedado en los huesos; el general Homma, vestido con su uniforme tropical cubierto de condecoraciones, más bajo de estatura, sin embargo pesaba más que el general norteamericano. Aunque hablaba inglés, se hizo traducir los términos de la rendición por medio de un intérprete. Su idea era la de mantener a la guarnición de Corregidor en estado de guerra hasta que capitularan el resto de las fuerzas norteamericanas diseminadas por las islas filipinas. El 9 de mayo, como escribió Wainwright, «la hora terrible había llegado». Fue ese día cuando el general Homma le anunció: «Su mando ha cesado. A partir de ahora usted es prisionero de guerra». Un coche le esperaba para trasladarle al campamento en el que pasaría tres años de cautiverio. La primera medida que MacArthur tomó para celebrar la rendición japonesa a bordo del *Missouri*, en la bahía de Tokio, fue asegurarse de que el general de Corregidor estaría a su lado. Cuando Wainwright llegó hasta el comandante del Pacífico, éste no pudo menos que sorprenderse del estado físico del general: ojeroso, demacrado y enflaquecido, había envejecido prematuramente y el uniforme le venía muy ancho. Así es como lo vemos en la fotografía de la rendición nipona. «Caminaba con dificultad —escribió MacArthur—, y lo hacía con la ayuda de un bastón. Sus ojos aparecían hundidos en las cuencas, su pelo se había tornado blanco como la

nieve y su piel parecía la de un viejo zapato arrugado. Cuando trató de hablar no consiguió emitir ningún sonido». El 26 de marzo de 1946, MacArthur firmó la sentencia de muerte contra el general Masahary Homma, que pagó así con su vida la «marcha de la muerte» en Batan.

El calvario para decenas de miles de soldados norteamericanos y filipinos no terminó con la rendición. Hasta llegar a los campamentos de San Fernando y O'Donnell, los prisioneros sufrieron lo indecible. Fue uno de los episodios más salvajes de la guerra del Pacífico. Los soldados japoneses les sometieron a todo tipo de sevicias: les golpearon con las culatas de sus fusiles, les negaron el agua que derramaban en la carretera ante sus ojos, les empujaron con sus bayonetas, remataron a los heridos incapaces de seguir adelante, les insultaron y escupieron en la cara. Un sol abrasador no hizo sino aumentar el dolor y el sufrimiento de las derrotadas huestes de MacArthur. La resistencia de 5 meses del Peñón de Corregidor retrasó el avance japonés sobre la bahía de Manila y permitió la retirada del resto de las fuerzas acantonadas en el archipiélago. La noticia de la caída de Filipinas consternó a los norteamericanos. ¿Cómo era posible que los japoneses, con su fama de sonrientes y corteses, hubieran tratado como bestias a los soldados de Batan? La Guerra del Pacífico ofrecía su auténtico rostro.

Hong Kong, una de las joyas de la corona británica, cayó en el tiempo de un suspiro. El gobernador de la isla capituló el día de Navidad. La ciudad ardió por los 4 costados: los saqueos y las violaciones se sucedieron durante varios días. Las columnas japonesas avanzaron por las junglas malayas hacia Singapur. Tailandia cayó sin resistencia, en 24 horas. Singapur era la última línea de defensa, el portaaviones indestructible, fortificado por todos los flancos salvo por el mar. Lo defendían las piezas de artillería más potentes del mundo, cañones de 15 pulgadas con un alcance de 35 kilómetros. La guarnición terrestre se redujo a 6 batallones. Se concentraron provisiones y munición para ciento ochenta días: Singapur estaba preparada para un largo bloqueo por parte de la escuadra japonesa. Resistiría hasta que llegase la fuerza naval británica. Churchill envió grandes navios de guerra al estrecho de Johore, el *Prince of Wales*, de 35.000 toneladas, y el *Repulse*, un crucero de batalla de 32.000 toneladas, eran las 2 esperanzas de Gran Bretaña en la defensa de su imperio. 2 falsas esperanzas porque ¿cómo se puede confiar todo el poder a 2 acorazados, por sólidos que parezcan, cuando, sin apoyo aéreo, están condenados a la destrucción? Ya habían surgido críticas en este sentido cuando el *Repulse* y el *Prince of Wales* se construían en

los astilleros ingleses. La fuerza aérea había revolucionado la escala de valores militares como se comprobó en Pearl Harbor.

¡CONDENADO BARCO!

El comandante naval era el vicealmirante Tom Phillips, más conocido por «Tom Pulga» debido a su estatura, que le obligaba a subirse a una caja de jabón para que sus ojos pudieran alcanzar la línea de la barandilla en el puente de mando. El 8 de diciembre se celebró una reunión a bordo del *Prince of Wales*. Las noticias que llegaban del exterior no podían ser más descorazonadoras: la flota de invasión japonesa fue descubierta en el golfo de Siam y nadie había dado la señal de alerta. Bombardearon Singapur con todas las luces encendidas porque nadie pudo encontrar al jefe de la defensa pasiva encargado de las medidas de oscurecimiento. Ni el *Repulse* ni el *Prince of Wales* sufrieron ningún rasguño.

El desembarco japonés en el istmo de Kra no les inquietó. Se encontraban aún a mil kilómetros de Singapur. Malasia era la gran presa del botín japonés. El ataque a Malasia había precedido cronológicamente al bombardeo de Pearl Harbor. Con el 38% del caucho y el 58% de la producción de estaño, Malasia constituía, en palabras del gobernador inglés, Shenton Tilomas, una «fábrica de dólares». Su defensa era, por lo tanto, esencial. El comandante en jefe, Percival, el de los 2 dientes de liebre, reunió unidades británicas, indias y nepalíes (*gurkas*). 100.000 hombres en total, una fuerza considerable para una guerra tropical contra un enemigo que operaba a 5.000 kilómetros de sus bases. Percival cometió el error de dispersar a sus fuerzas, dejó cerca de Singapur 2 brigadas tan indisciplinadas como su jefe, Gordon Bennet, de la Octava División australiana. «Es un político vestido de general», escribió Kayinond Cartier, que aspiraba a ocupar la plaza de su superior, el general Percival. El Gobierno australiano le concedió permiso para rechazar toda orden que no se correspondiera con sus planes.

Al llegar al golfo de Siam, las tropas del emperador dividieron sus fuerzas: un destacamento se dirigió a Kota Baru, otro hacia Patani y el tercero, el más importante, hacia el puerto tailandés de Singora. La sorpresa fue total. Tan sólo se registró un tiro de fusil: un policía defendió de esa única manera la neutralidad tailandesa. Un intérprete japonés le disuadió con estas palabras: «No tiréis, somos el ejército japonés. Hemos venido a libraros de los blancos». Al mando de los japoneses llegó un general llamado Yainashita, predestinado a la

cuerda del ahorcado. Los soldados japoneses se batieron el cobre en la campaña de China. Los habían acostumbrado a la austeridad y a la disciplina, conocían los peligros de la selva, fueron preparados a fondo en la escuela de guerra tropical de Formosa. La jungla era su fuerte, su sólido apoyo, su elemento. Debían moverse en ella como peces en el agua. El soldado blanco desconfiaba de la selva: «Los occidentales son cobardes y afeminados, temen entrar en la jungla —decía el manual de instrucciones del soldado japonés—, la consideran como impenetrable. Por eso debemos aprovecharnos de ella para sorprenderlos».

Las lluvias torrenciales desarticularon las líneas británicas, arruinando su artillería y rompiendo sus enlaces y comunicaciones. La «operación Matador» (así la bautizaron en español) no servía ya para nada: los legionarios del Sol Naciente llegaban de todas partes. A bordo del *Prince of Wales* los criterios diferían: el almirante Layton se mostraba partidario de arriesgar los dos acorazados fuera del estrecho de Johore: un accidente del *Indomitable* en un arrecife de coral de Jamaica les privó de la protección aérea; mientras, Phillips quería penetrar en aguas turbulentas: el honor de la Royal Navy, afirmaba, estaba en juego. No podía quedar inmóvil, protegido por las redes antitorpedo, cuando los japoneses invadían Malasia. Su código del honor le iba a jugar una mala pasada, su temperamento le pedía salir al encuentro de los convoyes japoneses y confiaba en las defensas antiaéreas de sus dos navios y en el apoyo que le prometieron las escuadrillas de tierra. El 8 de diciembre a las 17.35 horas, la Fuerza Z, escoltada por cuatro destructores, se hizo a la mar.

La confianza reinaba a bordo. Los marinos de sir Tom Phillips se reían de los pilotos japoneses. Eran tan cegatos, decían, que no podían ver por la noche. Un periodista norteamericano de la radio
NBC
escuchó estas conversaciones con rabia mal contenida. «Vosotros, los británicos —les acusó—, no podéis desprenderos de la vieja costumbre de subestimar al enemigo. Lo hicisteis en Noruega, en Francia, en Creta y me temo que lo vais a hacer también aquí». Los hombres del *Repulse* ardían en deseos de entrar en fuego. Al menos los del *Prince of Wales* tuvieron el honor de tomar parte en el hundimiento del acorazado alemán *Bismarck*.

Sir Tom Phillips cometió el error de adentrarse en aguas peligrosas sin mirar al cielo. Estaba convencido de que podría destruir los transportes y las lanchas japonesas de desembarco. Ni siquiera le asustaba el mensaje que recibió de tierra: «Imposible asegurar protección aérea». Los 6 buques de guerra navegaban a veinticinco

nudos sobre la mar picada bajo la protección de las nubes. La suerte dejaría de acompañarles, porque el cielo se abrió y la flota quedó al descubierto. ¿Perderían el factor sorpresa? Poco antes de la puesta del sol, los serviolas de los dos acorazados escucharon ruido de motores: eran aviones japoneses de reconocimiento. No tardaron en comunicar la situación a sus bases de bombardeo. «Tom Pulga» se debatía entre la prudencia y la temeridad. Aspiraba a tantas medallas, por lo menos, como el almirante Nelson. Eligió la cautela, la media vuelta. Los marinos del *Repulse* se rebelaron. *«Unlucky ship!»* (malhadado barco). Se retiró a su base sin disparar un solo tiro. Se encontraban a 150 millas marinas de Singapur. Tom Phillips dormía vestido con su uniforme en la cabina de mando. Los submarinos japoneses los descubrieron a través de sus periscopios. El teniente de navio Tanisaki disparó 5 torpedos sobre las siluetas del *Repulse* y el *Prince of Wales*. Era noche cerrada. Los ingleses no sospechaban nada, ni siquiera habían visto las estelas de los torpedos ni escuchado los mensajes de radio: Tanisaki comunicó a su comandante en jefe que ninguno de sus 5 torpedos había dado en el blanco.

En su base aérea en Saigón, los pilotos del emperador llenaban sus depósitos de carburante. Antes del alba despegaron diez aviones de reconocimiento y, a renglón seguido, 34 bombarderos. Tan sólo debían dar media vuelta si llegaban a 2 grados latitud norte, límite de su radio de acción. La escuadra de Tom Phillips se acercó a la costa malaya, hacia el puerto de Kuantan, donde se había anunciado la presencia de tropas japonesas. Era una falsa alarma: una manada de búfalos penetró en un campo de minas. Eran las 10 de la mañana cuando uno de los destructores, el *Tenedós*, que se dirigía hacia Singapur tras abandonar la labor de escolta, comunicó el ataque de nueve aviones con la enseña del Sol Naciente en el fuselaje. Los *japs* demostraron su mala puntería: no acertaron al destructor y tuvieron que volver a su base. Sin embargo, desde su avión de reconocimiento, el teniente Mishima reconoció a la escuadra: «Es una oportunidad de oro que sólo se presenta una vez cada mil años». Allí estaba la flor y nata de la armada enemiga. Iba a olvidar el frío, el cansancio, el sueño y las ganas de orinar para transmitir el mensaje por radio a toda velocidad: «Grandes navios enemigos a la vista, cuatro grados latitud norte, 104 grados 55 minutos latitud oeste. Grandes navios a la vista». Los artilleros del *Prince of Wales* confiaban en sus baterías antiaéreas, sobre todo en las ametralladoras pesadas de fabricación norteamericana, a las que llamaban «los pianos de Chicago», armas de cuatro tubos de cuarenta milímetros.

Las primeras bombas cayeron sobre el *Repulse* a las 11.15 horas.

Eran los 9 bombarderos del teniente de navio Sadao Takai. Durante una hora y cuarto, los navios de guerra británicos sufrieron un ataque lleno de contundencia y precisión. Los nueve aviones torpederos lanzaron sus proyectiles sobre el *Repulse*. «Se vio de inmediato — transmitió luego Cecil Brown a la
CBS
— que el *Repulse* estaba sentenciado a muerte. Los altavoces anunciaron: "Prepárense a abandonar el barco. ¡Que Dios nos asista!"». Parecía imposible que el crucero de batalla pudiera hundirse a las primeras de cambio. Densas columnas de humo brotaban del puente, géiseres de agua surgían junto al crucero. Llegaron más torpedos, sonaron las ametralladoras pesadas desde el aire. Rodeado de cajas de munición vacías, un oficial se dirigió al corresponsal Cecil Brown en la que sería su última confesión: «Valientes japoneses. Es un ataque tan hermoso que nunca lo hubiera podido imaginar».

El teniente de navio Hariki Iki se abalanzó con sus aviones torpederos sobre el *Prince o/Wales*. El capitán del *Repulse* llamó por radio al segundo navio: «¿Habéis sufrido algún daño?». «Estamos fuera de control», respondieron al otro lado. El puente se había hundido sobre los marineros del *Repulse*. El comandante ingeniero Harland escuchó «una terrible explosión» sobre el *Prince of Wales*. El buque orgullo de la marina británica se detuvo en su veloz andar, tocado el timón, y empezó a describir círculos, herido de muerte. Nuevos torpedos le alcanzaron. A las 12.10, 3 nuevos torpedos dieron en el blanco y el *Repulse* se fue a pique. El comandante dio la orden: «Marinos, al mar». Se lanzaron al agua oleaginosa. Con la proa al cielo, el *Repulse* se hundió a las 12.33 horas. El *Prince of Wales* navegaba a 8 nudos. La última orden de Tom Phillips a Singapur fue: «Envíennos remolcadores». Había soñado con la gloria de Nelson y murió en el empeño a la 1.20. Su navio zozobró frente a la costa malaya. El comandante Harland recordó los últimos instantes antes de abandonarlo: «El silencio se hizo tras la palpitación de las máquinas. Eso es lo que recuerdo, el silencio». De un solo y afortunado golpe, la aviación japonesa acabó con la oposición naval en el Mar de la China y en el Océano Indico. «En toda la guerra —se lamentó Churchill—, nunca recibí un golpe tan directo. Japón reinaba como dueña en toda la extensión de las aguas. Nos habían dejado debilitados y desnudos». Se ha dicho que los ingleses pierden todas las batallas menos la última.

Al tumbarse de costado, la succión del *Prince of Wales* se llevó al almirante Phillips y al capitán Leach que, de acuerdo con las normas, fueron los últimos en saltar por la borda. En aquel día negro para la

historia naval británica, tan sólo la suerte salvó a 2081 oficiales y marinos de los navios, aunque ninguno de los 2 hizo explosión. Los japoneses perdieron sólo 4 aparatos. Magnánimos en la victoria, hicieron saber a los destructores de escolta que podían recoger a los supervivientes. Los ingleses ya tenían su Pearl Harbor. El 12 de diciembre, Winston Churchill zarpó en el *Duke of York* hacia Estados Unidos, donde el presidente Roosevelt le esperaba con palabras de consuelo y promesas de ayuda. La Conferencia Arcadia marcó la pauta para la victoria aliada y el comienzo imaginativo de un mundo nuevo: allí se diseñó la primera estructura de las que luego serían las Naciones Unidas.

Los japoneses se encontraban en el cénit de su ofensiva. Dejaban atrás un año victorioso, el de la Serpiente, y se adentraban en el año del Caballo, lleno de buenos auspicios. Habían desembarcado en Birmania y las Célebes y se acercaban a un continente vasto y mal defendido: Australia. Singapur era el siguiente objetivo, la ciudad alegre y confiada que vivía las delicias de Capua. Al atardecer, en los jardines de sus casas, los hacendados del caucho y los hombres de negocios, junto a los oficiales vestidos con sus uniformes inmaculados, bebían su acostumbrada copa de *stengahs*. Las orquestas sonaban bajo los cocoteros. No cundía el pánico: Singapur era inexpugnable. Los soldados del Mikado avanzaban a marchas forzadas. A las fuerzas inglesas tan sólo les quedaba la fuga a través de la jungla. Al cruzar el puente de Singapur con la península malaya lo volarían con dinamita para encerrarse en la más poderosa fortaleza del mundo.

Ante la sorpresa de los malayos, los ingleses se retiraron. Parecían invencibles, los dueños del mundo. El gran cazador blanco caía en el descrédito. Para los japoneses, el año del Caballo es el de la «paz luminosa». El emperador lo definió como el de la «nube sobre la montaña». Es atributo del *tenno* (emperador) asignar a cada año un nuevo lema. Churchill hizo llegar al teniente general *sir* Arthur Ernest Percival su lema, un mensaje de nuevo año: «La batalla debe continuar a cualquier costo. Los comandantes y los oficiales deben morir al lado de sus tropas. El honor del imperio y del ejército británico está enjuego». A las 8.30 del domingo 15 de febrero de 1942, la guarnición de Singapur se rendía al general Yamashita, cuyo supuesto tesoro buscó infructuosamente Ferdinand Marcos en algún lugar secreto de Filipinas.

La derrota de Singapur fue considerada como la pérdida más considerable de Gran Bretaña desde la Guerra de la Independencia de Estados Unidos. Si Pearl Harbor fue «el día de la infamia», el 15 de febrero de 1942 fue *«the day of the tragedy»* (el día de la tragedia). Para

los japoneses fue el día de la gloria. El general Yamashita es el vencedor de Singapur; el general Homma, el de Batan y Corregidor. Ya tenía Japón a su alcance los yacimientos de petróleo y las materias primas que le negaron Estados Unidos e Inglaterra. El imperio del Sol Naciente no podía vivir sin el suministro de petróleo que ahora obtendría en los yacimientos de Java, de Sumatra, de Borneo y de Birmania. El código de honor japonés elevó el orgullo militar a la categoría de religión, de valor espiritual. El guerrero era al mismo tiempo sacerdote. Al atacar Pearl Harbor, los japoneses, humillados por el embargo a que les sometieron Gran Bretaña y Estados Unidos —el 88% de los suministros de petróleo dependía de ellos—, aceptaban el reto del destino. Ninguno de los soldados del emperador estaba dispuesto a la indignidad de la rendición, pero sí al sacrificio por su nación. Se habían reservado el sable para el *sepuku* ceremonial (haraquiri) y la última bala del fusil. John Masters escribió: «En nuestros ejércitos, casi cada soldado japonés hubiera ganado la Medalla del Congreso y la Cruz Victoria».

PRISIONERO DE GUERRA

Los días de la infamia no acabaron en la bahía de las Perlas el 7 de diciembre; quedaban por delante muchos días de horror. A los ojos de los japoneses, el prisionero de guerra no tenía ningún derecho que fuera humano. En Hong Kong, en Manila, en Mindanao, en Singapur, en Penang, en Saigón, en Yakarta y en Birmania hemos escuchado relatos de atrocidades cometidas por los guerreros japoneses. Barrie Pitt, historiador militar y editor del *Pumel History of the Second World War*, llegó a escribir que «fue una suerte que la ciencia concediera la bomba atómica a Occidente, porque un mundo dirigido por una filosofía tan inexorable como la japonesa hubiera sido de una gran crueldad para todos». Mientras Estados Unidos se recuperaba de la pérdida de Batan y Corregidor, MacArthur aterrizaba en Darwin (Australia) sano y salvo. La caída de Singapur cerró las puertas del imperio británico en el Extremo Oriente, seccionó las venas del imperio.

He visitado en las afueras de Singapur el lugar en el que los 2 generales, el vencedor, Yamashita, y el vencido, Percival, se dieron cita aquel infausto 15 de febrero de 1942. Era la fábrica de automóviles Ford. Percival, de 55 años, el comandante estoico, correcto pero sin personalidad, se sentó frente al fornido Yamashita, que después de 70 días de campaña izaba su bandera sobre el *Cathay*,

el rascacielos más alto de Singapur. Yamashita, hijo de un médico rural, estaba a punto de entregar un imperio a su patria, mientras Gran Bretaña lo perdía. Fue el triunfo del trabajo y la dedicación. El general, alumno brillante de la Academia Militar de Tokio y comandante del 25 Ejército, entregó a cada uno de sus soldados un folleto titulado «Lee esto y ganaremos la guerra». Eran los vencedores de la selva «impenetrable». Eran, también, inferiores en número a los británicos, australianos o indios, pero muy superiores en capacidad de combate. Percival, hijo de un agente de fincas rústicas, obtuvo la Croix de Guerre francesa en la I Guerra, pero en aquel escenario, y enfrentado a Japón, no bastaba el coraje personal. Por ejemplo, fue esencial el trabajo de los espías en la zona. Pescadores japoneses, caucheros, mineros, barberos y mercaderes prepararon el terreno al general Yamashita. Por increíble que parezca, el fotógrafo oficial de la base naval de Singapur era japonés.

¿Cómo se justifica la actitud pasiva de los militares y los civiles ingleses de Malasia y Singapur en trance tan decisivo? James Leasor cuenta en su libro *Singapore, the battle that changed the world* que, en vísperas de la rendición, un oficial de artillería británico se encontró con que le pedían un permiso oficial del comité del club de golf para emplazar sus baterías sobre el césped. Tenía razón el corresponsal Cecil Brown: los británicos tendieron a despreciar a su enemigo, lo subestimaron. Sír Archibal Wawell, comandante en jefe del Extremo Oriente, aseguró que tres semanas más de resistencia hubieran cambiado el signo de la batalla. Percival le confirmó a James Leasor, poco antes de su muerte en 1966, que, de haber aguantado dos semanas más, habrían llegado los refuerzos necesarios para efectuar el contraataque. El general Yamashita tuvo la última palabra: si Percival hubiera resistido una semana, a los japoneses se les hubieran agotado las municiones, la comida y la gasolina. Tan sólo le quedaban 100 proyectiles de cañón cuando entró en Singapur para cortar las arterias del imperio británico y de todos los imperios europeos en Asia. Las relaciones entre Oriente y Occidente nunca volverían a ser las mismas. El mundo de Rudyard Kipling terminó en la planta de fabricación de Ford. Aquella mañana de domingo, antes de dirigirse a la fábrica, Percival recibió la sagrada comunión en su cuartel general. El general Yamashita se inclinó en profunda reverencia hacia la Meca nipona, el palacio del emperador en Tokio.

Fue una capitulación sin gloria. El comandante Wilde fabricó una bandera blanca con un mantel y se dirigió a las líneas japonesas en un Land Rover: un comandante llamado Fujita, de amplio mostacho, gafas de culo de botella, un sable más grande que él y la clavícula

rota, le recibió en la encrucijada de Adams Road. Un superviviente francés, que volvió a Singapur después del largo internamiento en un campamento de las Indias holandesas, contó aquellos últimos momentos de la gran fortaleza, la *«naked island»* (la isla desnuda). Las volutas de humo se elevaban sobre los depósitos de gasolina incendiados, una nieve negra caía del cielo, la ciudad estaba sometida a intenso fuego de artillería, los Zero japoneses ametrallaban a ras de los árboles y las casas. Olía a basura acumulada y a excrementos, a cadáveres en descomposición. Sobre la ciudad del León se elevaba la tufarada de los cinco millones de galones de licor, whisky, vino y ginebra arrojados a los sumideros para evitar que la población se emborrachara. Los campos de golf fueron hollados por los vehículos japoneses. Los desertores blancos, revólver en mano, trataban de subir a las embarcaciones que zarpaban hacia las Indias holandesas; los saqueadores reventaban los almacenes alcanzados por la artillería. Y una escena surrealista: frente a los *Army and Navy stores* (los almacenes del ejército y la marina), los soldados australianos, ebrios, bailaban con mujeres desnudas. Eran maniquíes de cera robadas de las vitrinas.

Los prisioneros de guerra de Singapur fueron dispersados por los campos de concentración del sureste asiático. Muchos de ellos fueron llevados a Tailandia, a orillas del río Kwai. Una novela y una película lanzaron a la fama al puente sobre aquel río. Después de la novela del escritor francés Pierre Boulle, Hollywood, William Holden, Alee Guinness y el director David Lean tocaron con su varita mágica el puente tailandés y una fiebre inmobiliaria cayó como el monzón a 2 horas en coche desde Bangkok.

EL PUENTE SOBRE EL RIO KWAI

Como tantas otras veces, la historia real nada tenía que ver con la ficción creada en torno al famoso puente. En la novela, el comando británico no volaba el puente; en la película, sí. La verdad, según nos contaron los ex prisioneros de guerra en Kanchanaburi, fue muy otra. Sobre los campamentos en la jungla, sobre las orillas del río, junto a los cementerios de guerra en los que reposan las víctimas del Gulag japonés, se alzan ahora complejos hoteleros, campos de golf, discotecas y pistas de tenis. Los que diseñan las campañas de publicidad necesitan algo nuevo, una excitante historia que ofrecer a 5 millones de turistas que visitan todos los años el reino de Bumipol y Sirikit. El drama es lo de menos, un punto de partida, una disculpa.

Cualquier razón es buena para escapar de una ciudad tan congestionada y tan ávida de dólares como Bangkok. El humo de los tubos de escape ofusca los templos dorados, las túnicas de color azafrán de los bonzos y los budas de esmeralda.

También la avalancha de coches, el ruido, los carteles de publicidad han llegado al Kwai. Acodado en la barandilla de bambú de su casa, el inglés Trevor Deakin contemplaba esa trepidación con una velada tristeza. Fue uno de los prisioneros de guerra, sometido y torturado por las tropas de ocupación japonesas junto con otros 62.000 británicos, australianos, holandeses y norteamericanos cazados por el emperador en la trampa de Singapur, y más de 100.000 *coolies* asiáticos. En su esfuerzo de guerra, Japón necesitaba construir una línea de ferrocarril entre Tailandia y Birmania. Había extendido sus tentáculos sobre Birmania, el país del jade, de la pagoda dorada de Suedagon, de las leves campanillas colgadas de los templos budistas. También aquí los británicos se batieron en retirada. Abandonaron la carretera de Birmania, de 1300 kilómetros, que aseguraba la comunicación con China. El general norteamericano Joseph W. Stilwell, más conocido por «Joe Vinagre», jefe de los ejércitos chinos en Birmania, se retiró con sus tropas hasta el Assam, en la India, en una de las hazañas de la guerra. Fueron veintiún días de agotadora marcha a través de una jungla hostil.

Los japoneses ocuparon Birmania a mediados de mayo, salvo algunas pequeñas bolsas de resistencia. El problema era el abastecimiento del generalísimo Chiang Kai Chek en China, aislado al quedar cortada la carretera de Birmania. Fue entonces cuando surgió, o mejor, resurgió, otra figura providencial en estos frentes: el aviador norteamericano Claire L. Chennault, que recorrió Estados Unidos para reclutar voluntarios. Se instaló en su cuartel general, doscientos cuarenta kilómetros al norte de Rangún, la capital birmana, con sesenta pilotos veteranos. Eran los Tigres Voladores de Chennault. Con ellos y con aviones de fortuna, los Tigres Voladores se enfrentaron con éxito a los Zeros japoneses. Desde finales de 1941 hasta el verano de 1942, destruyeron 297 aviones japoneses, dejaron fuera de uso otros 300 y causaron 1.500 bajas en el enemigo.

Para el alto mando japonés en la zona, era de vital importancia tender una línea férrea entre Tailandia y Birmania. Los prisioneros de guerra serían los encargados de desbrozar la selva. Así comenzó la ordalía para Trevor Deakin, que, a los 73 años, cuando le conocí,

celebraba el aniversario: «Se han cumplido 50 años —me dijo— y ya ve, nuestro sufrimiento lo han convertido en hoteles de lujo, en *souvenirs* para turistas, en un paraíso turístico. No me quejo, sé que es el signo de los tiempos, pero comprenderá que me sienta burlado. Han tomado el pelo a los muertos, a 15.000 de los nuestros, que cayeron bajo la bayoneta de los soldados japoneses, la malaria, el cólera, el dengue, la pelagra, la desnutrición o la tortura».

Trevor, como un viejo elefante, incapaz de librarse de los fantasmas que lo perseguían, había venido a morir en el Kwai. Durante años, después de su salida del campo de concentración, sufrió pesadillas, insomnio, alteraciones nerviosas y malestar general. Su esposa se separó de Trevor porque no podía aguantar sus decaimientos, sus depresiones. La última y eficaz recomendación vino de su hijo: «Sólo escaparás de ese infierno —le dijo— si vuelves al río Kwai, si te enfrentas a tus fantasmas». Fue lo que Trevor hizo al cabo de tantos años.

La terapia funcionó. El ex viajante de Duffield visitaba los cementerios de guerra —en uno de los cuales se reservó sitio—, escribía a los familiares de los caídos y reunía recuerdos y testimonios. Desde su *bungalow*, no lejos del puente Kwai, veía discurrir las aguas del río, del color del cacao, veía pasar el tren que llevaba a los turistas en tropel, escuchaba la cacofonía del discurso de los guías y se lamentaba de la rapacidad de los que pusieron el tinglado comercial en pie.

A los cincuenta años, japoneses y australianos, holandeses y norteamericanos, los enemigos de ayer, se daban cita ritual a orillas del río Kwai. Nos paseaban en barca de motor por el río, almorzábamos opíparamente en los elegantes salones de bambú, nos ofrecían músicas y danzas tailandesas con bailarinas de dedos doblados. El Kwai era una sociedad anónima. Nadie engañaba a nadie, pero, si nos atenemos a la conversación de Trevor Deakin y otros compañeros mártires, habrá que imaginar el calado del drama: murieron ciento dieciséis mil prisioneros de guerra entre occidentales y asiáticos.

Para construir la línea férrea entre Tailandia y Birmania en tan ingrato escenario, bajo un sol que doblegaba el ánimo y un monzón que lo convertía todo en un lodazal, era necesario el afán de supervivencia, una fuerza física fuera de lo normal y una capacidad sin límites para la esperanza. Muchos fueron los que se dejaron caer en el desánimo, sucumbieron a la melancolía y a la enfermedad. Otros, guiados por el instinto de conservación, resistieron años de penalidades en los campos de prisioneros de Java, de Malasia y de

Birmania. Trevor Deakin y sus compañeros de infortunio desbrozaron la jungla, derribaron montañas de granito a golpe de martillo y cincel, limpiaron los empinados caminos hacia la frontera birmana hasta que el «tren de la muerte» pudo circular. «Ni siquiera nos sirvieron rancho doble», recordaba Trevor. Les esperaban otras selvas, aeropuertos por construir, puentes que tender para los amos japoneses.

Los turistas del emperador volvían ahora al lugar del crimen armados con una cámara de vídeo. «La realidad, lo que vivimos aquí —recordaba Trevor—, no tiene nada que ver con la película de David Lean. En la novela, el coronel Nicholson representa el símbolo de la resistencia británica. Resiste estoicamente hasta que los japoneses aceptan el cumplimiento de las leyes internacionales de guerra. Es entonces cuando se ponen a construir el puente sobre el río Kwai. Los comandos británicos harán todo lo posible por obstaculizar esa obra que obsesiona al coronel. O sea, el ideal humano del trabajo bien hecho frente al patriotismo. Casi nada es verdad. La novela y el cine no tienen por qué ajustarse a ella, pero este montaje, en el que hasta los cementerios de guerra se transforman en cebo turístico, me revuelve el estómago. Si estos compañeros míos levantaran la cabeza…». Trevor exorcizaba las pesadillas: deseaba morir al lado del puente que ayudó a construir con sus manos.

No hubo asalto al puente, que ahora es de hierro, ni los que lo construyeron llegaron a sentir ningún orgullo al levantarlo; sólo hubo crueldad, humillación, tiranía. Ni un rasgo de compasión por parte de los japoneses. Trevor Deakin recorría con su amigo, el holandés van Linden, los escenarios de su juventud perdida, el núcleo cerrado de árboles, el sendero, el recodo en el camino, el terrible paso del Fuego del Infierno, donde tuvieron que abrir a brazo y martillo un paso de dieciocho metros de ancho y ciento diez de largo a través de la piedra granítica.

Deakin y van Linden se intercambiaban nostalgias. Van Linden fue hecho prisionero en la isla de Java: «Yo estaba adscrito a la
ABDA
—me dijo—, la alianza americano-británica y holandesa-australiana para defender la barrera malaya. Por tratar de defender tanto, no se pudo defender nada. Para colmo de desgracias, ninguno de los socios de la
ABDA
estaba de acuerdo con el otro. Cayeron 2 imperios, el británico y el holandés de las Indias Orientales. Yo recuerdo con pavor aquellos días de la invasión de Java: los bombarderos japoneses, el caos y la histeria de las columnas de refugiados que no sabían a dónde ir, el sol

apabullante, las lluvias, el hambre. De pronto, el colono blanco se veía reducido al nivel de los *coolies*, de los esclavos. Yo me encontraba en Bandung cuando entraron los japoneses sin encontrar resistencia. Los hospitales aparecían repletos de heridos y empezaban a faltar los víveres, la gasolina, la luz y las municiones. Los indonesios, los indígenas, nos habían jurado lealtad, pero yo veía con estupor cómo recibían a los japoneses: como libertadores. Ese día comprendí muchas cosas. La batalla del Mar de Java fue el último intento de rechazar la invasión. En 3 días, los japoneses destrozaron la flota aliada de Doorman. El gobernador van Mook escapó a Australia. A nosotros nos metieron en un barco de transporte y nos trajeron al campo de concentración de Kanchanaburi, aquí en Tailandia».

La película del río Kwai se rodó en Sri Lanka. La reconstrucción del puente, que se hizo sobre el río Kitani, costó 250.000 dólares. «Ni el orgullo de los japoneses —me dijo Trevor— ni las reglas inglesas sobre el trabajo voluntario en favor del enemigo hubieran hecho posible que ocurriera en la realidad lo que inventaron los guionistas. Nosotros lo pasamos mucho peor que en el cine. Nos hacían trabajar 12 horas diarias a paso de carga y a golpe de látigo. Nos veíamos obligados a retirar la vista de los compañeros convertidos en esqueletos ambulantes, vestidos con harapos, castigados por el paludismo y las diarreas. Yo tuve la suerte de no coger el cólera, pero todavía escucho los alaridos de agonía, los últimos lamentos de los moribundos. Las raciones que nos daban los japoneses eran misérrimas: una escudilla de arroz en la que flotaba algún trozo perdido que no se sabía si era carne o pescado, agua turbia para beber y un plátano al mes. A los más débiles los dejaban abandonados en la selva».

Se comían, disuelta en la sopa, la pasta de dientes enviada por la Cruz Roja. El 17 de agosto de 1945, desde los aviones norteamericanos lanzaron una lluvia de octavillas sobre la selva: «*A todos los prisioneros de guerra aliados. Las tropas japonesas se han rendido sin condiciones. La guerra ha terminado*». Algunos guardianes se hicieron el haraquiri. «En las octavillas —recordaba Trevor— nos aconsejaban que no comiéramos demasiado el primer día, que el hartazgo era peligroso. Tomé mis precauciones porque no estaba dispuesto a morir de un atracón el día que nos pusieran en libertad». Trevor Deakin alejaba el rencor de sus pensamientos. En medio del gran carnaval, tan sólo deseaba mantener vivo y limpio el recuerdo de los muertos, reducidos a cinta de vídeo y exotismo tailandés al instante. Su tumba lo esperaba en el cementerio de Chung Kai. Cuando le visité, Trevor redactaba el epitafio.

Bombardeo de Tokio

En pleno apogeo japonés llegó a Estados Unidos una noticia que se derramó como bálsamo sobre las heridas: la fuerza aérea norteamericana bombardeaba Tokio. El responsable de la hazaña se llamaba James Harold Doolittle; había dejado la fuerza aérea en 1930 para volver 10 años después con el cargo de comandante y la misión de transformar la industria automovilística en aeronáutica. En 1942, siendo coronel, fue elegido para mandar una espectacular incursión aérea sobre Tokio. En el colmo de la audacia, se trataba de despegar desde los portaaviones en los B25, bombardear la capital japonesa y aterrizar, a ser posible, en las bases de China. El impacto militar del raid fue limitado, pero sus consecuencias estratégicas y psicológicas llegaron lejos, ya que fue un ataque directo al orgullo japonés. La marina del Sol Naciente no se perdonó nunca aquella humillación, simbólica venganza de Pearl Harbor. Habían osado atacar la capital imperial y a la persona del emperador y la afrenta no podía quedar así: en abril 1942, Japón buscó la revancha sobre la armada norteamericana en el Mar del Coral y en las Midway, pero la fuerza aérea de la Armada Imperial recibió tal castigo que ya nunca más se enfrentaría en términos de igualdad a su adversaria. Doolitde, hombre extrovertido que intervino en el frente norteafricano y en el desembarco de Normandía, fue recompensado con la Medalla de Honor del Congreso.

El ataque a la capital japonesa tuvo lugar poco después del mediodía, hora de Tokio, del sábado 18 de abril de 1942. El entonces coronel recibió órdenes de no tocar el palacio imperial. La idea le vino a la cabeza al ingeniero y piloto acrobático poco después del ataque a Pearl Harbor. También el presidente Roosevelt deseaba propinar un escarmiento a los orgullosos japoneses. Debían dejar caer unas cuantas bombas, su tarjeta de visita, sobre la capital. La preparación del grupo de voluntarios se hizo con la mayor discreción. Doolittle, el primer piloto que cruzó Estados Unidos en doce horas, era sin duda el mejor jefe para aquella arriesgada misión. Después de varias semanas de entrenamiento en California, seleccionó a sus hombres, los reunió en el desayuno y les comunicó el plan de forma lapidaria: «Para los que no lo sepan o para los que estén preguntándose cuál será nuestro objetivo, les diré que vamos a bombardear Japón». 13 aviones B25 y un bombardero de tipo medio, de poco consumo de carburante y de

velocidad más que aceptable, lanzarían sus 4 bombas de 500 kilos sobre Tokio, mientras que otros 3 aparatos se encargarían de lanzarlas sobre Nagoya, Osaka y Kobe. «El portaaviones de la armada nos acercará lo más posible al objetivo. Que levanten la mano los tripulantes que no deseen tomar parte en la operación». Nadie levantó la mano.

El portaaviones se hizo a la mar escoltado por el *Enterprise*, cuatro destructores y un buque cisterna. La confianza de los tripulantes en el secreto de su misión se vio rota cuando la radio oficial japonesa se hizo sarcástico eco de una noticia difundida por la agencia británica *Reuter*. «Dicen que 3 bombarderos norteamericanos han descargado sus bombas sobre Tokio. Es una historia de risa. En lugar de preocuparse por tan estúpidos rumores, los japoneses gozan del bello sol de la primavera y de la fragancia de los almendros en flor». Como respuesta, Doolittle colocó medallas japonesas en las bombas con la etiqueta: «No quiero incendiar el mundo, sólo Tokio».

En esa misma radio, la «Rosa de Tokio», la locutora traidora, anunció que colgarían al general MacArthur frente a la puerta de entrada del palacio del emperador.

A bordo del *Hornet*, el comandante John Ford, director de cine, filmó el despegue de los B25. También los japoneses, como los marines en Pearl Harbor, eran capaces de bajar la guardia, de confiar en sus fuerzas y en la distancia que les separaba de los portaaviones enemigos. A las 12.30 del mediodía, el coronel Doolittle se encontraba sobre el objetivo para lanzar la primera bomba. Lo mismo hizo el resto de la escuadrilla. No hubo oposición de los cazas japoneses ni de las baterías antiaéreas. Ni un solo avión fue alcanzado. Los habitantes de Tokio creyeron que se trataba de un simulacro aéreo. El almirante Ugaki fue incapaz de descubrir la flota enemiga y esa misma tarde, como recoge John Toland en *The rising sun*, escribió en su diario: «Debemos revisar nuestras medidas de defensa contra los ataques enemigos y comprobar los tipos, los números y marcas de los aviones. Hoy la victoria ha sido suya». Tres aviones se estrellaron en aterrizajes forzosos, 8 pilotos, que se habían lanzado en paracaídas, fueron hechos prisioneros por los japoneses y llevados a Tokio para ser juzgados. Tres de ellos fueron ejecutados y un cuarto murió en cautividad. Ante la intriga de los japoneses, el presidente Roosevelt informó que los aviones habían partido de Shagri-La, el reino de ficción creado por el novelista James Hilton en *Horizontes perdidos*. La radio japonesa lo tomó en serio. El oficial que mandaba las fuerzas antiaéreas se hizo el haraquiri. La tripulación de Doolittle aterrizó en China, desde donde logró alcanzar las líneas del aliado Chiang Kai

Chek. Los resultados del bombardeo fueron modestos, pero el impacto psicológico resultó enorme. *Los Angeles Times* tituló a toda página con un juego de palabras: *«Doolittle do it»*. (Doolittle lo ha conseguido). Esa era la música que deseaba escuchar la opinión pública norteamericana. El coronel ascendió a general, a comandante en jefe de la Decimoquinta Fuerza Aérea (1943) y luego de la Octava Fuerza Aérea (1944).

Japón respondió con el envío de una flota invasora en dirección hacia Nueva Guinea y Australia a través del archipiélago de las Salomón. El almirante Nimitz, sucesor de Kimmel, concentró sus efectivos para cortar el paso del enemigo. Las dos fuerzas navales se enfrentaron en el Mar del Coral el 8 de mayo. Se trató del primer duelo en la mar entre 2 fuerzas aeronavales sin que los buques dispararan un solo cañonazo. Puede decirse que norteamericanos y japoneses hicieron tablas. El novelista James Jones se encontraba tomando unas copas en la taberna del viejo Waikiki en Honolulú. «Me enteré de la batalla del Mar del Coral por un marinero borracho —escribió en *WWII*—. Yo creo que desde el punto de vista táctico, fue una victoria japonesa, y desde el punto de vista estratégico, una victoria norteamericana». Los aviones de Nimitz hundieron 7 buques de guerra japoneses, entre ellos el portaaviones *Ryukyu*. El almirante Nagumo tampoco se fue de vacío: el poderoso portaaviones *Lexington*, un destructor y un buque cisterna se fueron a pique.

LAS MIDWAY

El aspecto decisivo de la batalla del Mar del Coral fue que la flota japonesa se retiró a toda máquina sin poder poner pie en Port Moresby. Era su primer repliegue en la guerra. En cuanto a Estados Unidos, acababa de hundir su primer gran barco nipón. Los dos grandes portaaviones *Shokaku* y *Zuikáku* debieron entrar en dique seco para ser reparados y su ausencia se dejó notar en la gran batalla que se preparaba en el Pacífico septentrional y que cambiaría el signo de la guerra. El alto mando japonés, irritado por la incursión del coronel Doolittle, se reunió en el Cuartel General Naval en la capital japonesa. Los ojerosos y desmejorados rostros de los jefes delataban la rabia y la indignación. Discutían en torno a la mesa del mapa de operaciones del Pacífico sin saber bien cómo llevar a cabo el desquite cuando una mano a la que le faltaban dos dedos señaló en un punto del mapa. Se volvieron y miraron de nuevo en el mapa. Era el almirante Isoruku Yamamoto, que apuntaba hacia un remoto atolón situado a 2250

millas al este. «Midway», exclamaron los jefes de la marina.

Sí, Midway era el lugar elegido, una cadena de islas, una barrera de coral y arena, posesión de Estados Unidos, situada a poco más de mil millas de Pearl Harbor. Hasta entonces, Japón había perdido tan sólo cinco mil hombres a lo largo del *blitzkrieg*, la guerra relámpago asiática. Un precio muy barato en un período muy corto, 3 meses: desde el bombardeo de Pearl Harbor el 7 de diciembre hasta la capitulación de Java el 7 de marzo.

El almirante Yamamoto veía varias ventajas en el proyectado ataque contra Midway. En primer lugar, se desmantelaba una base ofensiva de los estadounidenses; en 2º lugar, serviría de rampa de lanzamiento para el asalto japonés a Hawai, y por añadidura, atraería a la flota norteamericana. Pero el Estado Mayor no las tenía todas consigo, hasta que la operación de Doolittle, pilotando el *Ruptured Duck*, les decidió a dar el paso. El plan de Yamamoto consistía en navegar hasta las Aleutianas con la más poderosa fuerza naval que podía reunir Japón. El propio Yamamoto se puso al frente de la armada e izó su pabellón en el *Yamato*, un coloso de los mares de 63.000 toneladas. El acorazado estaba artillado con cañones de 18 pulgadas (460 mm). Sus 2 objetivos: la ocupación de las 3 islas del atolón de las Aleutianas y el atolón de Midway. Nadie sabe aún por qué Yamamoto dirigió la Quinta Flota hacia las Aleutianas, unas islas sin ningún valor económico y estratégico sumidas en la bruma helada; tal vez, para usarlas de futuro trampolín para la conquista de Estados Unidos. Pero Alaska quedaba a 3000 kilómetros del archipiélago y esa división de las fuerzas resultaba incomprensible: la concentración de los esfuerzos es la esencia del arte militar.

Desde el mes de diciembre, los norteamericanos procedieron a fortificar Midway. Lo hicieron en un medio hostil, bajo un clima insano, en un territorio en el que el agua escaseaba, sacudido por el viento del mar, el ruido de los pájaros y el polvo coralífero. A pesar del clima que enervaba a los soldados, los marines, los aviadores, los zapadores trabajaron bien. Midway, dicen, es el Gibraltar del Pacífico con sus cinturones minados, sus alambradas y sus lanzallamas (como han mostrado las películas, los norteamericanos hicieron un uso muy amplio de ellos). Los obstáculos se adentraban en el mar.

Para la armada nipona, la ruta hacia Midway fue más o menos como la que le condujo a Pearl Harbor: una mar violenta, nubes bajas, viento fuerte y niebla. Pero no era el estado del mar, la bruma, el principal enemigo de Yamamoto, que navegaba al frente de su formidable escuadra. La clave de esta batalla pertenece al arte del espionaje: Estados Unidos logró descifrar el código de transmisiones

japonés. No sólo sabían que la armada había zarpado, sino que conocían su destino. Después de una visita de inspección a la isla, el almirante Nimitz, cuyos cabellos se han vuelto blancos como la nieve después de Pearl Harbor, felicitó al capitán de fragata Simard por su buen trabajo. De regreso a las Hawai le envió una nota: «Atención, el ataque se producirá el 4 de junio». Simard se hizo de cruces. ¿Cómo lo sabía Nimitz?

Al frente de la armada marchaba el almirante Nagumo con 4 portaaviones (el *Akagi*, el *Kaga*, el *Soryu* y el *Hiryü*), 250 aviones, 2 acorazados, 2 grandes cruceros y 12 destructores. Las tropas de asalto y desembarco viajaban en 2 grandes buques y otros 38 transportes bajo el mando del vicealmirante Kondo. Detrás, majestuoso señor del mar, iba el *Yamato* con su escolta de 7 cruceros y 17 destructores, entre otros navios. En total, más de 200 buques de guerra. La fuerza naval norteamericana era muy inferior: como máximo, 2 acorazados, 3 portaaviones, 9 cruceros y una treintena de destructores. El almirante Nimitz despachó en cabeza al almirante Raymond
A.
Spruance con su Grupo de Combate 16 embarcado en 2 portaaviones, el *Enterprise* y el *Hornet*, 6 cruceros y 9 destructores. La segunda fuerza, la 17, navegaba a bordo del *Yorktown*, 2 cruceros y 5 destructores al mando del almirante Frank J. Fletcher. El punto de encuentro entre los 2 grupos de combate se llamó Point Luck (el Punto de la Suerte), al nordeste de Midway, pero ninguna suerte era mejor que haber descifrado los códigos secretos japoneses, lo que no sospechaba Yamamoto. Metido en zona de densa niebla, Nagumo estudió 2 opciones: machacar por completo el atolón para efectuar el desembarco o enviar la flota norteamericana al fondo del mar. Si ésta se encontraba cerca sería la opción elegida. El jefe de operaciones, capitán de navio Oishi, creía que la flota norteamericana estaba en Pearl Harbor, a 1100 millas. «Creo —dijo el almirante Nagumo— que debemos atenernos a los planes y neutralizar Midway, siempre que no topemos con los buques enemigos». Oishi estuvo de acuerdo y, como por arte de magia, se alejaron las nubes, la bruma y la niebla. El tiempo mejoró. Perfecto. A las 2.45 de la mañana del 5 de junio, los altavoces sacaron de la cama a los pilotos. A las 4.30, Nagumo dio la orden de despegue: los aviones permanecieron en el aire 15 minutos para tomar la dirección de Midway, a 240 millas. Mientras tanto, los hidroaviones de reconocimiento peinaban la zona para explorar cualquier pista de los barcos norteamericanos: «*No tendremos la suerte de encontrarlos por estas aguas*», pensó el capitán Oishi. Para el Estado Mayor de Estados Unidos, Midway era un portaaviones imposible de

hundir. Habían reunido allí una fuerza aérea de 121 aparatos de todas clases. La base se encontraba en alerta máxima desde las 03.00 horas. Un avión Catalina descubrió el convoy japonés. El almirante Nimitz tenía razón: sería el 4 de junio. A las 5.42 horas la estación de radar de la isla confirmó: «Muchos aviones, 89 millas, 320 grados».

La batalla, desigual, se entabló en el cielo. La aviación japonesa destrozó a los Buffalos y a los Wildcats norteamericanos: los Zeros eran más rápidos y manejables. Los 2 islotes desaparecieron entre las llamas y el humo, pero los daños fueron mínimos. El jefe de la fuerza aérea que atacó Midway, el teniente de navio Tomonaga, repitió la orden: «Segundo ataque…». Eran las 7.10 cuando los bombarderos norteamericanos se acercaron a los buques japoneses. El primer ataque de los aviones torpederos resultó un fracaso. La defensa antiaérea del almirante Nagumo era cerrada y eficaz. Desde la carlinga de uno de los TBD Devastator tocado por el fuego japonés, un joven piloto pronunció por el micrófono sus últimas palabras: «Mamá, si me vieses…». El primer asalto lo ganaron los pilotos del Mikado. El segundo fue un diluvio de fuego sobre los buques japoneses, que navegaban en zigzag. Los aviones torpederos del *Hornet*, del *Yorktown* y del *Enterprise*, seguidos de los bombarderos en picado, se lanzaron en tromba sobre portaaviones, acorazados y cruceros. Los *japs* no pudieron reaccionar y Nagumo perdió todos sus aviones desplegados en cubierta. Desde arriba, los pilotos norteamericanos que habían despegado de los portaaviones contemplaban el desastre: los buques incendiados, las explosiones de las santabárbaras, las cubiertas de vuelo destruidas. El chasco de Nagumo y de su jefe superior fue mayúsculo. ¿Cómo habían aparecido en escena tres portaaviones?

LAS LÁGRIMAS DE UN ALMIRANTE

Los aviones se hicieron para comprometerlos en la batalla a pesar de los riesgos, y aquella, como la del Coral, fue la batalla de los aviones. Lo esencial en una confrontación es sorprender al enemigo en el momento en el que es vulnerable, y eso fue lo que hizo Spruance al lanzar al combate ciento diecinueve aparatos del *Enterprise* y el *Hornet*. Después le tocó el turno al *Yorktown* con sus diez cazas, doce torpedos y diecisiete bombarderos. George
H.
Gay, piloto texano de la Octava Escuadrilla de Torpedos, despegó de la pista del portaaviones y voló a baja altura por el peso de los torpedos y con el sol de cara. Al cabo de una hora de vuelo divisó los

portaaviones del almirante Nagumo defendidos por setenta Zeros. Uno a uno, los aviones de la Octava Escuadrilla cayeron al mar. El alférez Gay escuchó el grito de su ametralladora: «Me han dado». Tenía enfrente al portaaviones *Kagay* se dirigió hacia él: «Pulsé el disparador del primer torpedo, pero falló. Yo estaba herido en un brazo. Tiré entonces del cable con mi mano buena y allí salió disparado el torpedo. Mi Devastator saltó por encima del puente del portaaviones. Cuando escapaba del peligro los Zeros japoneses vinieron a por mí y me alcanzaron. Yo no sabía entonces que de los 15 aparatos y los treinta hombres que atacaron los portaaviones *Kaga* y *Akagi*, yo sería el único en salvarme». Un desastre para los aviones torpederos.

El alférez Gay cayó a las aguas revueltas, a su lado se abrió la balsa neumática, pero se hizo el muerto para no llamar la atención de los Zeros. Se tapó la cara con su cojín de caucho. Un Catalina lo rescató al día siguiente. De pronto, a las 10.46, cambió el curso de la batalla. Los 3 portaaviones japoneses estaban tocados. Como un sonámbulo, el anciano almirante Nagumo hubo de abandonar el *Akagi*. Un ayudante llevaba consigo el retrato del emperador Hirohito. El *Kaga* y el *Soryu* desaparecieron casi al mismo tiempo. El primero se llevó con él a su capitán, muerto. El *Akagi* recibió al día siguiente el tiro de gracia por orden del almirante Yamamoto: «Mi primer blanco de la guerra», dijo entre sollozos. Pero la batalla no había terminado porque quedaba otro portaaviones mandado por el almirante Yamaguchi, el *Hiryu*: 12 cazas, 18 bombarderos y otros tantos torpedos buscaron al *Yorktown*, lo encontraron y lo incendiaron. Como el *Akagi*, flotó durante horas hasta que un torpedo norteamericano lo hundió. Todas las fuerzas del *Enterprise* y del *Hornet* se concentraron para acabar a las 17.00 horas con el único portaaviones japonés; a 30 nudos, el *Hiryu* zigzagueaba sin descanso haciendo uso constante de su defensa antiaérea. Todo fue en vano. 4 bombas cayeron sobre el navio y lo alcanzaron. El almirante Fletcher pudo entonces transmitir el siguiente mensaje a su jefe Nimitz en Pearl Harbor: «Soy el dueño del aire». A la luz de la luna y del incendio, que envolvía su portaaviones, el almirante Yamaguchi reunió a sus 800 hombres tiznados, heridos y con los uniformes desgarrados y sucios. «Me quedo a bordo —les dijo—. Les ordeno que abandonen el navio y continúen sirviendo lealmente a su majestad el emperador». Los hombres obedecieron y saltaron a un destructor que había acostado al navio en llamas. Yamaguchi y el capitán Kaka murieron juntos en su barco.

¿Qué hacía mientras tanto el almirante Yamamoto a bordo del *Y amato*? Lloraba. «Me dan ganas de blasfemar», dijo. A las 2.00 del 5 de junio, el buque insignia tocó retirada. El 4 de junio por la mañana,

Japón era invencible; ese mismo día por la noche, había sido vencido. Era la primera derrota naval japonesa desde 1592 a manos del coreano Yi Sunsin. Esta vez fueron los japoneses quienes subestimaron a Estados Unidos. Con fuerzas inferiores causaron 5000 bajas al enemigo, acabaron con los 4 portaaviones y el crucero pesado *Mikuma*, dañaron gravemente el crucero pesado *Mogami* y a otras unidades menores y destruyeron 147 aviones. La escuadra nipona se esfumó en aguas norteamericanas. Sobre Midway flotaba, como siempre, la bandera de las barras y estrellas. En 5 minutos, la fuerza de Spruance, los bombarderos en picado, acabaron con el mito. Donde fallaron los aviones torpederos (se perdieron el 90% de ellos) y los B17, los bombarderos en picado se revelaron como el instrumento más eficaz de este nuevo tipo de guerra aeronaval a gran distancia. Todo lo que ganaron los japoneses en su retirada fueron dos islas desiertas, las de Kisha y Attu. Sus errores fueron la falta de información, los aviones de reconocimiento, la dispersión, el lanzamiento del ataque de los aviones de los cuatro portaaviones al mismo tiempo y la decisión de Yamaguchi, de acuerdo con el código del honor, de hundirse con su barco. El almirante Yamamoto siguió la batalla de lejos. La capacidad de reacción fue nula, quizá como efecto de la sorpresa.

Los ataques de los aviones torpederos fueron algo parecido al suicidio. El teniente John
C.
Valdron, que mandaba la escuadrilla de torpederos del *Hornet*, natural de Dakota del Norte y con sangre india en sus venas por parte de su abuela sioux, estrechó la mano de su jefe, el capitán Mitscher, y le confió antes de despegar: «Yo sé que mi escuadrilla está condenada a la destrucción total y que no nos queda ninguna posibilidad de volver a ver este portaaviones, pero cuente conmigo, señor». Sabían que les esperaba la muerte. ¿Por qué lo hicieron? «Tan sólo podemos especular», respondería James Jones para apuntar alguna hipótesis: profesión al idad, sentido del sacrificio, espíritu de cuerpo, eran los soldados escogidos de Norteamérica, la fuerza aérea, y, por añadidura, pilotos de portaaviones. Vanidad y orgullo, masoquismo nacional, social y hasta racial, una suerte de excitación casi sexual. «El último lujo, el de que ya nada les importaba un bledo», escribió el novelista. Y también el patriotismo. Quizá algunos de ellos tenían esposas que ya no les importaban nada, aunque fueran lo bastante caballeros como para no reconocerlo de forma abierta. «Cualquiera que fueran las razones —añadió James Jones—, estos hombres salieron a luchar y murieron, jóvenes norteamericanos sin la tradición medieval del *bushido*. Su sacrificio fue un factor importante para la victoria de

Midway».

GUADALCANAL

Quedaban otras sangrientas batallas por librar, por ejemplo, la de Guadalcanal, isla que constituía un punto estratégico vital en el sudoeste. Los japoneses habían salido escaldados del centro del Pacífico, demasiado cerca de la fortaleza de Pearl Harbor. En cuanto a Nimitz y MacArthur, nombrado jefe de las fuerzas del sur desde su base en Australia, necesitaban apretar la tuerca, proceder al contraataque. Guadalcanal fue el punto elegido. Las Salomón las descubrió un joven español, Alvaro de Mendaña, que partiendo del Perú en 1576 buscaba minas de oro, las minas del rey Salomón. Allí no había oro, sino tan sólo unas islas estériles pobladas por ruidosos pajarracos. Esta vez Tokio adivinó las intenciones de los norteamericanos y reforzó Tulagi y la gran isla vecina de Guadalcanal, de 145 kilómetros de largo y cuarenta de ancho. El almirante Nimitz puso a Robert Ghormley al frente de la operación.

El 7 de agosto, después de la preparación artillera y la acción de los bombarderos, once mil marines pusieron el pie en las playas de Guadalcanal, «el Verdún del Pacífico». Los obreros japoneses que trabajaban en la isla la abandonaron a toda prisa. En Tulagi ofrecieron mayor resistencia, pero 6000 marines la ocuparon sin apenas dificultad. Los japoneses creyeron que resultaría una tarea sencilla desalojar a los marines, mientras que los norteamericanos nunca pensaron que sus enemigos acumularían fuerzas tan considerables para su reconquista. La idea de los jefes norteamericanos era la de ocupar, una tras otra, las islas más importantes. La defensa que los soldados del emperador hicieron en algunas de ellas fue encarnizada.

El 9 de agosto le tocó el turno a la armada japonesa. Cruceros y destructores atacaron a las fuerzas norteamericanas de Guadalcanal. Hundieron 4 cruceros pesados que estaban prácticamente anclados a lo largo de la isla Savo, y cuando debían haber dado cuenta de los buques de transporte de tropas, que esperaban desembarcar en la isla, los japoneses tocaron retreta para recuperar fuerzas. Así empezó la batalla de los seis meses. Los marines conocieron muy pronto la capacidad de adaptación de los soldados del emperador sobre aquel terreno húmedo, caluroso y malsano. Se fundían y confundían con la jungla: los «pacos» disparaban desde posiciones inverosímiles, escondidos en la maleza y colgados de los árboles. Al enemigo humano había que añadir el adversario de la naturaleza: boas,

mosquitos portadores de la malaria, ratas… El japonés era un enemigo elusivo y los marines se vieron obligados a ir por él. Cada vez desembarcaban más hombres: su objetivo no era otro que el aeropuerto de Guadalcanal.

Los japoneses atacaban y los marines repelían el ataque. Se llegaron a disputar seis encuentros navales. El apoyo aéreo norteamericano era muy inferior al japonés. A mediados de octubre, la aviación imperial atacó con éxito el aeródromo Henderson: destruyó 42 de los 90 aparatos que había. El día 24, el mando japonés lanzó una dura ofensiva por tierra con todos sus efectivos en juego. Los marines se hallaban bien colocados sobre el terreno, en posición favorable: su artillería causó estragos en las filas enemigas, que dejaron 2000 cadáveres sobre la playa y la jungla. Los marines extendieron su perímetro. Los hombres del Sol Naciente, herido su orgullo, no se daban por vencidos. El *Tokyo Express*, un convoy naval rápido formado por destructores y al mando del agresivo Tanaka, uno de los mejores almirantes del emperador, desembarcaba tropas por la noche, la hora japonesa. Poco a poco, la fuerza naval de Nimitz se impuso sobre la nipona, que al comenzar la batalla era muy superior. Llegaron doscientos aviones más. Fue una lucha para comprobar cuál de los dos ponía más medios y más fuerzas sobre el terreno. En ese aspecto ganó Estados Unidos. Para el 7 de enero de 1943, Nimitz había desembarcado 50.000 soldados en Guadalcanal. El clima, las enfermedades, el paludismo y la escasa alimentación hicieron mella en los guerreros japoneses: perdieron 25.000 hombres, nueve mil de ellos por enfermedad, y seiscientos aviones en Guadalcanal. Muy a su pesar, dieron la orden de retirada. Los marines perdieron 1592 hombres en las batallas terrestres.

Stalingrado, El Alamein, Guadalcanal: las tres batallas tuvieron un punto de inflexión en torno al mismo mes de noviembre del mismo año, 1942. Las tres fueron decisivas.

OBJETIVO, BIRMANIA

El mundo miraba con preocupación lo que ocurría en el norte de Africa, en Italia, en las acciones de los grandes océanos, el Atlántico y el Pacífico, y olvidaba la guerra de la jungla. Compañías, batallones y regimientos se disolvieron en la selva birmana que, en muchos sentidos, acogió a la peor guerra de todas. El enemigo japonés se hizo un experto en este tipo de enfrentamientos. Vestía uniforme ligero, botas de caucho, se movía con sigilo, llevaba consigo una botella de

agua, una bola de arroz y unos trozos de pescado seco. Sus armas eran automáticas, adecuadas a los choques en la selva, lo mismo que las granadas, metralletas ligeras y morteros. Nunca utilizaba las carreteras si sabía que estaban ocupadas, elegía los senderos menos frecuentados de la selva, abría nuevos caminos que tan sólo él conocía. En cambio, los soldados británicos y sus aliados, a los que no les quedó otro remedio que aprender de los primeros errores de una guerra cuyos secretos desconocían, debían mantener abiertas las principales rutas. Los japoneses pasaron al lado y les tendieron una emboscada detrás de otra. Los blindados no servían allí. La única guerra que podían librar era la que planteaba el enemigo. La verdad es que a los británicos les costó aprender y adaptarse. Rangún, la capital de Birmania, aguantó el bombardeo durante semanas. Lo hizo a pie firme. Cuando entraron las tropas japonesas, la capital, una de las joyas de Asia, aparecía en estado ruinoso, saqueada, destruida por los bombardeos, poblada de *dacoits* (bandidos), leprosos, criminales y lunáticos a los que dieron suelta con la evacuación. El general Slim se replegó a la India tras una marcha de cerca de mil kilómetros entre los montes y la selva. Era una tropa mal alimentada y mal armada, castigada por el monzón, las fiebres malignas y las llagas. Por lo menos habían evitado la catástrofe.

En la India, el Partido del Congreso, que dirigía el Pandit Nehru, protegido del Mahatma Gandhi, llevaba años de lucha contra los colonizadores británicos. Había surgido mientras tanto un extremista llamado Subas Chandra Bose que organizó un movimiento clandestino a favor de los japoneses: él sí creía que el Ejército Imperial iba en plan libertador. Bose llegó a ser muy popular en determinadas zonas de la India, que preferían la «Esfera de la Prosperidad Común» que les ofrecía Japón al dominio británico.

He visto retratos de Bose en casas de Calcuta, de Madrás y de las islas Andaman. Tres son los personajes, cuatro si incluimos al general Slim, que llamaron la atención en esta guerra olvidada de Birmania: el ya citado Stilwell «Joe Vinagre», Chennault, aviador de los Tigres Voladores, y el brigadier Wingate. La corriente no pasó entre Chennault y Stilwell; uno era aviador y el otro de infantería, tan terco este último que se negó a tomar el avión para la retirada. Stilwell era una leyenda en vida; amigo de los chinos, a quienes defendía a capa y espada, hablaba su idioma, era tenaz y poco diplomático. Slim lo definió así: «Los norteamericanos le temían. Era muy valiente. No era un gran soldado en el sentido más estricto, pero sí un líder sobre el terreno; nadie hubiera sido capaz de sacarles tanto partido a los chinos».

Joseph Stilwell no se anduvo con rodeos. Cuando salió de la jungla tras la increíble retirada, exclamó: «Vaya paliza que nos han dado los japoneses. Nos han echado de Birmania y eso escuece mucho. Es una humillación. Creo que debemos estudiar por qué nos han vencido, para volver y echarles nosotros a ellos». Iba a contar con la ayuda de otro singular personaje que sirvió en Palestina, Charles Wingate. Los sionistas le adoraban hasta el punto de pensar en él como comandante en jefe de un futuro ejército israelí. Combatió en Abisinia contra los italianos al frente de fuerzas irregulares. Era un hombre original, puritano, disciplinado y díscolo. Para marzo de 1943, Charles Wingate había formado unidades selectivas de británicos, indios y *gurkas*. Los llamó «*chindits*» (león en birmano) y los empujó hacia los japoneses, detrás de las líneas enemigas, en la zona del alto Irawadi. Sus 8 columnas de *chindits* volaron puentes, destruyeron depósitos de municiones y aeropuertos y obligaron a los japoneses a moverse sin tregua. Recibieron suministros desde el aire y combatieron como el enemigo, se ocultaron como él en la selva y le presentaron el mismo tipo de batalla. Después de 3 meses, volvieron dos mil ciento ochenta y dos de los tres mil que salieron, y, de ellos, tan sólo seiscientos se hallaban en condiciones de volver a luchar, tal era su ruinoso estado físico como consecuencia de las privaciones.

Las acciones de los *chindits* no fueron espectaculares.Cuando regresaron a sus bases y se cuadraron ante su jefe, Wingate, estaban macilentos, esqueléticos, con la huella de la enfermedad y la fiebre en sus ojos; pero habían demostrado algo: los japoneses podían ser vencidos en la jungla. El brigadier Wingate era el hombre que buscaba Churchill: poco ortodoxo, ascético y lleno de iniciativa. «Este hombre —dijo el primer ministro— es un genio. Creo que debe conducir al ejército en su batalla contra los japoneses en Birmania. Después de la ineficacia y la laxitud que han caracterizado las operaciones en el frente birmano, los resultados obtenidos están ahí. Hombres como éste no deben ver su carrera obstruida por el escalafón». A pesar de todo, era el general Slim el que continuaba en el mando. A los *chindits* de Wingate se incorporaron los de la Unidad 5.307, más conocidos como «los merodeadores de Merrill». Eran 3.000 voluntarios, seleccionados con cuidado entre casi todas las unidades del ejército estadounidense. En la primavera de 1944, los chinos de Stilwell estaban preparados para atacar Mitykina, como preludio de la reconquista de Birmania. Los «merodeadores de Merrill» cayeron sobre los japoneses como el halcón sobre su presa. Tenían enfrente a la 18 División, una de las mejores del Ejército Imperial. Desgastados por el clima y la falta de víveres, quedaron muy pocos «merodeadores» vivos para contarlo,

pero su sacrificio permitió a Stilwell reabrir la ruta de Birmania con China, la lúgubre y laberíntica carretera de Ledo.

SIN CUARTEL

Los británicos marcharon con dos divisiones a lo largo de la costa hasta Arakan. La lucha fue aquí salvaje y desesperada, sin cuartel. Los japoneses los cercaron hasta el punto que los ingleses se vieron obligados a pedir refuerzos, armas, municiones y abastecimiento desde el aire. Un sargento británico describió las características del soldado japonés: «Su artillería y sus morteros eran de primera clase, el fusil lo disparaban mal, pero eran fanáticos y decididos. Un incidente me impresionó mucho. En la carga a la bayoneta, uno de nuestros oficiales pasó al lado de un japonés herido sin rematarle. El herido le disparó por la espalda y lo mató de inmediato. El japonés herido fue rematado por el ayudante del oficial, que a su vez resultó muerto por otro herido o moribundo. La moraleja corrió entre nosotros: nunca dejes atrás a un japonés herido».

Las fuerzas del Ejército Imperial en el frente birmano pasaron de 5 a 8 divisiones. Se temía una ofensiva sobre Imphal, la puerta de la India. Churchill contaba con un amigo suyo para poner orden en las filas británicas, *lord* Luis Mountbatten, pero ni siquiera este comandante supremo para el sureste de Asia podría en primera instancia con la fuerza bruta japonesa, que el 8 de marzo desencadenó un ataque sobre Imphal desde varias direcciones. En una aldea de 4 chozas y de hileras de rododendros, el Regimiento Real del West Kent, un batallón de *gurkas* y otro del Regimiento de Assam se cubrieron de gloria ante el asalto de toda una división. Poco a poco se redujo el perímetro. Después de 15 días de rabiosa batalla los empujaron a una colina. La guarnición de Kohima hizo cuatro mil bajas entre los asaltantes japoneses. Tras ser rescatados dejaron esta inscripción entre sus muertos:

Cuando vuelvas a casa
habla de nosotros y di:
por vuestro mañana
nosotros dimos nuestro hoy.

De los 80.000 japoneses que atacaron Imphal a sable y granada, 50.000 estaban muertos y el resto, desperdigados. A finales de junio, el almirante Mountbatten podía afirmar con seguridad: «La carrera

japonesa hacia la India ha terminado. Nos espera la primera gran victoria de Gran Bretaña en Birmania». Para entonces, el brigadier Wingate había desaparecido (marzo de 1944) entre los restos de un avión incendiado en plena jungla. «Con él se ha extinguido una llama brillante», dijo Churchill.

El Decimocuarto Ejército del general Slim logró el triunfo a un alto costo. En la primera mitad de 1944 perdió 40.000 hombres. Otros 237 cayeron enfermos. No hubo banderas ni gaitas escocesas para ellos. Tan sólo la voz de su comandante: «Estos son los hombres que convirtieron la derrota en victoria». Fue una guerra digna de Kipling.

He visitado el cementerio cerca de Rangún: 27.000 soldados británicos y aliados descansan allí. De los 4200 soldados que emprendieron la retirada desde Birmania hacia la India con los japoneses en los talones, 3.000 quedaron en el camino. Las tropas de Stilwell entraron en Rangún el 3 de mayo de 1945. El cine se ocupó también, a su estilo, de esta batalla con la película *Objetivo, Birmania*, protagonizada por un Errol Flynn con la barba crecida y el barboquejo suelto. Para entonces, «Joe Vinagre» había sido relevado del mando por sus diferencias con el generalísimo Chiang Kai Chek.

El premio Nobel Kipling escribió sobre Mandalay, la ciudad dorada:

El viento en las palmeras
y las campanillas del templo dicen
vuelve, soldado inglés;vuelve a Mandalay.

He subido los 1729 peldaños que conducen a la colina de Mandalay. El guía Ko Soe me llevó hasta allí. Los astrólogos, los palmistas, los monjes budistas, mujeres que fumaban grandes cigarros verdes, todos confluían en Mandalay Hill. Los británicos y los indios sufrieron allí cuantiosas bajas en marzo de 1945. Quedan como recuerdo las insignias de los regimientos.

EL SUEÑO DEL GUERRERO

La guerra del Pacífico no había terminado. Japón dominaba desde las Aleutianas hasta las Salomón, cerca de Australia. Sus ingenieros trabajaron duro y construyeron fortines de los que sólo se les podía sacar en el cuerpo a cuerpo o con la ayuda del lanzallamas. De la determinación del soldado japonés da idea el caso del teniente Hiro Onoda, que se refugió en la selva cuando MacArthur retomó las

Filipinas en 1945. Durante años, las patrullas norteamericanas y filipinas dieron caza a los soldados fugitivos. Todos ellos resultaron muertos o se rindieron salvo uno, Onoda. En 1974, un viajero japonés tomó contacto con el teniente, que se negaba a creer que la guerra hubiera terminado con la derrota de Japón. Ni siquiera sabía que había terminado. Tan sólo creería en la derrota japonesa si así se lo comunicaba el comandante Taniguchi, su jefe. En marzo de 1974, o sea, casi 30 años después, Taniguchi le leyó las órdenes de alto el luego del jefe del Estado Mayor del 14 Ejército. ¿Qué había hecho Onoda durante todos estos años? El mismo lo contó: «*Cuando se pasó mi enfado lo comprendí por primera vez: mis 30 años como guerrillero en el ejército japonés habían acabado abruptamente. Era el final. Saqué el cargador de mi fusil y retiré las balas*».

Un poeta llamado Hirohito les pidió a sus soldados:

Sed como pinos
cuyo color no cambia
aunque soporten el peso
de una nieve que cae sin cesar.

Treinta y un años pasaron entre la salida a la luz del teniente Onoda en las selvas filipinas y la muerte del almirante Yamamoto. Una vez más, el acceso a los códigos de transmisiones japonesas permitió a la Marina norteamericana saber que el almirante Yamamoto, responsable del ataque a Pearl Harbor, saldría de Rabaul para visitar una serie de bases del Pacífico suroccidental. Yamamoto viajaría en un Misutbishi bimotor escoltado por seis cazas Zero. El aterrizaje de Yamamoto y su plana mayor, que viajaba en otro Mitsubishi, estaba previsto para las 9.45 horas en un aeropuerto de la isla de Boungaville. El mensaje llegó en código secreto al campo Henderson, el aeródromo de Guadalcanal. La orden era acabar con Yamamoto. Una escuadrilla de 18 aparatos P-38 despegó de Guadalcanal. El éxito de la operación dependía de la puntualidad, legendaria, del gran almirante. En efecto, 10 minutos antes de la hora prevista para el aterrizaje, los dieciocho *Lightnigs* estadounidenses distinguieron a los dos Mitsubishi. Yamamoto y su plana mayor murieron en la emboscada al ser derribados sus aviones. El almirante Koga, que sucedió a Yamamoto, no llegó a mostrarse nunca tan temible como fue el jefe de la escuadra que atacó Pearl Harbor y las Midway.

En su ruta hacia Tokio, Nimitz y MacArthur hicieron el salto de la rana de isla en isla del Pacífico. Los combates fueron muy virulentos en las Salomón, en Boungaville y en otras islas que los

norteamericanos laminaron con sus fortalezas volantes. La batalla del Mar de Bismarck fue, en palabras de MacArthur, «determinante en el avance de Estados Unidos hacia Japón».

La técnica de Nimitz, con respecto a la toma de la base de Rabaul con 10.000 hombres, 6.000 aviones y la Octava Flota, junto a defensas minadas, bloques de cemento y trampas con ametralladoras, consistió en aislarla sin atacarla de forma directa. El almirante Nimitz ocupó las Marshall, Boungaville (diciembre 1943) y otras islas en la costa de Papua (Nueva Guinea) y se sirvió de ellas como bases aéreas para hostigar a Rabaul y cortar su ruta de aprovisionamiento por mar. La base japonesa del Pacífico central quedó rodeada hasta el final de la guerra. Fue en el centro del Pacífico donde se libró la batalla de Tarawa, fortificada hasta tal punto que el comandante en jefe del atolón, el almirante Shibasaki, aseguró que ni un millón de soldados norteamericanos podrían conquistarla en 100 años. A mediados de 1943, el almirante Nimitz, conquistadas las Marshall, pasó a interesarse por las Gilbert. La «operación Galvanic» puso en acción una fuerza expedicionaria de 200 barcos y 35.000 tropas de asalto. El 20 noviembre, los marines de la Segunda División desembarcaron en Tarawa con sus tractores anfibios, que se usaron tácticamente por primera vez. El almirante Shibasaki y sus 4800 hombres parecían dispuestos a vender cara su piel. El primer día del asalto cayeron 1500 de los 5000 soldados de la infantería de marina norteamericana. Calcularon mal la fuerza y la intensidad de la marea. Los marines se vieron obligados a recorrer muchos metros bajo un fuego mortífero. Eso explica el alto número de bajas. De los 100 tractores anfibios se perdieron 90, y 323 de los 500 hombres que los conducían fueron muertos o heridos. La infantería logró abrir una estrecha cabeza de playa gracias a la artillería naval y a que los japoneses se quedaron sin aviación.

Los aguerridos defensores de Tarawa fueron reducidos uno a uno, cueva por cueva, blocao por blocao, con el uso de explosivos y lanzallamas. El almirante Shibasaki ardió como una antorcha en su fortín el 22 de diciembre. De toda la guarnición tan sólo un oficial y 16 soldados quedaron con vida. El alto número de bajas norteamericanas en Tarawa, con 1009 muertos y 2101 heridos, hizo que se criticaran las condiciones técnicas en que se llevó a cabo. Hubo generales que defendieron el ataque en las Marshall antes que en Tarawa porque, al cabo de un mes, la marea en el atolón hubiera favorecido a los invasores y no a los invadidos, como ocurrió.

El avance por el centro del Pacífico continuó entre el fogonazo de los lanzallamas y los contraataques suicidas de los japoneses,

emborrachados con sake. El ataque sobre las Gilbert sirvió a los norteamericanos de enseñanza para futuras operaciones de desembarco. Los corresponsales titularon sus crónicas: «Tarawa la sangrienta». Después les tocó el turno a las Marshall y a las Carolinas: esta vez habían asimilado la lección de Tarawa «la terrible». Los japoneses se habían atrincherado de forma tan profunda que se vieron obligados a doblar la dosis de fuego de artillería naval y de bombardeos de saturación, «alfombras» de bombas, para hacerlos salir de sus escondrijos. Los 600 islotes de coral de las Marshall estaban peor defendidos y en Kwjalein recibieron 36.000 obuses; el atolón, el mayor del mundo, cayó en una semana, después lo harían las islas de Truck y Eniwetok en 4 días. Por todas partes olía a cocotero quemado y a cadáveres en descomposición. Tras la ocupación de las Marshall y las Carolinas, la marcha de Nimitz seguía adelante en el Pacífico occidental.

Un *haiku*, pequeño poema japonés, de Basho dice:

Las hierbas del estío,
he aquí cuanto queda
del sueño del guerrero.

Los marines se disponían a segar esas hierbas en el archipiélago de las Marianas, mientras los últimos japoneses gritaban *«¡banzai!»* y cargaban a la bayoneta o con el sable del samurai. *«Tenno haika banzai»* (viva el emperador) era su grito de guerra. Los japoneses buscaban una batalla decisiva después de perder las Gilbert y las Marshall. Nimitz, para desbaratar la línea de comunicaciones enemiga, se concentró en las 3 islas de las Marianas: Guam, Saipan y Tinian. En la lucha por el Mar de Filipinas, los japoneses perdieron 400 aviones. Después, el almirante norteamericano se lanzó al ataque sobre las islas de Saipan, cuyo comandante en jefe era el almirante Nagumo, al que hemos visto en acción desde Pearl Harbor hasta Midway. Nagumo ordenó a sus hombres que, a falta de unas defensas adecuadas, se adelantaran a combatir en las playas. El fatalismo nipón, su forma de animar a los soldados, consistía en que sus jefes se pegaran un tiro. Es lo que hizo en Saipan el famoso almirante Nagumo, que se descerrajó un disparo de pistola. Dos días más tarde, las tropas de Nagumo salieron a las playas en una serie de ataques *banzai*. La población civil japonesa se suicidó también en masa al arrojarse por los acantilados o volarse con granadas. En la batalla de Saipan murieron 10.347 marines y otros 3674 soldados regulares. El fracaso japonés en las Marianas —llamadas así en homenaje a la reina de España, esposa de Felipe IV— llevó a la dimisión del Gobierno del general Tojo el 18 de

julio de 1944. Saipan se encuentra a 1250 millas náuticas de Tokio. Mientras, MacArthur seguía su ruta triunfal por el centro del Pacífico.

LEYTE

Los japoneses aprendieron de la derrota de Saipan: la reducida guarnición de Iwo Jima causó entre los marines el doble número de bajas. Sin apoyo aéreo y naval, la guarnición japonesa de Guam estaba condenada a la derrota. En cambio, la artillería naval norteamericana sometió a la isla a un duro castigo: 28.764 cañonazos tan sólo desde los buques de guerra. La defensa japonesa se hizo más intensa en las playas del sur. La resistencia, esporádica, continuó hasta el final de la guerra e incluso después.

El asalto a los bastiones japoneses del Pacífico se llevó a cabo a un ritmo más acelerado del que se esperaba. En esta fase de la campaña se libraron dos batallas, también éstas «decisivas», aunque para los corresponsales y los militares todas ellas lo eran: una fue la batalla del Mar de Filipinas, la otra, la de Leyte. MacArthur se mostró partidario de elegir Mindanao, la 2ª isla filipina en extensión, para cumplir su promesa: «*Volveré*». Pero el 15 de junio de 1944, el comandante en jefe de las fuerzas del Pacífico Sur cambió de idea: abrirse camino por la isla de Mindanao sería una costosa y arriesgada operación. MacArthur apuntó entonces en el centro del mapa de Filipinas. Leyte, una isla menor que contaba con unos cuantos aeródromos, sería más fácil de atacar y conquistar. Otras 2 opciones eran la isla principal, Luzón, y Taiwán, que por esas fechas se llamaba aún por su nombre portugués, Formosa. Al fin, el general Marshall eligió el objetivo: Leyte, pues allí la resistencia japonesa parecía inferior. El alto mando naval en Washington buscaba una batalla decisiva que dejara fuera de combate a las fuerzas del Sol Naciente. Esa batalla tuvo lugar en el Golfo de Leyte. La flota japonesa había salido muy mal parada de las Marianas, pero faltaba el golpe de gracia.

MacArthur siguió el desarrollo del desembarco norteamericano en Leyte desde el puente de mando del crucero *Nashville*. Al mediodía entró en su cabina para ducharse y cambiarse de ropa. Con el sentido escénico que le caracterizaba, apareció con un uniforme nuevo, color caqui, gafas oscuras y gorra de mariscal. Después se metió en el agua, seguido del presidente Osmeña, sucesor de Manuel Quezón, fallecido 3 meses antes, y del general filipino Carlos Rómulo. «Carlos, chaval —le dijo al general filipino—, ya estamos en casa». Así fue cómo desembarcó MacArthur con los pantalones caqui mojados casi hasta la

rodilla. El pequeño Rómulo, que estrenaba zapatos, apenas podía seguir al «César» norteamericano, que daba largas zancadas hacia la playa en la que aún ardía alguna barcaza de desembarco. «Aquí estamos —dijo—. Lo creáis o no, hemos regresado. Por vuestros hogares y vuestros corazones, luchad; en el nombre de las futuras generaciones de vuestros hijos e hijas, luchad; luchad en el nombre de nuestros muertos. No dejéis que el corazón desfallezca».

La batalla del Golfo de Leyte ha sido definida como el más grande choque naval de todos los tiempos. 70 buques de guerra y 716 aviones por el lado japonés, y 160 buques y 1280 aviones norteamericanos se dieron cita en el oriente filipino para dirimir de una vez quién ganaría la guerra. Después de 3 días de ásperos combates, los japoneses quedaron*O*
K.
. El alto mando japonés nunca supo dónde asestarían sus enemigos el golpe, por eso prepararon varios planes bajo el nombre de «operación Cho» (victoria). Uno de los puntos era Leyte. El plan japonés consistió en ofrecer como señuelo sus portaaviones, les quedaban pocos y dañados, como mejor cebo para atraer a la flota norteamericana y luego destruirla por medio de la artillería de sus acorazados y las oleadas aéreas. En efecto, mientras los portaaviones del almirante Ozawa atraían a la flota de Halsey, una segunda fuerza, bajo el mando del almirante Kurita, llegaba desde el norte para atacar a la Séptima Flota del almirante Kinkaid, que protegía el desembarco de los lanchones de las playas. Al mismo tiempo, las fuerzas del almirante Nishimura llegarían al Golfo de Leyte desde el sur para sorprender a Kinkaid en una pinza naval. Halsey salió a la caza de Ozawa, pero la trampa se convirtió en un desastre para los japoneses, que perdieron portaaviones, cruceros y destructores. El almirante Kinkaid se adelantó a los movimientos de su colega japonés Nishimura. En la noche del 24 al 25 de octubre, la Séptima Flota se situó en posición para efectuar la clásica operación de dominio naval: cortar la «T» al enemigo. Mientras cada uno de los buques japoneses llegaba en línea, recibía desde la barra de la «T» las descargas de toda la artillería de la Séptima Flota. Nishimura lo perdió todo, salvo un destructor. Quedaba la fuerza central, la del almirante Kurita. Después de cruzar el Estrecho de San Bernardino, confundió los buques norteamericanos, que eran de pequeño calado, en su mayoría portaaviones-escolta, por una fuerza mucho mayor y rompió el contacto cuando podía haber infligido un enorme daño a su adversario. Kurita había perdido ya el *Musashi*, uno de los grandes acorazados japoneses —gemelo del *Yamamoto*—, más 2 cruceros y otro tocado por la aviación y los

submarinos; asustado, salió de allí a toda máquina perseguido por la aviación norteamericana. La gran flota japonesa del Pacífico naufragó en Leyte. La campaña por tierra, mar y aire le costó a Estados Unidos 5.000 muertos y 14.000 heridos, un balance ligero si se tiene en cuenta la envergadura de la operación.

CAMICACES

En la batalla de Leyte, las tripulaciones de Halsey y Kinkaid vieron con estupor cómo algunos aviones japoneses, con sus pilotos a los mandos, se lanzaban en picado sobre sus barcos. Eran los camicaces (viento divino). Su aparición en las batallas navales del Pacífico, a partir de Leyte, puso en evidencia la desesperación japonesa, casi agotados el resto de sus recursos. Después de la caída de Saipan, el almirante Onishi empezó a entrenar a los pilotos suicidas. Dos eran los tipos de aproximación al objetivo: desde muy arriba y desde baja altura. En el primer caso, después de beber la tradicional copa de licor de arroz, los pilotos se abalanzaban sobre su objetivo. La distancia, la alta velocidad adquirida y el mal control del aparato hacían que muchas veces marraran su objetivo. En el segundo caso, los camicaces eran invulnerables a las defensas antiaéreas. Al principio, los pilotos suicidas del «viento divino» causaron graves destrozos a la flota del Pacífico, pero, poco a poco, los norteamericanos aprendieron cómo evitar a los aviones suicidas. El almirante Onishi se vio forzado a reclutar pilotos inexperimentados, al mando de aviones de fortuna, cuando se había ya desvanecido toda esperanza. Uno de estos nuevos aviones era el monoplaza Oka, bautizado por los norteamericanos como «*baka*» (tonto), fabricado de chapa de madera y aluminio y cargado con 3 cohetes y unos mil kilos de explosivos. La misión de los pilotos era estrellarse en las cubiertas de los buques de Nimitz, a ser posible junto a la isleta, el puente de mando. Los transportaba un bombardero hasta unos 20 kilómetros del objetivo y, ayudado por señales de radio, iba a estrellarse contra el buque, a ser posible un portaaviones, a una velocidad de unos 600 kilómetros por hora. A medida que se agotaban los Oka o los Nakajima, el almirante Onishi recurrió a todo lo que fuera capaz de volar y chocar contra el barco enemigo. También usaron torpedos humanos, llamados «*kaiten*», lanzados desde los submarinos o lanchas rápidas. Estaban cargados con dos toneladas de
TNT
en la proa. Los camicaces entraron en escena demasiado tarde como

para cambiar el curso de la guerra. La aviación y la flota quedaron muy debilitados para poder servir de rampa de lanzamiento sobre una escuadra como la norteamericana, que no dejaba de reunir barcos y más barcos en su masivo dispositivo de ataque contra Japón.

La utilización de los camicaces ilustra el estado de ánimo de un país desesperado que, ante la vergüenza de la derrota, se sirvió de los pilotos suicidas en una movilización de la mística nacional autodestructora. Según el código guerrero del *bushido*, inspirado en el budismo, la nación, la sociedad y el cielo formaban una unidad encarnada en el mikado. El nombre del camicace (en japonés *kamikazé)* procedía de un tifón que, según la leyenda, venció a la armada enemiga del guerrero mongol Kublai Kan que trató de invadir Japón en el siglo XIII. El alto mando japonés presentó como un gran privilegio el hecho de pertenecer a una escuadrilla camicace y los jóvenes voluntarios se tomaron muy en serio su misión, a juzgar por los daños que causaron desde Leyte hasta el final de la guerra. Cuando se agotó la tecnología de guerra, quedaba el hombre frente al destino. Poco antes de hacerse el *sepuku*, el almirante Onishi pidió perdón a las almas de los pilotos suicidas y a sus familiares por su parte de responsabilidad en la derrota. Ni el «viento divino» logró vencer a la poderosa flota norteamericana. Entre las ceremonias rituales del haraquiri y las bajas en combate, Japón se quedó sin pilotos veteranos que pudieran enseñar a los jóvenes. Era la morbosa fascinación por la muerte, el supremo sacrificio, «un fanatismo, hipnótica fascinación —señaló el vicealmirante Brown—, muy alejados de la filosofía occidental». No existía alternativa a la victoria. Se dijo que los drogaban, que los ataban a los mandos de sus cazas Zeros, pero eran simples voluntarios convencidos de que la razón de existir no tenía ya sentido. Debían despedirse del mundo lanzándose sobre la cubierta de un portaaviones enemigo. Su objetivo era un portaaviones; su himno, el *Doki no sakura*, la promoción de los cerezos en flor; su licor sacramental, el sake. El almirante Onishi, creador de los camicaces, dejó un último poema:

Me siento como la luna clara
después de la tempestad.

Ya había introducido el sable en su estómago y vomitaba sangre cuando el almirante Kodama le pidió que no rematara el suicidio hasta que llegara su mujer. Onishi respondió con sus últimas fuerzas: «No hay nada más estúpido que un militar que comete suicidio y espera la llegada de su mujer». Tomó de la mano a Kodama y se despidió de él y de la vida: *«Sayonara»* (adiós), dijo. Al final de la batalla de 82 días,

los camicaces habían hundido 34 buques de Estados Unidos y averiado otros 288, entre ellos 36 portaaviones, 15 acorazados y 87 destructores. En su misión de un único vuelo, sin regreso, murieron cerca de 4000 pilotos suicidas. 350.000 soldados japoneses quedaban en Filipinas. El general MacArthur comprometió más tropas norteamericanas en la batalla de Luzón que en otros teatros de operaciones salvo el «Día D», la invasión de Normandía. Por primera vez se sabía el nombre del vencedor, MacArthur, deseoso de volver a ocupar su ático en el hotel Manila, frente al general Tomoyuki Yamashita, «el Tigre de Malaya». Sólo en Luzón, como apunta James Jones, se dio una batalla del calibre de las libradas en Africa y Europa con intervención de divisiones enteras. En ninguna otra isla del Pacífico combatieron y murieron más soldados japoneses que en Luzón.

Pero el desgaste sufrido por las tropas japonesas, mal organizadas, mal alimentadas, mal pertrechadas y sin cobertura aérea ni hombres ni medios suficientes para cerrar el paso a los marines en la playa, le dejó pocas alternativas a Yamashita. Ni siquiera trazó planes para defender la capital, Manila, y las vastas llanuras centrales. Concentró sus tropas en los 3 puntos montañosos de la isla para ofrecer un tipo de guerra que poco tenía que ver con el estilo japonés: a la defensiva. «Nuestro nuevo ejército era muy diferente del que fue derrotado en 1942 y del que yo formé parte en Guadalcanal —escribe Jones—. Parecían alienígenas de Marte. Venían con nuevos uniformes diseñados para ellos, con mejores botas y nuevas mochilas a la espalda. Llevaban en las manos mejores armas. Las provisiones de gasolina y víveres que les seguían en su marcha eran de tal volumen que aquello parecía increíble».

Manila quedó destruida casi por completo en la única batalla urbana del Pacífico. La perla española del Extremo Oriente perdió todo su esplendor de ciudad colonial. Los 16.000 hombres del almirante Iwabuchi que defendían la capital, dispuestos a morir todos ellos, resistieron por espacio de un mes. Las pérdidas norteamericanas se elevaron a mil muertos y 5000 heridos. El general Yokoyama, desconectado al norte de las fuerzas de Yamashita, combatió durante 3 meses hasta que la guerra terminó en el frente europeo. «Lo hicieron —escribe James Jones— porque les resultaba embarazoso rendirse». Nada había más ignominioso en el código japonés que caer en manos del enemigo: era algo peor que la muerte. Entonces, la crueldad japonesa, que alcanzó cotas inimaginables en la guerra del Pacífico, se volvió contra ellos mismos. Se hicieron el haraquiri, se volaron con granadas, se arrojaron de los acantilados, mataron en masa a sus

heridos y pasaron a cuchillo a los enfermos de los hospitales. La furia de la autodestrucción, todo menos caer prisioneros y volver derrotados.

Era la agonía. Tras la batalla naval de Leyte y la victoria de MacArthur en Filipinas, desde el 1 de abril hasta el 21 de junio de 1945, la guerra se centró en Borneo, en Iwo Jima y en Okinawa. Para entonces, los bombarderos aliados atacaban el corazón de Japón. En julio, el almirante británico Rawlings lanzó una mortífera ofensiva naval sobre Nagoya, Osaka y Nagasaki. Los aliados sometieron a las islas niponas a un bloqueo sin fisuras.

Ardían las ciudades japonesas, estallaban los depósitos de municiones. No quedó ni rastro de la flota del emperador que para la última resistencia disponía de una fuerza aérea sin estrenar y en el territorio japonés, en China, en el sureste asiático, 5 millones de soldados. ¿Cuál sería el número de bajas que debería soportar el ejército norteamericano para reducir las últimas defensas japonesas? ¿Trescientos mil? ¿Medio millón? ¿Un millón? El desembarco aliado tenía 2 fechas: el 1 de noviembre de 1945 en la isla de Kyushu, y el 1 de marzo de 1946 en la isla de Honshu. Tras el lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, Japón se rindió el 14 de agosto de 1945.

El general MacArthur fue recibido como un dios en Manila. El misticismo filipino encontró en él la salvación y la sublimación de los años pasados bajo la bota japonesa. Los campesinos cubrían de flores su *jeep*, le besaban la mano, tocaban su uniforme, le acercaban sus hijos para que los besara. Era el talismán de la victoria final. El almirante Yamashita prometió que mataría a 300.000 oficiales y soldados de Estados Unidos. Pero cuando desembarcó del crucero ligero *Boise*, el general MacArthur tenía el pulso tranquilo, como pudo comprobar su médico, el doctor Egeberg. Volvía a los paisajes familiares: «*En el horizonte, bajo el sol* —escribió—, *se veían Manila, Corregidor, Batan. Sólo con mi memoria, al contemplar estos lugares de mi pasado familiar, sentí una sensación de pérdida, de dolor, de soledad*». MacArthur se acercó al frente en medio de sus soldados. Al llegar a Batan se aventuró cerca de las líneas enemigas hasta tal punto que un teniente que iba a su lado, cuando sonaron disparos de armas automáticas, le recomendó: «*Agáchese, señor, estamos bajo el fuego del enemigo*». «*No estamos bajo el fuego* —replicó el general—. *Esas balas no vienen por mí*». Quiso entrar en Manila el 26 enero, fecha de su 65º cumpleaños, pero no fue posible. Los filipinos, electrizados por su presencia, lo mismo que sus soldados, le recibían con gritos de «*mabuhay*», que significa «bienvenido» en tagalo. Manila fue, después

de Varsovia, la ciudad más castigada por la II Guerra Mundial: 100.000 filipinos fueron asesinados por los japoneses. «Los hospitales —escribe William Manchester en *American Caesar*— fueron incendiados, los cuerpos fueron mutilados, mujeres de todas las edades fueron violadas antes de ser acuchilladas, los ojos de los niños, arrancados de las órbitas, fueron arrojados a los muros como si fueran gelatina». No se libraron los españoles que vivían en Manila, muchos de los cuales, a pesar de las buenas relaciones que mantenía el Gobierno del emperador con Franco, murieron a bayonetazos. Cayeron 130 españoles. Los soldados japoneses atacaron el Consulado de España y mataron a todos los allí refugiados, lo que dio pie a la ruptura de relaciones con Tokio. A esas alturas, uno de los ministros de Franco, Arrese, pidió el envío de una División Azul contra los japoneses. Sabía de sobra de qué lado soplaba el viento. MacArthur, en compañía de su ayudante, el hispano-filipino Andrés Soriano, dueño de la fábrica de cervezas San Miguel, se acercó con una patrulla de la 37 División al que había sido su hogar, el hotel Manila. Su apartamento en el ático quedó reducido a cenizas. Sus libros seguían en los anaqueles «pero cuando los toqué, se desintegraron». Habían pasado más de 3 años desde que el general salió de Manila. El 27 febrero, cuando todavía los japoneses resistían en la vieja ciudad española de Intramuros, MacArthur se reunió con sus leales Osmeña, Rómulo y Soriano. Lloró durante un rato y, con voz temblorosa, pidió a todos los presentes que rezaran por la victoria. En su libro *Reminiscencias*, el general escribió: «*Quizá para los demás fuera un momento de gloria personal, pero para mí era tan sólo la culminación de un panorama de desastre físico y espiritual. Ver cómo morían mis hombres hizo que algo muriera también dentro de mí*».

IWO JIMA, LA FOTO DE LA GUERRA

Mientras MacArthur diezmaba a los japoneses en Filipinas, los marines desembarcaban en la isla de Iwo Jima, que pertenecía a la provincia de Tokio y era una bastión estratégico de la defensa aérea enemiga. Situada en la ruta de los bombarderos desde las Marianas a Tokio y otras ciudades industriales, a 1200 kilómetros de la capital japonesa se hacía ya necesaria como base adelantada para los B-29 y, sobre todo, para los cazas de escolta de las fortalezas volantes. Aquí, como en un movimiento coreográfico de algún ballet militar clásico, Se repitió el conocido guión, sólo que con más áspera intensidad en los combates: desembarco en los lanchones —como el novelista Norman Mailer nos

contaría en *Los desnudos y los muertos* (1948)—, conquista de la cabeza de playa, avance sobre los blocaos y casamatas, fiera resistenciajaponesa, retrocesos, contraataques, reducción del enemigo gracias al implacable bombardeo de la aviación y las baterías navales, lanzallamas, cuerpo a cuerpo y limpieza de las últimas bolsas de resistencia. En la novela de Mailer la patrulla del sargento Croft seguía en la batalla sin saber que ésta se había ganado ya. «Nos hemos roto el culo por nada», dirá Polack.

La toma de Iwo Jima superó todo lo conocido hasta entonces. Los soldados del general Kuribayashi se pegaban de tal forma a aquel terreno volcánico (Iwo Jima significa isla de sulfuro) que se hizo necesaria toda la valentía de los infantes de marina para desalojarlos de sus defensas. El almirante Raymond Spruance, que había sucedido a Halsey, desautorizado por el mando tras su errónea operación en el estrecho de San Bernardino, recibió 3 divisiones de marines. Llegó un momento en el que había tantos soldados concentrados en las playas de arena negra de Iwo que los japoneses disparaban a placer: los frieron a morterazos y ráfagas constantes de ametralladora. El vicealmirante Ichimaru había llegado a la isla, vaciada de la población civil, con sus infantes de marina. Sabía lo que iba a ocurrir en aquella isla que parecía una ballena medio sumergida en el mar, llena de túneles que se comunicaban unos con otros. El almirante escribió:

Dejadme que caiga como un pétalo,
que las bombas enemigas caigan sobre mí.
Me voy para siempre,
al volver la cabeza veo la majestuosa montaña (Fuji),
que el emperador viva tanto como ella.

La marina (Ichimaru) y el ejército (Kuribayashi) mantenían criterios diferentes sobre la mejor manera de defender la isla. La primera preconizaba la instalación de caballos de Frisia y otras defensas en las playas. Kuribayashi, por su parte, le recordó a Ichimaru que esas defensas no sirvieron de nada en Tarawa, en Guam, en Tinian y Saipan. Lo mejor era atrincherarse en las cuevas y abrir fuego sobre los marines. La potencia de fuego de la artillería naval y la aviación norteamericana era tal que esas defensas y bloques de cemento, así como las alambradas en la playa, servirían de muy poco. Sería mejor esperar a que los norteamericanos asomaran sus cascos. Kurabayashi ordenó a sus hombres: «*Resistiréis hasta el fin, vuestra posición será vuestra tumba. Cada soldado hará todo lo posible para matar a diez enemigos*».

El bombardeo preliminar fue el más intenso que se había conocido

hasta entonces en el Pacífico. Los japoneses resistían en sus cuevas y en los túneles, en las galerías subterráneas abiertas gracias al poroso terreno volcánico. Cuando desembarcaron los marines el 19 de febrero, fueron recibidos por una furiosa barrera de fuego. El primer día perdieron 2500 de los 30.000 hombres que desembarcaron. Las laderas escupían fuego de artillería de grueso calibre, de modo que los marines, aculados en las playas, tuvieron que avanzar metro a metro entre fuertes pérdidas. La batalla de Iwo duró 5 semanas, cuando estaba previsto tomar la isla en 10 días. Kuribayashi escribió a su mujer que vivían del agua de lluvia: «*Un vaso de agua para beber, para limpiarme los ojos, para la ducha, para la higiene personal. Todo está lleno de moscas y cucarachas*».

Los marines no podían dar marcha atrás: aquella base era decisiva como aeropuerto, como portaaviones para el asalto final a Tokio. A bordo del buque insignia, el general Sinith Howling, alias «el Loco», leía la Biblia mientras acariciaba la medalla de San Cristóbal, bendecida por el Papa al general, de religión metodista. A los soldados del emperador les explicaron que el enemigo norteamericano no luchaba por los antepasados, por la prosperidad o por la gloria familiar, sino que le gustaba la aventura y el peligro, que era mentiroso y materialista. «La primera noche en Iwo Jima fue una pesadilla en el infierno», escribió el corresponsal Sherrod. En efecto, los marines volvieron al asalto una y otra vez hasta que conquistaron el monte Suribachi.

La bandera de las barras y estrellas ondeó por fin sobre el volcán. Joe Rosenthal tomó entonces la mejor fotografía de la II Guerra Mundial: 6 infantes de marina que por 2ª vez clavaban en el suelo volcánico el mástil con la bandera norteamericana. Rosenthal, de la agencia *Associated Press*, apenas tuvo tiempo de subirse sobre unos sacos de arena para tomar con su cámara Speed Graphic la instantánea de los 6 soldados de la Quinta División de Marines, segundo batallón, 28 regimiento. No creyó que aquella fotografía revistiera una importancia especial: transmitió otras por radio y el resto de los rollos los envió a Guam para que los revelaran. En la redacción de la *Associated Press* en Nueva York, la seleccionaron como la mejor fotografía de Iwo Jima y al día siguiente, domingo, apareció en las primeras páginas de todos los periódicos, incluido el *New York Times*. La revista *Time* se negó a publicarla, la creía amañada, hasta que al comprobar su error pidió públicamente perdón al autor de la instantánea, que ha alimentado la iconografía norteamericana. El dramático encuadre era inolvidable. Simbolizaba al mismo tiempo el heroísmo, el lenguaje del cuerpo, el sufrimiento y la conquista. De los

6 soldados de la fotografía, 3 murieron en Iwo Jima, y los otros 3, entre ellos un indio llamado Ira Haye, fueron enviados a Estados Unidos en misión de propaganda para recaudar fondos. Se habían convertido en los héroes de toda la nación. Haye, valiente bajo las balas y las granadas, no pudo soportar la fama y murió alcoholizado en 1955. Rosenthal, de 83 años, parcialmente ciego, celebró el 50º aniversario del final de la guerra en su apartamento de San Francisco. El último de los 6 supervivientes de la foto, John Bradley, que trabajó toda su vida en la funeraria familiar, falleció en un pueblo de Wisconsin, en enero 1994. Rosenthal hizo una carrera gris como fotógrafo, a pesar de haber ganado el Pulitzer.

El asalto entre la lluvia, el sol, la bruma y las noches heladas proseguía en todo su furor. El mando norteamericano, impresionado por el alto número de bajas, llegó a pensar en la utilización de gas venenoso, del que disponían en grandes cantidades. El almirante Nimitz se opuso: «No será Estados Unidos —dijo— el primero que viole la Convención de Ginebra». El hedor de los cuerpos en putrefacción se extendía por toda la isla. Los mensajes de radio del general Kuribayashi eran cada vez más pesimistas: «*¡Tenno heika banzai!*».

La derrota japonesa se disolvía en poemas. Cuando la batalla se aproximaba a su final, Kuribayashi escribió:

Sin munición,
me despido con tristeza del mundo.
He fracasado en la misión que me encomendó
la madre patria.

Ordenó que quemaran las banderas e insignias del Regimiento 145, así como los libros de códigos y los documentos secretos. El almirante Ichimaru dijo a los suyos: «Es la hora del ataque general: las 00.01, 18 de marzo de 1945. Combatid hasta la muerte. Yo me pondré al frente de mis tropas, la pérdida de esta isla significará que las botas de los norteamericanos hollarán pronto la sagrada tierra de Japón. Guerreros de la gloria, no temáis a la muerte. Matad el mayor número posible de enemigos, luchad por vuestra séptima vida. Gracias».

Después hizo que el comandante Takeji Mase leyera en voz alta una carta dirigida a Roosevelt, en la que acusaba al presidente de envilecer ajapón al llamarlo «peligro amarillo, nación sedienta de sangre y protoplasma de la camarilla militar». Los sitiados de la isla, distribuidos a lo largo de 5 kilómetros de túneles, llevaban casi una semana sin comer ni beber. Las invitaciones a la rendición eran recibidas con sarcasmo por el general Kuribayashi, que el 26 de marzo

transmitió su último mensaje por radio: «Nuestro espíritu combativo es muy alto. Lucharemos hasta el final. Adiós». Después, los supervivientes salieron a la superficie, semidesnudos como hombres de las cavernas, para efectuar el *banzai*, la carga final. El general Kuribayashi, herido, miró hacia el norte, en dirección al palacio imperial, y se atravesó el abdomen con su sable. Su ayudante, el coronel Nakane, hundió su espada en el cuello del general e informó al almirante Ichimaru de lo que había ocurrido para, inmediatamente después, pegarse un tiro. Esa misma noche, el almirante abandonó la cueva acompañado de 10 oficiales y soldados de su Estado Mayor y se colocó al alcance de las ametralladoras norteamericanas, que tronzaron sus cuerpos en sucesivas ráfagas. La conquista de Iwo Jima costó a los asaltantes más de 24.000 bajas, el precio más alto pagado en la II Guerra Mundial en las filas norteamericanas hasta ese momento —aunque después sería superado por la sangría de Okinawa—, si se tiene en cuenta la duración de la batalla y el número de los combatientes que tomaron parte en ella. De los 23.000 defensores, 1.083 fueron hechos prisioneros, quizá porque no les quedaban ya armas o granadas con las que darse muerte. El resto, unos 300, permanecieron en las cavernas de Iwo Jima. Vivieron como animales acorralados entre las emanaciones sulfurosas y el olor de los muertos desparramados por las laderas volcánicas. «Es la batalla más dura que han librado los marines en ciento sesenta y ocho años», afirmó su comandante, el general Smith. El «Día D» del ataque a la isla del azufre, los marines desayunaron chuletas y huevos fritos. «Es cosa de 10 días», aseguró su jefe, el general Smith. Nombres tan famosos como Turkey Konb, El Anfiteatro, Charlie-Dog Ridge o el Valle de la Muerte evocan la intensidad de los combates. La declaración del almirante Nimitz fue válida tanto para la infantería de marina como para los hombres de Kuribayashi, cuyo cuerpo nunca fue encontrado. Un valor poco común fue la virtud de los que tomaron parte en la batalla de Iwo Jima. Los norteamericanos sufrieron 5931 muertos y 17.372 heridos. Se concedieron 24 medallas de honor. Estados Unidos ocupó la isla de Iwo Jima hasta 1968.

OKINAWA

En los primeros días de 1945, el alto mando norteamericano preparaba el asalto anfibio a Okinawa, la mayor de las islas de Ryukyu, defendida por el 32 Ejército del general Mitsuru Ushijima, que se componía de 87.000 soldados y de 31.000 auxiliares, además

del apoyo aéreo de 2.000 aviones de las bases de Japón y de Taiwán (Formosa). Lo abrupto del terreno, montañoso, y la impenetrabilidad de la jungla, muy tupida, sirvieron de parapeto a los japoneses, que levantaron defensas y se atrincheraron en las cuevas a la espera de los marines. Okinawa formaba parte del archipiélago japonés. Los soldados del Sol Naciente combatían en casa. En la «operación Iceberg», que así se llamó la invasión, tomaron parte ciento setenta mil soldados norteamericanos, incluidas la primera, la segunda y la 6ª divisiones de marines y 4 divisiones de infantería del 24 Cuerpo del Ejército con la Quinta División como reserva. En la fase preliminar de la batalla, la aviación norteamericana pasó la garlopa a Okinawa y destruyó 160 aviones. La respuesta de los pilotos suicidas no se hizo esperar. Uno de cada 10 camicaces cruzó la barrera de radar y artillería establecida por los almirantes Mitscher y Turner en torno a la isla. El «viento divino» hundió 34 barcos y averió otros 368 antes de que la isla cayera en manos norteamericanas.

Esa desesperación suicida no era para menos: el monstruo norteamericano se encontraba en el umbral de Japón y amenazaba a su centinela, una fortaleza de poco más de 100 kilómetros de largo que aseguraba las rutas marítimas con las Indias orientales y guardaba la parte oriental de China. El almirante Raymond Spruance quería a toda costa los 4 aeropuertos de Okinawa. Por eso Estados Unidos concentró allí la flota más poderosa que se recordaba en el Pacífico: 1200 buques. Las fuerzas de asalto se dividieron tras el desembarco del 1 de abril, que fue de una insólita facilidad, sin nidos de ametralladora ni fuego de mortero. Se diría que los japoneses se hubieran evaporado. Este silencio presagiaba lo peor. La feroz resistencia japonesa esperaba en las barrancas, las cavernas, las laderas de los extinguidos volcanes. Los marines tomaron el camino del Norte, mientras la infantería se dirigía hacia el Sur. El general Simón Bolívar Buckner, ex comandante de Alaska, fue elegido para mandar las fuerzas combinadas que partieron la isla en 2. El Décimo Ejército de Buckner rompió la Línea Machinato y cercó al general Ushijima en la zona rugosa de la costa oeste y en las viejas fortificaciones de la Línea Shuri, en el centro. Mientras tanto, los camicaces en oleadas sucesivas atacaban la flota norteamericana, que estableció una cortina de fuego para detener a los pilotos suicidas.

Fue aquí, en Okinawa, donde cayó el *Yamato*, el buque japonés que resistió a las heridas de la batalla de Leyte. El 9 de abril, el buque símbolo de Japón, avistado por los aviones de reconocimiento, recibió 23 bombas de gran calibre y torpedos y se fue al fondo del mar con 3000 tripulantes. Era el final de la flota. En tierra no discurrían mejor

las cosas para Ushijima, que se vio obligado a ceder terreno hasta refugiarse con su 32 Ejército en el sur de la isla. Fue la más dura de las batallas en el Pacífico. Estados Unidos sufrió 72.000 bajas, incluido el general Buckner, herido mortalmente por una esquirla de coral al estallar un proyectil japonés muy cerca de su puesto de mando en primera línea, cuando el 18 de junio, en vísperas de la victoria, seguía el curso de la batalla desde un promontorio. Las pérdidas japonesas se elevaron a 107.539 muertos entre soldados y auxiliares civiles, otros 10.755 fueron hechos prisioneros, muchos de ellos heridos. Perdieron asimismo 7.800 aviones. El general Ushijima resistió hasta el último aliento: entretuvo a las fuerzas americanas durante una guerra de desgaste en la mitad sur de la isla con ataques, retiradas y contraataques continuos, sin dejarse rodear.

A la oleada de camicaces siguió la oleada de suicidios. La batalla se endureció a medida que los norteamericanos se acercaban a Japón. El número de bajas tan sólo en Okinawa presagiaba lo peor para el asalto final. ¿Cuántos hombres costaría la conquista total de Japón?

En eso pensaba el presidente Roosevelt cuando, el 12 de abril en Palm Springs, estado de Georgia, posaba ante un acuarelista que le hacía un retrato. A las 13.15 horas, cerró los ojos y dijo en voz baja: «Tengo un terrible dolor de cabeza», y cayó desvanecido. Al llegar a la cabecera del enfermo, el doctor James Paullin lo encontró «bañado en sudor frío, gris como la ceniza y respirando con dificultad». Apenas tenía pulso, y poco a poco desaparecieron las constantes vitales. El corazón dejó de latir. El doctor Paullin le administró al presidente una inyección de adrenalina intracardíaca, pero todo fue inútil. Franklin Delano Roosevelt murió a los 63 años de hemorragia cerebral. La enfermedad que le perseguía desde hacía años y la tremenda responsabilidad del peso de la guerra acabaron con la vida del 32ª presidente de Estados Unidos: un poco más y hubiera asistido al triunfo final de sus ejércitos, que incluyeron el nombre de Roosevelt en la lista de bajas del 13 de abril.

La inesperada desaparición del presidente llevó la consternación al mundo aliado y provocó las lágrimas de sus compatriotas. Nunca se vio en Washington un funeral tan concurrido. Otras exequias fúnebres se celebraron en el mundo libre, incluida una misa de difuntos que presidió el general De Gaulle en la catedral parisina de Notre Dame. El presidente norteamericano, algo rencoroso y testarudo, distinguía a De Gaulle en la lista de los enemigos íntimos. Fue un buen presidente. Todos reconocieron en él al campeón de las libertades frente a los totalitarismos. Los nazis vieron en su muerte un buen signo: todavía era tiempo para que la derrota se tornara en victoria. El jefe del

Ministerio de Propaganda, Goebbels, telefoneó a Hitler para darle jubiloso la noticia: «*Führer*, Dios no nos ha abandonado. Dos veces le he salvado de asesinos salvajes. La muerte que le enviaron en 1939 y 1944 se ha llevado ahora a su más peligroso enemigo. Es un milagro». Estaba escrito en las estrellas. El nuevo primer ministro japonés Suzuki, que quizás albergaba esperanzas de un acuerdo de paz, presentó sus condolencias en plena batalla por Okinawa al Gobierno norteamericano. Los militaristas del *nippon banzai* cambiaron la última frase pronunciada por el presidente de «Tengo un terrible dolor de cabeza» por «He cometido una terrible equivocación». El diario de Tokio *Mainichi Shimbun* tituló: «Ha sido un castigo del cielo».

En aguas de Okinawa, a bordo de la flota norteamericana, los altavoces anunciaron la noticia al atardecer del día 13: «Atención, atención. El presidente Roosevelt ha muerto. Repetimos, nuestro comandante en jefe, el presidente Roosevelt ha muerto». Fue tal la incredulidad con la que fue recibida que el almirante Turner se vio obligado a emitir un comunicado oficial. ¿Pediría el sucesor de Roosevelt, Truman, la rendición incondicional de Japón? Los japoneses aprovecharon el fallecimiento de Roosevelt para relacionarlo con la suerte de los marines y los soldados del ejército. Hicieron imprimir octavillas en las que se leía: «Os habéis quedado huérfanos en la isla. La tragedia americana ha llegado a Okinawa». En realidad, era la tragedia japonesa la que descendía sobre la fortaleza. El 17 de junio, las fuerzas del «Sol Naciente», ya en «Sol Poniente», llegaban al límite. Entre el olor a muerto y humo los soldados del 32 Ejército, encerrados en sus cuevas, reñían entre ellos, se peleaban como salvajes por la última porción de comida y disparaban sobre los civiles. Se habían vuelto locos en la isla de la muerte.

El general Ushijima, educado y cortés, no perdió el sentido del humor. Al amanecer del 22 de junio pidió a su barbero que le cortara el pelo. «Soy una máquina giratoria», le dijo al barbero cuando éste le pelaba de parte a parte. Tan sólo le quedaban unas rodajas de piña, que compartió con los que se encontraban con él. Después, su jefe de Estado Mayor, el teniente general Cho, tendió una sábana blanca, el símbolo de duelo en Asia, a la puerta de la cueva. La resistencia, salvo un fuego esporádico, había cesado casi por completo. Los dos generales, Ushijima y Cho, se colocaron al lado uno del otro. El jefe de las fuerzas japonesas de Okinawa, arrodillado con su uniforme de gala y una ringlera de condecoraciones sobre el pecho, se abrió el vientre según mandaba el código samurai. El sargento Fujita seccionó el cuello a ambos oficiales de un golpe seco de sable. La avanzadilla norteamericana se hallaba a cien metros del lugar del sacrificio. La

sangre de otros suicidios rituales corrió por la isla. «Esa misma tarde, en los cuarteles del Décimo Ejército cerca del aeropuerto de Kadena, los hombres formaron ante la banda que tocaba *The Star-Spangled Banner* (La bandera sembrada de estrellas) —escribió John Toland—. Y la guardia izó la bandera». Las bajas estadounidenses fueron terribles: 7.613 muertos y desaparecidos y 31.087 heridos.

El desembarco en Okinawa lo contó para una cadena de periódicos el mejor corresponsal de guerra de todos los frentes, el pequeño, calvo y retraído Ernie Pyle junto con mi admirada Martha Gellhorn, la tercera esposa de Hemingway: «Estamos en Okinawa una hora y media después de la "Hora H" sin que nos hayan disparado y sin que nos hayamos mojado los pies». Poco después, Ernie formaba parte de la primera oleada de soldados que desembarcaron en le Shima, una isla ovalada de 7 kilómetros de largo. Como se prolongaba la toma de Okinawa, el corresponsal, de 44 años y amigo de los marines, los dejó por unos días para asistir al ataque de le Shima. A las ocho de la mañana, después del bombardeo naval, los Gis *(Government Issue)* subían por las dunas hacia el aeropuerto. El periodista, que informó desde los frentes de Europa, Africa del Norte y el Pacífico, viajaba en el *jeep* de un comandante de regimiento, cuando una ráfaga de ametralladora le destrozó el cráneo. Ernie Pyle fue enterrado en la orilla de la carretera: «En este lugar —dice la lápida— la 77 División de Infantería perdió a su camarada Ernie Pyle, 18 de abril de 1945». En Okinawa, los marines lloraron por su periodista favorito. «Es injusto que un hombre tan grande —dijo un sargento— haya muerto en una isla tan pequeña».

Nadie contó la guerra como Ernie salvo Martha Gellhorn, en otro estilo. No le interesaban los comentarios generales ni los toques editorializantes, lo que él quería era estar allí en primera línea, al lado de «sus» marines y escuchar sus relatos, sus miedos, sus alegrías y sus cobardías, sus actos heroicos y sus pequeños dramas.

Ernie Pyle se sentía cansado cuando llegó al frente de Sicilia. «Estoy terriblemente cansado de la guerra y de escribir sobre ella. No encuentro nada nuevo que decir, es como ver la misma película una y otra vez. La guerra se complica y confunde en mi cerebro: sobre todo en los días tristes —escribió a su mujer Jerry—. Es casi imposible creer en tanta carnicería y tanta miseria; y la posguerra se me aparece lóbrega y patética». En su macuto, los soldados de le Shima encontraron un collar de perlas de mar y unas notas para un artículo titulado «Sobre la victoria en Europa» que pensaba publicar en cuanto Alemania se rindiera. Faltaban 20 días para la capitulación. En ese borrador, el reportero de Indiana escribió: «Muertos en masa, en un

país después de otro, mes tras mes, año tras año. Muertos en invierno y en verano. Muertos en promiscuidad tan familiar que se hacen monótonos. Muertos en tan infinita monstruosidad que llegas casi a odiarlos».

«Hay cosas —añadía Pyle— que no te planteas desde tu casa, ni siquiera necesitas comprenderlas. Desde tu casa son como columnas de figuras. O se da el caso de un vecino que se fue a la guerra para no volver. No necesitas verlo pálido y grotesco, tendido sobre una carretera de grava en Francia. Yo en cambio lo vi. Lo vi y a miles de otros más. Esa es la diferencia».

Estuvo con los marines en el paso de Kasserin en Túnez, cuando Rommel los forzó a la retirada, en la invasión de Normandía y en las islas del Pacífico. Le interesaban los héroes anónimos. Resistió la guerra, que odiaba, con la ayuda del alcohol. Desde Caserta, al norte de Nápoles, escribió a su mujer: «Ha empezado el largo y miserable invierno. Mañana a esta hora habré llegado a primera línea de fuego. A veces siento que no me quedan fuerzas, pero ya que estoy aquí daré el paso».

«La guerra es dura en Italia —escribió Ernie Pyle—. Los dos, la tierra y el tiempo, están en contra nuestra. Llueve y llueve. Los fértiles valles aparecen cubiertos de cieno. Todos estamos impacientes por llegar a Roma». En la campaña italiana, Ernie, que logró lo imposible: tener contentos a los militares, a los soldados, a sus editores y a sus lectores, y, lo que es más asombroso, hasta a sus compañeros de trabajo, transmitió una de sus más memorables crónicas: al capitán Waskow, tan querido por sus hombres, lo bajaban de la montaña muerto a lomos de una mula. «Maldita guerra», exclamó un soldado al ver el cadáver. Eso es lo que había escrito Ernie desde el principio: malditas guerras, incluso las buenas.

Desde Sicilia, casi todos los caminos llevaban a Roma.

LA BATALLA DEL PACIFICO

PACHECO

El fracaso del despliegue aliado desde Arnhem, Holanda, una operación dirigida por el general Montgomery, fue uno de los más costosos hechos de armas de toda la guerra y retrasó entre cuatro y seis meses la ofensiva sobre Berlín. En la imagen, paracaidistas británicos se mueven con cautela en una zona ruinosa próxima a Arnhem.

Arriba, las fuerzas soviéticas fotografiadas durante la toma de Könisberg, una de las últimas ciudades alemanas en caer. Durante los meses finales de la guerra, conforme la resistencia alemana iba debilitándose, las tropas soviéticas aumentaban el número de soldados capturados.

El 7 de marzo de 1945 la Novena División Acorazada de Estados Unidos logró cruzar el puente de Remagen sobre el Rin (en la fotografía), en el corazón de Alemania, pese a que los alemanes lo habían minado. El mando germano ordenó fusilar a los ingenieros que no fueron capaces de volar el puente.

El abastecimiento se convirtió en el principal problema para el Ejército Rojo en su marcha sobre Berlín. En la imagen, un tanque avanza a través de una calle destrozada de la capital germana.

Himmler era el más siniestro de los lugartenientes de Hitler y el encargado de administrar el terror del Holocausto. «El sentimiento humanitario es un reblandecimiento medular propio de los cristianos», aseguraba. En la imagen, aparece en el campo de Flossenburg, en el que murieron 73.296 personas, entre las que se encontrabas catorce españoles. Abajo, mujeres de las SS que sirvieron en los campos de exterminio.

Pitilleras fabricadas con la piel de los muertos, jabones humanos, colecciones de calaveras, orejas y dedos conservados en formol, experimentos con virus, amputaciones y pruebas fantasmagóricas. El catálogo de los horrores de los campos de exterminio no excluía prácticas eliminatorias convencionales, como los ahorcamientos. Así murieron cincuenta y cuatro personas en Radom.

Cuando las tropas norteamericanas comenzaron a llegar a los campos no daban crédito al terror que se desvelaba ante sus ojos. En la imagen superior, cadáveres encontrados en el campo de Dachau, tristemente famoso por sus experimentos clínicos. Abajo, una muestra de la alegría de la liberación en el campo de Oswiecim de Polonia, más conocido por su nombre alemán: Auschwitz.

Los últimos combatientes alemanes entregan sus armas durante la rendición de Berlín, en mayo de 1945. Abajo, una imagen del proceso de Nuremberg, en el que el tribunal dictó, el 1 de octubre de 1946, tres absoluciones, doce penas de muerte y siete penas de privación de libertad, de las cuales tres eran a cadena perpetua.

2.191 días

«*La victoria corre en socorro de la victoria*», dice un viejo refrán de los franceses. Los aliados debían explotar los éxitos del norte de Africa en el lugar natural, el sur de Europa. En la conferencia de Casablanca (enero de 1943) se decidió separar a Italia de la guerra. «*El colapso de Italia producirá un escalofrío de soledad en el pueblo alemán. Puede ser el principio del fin*», auguró Churchill.

Los aliados vieron otras ventajas en la eliminación de Italia del escenario de la guerra: su efecto se haría sentir en la Península Balcánica. Si Alemania retiraba sus considerables fuerzas y sus 25 divisiones de los Balcanes, debería recurrir a las que tenía en Rusia para llenar el vacío. Era la hora de abrir un nuevo frente para aliviar a los soviéticos. En Casablanca se tomó la decisión de invadir Sicilia. ¿Y después, qué, dónde? Los aliados no se ponían de acuerdo en este punto. ¿Cuál sería el plan que seguiría a la «operación Husky», la conquista de Sicilia? Churchill, que visitó Washington para aunar voluntades y programas de lucha, pidió al general Marshall que le acompañase a Argel para hablar con Eisenhower.

Los británicos, que sufrieron fuertes bajas en los combates en las arenas norteafricanas, disfrutaban de la ventaja moral en la hora de las decisiones. Contaban con tropas 3 veces superiores en número a las norteamericanas en el área, con 4 veces más de buques de guerra y más o menos con el mismo número de aviones. A pesar de todo, habían aceptado a un norteamericano como comandante en jefe (Eisenhower) y seguido la política de Estados Unidos. «*No hay pueblo que responda con mayor espontaneidad al juego limpio* —aseguró Churchill—. *Si tratas bien a un norteamericano, él querrá tratarte aún mejor*». Desde el primer momento, Eisenhower afirmó que si Sicilia caía, cruzaría pronto los estrechos para entrar en Italia. El comandante Bill Fairchild, que acompañaba a Churchill en su visita a Argel, cuenta que surgieron algunas diferencias entre las distintas armas sobre el papel que deberían desempeñar en las operaciones que se avecinaban. La armada británica no se mostró de acuerdo con el trabajo que se le asignaba. Un marino de altos vuelos se quejó a Churchill en ese sentido. «*Con todos los respetos* —le dijo al primer ministro—, *no creo que el papel que se le ha asignado a la armada esté de acuerdo con la tradición*». A lo que Churchill le contestó: «*Almirante, ¿se ha preguntado usted cuáles son las tradiciones de la armada británica*?». Antes de que el

almirante pudiera responder, Churchill tomó la iniciativa: «*Le voy a decir cuáles son esos hábitos: la ginebra, las mujeres y el látigo*».

En Argel y Túnez, en los cuarteles generales aliados, se respiraba el aire de la victoria: los soldados querían más. Habían descansado en las playas y, cicatrizadas sus heridas, deseaban dar el salto al continente. Churchill les habló en los anfiteatros romanos cerca de Cartago, sobre el mismo escenario en el que combatieron los gladiadores con sus redes y sus tridentes, donde se escuchó el grito de las vírgenes cristianas mientras las devoraban los leones: «Yo no soy un león, y desde luego no soy virgen», dijo con humor a sus hombres.

Los servicios secretos alemanes le habían preparado una trampa. Los agentes en Lisboa descubrieron la salida en un avión comercial de un hombre grueso que fumaba un enorme cigarro habano y parecía Churchill. Poco después del despegue, un caza alemán interceptó al avión y lo destruyó con facilidad. Entre los 14 pasajeros muertos se contaba uno muy famoso: el actor cinematográfico Leslie Howard, el de *Pimpinela Escarlata* y *Lo que el viento se llevó*. Alfred Chenhalls era un músico aficionado y contable de profesión al que los agentes alemanes confundieron con Churchill.

«*Dentro de muy poco* —afirmó el primer ministro—, *la nación alemana se va a quedar sola en Europa, rodeada por un enfurecido mundo en armas*». Todo estaba preparado para el desembarco en las playas sicilianas. «*¿Has visto alguna vez a un cordero convertirse en lobo*? —le preguntó 3 años antes Benito Mussolini a su yerno el conde Ciano—. *La italiana es una raza de corderos. No bastan 18 años para cambiarla, se necesitan 180 o quizá 180 siglos*». El pastor se iba a encontrar muy pronto en dificultades: el lobo se acercaba a las costas de Sicilia.

DESEMBARCO EN SICILIA

Los centinelas italianos se iban a tener que restregar los ojos para comprobar que esa fuerza que se acercaba no era un espejismo, sino tres mil barcos, con grandes portaaviones, 160.000 hombres con 14.000 vehículos, 600 tanques y 800 cañones. El 3 de julio, los bombarderos aliados iniciaron su tarea de demolición de la fuerza aérea enemiga y sus instalaciones. Al cabo de seis días, sólo quedaban en el aire aviones aliados. El desembarco se llevó a cabo el día 9. Fue como unas maniobras poco más o menos. Cantaban las chicharras cuando los aliados pusieron pie en las playas. Los sicilianos estaban, como el resto de los italianos, hartos de Mussolini, de la guerra y de los alemanes, que tenían al mariscal Kesselring como jefe único.

405.000 hombres entre italianos y alemanes reunió el mariscal bajo su mando. El Séptimo Ejército norteamericano y el Octavo Ejército británico, el primero con seis divisiones y el segundo con siete, incluidas las canadienses, formaban parte de la primera oleada. «Ike». Eisenhower era su comandante en jefe y el general británico Alexander su 2º de a bordo. Entre los nombres conocidos que se dieron cita para el desembarco en Sicilia hay que apuntar los de Montgomery, Patton o el almirante Browne Cunningham.

En contra de lo que se piensa, el desembarco en Sicilia fue «*una operación arriesgada y llena de incertidumbre*», como señaló Liddell Hart. El gran error de Hitler y Mussolini fue el de tratar de salvar la cara en Africa. Perdieron en el escenario norteafricano y perdieron en Sicilia. No enviaron a Rommel los refuerzos que necesitaba cuando le hicieron falta y tenía el viento de popa, y entregaron cientos de miles de sus soldados a la rendición en Túnez. ¿Qué hubiera sucedido de haber sido trasladadas esas tropas italo-alemanas al sur de la península? Hitler sospechaba que la ofensiva aliada llegaría a través de España y Portugal o Grecia. Desde luego, en una primera fase, el paso de los ejércitos aliados lo esperaba en Cerdeña y no en Sicilia. Mussolini acertó en el pronóstico: desembarcarían en Sicilia.

Para confundir al Eje, los servicios de información británicos se sirvieron, entre otras, de una estratagema consistente en lanzar, desde Gibraltar hacia las costas del Golfo de Cádiz, a un cadáver que llevaba en sus bolsillos documentos con los planes «secretos» aliados para un desembarco en Cerdeña. Fue «el hombre que nunca existió». La policía española se apresuró a entregar la documentación a los agentes alemanes: Hiüer se tragó el anzuelo. El resultado fue que los alemanes dispersaron sus fuerzas. El desembarco en Sicilia no resultó, pese a todo, una maravilla.

Mussolini temía caer bajo el control de las fuerzas alemanas. Su orgullo le impedía solicitar el número de divisiones que le hubieran permitido hacerse fuerte en el flanco meridional. Nunca quiso reconocer el estado calamitoso en que se encontraba su ejército, cansado de pelear y con nulo espíritu de combate. Pretendió defender Italia con los italianos. Nunca aceptaría que un mariscal o general alemán se hiciera cargo de sus divisiones. Poco a poco, su plana mayor le convenció de la necesidad de contar con más ayuda alemana, ya que las fuerzas armadas italianas se venían abajo. Pero cuando el *Duce* se mostró dispuesto a recibir esa ayuda suplementaria, Hitler cambió de idea: empezaba a no fiarse de las intenciones italianas, temía que destituyeran a Mussolini, como así ocurrió.

Hitler tenía demasiados frentes por cubrir. El descubrimiento en

España del cuerpo del «hombre que nunca existió», con una carta al general Nye en la que daba cuenta de los (falsos) objetivos reales de los aliados —desembarco en Cerdeña y Grecia—, no modificó la opinión de Mussolini y del mariscal Kesselring. Siguieron creyendo que sería en Sicilia, pero a Hitler le impresionó el descubrimiento del cadáver con los planos en la costa sur de España: confiaba demasiado en su proverbial intuición. La idea de un desembarco en Cerdeña no era descabellada. Desde ella podrían saltar a Córcega y a las costas francesas e italianas del continente.

Tras analizar las ventajas, los jefes aliados del Estado Mayor conjunto apostaron por Sicilia por tres motivos: 1) Garantizaría las líneas de comunicación en el Mediterráneo. 2) Reduciría la presión alemana sobre el frente ruso. 3) Intensificaría la presión sobre Italia. Churchill sabía que la prisa era un factor esencial. Por eso, en Casablanca, el primer ministro, «*ese semiamericano, borrachín y judaico*», como le llamó Hitler en su testamento en el «búnquer» de Berlín, insistió en que la fecha debía fijarse en junio. Churchill pensaba que el retraso aliado podría permitir la ocupación, por parte de los ejércitos soviéticos, de la parte del león en la Europa oriental. El primer objetivo de la «operación Husky» era la pequeña isla de Pantelaria, situada ente Túnez y Sicilia. La preparación artillera y los bombardeos sobre la isla hicieron milagros: la guarnición se rindió antes de que los lanchones de desembarco tocaran sus playas. Sólo se registró una baja: un soldado resultó mordido por una mula. Pantelaria arrastró en su caída a otras dos islas, las de Lampedusa y Linosa. Los aliados tenían despejado el camino del mar.

Para no descubrir sus intenciones reales, los aliados bombardearon Sicilia, pero también Cerdeña y Grecia. Cuando el 9 de julio de 1943 las nuevas lanchas de desembarco, las DUKW y las LST *(landing shop tanks)*, que tan buen juego darían más tarde en las playas del Pacífico, se acercaban a Sicilia, las guarniciones italianas dormían. Se había dicho tantas veces y durante tantos meses que venía el lobo que, cuando llegó, los soldados italianos no se encontraban en estado de alerta. Estaban mal equipados, el rancho era insuficiente. Por eso, cuando los aliados desembarcaron fueron recibidos con muestras de amistad por la población civil, con vino chianti y rosas. Los italianos alzaron las manos y se entregaron o echaron a correr vestidos ya de paisano.

Pasada la débil barrera italiana quedaba la división Hermann Goering. Esta sí se mostraba dispuesta a luchar. La había enviado Hitler para reforzar el dispositivo. Sus blindados esperaban a la primera división norteamericana. Las llanuras de Gela se cubrieron de

panzer. Los Mark IV de veintiséis toneladas lo arrollaban todo a su paso. Los británicos tomaron posiciones en las trincheras. El contraataque alemán fue muy vigoroso. Sus carros Tigre se abrieron paso con facilidad. Desde el mar, los cañones pulverizaron a parte de las unidades blindadas de la División Goering. Los alemanes, que se habían servido del Etna como observatorio para vigilar los movimientos de las tropas aliadas, se retiraron hacia el volcán. Tenían la intención de no moverse de allí.

Como les sucedería a los japoneses en la última fase de la guerra del Pacífico, los alemanes pasaron de la ofensiva a la defensiva y dejaron la iniciativa al enemigo. Les atacaron desde el Este y el Oeste. Al cabo de un tiempo, los aliados desembarcaron un total de 478.000 soldados: 250.000 británicos y 228.000 norteamericanos. En el aire no había color. Los aliados contaban con 4.000 aparatos por los 1.500 de alemanes e italianos. El de la División Goering fue el único contraataque serio al que debieron enfrentarse británicos y norteamericanos. Era difícil de creer, para los que conocían el Mediterráneo, que extensas formaciones de barcos pudieran echar el ancla enfrente de la costa sin ningún problema, como apuntó el almirante Cunningham. Los suministros estaban asegurados. Los italianos se rendían en masa. Los alemanes escaparon por el Estrecho de Messina.

EL SOPAPO DE PATTON

En líneas generales, la campaña discurrió bien para los aliados. Sólo que Montgomery tomó una discutible decisión al dividir sus fuerzas, enfrentado al mando norteamericano. En otro incidente, el iracundo general Patton sopapeó a un soldado enfermo y abatido moralmente con el que se cruzó en un hospital de campaña. Montgomery y Patton eran dos generales con ideas propias. La férrea disciplina no iba con ellos. George
S.
Patton era hombre de cóleras repentinas. Magnífico soldado pero imprevisible, inmaduro y lleno de vanagloria; un elefante en una cacharrería, como demostró en su visita al hospital siciliano. A Patton le ponía enfermo visitar los hospitales de campaña en la retaguardia. Siempre prefería ver a los enfermos en línea de fuego, salvo a los que no pudieran tenerse en pie. Al cruzarse con un soldado en los pasillos del hospital y responderle éste que se sentía «mal de los nervios», le arreó una bofetada que dejó estupefactos a los médicos y enfermeras,

que tuvieron que intervenir para que Patton no se ensañara con su paciente. El general de blindados desconocía el cuadro clínico de los 2 soldados con los que se tropezó. Según los médicos, uno de ellos se encontraba muy enfermo, con una temperatura que superaba los 39 grados. Patton salió de allí echando pestes contra los cobardes que se refugiaban en las enfermerías para rehuir el combate.

La bofetada de Patton resonó en los cuartos de banderas, redacciones y hogares de Estados Unidos como un pistoletazo en medio de un concierto. ¿Quién podía dominar aquella fuerza de la naturaleza? Eisenhower, que le estimaba mucho, hubo de aplicarle un correctivo. Un manso y arrepentido Patton se presentó en el hospital siciliano para pedir disculpas a los enfermos, los médicos y las enfermeras; además de escribir una carta llena de humildad y propósitos de enmienda. ¿Enmienda? Ya no hubo más bofetadas, pero el héroe de las batallas de carros esparció sus opiniones al tresbolillo sobre lo divino y lo humano. Dijo que Gran Bretaña y Estados Unidos estaban destinados a gobernar el mundo y que el partido nazi era más o menos como el Partido Republicano estadounidense. George S. Patton falleció en Alemania el 21 de diciembre de 1945, después de un accidente de tráfico, cuando el coche en el que viajaba chocó contra un camión militar; contaba sesenta años. Lo enterraron en un cementerio militar de Estados Unidos al lado de sus soldados, «cuyo afecto conquistó aquel jefe sagaz», en palabras de Eisenhower.

Ante el comportamiento errático de algunos jefes militares, el general Ornar Bradley subió posiciones en el escalafón. La campaña de Sicilia provocó dos consecuencias inmediatas: por un lado, los alemanes se vieron obligados a distraer fuerzas del frente oriental para enviarlas a Italia y los Balcanes; por otro lado, comprendieron de una vez por todas que los italianos eran aliados inservibles por su baja moral de combate. Los aliados bombardearon las ciudades italianas. Los Gis eran recibidos como liberadores. Fue el golpe de gracia contra el régimen tambaleante de Benito Mussolini. «Las divisiones italianas —escribió el general Alexander, segundo de Eisenhower— se desintegraron sin disparar un solo tiro». Bandera blanca en las ciudades. Los alemanes se quedaban solos. Antes de que cayera el *Duce*, traicionado desde dentro del sistema, Hitler ya había pensado en hacerse con el control de Italia y las zonas dominadas por los fascistas en Francia, Yugoslavia, Grecia y Albania.

LA CAÍDA DEL *DUCE*

Mussolini, enrabietado, persistía en ofrecer una imagen de independencia y autonomía. El desembarco aliado le puso al borde de la histeria, lo mismo que a Hitler. En su consejo de guerra del 17 de julio, el *Führer* tomó medidas draconianas: «Sólo medidas bárbaras como las que adoptaron los franceses en 1917 o Stalin en 1941 pueden salvar a la nación. Hay que crear tribunales marciales en Italia para que podamos deshacernos de elementos indeseables». En su testamento, Hitler lamentó no haber utilizado los métodos de Stalin. Mussolini no sabía lo que pasaba, y eso era lo que le pasaba. Era incapaz de comprender una situación que se le escapaba de las manos. Hitler acudió a Rimini para inyectar ánimos a su aliado. Sabía que su pronóstico, la caída del *Duce*, estaba a punto de cumplirse. El Gran Consejo Fascista conspiró, buscó una solución al callejón sin salida. El César de cartón piedra perdió su arrogancia y sus sueños de gloria. Estaba cada vez más en manos de los alemanes. Volvería a Roma justo a tiempo para presenciar el primer bombardeo aliado contra la Ciudad Eterna a la luz del día. A su regreso a Berlín, Hitler puso en marcha la «operación Alarico», más tarde llamada en código «Achse». (Eje), de ocupación de las zonas italianas y las cordilleras alpinas. Era una humillación para el *Duce*, que se había quedado sin ejército y sin país. Las fuerzas que Hitler guardaba para enviar a España y Portugal, en el caso de que el desembarco aliado se produjera en la Península Ibérica, se desviaron a la «operación Eje» en territorio italiano. Italia se dividió en tres corrientes: los que eran partidarios de la resistencia numantina, encabezados por el inflexible doctrinario fascista Roberto Farinacci; los mussolinianos, que pensaban que el *Duce* mandaba todavía, aunque convenía arrebatarle las competencias militares; y la corte de Víctor Manuel III y los jefes militares de su confianza, que veían llegado el momento de buscar una solución al drama italiano: la destitución del *Duce* y la salida de la guerra.

La incapacidad de las fuerzas italo-alemanas para frenar la ofensiva aliada sobre Italia no hizo sino precipitar la caída del *Duce*. El Gran Consejo Fascista se reunió por vez primera desde octubre de 1939, después de tres años y medio de guerra. El 25 de julio de 1943, la moción de censura apartó del poder a Benito Mussolini por diecinueve votos contra ocho. El rey Víctor Manuel lo llamó a palacio: «Mi querido *Duce*, Italia está hecha pedazos, los soldados se niegan a combatir. En este momento, usted es el hombre más odiado de Italia». El hombre al que todo el país había adulado durante años se negaba a reconocer su situación de desventaja y derrota. «Es una decisión muy grave», acertó a decir. No daría batalla. Había perdido la jactancia y hasta el temperamento. Ni siquiera luchó por que el rey cambiase de

idea. No le quedaban voluntad ni argumentos. Al abandonar el palacio real fue detenido por un capitán de carabineros que le trasladó a una ambulancia y lo encerró en un cuartel.

Hitler recibió con aplomo la noticia de la destitución de su aliado. No le sorprendía nada. Su legendaria intuición le permitió leer aquel derrumbamiento en su bola de cristal. «Estaba escrito en las estrellas», que diría Goebbels. El *Führer* nunca se equivocaba. Ahora, reunido con sus generales, les anticipó acontecimientos y los siguientes pasos: «Es claro que los traidores italianos van a confirmarnos su lealtad. Es una traición. Aunque ese tal mariscal Badoglio declare a continuación que la guerra sigue, no cambiará nada. Es lo que tienen que decir. Les vamos a seguir el juego mientras nos preparamos para tomar Italia de un golpe».

Pietro Badoglio fue el nuevo jefe de un Gobierno de burócratas y militares bajo la protección de su majestad. Terminaban más de 2 décadas de fascismo. En medio de la hecatombe, el partido fascista se evaporó como el humo. Hitler, que seguía con preocupación el desarrollo en Ucrania de la más grande batalla de tanques de la historia, en Kursk, acertó en sus cálculos sobre las intenciones de Badoglio, que no podía enfrentarse solo a los alemanes. Tenía un pie en lado alemán y el otro en el aliado e iba a vivir una procesión de dudas, marchas atrás y titubeos. El *Führer* tomó decisiones de acuerdo con lo que calculaba que iba a hacer Badoglio: rescató a Mussolini, ocupó Roma y restauró el régimen fascista; secuestró al rey y a sus consejeros, puso Italia bajo su bota y destruyó la flota italiana. Creía que le quedaban tan sólo horas para poner su plan en movimiento. La verdad era que le quedaban días e incluso semanas, porque las conversaciones secretas de paz entre Badoglio y los aliados se habían abierto en la ciudad neutral de Lisboa. El general Bedell Smith viajó a Portugal para entrevistarse con el general Castellano.

El general Bedell Smith llegó a Lisboa disfrazado y con un falso pasaporte británico que le acreditaba como un comerciante de Londres. Todas las precauciones eran pocas, porque Lisboa, igual que Madrid, era un nido de espías, sobre todo alemanes. Badoglio vaciló entre someterse a la nibelúngica venganza de los alemanes o rendirse a los aliados. La entrevista entre Bedell Smith y Castellano no condujo a nada. Mientras tanto, Sicilia quedó limpia de alemanes. El general Alexander le envió un telegrama a Churchill: «A las diez de esta mañana, 17 de agosto de 1943, el último soldado alemán ha huido de Sicilia. Toda la isla está en nuestras manos». El general Castellano se reunió con Smith en un olivar cerca de Siracusa. El armisticio se firmó allí el 3 de septiembre.

El general Castellano se perdió el espectáculo. Había movimiento de barcos en el estrecho de Messina. Al atardecer, el Octavo Ejército, el mismo que derrotó a Rommel en El Alamein, desembarcaba en el tacón de la bota italiana. En el cuarto aniversario del estallido de la guerra, puso el pie en la Europa continental. El general Montgomery, narcisista y cascarrabias, estaba al mando del Octavo Ejército. «Si la dirección y la organización del desembarco en Sicilia fueron malas —aseguró el insatisfecho "Monty"—, la forma en que se ha llevado después la campaña es todavía peor». En efecto, hubo fallos de coordinación entre la «operación Baytown», el salto de «Monty» a Calabria y la «operación Avalancha», el descenso del Quinto Ejército a Salerno. Montgomery envió un par de mensajes al general Alexander: «Recibí el 30 de agosto la orden de invadir el continente europeo. En ausencia de informaciones en sentido contrario, debo creer que el enemigo presentará alguna resistencia». Ninguna, ninguna resistencia. Los italianos no eran ya problema. Pero Montgomery era un estratega prudente, demasiado cauto. Los dos desembarcos, el de Montgomery y el norteamericano que dirigió un general sin experiencia, Mark Clark, discurrieron cada uno por su lado, sin coordinación. El Octavo Ejército llegó al continente para cruzarse de brazos. «Monty», para exasperación de Churchill, se dedicó a reforzar sus posiciones, a fortificar la cabeza de playa y a almacenar provisiones. ¿Quién desautoriza a un general con tan alto concepto de sí mismo? Desde luego, ni Alexander ni su defensor Alan Brooke lo hicieron. En lugar de proseguir su marcha hacia el norte, Montgomery vivaqueó en su zona de desembarco y esperó el resultado del que los norteamericanos iban a llevar a cabo en Salerno.

El nuevo Gobierno italiano dudaba a la hora de anunciar el armisticio. Temía por las consecuencias que pudiera tener sobre Roma, en el mismo momento en el que los aliados se preparaban para enviar sus tropas de asalto a Salerno. Eisenhower había pensado en lanzar a sus paracaidistas sobre Roma. El general Maxwell Taylor, al que conocí a mediados de los años sesenta en Vietnam, fue enviado a entrevistarse con Pietro Badoglio para fijar un calendario de las operaciones. «Salí de Palermo en medio de la noche y a bordo de una lancha
PT
británica, acompañado del coronel Gardner —recordó Taylor—. Al amanecer nos reunimos con una corbeta italiana al norte de Palermo y nos dirigimos por el mar Tirreno hacia el puerto de Gaeta, situado entre Ñapóles y Roma. Una vez allí, nos llevaron a tierra disfrazados de prisioneros de guerra. En una ambulancia cruzamos la via Apia y

llegamos a Roma al anochecer. Todo parecía normal en las calles, patrulladas por las tropas alemanas. El coronel Gardner y yo insistimos en que aunque fuera medianoche nos llevaran hasta el primer ministro Badoglio. Mantuvimos una larga discusión con él. Por desgracia, mostró la misma actitud pesimista que sus generales. Subrayó el hecho de que las divisiones italianas se habían quedado sin munición y sin gasolina y que se hallaban vigiladas de cerca por las fuerzas alemanas. Por eso se opuso a la operación de lanzamiento de paracaidistas sobre Roma. Desde la radio clandestina conecté con Argel para recomendar la cancelación del ataque aerotransportado sobre Roma». Para entonces, octavillas firmadas por Roosevelt y Churchill habían caído sobre la Ciudad Eterna: «Ha llegado el momento en que debéis decidir si los italianos tienen que morir por Mussolini e Hitler o vivir por Italia y para la civilización», concluía el texto.

La noticia de la destitución del *Duce* por el Gran Consejo Fascista conmocionó a Italia. La gente salió a la calle para insultar a Mussolini y destrozar sus retratos. Las negociaciones con Badoglio, que se prolongaron durante más de un mes, fueron un tiempo precioso que los aliados regalaron a los alemanes. Las tropas de Hitler consiguieron escapar de Sicilia al continente con sus fuerzas casi intactas. Se ha acusado al mando aliado no sólo de descoordinación, sino de falta de sentido de la velocidad ofensiva y de carencia de imaginación para aprovechar las circunstancias favorables. La caída de Mussolini fue una de ellas.

A pesar de la actitud italiana, al general Eisenhower no le quedaba otro remedio que seguir con sus planes principales. Mientras «Monty» esperaba refuerzos en la llanura de Catania, la flota de invasión aliada se dirigía hacia Salerno al amparo de la oscuridad. Ya en ruta, llegó el anuncio del comandante en jefe sobre el armisticio: «El Gobierno de Italia —decía Eisenhower— ha rendido incondicionalmente sus fuerzas. Como comandante en jefe de las fuerzas aliadas, garantizo el armisticio militar cuyos términos han sido aprobados por los gobiernos del Reino Unido, Estados Unidos y la
URSS
de acuerdo con los intereses de las Naciones Unidas. El Gobierno italiano ha firmado el acuerdo sin ninguna reserva. El armisticio lo han firmado mis representantes y los del mariscal Badoglio y entra en vigor en este mismo instante». Con tan inesperadas noticias, las tropas de asalto aliadas se acercaron a Salerno bajo una ilusión de seguridad.

Durante la noche, los alemanes desarmaron a los italianos. Al anticipar el lugar del desembarco con los británicos en el flanco

izquierdo y los norteamericanos en el derecho, la Wehrmacht, el ejército alemán, dio la bienvenida a los aliados con fuego a discreción, un fuego nutrido, graneado, que dejó las orillas cubiertas de sangre. La 16 División Panzer se encontraba en el área. A ella se unieron otras unidades alemanas, situadas en la vecindad.

El 10 de diciembre, dieciséis divisiones desarmaban a las fuerzas regulares italianas y rodeaban Roma. Los alemanes eran dueños de gran parte de la nación. El rey Víctor Manuel y el jefe del Gobierno, Badoglio, habían huido a tiempo y se instalaron en Brindisi, donde pronto gozarían de la protección del Octavo Ejército de Montgomery. Los guerrilleros italianos, los partisanos, salieron a la superficie: «Hermanos —decían en sus proclamas volantes—, después de 39 meses de guerra, de dolor y sufrimiento; después de 20 años de tiranía e inhumanidad, hoy podemos gritar con entusiasmo por vuestra llegada. Debemos dar gracias a Dios que nos ha permitido ver este día. Queremos marchar a vuestro lado hasta el último día. ¡Vivan los aliados! ¡Viva la Italia libre!». Firmaba el Comité Antifascista de Excombatientes de la Gran Guerra. Ellos serían los últimos italianos que quedaron en armas.

LA LIBERACIÓN DE MUSSOLINI

Benito Mussolini fue internado en un hotel de los Abruzos, en los Apeninos. Hitler estaba decidido a sacarlo del hotel Campo Imperatore del Gran Sasso. Para ello pensó en un joven comandante austríaco que había servido en el regimiento Adolf Hitler de las SS. Era un «pirata ario» llamado Otto Skorzeny. Sus planeadores llegaron hasta la estación de montaña en el centro de la península. Eran unos 100 paracaidistas que, tras sobrevolar el valle, aterrizaron como pudieron a poca distancia del hotel. «*Mani in alto!*» (manos arriba) gritaba un sudoroso Skorzeny. Los *farabinieri* no ofrecieron resistencia. Mussolini fue liberado sin disparar un solo tiro. «Mi *Duce* —dijo Skorzeny—, mi *Führer* me envía para liberaros. Sois libre». «Sabía que mi amigo no me dejaría abandonado», respondió Mussolini mientras abrazaba a Skorzeny.

En los salones del Madrid de la posguerra, Skorzeny, con el rostro surcado por una cicatriz de guerra, nos contaría su hazaña bélica que ya habíamos leído en sus libros *Vive peligrosamente* y *Luchamos y perdimos*. Otto Skorzeny, que reapareció en la última ofensiva organizada por Hitler, la de las Ardenas, no tuvo dificultades para llevar a Mussolini hasta el avión de reconocimiento Fieseler-Storch

(cigüeña), que despegó con dirección a Roma desde un prado cercado en la cumbre más alta de los Apeninos. «Todo fue vertiginoso —recordó Mussolini—. Ante mí apareció un gigante rubio que sudaba mucho. Entre la llegada de los planeadores y la entrada de los alemanes en mi habitación del hotel, no habían pasado ni 4 minutos».

Una vez en libertad, Mussolini anunció la creación de la nueva república fascista-socialista de Saló, junto al lago Garda, a la que Passolini dedicó una provocadora película. Esa república sólo existía en la imaginación del *Duce*. «Yo, Mussolini, proclamo, vuelvo a tomar el mando del fascismo en Italia. Italianos…». Hacía tiempo que los italianos no le escuchaban. Una de las primeras órdenes que dictó en su grotesca y burlesca república de Saló fue la ejecución de su yerno, el ex ministro de Asuntos Exteriores Galeazzo Ciano, que fue ejecutado en Verona.

Ciano era yerno de Mussolini y Serrano era cuñado de Franco. A Serrano Súñer, admirador del *Duce*, le disgustó la orden mussoliniana de fusilar a su yerno. El entonces ministro de Exteriores español le envió un telegrama de protesta al *Duce*. «Ciano era un hombre ligero, no era culto ni tenía una formación moral. Era un vividor, un aprovechado y se comportó como un cerdo con su suegro Mussolini, pero de ahí a enviarle al paredón… Ciano era un hombre mediocre, de cultura plebeya, de escasa educación y con pretensiones exhibicionistas. A nosotros, al final de la guerra, nos recibió en Nápoles, para que la gente le viera en plan de triunfador desfilando por las calles». Ciano votó en contra de su suegro en el Gran Consejo Fascista que le apartó del poder. Una de sus primeras misiones fue la de negociar en junio de 1936 el tratado del Eje y, más tarde, en 1939, el Pacto de Acero con Hitler, al que se adhirió España. En 1943 se mostró partidario de mantener a Italia al margen de la guerra. El conde Ciano contribuyó a la historia de la II Guerra con un *Diario* en el que transcribió con rara sinceridad sus impresiones sobre la Guerra Civil española, sobre Franco, Mussolini y el círculo fascista del poder. Fue él quien recogió de labios de Mussolini la opinión de Hitler sobre Franco, tras las 9 horas de reunión en el vagón de Hendaya: «Antes de pasar otra vez por una cosa así, preferiría que me sacaran 3 o 4 muelas». Ribbentrop, que telefoneó a Ciano para expresarle su satisfacción por el encuentro de Hendaya con la esperanza de que España entrara en guerra, dio su versión sobre su entrevista cuando tachó a Franco de «ingrato traidor» y a Serrano de «jesuíta». En la entrevista de Hendaya —el almirante Canaris le advirtió a su *Führer* que no le gustaría Franco—, Hitler tenía en la cabeza otras preocupaciones que las desmesuradas peticiones del Caudillo, tan

orgulloso y obsesionado con su joya de la corona del Marruecos español. La propaganda franquista situó al Caudillo como un héroe en Hendaya. En realidad firmó un protocolo por el que España se comprometía más o menos vagamente a entrar en la guerra al lado del eje. El tiempo corrió a favor de Franco y la paupérrima España. Fuera por la astucia de unos (Franco y Serrano) o por los enfados de Hitler, que no podía dar lo que se le pedía (Gibraltar, el Marruecos francés, *etc.*
), España se libró de la guerra. Franco, el africanista, gozó de la *baraka*, el influjo benéfico de la suerte.

En Salerno, el Quinto Ejército combatió en una dura batalla con las tropas alemanas de refresco por la posesión de la cabeza de playa. El 12 de septiembre, las unidades blindadas alemanas se lanzaron a la ofensiva hasta romper las líneas centrales del perímetro aliado. La artillería naval y las tropas paracaidistas previstas para caer sobre Roma corrieron en auxilio del Quinto Ejército. Cuando los alemanes estaban a punto de arrojar al mar a los aliados, intervinieron 2 batallones de artillería de campaña norteamericana, los 158 y 189, que frenaron el avance del Décimo Ejército. Todo fue necesario para rechazar al enemigo, hasta una banda militar enviada a defender una colina que el general Mark Clark bautizó en su honor con el nombre de Pico Pequeño. La batalla continuó sobre los márgenes del río Calore. Los 2 batallones de artillería norteamericana dispararon 3650 obuses en aquella jornada, a un ritmo de 8 cañonazos por minuto. Los alemanes se batieron en retirada para intentarlo al día siguiente en las alturas de Salerno, sobre posiciones británicas. También fueron rechazados. El 15 de septiembre, el comandante en jefe alemán Kesselring ordenó el repliegue.

La victoria de Salerno abrió el camino hacia Nápoles. El puerto se rindió el 1 de octubre. Antes de 2 semanas, los aliados desembarcaron mil toneladas de suministros diarios a la sombra del Vesubio. Antes de iniciar la retirada, en un acceso de rabia contra sus antiguos aliados, las tropas alemanas la emprendieron con los edificios napolitanos, entre ellos los museos: era la política de tierra quemada que Hitler empezó a predicar cada vez con mayor brutalidad e insistencia a medida que retrocedía en todos los frentes.

A bordo del buque acorazado *Nelson*, que vigilaba a la flota italiana en la bahía de La Valetta en Malta, el mariscal Badoglio firmó la rendición incondicional el 13 de octubre de 1943; el Gobierno real italiano declaraba la guerra a Alemania. En la primera fase de la campaña de Italia, los aliados sufrieron bajas ligeras, si se tiene en cuenta lo arriesgado de la misión: 2721 británicos y 2811

norteamericanos muertos. En total, entre muertos, heridos y desaparecidos, 22800 bajas. Un precio barato para 2 objetivos de primera: la caída de Mussolini y la capitulación de Italia. Aún no se podía cantar victoria. Quedaba el descenso a los infiernos de Dante. Al norte de la línea de batalla, en la zona alemana de ocupación, los partisanos antifascistas recibieron de Churchill un mensaje radiado lleno de esperanza: «Los ejércitos de liberación corren en vuestra ayuda. Tened fe en vuestro futuro. Pegad duro. Marchad junto a nuestros amigos norteamericanos y británicos en el gran movimiento mundial hacia la libertad, la justicia y la paz».

LA ABADÍA DE MONTE CASSINO

Sí, pero el avance era lento, desesperante. Italia parecía un terreno adecuado para la guerra defensiva que los alemanes libraron con brillantez. La campaña fue un tira y afloja. No sólo supieron aprovechar el terreno, sino que destruyeron todo lo que pudiera servir al enemigo, desde puentes a líneas de ferrocarril. De pronto, todo se oponía al avance aliado: las minas, los ríos, las carreteras voladas, el tiempo, la lluvia, el barro… La metáfora de esa dificultad fue la batalla por el monasterio de Monte Cassino, un bastión de la Línea Gustav situado en los Apeninos: era el centinela de Roma, la llave para el camino a la Ciudad Eterna. Construido por San Benito en el año 529, los lombardos, los sarracenos y los terremotos habían derribado la abadía. Se esperaba una nueva acometida, la más furiosa de todas. Al final de la cadena de montañas de los Abruzos, donde se juntaban los valles del Liri y el Rápido, se alzaba el monasterio que dio fama a la orden benedictina.

La fortaleza cubría todo el pico de la montaña y era una tentación servirse de ella para la guerra. Los alemanes no lo hicieron. La ciudadela del espíritu, el lugar de la meditación, la contemplación y la paz se vio envuelta en uno de los combates más ásperos de todo el conflicto. La batalla empezó el 17 de enero de 1944 con un ataque británico en el río Garellano: una ofensiva destinada a atraer las reservas alemanas antes del desembarco en Anzio cerca de Roma. La campaña italiana fue pródiga en sangre: en 6 semanas, las 8 divisiones del Quinto Ejército sólo pudieron avanzar 11 kilómetros, con una pérdida de 16.000 hombres. Las tropas aliadas tardarían ocho meses en conquistar Roma y otros ocho antes de que lograsen romper el frente, en las llanuras del norte de Italia. Hasta el general Clark reconoció que el desembarco en Salerno, la llamada hiperbólicamente

«operación Avalancha», había sido casi un desastre. Fue sólo el principio de las complicaciones sin cuento. Churchill se desgañitaba en Londres: «Es un escándalo, la guerra se ha estancado, se han desperdiciado fuerzas muy necesarias».

La idea consistía en atraer a cinco divisiones alemanas a lo largo de los dieciséis kilómetros del sector de Cassino y entretenerlas con siete divisiones aliadas, mientras otros efectivos desembarcaban detrás de las líneas enemigas, en Anzio. Era una operación clave para dar paso a la «Overlord», el desembarco aliado en el norte de Francia. «Ike». Eisenhower fue retirado del frente italiano junto con Patton, Montgomery y Bradley. Harold Alexander quedó al mando de las fuerzas aliadas junto con el general Clark. Cuando el primer cañonazo fue a dar sobre los muros del monasterio de Cassino, el 18 de enero, la abadía estaba habitada por el abad, 5 monjes, un sacerdote, tres familias de campesinos, un sordomudo y, de vez en cuando, por el jefe del 14 Cuerpo Panzer, el general von Senger und Etterlin, graduado en Oxford, antinazi, gran soldado y miembro laico de la orden benedictina. Sus hombres esperaban a las tropas aliadas desde una posición ventajosa: una línea de acero y fuego. Mientras los británicos intentaban cruzar el Careliano, la 36 División de Texas se situaba en la orilla del Rápido. Durante 2 días y 2 noches, la 36 División se vio sometida, en aquel río estrecho y endemoniado, a un nutrido fuego de artillería. Un corresponsal escribió que aquél había sido el desastre mayor de Estados Unidos después de Pearl Harbor. Ya se sabe que los corresponsales tienden a llenar sus crónicas de sudor, sangre, lágrimas y cadáveres. Quizá no era para tanto, pero en la dulce Italia se combatía con un ardor lleno de primitivismo, como si en aquel río se decidiera el curso de la guerra mundial. En los versos de Leopardi, el pastor errante de Asia, se preguntaba a gritos «¿Qué haces, Júpiter, en el cielo?». La 36 División quedó reducida a un regimiento. Sólo el coraje de los tejanos pudo al fin transformar la matanza en victoria.

El empecinamiento de unos y otros en torno al bombardeado sector de Cassino permitió el desembarco aliado en las playas de Anzio, poblada de italianos en vacaciones. Fueron 200 los buques que llevaron las tropas hasta la playa. Dos divisiones, una norteamericana y otra británica, llegaron hasta un paisaje en calma. En 24 horas iban a poner en tierra 36.000 hombres y 3000 vehículos. Los aliados, eufóricos, se creían ya en Roma, pero no convenía adelantar acontecimientos. Los alemanes llevaron, en improvisados esfuerzos de movilización y transporte, tropas de refresco desde Francia y Yugoslavia. El 30 de enero, ocho divisiones alemanas se desplegaron ante el perímetro aliado. Lo que siguió tras el ímpetu inicial fue una

tremenda guerra de desgaste en las playas de Anzio y en las laderas de los contrafuertes rocosos de Monte Cassino. Los últimos kilómetros —Anzio se encuentra a 53 de Roma— serían el escenario de una lucha encarnizada.

En Anzio no había nada, ni siquiera dunas tras las que poder parapetarse. ¿*A* quién se le habría ocurrido elegir aquel lugar desnudo para un desembarco, un cementerio que pronto se cubriría de cadáveres aliados sin enterrar? Tardarían 4 meses en salir del atolladero. En Monte Cassino, tropas indias y neozelandesas lograron agarrarse a las rocas y ocupar posiciones. Era necesario el empujón final porque los alemanes, con sus piezas de ochenta y ocho milímetros, batían desde la loma 516 el valle y la carretera que serpenteaba hasta el monasterio. Los aliados, tras advertir a los alemanes de lo que les esperaba, lanzaron a sus bombarderos el 15 de enero. Al abad Diamare y a sus monjes tan sólo les quedaba rezar. Quinientas setenta y seis toneladas de explosivos cayeron sobre la abadía hasta dejarla convertida en humeantes ruinas. Como en un Stalingrado italiano, las tropas alemanas se atrincheraron en los escombros: defenderían la Línea Gustav hasta su última sangre. Ni el Décimo Cuerpo británico ni las divisiones indias y neozelandesas ni un grupo de combate francés al mando del luego mariscal Juin, y con el que luchó el futuro presidente de Argelia, Ben Bella, pudieron reducir la resistencia alemana. El papa Pío XII —según escriben algunos historiadores— le concedió permiso a Eisenhower para destruir el monasterio que los alemanes defendían desde el exterior.

Los aliados redoblaron sus dosis de bombas hasta convertir la zona del monasterio en un paisaje lunar: una de las más hermosas abadías de Europa quedó hecha trizas. Después de una semana de dura lucha, el 11 de mayo, el Segundo Cuerpo polaco conquistó la devastada abadía. Fue el Verdún italiano. Tampoco podía el general norteamericano Clark enorgullecerse de su intervención en Anzio. Después de la guerra, para irritación de los ingleses, afirmó que el bombardeo de Monte Cassino había sido un error. Lo fue sin duda su incapacidad para aprovechar la sorpresa inicial del desembarco en Anzio, aunque la responsabilidad sobre el terreno fuese del general John Porter Lucas, hombre apático y terriblemente dubitativo que forzó el semidesastre aliado. De no haber sido por la bravura de las tropas aliadas, por la superioridad aérea y porque los servicios de inteligencia lograron descifrar el código alemán que les permitió conocer sus movimientos de antemano, los hombres de Alexander y Clark no hubieran podido perforar la Línea Gustav.

A estas alturas, los aliados habían ganado la batalla del Atlántico y la del Mediterráneo. La ocupación del norte de Africa les permitió la libertad de movimientos en el Mediterráneo, lo que hizo posible los desembarcos en Sicilia y en el continente sin temor a las represalias navales del enemigo. La ocupación de la costa occidental de Marruecos, el control aliado de Dakar (Senegal) y la entrada de Brasil en la guerra, el 22 de agosto de 1942, contribuyeron a reducir el peligro de los submarinos alemanes. En agosto de 1943, los aliados recibieron permiso de Oliveira Salazar para operar desde las islas Azores. Hitler estaba de nuevo furioso. Sustituyó al almirante Raeder, incapaz de desbaratar los desembarcos aliados en el norte de Africa, por el almirante Doenitz. El nuevo jefe de la armada nazi anunció que se incrementaría la construcción de submarinos, que en abril de 1944 alcanzó la cifra de 444. En 1942, Alemania tan sólo perdió un submarino por 60.000 toneladas de buques mercantes aliados. 41 submarinos alemanes fueron destruidos en mayo de 1943, por 299.428 toneladas de barcos mercantes aliados, menos de 8.000 toneladas por submarino.

De esta manera, al reducirse el número de los buques mercantes destruidos por los submarinos alemanes, los aliados pudieron dedicarse a incrementar su flota con vistas al desembarco en Normandía. El almirante Ramsay logró reunir novecientas treinta y nueve embarcaciones de todos los tipos. Las pérdidas aliadas en el mar se elevaron a tan sólo 87.000 toneladas en abril de 1944 y a 27.297 toneladas en mayo. Sin embargo, los alemanes no se dieron por vencidos. Su flota de superficie desapareció del mapa; mejoraron las condiciones técnicas de los submarinos, los dotaron del *esnorquel*, un nuevo tubo de respiración que permitía la aireación interior y la recarga de las baterías, con lo que lograron burlar el radar aliado. El último modelo de submarino botado en sus astilleros, el revolucionario modelo XX, alcanzaba una velocidad de 17 nudos frente a los 9 de los modelos antiguos. Podía asimismo descender a una mayor profundidad, 300 metros, para escapar a la detección del radar. De nuevo como consecuencia de las innovaciones bélicas germanas, se incrementó el número de los buques mercantes aliados hundidos en los primeros meses de 1945. Pero como las bombas V-l y V-2, estas mejoras técnicas llegaron tarde: la batalla estaba ya decidida. Los aliados debieron hacer frente a las bombas de control remoto lanzadas desde los bombarderos alemanes, pero no se quedaron atrás: mejoraron sus cargas de profundidad e inventaron las

sonoboyas.

El clímax de las victorias alemanas en la batalla del Atlántico se alcanzó en marzo de 1943: los aliados perdieron 73 barcos. Después del 22 de mayo, tras empezar a sufrir fuertes pérdidas, los submarinos nazis recibieron la orden de abandonar el Atlántico Norte. No cejarían en sus operaciones hasta el final de la guerra. Sin embargo, ahora los buques aliados iban mejor escoltados y habían mejorado sus instrumentos de defensa antisubmarina. En marzo de 1944 quedó reconocida la superioridad de los navios de escolta cuando Doenitz transmitió a sus submarinos la orden de romper la formación en grupos —las «manadas de lobos»— para pasar a operar uno a uno. Al terminar la guerra habían sido destruidos 784 de los 1.161 submarinos alemanes. La batalla del Atlántico fue mucho más importante que algunos sonados combates en tierra. 83.000 tripulantes británicos perdieron la vida, 52.000 de la Royal Navy y 31.000 de la marina mercante. Estados Unidos perdió 48.000 hombres, 38.000 en la armada (sin incluir 20.000 marines) y 10.000 en la marina mercante. Las pérdidas aliadas incluyeron a 10.000 marineros franceses, 6.000 noruegos, 5.000 holandeses, 700 daneses y 600 belgas, además de un número inferior de yugoslavos, griegos y brasileños. En total, 200.000 hombres murieron en las batallas del mar.

En la conferencia de Casablanca se decidió que el primer objetivo sería el de eliminar a los submarinos alemanes. Hitler llamó al almirante Raeder a su guarida del lobo. Raeder, creador de la nueva armada alemana y su comandante en jefe desde 1928, era sustituido por Doenitz. Hasta entonces, los submarinos alemanes dominaron el mar con sus torpedos, desde el Atlántico Norte hasta Florida y el Caribe, donde los buscaba en su yate un escritor llamado Ernest Hemingway. «Cada uno de nosotros —explicó el teniente alemán Heinz Schaeffer— mirábamos por el periscopio. El barco se hundía ante nuestros ojos. La demoníaca locura de destrucción, que se hizo ley desde que estalló la guerra, nos tenía cogidos. ¿Qué podíamos hacer? Mientras tanto, bajaban al agua los botes salvavidas. No podíamos ayudarles sin correr un serio peligro, en los submarinos sólo había sitio para sus tripulantes y poco más. El enemigo está bien equipado con material salvavidas y dentro de poco los hombres del buque cisterna podrán ser rescatados por un navio de guerra». El submarinista alemán, a un kilómetro de distancia para asegurarse el tiro, lanzaba a veces sus torpedos, donde hundía el mercante y salía a la superficie en triunfo.

Abril de 1943 fue el punto de inflexión. El H2S, el radar de onda ultra corta, obligó a los submarinos alemanes a permanecer

sumergidos durante el día, lo que limitó mucho su actividad. El almirante Doenitz, que fue uno de los confidentes de Hitler y más tarde su sucesor, fue llamado a capítulo por el *Führer*. «El Atlántico es mi primera línea de defensa». El almirante confió a las páginas de su diario: «El enemigo tiene todas las cartas… El enemigo conoce todos nuestros secretos y nosotros no conocemos ninguno de los suyos». Al terminar la guerra del Atlántico, el primer ministro Churchill recordaba aquel peligroso invierno de 1917, cuando los submarinos germanos estuvieron a punto de poner de rodillas a Gran Bretaña: «La batalla del Atlántico fue el factor dominante a lo largo de toda la guerra. Ni por un momento podíamos olvidar que todo lo que ocurriera en otras partes, en el mar, en tierra, en el aire, dependería del resultado de esa batalla».

El hundimiento del superacorazado alemán *Bismarck* a 700 millas de la costa francesa, el 27 de mayo de 1941, fue el principio del fin. Un avión de reconocimiento Catalina —del equipo militar suministrado por Estados Unidos a los británicos— descubrió al buque fugitivo. Fueron los aviones del *Are Royal* británico los que enviaron sus torpedos contra el *Bismarck*, que pronto quedó a la deriva. Después, las cerradas salvas del *Rodney* y del *King George V* cayeron sobre el símbolo de la armada nazi, que escoró a babor y se fue al fondo del Atlántico aureolado de humo, pero con su interior intacto. El hundimiento del *Bismark* fue para los alemanes como el del *Yamato* japonés en el Pacífico, y señaló el crepúsculo de los dioses arios y de los samurais.

LO PEOR LLEGÓ DESDE EL AIRE

Lo peor, sin embargo, llegó para ellos desde el aire. El 30 de mayo de 1942, la ciudad de Colonia se convirtió en el conejillo de indias de los bombardeos de alfombra. Mil cuarenta y siete aviones tomaron parte en el ataque aéreo de la ciudad: las tripulaciones fueron informadas de que si perdían los objetivos primarios, los de la industria de guerra extendida por toda Colonia, las casas de los trabajadores y los barrios populares valdrían también para hacer doblegar a los alemanes. La RAF quiso probar aquel día, con sus 300 bombarderos pesados —el resto eran aparatos más ligeros—, cómo era aquello de atacar de forma masiva una ciudad alemana. Fue sólo un símbolo de lo que vendría después y una primera ocasión de discordia entre los estrategas y tácticos británicos y americanos. Al haber derrotado a la *Luftwaffe*

durante el día, tras sufrir serias pérdidas ante los cazas alemanes, los ingleses pasaron a atacar por la noche.

No sólo fue cuestión del día y la noche. Churchill creyó en la voladura de ciudades enteras, en su desaparición del mapa, en el holocausto de poblaciones civiles para que cediera la moral del enemigo. Por eso los británicos creían en los bombardeos de saturación. Por el contrario, los estadounidenses apostaban por la precisión en los ataques sobre objetivos militares o industriales, y por eso volaban y bombardeaban de día.

El resultado fue demoledor. La historia la escriben los vencedores. El historiador
A. J.
P.
Taylor se refirió al «consenso de Nuremberg» para explicar la unanimidad. 50 años después de la guerra, esa unanimidad sigue en pie. Faltan por abrir o expurgar millones de toneladas de documentos. La gran alianza por la libertad y la democracia contra el nazi-fascismo veía dos potencias agresoras: Alemania en Europa y Japón en el Pacífico. «A la hora de juzgar los crímenes de guerra y los crímenes contra la humanidad —escribe Norman Davies—, los aliados no dudaron en llenar el banquillo de la acusación de jefes enemigos y sólo ellos». Blanco o negro es la dialéctica maniquea de la guerra. Para los historiadores occidentales, la gran batalla que decidió la guerra fue el desembarco en Normandía, sin tener en cuenta que para entonces los rusos habían roto el espinazo de la Wehrmacht en Stalingrado y en la batalla de carros en Kursk, entre 1943 y 1944. Todo eso ocurrió antes de que los aliados hubieran desembarcado en Francia.

Para los soviéticos, todo empezó en la gran guerra patriótica, como si nada hubiera ocurrido antes de la «operación Barbarroja». Los manuales británicos hicieron que la guerra empezara el 3 de septiembre de 1939, cuando para polacos y alemanes empezó el 1 de septiembre a las 4.45 horas, el momento en el que la *Wehrmacht* invadía Polonia. Para Lituania, empezó en marzo de 1939, cuando Hitler invadió Memel; para los italianos y los albaneses, cuando Mussolini atacó Albania en abril de 1941; para los japoneses y los chinos, en 1931, cuando las fuerzas japonesas invadieron Manchuria, o en 1937, cuando avanzaron hacia la China central luego de destrozar Shanghai. Tampoco se ponen de acuerdo sobre el final de la guerra. Para unos llegó el día de la victoria en Europa, en mayo de 1945, o en agosto del mismo año, en el Pacífico. Los griegos, los chinos o los ucranianos sólo vieron el final en 1947, 1949 y 1951, respectivamente. Para Vietnam empezó en 1941 y terminó en 1975.

De lo que no caben dudas es de que la II Guerra Mundial fue el acontecimiento más grande y más sangriento de la historia, la guerra total.

En una de sus charlas junto al fuego, en febrero de 1943, el presidente Roosevelt la definió como «una nueva clase de guerra, en términos de cada continente, cada isla, todos los mares y todos los espacios aéreos». Fue la Unión Soviética la que pagó el precio más alto: más de 20 millones de muertos, de los que 16 eran población civil. El historiador Weinberg pone al día la estadística del horror: 15 millones de personas cayeron en China, en Polonia hubo 6 millones de muertos, en Yugoslavia entre 1 y medio y 2 millones. En torno a 400.000 británicos, militares y civiles, y 300.000 norteamericanos perdieron la vida. Alemania perdió 4 millones, y Japón más de 2 millones: en total, más de 60 millones incluidos los 6 millones de judíos. «El coste en sufrimiento y heridas humanas —escribe Weinberg —, en destrucción y ruptura económica, fue de una magnitud sin precedentes. Si uno se pregunta si la victoria mereció un precio tan alto para lograr el éxito, uno está obligado a considerar cuáles hubieran sido las consecuencias de una victoria del Eje». Las pérdidas soviéticas fueron 20 veces las que sufrieron británicos y estadounidenses, mientras que los soldados de Stalin causaron el 75% de las bajas alemanas. 3.250.000 soldados soviéticos murieron en los campos de concentración alemanes, 1.000 oficiales polacos fueron asesinados en las fosas de Katyn a manos de efectivos del
KGB
soviético. Millones de ucranianos resultaron muertos por los nazis y por Stalin. El experto en la Unión Soviética, Robert Conquest (*The great terror*), ha demostrado que Stalin mató a sus conciudadanos a un ritmo de un millón por año a lo largo de toda la guerra.

La II Guerra Mundial, la de los 2191 días, culminó, el 1 de septiembre de 1939, los 150 años de historia abiertos con las guerras napoleónicas. Fue el conflicto de la era posindustrial y de la alta tecnología, a través de batallas de masas de hombres y material de una enorme potencia destructiva de fuego. La Revolución Francesa dio el primer paso al imponer la leva forzosa, los soldados de reemplazo. Los ejércitos se hicieron enormes, y las grandes batallas, frecuentes. La Revolución Industrial puso en manos de esos hombres armas de una abrumadora capacidad para matar. La artillería y las ametralladoras de la I Guerra Mundial dieron paso a otros instrumentos más modernos de lucha. Durante milenios, las guerras se libraron en 2 dimensiones, en el mar y en tierra. Después de 1914 se extendieron al aire y bajo los mares. En 1945 habían ganado 3 dimensiones: los

misiles balísticos alemanes V-l y V-2, que cayeron sobre Gran Bretaña, los bombardeos de largo alcance y las guerrillas que envolvieron en el combate a millones de civiles, hasta que la bomba atómica amenazó las bases mismas de la civilización. «En 31 años —escribe el profesor de Historia europea Leonard Burhkoff— la guerra pasó de dos a siete dimensiones».

La guerra de guerrillas (modernizada por los españoles frente a Napoleón), de sabotaje y resistencia, apuntó hacia lo que ocurriría después de 1945 en el Tercer Mundo. En Vietnam, Argelia, Malasia o Afganistán los guerrilleros sabían cómo hacer frente a la potencia de fuego. En la II Guerra Mundial, los civiles sufrieron más que los militares. El precedente del genocidio fue la matanza de armenios por los turcos en 1915. Sobre todo, los judíos sufrieron las consecuencias de la política de genocidio dictada por la cúpula nazi, pero también las minorías, los infrahombres, como llamaban los nazis a las razas inferiores, los *«untermenschen»* y los esclavos, incluidos los españoles republicanos encerrados en los campos de exterminio. El mariscal de campo Goering habló en 1941 de los prisioneros rusos «que después de comerse todo lo que tenían entre manos, incluidas sus botas, empezaron a devorarse entre ellos, y lo que es más serio, se comieron a algún centinela alemán».

VARSOVIA

En el 50 Aniversario de la Insurrección de Varsovia, el presidente alemán Herzog pidió perdón a las víctimas del genocidio nazi en la capital polaca. Porque no tembló el pulso de Himmler aquel agosto de 1944, cuando dio la orden de acabar con los rebeldes polacos que llenaron las calles de la capital de ciudadanos que llevaban tiras rojas y bancas en los brazos (la bandera polaca) y fusiles en las manos. El levantamiento duró sesenta y tres días y destruyó 4/5 partes de la ciudad en el intento de los insurrectos de arrebatar Varsovia a los ocupantes nazis. Fue un acto desesperado, ya que los 30 o 40.000 polacos alzados en armas estaban mal equipados: sólo 1 de cada 10 disponía de un arma de fuego. Las
SS
de Hitler mataron a 40.000 polacos sólo en los primeros días. La cifra total de muertos se elevó a 200 o 250.000. El ejército soviético, tan sólo a 20 kilómetros de Varsovia, asistió impasible a la carnicería. Himmler le hizo el trabajo sucio a Stalin. Los insurrectos de Varsovia, cuyo gueto había sufrido el año anterior un asalto a sangre y fuego,

esperaron en vano la ayuda de Stalin. El historiador Stephane Meylac afirma que la insurrección de Varsovia fue un «levantamiento militar contra los alemanes, político contra los rusos y, sobre todo, una demostración en la que el pueblo polaco expresaba su hastío por el histórico sometimiento al dictador extranjero». El 2 de octubre, la paz reinaba en Varsovia, la paz de los cementerios. «*Las atrocidades cometidas contra los polacos* —declaró Churchill— *exceden en escala y severidad a las villanías de Hitler en otras tierras conquistadas*». Hitler lo expresó con claridad: «*Negad el derecho de los polacos a la vida en cualquier forma que sea*». Cientos de miles de personas desaparecieron en los campos de Auschwitz y Treblinka. El general Bor Komorowski, jefe del ejército polaco clandestino (el Ak anticomunista), declaró el 31 de julio, en su orden del día, cuando las tropas soviéticas avanzaban hacia el Vístula: «*Hoy os transmito la tan esperada orden de combatir al invasor alemán*». Los polacos abrieron fuego a las 5 de la tarde. Las calles se transformaron en campo de batalla. Con sus 8 divisiones acantonadas en la capital, los nazis arrasaron las casas una por una y aniquilaron a los rebeldes. Stalin negó a la aviación aliada el derecho a utilizar sus bases para enviar armas, municiones, pertrechos y víveres a los polacos asediados. Fue una batalla de exterminio sobre las calles y las alcantarillas. Las mujeres polacas pidieron la bendición del Papa, mientras combatían con cuchillos y cócteles molotov antes del asalto final. Una cuarta parte de la población quedó entre las ruinas. La radio libre de Varsovia emitió su último comunicado: «*Nuestros héroes son los soldados, cuyas únicas armas contra los tanques, aviones y cañones han sido las pistolas y las botellas inflamables de gasolina. Nuestros héroes son las mujeres que han atendido a los heridos y llevado mensajes bajo el fuego, que han cocinado entre ruinas para alimentar a los niños y a los adultos y han cuidado y confortado a los heridos. Nuestros héroes son los niños que jugaban entre escombros. Así es la gente en Varsovia*».

El 13 de septiembre, los aviones norteamericanos recibieron permiso para utilizar el aeródromo de Poltava. Al día siguiente, los soviéticos reanudaron su avance. Era demasiado tarde. El 3 de octubre, el general Bor envió un mensaje a Londres: «*Al haber agotado todos los medios de combate, Varsovia ha caído después de 63 días de lucha contra todo y contra todos*». Los habitantes de Varsovia, al igual que los italianos que no se unieron al mariscal Kesselring tras la caída de Mussolini, fueron conducidos a los campos de trabajo de Alemania. Cuando los soviéticos entraron en Varsovia 3 meses después, tan sólo encontraron calles derruidas y cadáveres sin enterrar.

No deja de ser una ironía que la II Guerra Mundial contribuyera de forma decisiva al hundimiento de los últimos imperios coloniales, como la primera señaló el fin del imperio austrohúngaro y otomano. A la guerra de trincheras le sucedió la guerra de los tanques, de los Stukas y las superfortalezas volantes. La ciencia penetró en los pasillos del poder: Robert Oppenheimer y otros científicos nucleares ganaron la batalla, que hubiera hecho morirse de envidia a Napoleón Bonaparte. El espionaje de la I Guerra Mundial, tipo Mata Hari, dio paso en 1939 a una era de expertos en descifrar códigos, en científicos que inventaban nuevas armas, en investigaciones de la guerra electrónica, submarina o aérea, en especialistas en inteligencia y propaganda cuyos herederos intelectuales trabajaron luego para la CIA y las agencias secretas, para los institutos de opinión y el mundo de los ordenadores. Dos potencias emergieron vencedoras sobre las ruinas humeantes de Hiroshima, Dresde o Varsovia: Estados Unidos y la Unión Soviética. Los aliados de ayer eran los enemigos hoy: la guerra fría estaba servida.

Un nuevo período negro cayó sobre la tierra. La fachada de la civilización se derrumbó del mismo modo que las invasiones bárbaras del pasado barrieron todos los avances logrados en el antiguo mundo mediterráneo. «Sólo que esta vez —escribe Weinberg en *A world at arms*—, la destrucción fue más completa y los instrumentos para una represión continua más elaborados». El coste de la victoria fue inmenso, pero la alternativa hubiera sido aún más horrenda. Y no sólo para los derrotados; como reconocieron el teólogo Dietrich Bonhoefer y otros enemigos de Hitler, la derrota y la muerte hubieran sido mejor que un mundo dominado por el enemigo. El dramaturgo alemán Rolf Hochuth calificó a Churchill de «criminal de guerra» por los bombardeos indiscriminados sobre ciudades alemanas.

La opinión de los jefes militares se dividió al juzgar el método de los bombardeos sobre Alemania. *Lord* Cherwell apoyó los bombardeos de área, por ejemplo, sobre objetivos semiprecisos como estaciones de ferrocarril. *Sir* Henry Tizard prefería centrarse sobre los submarinos y las bases. El mariscal del aire Harris se decidió por la concentración de bombardeos «los Mil» sobre Colonia, Essen o Bremen, en mayo y junio de 1942. Había que preparar el terreno y destruir la fuerza aérea enemiga y su sistema de transporte y comunicación para el desembarco en Normandía.

DRESDE

La ciudad de Dresde, una de las más hermosas de Europa, se convirtió, en febrero de 1945, en el símbolo de la guerra sin cuartel desde el aire. El 3 de febrero, en una demostración de fuerza, 764 Lancaster británicos y 450 fortalezas volantes B-17 norteamericanas dejaron Dresde como una tabla, en cenizas. Entre cerca de 40.000 (39.773 según las cifras oficiales), y 135.000 alemanes murieron carbonizados por las 650.000 bombas que cayeron sobre la ciudad. Fue la Hiroshima de los bombardeos tradicionales. A pesar de la muerte de 600.000 ciudadanos alemanes bajo las bombas, la guerra siguió adelante: el ministro de Armamento, Albert Speer, le comunicó a Hitler algo que éste no quiso oír: la economía alemana de guerra había dejado de existir. A partir de ahí, todo su esfuerzo se concentró en evitar que se cumpliera la orden de tierra calcinada dictada por Adolf Hitler. Anita Johnson contaba 12 años cuando se encerró en uno de los refugios de Dresde bajo las bombas. «El humo empezó a entrar en el refugio. Perdí el sentido. Al despertar descubrí que todos, incluidos mis padres, habían muerto de asfixia. Corrí hacia la salida. La ciudad ardía por los cuatro costados. Vi cadáveres y escombros por todas partes. A duras penas pude llegar hasta la casa de una prima. Al abrirme la puerta caí al suelo desmayada». Al preguntarle los periodistas en el 50 aniversario del bombardeo de Dresde si lo consideraba un crimen de guerra, Anita Johnson contestó: «Desde luego, aunque debo reconocer que fue Alemania quien inició la guerra».

La conferencia de Casablanca estructuró el siguiente orden de objetivos para los comandantes de los grupos de bombardeo británicos y norteamericanos que operaban desde bases británicas: «Su obligación estratégica será la progresiva destrucción y desarticulación del sistema económico militar e industrial y también de la moral del pueblo alemán hasta que quede reducido a la nada su capacidad de resistencia. Bajo este concepto general, sus objetivos primarios tendrán las siguientes prioridades: 1) Las bases de submarinos alemanes. 2) La industria aeronáutica alemana. 3) Otros objetivos de la industria enemiga de guerra». Despegaron para desarticular los nudos ferroviarios y terminaron por matar a miles de civiles.

Dresde se convirtió en una ciudad de ruinas y monstruosidades. Al visitar la ciudad sajona en 1992, justo cuando al otro lado del canal la reina madre de Inglaterra inauguraba un monumento al jefe del Mando de Bombardeo, *sir* Arthur Harris, el escritor Ian Buruma sintió

una conciencia de culpa por los miles de víctimas convertidas en antorchas humanas por «Bombardero» o «Carnicero Harris», pero también por la destrucción de las maravillas arquitectónicas de Dresde, en el corazón barroco de la ciudad. No había razones estratégicas que justificaran tanta perversidad. «Desde el nuevo, vacío agujero de Dresde —escribe Buruma en *The wages of guilt*— donde antes palpitaba un corazón, podía recordarse de forma constante todo lo que se había perdido».

A Dresde le esperaba otra perversidad, la reconstrucción dirigida por el primer líder comunista de la Alemania Oriental, Walter Ulbricht, empeñado en defender el lema «*Dresden, schóner ais je*». (Dresde, más bonita que nunca). Ian Buruma pensó al visitar Dresde en la metáfora de la historia de Walter Benjamín inspirada en un cuadro de Paul Klee: el ángel que mira con horror hacia el pasado. La historia es como «una sola catástrofe que acumula una ruina después de otra y las arroja a los pies del ángel. Este trata de recomponer todo lo que se ha destruido. No puede porque se ve empujado hacia el futuro mientras que crece la pirámide de escombros. La tempestad es lo que nosotros llamamos progreso». En la fachada de la Opera hemos leído la frase de Goethe: «Hay que conservar lo viejo y aceptar con alegría lo nuevo». Dresde volvía a la vida.

La fuerza aérea británica se concentró sobre las regiones industriales. El 5 de marzo comenzó el calvario del Ruhr. Por la noche, 400 bombarderos descargaron 1000 toneladas de bombas en media hora. Al estilo de Churchill, los pilotos hicieron la «V» de victoria con los dedos cuando comprobaron el efecto devastador de sus bombas sobre las plantas industriales de Krupp, el primer fabricante de armas pesadas. Nadie contó desde el aire los muertos que hubo en los barrios modestos de Essen, volados por las bombas en un instante. Los Heinkel, los Dornier, los junker no tenían el radio de acción de los Lancaster británicos o de las fortalezas volantes de Estados Unidos. La *Luftwaffe* de Goering quedaba fuera de juego. Los aparatos británicos podían transportar hasta 10 toneladas de bombas frente a las dos toneladas de 1942. Por eso, 1943 fue un año de apocalipsis para las ciudades alemanas, para los nudos ferroviarios, las fábricas de gasolina sintética, las presas y diques, las refinerías, los centros de energía eléctrica y las fábricas de rodamientos. 1.500 toneladas cayeron en una sola incursión aérea sobre Kiel, 100.000 personas se quedaron sin hogar en una sola noche en Dormund, más de la mitad de Dusseldorf quedó consumida por el fuego. En julio, la RAF
volvió sobre Hamburgo: los canales y los muelles aparecían reflejados

en la pantalla del radar. No importaba ya el tiempo que hiciera, el radar lo superaba y atravesaba todo. El *hertzland*, el corazón de Aemania, estaba tocado de muerte. La venganza de Coventry (Goebbels habló de «coventrización», que quedó en el vocabulario como signo de destrucción completa) y de Rotterdam vino como el ángel exterminador, desde el cielo. Sin embargo, la producción no se detuvo por ello, el afán de supervivencia y la disciplina de los alemanes aguantaron el castigo y cerca de diez millones de alemanes perdieron sus hogares.

La demolición de Hamburgo se llevó a cabo en cuatro noches de bombardeo. El primer ataque se lanzó en la noche del 24 de julio de 1943. Ochocientos bombarderos en formación impecable cruzaron las defensas a lo largo de unos 8 kilómetros para cubrir la zona del puerto con bombas incendiarias y contenedoras de magnesio. El bombardeo no era nada nuevo para los ciudadanos de Hamburgo. La novedad estribaba en que venían una y otra vez, en oleada tras oleada. El cuarto día, al fósforo y a las incendiarias se unieron las bombas explosivas. El efecto que hizo sobre una ciudad en llamas, en la que los bomberos apenas podían trabajar por la densidad del humo, fue el de un ciclón de fuego. La gente, despavorida, se agolpó en los refugios, donde se encontraban a salvo del derrumbamiento de los edificios, pero no escaparían a las llamas, que penetraron a través de los conductos de aire de los sistemas de ventilación. En pocos minutos, los cuerpos fueron reducidos a cenizas como en los hornos crematorios. Los que enloquecidos, presa del pánico, escaparon a las calles, cayeron después de caminar unos pocos metros, sofocados por el intenso calor.

A la mañana siguiente, el ministro Goebbels tomaba nota en su diario de la magnitud del desastre: «Una ciudad de un millón de habitantes ha quedado destruida de una manera sin paralelo en la historia. Nos enfrentamos a desafíos de casi imposible solución. Hay que encontrar comida y refugios, un techo, ropa. Nos enfrentamos a problemas que ni siquiera hubiéramos imaginado hace unas semanas. 800.000 personas sin hogar viajan por las calles de un lado para otro sin saber qué hacer». Cuando los bombarderos volvieron otra vez, la ciudad había quedado borrada del mapa. El número de víctimas se supo 8 años después: 40.000 muertos, de los cuales 5.000 eran niños. «Desde el punto de vista psicológico —escribió el as de la aviación alemana y uno de los mandos de la Legión Cóndor en España, Adolf Galland, enfrentado duramente con la Octava Fuerza Aérea norteamericana que operaba de día—, la guerra ha alcanzado su punto crítico. Stalingrado fue peor, pero Hamburgo no se encontraba a

cientos de millas del Volga, sino en el Elba, justo en el corazón de Alemania». Después de Hamburgo se podía escuchar en el amplio círculo del alto mando político y militar: «la guerra está perdida».

El 17 de agosto, doce B17 atacaron Rouen. Un año más tarde se alcanzaría el clímax en la batalla a la luz del día por los cielos de Europa. El 17 de agosto de 1943, la Octava Fuerza Aérea montó un doble ataque con un grupo sobre Schweinfurt y otro sobre Regensburg, este último dirigido por el coronel Curtís Le May, el hombre que propuso con toda seriedad años más tarde convertir Vietnam del Norte en un paisaje de la edad de piedra. Aquel día, Estados Unidos perdió 59 aviones. Goering había dado orden a sus pilotos de defender «por encima de todo» la fortaleza alemana. No era tarea fácil. Los aviones volaban de forma que pudieran aprovechar la potencia de fuego combinada de todo el grupo. Cada bombardero tenía un papel encomendado en la tarea.

La vida era una continua paradoja para los tripulantes. Durante la mitad del día se sumergían en la guerra, vivían en la ansiedad de ser derribados, de no volver a la base. Regresaban con sus amigos carbonizados en el avión, con el ametrallador muerto o herido, con el avión averiado. Aterrizaban de manera forzosa junto a las granjas o las pacíficas aldeas. Se pasaban las tardes o las noches en los *pubs*, brindando con hombres cuyo único ejercicio peligroso había sido el de arar la tierra. La repetición de este ciclo, entre la angustia y la calma, el bombardeo, las canciones regionales y la pinta de cerveza, un día tras otro, era suficiente para quebrar la moral del más firme de los pilotos o tripulantes.

El capitán de Grupo Leonard Cheshire describió para el ya citado libro de Lord y Levine cómo eran los tripulantes de la Real Fuerza Aérea británica: «Podían dividirse en dos categorías. Los primeros sólo pensaban en lo que pasaría en cuanto llegaran al objetivo. Pensaban en el peligro, en los cazas, en los antiaéreos. Los veías luchando consigo mismos para seguir en pie. Los de la segunda categoría eran distintos. En lo único que pensaban era en que tenían que atacar un objetivo. Eran siempre los que pensaban en el objetivo y no en el peligro, los más espectaculares pero, en mi opinión, fueron los otros, los de la primera categoría, los que mostraron un mayor coraje». Las pérdidas de la aviación aliada fueron enormes. Por eso el alto mando aéreo hizo todo lo posible para que los cazas de escolta acompañaran a las misiones de bombardeo en la Europa central. Se extendió el radio de acción de los cazas P38, de los P47 y de los P51 Mustang equipados con depósitos suplementarios de gasolina. Mientras la escolta se enfrentaba a los cazas de la Luftwaffe, los bombarderos podían

dedicarse a lo suyo. En noviembre, la capital alemana, Berlín, quedó al alcance de las superfortalezas y los Lancaster.

En febrero, la Octava Fuerza Aérea, con 863 bombarderos, dejó Frankfurt en ruinas. Las fortalezas volantes tenían radio de acción suficiente como para atacar todos los objetivos de la Europa ocupada y el corazón del Reich. Pronto se les uniría la Decimoquinta Fuerza Aérea desde las bases italianas. Al final de la primavera de 1944, ni un solo objetivo industrial del territorio hitleriano seguía intacto. Hitler no había visitado aún ninguna ciudad bombardeada. «*La fuerza aérea norteamericana atacaba de día* —afirmó el mariscal del aire *sir* Robert Saundby— *y los bombarderos de Harris durante la noche. Era un plan demoledor, porque significaba que las defensas alemanas se veían obligadas a trabajar día y noche, sin descanso. La gran ofensiva aérea aliada duró en realidad entre marzo de 1943 y marzo de 1944. Pero sólo en ese año causó una gran destrucción. Cuando llegó la primavera de 1944, el hecho de que los norteamericanos hubieran batido a los cazas alemanes y causado un gran daño a la industria alemana de guerra creó las condiciones necesarias para una invasión de Europa el verano de ese mismo año*».

«*Ahora somos los dueños del aire*», declaró Churchill, ufano.

En Monte Cassino, los cánticos de los monjes se confundieron con las bombas y las granadas. Cuando se levantó la niebla sobre la abadía, no quedaban sino los cascotes donde aún resistían los hombres del general Senger und Etterlin, hasta que los polacos del general Anders hicieron ondear su bandera sobre las ruinas del monasterio. Cuando visité Monte Cassino 30 años después, la memoria de la guerra seguía viva en la reconstruida abadía benedictina. En el pueblo nuevo levantado en las faldas de la montaña, el alcalde Antonio Ferrano recordaba cómo a los 16 años los alemanes le obligaron a cavar trincheras: «Aquello no tenía razón de ser. El bombardeo no ayudó al avance aliado». Cinco cementerios de guerra —italiano, alemán, francés, polaco y británico— con 50.000 tumbas festonean el paisaje de Cassino. Don Agostino, un benedictino, recuerda aquellos días: «Los aliados nos lanzaron octavillas de advertencia, pero no nos dio tiempo de huir. Nos bombardearon al día siguiente. No había tropas alemanas en la abadía, tan sólo unos cuantos monjes y los refugiados. Lo más raro de todo es que los turistas que vienen aquí, unos 60.000 al año, creen que fueron los norteamericanos los que lo hicieron; pero no, fueron los ingleses los que destruyeron el monasterio. Sólo Dios sabe por qué. Fue una gran tragedia: se perdieron muchas vidas y los tesoros de la abadía. ¿Para qué?».

El comandante de la fuerza expedicionaria neozelandesa, general

Freyberg, consideró que era «una necesidad militar» la destrucción del monasterio. El general norteamericano Clark no lo creyó así. Los alemanes no se servían de la abadía para la defensa, aunque ocupaban posiciones en las cercanías. Creía también que la defensa de Monte Cassino sería más sólida desde los montones de ruinas. «No me queda otra elección que defender las decisiones de mis generales», aseguró el general Alexander. Así fue como los aviones británicos acabaron con la abadía benedictina para abrir uno de los capítulos más polémicos en las relaciones militares entre Estados Unidos y Gran Bretaña. La verdad es que ni el bombardeo de la abadía ni el de la ciudad de Cassino, fulminada con mil cuatrocientas toneladas de explosivos en un solo día, el 15 de marzo, sirvieron de ventaja táctica a los neozelandeses. En realidad, ayudaron a los defensores protegidos por los escombros. «Nos bombardearon y bombardearon sin cesar —recordaba el alcalde Ferraro—, bombardearon hasta a sus propias tropas. Demolieron la ciudad pero no les sirvió de nada: sus carros de combate no pudieron pasar a través de Cassino. Los paracaidistas alemanes, que se hicieron fuertes entre las ruinas, los rechazaron con facilidad». Hasta que el tiempo cambió en mayo y el camino de Roma, situada a 150 kilómetros, quedó expedito tras el ataque de los polacos.

La ofensiva aliada siguió hacia el norte de Italia. Desde Anzio, el general Truscott atacó Cisterna y, el 25 de mayo, se dio la mano con el Quinto Ejército norteamericano. A partir de entonces, el Quinto y el Octavo ejércitos rompieron la Línea Gustav después de cruzar los ríos Garellano y Rápido. Las orillas de las carreteras se convirtieron en un montón de chatarra: tan sólo el 25 de mayo los alemanes perdieron mil ciento setenta y un vehículos. Ese mismo día, el general Clark ordenó a Truscott que marchara hacia Roma con 3 divisiones. El 4 de junio de 1944 a las 7.17 horas, las columnas norteamericanas de Clark desfilaban por la Plaza Venecia. El Papa le había pedido al general Clark que no llevara negros a la Ciudad Eterna. Es cierto que los hubo. Como en las películas, los liberadores regalaban chicle y recibían flores y besos y botellas de chianti. Como en la película de Rossellini, Roma era, esta vez sí, ciudad abierta. Había caído la primera capital del Eje. Faltaban Berlín y Tokio.

Tras la Línea Gustav y la Adolf Hitler, al general Kesselring le quedaba la Línea Gótica entre Pisa y Rimini. A pesar de los esfuerzos de la Wehrmacht por retrasar el avance —los alemanes volaron hasta los puentes de Florencia salvo el Vecchio—, el 29 de abril las tropas aliadas tomaban Milán. El 1 de mayo de 1945, los alemanes aceptaban la rendición incondicional. La aviación aliada contaba con los aeropuertos italianos para bombardear los centros neurálgicos de

Alemania. En el cómputo total de la guerra, los británicos perdieron 22.000 aviones y 79.281 pilotos y tripulantes, y los norteamericanos 18.000 aviones y 79.625 aviadores.

La campaña de Italia distrajo la atención de los alemanes en perjuicio de las operaciones sobre el Canal de la Mancha. «Si las fuerzas alemanas retenidas en Italia —escribe Liddell Hart— se hubieran desplazado a Normandía, esa maniobra hubiera podido ser fatal para el desembarco aliado, aunque cabe preguntarse si los alemanes estaban en condiciones de realizar un vasto movimiento de tropas con los bombarderos aliados sobre las líneas férreas».

Dos días después de la entrada en Roma, los aliados desembarcaron en Normandía y la campaña de Italia pasó a un segundo plano. Los alemanes se hicieron fuertes durante un tiempo en una nueva línea de defensa, en un río de resonancias históricas: el Rubicón, conocido en los tiempos modernos con el nombre de Uso.

El brindis de Yalta

En Yalta reinó la euforia del vodka, el caviar y el vino del Cáucaso. Hasta los centinelas se hartaron de caviar. Se pronunciaron doscientos brindis, necesarios para luchar contra el relente y las chinches. Al general Alexander, tan puritano, los servicios de Stalin le metieron una camarera en el lecho. El *lord* se las vio y se las deseó para sacarla de la habitación.

Stalin no ahorró elogios en el brindis a Churchill el 8 de febrero en el banquete del palacio Yusupov que pertenecía a la familia de Rasputín. «Propongo un brindis —dijo— por el líder del imperio británico, el más valiente de todos los primeros ministros del mundo que reúne la experiencia política y las dotes de mando, un primer ministro que cuando Europa estaba a punto de caer frente a Hitler, dijo que Gran Bretaña lucharía sola contra Alemania, incluso sin aliados». En la respuesta de Churchill, a pesar de la suavidad y elegancia de sus palabras, se advertía el temor y el sentido de la responsabilidad: «Tengo que decir que nunca a lo largo de la guerra he sentido tanta presión, incluidas las horas más negras, como en esta conferencia de Yalta. Pero ahora nos vemos ya en la cresta de la montaña». En Yalta se bendijo a la
ONU
, se trazaron de nuevo las fronteras de Polonia, se decidió la suerte de Alemania y el bombardeo de Dresde.

Stalin brindó entonces por la salud del presidente Roosevelt, poliomielítico, demacrado y sin fuerzas por el largo viaje hasta Crimea. Roosevelt, que buscaba sobre todo el apoyo soviético a la
ONU
y la declaración de guerra de Stalin a Japón, calificó el ambiente que reinaba en la ciudad y en el palacio de Livadia, antigua residencia del zar Nicolás II, como el propio de una familia bien avenida. Allí nació la guerra fría. Roosevelt, seducido por la personalidad de Stalin —«me cae simpático y es algo recíproco»—, afirmó que el «tío Joe» no intentaría nuevas anexiones y trabajaría en la construcción de un mundo de paz y democracia. En la estación balnearia de Yalta se procedió al reparto del mundo en zonas de influencia.

Cuando se reunieron los tres grandes —De Gaulle no asistió vetado por Roosevelt, quien, sin embargo, invitó al general a reunirse con él en Argel el 12-13 de febrero de 1945, «oferta» que De Gaulle,

orgulloso siempre, rechazó—, el reparto estaba ya decidido. Cuando Roosevelt —a quien Stalin, con gran astucia, cedió el honor de presidir la conferencia— pronunció las primeras palabras, los ejércitos de Zukov, de Rokossovski y de Koniev, tras conquistar Polonia en 3 semanas, habían invadido territorio alemán. Las grandes unidades de Malinovski y Tolbukin, que ocupaban Rumania y Bulgaria desde finales de agosto, acababan de apoderarse de 3/4 partes del territorio húngaro y de parte de Eslovaquia. Yugoslavia estaba ya en sus 2/3 partes en manos de los partisanos, con los que los rusos tomaron contacto en Belgrado. En Yalta se habló también de España: la suerte de Franco, aliado de Hitler y Mussolini, estaba echada. Churchill y Roosevelt defendieron la restauración democrática, pero la campana salvó al régimen franquista. Por encima de la democracia, Washington necesitaba un aliado contra el comunismo.

Churchill sabía muy bien lo que significaba esta rápida progresión de los ejércitos soviéticos: allí donde llegaran, situarían su frontera. Por eso, para contrarrestar las ambiciones de Stalin, el *premier* inglés corrió en los tres últimos años de guerra de la Ceca a la Meca. Estuvo en Africa, en Canadá, en el Oriente Medio, en Moscú y en Washington para convencer a Roosevelt de la necesidad de crear un frente común angloamericano contra Stalin y su estrategia de penetración. En la conferencia de Teherán (28 de noviembre -1 de diciembre de 1943), la primera en la que estuvieron presentes los 3 grandes, Churchill intentó persuadir a Roosevelt de la necesidad de unir esfuerzos para avanzar en el Mediterráneo y en los Balcanes, y contener de ese modo las ofensivas soviéticas. En la capital persa, donde se habló con detalle del segundo frente y de las reclamaciones soviéticas sobre Polonia, Roosevelt se reunió a solas con Stalin, que, con gran maestría, explotaba las contradicciones internas de los aliados y sus flancos débiles. En Yalta, el presidente afirmaría que «entre Estados Unidos y la
URSS
no existen diferencias en el plano de la política exterior». En la conferencia de El Cairo, camino de Teherán, en la que tomó parte Chiang Kai Chek, se decidió la expulsión del Japón de los territorios conquistados, incluida Corea. En la conferencia de Quebec, en octubre de 1944, se aprobaron los planes de Eisenhower para avanzar en Europa, la participación británica en la conquista de Japón y el reparto de Alemania en zonas de ocupación. También se aprobó el descabellado «plan Morgenthau», la conversión de Alemania en tierra de agricultores y pastores, proyecto abandonado poco después.

Desde Quebec, Churchill viajó a Moscú para negociar con Stalin un

compromiso entre rusos y polacos y el reparto en zonas de influencia de los Balcanes para «aguantar el avance del Ejército Rojo y la creciente influencia soviética en región». La sublevación de Varsovia acababa de ser sofocada. En pocos minutos, Stalin y Churchill, dueño de un imperio venido a menos, se pusieron de acuerdo sobre un reparto de zonas de influencia y en porcentajes sin precedentes en la historia. El acuerdo quedó reflejado en un trozo de papel: Moscú se aseguraba un predominio del 90% en Rumania, de un 75% en Bulgaria, de un 50% en Yugoslavia y en Hungría y de un 10% en Grecia. Los demás, en especial Gran Bretaña, se quedaban en esos mismos países con el 10, el 25, el 50 y el 90%, respectivamente.

Stalin subrayó el acuerdo con un grueso trazo de lápiz azul. Después, cuenta Churchill en sus *Memorias*, se produjo «*un largo silencio*». El primer ministro británico preguntó:

> —¿No parecerá un poco cínico que hayamos pretendido resolver de forma tan desenvuelta problemas de los que depende la suerte de millones de seres? Quememos este papel…
>
> —No, guárdeselo —contestó Stalin.

El generalísimo soviético cumplió durante un tiempo los términos del acuerdo. En Grecia no movió un dedo cuando el ejército británico intervino para acabar con los partisanos que dominaban en la zona más importante del país. En Yugoslavia, el «tío Joe», como llamaban los americanos a Stalin, presionó a Tito, jefe de los guerrilleros comunistas, para que aceptara el regreso del Rey. «Ya apuñalará más tarde por la espalda a Walter» (éste era el seudónimo que utilizaba antes de la guerra y en el seno del *Komintern* Josip Broz, que aún no se llamaba Tito). La partición de los Balcanes fue el preludio de la división de Europa.

En Hungría aceptó que las elecciones se desarrollaran no según el sistema de lista única, que hubiera dado la victoria a los comunistas, sino en condiciones que hicieron que el Partido de los Pequeños Propietarios pudiera hacer oír su voz. En Rumania y en Bulgaria pensó en autorizar a políticos burgueses para que actuaran de comparsas en gobiernos controlados por los comunistas. Roosevelt se opuso al acuerdo entre Stalin y Churchill. ¿Habría sido diferente el desarrollo de los acontecimientos de haberse opuesto Roosevelt al acuerdo que aceptó a regañadientes en la primavera de 1944? Esta es la opinión del ex secretario de Estado Cordell Hull, quien estima en sus *Memorias* que el chalaneo de Moscú pesó seriamente en las decisiones de Yalta, el «*desastre inevitable*», como lo llamó Vernon Walters.

«*Cuando uno de mis hermanos* —escribió Otto de Habsburgo en *ABC* — mantuvo una conversación con Roosevelt pocos días antes de su muerte, éste dijo que su peor experiencia en Yalta había sido tener la sensación de que Stalin siempre le había leído el pensamiento. Stalin conocía de antemano los más secretos planes de Roosevelt. Por lo visto, el presidente nunca tuvo claro que su estrecho colaborador Alger Hiss informaba a Stalin de todas las conversaciones de los aliados, mientras que éstos no tenían ni idea de los planes de los rusos». El problema fue que Stalin sabía lo que quería y Roosevelt no.

El presidente Roosevelt y algunos de sus consejeros sentían una honda simpatía por Stalin, más que por los imperios de Francia y Gran Bretaña, y no se concedería tregua hasta que la primera abandonara Indochina y la segunda la India. También es cierto que esa corriente de simpatía hacia la
URSS
y hacia Stalin era una realidad casi general en Estados Unidos por aquellas fechas. «Tengo la impresión de que todo lo que Stalin desea es garantizar la seguridad de su país», afirmó Roosevelt. Lo que el presidente norteamericano no sabía era hasta dónde podía llegar esa obsesión por la seguridad propia y la del país, y esa fue la razón de su pactomanía, que le llevó a firmar un acuerdo con Ribbentrop y a presentar otro al ministro de Exteriores británico Edén en 1941, en el que llegó a ofrecer, entre otras, las bases permanentes de Dunquerque y Dakar (Senegal) a cambio del reconocimiento de sus propias ambiciones territoriales. En abril de 1945, Stalin le resumió a Tito cuál era su idea: «Esta guerra no se parece a las del pasado; cualquiera que ocupa un territorio impone allí su propio sistema social. Todo el mundo impone su sistema social hasta donde alcanzan sus tropas. No podría ser de otra manera».

Roosevelt creyó ingenuamente que podría influir sobre el hombre del Kremlin, vio a Stalin como un ser bonachón, una especie de monarca liberal que cumpliría con las condiciones de su adhesión a la declaración de las Naciones Unidas en enero de 1942, declaración que proclamaba de forma solemne el derecho de todo hombre a vivir como estimara más conveniente. Creyó en él hasta tal punto que negoció la entrada de la
URSS
en la guerra contra Japón a espaldas de Chiang Kai Chek y a cambio de la cesión de Puerto Arturo, de Dairen y del ferrocarril manchó. En esa reunión no estuvo presente Churchill.

Con respecto a Alemania, los dos grandes, Stalin y Churchill, se pusieron de acuerdo sin dificultad sobre las grandes líneas de su

futuro aprobadas con anterioridad: capitulación sin condiciones, desmilitarización y ocupación totales, reparación de guerra, desmantelamiento de ciertas instalaciones industriales y castigo a los criminales de guerra. La discusión se centró en tres puntos: las pretensiones soviéticas en materia de indemnizaciones de guerra, que obligaron a Churchill a protestar; la participación de Francia en la ocupación, asunto en el que insistió con firmeza el primer ministro británico; y el desmembramiento alemán, cuyo principio se había establecido en Teherán quince meses antes. Roosevelt le dijo a Stalin en Yalta que no creía que las tropas norteamericanas pudieran permanecer más de dos años en Europa; era una invitación a dar el paso hacia adelante. Tan sólo en 1994 abandonarían Berlín las fuerzas de Estados Unidos, cuando, tras la caída del Muro de Berlín en 1989 y la desintegración de la
URSS
en 1991, a la guerra fría le sucedió la paz fría. A las guerras de los grandes les sucederían las guerras de los pigmeos, vaticinó Churchill: «En aquel momento, teníamos el mundo entero a nuestros pies, un ejército de 25 millones de personas marchando al son de nuestros tambores, y los tres parecíamos tan amigos».

En todo caso, en ningún momento se pensó en Yalta en dividir Alemania sobre la base de zonas de ocupación, cuya delimitación, preparada semanas antes por un comité de expertos, se aprobó sin discusión. En Potsdam, los 3 grandes establecieron una autoridad única para toda Alemania, pero la oposición del representante francés, invitado a asociarse a los acuerdos, hizo fracasar un plan de reconstrucción de las administraciones centrales en el otoño de 1945. Roosevelt creía a pie juntillas en esa autoridad única llamada Naciones Unidas, que mantendría también la unidad y la armonía de los puntos de vista de los aliados más allá de la alianza coyuntural de la guerra. «Roosevelt fue el primero en concebir la
ONU
—escribe André Fontaine—, de la que dudaba, con la extraña mezcla de idealismo y de orgullo que le caracterizaba, y en la que Estados Unidos sería la espina dorsal».

«Inglaterra —confió Roosevelt a su hijo— está en decadencia. China se encuentra todavía en el siglo xvm, Rusia desconfía de nosotros y, a su vez, hace que desconfiemos de ella. Norteamérica es la única gran potencia que puede mantener la paz en el mundo. Nuestro papel en la futura organización de las Naciones Unidas consistirá en conciliar las divergencias entre los puntos de vista de los ingleses, que piensan en el imperio, y los de Rusia, que piensan en el

comunismo». Roosevelt, en palabras de Robert Sherwood, era contradictorio hasta el punto de resultar desconcertante: «Sentado entre los dos, Churchill y Stalin, era considerado de común acuerdo como el moderador, el árbitro y la autoridad final. Intervenía muy poco en las discusiones y sus frases a veces ni siquiera se acomodaban al asunto del que se trataba, pero parece ser que en Yalta fue él quien tuvo la última palabra».

Como dijo Churchill, Roosevelt ya no era un hombre, «sino una apariencia de hombre». Su médico pensó en trasladarle a su barco en el Mar Negro para cuidarle mejor. En cuanto a Churchill, pasaba con facilidad del desánimo a la exaltación. Atravesaba, en opinión del entonces secretario de Estado norteamericano, Stettinius, «una crisis de menopausia». Llegó cargado de pesimismo. «Lo único que nos unía era el odio», afirma en sus *Memorias*. Stalin, en cambio, se hallaba en plena posesión de sus facultades y llevó el juego «con una maestría que facilitaba su total ausencia de escrúpulos». Llegó, por ejemplo, a convencer al ingenuo Roosevelt de que reclamando un puesto para Ucrania en la
ONU
, actuaba impulsado por la necesidad de «salvaguardar» la unidad de la Unión Soviética, que de otra forma se habría visto amenazada por el separatismo ucraniano. Stalin, ladino (su primer éxito fue llevar la conferencia a su terreno, Yalta), aceptó que la conferencia destinada a la creación de la
ONU
se reuniera en San Francisco y renunció a seguir reclamando, como su ministro Gromyko hizo en Dumbarton Oaks, un escaño para cada una de las repúblicas de la URSS. Se conformó con tres puestos: uno para la propia Unión Soviética, otro para Ucrania y otro para Bielorrusia.

Stalin hizo una importante concesión relativa al funcionamiento del Consejo de Seguridad, pieza maestra, según la filosofía del jefe de la Casa Blanca, de la futura organización mundial. Esta, que agruparía a las cinco principales potencias y a algunas otras elegidas por turno rotatorio, debería tener, según el acuerdo conseguido en octubre en Dumbarton Oaks, «la responsabilidad principal en el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales». Desde el comienzo de sus discusiones, los representantes de los tres grandes se pusieron de acuerdo sobre la unanimidad de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad para cualquier respuesta contra una agresión. Al actuar de esa forma, establecían el derecho de veto que después utilizaría centenares de veces la Unión Soviética. Apartaban, pues, toda idea de delegación de soberanía a un verdadero gobierno

mundial.

Stalin proporcionó otro motivo de satisfacción a Roosevelt al suscribir de una vez la Declaración sobre la Europa Liberada. El texto preveía que los 3 ayudarían de común acuerdo a los pueblos de los Estados europeos liberados o antiguos satélites del Eje, en los cuales, según su juicio, la situación lo exigiera: 1) A formar gobiernos provisionales ampliamente representativos de todos los elementos democráticos, que se comprometiesen a establecer, lo más pronto posible y mediante elecciones libres, gobiernos que correspondieran a la voluntad de los pueblos. 2) A facilitar, allí donde fuera necesario, el proceso de tales elecciones. Disponía también que, cuando los tres grandes juzgaran que se imponía una acción de esa clase, «establecerían de inmediato un mecanismo parecido para que fuese aplicado el conjunto de las obligaciones enunciadas en esta declaración».

No se podía descartar de manera más categórica toda idea de reparto. Pero los términos de «elecciones libres» o de «democracia» no tienen el mismo sentido en el Este que en el Oeste. El 27 de febrero, o sea, dieciséis días después del final de la conferencia de Yalta, Vichinsky, el antiguo fiscal de los procesos de Moscú, convertido en subsecretario de Asuntos Exteriores, llegaba a Bucarest.

«Se dirigió inmediatamente al palacio real, ante el que maniobraban los tanques soviéticos, mientras el Ejército Rojo procedía a la ocupación del cuartel general del ejército y al desarme de las fuerzas rumanas del interior —escribe André Fontaine en su *Historia de la Guerra Fría*—. Conminaba al monarca a que destituyera al primer ministro Radescu, acusado de complot contra la URSS. Para facilitar las cosas, él mismo presentó la lista del gobierno que el Kremlin deseaba que fuese aprobada. Como el joven rey Miguel parecía dispuesto a resistir, volvió a la carga el 2 de marzo y le concedió de plazo hasta esa misma noche. Al marcharse, dio tal portazo que desprendió el yeso del tabique. Como es natural, ganó. El nuevo primer ministro rumano, el “compañero de viaje”. Petru Croza, se apresuró a conceder el Ministerio del Interior a un comunista. A partir de entonces, se abatió sobre los políticos burgueses una oleada de detenciones que se llevó a cabo a pesar de todas las protestas de Londres y de Washington».

En Yalta, Roosevelt pudo advertir que Stalin tenía sobre la cuestión del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos ideas muy diferentes a las suyas. Por ejemplo, con respecto a Polonia. La discusión sobre Polonia ocupó la mayor parte del tiempo de la conferencia. Cuando ésta se abrió en Yalta, había dos gobiernos

polacos. Desde el comienzo de la agresión hitleriana, Stalin trató de que los aliados aceptaran el desplazamiento hacia el oeste de la frontera occidental de la
URSS
, realizado mediante el acuerdo con Ribbentrop en septiembre de 1939. No le faltaban argumentos, puesto que este trazado correspondía a la demarcación entre las poblaciones polacas de una parte, y ucranianas y rusas blancas de otra. *Lord* Curzon, secretario del Foreign Office en 1920, propuso entonces establecer allí el límite oriental de Polonia. En la conferencia de Teherán también se había aceptado *grosso modo* el retorno a la Línea Curzon bajo reserva de los acuerdos de los dirigentes polacos. Fue confirmado en Crimea bajo la misma reserva. En cuanto a la frontera con Alemania, Stalin habló de fijarla en el Oder y el Neisse occidental. A Churchill le pareció que era pedir demasiado. En su opinión, no era pertinente «atracar a la oca polaca con tanta comida alemana que reviente de indigestión». Roosevelt le apoyó. La discusión se reanudaría en Potsdam en julio de 1945 sin que se alcanzara mejor resultado.

Mientras tanto, soviéticos y polacos habían establecido puestos fronterizos situados al este de esa línea que «serían entregados a la Administración del Estado polaco mientras llegara el momento del trazado definitivo». *¿Y* cuál de los 2 gobiernos mandaría en Polonia? Durante la guerra se creó en Londres un Gobierno polaco en el exilio formado por refugiados de todas las corrientes políticas y que coordinó gran parte de la resistencia interna contra la ocupación nazi. Para Gran Bretaña, y en especial para Churchill, de este grupo de patriotas debería salir el núcleo del Gobierno provisional polaco una vez que las fuerzas alemanas se retirasen de Varsovia. De acuerdo con la idea de Stalin, «quien ocupa un territorio, impone en él su sistema social».

En su paso victorioso hacia Berlín, el Ejército Rojo llevó consigo un grupo de comunistas polacos refugiados en la URSS. Se instalaron en Lublin y formaron allí el Comité Polaco de Liberación Nacional. El Kremlin reconoció al Gobierno de Lublin como el «legítimo representante» del pueblo polaco. El 18 de enero de 1945 lo trasladó a Varsovia. Para los soviéticos, bastaba con añadir al Gobierno de base comunista de Lublin «algunos jefes demócratas de los círculos polacos en el exilio». Para los occidentales, el actual gabinete provisional polaco sería reorganizado como Gobierno plenamente representativo y basado en todas las fuerzas democráticas de Polonia, con inclusión de los jefes demócratas que se encontraban en el extranjero, y procedería tan pronto como fuera posible a celebrar «elecciones libres y sin

estorbos sobre la base del sufragio universal y del escrutinio secreto; todos los partidos democráticos tendrían derecho a participar en estas elecciones y a presentar candidatos». Esas elecciones, durante las que estuve presente en Varsovia como enviado especial, no se celebraron hasta 1989.

Después de una discusión sin fin, los tres grandes terminaron por ponerse de acuerdo sobre el Gobierno provisional polaco: el comité de Lublin más el añadido de algunos demócratas en el exilio. Stalin se había salido con la suya: el comité de Lublin era la base del Gobierno. Molotov, el ministro de Exteriores soviético, se comprometió a iniciar consultas con los dirigentes polacos de los diversos grupos. El Gobierno de Unión Nacional salido de estas consultas procedería a realizar las elecciones conforme a la fórmula occidental.

> —¿Cuánto tiempo se necesita para organizar las elecciones? —preguntó Roosevelt a Molotov.
>
> —Menos de un mes —respondió el ministro de Exteriores soviético.
>
> —Quiero que esas elecciones sean como la mujer del César, que nadie pueda sospechar nada de ellas —añadió Roosevelt con energía.

Al comentar, un mes más tarde, la situación en Polonia, el «reaccionario». Churchill le escribió a Roosevelt: «Nos hallamos frente a un inmenso fracaso: el derrumbamiento completo de lo que se acordó en Yalta». Era el hecho consumado. Las elecciones polacas quedaron como letra muerta. Violando el acuerdo de Yalta, los hombres de confianza del Kremlin en el Gobierno de Varsovia, mandados por Bieroslav Bierut, consumaban la sovietización del país. Churchill era partidario del puñetazo en la mesa; Roosevelt, enfermo, de enviar telegramas y telegramas a Stalin. Durante tres años, la represión y la intimidación se abatieron sobre los dirigentes moderados del grupo de Londres: o fueron a parar a la cárcel o salieron de nuevo hacia el exilio. El círculo se cerró el 22 de julio de 1952 con la aprobación de una Constitución que era una fotocopia de la Ley Fundamental soviética; Polonia entraba de forma definitiva en la órbita de Moscú.

Yalta terminó entre abrazos, cálidos apretones de mano y brindis copiosos. La revista *Time* escribió que «todas las grandes dudas que se podrían albergar sobre las posibilidades de colaboración de los tres grandes, tanto en la paz como en la guerra, habían sido barridas para siempre». Fue la influencia del vodka. Un año y un día después, Churchill pronunciaba en Fulton el famoso discurso del telón de acero: «Los rusos —dijo— no admiran nada tanto como la fuerza, y nada respetan menos que la debilidad militar». Un telón de acero había

caído desde Stettin (Polonia) hasta el Mar Adriático.

La conferencia de Yalta fue uno de los acontecimientos más controvertidos de la II Guerra Mundial. Para la mayoría, representó el triunfo de las tesis de Stalin; para otros, Roosevelt y Churchill obtuvieron en la estación balnearia de Crimea más de lo que podían esperar. Gerhard Weinberg señaló, en la primera oleada de historiadores revisionistas sobre la guerra, que los dirigentes norteamericanos fueron acusados de traición en Yalta, de haberse bajado los pantalones frente a Stalin. Después, un nuevo grupo de revisionistas ha entendido que ese mismo grupo de dirigentes trabajó contra los intereses de la URSS; el péndulo caía ahora hacia el lado de los que ponían el énfasis en las concesiones hechas por los soviéticos a los occidentales. «Sería quizá más razonable —añade Weinberg— pensar en que los tres aliados, Stalin, Roosevelt y Churchill, lucharon duro por un acomodo entre ideologías e intereses divergentes. El gran problema fue que algunos de los acuerdos alcanzados en Yalta no se cumplieron después, por lo que la marea alta de la colaboración fue seguida de nuevas crisis». El golpe de Bucarest organizado por Vichinsky dio la medida de lo que podía esperarse de los acuerdos firmados con Stalin. Después, la detención de los líderes clandestinos polacos terminó con la euforia en Londres. Los norteamericanos tardaron más en reaccionar; la opinión pública le era favorable a Stalin al menos en los días, semanas y meses que siguieron a Yalta. Al nuevo presidente, Harry Truman, le tocaría poner la primera piedra de una actitud más agresiva por parte de Estados Unidos ante la URSS. Yalta fue la última cita. Tras abrirse los archivos rusos sabemos que Stalin estaba al tanto de las querellas entre los aliados e hizo todo lo posible por exacerbarlas.

Al situar la conferencia en sus justos términos, *sir* Ian Jacob, consejero militar de Churchill, escribió que Yalta se celebró cuando se acercaba el fin de la guerra contra Alemania. «Llamó mi atención que, mientras las anteriores conferencias —Casablanca, Quebec, Teherán— sobre asuntos militares fijaron de forma admirable la estrategia y la táctica para los próximos seis meses, este mismo método dejó de servir para asuntos políticos que tenían que ver con el futuro de las naciones. Esperar el arreglo de problemas complejos en una semana, yo creo que era apostar demasiado fuerte. Por eso miramos hacia Yalta como la conferencia en la que los rusos se llevaron la mejor parte». Entre la alegría y la desesperanza, Churchill salió eufórico en el *Franconia* hacia Sebastopol, donde recorrería el escenario de la batalla de Balaklava, la última carga de la brigada ligera. La primera impresión

de Churchill, la sombría, fue la buena. La delegación británica ofreció el banquete de despedida en la residencia Vorontzov. La fiesta resultó animada: cada una de las partes se creyó que había derrotado a la otra. Al final, Churchill y Stalin mantuvieron la última charla. El primer ministro británico mencionó las elecciones que se celebrarían en Gran Bretaña en cuanto Hitler fuera vencido. «Stalin creyó —escribiría Churchill, premio Nobel de literatura, en sus *Memorias*— que el pueblo británico buscaría la seguridad de un líder. ¿Quién mejor para ese papel que quien había llevado la nación a la victoria?».

Churchill le explicó a Stalin que había dos partidos políticos en Gran Bretaña «y yo pertenezco a uno de ellos». «El partido único es mucho mejor», concluyó Stalin.

Capítulo quince

La conspiración contra Hitler

No podían darse dos tipos humanos tan diferentes como Hitler y el coronel jefe del Estado Mayor de las Fuerzas de Reserva, Claus Graf Schenk von Stauffenberg. El coronel conde Stauffenberg, de 38 años, católico ferviente, hijo de la aristocracia suaba y uno de los cabecillas de la conspiración, fue el encargado de colocar su cartera de mano con una bomba de relojería de fabricación británica bajo la mesa de Hitler en la sala de juntas de la guarida del lobo, en la región de los lagos de Mazurie, hoy Polonia. Si aquel 20 de julio de 1944 a las 12.41 horas, Brandt, el ayudante de campo del general Adolf Heusinger no hubiera desplazado unos centímetros el maletín de color marrón del conde, es seguro que el curso de la historia hubiera sido distinto.

Von Stauffenberg era un héroe manco y tuerto de las campañas del norte de Africa. En Túnez había perdido un ojo, el brazo derecho y 2 dedos de la mano izquierda cuando su coche saltó sobre una mina. Como en tantas otras ocasiones, aquí hay un antes y un después de la historia. Antes, Hitler tan sólo había sufrido un atentado, el que protagonizó en 1939 el simpatizante comunista y relojero Georg Elser, que, tras hacerse novio de una de las camareras para moverse con mayor libertad, logró colocar una bomba en una de las columnas de la gran cervecería de Nuremberg en la que, como todos los años, el *Führer* tomaba la palabra el 8 de noviembre. La explosión estaba prevista para las 23.30 horas. Hitler, fiado de sus presentimientos o urgido por los avatares de la campaña polaca, salió de la cervecería diez minutos antes de que estallara la bomba de Elser, que mató a siete personas e hirió a otras sesenta y tres.

Hitler tomó siempre las precauciones necesarias: chaleco antibalas, casco especial, cambio de los planes fijados sobre la marcha. Se hacía probar la comida por sus ayudantes y no dejaba nada al azar. La idea de la colocación de una bomba, ya que esa parecía la única posibilidad de eliminar físicamente a un hombre tan bien protegido, se le pasó por la cabeza antes de la guerra al agregado militar británico en Berlín, coronel Mason-MacFarlane. En el período victorioso que va desde El Alamein en octubre de 1942 hasta Stalingrado en enero de 1943, los intentos de atentado fueron interpretados como una traición. Después del fracaso de Stalingrado, revistieron el significado de una

patriótica liberación.

Los conspiradores, gente conservadora, militares en su mayor parte y con conexiones religiosas y aristocráticas (los enemigos del cabo austríaco), deseaban salvar a Alemania de la destrucción física y moral. Tan sólo había un medio para lograrlo: matar a Hitler. La «operación Walkiria» preveía no sólo la eliminación física del *Führer*, sino la toma del poder por el ejército en Berlín, Viena y París, así como la formación de un gobierno cuyo primer gesto sería el de entablar conversaciones con las fuerzas anglonorteamericanas para poner fin inmediato a la guerra.

«Quien espere encontrar traidores entre nosotros, ignora por completo el carácter del Estado nacionalsocialista; el que crea poder provocar un 25 de julio en Alemania, demuestra que no conoce ni mi posición personal ni la lealtad de mis colaboradores políticos, de mis mariscales de campo, almirantes y generales», afirmó Hitler por la radio al día siguiente del armisticio en Italia, la caída de Mussolini en la reunión del Gran Consejo Fascista. Un año después, también en julio, el *Führer* recibiría a sus pies la explosión de la cartera de mano del conde Stauífenberg, biznieto por parte de madre de Geisenau, héroe nacional de la guerra contra Napoleón.

No fue ése el primer intento, como hemos visto. En 1939, el general Hammerstein trató de atraer a Hitler a su cuartel general en Colonia para destituirlo, pero el *Führer* no cayó en la trampa. La misma suerte corrieron otras tentativas similares en 1941 y 1942, y en la primavera de 1943 en los cuarteles generales de von Bock y de von Kluge en Rusia. Tan sólo en 1944, en el crepúsculo de los dioses, el número de los atentados se elevó a siete. En marzo, un grupo de oficiales conjurados pensó en detener a Hitler de visita al frente de Smolensko. Más tarde, 2 de los oficiales del mariscal von Kluge fabricaron una bomba de relojería y se la entregaron en el interior de una maleta al coronel Brandt, quien, sin saber lo que contenía, viajó en el mismo avión de Hitler. La bomba, defectuosa, no explosionó. En abril, el coronel barón von Gersdorff trató de matar a Hitler en el curso de una inspección. El mismo mes, el general Helmuth Stieff, llamado «el enano venenoso», pensó colocar una bomba de relojería en la sala subterránea de Rastenburg, la guarida del lobo de la Prusia oriental en la que Hitler celebraba de ordinario sus conferencias militares, pero el general desistió en el último momento.

Von Stauffenberg, como jefe del Estado Mayor del general Fromm desde 1943 y comandante del Ejército del Interior, pudo tomar contacto con oficiales hostiles a Hitler. Formaban el núcleo aristocrático de la Wehrmacht. Los militares no deseaban el final de la

guerra santa contra la Unión Soviética. Firmarían el armisticio con los anglo-norteamericanos pero continuarían la batalla contra la Unión Soviética. En julio de 1944, el coronel Stauffenberg fue llamado tres veces por Hitler a Berchtesgaden y en las tres ocasiones se presentó con dos bombas de relojería en su maletín. Los atentados fracasaron. Quedaba otra oportunidad.

EL DÍA

El día 20 de julio de 1944, jueves, fue *«Der Tag»*, el día. La tarde anterior, el coronel Stauffenberg supo que al día siguiente debía presentarse en el cuartel general de Rastenburg. El intento del 11 de julio fracasó porque el conde suabo deseaba acabar con tres vidas de un solo bombazo, las de Hitler, Himmler y Goering. Estos dos últimos no aparecieron y se suspendió el plan. El 15 de julio, en el cuartel general de la Prusia oriental, cuando el conde se disponía a accionar el dispositivo, Hitler salió de la sala de reuniones y no volvió. Pero aquel 20 de julio no habría más dilaciones: la «operación Walkiria» pondría fin al nazismo. Unos quince mariscales y generales, además de políticos, intelectuales, profesionales y oficiales, estaban al tanto del complot. En cuanto se conociera la noticia de la muerte de Hitler —calculaban que llegaría en torno a la 1.30—, los jefes militares de la conjura, los resistentes Goerdeler, Beck —que sería el nuevo jefe de Gobierno—, Osten, von Hassel, Olbricht, Canaris —jefe del Servicio de Inteligencia Militar—, von Stulpnagel —gobernador militar de Francia —, von Tresckow,
etc.
, darían la orden de ocupar los puntos estratégicos de Berlín, Viena y París y de desarmar a las SS. Por la tarde, la radio anunciaría la caída del régimen.

El 20 de julio hacía mucho calor incluso en la zona boscosa en la que se hallaba situado el cuartel general de Hitler. El *Führer* analizaría la marcha de la campaña en el Este. Abajo, en el búnquer, hacía tanto calor que sus generales prefirieron celebrar la reunión en la sala de mapas del piso superior, con las ventanas abiertas de par en par. El conde llevaba en su cartera de mano una bomba de 250 gramos. Entró en la sala y depositó el maletín a unos metros de los pies de Hitler bajo la robusta mesa de roble. Después, con la disculpa de una llamada telefónica desde Berlín, Stauffenberg abandonó la sala de conferencias. Eran las 12.33, la hora de «Walkiria», la operación que llevaba el mismo nombre que el plan imaginado por Hitler para dar el

poder al ejército en caso de cualquier intento de sublevación de los trabajadores extranjeros, los deportados y los prisioneros de guerra en Alemania, más de 8 millones en total. En el búnquer 88 de la oficina de transmisiones del Ejército, el conde aguardaba la explosión en compañía de otro de los conspiradores, el general Fellgiebel. Esa misma tarde se esperaba la llegada por tren de Mussolini.

A las 12.41, Hitler, armado de una lupa, se inclinaba sobre el mapa de operaciones del Frente oriental. El general Heusinger informaba en ese instante: «Si el grupo de ejércitos no logra retirarse de Peipus, una catástrofe…». Una catástrofe fue la última palabra pronunciada por Heusinger antes de que la sala saltara por los aires. El deslizamiento del maletín por Brandt salvó la vida de Hitler. El *Führer* cayó por tierra como consecuencia de la onda expansiva, pero tan sólo sufrió ligeras heridas en el codo derecho y en la cabeza y magulladuras diversas. Se quedó sordo del oído derecho. En cuanto se disipó el humo, el mariscal Keitel corrió a socorrer a su jefe y le abrazó con estas palabras: «Mi *Führer*, estáis vivo». Sí, estaba vivo bajo las vigas desprendidas, del techo arrancado de cuajo, de los restos de ventanas, de los vidrios rotos, de la mesa cuya robusta pata amortiguó la explosión y le salvó la vida.

En su biografía de Stauffenberg, Joachim Kramarz cuenta que, después de la explosión, el conde afirmó que no volvería ya a la conferencia, sino que almorzaría con el comandante. «De hecho, él y su ayudante Haeften se dirigieron al aeropuerto. Al pasar por la sala de conferencias, lo que vieron les confirmó sin lugar a dudas que la explosión había hecho su trabajo. El coche de Stauffenberg fue detenido en la primera barrera desde la que se veía el destruido pabellón de invitados. Dijo que debía dirigirse a toda prisa hacia el aeropuerto. Como el oficial de control le conocía personalmente, le dejó pasar. En cualquier caso, la alarma no sonó hasta un minuto y medio después. En la segunda barrera, el conde y conspirador dio la misma explicación. El sargento le informó que se había recibido la orden de prohibir las entradas y salidas. Stauffenberg pidió hablar con el comandante por teléfono. Este se encontraba ya en la zona de la explosión. Su ayudante, el capitán von Molledorf, se puso al aparato. El conde le explicó que tenía el permiso del comandante para abandonar el área de seguridad ya que su avión despegaba a las 13.15. La barrera se abrió. La manera de pasar la tercera barrera rozó la temeridad. Si esta vez, en lugar del ayudante hubiera sido el propio comandante el que atendiese al teléfono, éste no le habría permitido pasar del Area II del Cuartel General: tan sólo unos minutos antes aseguró que almorzaría con él».

Camino del aeropuerto, Haeften arrojó lejos del coche un paquete cubierto con papel marrón que contenía la segunda bomba que quizá hubieran utilizado de no funcionar bien el detonador de la primera. Stauffenberg subió al avión convencido de que Hitler había muerto en el atentado. El estado mayor de la conspiración le esperaba en Berlín. No pudo comunicar con la capital desde el aparato. Fueron 3 horas de vuelo y de inquietud. Desde la guarida del lobo, el general Fellgiebel, que comprobó que Hitler estaba vivo, trató de informar a sus cómplices para que abortaran la «operación Walkiria». Sin embargo, después del atentado todas las comunicaciones quedaron cortadas entre el cuartel general y el exterior. Fueron horas decisivas que los conjurados no supieron aprovechar. Con el único hombre capaz de tomar decisiones, Stauffenberg, inmovilizado en el aire, los demás perdieron el tiempo en cavilaciones y conjeturas. El ministro de Armamento Albert Speer se encontraba en Berlín en la oficina de Goebbels cuando un altavoz anunció: «Señor ministro, el cuartel general le llama con urgencia. El
Dr.
Dietrich está al aparato». «Doctor Dietrich, aquí Goebbels. ¿Cómo dice? ¿Un atentado contra el *Führer*? ¿Ahora mismo? ¿Dice que el *Führer* está vivo en el barracón de Speer? El *Führer* cree que se trata de un obrero extranjero de la organización Todt…».

SOSPECHAS

Las primeras sospechas, en medio de la confusión, recayeron sobre un obrero extranjero. Los conjurados dispusieron aún de un tiempo para reaccionar. No lo hicieron. Al llegar al aeropuerto de Rangsdorf, a una hora de Berlín, el conde, el amigo del poeta Stefan George, el afamado jinete, el músico, el hombre que reverenciaba la cultura, las buenas maneras y la devoción a la Iglesia católica, la antítesis de Hitler, descubrió que la «operación Walkiria» no se había puesto en marcha. Tan sólo hacia la medianoche llegó la señal de alerta a la guarnición de Berlín y algunas unidades tomaron posiciones cerca de la Puerta de Brandeburgo. Mientras Himmler se hacía cargo de las investigaciones, Goebbels abría un estuche de su alcoba en el que guardaba veneno. Por la tarde, ya frustrado el golpe, pudo telefonear a Himmler: «Cuando pienso en lo que yo hubiera hecho en su lugar… ¿Por qué no han ocupado la Casa de la Radio y difundido las mentiras más extravagantes? ¡Colocan centinelas a la puerta de mi casa, pero no se ocupan de nada y hasta me dejan telefonear al *Führer* para movilizar

nuestras defensas!».

Ningún mensaje partió de la guarida del lobo porque el desconcertado general Fellgiebel se ocupó primero de socorrer a los heridos; cuando trató de comunicarse con los cuarteles de la *Wehrmacht* en la *Bendlerstrasse* para informar que el golpe había fallado, las líneas estaban cortadas. Parece que fue el mariscal Keitel el primero en sospechar de Stauffenberg: había abandonado la sala de conferencias con el pretexto de una llamada telefónica. «¿Dónde está Stauffenberg? —preguntó el mariscal—. Tendrá que informar dentro de poco». El general Bühle salió a buscarle pero volvió sin noticias del conde. Si Stauffenberg no aparecía sería él, Keitel, quien recibiría las iras de Hitler. Se dirigió hacia la puerta de entrada con la esperanza de ver aparecer al conde cuando la bomba hizo explosión. Himmler había pedido ya a Berlín un equipo de investigación de las
SS
cuando se especulaba aún con las hipótesis del atentado. ¿Un avión soviético que habría burlado a baja altura las pantallas de radar? ¿Un obrero extranjero de los que trabajaban en la reforma del búnquer subterráneo de Hitler? La llegada de Mussolini se aplazó media hora. Cuando apareció el tren del *Duce*, Hitler se encontraba ya en el andén, eran las 15.30 horas. El *Führer* esperó cubierto con un capote negro; cojeaba un poco, sus oídos estaban tapados con algodón hidrófilo y llevaba un vendaje en la mano derecha. De los dos fue Mussolini, según algunos testigos, el que ofrecía peor aspecto. Su poderoso mentón había perdido la altivez del pasado. El *Duce* había envejecido varios años y su supervivencia dependía de un Hitler recién salido indemne del terrible atentado. Stauffenberg figuraba ya a esa hora en la lista de sospechosos. Hitler invitó a Mussolini a visitar el pabellón de invitados, la sala de mapas violada por la bomba de plástico tres horas antes. Convencido de la intervención divina, le mostró el uniforme destrozado, los pantalones hechos jirones y las quemaduras en el brazo derecho y en las 2 piernas. «Lo que hoy ha ocurrido aquí —dijo— me ha dado nuevas fuerzas. Después del milagro que hemos vivido en esta sala, es inconcebible que nuestra causa sufra las consecuencias de la mala fortuna». En cuanto se recuperó del susto, Hitler sólo pensó en una cosa: en dar caza a los culpables. Un viento de venganza sopló sobre Rastenburg. Antes de que terminara la noche, supo que sus enemigos eran más numerosos de lo que pensaba.

Cuando el pequeño Heinkel en el que viajaba Stauffenberg aterrizó en Rangsdorf, al coronel le sorprendió que no le esperara un coche para trasladarle hasta el cuartel general de los conjurados en Bendlerstrasse. Su ayudante telefoneó desde el aeropuerto al cuartel

general: nadie sabía allí que Hitler hubiera muerto. Tan sólo cuando llegaron a la sede de la Wehrmacht se puso en funcionamiento la maquinaria del golpe. Las órdenes militares partieron a las 15.50 horas por teletipo. La llegada de Stauffenberg puso en acción al cuartel general. Poco después, el general Stulpnagel detuvo en París a los jefes de las SS. Lo mismo ocurrió en Viena, donde obedecieron de inmediato las órdenes de los jefes del complot. El jefe de Stauffenberg, el general Fromm, descubrió al llamar a Rastenburg que Hitler había salido con vida del atentado y que el conde suabo figuraba en la lista de los sospechosos. Aun cuando él mismo formaba parte de la conjura, Fromm decidió salvar el pellejo a cambio de ordenar la detención de Stauffenberg y Olbricht.

El coronel creía aún que Hitler había muerto en su guarida del lobo. Eso explicaba su frenética entrega a la coordinación del golpe militar. Removió media Europa por teléfono, impartió órdenes, pero olvidó ocupar esos lugares que Curzio Malaparte consideró indispensables en su *Técnica del golpe de Estado* para asegurarse la victoria: radio, correos y telégrafos, la telefónica, los ministerios y los centros neurálgicos. Ni siquiera envió un mensaje a través de la radio en el que podía haber invitado al pueblo alemán a sumarse al pronunciamiento. Creyó que el Batallón de Guardias y el resto de las instalaciones en Berlín estaban de su parte, cuando no lo estaban. «Organizaba una revolución en el vacío», escribió Robert Payne en *The life and death of Adolf Hitler*.

A las seis de la tarde, el comandante Otto Ernest Remer, jefe del Batallón de Guardias (detenido en España en 1994 y reclamado por las autoridades alemanas), recibió la orden de hacer preso a Goering. Como fanático servidor del partido, Remer preguntó al ministro de Propaganda qué era lo que tenía que hacer. A las 5, Goebbels recibió una llamada de Hitler en la que le informaba de algo así como un intento de golpe militar en Berlín y le entregaba todos los poderes para sofocarlo. Remer dudaba. Goebbels pidió comunicación con Rastenburg: «Haced lo que juzguéis necesario —le dijo el *Führer* al comandante Remer—. Todos los oficiales, cualquiera que sea su grado, están ahora bajo su mando. Si es necesario, utilice la fuerza bruta».

John Toland cuenta en su libro *Hitler* que esa palabra «bruta» (*brachial)* convenció a Remer de que, en efecto, «era Hitler el que hablaba». Primero Remer y más tarde Otto Skorzeny devolvieron al confundido ejército alemán a la senda de la estricta obediencia. La conspiración se derrumbó como un castillo de arena. Mientras Remer, ascendido por Hitler al empleo de coronel, ordenaba a todas las unidades de Berlín que se pusieran a sus órdenes, el ingenuo mariscal

Witzleben, uno de los conspiradores, anunció por la radio la muerte de Hitler en un patético toque de generala: «El Gobierno del Reich, deseoso de mantener la ley y el orden, me ha confiado el mando supremo de las fuerzas armadas alemanas». No se podían hacer peor las cosas. Todo el golpe fue un despropósito, una chapuza de aficionados. 30 minutos después de su anuncio, el general Witzleben abandonaba el puesto de mando para correr a refugiarse a su casa de campo.

A las nueve de la noche, los alemanes supieron que Hitler se dirigiría a toda la nación en un discurso radiodifundido. El discurso llegó a la una de la madrugada por problemas técnicos en la grabación. Los 6 hombres comprometidos en primer grado con la conjura —Stauffenberg, Beck, Olbricht, Quirnheim, Haeften y Hoepner— creyeron que la revolución podía hacerse «*hablando por una batería de teléfonos*», cuando, como dijo más tarde Mao Zedong, debía brotar desde la boca del fusil. En lugar de destruir a Hitler, los conspiradores del 20 de julio se destruyeron a sí mismos. A las 10 de la noche, un puñado de
SS
bajo el mando del teniente coronel Herber irrumpieron en el Ministerio de la Guerra y abrieron fuego a discreción. Los 2 generales, Beck y Hoepner, recibieron la gracia de la última hora: el suicidio. Ludwig Beck, de 64 años y jefe del Estado *in pectore*, un conservador de la vieja escuela, se pegó un tiro. Hoepner fue detenido. A Stauffenberg, Olbricht, Quirnheim y Haeften los condujeron ante unos sacos terreros de la defensa pasiva para fusilarlos en un patio mal iluminado por los faros de un vehículo militar. Stauffenberg tuvo tiempo de gritar «¡*Viva nuestra sagrada Alemania*!», antes de desplomarse sobre el pavimento. Hoy son muchas las calles de ciudades alemanas, incluida Berlín, que llevan su nombre.

Por esos mismos días, la lucha continuaba en las playas de Normandía. Las bombas V-I caían sobre Inglaterra. Mientras tanto, en París, donde el gobernador militar Stulpnagel ocupó todos los cuarteles de las SS, Gerhard Heller, encargado desde la embajada alemana de las relaciones con los escritores y artistas franceses, se disponía a ofrecer un brindis por la muerte de Hitler con las palabras que Goethe pronunció después de la batalla de Valmy: «*Aquí y ahora comienza una nueva era y podréis decir que habéis asistido a ella*». De pronto, según cuenta en su libro *Un alemán en París*, le entraron dudas: «*Déjelo*», ordenó al *maitre* del hotel que abría ya una botella de champaña.

El grito de «*Heil Hitler!*» del traidor general Fromm ante los

cadáveres de Stauffenberg y sus compañeros fusilados no le salvó de la muerte.

CERDOS DE SANGRE AZUL

A la una de la madrugada se escuchó la voz de Hitler a través de la radio: «¡*Hombres y mujeres de Alemania! No sé cuántos intentos de asesinato se habrán urdido contra mi persona. Si os hablo hoy es para que escuchéis mi voz y sepáis que estoy bien, que no he resultado herido, y para que estéis informados de un crimen sin precedentes en la historia de Alemania. Una camarilla de ambiciosos sin escrúpulos, de oficiales estúpidos y criminales, ha organizado un complot para derribarme y, conmigo, al alto mando de la Wehrmacht. Una bomba colocada por el coronel Stauffenberg ha hecho explosión dos metros a mi derecha… Los conspiradores eran unos cerdos de sangre azul, unos prusianos que nunca comprendieron la nobleza del nazismo*».

La «operación Tormenta» de las SS hizo que se dictaran 2.000 sentencias de muerte y 7.000 detenciones. Tan sólo unos pocos afortunados escaparon con vida de la furia de la represión. «Esta vez vamos a ajustarles las cuentas a la manera del nacionalsocialismo», declaró Hitler por la radio. La orden fue terminante: «Que los cuelguen de los ganchos del ganado». En los cuarteles de Plotzensee los principales conspiradores fueron ahorcados con cuerdas de piano. Hitler degustaba el placer de la venganza hasta las últimas heces y ordenó que un equipo de filmación rodara la escena de los ahorcamientos. Revelaron el material a toda prisa. El *Führer* pudo ver en su sala privada de proyección el estremecimiento de los ahorcados, desnudos, y su agonía de varios minutos.

Los conspiradores dejaron tal cantidad de pistas y pruebas que la Gestapo y las SS pudieron actuar con rapidez y eficacia en la represión; más de 33.000 personas sufrirían las consecuencias del frustrado complot del 20 de julio, y no sólo los relacionados con la conspiración, sino también los sospechosos, los disidentes, los hombres y mujeres de las redes clandestinas de la oposición. La *baraka*, la buena suerte de Hitler, le salvó de nuevo. «*El hecho de que abandonara la cervecería de Nuremberg antes que de costumbre (atentado del 8 de noviembre de 1939) me confirmó en las intenciones de la providencia de permitir que alcanzara mi objetivo*». De haberse celebrado la reunión en el búnquer de

Rastenburg, al concentrarse entre los muros de cemento, la explosión hubiera despedazado a todos los presentes. «*En la cadena de acontecimientos entre 1939 y 1945* —escribe uno de los primeros historiadores de la resistencia al nazismo, Hans Rothels— *parece surgir una lógica férrea, una predisposición interna a una catástrofe inevitable*». ¿Fue la «operación Walkiria» la única revuelta seria durante los 11 años y medio del Tercer Reich, como señala William
L.
Shirer?

La onda expansiva del bombazo en la guarida del lobo resonaba aún en Alemania al cumplirse en 1994 los 50 años del atentado. Para unos, los responsables de la conspiración no hicieron sino estimular las ansias de venganza de Hitler y de su régimen. Era un episodio protagonizado por gente bien, de trasfondo aristocrático. Un ensayo del historiador Hans Mommsen describía la idea filosófico-política del grupo del 20 de julio como una masa informe de idealismos, en la cual la ciega obediencia impuesta por el nazismo se veía sustituida por los principios de una «auténtica autoridad». El retrato de los conspiradores de julio trazada por el historiador no les deja en buen lugar: el grupo del conde Stauffenberg se oponía a las tendencias democráticas e igualitarias de la sociedad moderna, confundía el nazismo con el bolchevismo y, en el fondo, buscaba el restablecimiento de un poder central, sólido y paternalista.

Desde el final de la guerra, el análisis de la realidad del 20 de julio tomó dos caminos distintos: en el primero transitaban los que atribuyeron a Stauffenberg y los suyos la imagen del heroísmo, los únicos capaces de intentar algo contra el *Führer*, por el segundo discurrieron los que miraban con desdén al grupo aristocrático y ponían el énfasis en el trabajo clandestino de comunistas y socialdemócratas. Los conspiradores de «*Walkiria*» representaron un problema para la Gestapo, pero no para el régimen. Como ha escrito Shirer, todavía en julio de 1944 la gran masa del pueblo alemán «*aceptaba y sostenía el nacionalsocialismo y veía en Adolf Hitler al salvador de la nación*».

«*El aniversario del héroe* —titulaba un semanario europeo en julio de 1994— *abre el bote de los gusanos*». Al cumplirse el quincuagésimo aniversario del atentado, el hijo de Stauffenberg, el conde Franz-Ludwig, ex diputado del partido conservador bávaro Unión Socialcristiana, mostró su rabia y disconformidad por el hecho de que las fotografías de su padre figuraran al lado de los estalinistas alemanes orientales Wilhelm Pieck y Walter Ulbricht que se opusieron al nazismo en Moscú donde vivían exiliados: «*Pieck y Ulbricht* —afirmó

el hijo de Stauffenberg— *pertenecen a la peor banda de criminales de la historia alemana. Me opondré a todos los intentos que se hagan de denigrar a mi padre al asociarle con tiranos y ladrones*».

El que fue cuartel general de la *Wehrmacht* servía ahora de marco a una muestra del 20 de julio. El hijo de Stauffenberg señalaba la línea divisoria entre los resistentes al nazismo como su padre, que dieron su vida para derribar a Hitler, y los que como Pieck y Ulbricht, futuros dirigentes de la Alemania oriental, o los escritores Thomas Mann y Bertolt Brecht, se opusieron al nazismo desde el cómodo exilio. En la muestra del Beldler Block figuraban otros opositores al nazismo como los integrantes de la red de espionaje Orquesta Roja, detenidos por la Gestapo en 1941 y colgados de ganchos de carnicero. Esta interpretación de la historia no les gustó nada al hijo de Stauffenberg y a los familiares de los conspiradores caídos el 20 de julio. «Esos grupos quieren que se retire a los elementos comunistas que figuran en la muestra. Si lo logran, dimitiré», afirmó el organizador de la exposición berlinesa. A los alemanes de 1991, la mitad de los cuales habían vivido la guerra, no les resultaba nada agradable que lavaran la ropa sucia en público. Casi todos ellos se mantuvieron leales al *Führer* y no era cosa de recordárselo todos los días.

Con motivo del quincuagésimo aniversario del atentado volvía a la superficie la vieja polémica que hizo furor en los años 80. Los historiadores revisionistas pusieron en circulación la idea de que el nazismo no habría existido sin el estalinismo. Se comparaban el holocausto nazi y el Gulag soviético para blanquear así la imagen de Hitler y su régimen. Durante años, los dirigentes de la Alemania oriental reivindicaron para ellos solos la herencia de la lucha antinazi. Es cierto que la resistencia comunista y socialista se adelantó a las conspiraciones del crepúsculo de los dioses. El atentado contra Hitler llegó más de un mes después del desembarco aliado en Normandía. También es verdad que los conjurados del 20 de julio, de raíz conservadora y elitistas en su mayoría, formaban un grupo heterogéneo. El conde Stauffenberg mantenía contactos con medios liberales. El ex canciller socialdemócrata Helmut Schmidt, editor del semanario *Die Welt*, se acercó al equilibrio entre las partes enfrentadas al afirmar que «cuando se dice, con razón, que el 20 de julio de 1944 es una de las fechas morales más importantes de la historia alemana, entonces hay que evitar que se eche tierra encima de los que tomaron parte en la resistencia porque fueran comunistas».

Capítulo dieciséis

De Normandía a Berlín

Las carreteras de Normandía, cubiertas de polvo, están repletas de vehículos militares. Allí donde se detienen, en una alquería o en una taberna, los soldados refrescan el gaznate con unas copas de calvados o sidra de la región. Por todos lados aparecen postes indicadores, señales de la posición de las diferentes unidades. Desde las playas llegan día y noche los camiones que traen víveres a los almacenes o carburante a los depósitos. El gran ejército aliado es un gargantúa que todo lo devora. Queda mucho camino hasta Berlín y todo hará falta.

El paisaje está cargado de vehículos despanzurrados. Los embudos causados por las bombas aparecen aquí y allá. Una larga fila de prisioneros serpentea con lentitud en dirección a las crestas que dominan el mar. Vienen con los uniformes polvorientos y rasgados, con los ojos enrojecidos por la falta de sueño, agotados, aturdidos por la potencia de fuego del enemigo. Los prisioneros del ejército alemán visten de gris; los de las
SS
, concentrados aparte, visten uniformes negros. Para ellos, la guerra ha terminado.

«Viejo —se dice a sí mismo uno de estos prisioneros de la Wehrmacht—, no puedes quejarte. Has tenido toda la suerte del mundo. Has caído en manos de los norteamericanos y no de los rusos, que te hubieran hecho papilla. Todo fue de repente. La noche del 6 de junio ninguno de nosotros esperaba ya la invasión, el viento soplaba fuerte, el cielo apareció cubierto, la aviación enemiga no nos molestó más que cualquier otro día. De pronto, ya de noche, el cielo se cubrió de aviones. ¿Dónde irán a lanzar esta noche sus bombas?, nos preguntamos. Fue entonces cuando estalló el mundo. Yo me encontraba en la sección de radio. Los mensajes se sucedían unos detrás de otros: “Paracaidistas por aquí, planeadores por allá”. Algunos de nuestros cañones abrieron fuego lo mejor que pudieron. Por la mañana, los puestos de observación de vanguardia nos transmitieron un mensaje urgente: “Se acerca una importante fuerza naval. Repetimos, se acerca una importante fuerza naval”. No pudimos hacernos una idea de lo que ocurría. Las comunicaciones se cortaron o se embrollaron. Nuestros oficiales perdieron por completo la noción de lo que pasaba. En medio de la confusión recibí órdenes de dirigirme a la costa en misión de reconocimiento. Cuando el teniente

impartía la orden, un carro de combate británico apareció por detrás, una dirección en la que nunca hubiéramos sospechado la presencia del enemigo. El tanque abrió fuego sobre nosotros. El teniente y yo nos escondimos en el bosque. Cuando tratamos de ganar nuestras líneas fuimos hechos prisioneros por los paracaidistas británicos. Al principio me sentía deprimido. Yo, un viejo soldado, era prisionero de guerra pocas horas después de la invasión de Normandía. Pero cuando vi el material reunido por el enemigo, me dije para mis adentros que no podríamos con esto. Cuando salió el sol a la mañana siguiente, pude ver la flota invasora amarrada en las orillas normandas, un barco detrás de otro. Tropas, armas, carros, vehículos militares y municiones desembarcaban en tierra firme».

MATAR NAZIS

Los sargentos norteamericanos repetían la frase de sus colegas en las trincheras de la I Guerra: «Adelante, gandules, no querréis vivir eternamente». Entre los que venían con la Primera División de Infantería del Ejército de Estados Unidos, la famosa «Big Red One» a la que veinte años después seguí en sus operaciones bélicas en Vietnam, figuraba Samuel Fuller. El director de cine, autor entre otros filmes de *Shock Corridor*, que dedicó una de sus películas a la saga de la «División Grande y Roja», venía desde Sicilia: «Cuando los soldados invaden un país, les importa un carajo saber dónde aterrizan. Nunca, en toda la guerra, supimos a dónde íbamos. Lo nuestro era matar nazis. Los mandos, o los jefecillos, nos largaban discursos sobre la grandeza de nuestro cometido. Libertad, democracia. ¡Joder!, nosotros no queríamos liberar a nadie. Nos importaba un carajo estar en Normandía o en cualquier otro sitio. Nosotros hacíamos la guerra. Y la guerra es matar, matar, matar…».

Sam Fuller trazó en la revista *Cambio 16* un retrato descarnado, sin adornos, del desembarco: «Seis, siete minutos, eso es lo que dura una batalla. El resto es espera. Y miedo. Te huelen los pies, las manos duelen, las tripas se revuelven. Los soldados no escriben cartas a mamá. Marchan, papean, duermen, cagan. Nada más. Ese día no sabíamos dónde íbamos. No sabíamos nada de los miles de barcos, de los 12.000 aviones. Nadie se encontraba en estado de éxtasis pensando en defender la democracia. Estábamos en Francia. Bueno, ¿y qué? Lo único que nos preocupaba era saber cuántos cabrones teníamos enfrente. No sabíamos nada de la operación, sólo que iba a ser anfibia, y que habría mucho humo; y que habría que matar, matar, matar. Por

la bandera. La guerra son fusiles y balas. A cinco centavos unidad. Y la muerte. Había Dios, sexo y risas. Nada que ver con las películas de guerra. Además yo lo digo a menudo: en las películas de guerra tendría que haber un tío detrás de la pantalla disparando sobre el público con una ametralladora. Para enseñarle lo que es eso del miedo. Vinieron unos tíos a largarnos unos discursos. Generales, mariscales, hijoputas. Todos dijeron estupideces. Menos uno. Se llamaba Alexander. Nos dijo: "*Hay unos desgraciados que tienen que hacer este puto trabajo, y esos desgraciados sois vosotros*". No nos vendió sentimentalismo».

Fuller cruzó sobre el agua los metros que le separaban de la cabeza de playa desde el lanchón de desembarco: «Corrí 150 metros sobre la playa. Había cantidad de cuerpos a nuestro alrededor. Y no es como se piensa. No. Era aquí una cabeza, allá, a 50 metros, unos pies: George Taylor, el coronel, gritaba: "Morid lo más lejos posible". No decía: "¡Al ataque!", gritaba "Morid allá, más lejos". Estuvimos pillados 3 horas en esa maldita playa de Omaha. A mi lado un tipo se volvió loco del todo. Estábamos cuerpo a tierra. El se levantó y empezó a avanzar hacia uno de los morteros que nos disparaban. Se puso a gritarle al arma: "¡Dispárame! ¡Estás haciendo demasiado ruido!". No gritó durante mucho tiempo. Los heridos no eran heridos. Eran tipos destripados, hermanos a los que uno intentaba volver a meter los intestinos en la barriga. Uno aullaba "¡Traedme mi pierna!"».

No hay héroes en la historia de Samuel Fuller. Los aliados han puesto el pie en el continente. Es lo que Eisenhower llamará en el título de su libro *La Cruzada de Europa*. La guerra, quién sabe, podría haber terminado ese año si en lugar de penetrar en un frente amplio el ejército aliado hubiera marchado en derechura hacia Berlín. O si el coronel Brandt no hubiera deslizado unos centímetros la cartera de mano del conde von Stauffenberg. Pascal escribió que toda la faz de la guerra hubiera cambiado de haber sido más corta la nariz de Cleopatra. El año 1944 sería el de la liberación para una Europa occidental que, a excepción de España, Portugal, Gran Bretaña, Suecia y Suiza, vivía bajo la ocupación nazi, desde el Canal de la Mancha hasta Polonia y desde el norte de Escandinavia hasta la Italia septentrional. En la región de Chambois, en Normandía, alguien ha pintado a mano sobre una roca: «Agosto, 1944, el corredor de la muerte». Porque los soldados alemanes no han arrojado las armas. Ni británicos ni europeos podían valerse por sí mismos, necesitaban más que nunca la ayuda del hermano norteamericano. El asalto sobre las playas de Normandía y la marcha, entre cadáveres, hacia Berlín fue el tiro de gracia. Ni Europa ni Gran Bretaña volverían a ser las mismas.

Para los británicos esta masiva presencia de tropas y armamento de Estados Unidos en su suelo representaba algo así como el final del imperio.

Con la bandera de infantería del soldado Samuel Fuller venía el futuro amo del mundo. *«Bloody Omaha»*, Omaha sangrienta, bautizaron a la playa cubierta de sangre y bañada por la espuma enrojecida del mar. De no haber desembarcado los aliados el 6 de junio de 1944 en Normandía, la II Guerra Mundial se hubiera prolongado, por lo menos, un año más. «*Al final* —opina el historiador William O'Neill— *la bomba atómica no hubiera caído sobre Hiroshima o Nagasaki, sino sobre la vertical de Berlín o Frankfurt*».

AL TROTE

Más allá de la cabeza de playa empieza la guerra. Tanques apostados junto a los pastizales con vacas normandas, cañones emplazados entre los setos, esos malditos setos que harán más lento el avance motorizado, campos minados, ambulancias que cruzan en dirección a los hospitales de campaña. La infantería: la hora de la verdad. Los cadáveres desparramados por la llanura, como caídos del cielo, como maletas abandonadas, se descomponen al sol. Es la tierra del *bocage*, el boscaje enmarañado de las líneas de setos y matorrales. En cada uno de ellos acecha una emboscada, los nidos de ametralladoras, los bazucas, los lanzagranadas. ¿Para qué sirven en este terreno los tanques? El ejército alemán, castigado por la aviación aliada, aparece desplegado contra la parte oriental del perímetro aliado. Británicos y canadienses combaten en una serie de acciones limitadas: evitan que la *Wehrmacht* se desplace hacia el flanco occidental, donde los norteamericanos se aprestan a abrir una profunda brecha.

Al este, británicos y canadienses se dirigen hacia el Sur, hacia Caen. Los norteamericanos avanzan por la península de Cotentin y ponen sitio a Cherburgo. La guarnición alemana, temerosa del comandante, un
SS
fanático y vengativo, resiste durante 4 días. Cuando entran los norteamericanos sólo encuentran ruinas. Los alemanes han dinamitado las instalaciones, bloqueado los muelles con maquinaria y metal. Han colocado trampas por todos lados. Han logrado cortar la vía de escape alemana por la costa de Normandía y las defensas de la *Wehrmacht* al oeste del río Vire viven el desbarajuste y el caos. Las carreteras están abarrotadas de alemanes en retirada. El general Patton, con su Tercer

Ejército, galopa imparable por la región bretona. Tiene prisa por llegar a Berlín. Si su jefe Eisenhower le dejara… Es el general *«Oíd blood and guts»*, vieja sangre y redaños, ama al mismo tiempo a sus caballos y a sus carros, ha combatido a Pancho Villa en México, va cubierto de medallas y de pistolas de nácar, profano, vulgar, exhibicionista. Montgomery siente celos de él, quiere llegar más lejos que él, correr más que él. Sentimental, violento, irascible, intemperante, genial, jactancioso como Montgomery, querido por sus tropas, dicen que ha dicho que Eisenhower es un general inglés que se pasa la guerra jugando al golf, que a los británicos habría que devolverlos a la bolsa de Dunquerque. Va a atravesar Francia al trote, dejando atrás los vientos, devorado por la prisa, tal y como lo hemos visto en el papel que representa en la película el actor George Scott. Está hecho para la guerra y la ofensiva. Se dirige hacia el Sur y hacia el Este, a paso de carga, hacia el Sena para cerrar al Séptimo Ejército alemán en un anillo de carros y fuego.

Patton trata a sus unidades blindadas como si fueran la caballería. *«Elan»* se llama esa figura, ímpetu, brío, impulso. Hiüer le tiene reservada una sorpresa: 5 divisiones *panzer* y 2 divisiones de infantería le esperan en Mortain. Al general de caballería le basta con una división. Los alemanes se retiran en dirección a Falaise. Le deja el trabajo a su rival Montgomery. Patton ha llegado tan lejos en tan poco tiempo que se ha quedado sin mapas y sin deberes que hacer. Ya no sabe el terreno que pisa. A paso más lento, Montgomery avanza hacia el sur de Caen. Si el Séptimo Ejército alemán muerde el polvo en Falaise, los aliados podrán cruzar el Sena hacia el paso de Calais. El control aliado del aire frena los movimientos de la Wehrmacht: sufren por los 2 lados, en el frente ruso y en el frente francés. Montgomery va a cometer un grave error: coloca en Falaise divisiones canadienses que no han entrado casi en fuego y la División Blindada polaca. Montgomery desprecia a los generales norteamericanos: no quiere saber nada de ellos. De la bolsa de Falaise escapan los restos del Grupo B del ejército alemán. A estas alturas los nazis han sufrido 250.000 bajas. Pero los aliados no se ponen de acuerdo. El general Montgomery tiene problemas con todos, hasta con sus canadienses: ha fracasado en el punto de sutura de la bolsa de Falaise. Churchill quiere cancelar a toda costa el plan de invasión del sur de Francia. Prefiere consolidar el frente italiano. ¿Cómo espera que puedan aprovisionar a los ejércitos aliados sin ocupar los puertos mediterráneos de Francia? El ambiente se acalora. Están a punto de cesar al rebelde e intratable Montgomery. Al final Eisenhower impone su ley: la «operación Anvil». (Yunque), rebautizada con el nombre de «Dragón». Desembarcarán

con éxito en Tolon, Niza y Marsella: franceses y norteamericanos del Séptimo Ejército avanzan hacia el Sur y el centro. El mariscal Pétain es un simple prisionero de los alemanes, y Laval sigue dócilmente la estela alemana para formar un gobierno en el exilio: todavía cree en una contraofensiva de la Wehrmacht, pero Hitler está ya a la defensiva. Laval huirá a Italia, y de allí escapará a España en un bombardero
JU
-88 con tripulación alemana, para aterrizar en Barcelona el 2 de mayo de 1945. Franco no quería saber nada del colaboracionista francés y Laval tuvo que huir, ya en julio, hacia Austria, donde le apresaron los norteamericanos, que lo repatriaron a Francia. Encausado judicialmente, fue condenado a muerte y fusilado en París el 15 de octubre de 1945.

BOMBAS VOLANTES

La primera bomba volante V-l estalló en Inglaterra en la noche del 12 al 13 de junio de 1944. Dos días después cayeron otras doscientas. Es un mortífero artefacto que causa pánico en la población. Vuela a casi 800 kilómetros por hora, lleva una tonelada de explosivos, puede volar día y noche sin tripulación y atraviesa las más poderosas defensas. Su velocidad hace difícil que las baterías antiaéreas acierten en la bomba volante. Cuando sus motores se paran es que la bomba va a caer: son 7 segundos de incertidumbre. Emite un petardeo sonoro tan grotesco como intimidante. Estas eran las armas secretas de Hitler. Entre el 12 y el 20 de junio cayeron 8.000 bombas volantes V-l sobre Londres. Volvían las horas sombrías del *blitz*. Es extraño que Hitler no utilizara estas armas secretas para atacar los puertos del sur de Inglaterra en los que se preparaba el asalto a Francia, la «operación Overlord». A estas alturas, las V-l causaron daño: 5479 muertos sólo en Londres, pero no cambiaron el signo de la guerra. Eso sí, las V-l arman un ruido ensordecedor a cualquier hora. Los pilotos británicos, a bordo de sus veloces Tempest —800 kilómetros por hora en suave picado— aprenden a destruir al monstruo en un acto de maestría temeraria: suicidamente, avión y bomba volante vuelan juntos. Es entonces el momento preciso para que el piloto haga balancear su aparato y uno de sus planos (alas) golpee al ingenio mortífero. El monstruo pierde su trayectoria y entra en pérdida, estrellándose. Hitler, con la ayuda del científico Wernher von Braun, prepara en la base de Peenemünde una bomba más rápida y devastadora, la V-2, un

misil balístico que volaba a 5600 kilómetros por hora. Escapa a todos los controles, pues cae como un proyectil desde 80 kilómetros de altura. Es un cohete que no avisa. La primera V-2 cayó sobre Londres el 8 de septiembre de 1944. Para no alarmar a los ciudadanos, el informe oficial atribuyó la tremenda explosión y los daños causados a un escape de gas. En todo caso un escape de gas hitleriano. Al principio se temió que llevara consigo una carga letal bacteriológica. Más de mil V-2 cayeron sobre la capital y el sureste de Inglaterra, matando o hiriendo a 9277 civiles. Los últimos cohetes le sirvieron a Hitler para bombardear Amberes y Lieja. En Amberes, objetivo predilecto por ser el gran puerto continental que recibía el torrente de suministros para avituallar a los ejércitos aliados, las V-2 provocarían cerca de 30.000 víctimas, la mayoría civiles.

Las tropas alemanas en desbandada vadean los ríos cubiertos de caballos muertos y de tanques, como latas de sardinas abiertas. El Séptimo Ejército de Rommel se pierde en la corriente del Sena. El general Patton, al frente de sus Shermans, avanza en abanico por las ciudades de Chartres y Orleans hasta las puertas de París. «Alto», le ordena Eisenhower. El honor de la liberación de París le debe corresponder al general Philippe Leclerc. Así se lo ha prometido Eisenhower el comandante supremo aliado, al general De Gaulle. Desde el 6 de junio, la resistencia francesa invita a los parisienses a la insurrección. Se producen paros en las fábricas y en los transportes. Leclerc, que ha ganado fama con su marcha al frente de una columna desde el lago Chad para reunirse con los aliados en el norte de Africa, recibe por fin la orden de Bradley de dirigirse a París. Recorrerá doscientos kilómetros con su Segunda División Acorazada. El 24 de agosto por la tarde, el capitán Dronne, al mando de una unidad de reconocimiento de Leclerc, llega al Ayuntamiento de París: «Tranquilos, aguantad —dice—, ya llegamos». Los tanques con la Cruz de Lorena entraban en la capital por la puerta de Italia incluidos los blindados *Guadalajara, Ebro, Guernica, Madrid, Don Quijote* y *Belchiteáe* los Moreno, Elias, Campos, Bullosa, Granell, algunos de los tres mil republicanos españoles de la División Leclerc. No va a arder París. El general alemán von Choltitz desobedece las órdenes de Hitler. No habrá más combates por la ciudad que conquistó el 14 de junio de 1940. En Montparnasse, el general Choltitz firmaba una veintena de órdenes de alto el fuego. Al flemático Leclerc, tras una jornada impresionante, sólo se le ocurrió decir: «*Maintenant, fay est*» (ya está). Los aliados han entrado en la primera de sus capitales ocupadas. Después de años de sinsabores el general De Gaulle, erguido, orgulloso, hasta parece una figura humana de carne y hueso cuando

desfila en triunfo por los Campos Elíseos en dirección a Notre Dame. A las siete de la tarde aparecía en el balcón del Ayuntamiento para pronunciar las famosas palabras: «¡París ultrajado! ¡París martirizado! ¡París liberado!».

Con la liberación de París, los franceses libres se hicieron una ilusión: habían desempeñado un mayor papel que los aliados en la expulsión de las fuerzas alemanas. Aunque la insurrección no derrotó a las tropas nazis, de algo debía alimentarse la mitología francesa: la bandera tricolor flotaba sobre las barricadas. La cantante Anne Chapel se subió a un coche para cantar *La Marsellesa*. Las chicas de París besan a los libertadores. De Gaulle se dio prisa en enviar a Leclerc hacia París por temor a que se le adelantaran los comunistas y pusieran en pie una comuna al estilo soviético. Dos tendencias dividían París: la resistencia gaullista y la resistencia comunista. De Gaulle hizo la unanimidad cuando empezaron a repicar todas las campanas de las iglesias de la capital. La del 24 de agosto fue una noche de tiros esporádicos y bailes populares. París era una fiesta, como escribió más tarde Ernest Hemingway, que entró con las primeras columnas y se dirigió al hotel Ritz, su lugar preferido, para tomar una ducha y beberse unos martinis. ¿Con quién se encontró Hemingway en la vanguardia de las fuerzas que ocupaban París? Con sus viejos amigos los republicanos españoles. En un bar junto a la fangosa carretera que conduce a París, el futuro premio Nobel de Literatura descubre a los guerrilleros españoles que «*se entretenían cantando, acompañados de una atractiva joven bilbaína. La joven vasca había combatido desde los 15 años al lado de los guerrilleros. Ni a ella ni a ellos parecía importarles el choque con los alemanes*». Hemingway limpia sus prismáticos: «*Se me hizo un nudo en la garganta. Ante nosotros se ofrecía, gris y hermosa, la ciudad que más quiero*». París no corrió la suerte de Varsovia o Manila. Von Choltitz era en el fondo una buena persona. El 14 de agosto el gobernador militar del «Gross París» recibió la demencial orden de Hitler: «*Deje la ciudad convertida en un amasijo de escombros*». Sumido en la neurosis de la derrota, avejentado, tembloroso, alucinado, Hitler había olvidado aquella visita a la Ciudad Luz acompañado por su ministro Speer. Hubiera querido, como Sansón, morir bajo las columnas de la ciudad que más amaba en el mundo.

EL PUNTO VITAL

«*Todo lo que hemos tocado se ha convertido en oro. Durante las 7 últimas*

semanas hemos vivido una serie ininterrumpida de éxitos militares», afirmó Churchill el 10 de septiembre de 1944 cuando llegó a Quebec para tomar parte en la conferencia. En la ciudad canadiense se aprobará el plan del general Eisenhower de romper la Línea Sigfrido y cruzar el Rin. El comandante supremo se ha puesto al frente de la campaña desde el día 1 con Montgomery y Bradley como lugartenientes. Tras la toma de Amberes y Rotterdam, el plan favorece la línea norte en su aproximación a Alemania siempre que el tiempo sea favorable. Se deja en paz a las fuerzas alemanas en los Balcanes. Tarde o temprano se vendrán abajo ellas solas. Además, no hay fuerzas aliadas que se puedan trasladar a esa región. La conferencia de Quebec deja en el aire una predicción: Japón se rendirá dieciocho meses después de la derrota de Alemania.

El 17 de septiembre es domingo. El tren que lleva a Churchill y Roosevelt atraviesa por un paisaje bucólico de granjas y vacas que ramonean en los prados. A miles de kilómetros de allí florecen desde el cielo miles de paracaídas. Ha empezado la «operación Market Garden». (Mercadojardín). Patton ha tomado Nancy, se dispone a cruzar el Mosa entre esta ciudad y Metz. El general Devers, con el grupo de ejércitos del Sur, avanza desde la Riviera para unirse con él en Dijon 6 días más tarde. El 13 de septiembre llegará el Primer Ejército del general Hodges para colocarse a la izquierda de Patton, al borde de la Línea Sigfrido. Todo va bien para los aliados, salvo que las reservas de combustible se acaban. Los tanques y los vehículos tragan mucha gasolina: hay nuevas bocas que alimentar y nuevos obuses que cargar.

Montgomery parece inquieto. Sus tropas han entrado en Amberes, pero los alemanes se defienden cerca del puerto. Lo que «Monty» exige es un rápido avance hacia la cuenca industrial del Ruhr. Según los principios clásicos de la guerra hay que concentrar el máximo de poder en un punto vital. La dificultad está en determinar dónde se encuentra ese punto vital. Montgomery lo sabe: es el Ruhr. Eisenhower tiene que soportar con toda su paciencia a estos ingleses. «Monty» cree que si sus ejércitos asestan un golpe certero en el Ruhr, el corazón industrial de Alemania, los cañones y el acero, los altos hornos de Krupp en Essen, las empresas Thyssen en Mulheim, Dormund, Duisburgo, Wuppertal, Solingen,
etc.
, todo caerá en sus manos. Eisenhower dice no, como antes le ha dicho no a Churchill, que pretendía seguir su absurda guerrita en el bajo y blando vientre de Europa. «Monty» insiste: la guerra puede acabar para la Navidad. «Ike», el comandante en jefe, defiende un frente más

amplio y ataques continuados en cada sector. Montgomery obedece.

TEMBLOROSO Y AVEJENTADO

¿Qué le ocurre a Hitler? Su mano izquierda ha dejado de temblar, es su mano derecha la que ahora se agita. ¿Sufrirá la enfermedad de Parkinson? Los médicos se inclinan por otra hipótesis clínica: esos temblores son de origen histérico. Le duele el estómago, sufre ataques de náusea. Todos los frentes de su cuerpo, como todos los frentes de guerra, sucumben a la debilidad, a la tensión, al insomnio. Pero su naturaleza es fuerte. Se recupera, visita a sus generales heridos. De pronto aparece mejor que nunca, rodeado de sus militares más ineptos, el mariscal Keitel «el lacayo», el hombre que se lanzó a salvarle en el pabellón de invitados de Rastenburg al grito de *«Attentat, attentat!»*. Más que nunca, en sus horas finales se inclina hacia los mariscales inútiles pero fieles. Keitel es uno de ellos.

Las semanas que siguieron al atentado de la guarida del lobo le traían malas noticias en cascada. Los aliados han roto el frente en Avranches, Turquía ha roto relaciones con Alemania, los soviéticos avanzan sin resistencia, ha estallado la revolución en Rumania, que le ha declarado la guerra, lo mismo que Bulgaria. Se ha quedado sin los yacimientos de petróleo rumanos. París ha sido liberado. Es ahora cuando Hitler cae en la apatía. «*Si continúan estos espasmos en el estómago* —se sincera con una de sus secretarias, *frau* Junge—, *mi vida no tiene sentido. Si esto continúa así, no dudaré en poner fin a mi vida*». No olvida, sin embargo, cómo se imparten las órdenes. Apenas dispone de ejércitos en sus mapas. Cargado de hombros, encorvado como un viejo buitre, mueve tropas imaginarias. De pronto se crece, se yergue y estalla en cólera homérica: «*Todos los que me hablen de paz sin victoria perderán la cabeza, no importa cuál sea la posición que ocupen*». Busca enemigos por los rincones, sólo quiere oír buenas noticias que no llegan de ninguna parte. Sus monólogos no cesan. Se autoflagela: «*Esta guerra no me ha proporcionado ningún placer, lo deben saber todos ustedes. Durante cinco años he vivido aislado de todo el mundo. No he podido ir al teatro o a un concierto, a una sala de cine. Sólo vivo con un propósito, dirigir la lucha*».

Hitler arremete contra todo y contra todos, contra los generales incompetentes, contra los que siegan la hierba bajo sus pies, contra el mariscal von Kluge que se ha suicidado el 19 de agosto de 1944 al obligar a su chófer a que detuviera el vehículo, y aprovechar la pausa para ingerir una cápsula de cianuro. Von Kluge le ha dejado una nota

vejatoria: «*Ha luchado usted con honor* —recomienda a Hitler—. *Sea ahora lo bastante grande para poner fin a un combate sin esperanza*». Traidor von Kluge, cerdo von Kluge, que mantenía conversaciones con los conspiradores de julio y con los ingleses. Lástima que se haya tomado una porción de veneno. Le quedan las V-2. Con ellas arrasará Moscú, Nueva York. ¿Es que no escucha los cañonazos de los rusos que se acercan a su guarida del lobo? El 20 de noviembre de 1944 se verá obligado a dejar la Prusia oriental, su guarida de Rastenburg, donde ha vivido casi todos los años de la guerra. Ahora que se secaba ya el cemento del búnquer. Adlerhorst, el nido del águila, es su próximo destino. Aquí, en Bad Nauheim, en los refugios subterráneos, trabaja en los planes de su próxima ofensiva. Se llamará «Niebla otoñal»: una penetración masiva en los bosques de las Ardenas.

UN PUENTE DEMASIADO LEJANO

La «operación Mercado Jardín» de los aliados es un subproducto del plan de Montgomery: consiste en tomar una cabeza de puente sobre el Rin en Arnhem, Holanda, con lanzamiento masivo de tropas aerotransportadas. Después, «Monty», con su 21 Grupo de Ejércitos, cruzará el Rin. El puente de Arnhem es la clave de la operación. Lo que no sabían los aliados, o no quisieron saber, es que había 2 divisiones alemanas apostadas en el área. Las dos pertenecen a las SS. A las 2 las han echado de Normandía y las 2 buscan revancha. Disponen de tanques, cañones autopropulsados, vehículos acorazados. Es una trampa. Uno de los más costosos hechos de armas de toda la guerra. Los paracaidistas aliados han saltado sobre campos de tulipanes. Ahora, en el «Market Garden», les esperan las
SS
.

Nada se supo de lo que allí ocurrió hasta que el novelista Cornelius Ryan, el mismo que escribió *El día más largo*, lo contó en *A bridge too far*. La versión oficial daba por hecho que Arnhem fue un pequeño contratiempo y al final unaarrolladora victoria. Ryan desmintió los hechos, la costumbre de transformar una derrota en triunfo. Después del «Día D» en Normandía fue la mayor batalla de la II Guerra Mundial para los aliados democráticos, con 17.000 bajas frente a las 10 o 12.000 que costó la invasión del 6 de junio. Montgomery creyó que el pasillo abierto entre la frontera belga-holandesa hasta la ciudad de Arnhem, unos 100 kilómetros, sería la avenida de la victoria hacia el Ruhr. «Monty» se mostraba sediento de gloria. Quería entrar en

Berlín en un caballo blanco. La división británica resistió cuatro días en el puente final a la espera de refuerzos que no llegaron. Ese pasillo hacia la gloria no conducía a ninguna parte. «A los burócratas —reconocía Ryan— no les gusta reconocer los errores. Los historiadores británicos de la versión oficial reaccionaron como siempre: interpretaron una derrota en el campo de batalla como un magnífico hecho de armas». Arnhem, la de «un puente demasiado lejano», fue un desastre total. Los paracaidistas saltaron a excesiva distancia de sus objetivos, los puentes sobre el Rin. Hizo mal tiempo, como lo hizo en la conmemoración del quincuagésimo aniversario de la batalla para decepción de los espectadores, entre ellos el príncipe de Gales. El fracaso de Arnhem retrasó entre cuatro y seis meses la ofensiva aliada hacia Berlín. Las gaitas escocesas precedían el desfile conmemorativo de 1994. Los veteranos no se lo podían creer. Uno de ellos, Charles Rimes, afirmó que le había sorprendido la cálida respuesta holandesa a lo que fue una desastrosa campaña que destruyó el centro del país: «Cuando piensas en que tan sólo les llevamos muerte y miseria y dejamos su ciudad destruida por completo y nos han recibido así, con gritos de "gracias, maravilloso, bien hecho", no he podido menos que echarme a llorar». Los alemanes no estuvieron presentes en la ceremonia: no deseaban abrir nuevas heridas. El «Market Garden» quedó aquel mes de septiembre de 1944 cubierto de cadáveres de «diablos rojos», la Primera División Aerotransportada británica, llamada así por sus boinas rojas.

Todos ellos fueron víctimas de la impaciencia y la egolatría de un general con fama de cauto, escocido por la rapidez de los blindados de Patton. El ejército de las SS Waffen podía estar más o menos desmoralizado, pero lo que «Monty» olvidó es que empezaban a combatir en el jardín de su casa. ¿Qué podían hacer las tropas aerotransportadas del coronel John Frost, tras ocupar los puentes, a la espera de refuerzos, con armas ligeras, sin agua, sin municiones, sin víveres, con un alto número de bajas y sin medios de transporte? Montgomery sabía por la resistencia holandesa que dos divisiones *panzer* de las
SS
acampaban en las proximidades de Arnhem. La gloria estaba por encima de los imponderables. La noche del 26, «Monty» ordenó la retirada. Al cabo de 10 días, había perdido a todos los jefes menos uno. Escapan a nado o en balsas. El príncipe Bernardo de Holanda dijo más tarde: «Mi país no podrá permitirse nunca más el lujo de otro éxito de Montgomery».

Los «Krauts» (los berzas), como llamaban de forma despectiva a los

alemanes, contraatacaron en el sector de Nimega. Se sentían fuertes. Bombardearon el puente sobre el río Waal, un monstruo de acero y hormigón armado. Los norteamericanos lo tomaron tras cruzar el río de rápidas corrientes en botes de goma. Los alemanes cometieron un error al no volar ese puente. Lo intentaron después, pero los hombres rana de Skorzeny fueron descubiertos en la oscuridad mientras trataban de colocar las cargas de demolición. Durante el día las baterías alemanas dominaban el río. Los camiones y los *jeeps* —el *jeep* contracción de
GP
, nombre con el que los soldados designaban el *general purpose* (todo terreno) de Ford, y los puertos artificiales (*mulberries*) fueron dos descubrimientos de la guerra— se detenían al llegar al puente. Un enorme cartel les advertía: «Cruzad rápido». Los conductores de los *jeeps*, fabricados a partir del 23 de septiembre de 1940 por Tantam, Willys y Ford, apretaban el acelerador hacia el otro extremo con los dedos cruzados. Al llegar allí se encontraban con un cartel en el que se leía: «Jesucristo es el salvador».

El frente se estabiliza tras el fracaso de Arnhem en el estuario del Scheldt. La tarea cae sobre las espaldas de los canadienses. No es fácil. Los germanos se han hecho fuertes en una serie de islas: parecen dispuestos a todo. Son gente experimentada y endurecida en los combates. Los canadienses deben hacerles frente con los pies en el agua, sin la mínima protección. A finales de febrero habían hecho prisioneros a doce mil quinientos alemanes, muchos de ellos carne de cañón, agotados y sin municiones. El último obstáculo era la isla de Walcheren, que redujeron después de furiosos combates. Después fueron a por Amberes y la liberaron. Todavía hemos podido ver en Walcheren los cañones herrumbrosos y las casamatas medio demolidas de aquella resistencia alemana en la Holanda meridional: restos de una guerra ya enmohecida en aquel noviembre de 1944 que advertía sobre la inminencia del *finís Germaniae*.

Winston Churchill se sintió aliviado por estos éxitos, pero le preocupaba más la velocidad del Ejército Rojo en marcha hacia Berlín. Habían conquistado Rumania y Bulgaria. «Es natural —escribió el primer ministro— que sus ambiciones crezcan. El comunismo levanta cabeza sobre la tormenta del frente ruso. Rusia es la libertadora y el comunismo el evangelio que predica». Era hora de viajar a Moscú para tantear a Stalin. Churchill voló a Ñapóles, a El Cairo, a Crimea y aterrizó en Moscú el 8 de octubre. Ya en el aeropuerto hizo un discurso optimista: «*Vengo aquí en la marea alta de la esperanza: tenemos asegurada la victoria. Vengo también esperanzado porque cuando*

esa victoria se obtenga tendremos entre todos que hacer del mundo un lugar mejor para la humanidad».

A la mañana siguiente, Churchill y Stalin se reunieron a partir de las 10. Fue entonces cuando el primer ministro británico trazó en un papel el porcentaje del reparto. Grecia: el 10% para la URSS, el 90% para Gran Bretaña; Yugoslavia y Hungría: el 50% para cada uno; Bulgaria: el 75% para Rusia; Rumania: el 90% para la URSS, el resto para Gran Bretaña, de acuerdo con Estados Unidos. Churchill fue invitado al Bolshoi donde asistió al ballet *Giselle*y a los cantos y danzas del Ejército Rojo. Los dos dirigentes se estrecharon la mano. La audiencia aplaudió. Era la primera aparición pública de Stalin desde el comienzo de la guerra.

NUTS!

La siguiente parada y fonda fue París. Churchill se vistió con el uniforme azul de comodoro del aire y acompañó al general De Gaulle en el paseo por la plaza de la Concordia y los Campos Elíseos hasta el Arco del Triunfo. Entre distantes salvas de honor, el primer ministro depositó una corona de flores en la tumba del soldado desconocido y otra en la base de la estatua del «Tigre». Clemenceau, uno de los políticos que más admiró. Después se dirigió hacia el cuartel general de Eisenhower. Churchill celebró el Día de Acción de Gracias con sus aliados estadounidenses con brindis por el éxito de una guerra que tenían ganada «en unidad de acción contra la odiada tiranía». Eran las últimas Navidades de la guerra.

Los norteamericanos estaban rodeados en Bastogne, pero el general Anthony MacAuliffe no parecía preocupado. Como todas las mañanas, había dado una vuelta de inspección por el perímetro nevado. Ve a su gente llena de moral. Que no cunda el pánico. Unas horas antes, 2 emisarios alemanes enarbolando bandera blanca habían entregado un mensaje para el comandante de la plaza. El sobre llevaba la inscripción: «Al comandante norteamericano de la cercada ciudad de Bastogne» y la fecha del 22 de diciembre de 1944. La misiva decía así:

> «La fortuna de la guerra ha cambiado. Esta vez, las fuerzas de Estados Unidos en Bastogne han sido rodeadas por unidades acorazadas alemanas. Sólo existe una posibilidad de salvar de la aniquilación total a las tropas de Estados Unidos, una rendición honorable. Les concedemos 2 horas para

que lo piensen. Si rechazan la propuesta, un cuerpo de artillería alemana y 6 batallones de baterías antiaéreas están preparadas para aniquilar a las tropas norteamericanas en Bastogne y sus alrededores. La orden de abrir fuego se dará inmediatamente después de la tregua de 2 horas. Todas las pérdidas de población civil causadas por el fuego artillero no se corresponderán con el bien conocido sentido humanitario de los norteamericanos. Firmado, el comandante alemán general von Luttwitz, XLVII Cuerpo de Panzer».

Los mensajeros alemanes esperaban en el cuartel general con los ojos vendados. Al cabo de un tiempo hicieron saber que se consideraban con derecho a una respuesta oficial. El general MacAuliffe no tardó en dársela. Pidió un impreso de comunicaciones oficiales y escribió: *«Nuts*. Firmado, el comandante norteamericano». *«Nuts»*. Los emisarios alemanes no comprendían la palabreja, que en español se puede traducir «y una mierda», «narices» o «al carajo». El coronel Harper tuvo que explicarles su significado a los alemanes con algunas otras expresiones del argot de trinchera. En la transcripción oficial alemana se borró el *«nuts»* y se dejó en «rendición rechazada». Hoy, el Museo de Bastogne se llama «Nuts».

Hitler se hacía ilusiones en su nuevo nido del águila. Su soporte espiritual y moral no era otro que la figura de Federico el Grande, que después de 7 años de cruenta guerra sufría la presión de sus generales y hasta de su propio hermano: debía poner fin a la contienda. «La testarudez y la confianza de un hombre cuando los demás lo creían todo perdido —explicaba Hitler a sus consejeros— allanaron el camino hacia el milagro y la victoria». Hitler todavía creía en ella. Por eso se sacó de la manga las últimas cartas, la «operación Niebla Otoñal» y la «operación Greif», la palabra alemana del mitológico Grifón, medio águila medio león, guardián del oro y de las piedras preciosas de una región misteriosa del Asia central. «Las mitologías le fascinaron siempre —escribe Robert Payne— y ahora vivía en una de ellas». Hitler creía que el enemigo estaba tan obsesionado con sus ofensivas «que no pondrá atención a las nuestras».

El *Führer* volvía y volvía sobre la parábola de Federico el Grande. Al general Wolfgang Thomale, inspector general de las Fuerzas Acorazadas, le leyó una carta de Federico el Grande: «Entré en esta guerra con el ejército más maravilloso de Europa; ahora tengo ante mí una pirámide de basura. No cuento ya con jefes, mis generales son incompetentes, mis oficiales no saben mandar, mis tropas están acabadas». Sí, añadió Hitler, y a pesar de todo ganó la guerra. Cuando el general Guderian fue a comunicarle que los soviéticos se aprestaban a la ofensiva final, Hitler perdió el control de los nervios: «Esa es la

mayor impostura desde Gengis Kan. ¿Quién ha fabricado esa basura?». Himmler estaba de acuerdo con su caudillo: «No creo que los rusos vayan a atacarnos. Las cifras que le han facilitado son exageradas».

LA OFENSIVA DE LAS ARDENAS

La «operación Herbstnebel». (Niebla de Otoño), idea de Hitler, consistía en una ruptura masiva del frente en las Ardenas con dieciséis divisiones acorazadas precedidas por comandos alemanes vestidos de norteamericanos. Estos comandos conducían *jeeps* (el héroe de 4 ruedas, como les llamó Eisenhower), hablaban inglés y sabían quién era Betty Grable o quién acababa de ganar el campeonato de la liga de béisbol. El plan preveía que esas unidades mandadas por Otto Skorzeny sembrarían la confusión en las líneas norteamericanas. Cortarían las líneas telefónicas, propagarían falsos rumores en la retaguardia, cambiarían de sentido las señales indicadoras, silenciarían las transmisiones de radio, matarían a los policías militares, dirigirían los convoyes en dirección equivocada. Era un plan fantástico: los juegos de la guerra a los que tan aficionados eran Hitler y su amado discípulo el ingeniero Skorzeny. Al mariscal von Rundstedt, encargado de la operación, le pareció un plan disparatado. No tenía la menor posibilidad de éxito. La «operación Grifón», la estratagema de los comandos de Skorzeny, tampoco podía funcionar: un soldado alemán vestido con uniforme norteamericano sigue siendo un soldado alemán. Después de la sorpresa inicial tuvieron pocas dificultades en desenmascarar al enemigo: aquellos alemanes disfrazados de
G.
I. hablaban el inglés mejor que ellos el americano.

Como era habitual en él, Hitler retrasó 6 veces la ofensiva de las Ardenas, desde octubre al 16 de noviembre. Las fuerzas de choque alemanas aprovecharían la niebla de la región de Eifel, las nubes bajas, la fragosidad de los bosques para avanzar sin ser vistas. Los aliados se mostraban tan confiados que no esperaban un ataque de tal envergadura en ese sector. El mariscal von Rundstedt conocía el terreno porque lo atravesó con sus blindados en 1940.

Hacía un frío polar en las Ardenas. A Hemingway el paisaje le recordaba las ilustraciones de los *Cuentos de hadas* de Grimm, «pero en más sombrío». El mariscal Montgomery manifestó, en carta a Versalles, cuartel general de Eisenhower, que «los alemanes no pueden ya llevar a cabo operaciones ofensivas». Al final le hacía una apuesta a

su comandante en jefe: cinco libras esterlinas a que la guerra terminaba antes de la Navidad. Lo que no sabían, a pesar de las advertencias del coronel Dickson del Primer Cuerpo de Ejército, era que los alemanes emboscaban un cuarto de millón de hombres, dos mil cañones y cien tanques en la zona de Eifel para romper el frente a lo largo de setenta kilómetros con la intención de marchar 150 kilómetros hacia Amberes y retomar la ciudad belga.

> «El servicio de inteligencia alemán —escribió uno de los soldados, el periodista Cyril Ray— era mejor que el nuestro. Sabían que los aliados sostenían el sector de las Ardenas con sólo 5 divisiones, 3 de ellas vapuleadas en la reciente batalla de Aquisgrán y dispersas en un frente de 120 kilómetros. Los alemanes recordaban su paso por aquellos parajes para derrotar a Francia en 1940. Los aliados creían que los alemanes de 1944 no eran los mismos de 1940. Sin embargo, para algunos de nosotros seguían siendo los mejores soldados del mundo occidental».

Una hora antes del amanecer del 16 de diciembre, mil cañones alemanes vomitaron fuego a través de la niebla. Después, 20 divisiones de blindados y de infantería se abrieron paso entre los bosques. Al contemplar la escena, un oficial de la 99 División aliada, al que le informaron que los alemanes sólo contaban con 2 cañones hipomóviles, exclamó sorprendido: «Dios mío, van a llevar a sus 2 caballos a la muerte». La niebla impedía el reconocimiento aéreo. El bombardeo artillero rompió las líneas telefónicas. En algunas de las aldeas belgas, los estadounidenses iniciaron un tímido repliegue, en otras resistieron el ataque de aquellos soldados alemanes vestidos con uniformes blancos para confundirse con la nieve. Un coronel norteamericano entregó el mando a su segundo y corrió hacia retaguardia en estado de choque: «Voy a por municiones», dijo muerto de miedo. Otro general falleció de un ataque al corazón. Al caer la noche del 16 de diciembre, primer día de la batalla del saliente de las Ardenas, todavía se preguntaban en el cuartel general aliado de Versalles si se trataba de una ofensiva en regla o de un simulacro, de una maniobra de diversión. No era de extrañar: los tanques aliados llevaban ya la inscripción: «Hacia el Pacífico». Eisenhower contaba con 2 ventajas: hombres y movilidad. Dos divisiones acorazadas, una en cada extremo del arco norte-sur del dispositivo aliado fueron despachadas hacia el centro del ataque.

El grupo de combate de las
SS
, al mando del coronel Joachim Peiper, abrió una brecha de casi 50 kilómetros, hasta el puente sobre el río Ambleve: 8.000 soldados de

infantería quedaron embolsados cerca de St. Vith. A los tres días, se rendían a fuerzas inferiores en número. Antes de ser fusilados según las leyes de la guerra por vestir uniforme norteamericano, 4 soldados de Skorzeny que viajaban en un *jeep* confesaron para despistar que eran miles y miles los comandos que se dirigían como ellos hacia las posiciones aliadas. Pronto correría el rumor a través de «Radio Macuto»: columnas acorazadas de soldados disfrazados de norteamericanos se dirigían a París para asesinar a Eisenhower. «*Todavía podemos perder la guerra*», aseguró el general Patton en tono sombrío.

En una entrevista que hicimos a Otto Skorzeny en la agencia de información que dirigía por entonces, el coronel que liberó a Mussolini y que se instaló en España tras escapar de un campo de concentración gracias a la ayuda de sus amigos el general Muñoz Grandes, Vigón y el conde de Mayalde, alcalde de Madrid, afirmó que fue él quien hizo circular ese rumor. ¿Hubiera sido posible una operación como el secuestro de Eisenhower?, preguntamos a Skorzeny. «*Ya lo creo* —respondió con su habitual seguridad en sí mismo—. *Por muchas medidas que se adopten para proteger a alguien, siempre es posible el éxito de una operación de comandos. De haber intentado el secuestro de Eisenhower podríamos haber fracasado o triunfado, pero es seguro que en Versalles hubieran sabido de nosotros*».

Los paracaidistas alemanes aparecían por todos lados. Un corresponsal de guerra británico aseguró haber oído que una mujer alemana que hablaba muy bien el inglés había sido lanzada detrás de las líneas norteamericanas para seducir a los
G.
I. y apuñalarlos después. El truco funcionó al principio: los soldados yanquis se preguntaban unos a otros, en plena crisis de confianza, cuál era la capital de Dakota del Norte y cómo se llamaba el marido de Betty Grable. Un general fue detenido porque colocó a los Cuns de Chicago en una equivocada liga de béisbol. Al corresponsal Cyril Ray lo metieron preso para preguntarle cuántas barras blancas tenía la bandera de Estados Unidos y quién ganó el campeonato del año anterior. Cyril mostró los papeles de identificación. «*Si es usted inglés* —le fulminó un sargento—, *¿por qué lleva una boina roja francesa*?».

Para añadir un grado más de confusión y caos a la escena, merodeaban por el sector soldados de permiso que habían robado camiones de gasolina, cajas de jabón y cigarrillos para venderlos en el mercado negro. «*Esto es como el Chicago de los tiempos de Al Capone*», bramó furioso un oficial estadounidense que acababa de detener a un comandante que envió 36.000 dólares a su casa producto del

estraperlo. Era el botín de la guerra. Pero no fue sólo una historia de incompetencia, cobardía y corrupción. El coronel de las SS Peiper se quedó sin apoyo tras su cabalgada. Fue entonces cuando el general Eisenhower ordenó al Tercer Ejército de Patton, que se dirigía hacia el Este, que diera un giro de 90 grados para fortalecer el flanco sur. Fue una maniobra muy complicada. Patton tuvo que atravesar colinas nevadas, senderos de mulas, zonas boscosas: en menos de un día recorrió más de 160 kilómetros. En una semana reunió dos cuerpos de ejército al sur de las Ardenas y alivió la presión sobre Bastogne.

¿Y al norte de las Ardenas? Las fuerzas del general Ornar Bradley, el camarada de Eisenhower en la academia de West Point, se dividieron tanto ante el embate alemán que «Ike» escribió en sus *Memorias*,«Me di cuenta de que era imposible para él (Bradley) concentrar las fuerzas norteamericanas del Norte y del Sur en el saliente de las Ardenas». Así las cosas, Eisenhower puso los 2 flancos bajo el mando unificado de Montgomery. Mientras tanto, los alemanes habían perdido el impulso de las primeras horas. Ni siquiera pudieron ocupar los enormes depósitos de gasolina que las unidades estadounidenses vigilaban, y que estaban señalados como uno de sus objetivos prioritarios. La congestión del tráfico era tal que se vio a un apopléjico general Model, el sucesor de von Kluge, de pie en un cruce, dirigiendo la circulación en una aldea.

Se abrió el cielo. Los aviones de reconocimiento y los bombarderos pudieron despegar ahora para castigar a las columnas de Hitler. Bastogne aguantó el sitio durante toda la campaña hasta convertirse en una de las leyendas militares de Estados Unidos, con una lápida de recuerdo en la academia militar de West Point. El día de Navidad, los sitiados de Bastogne recibieron 100 toneladas de suministros. Los carros de Patton entraron por fin en la ciudad. La batalla de las Ardenas había terminado: costó a los alemanes 80.000 bajas, de ellas 13.000 muertos, unos 800 tanques y 1000 aviones. Las pérdidas norteamericanas fueron más o menos las mismas que las alemanas. Pero los aliados podrían sustituir a sus muertos y heridos, a sus tanques destruidos; los alemanes no. Un soldado llamado Eddie Slovik fue ejecutado por deserción, la primera ejecución de este tipo desde 1865 en el Ejército de Estados Unidos.

El «segundo Dunquerque», como lo llamó Hitler antes de tiempo, podía haber discurrido mejor de haber dispuesto de fuerzas suficientes para aguantar el tirón. Fue el último fogonazo del *blitzkrieg*. Ayudó a los rusos en su avance desde el Vístula y quemó parte de las veinte divisiones alemanas que hubieran sido necesarias para resistir en el frente alemán. La mejor defensa no era el ataque como creyó Hitler.

Para colmo de sus desgracias, la última ofensiva aérea alemana del 1 de enero de 1945 terminó con los restos de la Luftwaffe de Goering. Los aliados bautizaron la batalla de las Ardenas como la «ofensiva Rundstedt», que nada tuvo que ver en su concepción ni en su desarrollo. «Hitler —protestó el mariscal— nunca me consultó sobre las posibilidades de éxito de la batalla de las Ardenas. Las fuerzas de que disponíamos eran insuficientes para un plan tan ambicioso. No contábamos con los refuerzos apropiados ni con el necesario abastecimiento de municiones. Aunque el número de las divisiones blindadas era elevado disponíamos de pocos carros. Eran, *en gran parte, unas fuerzas de papel. Pero resultaba inútil protestar ante Hitler*». Los jefes alemanes sabían del alto número de bajas sufrido por la Wehrmacht en cinco años de combate: 3.800.000 soldados.

LA APUESTA DE 5 LIBRAS

El 14 de enero de 1945, en el Diario de Guerra del Estado Mayor alemán podía leerse esta frase: «*La iniciativa en el área de la ofensiva ha pasado al enemigo*». Al día siguiente, con la guerra pisándole los talones, Hitler abandonó Adlerhorst para volver a la que sería su última morada, la Cancillería del Reich en Berlín. Durante 100 días más, impartió órdenes y monólogos, movió sobre el mapa ejércitos que sólo existían en su sesera, maldijo mil veces a sus enemigos, tantas como años soñó para un imperio, con alianzas nuevas y nuevas armas secretas. Tan sólo le quedaban 2 alivios: las mentiras de los horóscopos y las píldoras que le recetaba el doctor Morell.

Montgomery perdió su apuesta del 15 de diciembre con Eisenhower. 15 días antes, en una carta explosiva, «*Monty*», lleno de rabia, echó en cara a Eisenhower que Alemania no hubiera sido aún derrotada y hasta le sugería que abandonara el puesto de comandante supremo. «Ike» se tragó el escuerzo y le respondió con humor el 16 de diciembre: «*Me quedan 9 días, y aunque parece casi seguro que haya usted ganado sus 5 libras para Navidad, no las cobrará antes de esa fecha*». Quizá para endulzar sus críticas, Montgomery le devolvió el cumplido: «*La batalla de las Ardenas se ha ganado en primer lugar por las firmes cualidades del soldado norteamericano como combatiente*».

La Línea Sigfrido corre de Norte a Sur: minas, obstáculos antitanques, blocaos. Situado entre el río Maas y el Rin es uno de los peores terrenos de combate de Europa, un territorio pantanoso que no ofrece protección al atacante y por donde las columnas de avituallamiento apenas pueden pasar. Por delante, hacia Alemania se

extienden los pinares de Reichwald. Durante tres semanas, las fuerzas de Montgomery se empantanan en este sector. Los días son cortos, el tiempo calamitoso. El enemigo cuenta con lo mejor que le ha quedado, 2 divisiones de paracaidistas, una de *panzer* granaderos y otra acorazada. La humedad, el agua lo invaden todo. Los soldados están calados hasta los huesos. Los alemanes desplegados en la frontera parecen dispuestos a vender cara su piel. Es la respuesta de los desesperados ya en territorio de la madre patria al oeste del Rin. La victoria para los británicos se mide en metros ganados. Bajo el fuego de las granadas y las armas automáticas manda el instinto animal, el reflejo de supervivencia, atrofiada la sensibilidad. El teniente coronel Martin Lindsay anotó en su diario: «*He dado una vuelta por el bosque y he visto al sargento B que encendía un fuego sobre un alemán muerto y congelado colgado de la rama de un árbol; trataba de arrebatarle las botas. Yo prefiero nuestras botas, pero la mayoría de los chicos parece que prefieren esas botas alemanas que llegan hasta la rodilla. Dicen que calientan más y mejor*». Un sargento, un joven francés llamado Roger, resulta herido por fuego de ametralladora. Hemingway llama a los camilleros. «*Estoy satisfecho* —le confía Roger— *de morir en tierra alemana*». El coronel de la unidad blindada le dice al corresponsal de guerra y futuro Nobel de Literatura: «*Tengo la sensación, todo el tiempo, de tomar parte en una película*». Los soldados de las
SS
con su rostro ennegrecido por los rebufos, sangran por la boca y la nariz, se arrodillan en la carretera, se arrastran para apartarse del camino de los pesados vehículos de guerra. «*Tal vez sea esta escena lo único difícil de adaptar al cine*», transmitió al semanario *Colliers* el autor de *Fiesta*.

EL PUENTE DE REMAGEN

Mientras los británicos tropiezan con dificultades en el Norte, en el Sur los norteamericanos corren mejor suerte. El 7 de marzo el ariete blindado de la Novena División Acorazada de Estados Unidos presiona en dirección al Rin. A 20 kilómetros de Bonn los tanques de avanzadilla escalan con cuidado la última colina antes de alcanzar la orilla del río. Al llegar a la cresta se detienen asombrados: el puente de Remagen, de 325 metros de largo, está intacto. Es el único de los cuarenta puentes que continúa en pie. Serán los primeros que cruzan el Rin. Deciden atravesar a toda velocidad el pueblo y pocos minutos

después se encuentran en la cabecera del puente. Cuando avanzan para atravesarlo suenan 2 detonaciones que sacuden el arco del puente, pero la tabla central del mismo, por donde pasan vehículos y personas, no ha sufrido daños. Los carros prosiguen su marcha con la infantería detrás. El coronel Lindsay lo contó así: «*Había muchos francotiradores y ametralladoras alemanas que protegían el puente. Los tanques se acercaban a las torres, desde cuyas almenas nos disparaban, y los desalojaron de allí*». Los ingenieros llegaron a tiempo para desconectar los cables de las cargas explosivas. Los cables que quedaban los cortaron a tiro de fusil. A las 4 de la tarde el Primer Cuerpo de Ejército de Estados Unidos cruzaba el puente. El mando alemán, sorprendido por el golpe psicológico del paso del Rin, ordenó fusilar a los ingenieros que no fueron capaces de volar el puente. Al Sur, los estadounidenses rompieron la Línea Sigfrido. Ni siquiera las fortificaciones de las que tan orgulloso se sentía Hitler lograron frenar su paso. Hasta el general Patton se sorprendió de tanta facilidad. La muralla del Oeste era de mantequilla. «*Los bloques de cemento en los que se atrincheraban* —contó Patton— *no les han servido de nada. En el curso de las operaciones tan sólo la 90 División destruyó 120 bloques de hormigón en 48 horas. Sólo perdimos 120 hombres. Les volamos los bloques con cargas de dinamita y cañones de 155 milímetros que abrieron fuego a corta distancia. Las líneas Maginot y Sigfrido fueron forzadas* —añadió Patton—. *Troya cayó lo mismo que las murallas de Adriano, la muralla china no sirvió de nada: el soldado ingenioso y resuelto puede superar esos y otros obstáculos*». Patton regresaba a sus fuentes de soldado de caballería: «*En la guerra, la única defensa segura es la ofensiva. La eficacia de esa ofensiva depende del alma de los que la emprenden*». Por el puente de Ramagen, que se desplomó por sí solo el 17 de marzo, paseó Patton entre una nube de fotógrafos.

Uno de los soldados a los que Patton ha condecorado por su valor se llama Harold Garman y pertenece a la Quinta División de Infantería. En el cruce del río Sauer, un pequeño bote que lleva a 4 soldados heridos cae bajo el fuego de ametralladora del enemigo. Poco a poco la corriente devuelve la barca hacia la orilla alemana. Es entonces cuando Garman se lanza al agua, nada bajo el fuego alemán hasta la barca y la devuelve a sus posiciones. Cuando el general Patton le preguntó qué le había impulsado a hacerlo, Garman respondió: «*Bueno, alguien tenía que hacerlo*».

Con la Línea Sigfrido desbordada, con una cabeza de puente en Remagen, cuyas piedras se venderían luego como recuerdo para los turistas, ha llegado el momento para los aliados de cruzar el Rin por el Norte. Son tan buenas noticias que Churchill se muere de ganas:

quiere, también él, llegar al Rin. «*Se encontraba a mi lado en mi cuartel de Nimega cuando supo que cruzaría el río en marzo —dijo Montgomery —. "Quiero verlo", pidió Churchill. Lo sabía. Le pedí a mi jefe de Estado Mayor que lo disuadiera, que lo mantuviera alejado*». El primer ministro no podía aceptar la derrota con tanta facilidad. De regreso a Londres desde Holanda recibió la visita del jefe de Estado Mayor de «Monty», el general de Guingand: *«Señor, mi jefe no le deja ir*», dijo con suaves palabras. Rendido a la evidencia de un hombre duro de mollera, Montgomery escribió una carta a Churchill: «*Vamos a cruzar el Rin y le queremos aquí*».

Las caravanas depositaron toneladas y toneladas de equipo en la orilla aliada. Los bombarderos descargaron cincuenta mil toneladas de bombas sobre la otra orilla. Dos mil cañones apuntaban al otro lado en la primera barrera de fuego. 3000 aviones calentaban motores para allanar el camino de la infantería. El ataque comenzó por la noche. En la primera oleada, 80.000 hombres subieron al anochecer a sus vehículos anfibios. La artillería rompió el cielo y el aire reverberó bajo los cañonazos. En la otra orilla empezaron a verse resplandores, explosiones de obuses. Las lanchas anfibias entraron en el agua y navegaron hacia la otra orilla del Rin. Al amanecer establecían varias cabezas de puente. Quedaba la segunda parte de la operación: 1326 planeadores, precedidos por 1253 cazas, lanzaron sobre el terreno a las tropas aerotransportadas. Lo hicieron a la luz del día. Churchill se encontraba en un observatorio junto a los corresponsales de guerra. Uno de ellos, Alan Moorehead, autor entre otros de los libros *El Nilo blanco* y *Los cañones de Navarone*, describió la escena:

> «Churchill llegó en el último momento para presenciar el espectáculo. Se dijo que estaba muy enfadado porque Montgomery no le concedió permiso para embarcar en uno de los vehículos anfibios de asalto. Por eso se encontraba a nuestro lado en la colina que dominaba el río. A la hora prevista llegaron los bombarderos procedentes de Inglaterra. Volaban muy bajo. Recuerdo que Churchill se emocionó, lanzó su sombrero al aire y saltó hacia el río en la misma dirección de los aviones mientras gritaba "Aquí vienen, aquí vienen". Fue un gesto de colegial, pero tan auténtico, tan conmovedor, que yo creo que todos nosotros nos sentimos mucho mejor al cruzar el río, mucho mejor de lo que hubiéramos imaginado».

Al día siguiente, el primer ministro visitó a Eisenhower, que desde un puesto de observación cubierto de sacos terreros le mostró una panorámica completa del río y de las tierras llanas del otro lado. Churchill se volvió hacia Montgomery para susurrarle al oído: «"¿Por qué no cruzamos para echar un vistazo al otro lado?". Ante mi

sorpresa —escribió Churchill— “Monty” respondió: “Sí, ¿por qué no?”. Llegamos a la orilla alemana bajo un sol espléndido y paseamos durante media hora sin que nadie nos molestara». A finales de marzo, los aliados se establecían al otro lado del Rin. Habían tendido una docena de puentes. Día y noche camiones de transporte pasaban armas, víveres y municiones para la recta final. La zona del Rhur estaba rodeada, el frente occidental había caído. Los grupos de ejército norteamericanos, canadienses, franceses y británicos se hallaban dispuestos para el golpe de gracia.

En el plano militar todo iba bien, pero en el plano político nacieron algunas suspicacias. El 21 de marzo, el embajador británico en Moscú comunicó a las autoridades soviéticas que se habían celebrado en la ciudad suiza de Berna una serie de entrevistas entre Alien Dulles, representante del
O.
S.
S.
(el antecedente de la
CIA
) y el general Karl Wolff, comandante de las tropas de las
SS
en Italia. Stalin sospechaba que norteamericanos y británicos preparaban un acuerdo con los nazis. Llegó a creerse que trasladarían fuerzas nazis de la muralla del Oeste hacia el frente oriental para combatir al Ejército Rojo. El 7 de abril, Stalin le envió al presidente Roosevelt una nota cargada de reticencias: «Es difícil de creer que la falta de resistencia de los alemanes en el frente occidental se deba sólo al hecho de que se ven derrotados. Los alemanes disponen de ciento cuarenta y siete divisiones en el frente oriental, podrían tomar 15 o 20 de ellas y transferirlas al frente occidental. Pero no. Continúan en una loca batalla contra nosotros por una insignificante estación de ferrocarril en Checoslovaquia que vale tanto como una cataplasma para un cadáver. Sorprende que entreguen sin resistencia ciudades alemanas como Onasbruck, Manheim o Kassel. Convendrá conmigo en que tal comportamiento por parte de los alemanes es curioso y difícil de comprender». Era la primera brecha en la alianza tripartita. El enemigo común, Alemania, estaba a punto de caer y, con él, desaparecía la armonía, la unidad.

A pesar de la superioridad del adversario, los alemanes aguantaron a pie firme, disputaron cada palmo de terreno. Muchas de las unidades del Volksturm se formaron a toda prisa con tropas populares, con niños y viejos, adolescentes de las Juventudes Hitlerianas, enfermos,

tullidos, paisanos mal entrenados y mal armados. La guerra no había disminuido en salvajismo. El coronel John Hiñes, que llegó con su unidad blindada hasta las afueras de Frankfurt, describió así su asalto a un aeropuerto: «Recuerdo que dejaron en las trincheras a un puñado de soldados alemanes que se habían rendido. Yo me encontraba en la torreta de mi carro de combate hablando por el radioteléfono sobre el tanque. Recuerdo que traté de cerrar la escotilla con la mano izquierda cuando una granada me voló la mano y me arrancó los ojos. Caí hacia el fondo del tanque para quitarme con la mano derecha los fragmentos de metralla en la garganta y en el pecho».

En las encrucijadas de las carreteras, en las aldeas, en la espesura de los bosques, en las calles de las ciudades destruidas, grupos desorganizados de soldados combatían hasta la muerte. Lester Atwell se encontraba con una división de infantería en Eisenach: «Avanzábamos por una carretera cuando un carro alemán salió del bosque, disparó a placer, mató a 2 de nuestros hombres y se retiró de nuevo a cubierto de los árboles. La caravana se detuvo y dos de nuestras compañías de fusileros salieron en dirección a la arboleda para rodear a un pelotón de soldados alemanes enterrados en sus trincheras. El tanque alemán abrió fuego de nuevo hasta que le rodearon cuatro de nuestros carros. Desde distintas direcciones, cada uno de nuestros tanques lanzó sobre la arboleda llamaradas de gasolina. En pocos segundos todo el lugar se convirtió en un infierno. Los gritos de los alemanes se escuchaban a través de la cortina de fuego. Algunos de ellos, con los uniformes en llamas, trataron de salvarse, pero fueron rechazados por nuestras ametralladoras. Media hora más tarde, al penetrar en el sotobosque, descubrimos que todo lo que quedaba era carbón y cenizas, un espectáculo alucinante nada propio de aquel día soleado de primavera».

LA FORTALEZA ALPINA

El 12 abril, el teniente general Simpson, del Noveno Ejército de Estados Unidos, llegaba al río Elba. Los norteamericanos se encontraban a 90 kilómetros de Berlín y a unos días de tomar contacto con los rusos. El plan consistía en que Montgomery se adelantaría a los rusos en Berlín, cuando de improvisto, aquella noche del 28 de marzo de 1944, llegó a un Londres envuelto en la niebla y a oscuras la comunicación de Eisenhower: el plan se había cambiado. La dirección principal de la ofensiva no tomaría el camino hacia el Norte, sino hacia el Sur, hacia Baviera y Austria. El comandante supremo de las

fuerzas aliadas concedía de pronto a Berlín una importancia más psicológica que estratégica (lo mismo que Hitler pensó sobre Moscú en la «operación Barbarroja») y decidía destruir las fuerzas nazis concentradas en la Alemania meridional. Berlín sería para los rusos.

¿Por qué Eisenhower tiró así por tierra los planes aliados? «Ike» parecía convencido que en las montañas de Baviera, en los Alpes austriacos, entre las Dolomitas y el Brennero, Hitler había organizado la fortaleza alpina, un reducto nacional inexpugnable, defendido por 200.000 fanáticos de las
SS
y de la Wehrmacht: el último y desesperado intento de defensa. A aquel reducto alpino, según Eisenhower, irían a recluirse en el momento del derrumbamiento del Tercer Reich, Hitler y el resto de los jefes nazis. Habrían levantado colosales fortificaciones con toneladas de víveres, copiosos pertrechos, un número increíble de armas, aeropuertos subterráneos, refugios blindados, hospitales, depósitos y almacenes de todas clases. Allí se habrían dado cita los maestros de la famosa escuela de formación de las
SS
de Bad Toeld, para que sostuvieran por medio del terror los últimos intentos de resistencia. Era la madriguera de los lobos sanguinarios que, después de la derrota, mantendrían vivo, con guerrillas y represalias, el mito del nazismo.

Sostenía Eisenhower que era necesario neutralizar la fortaleza alpina, en caso contrario la guerra podría prolongarse durante un año más. En el frente oriental, en el Pacífico, en Japón, reclamaban tropas para el asalto decisivo. Se hacía necesario sacrificar Berlín por la fortaleza alpina.

Nunca existió tal fortaleza alpina. Fue una de las mayores supercherías de toda la guerra, un caso de sugestión, de hipnosis colectiva en el cuartel general de Eisenhower. El primero que difundió, sin darse cuenta, el nombre de la fortaleza fue Goering cuando un día, en Roma, por el placer de lanzar una frase, dijo al mariscal Kesselring: «Tendrá el mando de la fortaleza alpina y, cuando todo se derrumbe, iré yo a defenderme y morir en ella». A Skorzeny le pidieron que reuniera dos divisiones; tan sólo logró reclutar trescientos hombres.

Esa fortaleza alpina tan sólo existía en la Suiza neutral. El alto mando alemán envió a Innsbruck a un experto en fortificaciones, el general Marcienkiewieck, con un equipo de técnicos, para estudiar si podrían reforzarse las defensas ya existentes en aquellos lugares antes de la I Guerra Mundial, con otras más modernas al Norte y al Este. La

noticia, junto con otros rumores sobre un sistema de fortificaciones que corriese a lo largo de Baviera y Austria hasta Viena, y desde la Italia septentrional hasta Klagenfurt, llegó a finales de 1943 a oídos de los servicios de espionaje de Eisenhower. La fortaleza alpina fue un *bluff* que cambió los planes aliados.

Entre el 12 y el 13 de enero de 1945, los soviéticos desencadenaron una gran acometida desde la cabeza de puente de Baranov en el Vístula. Las fuerzas alemanas, agotadas, reclamaban en vano refuerzos, provisiones, carburante sobre todo. Pero las fábricas de armamento de Hitler y Speer quedaron pulverizadas por los bombardeos aliados. Con tan inmensos frentes por cubrir Hitler no podía dar abasto a sus tropas. Alemania era una nación dislocada. La Prusia oriental se venía abajo. Las carreteras se poblaron de refugiados. Los soldados alemanes corrían a rendirse en las posiciones de Bradley, de Montgomery antes de caer en manos de los soviéticos. «Los rusos están sacándoles las tripas a la Wehrmacht», afirmó Churchill. Tenía razón. Stalin había puesto en pie un ejército de 5 millones de hombres y 300 divisiones, frente a los 2 millones y las 200 divisiones, alemanas.

UN ABRAZO EN EL ELBA

El único problema serio con el que se encontró el Ejército Rojo en su avance hacia Berlín fue el del aprovisionamiento. «La campaña principal —escribe Liddell Hart— consistió en dos grandes ofensivas soviéticas, una sobre cada ala, cada una de ellas seguida por una larga pausa. La primera se lanzó en medio del invierno, la segunda en medio del verano. En el curso de la campaña secundaria, que fue la consecuencia de la extensión del flanco sur a través de la Europa central, las pausas fueron breves. Cuanto más se extendía el frente, más menguaban las fuerzas alemanas. El desarrollo de los acontecimientos demostró la importancia decisiva de la relación espacio-fuerza».

El Ejército Rojo había organizado una ofensiva que desencadenó en 1943 contra el saliente del Orel. En el Sur, las fuerzas soviéticas, muy superiores, expulsaron a las tropas nazis de su cabeza de puente en Kuban. El 31 de octubre, las unidades alemanas y rumanas quedaron aisladas en la península de Crimea. A principios de noviembre perdían Kiev, la capital de Ucrania, con un movimiento de tenaza de Sur a Norte que copó a todo un grupo de ejércitos alemanes en el sector del Sur. A finales de diciembre, las unidades alemanas sitiadas sufrieron el

ataque en el centro del Primer Frente Ucraniano, cuatro cuerpos de ejército, al oeste de Kiev. El ataque se extendió hacia el suroeste y forzó a las fuerzas alemanas a evacuar la orilla del río Dniéper.

La continua ofensiva en el sector sur condujo al Ejército Rojo hasta el Dniéster a finales de marzo de 1944. Antes de finales de mayo, el mando soviético abrió un nuevo frente desde el nordeste de los Cárpatos a través de Kovel, Minsk, Orsha, Vitebsk y Pskov, hasta la orilla occidental del lago Peipus y el Narva. Fue cuando el general Heusinger hablaba a Hitler del lago Peipus cuando hizo explosión en la guarida del lobo la cartera de mano del conde y coronel Stauffenberg. El plan soviético consistía en avanzar hacia los Balcanes para ocupar Rumania y Hungría con objeto de cortar los suministros de estos dos países al Tercer Reich. Mientras tanto, las tropas soviéticas capturaban al resto de las fuerzas rumanas y alemanas en Crimea y liberaban la península. Esta victoria rusa en Crimea permitirá que se celebre en la ciudad balnearia la Conferencia de Yalta.

La gran ofensiva se inició en mayo de 1944. La primera fase fue la destrucción de los ejércitos alemanes del centro. Siguió la liberación de Minsk, la capital de Bielorrusia, el 22 de junio. Las pérdidas alemanas se elevaron a veintiocho divisiones y trescientos cincuenta mil hombres, una derrota más significativa que la de Stalingrado. En el Norte, las tropas del Primer Frente Báltico tomaron Vilna, aislaron a las fuerzas alemanas en Estonia, Lituania y Letonia. Las tropas alemanas de Estonia resistieron hasta el final de la guerra. El mando soviético rehuyó el ataque frontal, contorneó Letonia para concentrarse en los sectores central y meridional del frente. Las tropas rusas se aprovecharon de la orden de Hitler de no retroceder un metro. No parecía preocuparles el problema del abastecimiento. Resistían y avanzaban allí donde cualquier ejército occidental se hubiera muerto de hambre. Las líneas de comunicación les traían al fresco. El general alemán Manteuffel, que combatió a los soviéticos en su ofensiva, se lo explicó así a Liddell Hart *(The other side of the hilt*): «La progresión de un ejército ruso es algo que los occidentales no pueden imaginarse. Detrás de los carros de vanguardia avanza una horda montada en su mayoría a caballo. Cada soldado lleva a la espalda un saco lleno de cortezas de pan y de legumbres crudas recogidas en los campos y aldeas por las que pasan. Los caballos comen la paja de los techos de las chozas. Eso es todo lo que tienen. En su ofensiva los rusos están acostumbrados a vivir de forma tan primitiva durante períodos que llegan a las tres semanas».

A estas alturas, von Manstein, considerado por los alemanes como

su mejor estratega, fue relevado del mando por Hitler. En junio cayó Finlandia, una ficha de dominó después de otra. El 10 de julio de 1944, tropas del Cuarto Frente Ucraniano arrojaron al Cuarto Ejército Panzer hasta el Beskids, mientras que el Primer Frente Ucraniano alcanzaba la orilla norteña del Vístula. Al llegar a las puertas de Varsovia habían recorrido 750 kilómetros en 5 semanas. Una vez en el Vístula, fueron detenidos por 3 sólidas divisiones de carros. Debían recomponer sus líneas de comunicación prolongadas hasta casi el infinito. Permanecerían cerca de 6 meses en el Vístula antes del impulso final.

Los camiones y vehículos de la ayuda norteamericana les vinieron muy bien para preparar el asalto. Los rumanos se rindieron a los rusos que rodearon Belgrado el 15 de octubre para entrar en la capital yugoslava junto con los guerrilleros de Tito. Mientras tanto, el Segundo Frente Ucraniano atacaba Budapest. Hitler seguía en sus trece: ni un paso atrás.

El 12 de enero de 1945, las fuerzas soviéticas lanzaron la tan esperada ofensiva final con sus 3 grandes generales al mando: Koniev con el Primer Frente Ucraniano, Zukov en el centro, donde sustituyó a Rokossovsky, mientras que éste se ponía al mando del Segundo Frente de Bielorrusia al norte de Varsovia. A las diez de la mañana de aquel 12 de enero, al amparo de la niebla que ocultaba el volumen de sus fuerzas, los soviéticos se desplegaron por las llanuras polacas como un torrente en crecida. A finales de mes penetraban en Silesia y aislaban a la Prusia oriental. A mediados de febrero, combatían en la provincia alemana de Pomerania. En abril alcanzaban Viena y la periferia de Berlín, que rodearon el día 23. Tres días más tarde llegaban al río Elba. Así se cerró el círculo. Los soviéticos y los norteamericanos se encontraron y abrazaron en Torgau, a orillas del Elba, el 25 de abril, el mismo día en que se abría en San Francisco la conferencia de las Naciones Unidas. «Hoy es el día más feliz de nuestra vida», gritó emocionado un comandante ruso. Antes de que la fiesta empezara con cánticos, bailes, vodka y coñac, los rusos dieron vivas a Stalin, a su jefe de la LVIII División de Guardias rusos, el mariscal Iván Koniev. Aquel día reinó la camaradería en Torgau. Soldados norteamericanos y soviéticos compartían sus ranchos y sus botellas de alcohol. Se entendían por señas. Fue una fiesta merecida que señaló a los dos nuevos dueños del mundo. A partir de ese día en Torgau, Europa pasó a un segundo plano: Estados Unidos y la
URSS
pasaban a convertirse en las dos grandes potencias. Ahora sólo quedaba Berlín, la Cancillería de Hitler, el último reducto 120

kilómetros al norte. «No capitularemos jamás», gritaba Hitler desde su búnquer atacado por aire y por tierra. A pesar de las circunstancias no dejaban de llegar cartas de amor dirigidas a Adolf Hitler: «*Por favor, querido* Führer —decía una de ellas—, *déjame que esté a solas contigo. Quiero tener un hijo tuyo. Lo deseo de todo corazón, amado mío. Soy capaz de llenar de rosas la calle por la que pases; te besaría mil veces, soy capaz de comerte de amor*».

El criminal Kaltenbrunner, jefe de la Gestapo desde 1943, ejecutor de las órdenes de Himmler, afirmó durante el proceso: «En la cuestión de los judíos fui engañado como muchos otros. Nunca di mi aprobación al exterminio biológico de los hebreos. El antisemitismo de Hitler, tal como lo conocemos hoy, era una barbarie». Fue condenado a la horca.

EDITION SPÉCIALE

COMBAT

DE LA RÉSISTANCE À LA RÉVOLUTION

LUNDI 21 AOUT 1944

L'insurrection fait triompher la République à Paris

Que chaque demeure se transforme en forteresse !

l'Humanité

ORGANE CENTRAL DU PARTI COMMUNISTE FRANÇAIS

MERCREDI 23 août 1944

La bataille suprême pour Paris est engagée !

Tout Paris aux barricades !

DANS TOUS LES ARRONDISSEMENTS, LES COMBATS DEVIENNENT ACHARNÉS

Le commandant des F.F.I. pour la ... au SOULÈVEMENT

LIBÉRATION

ORGANE DES MOUVEMENTS DE RÉSISTANCE UNIS

Un seul chef : DE GAULLE ; une seule lutte : POUR NOS LIBERTÉS

Autres Organes des Mouvements de Résistance Unis

COMBAT

FRANC-TIREUR

La Jeunesse française répond : Merde

le Rassemblement du Peuple

SABOTEZ LA CONSCRIPTION des esclaves ...

Numéro Spécial (N° 21)

Mensuel malgré la Gestapo et la police de Vichy

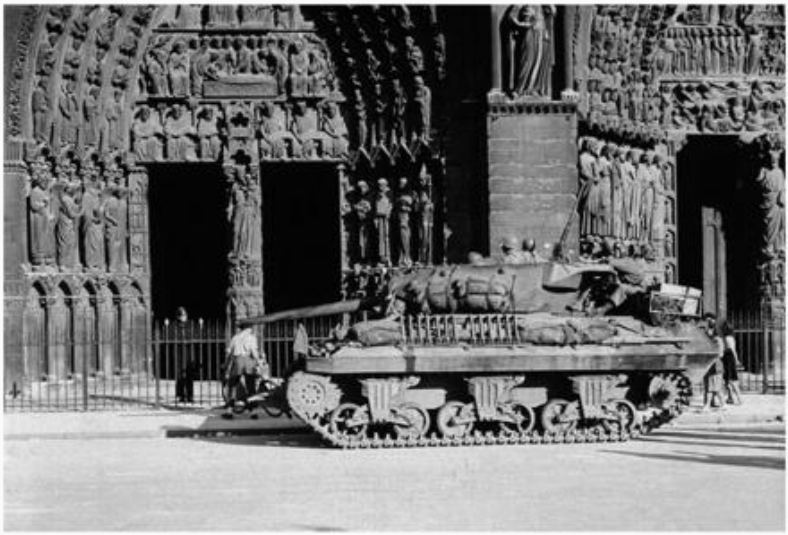
LE FRANC-TIREUR

Organe des Mouvements de Résistance Unis — Liberté - Egalité - Fraternité

Victoire de la Liberté

MUSSOLINI S'EFFONDRE ! ET D'UN !

Libération, Combat, Le Franc-Tireur... ***Para contrarrestar los mensajes lanzados desde la prensa oficial a las tropas alemanas, se llegaron a poner en marcha hasta 1.200 publicaciones clandestinas destinadas a mantener elevada la moral de la resistencia.***



La población de las villas meridionales de Francia dispensaba calurosos recibimientos a las tropas desembarcadas en Provence el 15 de agosto de 1944. Abajo, una imagen de París completamente liberado del yugo alemán el 25 de agosto de 1944.

El «héroe de cuatro ruedas», como lo llamó Eisenhower, resultó un instrumento fundamental en el desarrollo de la guerra y causó especial sorpresa a su llegada a Europa.

En agosto de 1941, Roosevelt y Churchill definieron la Carta del Atlántico. Abajo, sentados, Churchill, Roosevelt y Stalin, en la Conferencia de Yalta, en la que se bendijo a la ONU, se trazaron de nuevo las fronteras de Polonia y se decidió la suerte de Alemania y el bombardeo de Dresde.

Todos los días, desde meses antes del lanzamiento de la bomba sobre Hiroshima, a las cinco y media de la mañana, un avión norteamericano B-29 sobrevolaba la ciudad. Nadie se inmutaba por su llegada. El 6 de agosto, sin embargo, el avión apareció a las ocho menos cinco de la mañana con un cargamento de nuevo apocalipsis.

La cúpula y el edificio del observatorio de Hiroshima se conservan tal como quedaron después del bombardeo del* Enola Gay *como recuerdo del horror del apocalipsis nuclear.

En Japón, el enemigo «número uno» de los norteamericanos era el general Hideki Tojo, primer ministro cuando se ordenó el ataque a Pearl Harbor. Permaneció en el cargo hasta la caída de las islas Marianas. Tojo era la imagen del fanatismo nipón. Fracasó en su intento de suicidio. Fue condenado como criminal de guerra y ahorcado en 1948.

MacArthur fotografiado junto al emperador de Japón, Hirohito. El general norteamericano sorprendió a los vencidos por el tono conciliador y la llamada a la tolerancia empleados en la redacción del Acta de Capitulación.

Los ultimos dias de Hitler

En una entrevista que mantuve en un rancio hotel de Madrid en 1962 con el hombre que le abrió a Hitler las puertas del poder, Franz von Papen, le pregunté si los ojos del que llamaban *Führer* tenían aquel poder magnético, hipnótico, que le atribuían quienes le conocieron. El ex canciller del Reich me miró unos segundos y respondió en francés, el idioma que utilizamos durante la entrevista:

> —*Vous savez*, su manera de comportarse conmigo fue siempre amable y cortés y, aunque oí hablar mucho del poder magnético de sus ojos, no recuerdo haberme sentido impresionado por ellos.
>
> —Pero Goebbels declaró que, al ver los ojos azules de Hitler, volvió a nacer, que chocaron con los suyos como si fueran una llama…

Von Papen, que tenía malas pulgas y estuvo a punto de dar por concluida la entrevista cuando le pregunté por las «buenas intenciones» de Kruschev, no parecía dispuesto a dar mayor importancia a aquellos ojos, saltones, que volvían locas a las mujeres y a los hombres. Le pedí disculpas por mi insistencia. Más calmado, completó el cuadro de sus impresiones sobre el hombre al que llevó al poder: *«Vous savez* (sabe usted), yo nunca encontré en Hitler nada que llamara la atención. No pude advertir ninguna cualidad interior que explicara su extraordinario dominio de las masas. Cuando le conocí, vestía traje azul marino y se ajustaba por completo a la imagen de un pequeño burgués. Tenía un aspecto poco saludable y con su pequeño bigote y su curioso peinado emanaba una indefinible calidad bohemia».

Los ojos de Hitler reunían, según su rendido admirador Joseph Goebbels, todos los colores del arco iris. Ahora las llamas no sólo consumían la mirada del ministro de Propaganda, que murió con Hitler, sino los muros de Berlín. *Finís Germaniae, Alemania kaputt*, era el último acto del *Gótterdámmerung*, el crepúsculo de los dioses arios de Wagner.

Hitler, Adolf, nacido en Braunau-am-Inn, Austria, el 20 de abril de 1889; hijo de Alois Hitler (antes Schilgruber), funcionario de aduanas, y de Clara, de soltera Polzl (prima segunda y tercera esposa de Alois). Se educó en Linz (Austria). No terminó sus estudios secundarios. No logró entrar en la Academia de Bellas Artes de Viena. Ciudadano austríaco, se nacionalizó alemán en 1932. Se alistó en un regimiento de infantería bávara en 1914. Herido en 1916, gaseado en 1918. Condecorado con la Cruz de Hierro de Primera clase. Dejó el ejército en 1920. Director de Propaganda del Partido de los Trabajadores Alemanes, rebautizado Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei (nacionalsocialista), presidente del Partido en 1921. Encarcelado en 1922 por violencias políticas. En 1932 fracasó el *putsch* de Munich y fue condenado a 9 meses de cárcel. Amoríos con su sobrina Geli Rabaul, que se suicidó en 1931. Canciller de Alemania en 1933. Presidente en 1934. En 1938 se anexiona Austria y Checoslovaquia. El 3 de septiembre de 1939 invade Polonia. Inglaterra y Francia declaran la guerra a Alemania. 57 naciones intervienen en el conflicto. Unos 60 millones de muertos. La guerra en Europa acabó el 9 de mayo de 1945. El 20 de abril celebró su último cumpleaños (56). El 29 de abril se casó con Eva, tercera hija de Fritz Braun. Adolf y Eva se suicidaron el 20 de abril de 1945. Libros publicados: *Mein Kampf* (Mi lucha). Entretenimientos preferidos: acuarela, automovilismo, ópera, estrategia militar, arquitectura, la política. Dirección: Berlín, el *bunker de* la Cancillería.

Los ojos de Adolf Hitler habían perdido el brillo de antaño, no hipnotizaban a nadie. Estaban turbios, acuosos. Tenía problemas con la vista, cojeaba, se le encaneció el pelo y le temblaban los pies y las manos. Montaba terribles escenas, gritaba de rabia, pero su voz había perdido fuelle, era ronca y no asustaba a nadie. Vivía en el búnquer de la Reichkanzlerei a quince metros de profundidad, un lúgubre conjunto de habitaciones y pasillos de cemento armado. Dos pisos. En el primero, de trece habitaciones divididas por un corredor, se encontraban la cocina vegetariana y las alcobas del personal de servicio. Una escalera semicircular llevaba al piso más profundo, el *führerbunker*, de 18 habitaciones pequeñas e incómodas distribuidas a lo largo de un pasillo central.

El espectro de Stalingrado se abatía sobre Berlín. Era la ciudad de los ángeles perdidos que vimos en el cine, la del búnquer de Hitler, la de la bandera roja que implantaría el sargento ruso Shcherbina sobre el techo del Reichstag, la de Marlene Dietrich, *Cabaret*, el *Berlín Alexanderplatz* de Dóblin, el del Muro y su venta a trozos. Todavía nos inquietan las imágenes de los niños perdidos entre los escombros de

Berlín en la película de Zinneman. Las novelas de Isherwood, de entreguerras, el mundo de Boíl. Y los climas creados por otro novelista, Le Carré, los espías llegados del frío en el momento de cruzar el paso de Charlie, *Check Point Charlie*. ¿Podría darse algo más electrizante que cruzar de un Berlín a otro en los años sesenta? Ese paso en autobús con todo el dispositivo en pie, muro, alambradas, zonas minadas, mecanismos de disparo automático, torres de vigilancia, prismáticos tendidos en todas las direcciones, perros lobos y gritos de suboficiales no lejos de la que fue la Cancillería de Hitler te ponían un nudo en la garganta. Pero era un temor afrodisíaco, heredado del cine y la novela de la guerra fría.

Hemos llegado tarde para conocer el café Romanisches, el de la «movida» berlinesa de los años 20 hasta el salto de Hitler al poder cuando aquel caballero de Westfalia, presumido y tontorrón llamado von Papen, se lo ofreció en bandeja de oro. Era la capital cultural de Europa, la de los escritores, pintores, artistas, directores de teatro, actores. Bertolt Brecht se tomaba una copa en Romanisches con Max Reinhardt. El poeta rumano Paul Celan escribió en el idioma de Goethe que la muerte es una maestra para Alemania: la noche perpetua de los cristales rotos. Cuando Winston Churchill visitó la ciudad en 1945 dijo que había visto «una razonable cantidad de destrucción». La frase que John Kennedy le dedicó a la ciudad dividida por el muro fue más cálida y reconfortante: *«Ich bin eir berliner»*. También Kennedy se sentía berlinés en los años de la guerra fría. Para entonces, la ciudad se encontraba «razonablemente» reconstruida. Los ángeles perdidos que huronearon en los escombros eran ya padres de familia o estaban a punto de serlo, como hijos del milagro alemán. Las señoritas berlinesas de piernas largas, las *trummenfrauen*, tan heroicas, adecentaron la ciudad de punta a cabo. ¿Era de verdad allí mismo donde murió Hitler?

Quienes vieron los carros de combate soviéticos y alemanes rondando por la Kurfustendamm, la avenida berlinesa, no podrán olvidar la escena: los soldados que corrían delante de los tanques y, sobre todo, los desertores ahorcados de las farolas con un cartel colgado sobre el pecho: «He sido demasiado cobarde para morir por la patria». Fue aquí al lado donde la actriz Hildegarde Knef fue condenada a muerte por abandonar su pelotón. Estos alemanes son increíbles: todo se hunde a su alrededor y tienen que colgar a unos cuantos desertores. «Yo iba vestida como un niño-soldado —nos dijo Hildelgarde— para huir de las muchas cosas peligrosas que ocurrían en Berlín por aquellos días. Menos mal que descubrieron mi identidad real; aquello me salvó al menos hasta que me trasladaron a un campo

ruso de prisioneros». Berlín, autodestructiva, tiene un alma extraña, pecadora, a ratos vibrante, fantasmal, hedonista, cuna de todos los vicios. Es el esqueleto que tirita de frío en la última preguerra, una alucinación, la ciudad de arquitectura pomposa, imitación de estilos, cajón de sastre, asaltada en aquellos años 30, según nos cuenta Isherwood en su *Diario*, por los niños campesinos expulsados de los caseríos por el frío, en busca de un poco de calor o de un mendrugo de pan. Sí, tiene razón el personaje de Giraudoux, hay más misterio y terror en un solo pino de las calles de Berlín al mediodía que en todo el bosque de Francia a medianoche.

Las primeras bombas aliadas cayeron sobre Berlín la noche del 29 agosto de 1940. Apenas causaron algún perjuicio simbólico. Los verdaderos bombardeos comenzarían en noviembre de 1943: 900 toneladas de bombas. Poco a poco, la ciudad empezó a mostrar sus heridas, pero el Tiergarten estaba intacto, lo mismo que Unter den Linden, el paseo de los tilos. Los aviones británicos lanzaron octavillas de advertencia. Llegó el bombardeo del «Carnicero». Harris. De existir la televisión, Goebbels hubiera retransmitido en directo las consecuencias del bombardeo de Berlín o de Dresde, como harían con Ruanda 50 años más tarde. ¿Qué grito de dolor no hubiera alzado el mundo? Goebbels era el Gauleiter, el gobernador de Berlín. Los ciudadanos, presa del pánico, tomaron por asalto las estaciones. En agosto, los aliados descargaron 17.000 toneladas de bombas incendiarias y explosivas. Columnas de humo y lenguas de fuego se elevaron sobre distintos puntos de la capital. Noche tras noche, la ciudad recibió la visita de los bombarderos de Harris hasta el 22 de noviembre, en que pareció que el mundo se venía abajo con el estallido de 310 torpedos aéreos, dos mil cuatrocientas bombas explosivas, 50.000 bombas de fósforo y 550.000 bastones incendiarios. Sabremos, por su diario, que Goebbels lloró esa noche por primera vez. Las bombas habían destruido la mayor sala de espectáculos de Alemania, la productora UFA. La Gestapo ordenó el fusilamiento de centenares de prisioneros políticos.

Entre el 22 de noviembre y el 31 de diciembre, mil aviones británicos descargaron su furia sobre la capital en cuyas entrañas buscó refugio Hitler. El cabo austríaco sentía predilección por la vida de los topos, siempre enterrado en las catacumbas, aficionado a las tinieblas, la guarida del lobo, el nido del águila, el *bunker* (voz alemana que significa pañol o casamata). «Profundamente desmoralizada, convencida ahora de que la guerra estaba perdida —escribe Raymond Cartier—, la población berlinesa mostraba un estoicismo que incluía una increíble indiferencia al peligro. Durante

semanas se vieron, en los arroyos y en las corrientes, gruesas bombas que no habían estallado y que nadie soñaba con desactivar. Cada berlinés organizó una vida nocturna y subterránea, y uno de los espectáculos más extraordinario de nuestro tiempo era el de los habitantes de la ciudad que entraban cada noche en sus grutas llevando con ellos sus bienes más preciosos, o sea, todos los que conservan el calor (mantas, edredones de plumón, pieles, cortinas, manteles, alfombras con las que cubrirse). La vida berlinesa se repartía entre el horror del día y la inseguridad llena de angustia de la noche».

Los berlineses recordarán sobre todo aquel período terrible del 22 al 28 de febrero de 1944, conocido por los aliados como *«Big Week»*. (Gran Semana), en el que las formaciones de bombarderos alcanzaban los mil aparatos, con pérdidas muy escasas para los atacantes: el 2,1 por mil (21 aparatos). Más adelante, la Octava Fuerza americana sufrió un fuerte revés en su ataque sobre la capital el 6 de marzo: de seiscientos cincuenta y ocho bombarderos, sesenta y nueve fueron derribados. Durante los dieciséis mayores ataques aéreos sobre Berlín, efectuados entre noviembre 1943 y marzo 1944, los británicos y norteamericanos acumularon 20.224 salidas. Las pérdidas se elevaron a 1.077 bombarderos derribados y otros 1.862 averiados, pero que lograron regresar a sus bases. Estas cifras equivalían al 5,72% de las fuerzas atacantes. Hasta abril de 1945 se calcula que unos 50.000 berlineses murieron por efecto de los bombardeos angloamericanos. Los proyectores iluminaban la batalla más feroz que se viera sobre los cielos de Europa, pero ningún combate podía ya cambiar el destino marcado. El 20 de abril de 1945, la Fuerza Aérea de Estados Unidos celebró el cumpleaños de Hitler con el envío de 500 aviones B24. Al estruendo en el cielo, que hacía estremecer el búnquer del canciller, se añadió otro ruido distinto, más lejano pero más persistente, que hacía tintinear los cristales de Bohemia aún intactos. Era un ruido que helaba el corazón. El 16 de abril, a las 3 de la mañana, los cañones rusos del Oder abrieron fuego sobre las posiciones del IX Ejército Blindado alemán. El general Georgy Konstantinovich Zukov corrió en fulgurante ofensiva del Vístula al Oder. Era el general que siempre lograba lo mejor de sus soldados. Nunca perdió una batalla. Sus colegas le odiaban porque se lo tenía muy creído. El general Heinrici, el maestro alemán de la guerra defensiva, no pudo con él y fue destituido por el mariscal Keitel como comandante en jefe del Grupo del Vístula. Nadie ambicionaba el puesto de defensor de Berlín. «Tenemos que luchar en grupos pequeños —escribió el capitán Neustroyev, héroe de la Unión Soviética y encargado de ocupar el

Ministerio del Interior, “la casa de Himmler”—. Luchamos por cada habitación. Humo, humo y humo. Ninguno de los heridos dejó el campo de batalla, si campo se podía llamar a las oficinas de los carniceros de Himmler. Teníamos sed, no había agua y ardían muchos de los uniformes de los soldados». «Si alguien levanta bandera blanca —amenazó Goebbels—, volaremos toda la manzana de casas».

El último tren partió de Berlín el 16 abril. Hitler prohibió, desde ese día, la salida de los berlineses —2 millones—, para que todos, y el primero él, compartieran la misma suerte. El primer obús soviético cayó la mañana del 21 abril sobre la Frankfurter Allee. Le siguieron otros sobre la estación de Silesia y la Alexanderplatz. Los refugiados acampaban en los parques de la capital, aterrorizados por las noticias que corrían sobre la inmisericordia de los soldados soviéticos entregados, según «Radio Macuto», al saqueo y la violación. La carne desapareció del menú de los berlineses, pero los tranvías se abrían paso entre los incendios: un atisbo de normalidad. En los cines se proyectaba la última película de la
UFA
, *Kolberg*, cuyo argumento explica la heroica resistencia de una aldehuela prusiana ante los ejércitos de Napoleón. Según los expertos, Hitler cometió el mismo error que Bonaparte. La inmovilización de Noruega, Italia, Hungría, Checoslovaquia y, en la línea del Oder, de dos tercios del ejército alemán que sólo contaba para la defensa de Berlín con 60.000 hombres, un ejército disperso de aviadores convertidos en tropa de infantería, cadetes de academias militares, tanques en retirada, jubilados, niños con los cascos de acero colocados hasta las orejas y capotes que les llegaban hasta los pies, y demás restos del naufragio militar. En los parques, las juventudes Hitlerianas, muchachos de 12 a 14 años, recibían instrucciones sobre cómo manejar el *panzerfaust*, el lanzagranadas. Era una humillación para Hitler que 300 soldados franceses y algunos españoles de la División Carlomagno defendieran su sótano de la Cancillería.

Algún optimista soñaba aún con el arma secreta del *Führer*, capaz de pulverizar a los rusos lanzados en tromba sobre Berlín. A los restos de la Wehrmacht les quedaba tiempo para sentir miedo: disparaban armas automáticas, granadas, abrían fuego de ametralladora pesada. Else Qender era una berlinesa que se encontraba en el sótano de su casa. Leía las páginas de un relato infantil para calmar la ansiedad de sus dos hijos pequeños, cuando llamaron a la puerta a culatazos. ¡Que vienen los rusos! «La electricidad estaba cortada y acudí con una vela. Eran 2 soldados soviéticos. Los veía nerviosos. Me pusieron una pistola sobre la nuca. Si les tendía una trampa, amenazaron, moriría

antes que ellos. Abrí la puerta del sótano. Mis 2 hijos se abrazaron a la luz de una candela. Nos miraron. Estaban asustados, pálidos. En cuanto los soldados rusos los vieron, retiraron la pistola de mi nuca y se echaron a reír entre fuertes carcajadas. “¡Son niños!”, exclamaron. Después subimos de nuevo al salón. Me sentía más nerviosa cuando subí que cuando bajé. Mis piernas temblaban tanto que estuve a punto de caerme por las escaleras. Me llevaron fuera de la casa, me colocaron a la puerta y abrieron fuego… no contra mí, sino contra todo lo que había a mi alrededor, me dejaron allí rígida como una estatua, aliviada y sorprendida». Los alemanes escondían sus carros de combate entre las ruinas. Cada escombro era una fortaleza como en Monte Cassino. Los órganos de Stalin soplaban sobre Berlín. La resistencia fue tan desesperada como inútil. El cinturón defensivo no aguantó la penetración de los blindados que lo reventaban todo a su paso; incendiaban los edificios con lanzallamas y destruían fortines. El 23 de abril por la mañana, los rusos llegaron a la Avenida de Frankfurt. Les quedaban sólo 2800 metros de escombros para alcanzar el corazón del imperio enemigo, la nueva Cancillería del Reich. La orden de Hitler fue terminante: «Todo el que debilite nuestra capacidad de resistencia es un traidor. Debe ser fusilado o ahorcado de inmediato». Las patrullas de las
SS
cumplieron hasta el final la orden del *Führer*.

De poco servía ya, porque los ejércitos de Koniev, Zukov y Rokossovsky rodeaban Berlín. Los cadáveres de los desertores colgaban de los faroles de las bellas avenidas, el escenario de los desfiles triunfales, reducido a ruina y devastación. «Me han ahorcado porque no he utilizado el arma como ordenó el *Führer*». Los supervivientes apenas podían respirar entre el humo cerrado, el polvo levantado por los edificios derrumbados o estremecidos. El cielo de Berlín, negro como el carbón, aparecía cruzado de proyectiles. Los berlineses se refugiaron en los subterráneos, el metro o los blocaos del Zoo. Dos eran los temas de conversación: la falta de agua y alimentos y el rumor de que el general Wenck, comandante del XII Cuerpo de Ejército, encargado de la defensa del Elba, había firmado una tregua con los norteamericanos para dirigirse a Berlín con la intención de romper el cerco de los ejércitos soviéticos. Eran quimeras. Berlín dejó de funcionar. Tan sólo el teléfono, cuyo automatismo ignoraba la guerra, mantenía unidos a los berlineses. Una familia comunicaba a otra que acababan de estar de charloteo con unos soldados rusos que acampaban cerca del jardín. No eran tan fieros como los pintaban.

La jefatura rusa se impacientaba: había que tomar Berlín antes de

que llegasen los aliados. Habían sufrido numerosas bajas. Los defensores, confundidos con las ruinas, aparecían y desaparecían como fantasmas, se acercaban a los T34 y los destruían. El subsecretario Naumman rugió por la radio: «Berlín es la tumba de los tanques soviéticos». Era la desesperación de los sitiados: defendían su vida y la de sus familias, luchaban por cada adoquín, la Alexanderplatz se resistió a morir. Los combates fueron allí encarnizados. Los habitantes-topos de la ciudad salieron al descubierto en cuanto cesaron los disparos para encontrar un caballo muerto o alguna galería de alimentación abierta por la artillería rusa. Olía a muerto. Algunos jefes nazis dieron un adiós orgiástico a la vida. Al canto del *Horst Weesel Lied*, descorcharon las últimas botellas de champaña y coñac. En plena borrachera, se dispararon un tiro en el cerebro. Otros se desprendieron del uniforme de la Wehrmacht y se perdieron en aquel océano de escombros entre la población civil.

A los jerarcas del nazismo les entró prisa por negociar la paz con los aliados: Wolf en Suiza con Dulles, Himmler con el conde sueco Folke Bernadotte. El almirante Friedeburg le propuso a Montgomery la rendición a los occidentales y no a los soviéticos, Hitler se mordía los puños de la camisa. Hatajo de traidores. Pero ya sólo valía la capitulación sin condiciones. Los nazis no podían ofrecer nada como moneda de cambio. «Los alemanes debieran haber pensado en algo de esto antes de que la guerra empezara, sobre todo antes de haber atacado a los rusos», le respondió Montgomery al almirante Friedeburg.

Zukov, el conquistador, creía que la batalla de Berlín no fue como la de Moscú, la de Leningrado, ni siquiera como la de Stalingrado. «Durante la primera fase de la guerra —le dijo a Alexander Werth *(Russia at war)*— tuvimos que luchar contra toda clase de contratiempos. Ni nuestros soldados ni nuestros oficiales tenían experiencia. Ahora, en la batalla de Alemania, éramos superiores en hombres, tanques, aviación y artillería, en todo. En una proporción de tres a uno, hasta de cinco a uno. Lo importante no era tomar Berlín, sino ocuparlo en el menor tiempo posible. Los alemanes esperaban y nosotros debíamos pensar en cómo introducir el factor sorpresa. Ataqué en todo el frente y por la noche. Como los prisioneros nos contarían más tarde, lo que menos esperaban era una barrera artillera por la noche. Esperaban un ataque nocturno, pero no una ofensiva general. Después de la barrera artillera entraron en acción nuestros tanques. Utilizamos 22.000 cañones y morteros a lo largo del río Oder y pusimos por delante 4.000 tanques y 4 o 5.000 aviones. Tan sólo el primer día se llevaron a cabo 15. 000 misiones. La gran ofensiva la

lanzamos a las 4 de la mañana del 16 de abril. Nuestras poderosas linternas no sólo ayudaron a los tanques, sino que cegaron al enemigo, que no pudo disparar con precisión sobre nuestros carros. Muy pronto rompimos las defensas del Oder en un frente muy amplio. Al darse cuenta, el Alto Mando alemán lanzó a la pelea las reservas con las que contaba para Berlín. No fue una buena idea. Estas reservas fueron hechas añicos desde el aire o por nuestros tanques. Cuando nuestras tropas entraron en Berlín, la capital se había quedado casi sin soldados. La mayor parte de las baterías antiaéreas las trasladaron al Oder y la ciudad se quedó sin defensa antiaérea. Más de medio millón de soldados alemanes tomaron parte en la operación de Berlín, 300.000 fueron hechos prisioneros antes de la capitulación, 150 mil resultaron muertos, el resto huyó».

Medio millón de personas entre militares y civiles murieron o resultaron heridas en la batalla de Berlín, la última página: «Donde ganamos la batalla —concluyó Zukov—, fue en el Oder. Berlín fue como una inmensa operación de limpieza. Sí, fue algo muy diferente a la batalla de Moscú».

Dos millones de berlineses —la capital tenía 4.332.000 habitantes en 1939, pero la mitad de la población huyó de los constantes bombardeos— abandonaron sus toperas para salir al aire libre, un aire mefítico, impregnado de mierda procedente de las canalizaciones rotas, entre los edificios agujereados por los proyectiles. Ni siquiera se sentían con fuerza para echar un vistazo a las octavillas que los aviones norteamericanos arrojaron sobre la ciudad: «No venimos como agresores… disolveremos el partido nazi y aboliremos las leyes e instituciones creadas por el partido. Arrancaremos de raíz el militarismo alemán, que con tanta frecuencia ha alterado la paz del mundo». Goebbels: «Detendremos a las hordas rojas ante los muros de Berlín». De nada sirvieron las últimas consignas.

Los berlineses salieron de los refugios subterráneos con la mirada perdida en los armazones de los edificios a los que bastaría un soplo de aire para que se desplomaran. Buscaban a sus familiares, indagaban, pedían información, un chusco de pan, un cigarrillo… Ni siquiera se preocupaban ya por la suerte de Hitler. Hubo quien dijo que había logrado escapar de su escondrijo para ocultarse en una remota caverna desde la que, como Federico Barbarroja, volvería un día para guiar al pueblo alemán hacia la victoria definitiva.

UN LOBO ESTEPARIO

Adolf Hitler era la sombra de sí mismo. Tan sólo le quedaban los horóscopos. Tras la muerte de Roosevelt, interpretada como un signo favorable, confiaba en su buena suerte. El diagnóstico lo hizo Goebbels en vísperas del cumpleaños del *Führer*. «*Vimos los últimos actos de una tremenda tragedia. El desenlace es inminente. Confiemos en nuestra buena estrella*». Hitler sobrevivió dieciocho días días a Roosevelt.

Tan sólo el que conoció a Hitler niño, conoció al *Führer*. El hombre que hizo de la prueba documental de antepasados de raza una cuestión de vida o muerte nunca pudo mostrar un certificado de limpieza de sangre. Nunca supo quién fue su abuelo. Su padre era hijo ilegítimo de un cocinero. Para borrar huellas, el lugar de nacimiento de su padre y la tumba de su madre fueron arrollados por los tanques de la Wehrmacht. Como dijo un jerarca nazi, Hans Frank, la política de Hitler era el gobierno de la fuerza bruta, la victoria de Hitler y la derrota de Hitler. Nada más que eso. Se fabricó una leyenda: la del muchacho huérfano que tuvo que salir de su casa a los 17 años para ganarse la vida a pulso. Fue un mal alumno. Tan sólo en gimnasia obtuvo buenas notas. Lo que quería era ser artista. Como no pudo ser artista, tuvo que ser el *Führer*. Se cansó de las clases de piano, frecuentaba los cafés bohemios de Linz, adoraba a Richard Wagner, pintaba tarjetas postales a mano para ganarse unos duros. Era de temperamento inestable. Vivió momentos de fiebre y euforia a los que seguían períodos de profunda depresión. Un día le preguntaron cuál era su profesión: «Pintor», respondió. «¿De brocha gorda?». Hitler se sintió ofendido: «Soy un académico, un artista», replicó. El hombre que tuvo en un puño a las masas se comunicaba mal con la gente. Se alimentaba espiritualmente de los panfletos antisemitas de la época. «La lucha es la madre de todas las cosas», aseguraba. La brutalidad como principio creador. «*El último obstáculo para la conspiración de los judíos con objeto de conquistar el mundo es Alemania*», afirmaba convencido. Todo su odio, su frustración, se centraron en los judíos. Era el «odio creador» del que más tarde hablaría Goebbels. Ni siquiera Viena aplacó sus extravagantes fantasías; al contrario, las estimuló. Odiaba Viena, era la «imagen de la depravación mestiza». Munich le esperaba. Después de los años pasados en una pensión estudiantil de Viena, sería Munich la que marcara su carácter.

Era la hora de la lucha, la guerra. «La guerra —dijo Hitler a los 25 años—, los 4 años de guerra, me enseñaron más que treinta años en la universidad». Era un soñador solitario, un lobo estepario sin amigos. Había leído el resentimiento en los ojos de los que regresaban derrotados de la guerra de 1914. Ese iba a ser su taller, la desgracia de

Versalles, el «complot judeomarxista» contra Alemania. Reunió su primer público, gente de clase media baja, obreros, artesanos, en la sala Leiber de la cervecería Sternecker.

La derrota en la guerra y el antisemitismo fueron sus dos ideas fijas, motrices. Le gustaba más hablar que escribir. Lo hacía con soltura: convencía, desgranaba con fervor sus argumentos, le creían. Tenía hambre de acción, como apunta su biógrafo Joachim Fest. Ahí estaban los enemigos, los hebreos, la democracia, el capitalismo, el marxismo y el liberalismo. Era en ese ambiente de las cervecerías y las plazas de Munich donde se movió mejor. En pequeños círculos no sabía cómo reaccionar. Ya tenía quienes le empujaban a la gloria en esos años de Munich: Rudolf Hess, Goering. Estaban a su lado en el revanchismo patriótico: en el otoño de 1923 contaba ya con 55.000 seguidores con carné del partido nacionalsocialista. Un fallido intento de golpe el 8 de noviembre de 1923 fue su suerte mayor, su punto de partida «para una nueva lucha por el poder». Iba a disponer de un tiempo para reflexionar, para ordenar proyectos, cuando lo encerraron en la prisión de Landsberg.

Es posible que Hitler, que decidió suicidarse en su búnquer para evitar la humillación de un tribunal ruso, recordara estas y otras etapas de su vida: tuvo fe ciega en sí mismo y en su misión; ahora todos, salvo Goebbels y pocos más, le traicionaban. Abroncó y humilló a los generales, como los generales y mariscales le harían responsable, tras su muerte, de todos los errores cometidos. A medida que se acercaba al poder, adoptaba la pose de la estatua: el pueblo sólo respeta lo distante, lo que no puede tocar con los dedos. Alguna vez se refirió a sus meses en la cárcel como «unas clases en la universidad a cuenta del Estado». Había leído con avidez y desorden y escrito la primera versión de *Mi lucha*, un libro que produjo un retrato exacto de su autor, señala Fest: el desorden de las ideas, una cultura caprichosa que hacía pasar por verdad científica. Era la falta de medida y autocontrol, el maníaco egocentrismo, la monotonía de sus obsesiones, la ausencia de humanidad. Más tarde se arrepintió: «De haber sabido en 1924 que un día llegaría a ser canciller del Reich, nunca hubiera escrito ese libro». Estaba necesitado de reconocimiento, de aplausos.

A partir de entonces, refundado el partido a la salida de la cárcel, ya no atacaría de frente: no volvería a violar las leyes, no lo necesitaba, todo debía hacerse con una fachada de legalidad. Era la hora de las emociones que desataban la derrota, la humillación, la inflación: los humillados, los desclasados le aceptaron, le siguieron, le aplaudieron. Era el estado de parálisis sugestiva. Con él no hacía falta pensar, bastaba con la fanática devoción. «Sólo las masas fanáticas —

dijo— pueden ser dirigidas». Orden, seguridad, unidad. Se transfiguraba ante las masas, se erotizaba con ellas. Sudaba, perdía peso. «Es —afirmó— un milagro de nuestro tiempo. Vosotros me habéis encontrado entre tantos millones y yo os he encontrado a vosotros. Esta es la suerte de Alemania». El nacionalsocialismo era sólo una justificación ideológica: Hitler se convirtió en el centro de todo.

«Os equivocáis», les respondió von Papen a los que le soplaron al oído que Hitler era un peligro. El poder, cada vez más poder, era la obsesión de su vida. En el duelo entre el intelecto y la fuerza —afirmó— «ganará siempre la fuerza». Los fuertes ganan a los débiles. Hitler se creía el primer actor de Europa, y también el primer jugador. La guerra permanente era su motor, su elemento. Que nadie le estropease la gran oportunidad: la toma de los Sudetes, la invasión de Polonia. «El éxito es lo que importa». Que ningún perro sarnoso se presentase en el último momento con «un plan de mediación». No. Ya tenía a su alcance la guerra que quería para demostrar a sus generales que eran unos ineptos, que su intuición estaba muy por encima de los diplomas de estrategia, de las teorías pasadas de moda aprendidas en las academias militares. La guerra resolvería los problemas de la existencia.

Cuando la guerra empezó a irle mal, Hitler se retiró, se replegó sobre sí mismo. Sólo dos veces apareció en público tras la derrota de Stalingrado. Se refugió en el reino de la quimera, de la fantasía. Se había *bunquerizado* y, perdido el contacto con la realidad, vivía en las sombras, apático, abandonado a sí mismo, indiferente a todo, atormentado. La razón de su éxito fue, como apuntó en alguna ocasión, «un esfuerzo sin fin por convencer al pueblo». Los monos, dicen, condenan a muerte a los que intentan vivir solos.

Las masas e Hitler. Sin Hitler no se explica aquella Alemania, ni aquella Alemania sin Hitler. Si la guerra se perdía, le dijo Goebbels, también Alemania estaría perdida… Se arrepintió: en lugar de haber ayudado a Franco en la Guerra Civil española, debía haberse puesto del lado de los republicanos, debería haberse aliado con los anglosajones, «pero la providencia nos ha impuesto este error histórico». *Weltmacht oder Niedergang*. Victoria o aniquilación. Aniquilación. Tan sólo le quedaban dos amigos: su amante Eva Braun y su perra alsaciana Blondi. Era un hombre de constitución fuerte, pero quedó reducido a la ruina física. Dormía 3 horas por la noche. Se levantaba hacia las 11 y media o las 12 del mediodía en un empleo brutal del tiempo, un horario suicida, un plan de vida sin pies ni cabeza. Las píldoras del doctor Morell, aquel hombre grosero, el falso

curandero de todos los males, lejos de aliviarle le minaban la salud. Tenía poco respeto por los médicos: prefería la solución de las ciencias ocultas, de los nigromantes y charlatanes, de las hechiceras y los astrólogos. Morell era un fabricante de medicinas, un embaucador autodidacta que se hizo de oro con la venta de chocolates vitaminizados. Los jerarcas nazis estaban en manos de brujos y masajistas, de curanderos y astrólogos.

Eva Braun fue el bálsamo de Hitler. Albert Speer, el más inteligente de los jerifaltes nazis, al que Hitler perdonaría lo que nunca perdonó a nadie, dijo que Eva Braun era una chica normal que decepcionaría a los historiadores. «No reunía ninguno de los rasgos característicos convencionales de las amantes de los tiranos», escribe Hugh Trevor-Roper. «No era una Teodora ni una Pompadour ni una Lola Montes. Tampoco Hitler era un tirano típico. Detrás de sus accesos de cólera, de sus ambiciones, de su absoluta confianza en sí mismo, no se escondía la voluptuosidad de un hombre apasionado, sino los gustos vulgares, las ansias domésticas de un pequeño burgués. No debemos olvidar su afición a los pastelillos de crema. Lo más destacado de la existencia de Eva Braun es lo bien guardado que estuvo el secreto de una amistad con Hitler, que duró doce años».

Fue una situación equívoca: no era la amante ni la esposa. Dormían en camas distintas, afirmó el doctor Morell, «aunque yo creo…». Eva Braun había decidido morir con él. Nada ni nadie la arrancaría del lado de su *Führer*. Con ella se quedaron el matrimonio Goebbels y sus seis hijos, que ocuparon las habitaciones que dejó el doctor Theodor Morell, su ayudante el doctor Stumpfegger, su mayordomo Heinz Kinge, su ayudante de las SS Otto Guensche, sus secretarias, *frau* Christina y *frau* Junge, y su cocinera vegetariana, la señorita Manzialy. También pululaban por el búnquer Martin Bormann, el general Krebs y sus asistentes, el general Burdorf,
etc.
.. hasta un total de cuarenta personas. Cabe imaginarse el tipo de vida que llevarían bajo las bombas, con el aire enrarecido, un lugar insalubre a todas luces, un pudridero. Olía a cemento sin secar.

Hasta el último minuto, Hitler se aferró a sus teléfonos, a sus mapas, a sus quiromantes, a las inyecciones que le administraba Morell, a sus secretarias, a las que invita cada vez más a que compartan su mesa; a sus hipótesis sobre la ruptura entre norteamericanos y soviéticos. Su teórico salvador, el general Wenck, se quedó dormido al volante de su coche y se estrelló en la autopista Berlín-Stettin.

Nadie sabía, ni los rusos ni los norteamericanos ni los alemanes, dónde se encontraba Hitler. El día de su cumpleaños, Himmler, Ribbentrop, Raeder, Keitel, Doenitz, Jold, el nuevo jefe del Estado Mayor general Krebs y Goebbels le estrecharon la mano. Dejó en libertad a todos, podían irse, pero algunos de ellos deseaban compartir su destino. Goering abrió negociaciones de rendición con el enemigo. Hitler, fuera de sí, le despojó de todas sus prerrogativas. Le llamó traidor, morfinómano. Como Sigfrido y Brunilda, Hitler y Eva iban a morir en un lecho de fuego. Antes los casaría un juez llamado Walter Wagner, el mismo que unió en matrimonio a Joseph y Magda Goebbels. Goebbels fue el testigo de Hitler y Bormann el de Eva Braun. Adolf y Eva juraron que eran de pura ascendencia aria y que no padecían ninguna enfermedad hereditaria.

Walter Wagner, al que los soldados corrieron a buscar a su casa a través de calles batidas por la artillería soviética, se dirigió a Hitler con estas palabras:

—Mi *Führer*, Adolf Hitler, ¿quiere tomar a la señorita Eva Braun por esposa?

—Sí, quiero —contestó Hitler.

El juez preguntó entonces a Eva Braun:

—*Fraulein* Eva Braun, ¿quiere tomar a nuestro *Führer*, Adolf Hitler, por esposo?

—Sí, quiero —respondió Eva Braun.

—Como los novios han expresado sus intenciones —sentenció el juez —, yo declaro este matrimonio legal a todos los efectos de la ley.

Los novios y los testigos firmaron el documento. Eva Braun empezó a escribir su nombre de soltera, lo tachó y puso «Hitler Braun». Walter Wagner añadió la fecha, 29 de abril. Una fecha equivocada porque eran ya las 00.25 de la madrugada del día siguiente. Cumplido su cometido, Walter Wagner salió sudoroso del búnquer. Vestía un traje de paisano con el brazalete de las tropas populares; nunca más se supo nada de él. Los anillos de boda los hallaron quizá en algún cofre de las SS. Sin duda, los habían arrancado de los dedos de judíos detenidos en algún campo de exterminio. Se brindó con champaña en el banquete nupcial. Hitler recordó la boda de Goebbels, en la que fue el padrino: «Fue un día muy feliz. Ahora —añadió con gesto sombrío— todo ha

terminado. La muerte será una liberación para mí. Me ha traicionado y decepcionado todo el mundo».

Después, mientras Goebbels intentaba en vano elevar su moral con el recuerdo de los viejos tiempos felices, Hitler convocó a su secretaria *frau* Junge a su despacho para dictar su testamento. Ya no era necesario que el arquitecto Speer inyectara gas letal en el sistema de aireación del búnquer como había proyectado (descubrió que la remodelación del sistema hacía imposible el atentado) o que alguien urdiera un nuevo complot. Era el fin. Al despedir a uno de los hombres más desagradables de Alemania, el doctor Morell, le dijo: «Ninguna medicina puede ayudarme ya». Pero no dejó de tomar aquellas píldoras de brillantes colores. Estaba agotado. «Ya puede Goering llevar a cabo todas las negociaciones que quiera. Si la guerra se pierde, da igual lo que haga». Tan sólo Goebbels y Bormann permanecían allí al margen de toda sospecha. La última orden de Hitler antes de redactar su testamento fue la de pasar por las armas al general Fegelein, casado con una hermana de Eva Braun. «Pobre Adolf —le dijo Eva—, todos te han abandonado». Al enterarse de que Himmler entablaba conversaciones con el conde Bernadotte, «se enfureció como un loco —cuenta la aviadora Hanna Reitsch, que se encontraba con él cuando el mayordomo Linge le entregó el telegrama —, su cara se hizo casi irreconocible, teñida de un rojo púrpura».

En su testamento echaba toda la culpa al judaismo internacional y a sus colaboradores, y nombraba al almirante Doenitz como sucesor, presidente del Reich, ministro de la Guerra y jefe supremo de la Wehrmacht, y ajoseph Goebbels como jefe de Gobierno. No se advertía en el documento ni una sola señal de comprensión, de generosidad, ni una alusión al patetismo de aquellas horas trágicas: «Sobre todo, ordeno a los nuevos jefes de la nación y a sus seguidores que mantengan de forma escrupulosa las leyes raciales y una resistencia sin piedad contra los envenenadores mundiales de todos los pueblos, el judaismo internacional».

Sólo le quedaba preparar, escenografiar su muerte para no correr el peligro de ser expuesto en el «Zoológico de Moscú», como temía. Hitler acababa de recibir la noticia del asesinato de Mussolini y Glara Petacci, y esa noticia no hizo sino convencerle aún más de la urgencia de quitarse de en medio. Desde el lago Gomo, el *Duce* y su amante, a bordo de un coche con la bandera española, se habían unido a una columna alemana de transporte que se dirigía hacia la frontera suiza. Mussolini iba disfrazado de soldado de la Wehrmacht tocado de un casco alemán y una guerrera gris sobre los hombros. A las 6:50 del 27 de abril, la columna se detuvo en un control de carretera, en un lugar

llamado Musso. En la siguiente barrera fue reconocido por los partisanos.

Pasaron la noche en una granja y al día siguiente llegó un jefe de guerrilleros que se presentó a sí mismo como coronel Valerio. Su auténtico nombre era Walter Audisio, oficial del Comité Nacional de Liberación y miembro del Partido Comunista. Los llevó a una casa no lejos de allí y los puso ante un muro de piedra. Leyó el veredicto: «Por orden del alto mando del Cuerpo de Voluntarios de la Libertad, he sido encargado de hacer justicia al pueblo italiano». Amartilló su metralleta, apretó el gatillo, y sonó *click*. Tomó una pistola que también se encasquilló, arrebató entonces la metralleta a uno de los partisanos, adornada la boca con una cinta roja, y disparó una larga ráfaga. Los cadáveres de Mussolini y Clara Petacci fueron llevados por la noche a Milán en un camión de mudanzas para ser entregados a las masas. Los colgaron de ganchos de carnicero, boca abajo, en una estación de gasolina de la Plaza Loreto. Antes habían desfigurado sus cuerpos a pedradas. El descubrimiento en los archivos de Washington en 1994 de un documental que recogía el linchamiento puso los pelos de punta a la opinión pública italiana.

Los dos testamentos de Hitler, con un codicilo, los pasó su secretaria a la firma de los testigos. Después reunió a su chófer Erich Kempka, a su aviador piloto Hans Baur, y a su criado Linge para hacerles saber que en ningún caso deseaba que sus restos mortales cayesen en manos de sus enemigos. Lo que el *Führer* temía era que el veneno que tenía preparado no fuese letal, de modo que decidió probarlo con su perro preferido, «Blondi». El responsable de los perros de Hitler, el brigada Tornow, fue el encargado de atraer a la perra alsaciana. Le abrió la boca mientras el profesor Haase le introducía la cápsula de cianuro. Hitler pudo ver el cadáver de «Blondi» en el lavabo. No pareció impresionarle.

El 30 de abril, poco antes de las 15.30 horas, Hitler se despidió de sus colaboradores. Eva y Adolf estrecharon las manos de todos ellos y se retiraron a sus habitaciones. Fue entonces cuando comenzó el baile en la cocina del búnquer. De esa fiesta hablaron todos los que salieron con vida del sótano de la Cancillería. Justo cuando sabían que Hitler se retiraba para suicidarse, comenzaron los cantos, los bailes, la música: no fue una afrenta a Hitler, sino más bien una válvula de escape a la tensión nerviosa de los últimos días. Mientras tanto, copias del testamento político habían partido en varias direcciones. Uno de los enlaces fue el coronel von Below, encargado de hacérselo llegar al mariscal Keitel. Fracasó en su misión. Según algunas fuentes, lo rompió días después mientras circulaba por territorio enemigo. Se lo

aprendió de memoria. «Los esfuerzos y sacrificios del pueblo alemán en esta guerra han sido tan grandes que no puedo creer que hayan sido en vano». Los cachorros de «Blondi» mamaban del animal muerto cuando fue llevado al jardín. El aviador Baur mató una a una las crías a tiro de pistola.

El último almuerzo consistió en espaguetis con salsa ligera. Quedaba el último acto del drama. La despedida se hizo en silencio. Eva vestía un traje azul oscuro, medias de nylon y zapatos italianos de color marrón. En la muñeca llevaba un reloj de platino incrustado de diamantes. Abrazó a las mujeres. Los hombres, vestidos de uniforme, le besaron la mano. Hitler no dijo nada. Poco después entraba en la habitación presidida por un retrato de Federico el Grande. Otto Guensche, su guardián de las
SS
, se situó en la puerta del cuarto que no era mucho mayor que el que tuvo en su juventud, en la pensión estudiantil de Viena. Magda, la mujer de Goebbels, entró gritando en el pasillo. Hitler no debía suicidarse. Llegó a abrir la puerta de la habitación: Hitler estaba sentado en la mesa y Eva en el baño porque escuchó cómo corría el agua del grifo: «No quiero verla», dijo Hitler antes de que el gigantón Otto Guensche cerrara la puerta. Se escuchó un solo disparo. Cuando el guardia de las SS Rattenhuber entró en el cuarto, vio que Hitler se hallaba sentado, caído sobre sí mismo con la cara ensangrentada y la pistola, una 7,65 Walther, a sus pies. Eva tenía una pistola más pequeña calibre 635 sin disparar, sobre la falda. Se había tomado una cápsula de cianuro. Un suicidio según las reglas burguesas, uno al lado del otro. Al criado Linge tan sólo le llegó el olor a pólvora. Nunca llegó a escuchar un disparo. Hitler mostraba un pequeño agujero en su mejilla derecha del tamaño de un marco de plata.

Goebbels entró en la habitación acompañado de Arthur Axmann, el jefe de las Juventudes Hitlerianas. También llegó Bormann, que echó una mirada a los cuerpos de Hitler y Eva Braun. El criado Linge envolvió el cuerpo de Hitler en una manta, lo llevó hasta el jardín y arrojó gasolina —habían conseguido ciento ochenta litros— sobre el cadáver. Bormann cargó con el cuerpo de Eva Braun. Los extendieron al lado de un embudo abierto en la tierra por las bombas y les prendieron fuego. Todos los presentes en posición de firmes saludaron con el brazo en alto. ¿Cómo se suicidó de verdad Adolf Hitler? Según los historiadores occidentales, entre ellos Alian Bullock y William
L.
Shirer, se disparó un tiro en la boca; según uno de los testigos oculares, Otto Guensche, se disparó en la mejilla derecha, mientras

que otro testigo, el camarero personal Heinz Linge, aseguró que se había disparado en la mejilla izquierda. Los historiadores soviéticos defienden la versión del suicidio con cianuro de potasio. Así lo afirma el historiador y periodista ruso Lev Besymenski después de interrogar a los forenses del Ejército Rojo, entre ellos al profesor Krajevski, que practicaron la autopsia al cadáver de Hitler. Dictamen: se suicidó con veneno porque no se encontraron en su cuerpo señales de heridas mortales. Cincuenta años después Lev Besymenski descubrió su condición de agente del
KGB
y dio la versión real de los hechos: a los rusos le pareció menos heroico el suicidio por envenenamiento, pero lo cierto es que Hitler murió disparándose en la mejilla y que sus restos permanecieron depositados en un almacén de Magdeburgo.

Los rusos no las tenían todas consigo y temían que alguien usurpara el poder en nombre de Hitler. Al día siguiente de la caída de Berlín, nació la leyenda de Hitler aún vivo. El comandante en jefe de las fuerzas soviéticas, mariscal Zukov, dijo a un corresponsal de la agencia *United Press:* «No hemos encontrado ningún cadáver que pueda ser identificado definitivamente como el de Hitler. Todo lo que sabemos es que podría encontrarse tanto en España como en Argentina». De pronto, todos empezaron a ver a Hitler, con un parche en un ojo en Tokio, con una peluca pelirroja en Buenos Aires, con el bigote afeitado en Caracas, vestido de monje en una abadía española. Durante la conferencia de Potsdam, a finales de julio de 1945, Stalin afirmó que el cadáver no había sido hallado y que Hitler se mantenía escondido en España o en América del Sur. Los rusos lo sabían. ¿Por qué entonces ocultar el hecho de su muerte? Por el temor a la resurrección de Hitler.

El 4 de mayo de 1945, el soldado Ivan Chiurakov se encontraba entre las ruinas humeantes del jardín de la Cancillería del Reich en Berlín. Recibió el encargo junto con otros conmilitones de hallar los cuerpos de los jerarcas nazis. Era cerca del mediodía. Se acercó a un cráter lleno de tierra removida y papeles quemados, situado a tres metros del refugio antiaéreo privado de Hitler: «Camarada coronel —el soldado Chiurakov se dirigió a su jefe—, aquí se ven unas piernas». Eran los cadáveres carbonizados, irreconocibles, de un hombre y una mujer que llevaron hasta la mesa para su autopsia. Los reportajes titulados «Yo vi salir a Hitler vivo del búnquer de Berlín» o «Hitler desenmascarado en un rancho suramericano» pasaron a la historia cuando 30 años más tarde dos dentistas noruegos presentaron pruebas de la muerte, por las prótesis dentarias de Hitler, en un congreso de

medicina legal celebrado en Edimburgo, Escocia. La mañana del 9 de mayo de 1945, los investigadores soviéticos recogieron los restos de la dentadura del hombre carbonizado hallado por el soldado Chiurakov. La intérprete del cuartel general del Ejército Rojo, Elena Reyhevskaia, colocó la dentadura del muerto en un pequeño joyero y se lo llevó al doctor Hugo Blashke, protegido del mariscal Goering y general de la Waffen
SS
; era el dentista personal del *Führer*. El avión en el que trató de escapar Blashke fue derribado antes de llegar a Austria. Se llevó consigo la radiografía de las piezas dentales de Hitler, pero había otras en el sótano de la Cancillería y fue allí donde aparecieron.

Los dos dentistas noruegos encontraron en los archivos de Washington copias de radiografías de la dentadura de Hitler tomadas por el doctor Morell en 1944. Incluía una declaración de Blashke. El *Führer* tenía muy mala dentadura y sentía pavor hacia el odontólogo. Como era vegetariano, se creyó a salvo de los problemas dentales. El doctor Sognnaes enseñó a los congresistas de Edimburgo la mandíbula completa de Hitler. Tuvo tiempo de restaurarla en escayola a tamaño natural. Sólo quedaba una pregunta en el aire: ¿Qué hicieron los soviéticos con el cadáver de Hitler? El profesor Trevor-Roper, historiador de los últimos días del *Führer*, recuerda que, como Alarico, enterrado bajo el lecho de Busento, el moderno destructor de la humanidad tuvo la satisfacción de que sus restos no fueran encontrados. ¿Cianuro? ¿Una bala?

Al morir el mayordomo de Hitler, Heinz Linge, dejó un manuscrito que vio la luz hace pocos años. El criado del *Führer*, a cuyo servicio entró en 1935, contaba, para que sólo se publicara a su muerte, el relato de las jornadas dramáticas del búnquer de la Cancillería: «“Linge —me dijo Hitler cuando ya las bombas soviéticas sacudían la estructura del sótano—, tiene usted mi permiso para ir a reunirse con su familia”. “Mi *Führer* —le interrumpí por primera vez en mi vida—, he estado a su lado en los tiempos felices, me quedo a vuestro lado en la desgracia”. “No esperaba menos de usted”, respondió».

El general Steiner se dirigía con sus últimas tropas hacia las líneas norteamericanas. No hubo forma de convencer a Hitler de que se retirara hacia las defensas de los Alpes. Morirían allí en Berlín. El mayordomo besó la mano de Eva Braun: «Señora Hitler», la llamó para satisfacción de la recién casada. Eva le agradeció todo lo que había hecho por el *Führer*. El criado inclinó la cabeza: «Le voy a pedir un último favor —le dijo la señora Hitler—. Si algún día la encuentra, no le diga a mi hermana Gretl cómo ha muerto su marido, el general

Hermann Fegelein».

Al general Fegelein, vestido ya de paisano y dispuesto a pasar al otro lado, los de las
SS
enviados por Hitler lo encontraron en su piso de la principal avenida berlinesa, la Kurfurstedam, acompañado no de la hermana de Eva Braun, sino de una joven y hermosa desconocida. El día antes reunió cien mil marcos, kilogramos de joyas y piedras preciosas, y telefoneó a Eva Braun para que abandonaran juntos Berlín. Eva rehusó la invitación: había llegado de Berschtesgaden para morir junto a su Adolf. El tribunal de honor de la Cancillería condenó a muerte al general Fegelein. Hacia la medianoche, el cuñado de Eva Braun fue conducido ante el pelotón de ejecución: Eva no quiso complicar las cosas con una petición de clemencia. El general, vestido con una chaqueta de cuero, guantes y gorro deportivo como un dandy de la Kurfurstendam, escuchó sin inmutarse el acta de acusación. El desertor murió como un soldado.

Linge no volvió a encontrarse nunca con Gretl, la hermana de Eva Braun. Después del suicidio de Hitler, el médico de las SS Stumpfegger inyectó el veneno a los 6 hijos del matrimonio Goebbels: Helda, Holde, Hilde, Heide, Hedda y Helmut. Los 6 cadáveres quedaron sobre sus camas envenenados con el cianuro de potasio. 2 horas después morían en su habitación Joseph y Magda Goebbels. El mayordomo Linge fue hecho prisionero por los soviéticos. Al descubrir su identidad, fue sometido a un interrogatorio sin fin. Todavía en Berlín, antes de que lo llevaran a Moscú, Heinz Linge pudo deslizar en el bolso de una berlinesa que no conocía un reloj de oro que llevaba la firma y la dedicatoria de Hitler. «No se preocupe —le dijo—, le devolveré su reloj cuando todo esto termine». Nunca lo hizo. Linge no volvió a ver a la berlinesa ni el reloj de oro. Durante los años que siguieron, el mayordomo de Hitler sufrió los latigazos y las presiones de los agentes soviéticos. «Confiesa que Hitler vive», le gritaban antes de golpearle. «Di la verdad». Un año después de terminada la guerra, fue trasladado hasta la Cancillería del Reich.

«Yo sabía lo que los rusos querían de mí. Me llevaron a la Cancillería del Reich donde me esperaba un grupo de comisarios presididos por el mariscal Sokolovski. Les mostré el sofá en el que murió Hitler, los restos de sangre coagulada en la alfombra. Comprobé que la habitación había sido saqueada por los cazadores de tesoros ocultos».

Diez años después de la muerte de Hitler, un tren devolvió a Heinz Linge a Alemania. El precio que había pagado, desde 1945 hasta 1955,

fue juzgado suficiente por las autoridades soviéticas.

Un día, en Berlín Oriental, visité el lugar sobre el que se alzó la Cancillería del Reich. Sobre sus escombros levantaron una plaza, la Potsdamerplatz. Vi unos cuantos bancos de madera, un círculo de arena, unos toboganes en los que jugaban los niños bajo la atenta mirada de sus madres. No sé por qué me acordé de los 6 hijos pequeños de Goebbels.

El almirante Doenitz era el heredero natural de Hitler. Lejos de intrigas y ambiciones, el almirante permaneció siempre fiel a la disciplina del partido nazi y al propio Hitler. Al suceder a su caudillo todavía conservaba la parte occidental de Holanda, toda Noruega y Dinamarca, una parte sustancial del norte de Alemania y trozos de Austria, Checoslovaquia y Yugoslavia, pero sabía de sobra que la guerra estaba perdida. Doenitz formó un nuevo gobierno después de difundir una orden del día en la que, entre otras cosas, se decía: «*Camaradas de las Fuerzas Armadas Alemanas: el* Führer *ha caído. Fiel a su gran ideal de salvar a las naciones europeas del comunismo, ha ofrendado su vida en una muerte propia de un héroe. En él se encarnaba uno de los héroes más grandes de la historia alemana. Con orgulloso respeto y pesar, inclinamos nuestros estandartes. Estoy resuelto a continuar la lucha contra el comunismo y contra los británicos y los norteamericanos. ¡Soldados alemanes!, cumplid con vuestro deber*». No había deber que cumplir. Ningún soldado quiere ser el último muerto de la guerra. A las 2.41 horas del 7 de mayo de 1945, los alemanes firmaban la rendición en el colegio técnico de una ciudad francesa, Reims, que sirvió de cuartel general al general Eisenhower. «Ike» no quiso estar presente en la capitulación. Esperó en su despacho. El general Alfred Gustav Jold, jefe del Estado Mayor y candidato al patíbulo, dijo después de firmar el acta de rendición: «Espero que el vencedor sabrá tratarnos con generosidad». Los aliados —Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la
URSS
— no estaban para protocolos y cortesías: acababan de visitar los campos de exterminio nazis. Hasta enero de 1953, el almirante Doenitz, encerrado en prisión, pretendió que era el jefe legítimo de Alemania. El segundo acto de la capitulación se vivió en Berlín.

Para entonces, se había difundido la orden del almirante Doenitz: «*Todas las tropas alemanas que aún combaten deben someterse a la rendición incondicional*». Minutos antes de la medianoche del 8 de mayo, se ratificó el instrumento de la rendición incondicional en el cuartel general de los soviéticos. 5 años, 8 meses y 7 días después del estallido de la guerra, el 9 de mayo de 1945, fue el día de la victoria

en Europa. «La guerra ha terminado», gritaron en medio mundo. Faltaba Japón.

Capítulo dieciocho

El Holocausto

Cuando el 5 de mayo de 1945 las tropas de Estados Unidos liberaron el campo de exterminio de Mauthausen, situado en Austria —no lejos de donde nació Hitler—, un oficial de las fuerzas del general Bradley le preguntó al deportado español Antonio García Barón: «*¿Qué ha pasado aquí*?» «5 años de atrocidades —respondió el republicano aragonés—, 5 años de sufrimiento y de miseria. Tan sólo quedamos unos pocos. A los judíos los metían en las cámaras de gas en fila india. Les entregaban jabón y toallas para hacerles creer que los llevaban a las duchas. En efecto, había hileras de duchas en baños de piso de mosaico, muros de baldosa y ventanas de grueso cristal. Pero no era agua lo que caía de las perillas de las duchas, sino gas mortífero, el Zyklon B, un desinfectante de ácido prúsico que los asfixiaba a todos. Miles y miles murieron con las manos en la garganta. Después los incineraban en el crematorio y durante años hemos respirado el humo y las cenizas de los muertos. El hedor se agarraba a la garganta, un humo acre que picaba, que escocía. Cuando las cámaras de gas se llenaban, cuando no daban abasto con tantos judíos y deportados como llegaban, los metían en el "autobús de la muerte" con los tubos de escape dirigidos hacia el interior, bajo los asientos. El autobús se ponía en marcha hacia el castillo de Hartheim. Pocos kilómetros después, todos los viajeros habían muerto de asfixia».

«¿Cómo han logrado salvarse?», preguntó el oficial, sorprendido por un relato que ponía los pelos de punta. «Hemos trabajado diez, doce horas diarias en las canteras del campo de Mauthausen con mazos, picos y palas. Un toque de campana nos despertaba poco antes del amanecer; pasábamos por las letrinas y las duchas, nos vestíamos los uniformes rayados y nos calábamos las gorras bajo el látigo de los *kapos*, los cabos de vara, y los bandidos, los presos comunes de nacionalidad alemana. Formábamos en la explanada, en la Appelplatz, a la hora de pasar lista. Nos daban un cazo de aguachirle y nos conducían a golpes a la cantera. ¿Cómo explicarles lo que han sido estos 5 años de penalidades? Combatimos en Francia en la Línea Maginot contra los alemanes. Llegamos en vagones de ganado y nos metieron a puntapiés y culatazos en el campo situado sobre la colina más alta de Mauthausen. Nos dieron un número y un triángulo azul. Han sido cinco años de ensañamiento, de vergajazos y sopa de colinabo, de trabajos forzados. Hemos picado toneladas de piedra en

la cantera. Nuestro ejército de canteros ha extraído millones de toneladas de piedra para fabricar carreteras, aeropuertos, ministerios y fortines. Ha sido un negocio para los
SS
, los dueños del campo. Hemos visto linchamientos y cuerpos electrocutados sobre las alambradas de alta tensión. Hemos olido a carne quemada. Durante años hemos presenciado ahorcamientos, gente colgada con las manos a la espalda y el despedazamiento de los deportados por las jaurías de perros lobos adiestrados por las SS. Al primer síntoma de enfermedad los enviaban al matadero. Han colgado a miles de los nuestros, a los desertores, a los que ayudaban a un enfermo y a los ladrones de comida, en la plaza mayor y al son de una orquesta. Hemos comido mondas de patata y quién sabe si muslos de preso. Hemos visto un día tras otro la llegada de los camiones de transporte que descargaban judíos y rusos, hemos llevado sobre nuestras espaldas los cuerpos de nuestros compañeros muertos sobre la nieve. Hemos obedecido a toque de silbato. Hemos recibido sobre nuestras espaldas los veinticinco latigazos latigazos de rigor. Cien vergajazos descargaban sobre los más díscolos, hasta que la espalda se rompía en tiras, en verdugones, en llagas».

«Han fabricado pitilleras con la piel de los muertos y coleccionado calaveras, orejas y dedos conservados en formol. Han experimentado en nuestros cuerpos, han inyectado en los presos el virus del tifus y otras enfermedades, han extraído sangre con destino a los heridos alemanes y han amputado las extremidades para utilizarlas en las pruebas de injerto. Tan sólo aquí han matado a 6, 7, 10 mil de los nuestros, los republicanos españoles. Nunca sabremos la cifra exacta. Nuestra idea fija era vivir, vivir un minuto más, una hora más, un día más, un mes más, vivir por encima de todo, a toda costa. Hay una tendencia a creer que todo eso no existió o a aceptar las tesis de los nazis: “Sí, los gaseamos; pero sólo a los enfermos de tifus, a los enfermos mentales, la escoria de la sociedad. Las matanzas fueron obra exclusiva de los *kapos*, de los cabos de vara. En definitiva no murió tanta gente como se ha dicho. Lo exagera la propaganda judía para financiar al Estado de Israel”. O que todo eso se hizo en beneficio de la humanidad, de la profilaxis, de los experimentos médicos. Así lo creyó parte de la población civil. Era una rutina de médicos y científicos. Esa clase de muerte que administraban no era muerte: nadie se siente culpable. Le cambiaban hasta el nombre. El genocidio, el Holocausto, se llamaba reeducación o “tratamiento especial”, una cosa clínica, de laboratorio, una “selección”, algo positivo para la sociedad. El gas era como una forma limpia de eliminación, una

eutanasia, una forma humana de matar, una higiene racial, un progreso en la investigación, un trabajo bien hecho, matar como si no mataran».

«Las víctimas —los judíos, los rojos, los disidentes, los Testigos de Jehová, los gitanos— éramos los parásitos, el virus asesino», añadía García Barón. «Leí años más tarde en *Mi lucha* de Hitler que, para curar a esta era de enfermedad y de podredumbre, había primero que fijar "con coraje las causas y operar la gangrena": el nacionalsocialismo biológico. Los médicos nazis creían que nuestro campo de Mauthausen, o de Dachau o Auschwitz eran monumentos a la ciencia del exterminio y a la técnica de la purificación. "Mi dios es Alemania", decían los
SS
».

«Los judíos —añadía Antonio García Barón en su testimonio para mi libro *El precio del paraíso*— iban al matadero en silencio, engañados pero pasivos. Hágase la voluntad de Jehová. Es un fenómeno que todavía me da que pensar. ¿Sabían, no sabían, no querían saber? Si lo piensas bien, los nazis lograron anestesiarnos a todos. Hasta nosotros llegamos a creer que todo aquello formaba parte de un plan: si nos daban muerte, es que la merecíamos. Hasta ese punto la brutalidad y el control psíquico de nuestras mentes nos dejaron paralizados. Cuando se cierran los ojos, una nación corre el peligro de encontrarse otra vez con la náusea. Sigo por la radio de Colonia en las emisiones en español las fechorías de los neonazis en Alemania y Austria. Simón Wiesenthal cuenta en sus *Memorias* que, a pesar de que los austríacos representaban sólo el 8% de la población del Tercer Reich, una tercera parte de los que trabajaban para la maquinaria de exterminio de las
SS
eran austríacos. Casi la mitad de los seis millones de judíos víctimas de Hitler fueron asesinados por austríacos».

«Ustedes, mi teniente —le decía el deportado español al oficial norteamericano que lo liberó el 5 de mayo de 1945 del campo de la muerte y el horror—, vienen a esta Europa destructiva desde otro planeta, un mundo inocente, creen en el amor de sus padres, hermanos y novias, reciben el cariño de sus hijos, juegan al béisbol, mascan chicle, bailan el fox trot, ponen regalos en los árboles de Navidad y comen pavo. ¿Serán capaces de comprender todo esto, tanto horror? Han llegado hasta aquí a través de ríos románticos con nombre de vals vienés, de bosques de alerces, de abedules y coniferas y de idílicos prados que inspiraron a Mozart. Descubran la axila izquierda de algún alemán; comprobarán si lleva tatuado el grupo

sanguíneo de los superhombres de las SS. Nosotros hemos sido los infrahombres. El Danubio Azul baja lleno de huesos humanos, ensuciado por las cenizas de los gaseados. Los
SS
les dirán que cumplían órdenes. Ordenes son órdenes. ¿Saben lo que significa rezar en tibetano? Los palillos entre las uñas de los dedos. Sentaban a los rabinos en las estufas ardientes, ensartaban a los niños en las bayonetas. “Paracaidistas”, llamaban con sorna a los que empujaban desde la cima de la cantera. Apuntaban una cruz en el pecho de los que tenían dentadura de oro. Hemos comido carbón, correas, suelas de zapato, mantas hilo a hilo, los excrementos de los perros, mejor alimentados que nosotros. Un tártaro se comió el hígado y el corazón de un checoslovaco. Pude escuchar sus aullidos antes de ser colgado. Los
SS
remataban una fiesta, un festín, una borrachera con una marcha sobre los barracones, a tiros o a mordiscos, para competir con sus dogos. También los
SS
competían entre sí: “Hoy he matado más gente que tú”. Un perro llamado Hasso, propiedad de un teniente de las
SS
, era experto en comerse el pene de los condenados. Su dueño les dirá ahora que era una perversión de Hasso; y él mismo, una minúscula e inocente pieza de un engranaje».

En la primavera de 1945, el aragonés García Barón les recomendaba a los soldados norteamericanos: «*Respiren bien entre los pinos, porque descubrirán Mauthausen por el olor y la putrefacción, por la niebla de la muerte*».

«¡Los americanos, llegan los americanos!», gritaban en el campo. Sobre el terreno comprobaron que todo lo que les contó Antonio García Barón era cierto; allí estaban las fosas comunes, los lazaretos, la sima de la cantera, el muro de las lamentaciones, el crematorio, la escalera de 186 peldaños construida toda ella sobre la sangre de los españoles, los perros asesinos —que, ya sin dueño, vagaban desamparados—, los campos de cuarentena, la última fila de cadáveres en descomposición. En el espacio de 3 semanas, desde abril de 1945, murieron por lo menos 3000 judíos de inanición, de frío, de enfermedad, de tifus o disentería, por las palizas, los malos tratos y las secuelas de las marchas. Cuando las tropas norteamericanas liberaron el campo apenas quedaban cinco mil supervivientes. Los muertos y los agonizantes yacían en los caminos, abandonados, junto con mantas,

vestidos, harapos, sandalias y objetos personales. Los últimos cartuchos, los
SS
los usaron no para hacer frente al avance aliado, sino para fusilar contra las tapias de los cementerios a los judíos y a los sospechosos de rebelión. La peste y el olor a cadaverina reinaban por todas partes. Los supervivientes, con miembros congelados, ennegrecidos por las bajas temperaturas del pasado invierno, hambrientos, puros pellejos, comían hierba, cocinaban sopa de ortigas y devoraban cortezas de árboles, como las cabras. Muertos de agotamiento y debilidad, caían en las cunetas para no volver a levantarse. Desde las ventanas de tejas rojas, los austríacos veían pasar aquellos ejércitos de andrajosos con ojeras, con las cuencas hundidas, la piel pegada a los huesos, círculos negros en torno a los ojos, desgreñados, entecos y esqueléticos. De los 3.174 españoles que salieron vivos de los campos nazis, cerca de la mitad murieron durante el primer año de libertad.

Los soldados estuvieron a punto de vomitar cuando vieron los vientres verdes —la «mancha verde», que aparece en el abdomen de todo cadáver a los dos o tres días del óbito— sobre los que zumbaban los moscardones, al sentir el olor dulzón de los cuerpos. Con sus pocas fuerzas, los presos liberados, con su aire de zombis y la marca de la enfermedad y las privaciones, se abrazaban llorosos a sus salvadores. Las mismas escenas se contemplaron en el campo polaco de Auschwitz al entrar las tropas soviéticas del mariscal Koniev.

«He visto muchos muertos —afirmó el general Petrenko— ahorcados, cuerpos carbonizados, pero no estaba preparado para Auschwitz». Eran fantasmas pálidos, surgidos de las tumbas, despedían olores nauseabundos. Lloraban, gimoteaban como niños y besaban las manos de sus libertadores. Otros parecían más preocupados por ajustar las cuentas al *kapo* o al bandido, al delincuente común alemán, o a perseguir a los encargados de los barracones. Soñaron durante años en la hora de la venganza. Se veían cuerpos de cabos de vara destrozados por los apaleamientos o con el cráneo hundido a pedradas. Los deportados se tomaban la justicia por su mano. Asaltaban las cocinas y los almacenes, se comían la carne cruda, se bañaban en harina o se disputaban las migajas. Cada uno satisfacía sus sueños: unos de hambre, otros de venganza. Las raciones corrían de mano en mano. A falta de abrelatas, urgidos por el hambre, las reventaban contra el suelo. El atracón de la libertad les costó la vida a muchos supervivientes de Mauthausen. Su sistema digestivo no resistió el hartazgo de comida, de una comida que mataba a los más débiles.

El 50% de los austriacos consideraba a los judíos como «responsables de su persecución». Una encuesta en Estados Unidos indicaba que 1 de cada 3 norteamericanos dudaba del Holocausto. De los 100.000 verdugos de los campos de concentración y exterminio alemanes, responsables del asesinato de 10 a 12 millones de seres humanos, sólo 600 fueron condenados a la horca o ejecutados en el paredón.

Después de la guerra, los historiadores revisionistas se encargaron de negar los millones de muertos o de rebajar la dimensión de la tragedia. Casi uno de cada cuatro alemanes se declaraba más o menos antisemita. Según un sondeo del Instituto Emnid, en marzo 1994, uno de cada cuatro alemanes «no desea tener a un judío por vecino». En septiembre, un estudio del Instituto Allensbach indicaba que el 15% de los alemanes conservaba «resentimiento hacia los judíos» y un 8% un «antisemitismo vehemente». Durante los nueve primeros meses de 1994, la policía tomó nota de cerca de mil delitos de carácter antisemita en el conjunto del territorio alemán. El más grave fue el incendio de una sinagoga en Lubeck por cuatro cabezas rapadas. La mayoría del resto de los delitos eran profanaciones de cementerios y monumentos conmemorativos del Holocausto, derribados, rotos o mancillados con pintadas de cruces garuadas. Sin embargo, la opinión pública prefiere no mirar atrás. «El antisemitismo no ha aumentado —aseguraba el presidente del Consejo de los Judíos Alemanes, Ignatz Bubis—, pero cada vez se muestra más abiertamente». El 30% de los alemanes se adhiere, como informaba la agencia
AFP
desde Bonn, a las tesis antijudías. La ola de violencia xenófoba de 1991-1993 liberó a los antisemitas que hasta entonces permanecían callados. Muchos de los jóvenes rechazaban el pasado y buscaban cabezas de turco.

La mentira de Ulises es el título de un libro que el francés Paul Rassinier publicó a comienzos de los años cincuenta. Los presos y no los nazis eran responsables de los crímenes cometidos. No hubo una planificación premeditada del exterminio de los judíos. Más tarde se diría que no existieron las cámaras de gas. El Instituto Norteamericano para la Revisión de la Historia y el historiador Irving, que trató de salvar a Hitler de la responsabilidad del genocidio, llegó a pedir el premio Nobel de la Paz para Rudolf Hess, el lugarteniente de Hitler, encarcelado en Spandau. Las víctimas eran los culpables.

UNA MUJER JUDIA

Sophia Litwinska, un mujer judía, logró sobrevivir al campo de Auschwitz cerca de la ciudad polaca de Oswiecim, creado por Himmler en abril de 1940 y al que siguió Auschwitz II o Birkenau. Allí mataron a un millón y medio de personas, judíos en su gran mayoría. «Tuvimos que abandonar nuestros camastros y formar casi desnudas ante los doctores Enna y Koening —contó Sophia Litwinska—. Eramos más de 3.000 mujeres judías. A las que por enfermas o débiles no pudieron dejar sus camas les tomaron el número; estaba claro que las condenaban a muerte. Aquellas cuyos cuerpos aparecían esqueléticos o que no recibían la aprobación de los caballeros encargados de la selección, les tomaron el número. Sabíamos lo que les esperaba. También anotaron mi número. Pasamos la noche en el bloque número 4 y al día siguiente nos trasladaron al bloque 18. Hacia las 5 y media de la tarde llegaron los camiones a Auschwitz. Nos subieron a ellos, desnudas como animales. Nos llevaban a las cámaras de gas. Me dio la impresión de que el lugar al que nos llevaban era una sala de duchas. Había toallas colgadas, cremas y hasta espejos. No puedo recordar cuántas nos encontrábamos en la sala de duchas. Estaba aterrorizada. Ni siquiera recuerdo si las puertas estaban cerradas. La gente lloraba a mi alrededor, se gritaban y agredían unas a otras. Había allí gente saludable y fuerte, gente debilitada y enferma. De pronto vi cómo salía el humo desde un tragaluz del techo. Rompí a toser, las lágrimas brotaban de mis ojos, sentí como si me asfixiara. Ni siquiera me puse a mirar a las demás porque cada una de nosotras se concentraba en lo que le ocurría a ella y sólo a ella».

Fue en ese momento cuando Sophia Litwinska escuchó su nombre. No se sentía con fuerzas para responder, pero levantó la mano.

«Sentí de pronto que alguien tiraba de mí, me sacaba de la habitación. Hoessler (uno de los comandantes del campo) puso una manta sobre mi cuerpo y me llevó en una moto a un hospital en el que permanecí 6 semanas. Como resultado del gas que había inhalado, sufría frecuentes dolores de cabeza y palpitaciones. Cada vez que salía al exterior para respirar, mis ojos se llenaban de lágrimas. Me llevaron al departamento político y supe que al parecer me habían librado de la cámara de gas porque procedía de una cárcel en Lublin, lo que hacía de mí una persona distinta. Aparte de ese dato, yo era la esposa de un oficial polaco».

EXPERIMENTOS

El doctor Franz Blaha confesó que había dirigido experimentos

clínicos con los prisioneros del campo de Dachau: «Desde mediados de 1941 hasta finales de 1942 se llevaron a cabo más de 500 operaciones con personas que gozaban de buena salud. Había que enseñar a los estudiantes de medicina de las
SS
, e incluían operaciones de estómago, vejiga o garganta. A pesar de que se trataba de intervenciones muy peligrosas, las efectuaron médicos o estudiantes con tan sólo 2 años de práctica quirúrgica. Muchos de los prisioneros murieron en el quirófano. Durante el tiempo que pasé en Dachau, sometimos a los hombres-cobayas a experimentos médicos por órdenes directas de Himmler. Les inoculamos el veneno de la malaria y todos los pacientes murieron como consecuencia de paludismo o de enfermedades derivadas de su estado de debilidad. Entre 1942 y 1943 se llevaron a cabo experimentos sobre los cambios de temperatura o de presión. Se trataba de saber cuáles eran los efectos de la altura o de los descensos rápidos en paracaídas en los seres humanos. Casi todos los prisioneros murieron de hemorragias internas en el cerebro o los pulmones. Los que se salvaron escupían sangre cuando fueron sacados del vagón de los experimentos. Después los mataron a tiros. Se hicieron otras pruebas sobre la reacción ante el agua helada, a temperaturas de 16 y 20 grados bajo cero. El propio Himmler estuvo presente en uno de estos ensayos. Era práctica corriente remover la piel de los prisioneros muertos, pieles que dejábamos que se secaran al sol. Las más solicitadas por las
SS
eran las pieles tatuadas. Les disparaban en la nuca para que se salvara la piel. Me pedían con frecuencia cráneos y esqueletos de los prisioneros».

«A Dachau llegaban cargamentos humanos procedentes de Studthof, Belsen, Auschwitz y Mauthausen, entre otros campos. Esos viajes duraban entre 10 y 14 días, sin agua ni comida. En un cargamento que llegó en noviembre de 1942 encontré la evidencia de casos de canibalismo. Los vivos se habían comido la carne de uno de los muertos».

El doctor rumano y judío Segismund Bendel estuvo a las órdenes del siniestro doctor Mengele en el campo de Birkenau. Mengele, «el ángel de la muerte», fue nombrado por Himmler jefe de los experimentos médicos en Auschwitz: arrancaba los ojos de los niños, introducía cemento en la vagina de las prisioneras e inoculaba virus a los enanos. Escapó a Sudamérica después de la guerra y parece que murió ahogado en 1979 en una playa cercana a Sao Paulo, Brasil.

El doctor Bendel vio las cámaras de gas y los crematorios en acción: «La capacidad de los hornos era casi fantástica. El crematorio nº 4 podía quemar a mil personas durante el día; pero, en caso de necesidad, su sistema de hornos incineraba al mismo número en una hora. A las 11 de la mañana llegó en una motocicleta el jefe del Departamento Político para comunicarnos que el nuevo transporte estaba a punto de llegar. Había que limpiar los hornos crematorios, cargar la leña y extender gasolina para que los cuerpos ardieran antes. El nuevo cargamento llegó a las 12, unas 800 o 1000 personas. Recibieron órdenes de desnudarse y dejar a un lado sus pertenencias. Los hicieron pasar a un gran salón. 5 o 6 minutos después trajeron el gas en una ambulancia de la Cruz Roja. Las puertas de acero se abrieron y el cargamento humano pasó a las cámaras de gas. A golpes de bastón y de porras de goma redujeron a los que, desesperados al saber que les llegaba la muerte, intentaban salir de nuevo. Por fin los guardias lograron cerrar las puertas. Escuché entonces los gritos. Empezaron a pegarse entre ellos, otros golpeaban las paredes y las puertas. Eso duró unos minutos. Después se hizo un completo silencio. A los 5 minutos se abrieron las puertas. Los comandos especiales empezaron a actuar. Los cadáveres cayeron sobre ellos, estaban pegados unos a otros. Tuve la impresión de que habían luchado y resistido a la muerte con todas sus fuerzas. Los cuerpos aparecían contraídos y era imposible separarlos. Cualquiera que haya visto una cámara de gas cubierta con metro y medio de cadáveres no podrá olvidarlo. Los *sonderkommandos* tenían que arrastrar los cuerpos aún calientes y cubiertos de sangre, pero antes de ser trasladados a los hornos crematorios debían pasar por las manos de un barbero y un dentista para que les cortaran el pelo y les arrancaran los dientes de oro. El abogado de Salónica, el ingeniero electricista de Budapest no eran ya seres humanos porque los habían separado a golpes; sus cuerpos aparecían desfigurados. Mientras tanto, los fusilamientos de prisioneros o deportados se sucedían en el exterior: no había sitio para ellos en las atestadas cámaras de gas. Después de hora y media, el trabajo estaba hecho y un nuevo transporte llegaba a las puertas del crematorio número 4».

El Noveno Cuerpo de Ejército norteamericano liberó el campo de Buchenwald y el Segundo Ejército británico el campo de Bergen Belsen. Los soldados comprobaron entonces el estado del «Nuevo Orden» de Hitler: las factorías de la muerte sistemática. De los casi 10 millones de judíos que vivían en la Europa conquistada por los nazis, entre 5 y 6 millones murieron en los campos de exterminio, en los campos de concentración o en los desplazamientos. Tan sólo 3

millones quedaban vivos. Fue el espectáculo del horror el que se ofreció a sus ojos entre abril y mayo de 1945, a medida que liberaban los campos de la muerte. «Entráis por la puerta, pero saldréis por la chimenea», les decía el doctor Mengele a los judíos.

Al principio, los campos de concentración guardaban a los enemigos del Reich, presos políticos, criminales, prostitutas, liberales y, claro está, judíos. Pero a medida que las fronteras del imperio de Hitler se extendían hacia el Este, las poblaciones de las razas inferiores debían desaparecer para que prevaleciera la raza aria de sangre pura. A los esclavos les llegaba su hora. Erich Koch, comisario del Reich para Ucrania, reunió al pueblo de Kiev para gritarle: «Somos la raza superior. Tenéis que saber y recordar que el más bajo obrero alemán es racial y biológicamente mil veces superior que vosotros».

UNA NUBE GRIS

Los nazis emprendieron la tarea de despoblación sistemática de Polonia, del Báltico, de la Rusia central y del sur. Millones de ciudadanos del Este fueron llevados hacia el Oeste en vagones de ganado para trabajar en las fábricas alemanas de armas y municiones, en la construcción de carreteras, trincheras y blocaos. Los maestros alemanes del exterminio, camino de la «solución final», fracasado su intento de enviar a todos los judíos a la isla de Madagascar, descubrieron la eficacia del «tratamiento especial». En palabras de Himmler, ese trato especial consistía en liquidar a los inútiles, a los enfermos, a los rebeldes: «Ahórquenlos, pero no en la proximidad de los campos». Los servicios de seguridad de las
SS
cayeron sobre estas poblaciones esclavizadas con sus patíbulos, sus látigos, sus pistolas, sus agresivos perros y sus cachiporras de goma. Eran los Grupos Especiales de Acción, una banda de sádicos asesinos, escuadrones del exterminio en masa. «El trabajo os hará libres», se leía a la entrada del campo de Auschwitz. Los hornos crematorios del campo situado en Polonia se tragaban 6.000 cuerpos judíos al día. Día y noche, las chimeneas escupían restos de pelo y cenizas. Una nube gris flotaba sobre los campos.

Allí donde faltaban cámaras de gas se utilizaban los viejos métodos: la horca, el fusilamiento en masa. Un ingeniero alemán, Hermann Graebe, vio cómo en Dubno, Ucrania, metieron a cientos de presos vivos en una fosa: «Una anciana de pelo blanco mantenía a un niño en sus brazos. Le susurraba canciones al oído y el niño reía. Los

padres del bebé asistían a la escena con lágrimas en los ojos. Aquello era una tumba. Los vivos enterrados apenas podían asomar sus cabezas, pegados unos cuerpos con otros. Casi todos tenían sangre sobre sus hombros, sangre que manaba de sus cabezas. Algunos de ellos sacaban las manos al aire y movían las cabezas para demostrar que aún seguían con vida. La fosa estaba ya llena en sus 2 terceras partes. Calculé que habría unas mil personas. En un extremo del foso vi a un
SS
que empezaba a disparar su ametralladora mientras se fumaba un cigarrillo». «El sentimiento humanitario —aseguraba Himmler— es un reblandecimiento medular propio de los cristianos».

El 4 de octubre de 1943, Heinrich Himmler se dirigía a los jefes de las
SS
reunidos en Posen: «La mayor parte de ustedes saben lo que significa que 100 cadáveres o 500 o mil aparezcan alineados en tierra, juntos. Eso nos ha hecho duros y decentes». Su lema era: «Bendito sea todo lo que nos endurezca». Terminaría por conocerse la estadística del horror. Uno de cada 30 campos de concentración era un campo de exterminio. Rudolf Höss, comandante de Auschwitz, dijo en Nuremberg: «Nos ordenaron que exterminámos en secreto, pero el hedor nauseabundo de los cuerpos incinerados cubría el área y en los pueblos de alrededor sabían que el exterminio seguía su curso en Auschwitz». La muerte fue también un negocio para los
SS
y muchos empresarios alemanes que suministraban las cámaras de gas, los hornos crematorios marca Topf, los cristales del gas Zyklon B, las plantas de reconversión de la grasa humana en jabón, de los dientes de oro en barras de oro, del pelo de los muertos en productos químicos y fertilizantes. El Reichsbank reunió tantas toneladas de anillos, alhajas, relojes y medallas confiscadas a los judíos que ya no cabían en sus almacenes: los vendió en pública subasta. Quedó claro en el proceso de Nuremberg que la conspiración para aniquilar una raza no era sólo un secreto de los
SS
.

El ministro de Armamento del Tercer Reich, Albert Speer, cuenta en sus *Memorias* que Hitler dio en su presencia muy pocas muestras de antisemitismo. Los historiadores relativistas exculpan a Hitler de los crímenes (si es que los hubo, puntualizan) contra la raza judía. El británico David Irving ha escrito que Hitler no sabía nada, que todo se

hizo a sus espaldas. No es esa la impresión que nos transmiten sus libros y su testamento en el búnquer de Berlín. El historiador
A. J.
P.
Taylor escribió que con su muerte y desaparición, Hitler hizo un servicio final al pueblo alemán, se llevó con él a la tumba la responsabilidad por la guerra mundial y la culpa de los crímenes y las atrocidades que la acompañaron. El resultado fue que el pueblo alemán quedó libre de culpa. Libre de culpa. En abril de 1945, cuando se liberó el campo de Buchenwald en el que, entre otros, estuvo prisionero el escritor español Jorge Semprún, el teniente coronel Martin Lindsay contó que una bella enfermera alemana se acercó al cuartel general. Uno de sus oficiales mostró a la enfermera fotografías del campo de concentración: «Es sólo para judíos», respondió sin inmutarse.

«Las hordas judeobolcheviques se han unido para el asalto final —afirmó Hitler en su orden del día del 16 de abril—. Quieren destruir Alemania y exterminar a nuestro pueblo». Todas las naciones son híbridas, mestizas, aunque Hitler, cuyos papeles de ario puro nunca estuvieron en regla, no lo creyera así. Vivía obsesionado como sus teóricos de la raza pura, Alfred Rosenberg entre ellos, por «la naturaleza perversa del judaismo». Los prejuicios contra las razas mixtas han sido constantes a lo largo de la historia.

En su libro sobre *Los orígenes de la Segunda Guerra Mundial*,
A. J.
P.
Taylor escribe que todo lo que hizo Hitler contra los judíos «fue la consecuencia lógica de las doctrinas raciales en las que la mayoría de los alemanes creían vagamente. Hitler les tomó la palabra. Hizo que los alemanes vivieran de acuerdo con sus creencias o —en contra de su voluntad— morir por ellas».

Las doctrinas raciales se extendían no sólo por Alemania, sino por toda Europa. Paul de Lagarde publicó en 1878 un libro en el que señalaba a los judíos como la imagen misma de la degeneración, la modernidad y la división del espíritu nacional. El «caso Dreyfus», el honrado capitán de artillería acusado de haber vendido vital información militar al agregado alemán en París y condenado con pruebas falsificadas por el verdadero culpable —el comandante Estherazy— a la deportación en la tétrica isla del Diablo en 1894, es un ejemplo de racismo ideológico y de nepotismo militar. Dreyfus fue condenado por segunda vez en 1899 a pesar de las abrumadoras pruebas que presentó a su favor el jefe del Contraespionaje francés,

coronel Picquart, y del famoso artículo «Yo acuso», publicado en *L Aurore* un año antes por el decidido y bien informado Emile Zola, quien denunció al general francés por su nombre. Se demostró que Dreyfus fue considerado culpable «especialmente» por ser judío y haber nacido en Alsacia, región entonces ocupada por Alemania.

Wilhelm Marr fue el inventor de la palabra «antisemitismo» en 1873, y Treitschke confirió cierta respetabilidad a la misma al afirmar, en 1879, que «los judíos son nuestra desgracia nacional». «El, Hitler, puso contra ellos la tecnología y la ideología, el gas Zyklon B y la propaganda de la radio. El racismo *volkish* —escribe Tilomas en *Una historia del mundo*— prendió muy pronto entre los universitarios y profesores de clase media. Las ideas se extendieron a Austria. El *volk* (el pueblo) empezó a ser allí una especie de Iglesia mítica, con sus festivales y solsticios. La primera persona que utilizó en Europa el signo de la esvástica (de origen hindú) fue Lanz von Lebenfels, un austríaco que deseaba fundar una nueva orden religiosa de personas racialmente puras (lo cual fue la inspiración de las
SS
de Himmler). Creía que los hombres se dividían en arios y hombres mono. Pero Lebenfels era un individuo aislado sin apenas seguidores».

«No obstante —añade Tilomas—, la mezcla de soberbia y sentimentalismo, de confianza en sí mismo, de amargura (sobre todo por el hecho de haber sido tratado con espíritu condescendiente por Francia durante muchas generaciones), de ignorancia y de autoritarismo jerárquico fue característica de buena parte del pueblo alemán a finales del siglo XIX y principios del XX. La consecuencia fue un sentimiento exterior de antipatía hacia Alemania». Winston Churchill calificaba a los alemanes de «ovejas carnívoras». Clemenceau creía que los alemanes «no entienden y no pueden entender nada más que la intimidación».

En Alemania había muy pocos judíos si se los compara con los tres millones de Polonia. El antisemitismo destruyó la supremacía intelectual alemana de la década de los años 30 y envió a muchos judíos y arios al exilio, desde el que trabajaron contra Alemania. Si Hitler hubiera utilizado a los judíos tal como hizo el káiser, es posible que hubiera conseguido ganar la guerra.

HIMMLER

Himmler, partidario de la búsqueda de hombres rubios de ojos azules en Francia para convertirlos en dirigentes, no respondía él mismo al

arquetipo del héroe ario. Eso le torturó toda su vida. En una reunión con jefes de las
SS
en 1941, aseguró que se hacía necesaria la eliminación de treinta millones de eslavos para que Alemania pudiera buscar ese espacio vital que era el resultado de las fantasías antisemitas y de los falsos «Protocolos de los sabios de Sion», que anunciaban cómo los judíos se proponían la conquista del mundo. Los rusos eran, si cabe, más antisemitas que muchos alemanes. No es extraño que fueran los agentes del zar los encargados de engañar a Occidente con los «protocolos» y con todo tipo de propaganda antijudía.

Himmler, que fue recibido en Madrid con la capital engalanada de banderas con la cruz gamada y asistió a una corrida de toros, fue el encargado de aplicar la ciencia, la tecnología en la destrucción industrial de una raza. Pocos hombres tan mediocres como Himmler, inseguro, necesitado de afirmación y reconocimiento, llegaron tan alto. «Mitad ogro, mitad maestro de escuela», dijo de él Albert Speer. Era un funcionario fanático, un monstruo disciplinado, el administrador del terror hitleriano. Era el más siniestro de todos, «más siniestro que el propio Hitler», ha apuntado algún historiador. Glacial más que frío, el perfecto idiota organizador de esa expresión wagneriana de «Noche y niebla», un autómata de la crueldad, el predicador del evangelio nazi, de la sangre pura. No tenía nada de la extravagancia de Goering, era un tipo normal, capaz de cometer las mayores barbaridades. ¿Cómo se explica su irresistible ascensión al olimpo nacionalsocialista? Por su normalidad, su aparente sentido común, su sobriedad, su capacidad de obediencia, su sentido de la organización. Llegó a plantar jardines en torno a los campos de concentración.

Era un granjero fracasado que se casó con la hija, ella sí rubia y de ojos azules, de un terrateniente prusiano, aficionada a la homeopatía y al hipnotismo. Himmler era un alfeñique, por eso buscó la protección del falansterio de sus SS. «Gente —decía— honrada, leal y decente con los miembros de la propia sangre y con nadie más». Uno de sus lemas, el de la Schutz-Staffeln, la guardia escogida de las
SS
era: «Debéis ser crueles con los demás y con vosotros mismos para dar la muerte». Pero no pudo resistir una ejecución que él mismo ordenó de 100 mujeres judías en Minsk. Con el primer disparo, casi se desmayó. Himmler se puso a chillar cuando el pelotón de fusilamiento no logró matar a 2 mujeres colocadas en el paredón. Era tierno con las flores y los animales. Se derretía al ver niños rubios y llevó una

campaña histérica contra la caza, a la que siempre consideró como «puro asesinato». «La naturaleza —decía— es hermosa y todos los animales tienen el derecho a vivir». Pero no los hombres.

Su modelo era el de los monjes budistas que, antes de entrar en un bosque, hacían sonar una campanilla para evitar que a su paso pudieran causar daño a los animales. Himmler fue el primero de los traidores. Pocos meses antes del final, predicaba la lealtad absoluta al *Führer*. «Tan sólo una cosa no perdonamos los alemanes —dijo el 19 de marzo de 1945—, la traición». Un mes más tarde, el cobarde Himmler abría negociaciones con el conde Folke Bernadotte. El 21 abril recibió a un representante del Congreso Judío Mundial y le hizo esta increíble oferta: «Es hora de que ustedes, los judíos, y los nacionalsocialistas enterremos el hacha de guerra».

El 7 de octubre de 1939, Hitler nombró a Himmler comisario del Reich para la Consolidación de la Nacionalidad Alemana: la primera orden de limpieza étnica. Si la lengua, según Nebrija, era la compañera del imperio, las
SS
, los *einsatzgruppen*, las escuadras de exterminio, los ángeles exterminadores de las
SS
, eran la compañera de las conquistas territoriales nazis, el heraldo de la crueldad.

La *endlosung*, la «solución final» encargada a Heydrich, el lugarteniente de Himmler que sería asesinado por paracaidistas checos, consistía en la destrucción biológica, planificada, de la raza judía en los territorios del Este. Así lo confirmó Eichmann, huido a Argentina en 1950 y secuestrado por el Mossad (servicio secreto israelí) en Buenos Aires cuando se hacía llamar Ricardo Clement, en el proceso al que fue sometido en Israel en 1961 y que le condenó en 1962 a la muerte en la horca. Eichmann confesó que le temblaron las piernas cuando en 1939 presenció una ejecución. Fue el fontanero, el ingeniero del Holocausto, el encargado del transporte forzoso de los judíos europeos. Un año antes del fin de la guerra, el teniente coronel de las
SS
, nacido en Solingen, dirigió personalmente el exterminio de unos 200.000 judíos húngaros.

El Zyklon B se estrenó en agosto de 1941 con quinientos prisioneros soviéticos como conejillos de indias. Rudolf Hóss fue el encargado de gasear a los prisioneros. «El Zyklon B hace que mi mente se serene», dijo el criminal Hóss, que llamó a su territorio de

Auschwitz «el mayor espacio de aniquilación humana de todos los tiempos». Las grandes firmas, la Fergen, una de cuyas sociedades fabricaba el pesticida Zyklon B utilizado para matar a los judíos; la Topt, que construía los hornos crematorios; la Krupp y la Siemens, entre otras empresas, se hicieron de oro con la mano de obra forastera (8 millones de extranjeros trabajaban en Ucrania en agosto de 1944) y con la industria de la muerte en cantidades inverosímiles.

El primer gaseamiento en masa se hizo en Belzec el 17 de marzo de 1942: sus cámaras de gas podían matar a 15.000 personas al día. A principios de 1945, Hitler, que nunca visitó un campo de concentración y guardó en secreto la «solución final», había matado a cerca de tres millones de judíos polacos, a 750.000 judíos rusos, a otros tantos de Rumania, a 400.000 de Hungría, a 227.000 de Checoslovaquia, a 180.000 de Holanda, a 83.000 de Francia, a 70.000 de Letonia, a 65.000 de Grecia, a otros tantos de Austria, a 20.000 de Yugoslavia, a 40.000 de Bulgaria, a 28.000 de Bélgica y a 9.000 de Italia.

Himmler, el hombre que recomendó a los alemanes que comieran *porridge* para conservarse esbeltos, pidió a sus oficiales que nunca mencionaran en público los gaseamientos en los campos de exterminio. El 29 de mayo de 1944, informó a los *Gauleiters*, los gobernadores que, antes de fin de año, todos los judíos estarían muertos. «Lo saben ya todo, pero es preferible que lo guarden para ustedes. Quizá más tarde les digamos a los alemanes algo sobre todo esto. Pero creo que será mejor que no lo hagamos. Ha sido responsabilidad nuestra la idea y la puesta en práctica (del genocidio) y es mejor que nos llevemos nuestro secreto a la tumba». Los aliados lo sabían desde 1942. El secreto se rasgó tras las crónicas de radio de los corresponsales norteamericanos en el frente europeo y en las páginas gráficas de las revistas como *Life*. Los norteamericanos se quedaron horrorizados. El gran Edward
R.
Murrow, de la emisora
CBS
, contó la entrada en el campo de Buchenwald:

> «Surgió a mi alrededor una muchedumbre maloliente; los hombres y los muchachos tendían las manos hacia mí para tocarme. Iban cubiertos de harapos y uniformes hechos jirones. La muerte se pintaba en la cara de muchos de ellos. Os ruego que creáis lo que os cuento sobre Buchenwald. Los muertos abundaban en la guerra, pero allí vi muertos vivientes —más de 20.000 en un solo campo— y la campiña de alrededor era bella y bucólica, y los alemanes que vivían en la región estaban bien alimentados

y bien vestidos». El 56% de los alemanes mayores de 60 años sostiene «no haber visto ni oído nada sobre los campos nazis».

LA BANALIDAD DEL MAL

Ni Roosevelt ni Churchill hicieron nada por liberar antes a los deportados en los campos de concentración y exterminio. «Los aliados —me decía uno de los españoles encerrados 5 años en el campo de Mauthausen, Antonio García Barón— lo sabían de sobra y tengo la impresión de que no hicieron todo lo posible por liberarnos antes. Un bombardeo de las líneas férreas que llegaban hasta la misma rampa de los hornos crematorios hubiera ahorrado muchas vidas humanas. Yo creo que trataron de evitar el flujo de los refugiados. A ellos les interesaba ganar la guerra, no les interesábamos los judíos, los gitanos o nosotros. Eran un estorbo, más bocas que alimentar. O es que no se lo creyeron hasta enfrentarse en los campos con los miles de cadáveres desnudos, con los hornos, con la pestilencia de la muerte. He escuchado sus excusas por las emisoras: el radio de acción de sus aviones no era suficiente para alcanzar el corazón de Polonia. No me lo creo. Antes de 1945 tan sólo emitieron comunicados de condena. Roosevelt ni siquiera ofreció asilo a los judíos. Mucho *bla, bla, bla*, mucha retórica, pero nada más. Empezaba la guerra fría, había que luchar contra el comunismo, los aliados necesitaban nuevos dirigentes para Alemania. Casi nadie se hallaba libre de culpa. Hicieron la vista gorda. Una vez cerrado el capítulo del proceso de Nuremberg, el 28 de julio de 1948, con la sentencia a los ejecutivos de la
I. G.
Farben, contrataron a las mismas firmas que contribuyeron a la eliminación de los judíos y los disidentes, los infrahombres, como nos llamaban».

Por un lado, en la conferencia de Wansee, en Berlín, el 20 de enero de 1942, se estudiaba la mejor manera de exterminar a los judíos con métodos que no llamaran la atención. Por otro, en la conferencia de las Bermudas, celebrada en abril de 1943, los anglonorteamericanos decidieron rechazar cualquier responsabilidad sobre la suerte de los judíos: no harían nada por ellos y no se criticarán entre sí por esa inhibición. «Un pacto mutuo anti-conciencia», lo define Paul Johnson en *Modern Times*.

Por eso, funcionarios modelo como Adolf Eichmann pudieron actuar, sin cortapisas, en el monstruoso genocidio. «Jamás he sentido odio hacia los judíos —afirmó en el proceso de Jerusalén—. Ni yo ni

mi familia. Me limitaba a cumplir órdenes». La escritora alemana Hannah Arendt, de ascendencia judía, señaló durante el proceso, que duró 8 meses, que Adolf Eichmann «no era el monstruo por el que le tomábamos». No era ni un demente ni un sádico, sino que cumplía de forma escrupulosa, sin la menor conciencia de culpa, todo lo que le encomendaron. Esa obediencia ciega, ese sentido del deber elevado a las últimas consecuencias lo definió Hannah Arendt en su libro *Eichmann en Jerusalén* como «la banalidad del mal». La autora de *Los orígenes del totalitarismo* levantó una considerable polvareda al acusar a los inhibidos judíos europeos de su propia aniquilación.

Eichmann era un burócrata ejemplar, instrumento del terror de una tiranía, celoso y competente a la hora de ejecutar las órdenes recibidas. La demencia homicida se justificaba con una frase: «*Befehl ist befehl*» (órdenes son órdenes). Primo Levi escribió que el Holocausto no podía compararse con ningún otro crimen: «La principal diferencia reside en la finalidad, al antiguo deseo de eliminar o aterrorizar a los adversarios políticos, ellos añadieron un objetivo moderno y monstruoso, el de la eliminación de pueblos y culturas».

A los pocos días de iniciar el Ejército Rojo su gran ofensiva final contra el Tercer Reich, llegó a Auschwitz la orden de evacuación inmediata hacia otros campos. Un día antes de que los soviéticos tomaran Cracovia, donde un seminarista llamado Wojtyla, de 24 años, estaba a punto de ser ordenado sacerdote, a tan sólo sesenta kilómetros de Auschwitz las temidas unidades especiales de las
SS
, encargadas desde 1934 del mantenimiento de los campos de concentración, dieron la orden de salida al primer cortejo de prisioneros. Un total de 58.000 deportados que, a juicio de sus verdugos, podían aún ser explotados como fuerza de trabajo, emprendieron una penosa marcha. Fue el último acto de la tragedia, la sentencia de muerte. Se cree que entre 9 y 15.000 prisioneros cayeron en el camino. En el campo de Auschwitz quedaron tan sólo 7.000 enfermos incapaces de tenerse en pie, no aptos para el transporte. Los guardianes de las
SS
recibieron la orden de liquidarlos para eliminar testigos. El 27 enero les llegó la salvación, la liberación a los últimos de Auschwitz, espectros vivientes dignos de Goya o El Bosco: el pánico de los
SS
ante la inminente llegada de los rusos les salvó la vida.

Los participantes en la «marcha de la muerte» caminaron noche y día en columna. Mal abrigados, mal alimentados, debieron soportar

temperaturas de -28º. Los que desfallecían en el camino recibían un tiro de los escoltas
SS
y eran abandonados en la cuneta. La escritora israelí Halina Birembaum, que contaba 15 años cuando la noche del 18 de enero de 1945 la sacaron de Auschwitz, relata en sus *Memorias* cómo fue aquella marcha de la muerte:

> «Nos hicieron marchar sin descanso toda la noche, todo el día siguiente y todos los días y noches que siguieron. Al que le abandonaban las fuerzas, caía al suelo o se quedaba atrás, lo mataban a tiros. El camino, helado, quedaba sembrado de cadáveres de hombres y mujeres con el cráneo perforado por las balas».

Aquellas imágenes no estremecieron a los corazones malvados como el de Rudolf Hóss, que sería ahorcado en Polonia en 1947 como criminal de guerra. «*Era fácil reconstruir el camino de aquel cortejo de mártires: cada pocos centenares de metros yacía un prisionero agotado, muerto por el frío o con el cráneo reventado por las balas*». Los supervivientes fueron llevados a vagones abiertos utilizados para el transporte de carbón. Cien prisioneros por vagón, 5 por metro cuadrado. Josef Tobaczynski, que fue trasladado al campo de Mauthausen, en suelo austríaco, le contó a Janeck Lepiarz: «*Se producían escenas espeluznantes. Los prisioneros más débiles, los derrengados, morían para desplomarse sobre el piso del vagón, entre los pies de sus compañeros de infortunio. Los gemidos de los moribundos se mezclaban con los alaridos de los que se volvían locos*». Para ellos, el infierno no había terminado.

Capítulo diecinueve

Un proceso en Nuremberg

Hay quien ha dicho que es imposible contar el Holocausto. Elie Wiesel, Samuel Pisar, Primo Levi o Jorge Semprún, entre otros, han demostrado que se puede y que se debe. «La respuesta —ha escrito Elie Wiesel, premio Nobel de la Paz, internado once meses en el campo de Auschwitz—, la única respuesta es la memoria. Diles a los que quieran saberlo que nuestro dolor es auténtico, nuestra perplejidad infinita y nuestro agravio profundo». «Sucedió, luego puede volver a suceder», escribió el italiano Primo Levi, que, perseguido por los fantasmas de un holocausto sufrido en sus carnes y que atormentó su cerebro, se arrojó en 1987 por el hueco de la escalera. El autor de *Sobrevivir a Auschwitz* respondía a lo que escribió el filósofo judío y austríaco Jean Amery, que se quitó la vida 33 años después de salir del campo: «Todo el que ha sido torturado vivirá toda su vida torturado». Faltaba la justicia —¿o la venganza?— de los vencedores: el proceso de Nuremberg que juzgaría a los jerifaltes nazis.

El 18 de octubre de 1945, los cuatro miembros del Ministerio Fiscal presentaron una acusación de 24.000 palabras contra seis organizaciones alemanas, veinticuatro dirigentes nazis y jefes militares. Martin Bormann fue juzgado en rebeldía: murió en los escombros de Berlín. Otros afirmaron que logró huir a Suramérica. El misterio continúa en nuestros días. Dicen que le han visto en Brasil, en Argentina, en Bolivia o en Uruguay. Bormann intentó escapar de la Cancillería. El jefe de las Juventudes Hitlerianas, Artur Axmann, iba con él. En unas declaraciones a David Solar, de la agencia que el autor de este libro dirigía a finales de los años sesenta, Otto Skorzeny afirmó que, según todos los indicios, Bormann murió bajo el fuego soviético en Berlín:

> «Yo me encontraba en Austria, pero Axmann me contó que llegó a ver los cadáveres de Bormann y del doctor Stumpfegger muy cerca de la estación de Lehrter. Los disparos de los rusos le impidieron comprobar cómo habían muerto. No mostraban heridas visibles. La versión de Axmann, que trató de abrirse camino hacia el oeste, me convence porque conocía a los 2. Había asistido a las últimas horas de Hitler en la Cancillería, y, por tanto, no necesitaba acercarse mucho para saber quiénes eran. Sin embargo, nada se ha sabido de Bormann y Stumpfegger desde aquella noche del 1 al 2 de mayo. Hay otro dato que debemos tener

en cuenta: de haber sobrevivido Stumpfegger hubiera dado señales de vida: nada tenía que temer ya que era médico».

DONDE EMPIEZA EL SECRETO

Martin Bormann, en medio de un serial de traiciones, recibió el mejor regalo de Hitler. Lo definió como «el camarada más leal del partido». A Bormann le atraía el poder en las sombras. Era la eminencia marrón de su *Führer*, mudo, secreto y peligroso. Hannah Arendt escribió que en un sistema totalitario «el poder real empieza donde empieza el secreto». Ese era Bormann, el hombre perfecto y callado del aparato hitleriano.

También Heinrich Himmler se libró de las amarguras del proceso de Nuremberg. Su traición a Hitler, «el cabo bohemio», como lo llamó Hindenburg, sembró el desconcierto en las
SS
y provocó un reguero de suicidios. Sus hombres, decepcionados, se despidieron de la vida después de cantar el juramento de las
SS
Wenn alie untreu werden (Cuando todo se convierte en mentira). Himmler se cambió de nombre y pasó a llamarse Hitiznger.

Se cortó el bigote, se colocó un parche en el ojo izquierdo y se disfrazó de sargento de Policía Secreta Militar, una subdivisión de la Gestapo. Eligió el peor de los disfraces. El 21 de mayo fue detenido en un puesto de control británico. Después de todo era un ingenuo. Le perdió su amor al reglamento: presentó una documentación demasiado en regla. Los soldados desmovilizados, los heridos, los niños, las mujeres y los ancianos, que eran presa del pánico y trataban de llegar al Oeste, no mostraban papeles. Himmler sí lo hizo. Eso levantó las sospechas de los oficiales británicos del puesto de Meinstedt. Le pusieron bajo custodia y le interrogaron. A Himmler le perdieron los nervios. El coronel Murphy llegó aquella misma noche para hacerse cargo de uno de los hombres más buscados del Tercer Reich.

—¿Han registrado bien a Himmler? —fue lo primero que preguntó.

—Sí, mi coronel —respondió el centinela—. Llevaba una ampolla de veneno en la chaqueta.

—¿Han examinado bien su boca? —preguntó entonces el coronel al jefe médico. El doctor Wells quedó atónito unos segundos y negó con la cabeza.

Los centinelas fueron a por el prisionero y lo condujeron a

presencia del médico. El doctor Wells le ordenó que abriera la boca. Himmler entornó los ojos y, durante una fracción de segundo, algo crujió entre sus mandíbulas. Himmler cayó fulminado al suelo. El médico trató de extraer la cápsula de cianuro; luego se le practicó un lavado de estómago. Todo resultó inútil. A las 11 y cuarto de la noche falleció el jefe de las SS. «El Reich alemán —había pronosticado— necesitaba a las
SS
por lo menos para unos cuantos siglos».

También Hermann Goering, condenado por el Tribunal, pudo librarse de la horca. Los jueces de Nuremberg —un norteamericano, un soviético, un británico y un francés— dispusieron que los reos serían ejecutados en la noche del 15 al 16 de octubre por el procedimiento inglés de la horca. A las 10 de la noche, el doctor Pflucker acudió a la celda de Goering para administrarle sedantes.

—No cabe duda de que esta noche se prepara algo. ¿Vale la pena que me desnude, doctor? —preguntó el ex mariscal de Reich.

—Esta noche puede ser muy corta —respondió el médico.

A las 11 y cuarto, el centinela que custodiaba a Goering echó una ojeada al interior de la celda. Goering aparecía tumbado boca arriba, mirando al techo y con las manos sobre la manta, en la posición reglamentaria. Todo era normal. «Un poco más tarde —escribió Fedor Nepjenkowitz en *El proceso de Nuremberg*—, el centinela volvió a mirar por la mirilla. Las manos de Goering le llamaron la atención. Se movían nerviosamente; estrujaba la manta apretándola contra su vientre. El rostro del ex mariscal de la Luftwaffe comenzó a contraerse y sus piernas se agitaron como sacudidas por un violento calambre. El centinela, alarmado, llamó al oficial de guardia. El rostro del condenado se tornaba azulado por momentos. El sudor cubría sus desencajadas facciones. El doctor Pflucker sólo pudo certificar su muerte. ¿Cómo había llegado el veneno a sus manos, a pesar de las estrictas medidas de seguridad? ¿Fue el doctor que les administraba los sedantes?»

En su libro, publicado en 1994, *The anatomy of the Nuremberg Trials*, quien fue ayudante del fiscal a lo largo del proceso, Telford Taylor, escribió que el teniente del Primer Ejército de Estados Unidos, Jack
G.
Wheelis (fallecido en 1954), pudo entregar la cápsula de veneno a Goering. El mariscal le regaló a Wheelis un reloj de oro, una pluma estilográfica, una caja de oro para guardar el tabaco, un par de guantes y una fotografía en las que se les veía juntos, con la

dedicatoria: «Al gran cazador de Texas».

El juez Jackson, de Estados Unidos, fue acusado de debilidad ante la vibrante oratoria de Goering. «No cabe duda —sentenció el juez— de que en todas las guerras, y también en ésta, los dos bandos en lucha cometieron crueldades y actos de violencia. Estos actos resultan terribles para quienes se convierten en sus víctimas, y no trato de disculparlos o menguarlos. Pero eran hechos casuales y aislados; sin embargo, los acontecimientos que estamos juzgando en Nuremberg fueron algo muy diferente: fueron hechos organizados de forma consciente y preparados metódicamente».

ENGAÑADOS

Con cinismo, los acusados negaron en redondo la abrumadora lista de hechos, el interminable catálogo de crímenes. El asesino Kaltenbrunner, jefe de la Gestapo desde 1943, ejecutor de las órdenes de Himmler, afirmó con descaro: «En la cuestión de los judíos fui engañado como muchos otros. Nunca di mi aprobación al exterminio biológico de los hebreos. El antisemitismo de Hitler, tal como lo conocemos hoy, era una barbarie». Funk, ministro de Economía y presidente del Reichsbank, alegó: «Hemos sido informados de unos horrendos crímenes en los que aparecían mezcladas autoridades a mis órdenes. De todo eso me he enterado aquí, en esta sala. No tenía conocimiento de los crímenes que me llenan, como a todos los alemanes, de profunda vergüenza».

El 1 de octubre de 1946, el Tribunal dictó tres absoluciones, doce penas de muerte y siete penas de privación de libertad, de las cuales tres eran a cadena perpetua. Terminó así un laborioso y complicado proceso dentro del proceso. Churchill propuso en la conferencia de Yalta que todos los criminales de guerra alemanes fueran ejecutados sin juicio previo «en cuanto fueran detenidos y esclarecida su identidad». Stalin propuso por el contrario un tratamiento judicial más que político. Roosevelt intervino para decir que no debía ser un proceso con excesivas garantías jurídicas: «Habría que mantener al margen a los periodistas y a los fotógrafos hasta que los criminales estuvieran bien muertos».

Las ejecuciones sumarias fueron un hecho común en la Europa de la inmediata posguerra. Hasta 12.000 fascistas italianos fueron asesinados en los primeros meses de paz. La revancha de Francia causó un número similar de víctimas. Rousseau escribió en el siglo XVIII, en el *Contrato social*, que durante la guerra los «individuos son

enemigos sólo accidentalmente, no por el hecho de ser hombres o incluso ciudadanos, sino como soldados». En 1899, la convención de La Haya, y más tarde la de Ginebra, codificaron las reglas de juego de los conflictos. El secretario de la Guerra de Estados Unidos, Henry L.
Stimson, zanjó la ardua cuestión sobre cómo debía tratarse a los criminales de guerra: «Estoy dispuesto a creer —escribió en una carta dirigida en septiembre de 1944 al presidente Roosevelt— que por lo menos, y en lo que concierne a los dirigentes nazis, deberíamos formar parte de un tribunal internacional creado para juzgarlos».

A los aliados les costó llegar a un acuerdo sobre el procedimiento para formar el Tribunal. Telford Taylor, que fue más tarde fiscal jefe en los tres años que siguieron al proceso de Nuremberg, cuenta en su libro ya citado que resultó difícil ponerse de acuerdo sobre la relación de los acusados. El propio Hitler fue inscrito en la lista «porque no se podía demostrar de forma fehaciente que hubiera muerto». Los soviéticos se mostraban descontentos por el pequeño número de jerarcas nazis, casi todos ellos de segundo y tercer nivel, que cayeron en sus manos. Para «acariciar el ego de los soviéticos» se incluyó a un tal Hans Fritzsche, un propagandista de la radio que ni siquiera conoció a Hitler y que fue perdonado por el Tribunal. Cada nación aliada veía el proceso según le iba en él: los franceses ponían el acento en las feroces represalias contra los civiles, pero no mencionaban la deportación y muerte de 83.000 judíos franceses por el régimen de Vichy, la mayor parte de ellos gaseados en Auschwitz. Los soviéticos insistían en el asesinato en masa de millones de prisioneros de guerra, los británicos subrayaron en mayor medida las acusaciones contra los almirantes Doenitz y Raeder por el ametrallamiento deliberado de los tripulantes de los buques de guerra y mercantes que trataban de subirse en los botes salvavidas después de que los submarinos alemanes (que a veces, para despistar a sus adversarios, lanzaban a la superficie piernas, brazos y visceras de animales para darse por hundidos) enviasen a pique su barco.

Hubo un crimen de guerra que no pudo abordarse: el asesinato de quince mil oficiales polacos en las fosas de Katyn en 1940. El fiscal de los soviéticos, coronel Yuri Prokovsky, llegó a leer en Nuremberg extractos de un informe que acusaba a los alemanes, sin reparar en que la matanza se llevó a cabo cuando aún estaba en vigor el pacto germano-soviético y un año antes de que las tropas de la Wehrmacht llegaran a Katyn. Fue una tarea hercúlea para el Tribunal juzgar dos mil días de intenso terror que causaron más de 20 millones de víctimas. Los judíos —el Estado de Israel no existía aún, «de haber

existido, los judíos se habrían salvado del genocidio», afirmó un historiador— no tuvieron en Nuremberg una representación en consonancia con el Holocausto. Israel nació como Estado diecinueve meses después de conocidas las últimas sentencias. Los israelíes tuvieron su oportunidad con Adolf Eichmann.

En Nuremberg salió al aire tanta miseria y crueldad que un funcionario británico informó a Londres de que se guardó parte de la documentación, tal era la carga que contenía: se le ahorraba al Tribunal lo más horrible y escabroso. Uno de los documentos se refería a los cadáveres de mujeres judías enviadas desde Auschwitz a Estrasburgo para practicar en ellos experimentos médicos: «Nos quedan pocos cráneos de mujeres de raza judía, por lo que es imposible llegar a conclusiones precisas después de su examen». El jefe nazi de Polonia, Hans Frank, cuyos diarios revelaron ante el Tribunal su decisión de asesinar a 2 millones de judíos polacos, comentó después de una intervención del fiscal francés: «Qué estimulante es oírle. Esta es la mentalidad europea que me gusta. Me encantaría charlar con este hombre». Julius Streicher, un reconocido psicópata, editor del periódico antisemita *Der Sturmer*, respondió cuando le acusaron con pruebas aplastantes de haber ordenado la destrucción de la sinagoga de Nuremberg: «Lo hicimos por razones arquitectónicas, no por antisemitismo».

Llamó la atención la seguridad en sí mismos, la autoconfianza de algunos de los acusados, cuando le preguntaron a von Papen por su perfil biográfico, respondió con orgullo que había nacido en un territorio que fue propiedad de su familia «desde hacía por lo menos 900 años». Von Neurath, que fue ministro de Asuntos Exteriores, respondió engreído por su árbol genealógico: «Por parte de mi padre, procedo de una vieja familia de funcionarios. Mi abuelo, mi bisabuelo y mi tatarabuelo fueron ministros de Justicia y de Asuntos Exteriores de Wurtemberg. Por parte de mi madre, provengo de una noble familia de Suabia». Para explicar que nunca fue antisemita, von Neurath contestó así: «Me lo hubieran prohibido mis convicciones cristianas». Le traicionó algo más que el subconsciente al afirmar poco después: «Yo creo que era necesario acabar con la influencia judía en la esfera pública y en la vida cultural como se desarrolló después de la Primera Guerra Mundial».

El pliego de cargos resultaba tan abrumador que los acusados se mostraban cada vez más alterados. Se removían en sus banquillos, hacían muecas y gestos, negaban la evidencia que llegaba en tres mil documentos, en testimonios, en filmaciones del horror. Cada día que pasaba se mostraban más inseguros, más desanimados. Goering retiró

la vista de la pantalla cuando proyectaron documentales sobre los campos de exterminio. También él se sentía inocente. «Reconozco —dijo— que los campos de concentración son obra mía. Pero yo lo único que me proponía era reeducar a los prisioneros políticos. No tenía la menor idea de que se cometiesen semejantes atrocidades».

Nuremberg dividió a los juristas de todo el mundo. Unos pusieron en duda su legalidad, los vencedores juzgaban a los vencidos. Otros, por el contrario, afirmaron que el juicio se había celebrado con todas las garantías jurídicas en sus 216 sesiones. El veredicto, para 24 de los acusados (incluido Bormann, juzgado en rebeldía), fue el de «muerte en la horca».

EL PATIBULO

Joachim von Ribbentrop fue el primero en subir al patíbulo, el tablado en el que se ejecutaba la pena de muerte. El último después de 2 horas de ejecuciones fue Arthur Seyss-Inquart, ex gobernador de Holanda y Austria. La mayoría de los condenados mostró su valentía y hasta su altanería en la hora final. Otros invocaron al Todopoderoso en petición de clemencia. Todos, salvo Rosenberg, pronunciaron sus últimas palabras desde la plataforma del cadalso. El único que hizo una referencia a Hitler o a la ideología nazi fue Julius Streicher.

El lugar elegido para los ahorcamientos fue un gimnasio en el que hasta unos días antes los soldados norteamericanos de guardia en la prisión jugaban al baloncesto. Se alzaban tres patíbulos, uno de ellos de reserva. Para ganar tiempo, la policía militar llevaba hasta la horca al siguiente condenado mientras el que le precedía se balanceaba en la soga. Hubo una soga nueva para cada condenado. Von Ribbentrop entró en el gimnasio a la 1.11, hora de Nuremberg. Después del suicidio de Goering, todos los condenados fueron esposados por sus guardianes. Cuando el oficial leyó su nombre, von Ribbentrop subió los escalones del patíbulo sin asomo de vacilación. Delante de los testigos pronunció su última voluntad: «Que Dios proteja a Alemania», dijo y añadió: «¿Puedo decir algo más?». Cuando el intérprete respondió afirmativamente, el ex ministro de Asuntos Exteriores manifestó con voz firme: «Mi último deseo es que Alemania siga unida y que el Este y el Oeste lleguen a un acuerdo. Le deseo paz al mundo». El verdugo le puso la capucha negra, ajustó la cuerda, movió la palanca y el cuerpo de von Ribbentrop cayó al vacío.

El mariscal von Keitel fue conducido hasta la horca situada al lado. El periodista Kingsbury Smith, testigo de los ajusticiamientos, escribió

que Keitel subió al patíbulo mucho más sereno que su antecesor. Cuando le preguntaron por su nombre respondió en voz alta y subió la escalera «como si fuera a pasar revista a los ejércitos alemanes». Sus últimas palabras las pronunció con voz clara: «Pido a Dios que tenga piedad del pueblo alemán. Más de dos millones de soldados alemanes han muerto por su patria antes que yo. Sigo a mis hijos. Todo por Alemania». Keitel demostró mayor coraje ante la horca que ante el Tribunal, donde cargó toda la culpa sobre las espaldas de un suicidado, Hitler. Tras la ejecución de Ribbentrop y Keitel se hizo una pausa para fumar unos cigarrillos. Los forenses subieron al patíbulo: «Han muerto», comunicaron al oficial. Los dos cadáveres fueron sacados en parihuelas. «Por favor, caballeros, apaguen sus cigarrillos», pidió entonces el coronel, según la vivida descripción de Smith. Kaltenbrunner se humedeció los labios para pronunciar su nombre en voz baja: «He querido a mi pueblo alemán y a mi patria con todo mi corazón —dijo—. He cumplido mi deber y con las leyes de mi pueblo. Siento que mi nación estuviera guiada por hombres que no eran soldados y que cometieron crímenes de los que yo no tenía noticia». El sucesor de Heydrich, el hombre que ordenó a Rudolf Hess el gaseamiento de más de millón y medio de judíos polacos, el nazi que le dijo un día a Himmler «la represión es la esencia del poder», tan sólo pronunció estas palabras: «Alemania, buena suerte». Su trampilla se abrió a la 1.39.

Rosenberg, uno de los tipos más grises y repulsivos de la *nomenklatura* nazi, fue acompañado al cadalso por un pastor protestante. Se negó a pronunciar palabra. Hans Frank subió a la horca con la sonrisa en los labios. Se acababa de convertir al catolicismo. El ángel exterminador de Polonia veía la soga como una liberación. Según Smith, respondió con sangre fría a su nombre. Después susurró estas palabras: «Les agradezco el tratamiento que me han dado durante el cautiverio y pido a Dios que me acepte con misericordia». La única frase de Wilhelm Frick, protector de Bohemia-Moravia y ministro del Interior hasta 1943, fue: «¡Viva la Alemania eterna!».

La de Julius Streicher quedó para la historia como la intervención más melodramática. Merece la pena reproducir el testimonio de Kingsbury Smith, director general para Europa del *International News Service*.

> «Aquel feo hombrecillo, parecido a un enano, que vestía un traje raído y una camisa azulada, muy usada y abrochada hasta el cuello, sin corbata, miró a los tres patíbulos de madera que se alzaban amenazadores ante él. Dos de los patíbulos se utilizaban alternativamente para ejecutar a los

condenados y el tercero se guardaba en reserva. Dos guardias, uno a cada lado, lo llevaron a la primera horca, situada a la izquierda de la entrada. Streicher recorrió con paso firme los dos metros que le separaban de los peldaños de madera, pero su rostro mostraba un tic nervioso. Cuando los guardianes le hicieron detener al pie de la escalera para proceder a su identificación oficial, Julius Streicher lanzó un grito penetrante: *"Heil Hitler!"*. Cuando el eco del grito se apagó, otro coronel norteamericano, que permanecía de pie junto a la escalera, dijo con aspereza: "Pregúntele su nombre". Streicher vociferó: "¡Sabéis muy bien cómo me llamo!". El intérprete repitió la pregunta y el condenado gritó: "¡Julius Streicher!". Cuando subió a la plataforma, dijo con voz estentórea: "¡Ahora es Dios quien ha de juzgar!".

Después de subir los trece escalones que conducían a la plataforma de madera pintada de negro, de 2,40 metros de altura por 2,40 de ancho, Streicher fue empujado, haciéndole dar dos pasos en dirección al punto fatídico, situado bajo el nudo corredizo. Este se hallaba suspendido de un anillo de hierro sujeto a un viga horizontal apoyada sobre dos postes. El verdugo, que era un sargento del ejército norteamericano, sostenía la soga apoyada en un listón de madera. Sus guardianes hicieron girar a Streicher para que mirase hacia adelante. Contempló de nuevo a los oficiales aliados y a los ocho corresponsales que representaban a la prensa mundial, alineados frente a una pared y ante unas mesitas, vueltos de cara al patíbulo. Los ojos de Streicher echaban llamaradas de odio. Mirando a los testigos, vociferó: *"Put Purim fest, 1946!* El Purim o fiesta de Esther es una festividad judía que se celebra en la primavera y conmemora la muerte en la horca de Aman, opresor bíblico de los judíos. (Anotación del libro de Louis
L.
Snyder *La guerra*, en la excelente traducción de Antonio Ribera).

"*Pregunte a este hombre si quiere pronunciar unas últimas palabras*". "*Los comunistas te colgarán algún día*", dijo el condenado. Cuando le ajustaron la caperuza negra sobre la cabeza, pudo oírse que Streicher decía: "*Adela, mi querida esposa*".

En aquel momento, el escotillón se abrió con fuerte golpe. La cuerda quedó tensa de inmediato y el cuerpo se balanceó locamente. Todos pudieron oír con claridad un gemido procedente del oscuro interior del patíbulo, seguido de un estertor ahogado».

El segundo condenado más desafiante después de Streicher fue Ernst Sauckel, responsable de la deportación de cinco millones de personas desde sus hogares hasta Alemania para ser utilizadas en los trabajos forzados. Sauckel ordenó que los deportados fueran explotados «en el mayor grado posible con el menor coste posible». «*Muero inocente* —gritó—. *Esta sentencia es equivocada. Dios proteja a Alemania y la haga grande otra vez. ¡Viva Alemania! Dios proteja a mi familia*». El escotillón se abrió a las 2.26 de la madrugada.

El noveno jerarca nazi en acceder a los peldaños del patíbulo fue el mariscal Alfred Jodl. Lo hizo con abundantes signos de nerviosismo. El

jefe de la Sección de Operaciones habló con voz tranquila: «*Saludos, Alemania mía*».

El último de los condenados, el checoslovaco Seyss-Inquart, subió despacio, ayudado por 2 guardias: «*Espero* —afirmó— *que esta ejecución sea el último acto de una tragedia, la Segunda Guerra Mundial. La paz y el entendimiento deben existir entre los pueblos. Creo en Alemania*».

En la hilera de cadáveres del gimnasio de Nuremberg no podía faltar el cadáver de Hermann Goering. Cuando todavía se balanceaba el cuerpo de Seyss-Inquart, canciller de Austria y comisario en Holanda, llegó el cuerpo de Goering. El coronel encargado de las ejecuciones alzó la manta que cubría al ex mariscal y mostró el cadáver a los corresponsales para que éstos comprobaran que estaba muerto y bien muerto. No debía extenderse el rumor de que el jefe de la Luftwaffe y número dos del régimen nazi hasta su traición había escapado con vida. Vestía pijama negro de seda cubierto con un jersey.

LA HORCA EN JAPON

A más de doce mil kilómetros de distancia, en Japón, les llegó también su hora a los militaristas, a los responsables del ataque a Pearl Harbor, a los que ordenaron las matanzas, a todos menos al emperador. También funcionó un tribunal de guerra formado por las potencias vencedoras. El enemigo número uno era el general Hideki Tojo, primer ministro cuando se ordenó el ataque a Pearl Harbor. Permaneció en el cargo hasta la caída de las islas Marianas. Tojo era la imagen del fanatismo nipón. Conocido como «La Cuchilla», era muy popular en el ejército. Los liberales y los hombres de la armada japonesa lograron sustituirlo por Koiso.

Tojo esperaba en su modesta residencia de Tokio a los soldados norteamericanos encargados de apresarle. MacArthur ordenó la detención inmediata de cuarenta criminales de guerra. Tojo era el primero de la lista. Los fotógrafos y los periodistas rodearon su casa de Setagaya. El general escribía en su despacho presidido por una fotografía con su mejor uniforme y todas las condecoraciones. En frente, se veía desplegada en la pared una piel de tigre regalo de un admirador malayo. El general pidió a su mujer que abandonara la casa junto con la sirvienta. «Cuídate», le dijo su esposa antes de partir. Temía que el general se hiciera el haraquiri. La policía militar norteamericana rodeó en ese momento la casa del ex primer ministro.

Eran las 4.17 horas cuando se escuchó un disparo. El comandante Paul Kraus y el reportero del *New York Times* George Jones irrumpieron en el despacho de Tojo. El general aparecía caído en una mecedora con el pecho ensangrentado y una pistola humeante en su mano derecha, un revólver Colt calibre 32. Estaba vivo. Pidió un vaso de agua. Se lo bebió y pidió otro más. En el jardín, la señora de Tojo repetía de rodillas una oración budista. A las 4.29, el ex general abrió los labios para declarar a los periodistas que le rodeaban mientras le atendía un médico japonés: «*La gran guerra de Asia Oriental era recta y estaba justificada. No deseaba que me juzgara el tribunal de los vencedores. Espero el recto juicio de la historia*». Su voz se hizo más audible: «*Pretendía suicidarme, pero a veces hasta eso falla*». La bala le rozó el corazón. Cuando el general Eichelberger llegó hasta el hospital de Yokohama donde internaron al ex primer ministro, Tojo abrió los ojos y trató de inclinarse. «Me muero», dijo. John Toland recogió así la escena:

> «—Siento haberle causado tantos problemas, general.
>
> —¿Se refiere a esta noche o a los años anteriores? —preguntó Eichelberger con ironía.
>
> —Esta noche. Quiero regalarle mi nuevo sable».

Los médicos salvaron la vida del general, juzgado luego como criminal de guerra. Al día siguiente, el mariscal Sugiyama fue más certero con su pistola: se disparó un tiro en el centro del corazón. También el príncipe Konoye tuvo mejor suerte. El proceso por parte de los vencedores era algo que mal podía aceptar un aristócrata orgulloso como él. Cuando su hijo entró en la alcoba se encontró a Konoye extendido en la cama, con expresión de serenidad en su rostro de patricio. Una botella de color marrón que contenía el veneno apareció vacía junto a la almohada.

El Tribunal aliado de Tokio condenó a muerte a siete dirigentes japoneses, uno de ellos el general Hideki Tojo. Los siete fueron colgados y otros dieciocho condenados a penas de prisión mayor. Varios tribunales declararon culpables a cinco mil japoneses, de los cuales más de novecientos fueron ejecutados. Entre ellos había uno muy conocido, el general Yamashita, el «Tigre de Malaya», el más hábil de los guerreros japón eses. Lo juzgaron durante 42 días en la sala de baile de la residencia del procónsul norteamericano en Manila, la destruida capital filipina. Como los acusados alemanes, el general, con el cráneo afeitado y todas sus condecoraciones sobre el pecho, intentó salvarse al desviar responsabilidades: tan sólo cumplía órdenes

de sus superiores. Nunca oyó hablar de atrocidades cometidas por sus legiones que causaron la muerte a un millón de filipinos. El 7 de diciembre de 1945, aniversario del bombardeo de Pearl Harbor, el general Yamashita fue condenado al patíbulo. Sería ahorcado el 23 de febrero de 1946 cerca de Manila. Denis Warner, compañero de fatigas en la guerra de Vietnam, que asistió al proceso, ha escrito que el general Yamashita no pudo ser responsable absoluto de los excesos de aquel terrible período.

Tras redactar su testamento, en el que pedía a los norteamericanos que defendieran a los japoneses del contagio del marxismo —«Hemos sido el único baluarte en Asia contra el comunismo»—, el general Tojo escribió dos poesías:

Aunque ahora me voy,
volveré a mi tierra,
porque debo pagar la deuda contraída con mi nación.

Ha llegado la hora del adiós
esperaré bajo el musgo
hasta que nazcan las flores
en las islas de Yamoto (japón).

Subió lleno de dignidad ante la muerte los trece peldaños que le separaban del cadalso. Poco después de la medianoche del 22 de diciembre de 1948, el escotillón se abrió para dejar que cayera el cuerpo del general. Todos menos Hirota gritaron «*¡Banzai!*» en homenaje al emperador. El general Tojo rindió un último servicio al Hijo del Cielo, al dios hecho hombre que subió al trono del Crisantemo en 1926: cargó sobre sus espaldas con todas las culpas. A las 2.30 horas del domingo 23 de diciembre, los siete condenados habían muerto ahorcados en la fúnebre prisión de Sugamo. El emperador Hirohito se encerró solo en la biblioteca de palacio. No quiso que nadie le molestara. Ese día, el príncipe heredero Akihito cumplía años. El emperador dio orden de que suspendieran la fiesta del aniversario. En su soledad, debió recordar los versos de su abuelo, el emperador Meiji, que leyó a los generales que se preparaban para atacar Pearl Harbor: «Todos los océanos son hermosos, ¿por qué, entonces, los vientos y las olas invaden el mundo?». «Mi vida —afirmó un día— ha sido la de un pájaro en una jaula».

El presidente Truman decidió salvar la vida del emperador. Tojo se fue a la horca con los labios cerrados «como un caballero y un patriota», como afirmó uno de los abogados defensores de los criminales de guerra. Joseph Keenan, que tanto hizo en su defensa, fue recibido por Hirohito antes de abandonar Japón. Le dedicó una

fotografía y le entregó un bolso de mano como regalo para su mujer. El dueño de una galería de arte de la famosa calle Ginza regaló al abogado un topacio «como agradecimiento porque el emperador fuera declarado inocente». En el Nuremberg asiático, el general Tojo aseguró ante el tribunal: «*La guerra la decidió mi Gobierno. Desde el comienzo de las hostilidades, el emperador tan sólo deseó la paz. La guerra se declaró contra sus deseos y su amor a la paz*». Un diario japonés tituló por aquellos días: «¿Qué es lo que piensa el emperador? No podrá ocultar por más tiempo su responsabilidad por los crímenes de guerra».

Hirohito solicitó una entrevista con el general Douglas MacArthur. Se celebró junto a una chimenea en la embajada de Estados Unidos en Tokio. Los consejeros de la corte le recomendaron que no aceptara ninguna responsabilidad por la guerra y por los crímenes cometidos por sus soldados y sus procónsules, pero hizo todo lo contrario: «Vengo aquí, general MacArthur, para ofrecerme al juicio de los poderes que usted representa y hacerme responsable de todas las decisiones políticas y militares tomadas por mi pueblo en el curso de la guerra».

MacArthur escribió en sus *Memorias* que «se sintió conmovido "hasta los huesos". Era el Emperador por nacimiento desde la cuna, pero en ese instante me di cuenta de que me encontraba frente al primer caballero de Japón por derecho propio».

MacArthur le tendió un cigarrillo rubio americano que el emperador, el cientoveintuatro de la dinastía, aceptó. El general le encendió el pitillo y las manos del Hijo del Cielo temblaban. Cuando, allá por los años sesenta, le pedí una entrevista al soberano del Sol Naciente, convertido tras la guerra en un rey de carne y hueso, el jefe de protocolo del palacio imperial me respondió: «Haremos todo lo posible para satisfacer su honorable deseo». Era la forma japonesa de decir que no. Días más tarde, el funcionario me dijo con una leve inclinación de cabeza: «La familia imperial no concede entrevistas desde hace dos mil años».

Capítulo veinte

Hiroshima

Dudé un momento cuando me llegó la hora de firmar en el libro de visitas del Museo de Hiroshima. Por lo que pude observar, los que firmaron antes que yo lo habían dicho todo —la pena, la compasión, el horror, la solidaridad—, de modo que me limité a trazar un garabato con mi nombre. Nada más. En el Parque de la Paz de la ciudad japonesa, los niños daban de comer a las palomas o lanzaban al aire cometas de pájaros de papel, el símbolo del cumplimiento de un sueño, el de la paz eterna. Estos niños vestían como los hijos de los que arrojaron la bomba atómica aquel 6 de agosto de 1945. Comían palomitas, bebían el refresco de los vencedores y jugaban al béisbol. El día anterior, los héroes del béisbol de Hiroshima, los Carpas, habían ganado a los Gigantes de Tokio. El hombre que me vendió un perrito caliente no recordaba el 6 de agosto: «*Pero mi madre* —me dijo— *no lo ha olvidado aún, tiene pesadillas*». No dijo más. Para los que viven, el día de la bomba atómica se trata de un recuerdo demasiado directo, repetido, ruidoso, envolvente, pesado. «¿Quién se preocupa de mirar la flor de la zanahoria en el tiempo de las cerezas?», se preguntaba el poeta Sode Yamaguchi en el siglo XVIII.

El tren Bala me trajo en 5 horas desde Tokio. La ciudad contaba ahora con un millón de habitantes. Las agujas del reloj, encontrado entre los escombros, marcaban la hora de la tragedia, las 8.15. Hiroshima, por el contrario, pegó un brinco colosal: era no sólo la sede de los Carpas, sino de una conocida fábrica de coches. Los escaparates de los comercios bullían de lujo, con bolsos importados de Italia y perfumes de París. En los restaurantes servían las mejores ostras del Japón. La otra cara, la de la ciudad desintegrada por la explosión y los rayos gamma, era la que atraía a millones de visitantes: «Nunca más Hiroshima». La ciudad no podía menos que prosperar con hombres como el presidente de la empresa automovilística. Un mes después del desastre, Tsuneji Matsada se dirigió a la vecina Kyushu para buscar neumáticos usados, cubiertas y restos de aviones con los que empezar de nuevo. En la cresta de la ola del milagro japonés, su empresa era la tercera constructora de coches de Japón y empleaba a 28.000 personas en Hiroshima.

La adelfa es la planta de la ciudad mártir. Blanca y roja, crece con profusión en los parques y jardines, en las largas avenidas, en las orillas del río que discurre al sur de la ciudad. «Fueron las primeras

flores que crecieron aquí —nos dijo Yonekura—. Nos demostró que nuestro suelo no quedaría estéril durante décadas, como pronosticaron algunos expertos. Fue la promesa de que nuestra ciudad volvería a ser verde otra vez». Una décima parte de los habitantes de Hiroshima están censados como supervivientes de la bomba, bien porque se encontraban en la ciudad el 6 de agosto o porque llegaron poco después, cuando la radioactividad era todavía muy alta. Cada mes de agosto, miles de visitantes de todo el mundo se reúnen ante el cenotafio del Parque de la Paz en el que aparecen inscritas las palabras: «Descansen en paz, no volveremos a cometer el error». El error se nos atribuye a nosotros, a los turistas que nos inclinamos hacia esas palabras, no a los que lanzaron la bomba, la *Little Boy*, los norteamericanos, o los que desataron la guerra del Pacífico, los generales japoneses. Muchos de éstos tan sólo se sienten víctimas, en ningún caso agresores o verdugos al servicio de uno de los regímenes militares más implacables de la historia. El lema «*Nunca más Hiroshima*», evocado cada año en el momento de las conmemoraciones, sonará a hueco «mientras haya ministros que vengan a apoyar la actuación del Ejército Imperial durante la última guerra —nos decía Kazuhito Yatabe—, y mientras en los manuales escolares no cuenten la estricta verdad histórica. En esta nación posmoderna en la que reina el simulacro, en que domina el culto a la imagen, la transmisión de la realidad intangible pasa al final por la palabra: en el otoño de sus vidas, todos los que han sobrevivido al infierno se transforman en *kataribe*, como los narradores de cuentos de la corte imperial de la historia nipona».

Muchas de las predicciones apocalípticas que se hicieron después de la bomba atómica no se convirtieron en realidad. No sólo la ciudad volvió a cubrirse de verde, sino que muchos de los supervivientes criaron niños robustos, que a su vez fueron padres de hijos llenos de salud y de vida. Pero no se pueden adelantar los efectos a largo plazo de la explosión que conmovió al mundo. Es la vida en la incertidumbre. En los tiempos del miedo nuclear, el alcalde de Hiroshima afirmaba: «La humanidad se encuentra en la encrucijada entre la supervivencia y la destrucción». Una mujer sentada en el Parque de la Paz me decía: «Tenemos que hacer algo. Piense en que las armas nucleares de hoy son mucho más poderosas que la bomba atómica. Un sólo submarino nuclear puede desencadenar dos mil Hiroshimas». Frente a la cúpula y el esqueleto del edificio que fue el salón de Fomento Industrial que se conserva tal como quedó después del bombardeo del *Enola Gay*, un monje budista de túnica azafrán recitaba unos mantras con la sílaba sagrada «Om». Hiroshima no

puede evitar esa vertiente de gran carnaval de Lourdes o Fátima, la comercialización de la tragedia. Todo aparece allí envuelto en el celofán del negocio. Después de los coches, los barcos y las ostras, la paz es la cuarta gran industria de la ciudad. Es lo que llaman el *«picadon shobai»*, el negocio del resplandor y el *pum* del hongo apocalíptico y la explosión. Sinceras, místicas, arrebatadas o preocupadas por su negocio, las criaturas más insólitas pueblan el Parque de la Paz. Un profesor de filosofía retirado que se hacía llamar el «Reactor Humano» rezaba durante días enteros frente al cenotafio entre los cánticos y el sonido de los tambores de los bonzos. Los niños japoneses se nos acercaban para probar su inglés con esta pregunta: «¿Ama usted la paz?». Sesenta y tres tomos recogen los nombres de los 186.949 muertos hasta hoy por la bomba.

No había ninguna referencia a los 100.000 chinos asesinados a bayonetazos en Nanking en 1937, a los destrozos causados en Manchuria en 1931, en Pearl Harbor, en Manila, en Singapur, en Java o en Hong Kong. Los japoneses han cancelado esa parte de la historia, los ataques a los chinos con gás nervioso o los experimentos bacteriológicos en Manchuria. Por fin en 1994 el Museo de la Paz abrió un ala Este en la que se recordaban, con sordina, algunas de las guerras libradas por los japoneses el siglo pasado. La sacralización de *Hiroshima, mon amour* de Marguerite Duras y Alain Renais ha provocado un sarpullido de fuentes, parques, monumentos, museos, campanas de la paz, signos de paz. Escribe el periodista Tiziano Terzani que «hasta las palomas están aburridas con la paz». Es la saturación del mensaje, la trivialización del mito. Pero Hiroshima es la alternativa al templo sintoísta de Yasukuni Jinja de Tokio: el altar de los nostálgicos del pasado, de los ciudadanos de extrema derecha, que se embriagan con el sonido de las marchas militares. Los ex combatientes se encierran bajo una campana de cristal llena de fotografías del glorioso ejército imperial: inclinan la cabeza en dirección al palacio del emperador. En el Museo de la Guerra no veo ninguna referencia a la culpabilidad japonesa: son los artefactos de la campaña desde Pearl Harbor en adelante hasta el día, en 1948, en que ahorcaron al general Tojo por criminal de guerra. Allí figuran el avión Zero, un cañón como los que segaron las vidas de los marinos en el Pacífico y la primera locomotora que circuló por la carretera de Birmania desde Tailandia. Al asomarse al templo sintoísta, no puede uno menos de recordar al amigo Deakin, el inglés que descendió en aquel infierno del río Kwai en territorio tailandés. Hay piedras y lápidas conmemorativas por todas partes. Ni un recuerdo para las víctimas, los Deakin del sureste asiático o del Pacífico. Es el culto a los

muertos de la guerra. Hasta los Kempeitai, el equivalente nipón de los SS
, tienen su lugar en el museo. Ni una sola referencia a la derrota.

Los bombardeos estratégicos sobre Tokio causaron más muertes que en Hiroshima y Nagasaki y más que el demoledor ataque aéreo sobre Dresde. La bomba atómica es el punto de referencia, el arma demoníaca y sobrenatural, el peor pecado cometido en el siglo XX; pero en los museos de Hiroshima no hubo sitio durante años para los asiáticos que cayeron ante los soldados japoneses. Han pasado esa página de la historia. Los veinte mil coreanos muertos se merecen un pequeño recuerdo en un oscuro rincón del Parque de la Paz. Sus descendientes, al contrario que los japoneses, no han recibido ninguna compensación. La crítica a los comportamientos japoneses se interpreta siempre o casi siempre como cosa de racistas: ni un solo recuerdo para los excesos cometidos en la que Churchill llamó «la guerra innecesaria».

CONCIENCIA DE CULPA

La BBC llevó a Hiroshima, cuarenta y cinco años después, a los supervivientes de la tripulación del *Enola Gay*, el B-29, la superfortaleza volante que lanzó la bomba. Nunca habían estado allí. Las reacciones de los pilotos y tripulantes sobre el terreno dieron la medida de lo que podía esperarse: uno de ellos lloró y no dijo nada, otro dio palmaditas en la espalda de los supervivientes y dijo tonterías, otro de ellos hizo una pregunta después de otra como si tratara de resolver un conflicto interior. «Todos ellos —señaló un cronista— hallaron gran alivio en la discusión de los tecnicismos: el lugar exacto del epicentro, el color concreto de las nubes, la altura del avión, la temperatura del aire… En una palabra, todo lo que apartara sus mentes y sus conciencias de los efectos de la bomba sobre los seres humanos». Estos hombres no eran crueles, por el contrario, eran gente normal, con emociones humanas normales. El general Paul Tibbets, jefe de la expedición, confirmó lo que ya sabíamos: «Nunca he perdido una sola noche de sueño por este asunto, y nunca la perderé. No tengo nada de que avergonzarme». Es lo mismo que Primo Levi y los supervivientes de los campos nazis dijeron de sus verdugos: son como tú y como yo. El exterminio nace en nombre de la disciplina y el progreso científico. Uno de los doctores nazis del campo de Auschwitz aseguró, convencido, que matar gente era «un asunto meramente técnico». La bomba atómica es el sustitutivo científico del Juicio Final.

El doctor Oppenheimer, uno de los científicos que fabricaron la bomba que borró Hiroshima del mapa, citó el libro sagrado de la India, el *Bhagavad Gita*, al comprobar los efectos de *Little Boy*: «Me he transformado en la muerte, el destructor de los mundos». Los bombardeos estratégicos sobre Alemania convirtieron en bellas artes uno de los horrores inaugurado en Guernica: rebajar la moral del enemigo que se encuentra bajo las bombas.

Desde que la bomba *Little Boy* (muchachito) destruyó Hiroshima se han realizado casi 2.000 ensayos nucleares. Al cumplirse los 45 años del lanzamiento de la bomba, 10.175 nuevos nombres se añadieron a la lista de las víctimas del holocausto nuclear de Hiroshima. Aquella bomba de uranio de 3 metros de longitud, 70 centímetros de diámetro y 4 toneladas de peso que estalló sobre la ciudad formó una gigantesca columna de humo en forma de hongo y dio origen a una temperatura de 4000 grados centígrados; había matado para entonces a 167.243 personas. Es de bárbaros escribir un poema después de Auschwitz, señaló Theodor Adorno. ¿Y después de Hiroshima? El historiador alemán Ernst Nolte relacionó el asesinato en masa de los judíos con el exterminio de los *kulaks* (campesinos acomodados de Rusia) por Stalin. La aniquilación de los judíos europeos, según Nolte, fue una reacción de Alemania a la amenaza del bolchevismo que Hitler identificaba objetivamente con el judaismo. Para los militaristas japoneses no hay nada que aprender del pasado: la guerra fue una consecuencia de la actitud racista de los norteamericanos, que querían el Pacífico para ellos solos. La suya habría sido una guerra de liberación de los imperios coloniales.

Es distinta la aproximación de los alemanes y japoneses a la cuestión de la culpabilidad en la guerra. Los alemanes han hecho una virtud de su conciencia de culpa. Cuando en diciembre de 1970 al canciller alemán Willy Brandt viajó a Varsovia para negociar un nuevo tratado entre Polonia y la República Federal, visitó el mausoleo de las víctimas del gueto de Varsovia y cayó de rodillas: «Este gesto no estaba preparado. Oprimido por la memoria de la historia reciente de Alemania, hice lo que la gente hace cuando se queda sin palabras», escribió más tarde. Unas palabras como esas no hubieran sido posibles en Japón. Es lo que opina Ian Buruma, autor de un revelador libro titulado *The wages of guilt: Memories of war in Germany and Japan*. Cuando en diciembre de 1991 el alcalde de Honolulú pidió al presidente Bush que invitara a las autoridades japonesas a la celebración del 50 Aniversario de Pearl Harbor sólo si mostraban su arrepentimiento por el ataque, las autoridades niponas rechazaron la invitación. «Todo el mundo es responsable de la guerra», contestó un

portavoz del Gobierno de Tokio. Según esta regla de tres, también Estados Unidos debía pedir perdón.

El escritor holandés Ian Buruma, profundo conocedor de Japón y del idioma y la cultura niponas, vivió allí en los años setenta y ochenta. Una de las cosas que más le llamó la atención fue que a pesar de la popularidad de la película *El puente sobre el río Kwai*, nadie se planteó la cuestión del brutal tratamiento de los prisioneros de guerra por parte del Ejército Imperial. En cambio, en Alemania descubrió el fenómeno contrario. «La guerra alemana se recordaba en la televisión, en la radio, en las escuelas, en los museos, en los auditorios de las comunidades. Se trabajaba la memoria alemana, era como una gran lengua que presionaba una y otra vez sobre una muela picada».

Culpa y vergüenza. Los alemanes, abrumados por la culpa, necesitaban confesar sus pecados para que éstos les fueran perdonados. Una gran parte de los japoneses permanecen en silencio. El presidente del Parlamento alemán, Philipp Jenninger, cometió el error en 1988, en el quincuagésimo aniversario del primer ataque sistemático contra los judíos, «la noche de los cristales rotos», de recordar a los alemanes cómo llegó Hitler al poder, con el aplauso y la connivencia de la inmensa mayoría. Los alemanes creyeron que Jenninger compartía actitudes y sentimientos que sólo trató de describir. El resultado fue la dimisión. Al alcalde de Nagasaki, Motoshima Itoshi, se le ocurrió decir que, en su opinión, el emperador, agonizante por aquellas fechas, era el primer responsable de la guerra. El alcalde jugaba con fuego. Esa acusación era algo que las organizaciones patrióticas y de extrema derecha no pudieron soportar. Lo expulsaron de su partido político. Al día siguiente de la muerte de Hirohito, un fanático nacionalista disparó contra el alcalde y estuvo a punto de matarlo. Ni todos los alemanes, ni todos los japoneses desean que les restrieguen en la cara los pecados del pasado. Cuando en los años ochenta una estudiante de la ciudad alemana de Passau trató de escribir una tesis sobre la colaboración de sus ciudadanos con el nazismo, tropezó con la hostilidad de Fuenteovejuna. Primero fueron sus profesores los que trataron de persuadir a Anja Rosmus: no era un asunto lo bastante interesante como para dedicarle una tesis. Anja estaba decidida a terminar su trabajo. Se le cerraron los archivos y las bibliotecas. Después llegaron las amenazas. Puños anónimos golpearon la puerta de su casa, rompieron los cristales de sus ventanas durante la noche, mataron a su gato y la llevaron a juicio por difamación.

Alemania sufre de amnesia en los años de la posguerra: están demasiado preocupados consigo mismos. Después, la nueva

generación de alemanes empieza a preguntarse qué es lo que pasó en el *hitlerseit*, en la guerra y el Holocausto. Ian Buruma atribuye este cambio de mentalidad, este nuevo interés por el pasado a 2 hechos: uno, la serie de televisión norteamericana *Holocausto*, que fue vista por 20 millones de alemanes en enero 1979; otro, quizá más sustancial, la serie de procesos a oficiales y guardianes del campo de Auschwitz en 1964, y contra los empleados del campo de Maidanek (en 1975-81) por crímenes contra la humanidad. Nuremberg no se ocupó demasiado de los crímenes contra los judíos. Se conoce poco a poco la guerra dentro de la guerra, la historia sobre cómo los nazis trataron de exterminar a todo un pueblo. La guerra relámpago, Stalingrado, la invasión de Francia o el bombardeo de Dresde, lo que al final ha quedado por encima de otros recuerdos ha sido el Holocausto. En Japón ese recuerdo es Hiroshima, no la batalla de las Midway o Guadalcanal o las matanzas de Nanking. El ministro de Justicia de uno de los gobiernos de los años 90 llegó a decir que el asesinato de 100.000 chinos (por lo menos) en Nanking era una invención. Son las víctimas de la guerra, no los agresores. Ese mismo argumento es el que esgrimen los neonazis en Alemania.

Nada decían hasta ahora los libros de texto japoneses sobre el régimen imperial, que preparaba a los soldados dentro de una rigurosa disciplina para cometer las mayores barbaridades sobre los pueblos ocupados. Aunque Japón renunció al uso de la fuerza en 1945, sus dirigentes nunca han pedido perdón por el comportamiento durante la guerra. Algo se ha avanzado. El emperador Akihito esbozó un borrador de disculpas cuando visitó China en 1992. Los libros de texto se han censurado hasta tiempos recientes para ocultar ese lado oscuro. La aparición de las *comfort women* (literalmente, mujeres consuelo, esclavas sexuales) vino a irritar aún más a los que han levantado una torre de marfil en la sociedad japonesa para evitar que se conozca la verdad. Entre 1931 y 1945 más de 150.000 jóvenes coreanas, chinas, filipinas y hasta europeas de las Indias holandesas fueron obligadas a prostituirse por las autoridades niponas. «*Me llevaron virgen a un campamento de Shanghai. Cada día me obligaban a acostarme con 15 soldados. El asco y el cansancio eran tales que quise morir*», así se manifestó una de las *comfort girls* de nacionalidad coreana. Muy pocas volvieron a casa, porque se suicidaron o murieron asesinadas o víctimas de las enfermedades y el hambre. Eso no figuraba en los libros de texto. «Los prostíbulos militares organizados a punta de bayoneta fueron responsabilidad de los empresarios privados y no del Ejecutivo», se disculpó un portavoz del Ministerio del Trabajo en Tokio. Shintaro Uno aseguró que había matado a 40 personas y

torturado a muchas otras «*por el bien de nuestro país, por la obligación Filial con nuestros antepasados*». Un joven oficial destinado en China confirmó que el rito iniciático consistía en decapitar a un ciudadano chino: «Eramos —confesó— seres humanos convertidos en demonios asesinos, una prolongación natural del entrenamiento que recibimos en el Japón».

Como los científicos nazis, sus colegas japoneses hicieron, aunque no a tan gran escala, experimentos con los prisioneros de guerra; les inyectaron desde la peste bubónica hasta la fiebre tifoidea. De vez en cuando, noticias del *mea culpa* de algunos soldados y científicos aparecen en rincones perdidos de los periódicos. Lo hacen a título particular. Su testimonio es personal. No figuran en los libros de texto escolares, al menos hasta tiempos recientes. El ataque a Pearl Harbor se toca de pasada en esos textos. «¿Fue la bomba atómica realmente necesaria?», se pregunta uno de estos libros. «El presidente Truman dijo que el uso de la bomba salvó las vidas de decenas de millones de norteamericanos y soldados aliados. Y los científicos ingleses aseguran que el lanzamiento de la bomba atómica sacrificó a los ciudadanos de Hiroshima y Nagasaki como instrumentos de la estrategia de la posguerra frente a la Unión Soviética». Otra teoría señala que «la bomba fue lanzada para justificar los 2.000 millones de dólares que se invirtieron en su fabricación». Poco a poco, los libros de texto japoneses empiezan a reflejar al menos una parte de la verdad: el horror se explica aunque sea en dosis homeopáticas.

Cuando el primer ministro Murayama celebraba el 49º Aniversario de la Rendición japonesa, hablaba del «profundo arrepentimiento de corazón» y presentaba sus condolencias a las víctimas «en Asia y en todo el mundo», 6 miembros de su Gobierno se reunían en el templo de Yasakuni, dedicado a los 2.600.000 caídos en la guerra. Es, como ya hemos contado, el emblema del pasado militarista. Los nombres de los héroes de esa guerra aparecen reflejados en las lápidas e inscritos en los árboles. En Europa, explicaba el alcalde de Nagasaki, los sentimientos de sus ciudadanos están basados en siglos de filosofía y religión. «Los japoneses sólo reverencian la naturaleza. Y en un mundo regido por la naturaleza no se plantea la cuestión de la responsabilidad individual». Eso hace que el ministro de Medio Ambiente, Shin Sakurai, afirme sin que le tiemble la voz «que la ocupación japonesa de las naciones asiáticas ayudó a la independencia, a la difusión de la democracia y al aumento en la tasa de alfabetización». La organización de ex combatientes, los «viejos soldados» los llaman, es muy poderosa en Japón. Se han publicado novelas antibélicas como *La condición humana* de Gomikawa o *Fuego*

en la llanura de Ooka, pero en las novelas populares Japón gana en la ficción las batallas que perdió en la realidad. Así, en *El gran cambio* de Yosklaki Hiyama el buque *Yamato*, hundido por los aviones norteamericanos, se salva de milagro y destruye la flota de Estados Unidos. Todavía hoy el Parlamento japonés no ha pedido perdón a los países agredidos.

El resultado de este escamoteo de la historia es que los niños japoneses, dada la importancia que se concede al bombardeo de Hiroshima y Nagasaki, terminan por creer, según las encuestas, que Japón fue la víctima y no el verdugo de la guerra. Ahora, por lo menos, en medio de la conspiración de silencio, algunos textos mencionan la matanza de Nanking.

EL ÚLTIMO ACTO

Antes de cumplirse cincuenta años del bombardeo de Hiroshima, la polémica se trasladó a Estados Unidos. Los ex combatientes norteamericanos se opusieron a que una institución de Washington, la Smithsonian, organizara una exposición titulada «El último acto: la bomba atómica y el final de la Segunda Guerra Mundial» en el Museo Nacional del Aire y el Espacio. La bomba atómica, otra vez, en el centro de un acerado debate. John Correll, director de la revista de las Fuerzas Armadas, órgano de la Asociación de Veteranos (cerca de dos millones de miembros), criticó el hecho de que hubiera treinta y dos fotografías de las víctimas japonesas en el bombardeo y tan sólo siete de los norteamericanos que fueron víctimas de la agresión japonesa en el Pacífico. «Es una interpretación partidista la que se hace en la exposición —afirmó airado el general retirado Paul Tibbets, que llevó los mandos del *Enola Gay* en su viaje hacia el apocalipsis de Hiroshima —. Esa exposición es un insulto».

La vieja controversia salía de nuevo a la superficie: el debate de Hiroshima dividía aún a los estadounidenses a los 50 años del lanzamiento de *Little Boy*. El *Enola Gay* simbolizaba el final de una era y el comienzo de otra. Para los combatientes del Pacífico representaba el final de la II Guerra Mundial, para los jóvenes significó el comienzo de la era nuclear, la espada de Damocles. Paul Tibbets, comandante del *Enola Gay* que entonces contaba 29 años, le dijo a su copiloto después de lanzar a *Muchachito*: «Creo que es el final de la guerra». 5 días después, Japón se rendía. La bomba atómica abrió la caja de Pandora del terror nuclear durante la guerra fría.

Para unos, incluido el presidente Truman y el primer ministro

británico Churchill, que apoyó la operación sin reservas, la bomba se lanzó para salvar vidas. Para otros, se trató de un genocidio. Entre medio millón y 1 millón de soldados se calcula, según algunas fuentes, que hubiera costado la continuación de la guerra. Según otros historiadores, esa cifra podría no haber pasado de más o menos 46.000. Los cálculos de bajas estimadas por los norteamericanos para el total cumplimiento de las operaciones «Olympic» y «Coronet» — previstas para noviembre de 1945 y marzo de 1946, respectivamente — consideraban un promedio de entre 300 a 500 mil. Las cifras de Okinawa (casi 38.000 bajas para los norteamericanos) suponían un contundente aviso para quienes planificaban los desembarcos aliados sobre el territorio metropolitano nipón. Además, según los veteranos del Pacífico, conviene analizar Hiroshima en el espíritu de aquellos años.

¿Por qué no haber bombardeado una isla despoblada del archipiélago japonés? Los científicos del «proyecto Manhattan» necesitaban comprobar en carne fresca el resultado de sus investigaciones, de la fusión del átomo nacida de la famosa ecuación de Einstein $E = mc^2$, la energía es igual a la masa por el cuadrado de la velocidad de la luz. La bomba atómica, en la que trabajaban alemanes y japoneses, no estuvo a punto hasta poco después del final de la guerra en Europa. En caso contrario, Roosevelt, que encargó el «proyecto Manhattan», o Truman la hubieran lanzado sobre Berlín o Frankfurt. Los bombardeos estratégicos, convencionales, sobre Alemania se calcula que causaron 600.000 víctimas. Para los ex combatientes del Pacífico, el acento no hay que ponerlo en Hiroshima, sino en las atrocidades cometidas por los japoneses en Guadalcanal, en Filipinas, en Singapur, en las Marianas, en Okinawa. Más de doce mil vidas de soldados norteamericanos costó la rendición de esta última isla. Había que evitar, según los partidarios del uso de la bomba atómica, una cadena de Okinawas en el asalto final de un extremo a otro de Japón.

Según la versión de los antinucleares, la bomba se lanzó para intimidar a la Unión Soviética, para hacerse respetar, no para evitar un alto número de bajas. Según estas tesis, una intervención diplomática y la concesión de un estatuto especial para el emperador, hubieran evitado la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki. El diario de Truman, publicado en 1979, mostró que el presidente sabía por los mensajes descifrados del código secreto japonés que al enemigo le faltaba poco para rendirse. También el general Eisenhower sabía que la guerra podría terminar sin la necesidad de desembarcar en Kyushu y en la isla mayor de Honshu. El resultado de esta nueva

polémica, en vísperas del quincuagésimo aniversario, fue que los ex combatientes triunfaron en su propósito de cancelar la exposición en el Museo del Aire y el Espacio. Entre otros, se retiró un texto de la biografía que Stephen Ambrose escribió sobre Eisenhower. El comandante en jefe de las fuerzas aliadas le confesó a su secretario de la Guerra, Stimson, que creía que «Japón estaba ya derrotado y que el lanzamiento de la bomba era algo completamente innecesario».

EL NIÑO HA NACIDO BIEN

El 16 de julio de 1945, Churchill, Truman y Stalin se sentaron en torno a una mesa en Potsdam, en la residencia de verano del ex príncipe de la corona. Como en Yalta, Stalin llegó con retraso. Truman, que acababa de sustituir a Roosevelt, examinó a Stalin con curiosidad. Diría más tarde que el jefe de Estado soviético le recordaba a su antiguo patrón de la tienda de ropa para hombres en Kansas City. Churchill se inquietó por el hecho de que los comunistas trataran de llevarse la parte del león en el reparto de Europa. Aquel 16 de julio, la atmósfera de la Conferencia cambió de pronto. Truman, el primerizo, el ex juez de Missouri, el senador y vicepresidente, parecía mucho más seguro de sí mismo. Acababa de recibir un telegrama secreto que decía: «El niño ha nacido bien»; el ministro de la Guerra le comunicaba el nacimiento de la Bomba A, de la que Truman ni siquiera había oído hablar cuando accedió a la presidencia a los 61 años. Los propios fabricantes de la bomba, en Los Alamos, se enteraron por los periódicos al día siguiente de la destrucción de Hiroshima que el «proyecto Manhattan», en el que trabajaron en el desierto de Nuevo México, era nada menos que la bomba, el *Little Boy* que lanzaría luego el *Enola Gay* sobre Japón.

El telegrama recibido por Truman no sólo cambió la relación de fuerzas entre los allí reunidos, sino que hizo que la humanidad entrara en una nueva era: la era atómica. Churchill debió abandonar la última conferencia de la guerra para interesarse por los resultados de las elecciones del 5 de julio: no volvería al palacio Cecilienhof de Potsdam; ante su gran sorpresa y la de todo el mundo, el ganador de las elecciones fue el laborista Clement Attlee. En Potsdam se pusieron en práctica los acuerdos tomados en Yalta. Alemania quedaba dividida en cuatro zonas de ocupación.

Aquel telegrama le informaba a Truman de la primera experiencia atómica, de una bomba que podría ser usada para fines militares: la ensayaron con éxito en el desierto de Nuevo México al pie de los

montes Sangre de Cristo. La explosión de la bomba fabricada en Alamo Gordo se produjo a las 5 y media de la mañana. Los testigos vieron un resplandor mil veces más brillante que el sol del mediodía, el día más soleado de todo el verano. Una gigantesca bola de fuego, un hongo de amarillo vivo, se elevó sobre el horizonte color violeta con volutas rosas, púrpura, que se oscurecían y se iluminaban de nuevo. El resplandor se vio a 400 kilómetros de distancia. Una cadena de radio mencionó la formidable detonación. Las autoridades militares, para guardar el secreto, hicieron público un comunicado según el cual un depósito de municiones había hecho explosión en la zona.

En la conferencia de Potsdam, que puso en marcha la desnazificación, la desmilitarización y la descentralización de Alemania, Truman le consultó a Churchill si debía a no informar a Stalin, cuya entrada en la guerra contra Japón le interesaba sobremanera. Al fin Truman, sopló al oído de Stalin: «*Estados Unidos acaba de poner a punto una nueva arma de capacidad destructiva sin precedentes*». Stalin, cuyos científicos trabajaban también en un proyecto de fabricación de la bomba, contestó imperturbable: «*Bueno, espero que se sirvan de ella contra los japoneses*». ¿Estaba ya informado por sus espías —Hiss y Rosenberg—, que más tarde pasarían por la silla eléctrica, de lo que se cocía en el «proyecto Manhattan»?

El 26 de julio, la primera bomba atómica embarcaba sobre el crucero *Indianapolis* con destino a una isla del Pacífico que había sido posesión española, Tinian. El ministro japonés de la Guerra, el general Anami, se negó en redondo a aceptar la rendición: «*Capitular sin condiciones es para Japón no sólo inaceptable, sino inconcebible*». En su biografía sobre Hirohito, mi compañero de fatigas en algunos frentes de guerra, Edward Behr, cuenta que la idea de poner fin al sueño de Showa, de una dinastía de 2600 años de vida, paralizó al emperador. ¿Cómo podía rendirse un dios vivo jamás derrotado por nadie? Kido, su consejero y señor del Sello Privado, le aconsejó que pidiera el cese de las hostilidades. El emperador no actuó con rapidez suficiente: decidió ignorar el ultimátum a Japón conocido como «declaración de Potsdam».

Desde la isla de Tinian llegó la última información a Potsdam: El Grupo 509 de la Fuerza Aérea de Estados Unidos se hallaba preparado, a reserva de las condiciones meteorológicas, para llevar a cabo la misión encomendada. Los objetivos seleccionados son cuatro. La «bomba especial» deberá caer después del 3 de agosto sobre uno de ellos: Hiroshima, Kokura, Niigata o Nagasaki. El jefe de la Fuerza Aérea estratégica había exigido una orden escrita del presidente

Truman: comprendía sin duda que esa vez se trataba de asumir responsabilidades históricas que consistían en matar de un golpe a cien mil personas y al doble si eran 2 las ciudades atacadas. La opinión se dividió en torno a Truman. El arma atómica fue concebida para ser utilizada contra la Alemania nazi. ¿Por qué entonces lanzarla sobre Japón? Algunos meses antes asomaron los primeros escrúpulos. El doctor Leo Szilard, que presionó a Einstein para que convenciera a Roosevelt sobre la necesidad de utilizar la energía nuclear con fines militares, se hallaba ahora torturado por la duda y trataba de disuadir al presidente Truman. Otros, como el doctor Franck, pensaban que la bomba atómica debería lanzarse sobre un lugar deshabitado, el monte Fujiyama, por ejemplo. Eso bastaría para reducir el espíritu de lucha de los japoneses en la fase terminal. Se celebró un consejo que decidiría la oportunidad o no de servirse del arma atómica para terminar la guerra. Fueron consultados los más grandes sabios: Enrico Fermi, premio Nobel de Física de 1938, profesor de la Universidad de Roma y más tarde de Chicago, que empezó a bombardear el uranio con neutrones, o el doctor Oppenheimer. El «proyecto Manhattan» inició sus trabajos en 1942 bajo la dirección del doctor Bush, jefe de la Oficina de Investigación Científica y de Desarrollo. En Los Alamos, cerca de Santa Fe (Nuevo México), el doctor Oppenheimer fue el encargado de dirigir un laboratorio especial. Sería, como escribió Snyder, el secreto mejor guardado de la guerra. Ningún obrero, y se necesitaron casi 200.000 para construir las instalaciones, ni un solo colaborador del «proyecto Manhattan» sabía lo necesario del mismo, tan sólo una pequeña parte. Nadie tuvo acceso a la totalidad del proyecto, salvo el comité director. El brigadier Farrell, uno de los encargados de la explosión de Alamo Gordo, habló de un «espectáculo magnífico, hermoso y terrorífico». El bramido que siguió a la explosión parecía más propio del día deljuicio Final. «¿Cómo nos atrevimos nosotros, en nuestra insignificancia, a desatar fuerzas que hasta entonces le estaban reservadas al Todopoderoso?».

El 1 de junio, mientras la fuerza aérea del general Curtis Le May bombardeaba Tokio y otras ciudades japonesas, el comité hizo llegar sus conclusiones al presidente: 1) La bomba atómica debía ser utilizada contra japón. 2) Debía hacerse sin advertencia previa. 3) Debería ejercer sin equívocos su poder de destrucción. O sea, sin tapujos, sin limitaciones. Los miembros del comité concluían que ninguna demostración técnica, como por ejemplo, una explosión sobre un lugar desértico, conduciría al final de la guerra: por lo tanto había que arrojar la bomba sobre un objetivo real. El 9 de marzo de 1945 el bombardeo convencional de la aviación norteamericana causó la

muerte de al menos 83.793 civiles.

MIL SOLES

El padre jesuita Pedro Arrupe, que fue general de su Orden y que vivió el primer bombardeo atómico a unos kilómetros de Hiroshima, me contó una vez algo que le llamó la atención: «A pesar de la importancia militar de Hiroshima y de que todas las ciudades importantes de alrededor fueron bombardeadas con terrible intensidad, tan sólo nuestra ciudad quedó intacta. Sólo una vez, casi podríamos decir que por descuido, cayó una bomba en el centro sin causar el menor daño». La explicación era sencilla: los científicos deseaban comprobar los efectos de las bombas sobre un escenario virgen, no tocado. Harry
S.
Truman no sentía ningún escrúpulo moral: «Nunca abrigué la menor duda sobre la necesidad de emplearla. Era un arma militar», escribió en sus *Memorias*.

Ocho horas, quince minutos y cinco segundos del 6 de agosto de 1945. Las cuatro toneladas de *Littte Boy*, equivalentes a 20.000 toneladas del explosivo clásico, el
TNT
, cayeron sobre la ciudad de las adelfas. Un relámpago más fulgurante que mil soles lo barrió todo en un radio de acción de un kilómetro. En las escaleras del Banco Sumitomo quedó impresa la sombra de un cuerpo humano desintegrado a una temperatura de 3.000 grados. Hemos visto en el Museo de la Paz la reproducción de esta sombra, la de una mujer sobre la piedra. De regreso de la misión, el entonces coronel Tibbets pasó los mandos a su adjunto Lewis y se durmió sin remordimientos: misión cumplida. La noche del 5 al 6 de agosto, en un barracón de la isla de Tinian, el coronel Tibbets reunió a sus tripulaciones: «*Esta es la noche que esperábamos* —anunció—. *Vamos a poner a prueba nuestro entrenamiento y en pocas horas más conoceremos el éxito o el fracaso. Un acontecimiento histórico depende ahora de nuestros esfuerzos. Vamos a despegar dentro de poco para lanzar una bomba de un modelo nuevo del que hasta hoy nadie ha oído hablar y que es el equivalente a 20.000 toneladas de trinitrotolueno*». Tras sus palabras, Tibbets pidió a los reunidos: «*¿Alguna pregunta, muchachos*?». No, no había preguntas, tan sólo, como confesó el navegante van Kirk, unas ganas enormes de echar una partida de póquer para eludir la tensión. Después, los tripulantes fueron conducidos hasta la iglesia

bajo la luz de la luna. El capellán militar Downey tomó la palabra: «*Padre todopoderoso, escucha las súplicas de quienes te quieren, te pedimos que acompañes a los que cruzan las cimas de tus cielos para llevar la batalla al enemigo. Te imploramos que los guardes durante su misión. Que los hombres que vuelan esta noche vuelvan sanos y salvos por tu misericordia, sostenidos por nuestras creencias… Amén*». El desayuno consistió en huevos, salchichas, pan tostado, *porridge* y café.

Los primeros aviones en despegar fueron los meteorológicos. 1.30 de la mañana: uno de los aparatos tomaría la dirección de Kokura, el otro se dirigiría hacia Hiroshima y el otro hacia Nagasaki. Según el tiempo que hiciera, se elegiría una de las ciudades. A las 2.00 horas, el *Enola Gay*, bautizado así por el piloto Tibbets en homenaje a su madre, se deslizaba pesadamente por la pista de Tinian con 29.000 litros de carburante y la bomba *Little Boy* en su vientre. Los proyectores y las cámaras fotográficas y cinematográficas iluminaban la escena. «*Parecía la inauguración de unos grandes almacenes*», afirmó un testigo.

Los tripulantes del *Enola Gay* llevaban gafas oscuras: la explosión —decían— desataría una fortísima luminosidad. El capitán Parsons se deslizó al pañol cuando el *Enola Gay* hubo superado la zona de turbulencias. Provisto de una linterna Parsons armó la bomba, «el huevo que íbamos a arrojar sobre el país de los cerezos». Parsons había repetido aquella operación de ensamblaje tantas veces, que cuando Tibbets le preguntó cómo había ido, el técnico respondió mientras se limpiaba las manchas de grasa: «*Ha sido un juego de niños*». Pocas horas antes, el padre Arrupe, nacido en Bilbao en 1907, estudiante de medicina en Madrid en 1922 y jesuíta en 1927, se había acostado tras los rezos de rigor: dio gracias a Dios, en la capilla del noviciado de los jesuitas en Nagatsuka, a 6 kilómetros del centro de Hiroshima, porque les hubiera ahorrado la destrucción y los ataques de los bombarderos norteamericanos. Los dioses nos protegen, pensaban mientras tanto los 300.000 habitantes de la ciudad. A las 7 de la mañana, la ciudad se puso en movimiento: columnas de obreros se dirigían a las fábricas de aviones Mitsubishi, a los astilleros, hacia la estación, el puerto y las empresas conserveras. Los niños, vestidos de uniforme, se preparaban para los ejercicios gimnásticos y los ensayos de protección civil.

A las 7.09 comenzaron a sonar las sirenas de la alarma aérea. Nada de qué preocuparse, pensaron los habitantes de Hiroshima, acostumbrados a este tipo de alertas. Era un avión metereológico que sobrevolaba la ciudad en un día claro, soleado, luminoso. El avión norteamericano desapareció a las 7.25. Desde el *Straight Flush*, que así

se llamaba el avión metereológico, al mando del comandante Eatherly, se dirigió el siguiente mensaje al B-29 que se acercaba a las costas japonesas. «Y2-9 2-B 2-C1». A bordo del *Enola Gay*, a 10.000 metros de altitud, bromeaban sobre sus gorros. Unos los llevaban de cricket, otros de rugby, y Nelson, el encargado de la radio, se tocaba con un sombrero de paja. El resto eran gorros de policía. La llamada de Eatherly hizo que Nelson dejara su sombrero de paja a un lado para descifrar el mensaje: «Nubes bajas, 1 a 3/10. Nubes medias a 3/10, nubes altas 17/10. Consejo: primer objetivo». «¿Y ahora?», preguntó el comandante Forebee. «Hiroshima», respondió sin descomponer la figura el comandante del *Enola Gay*.

Tras mirar los cuadrantes y modificar el rumbo, el sargento Stiborik, que vigilaba el radar, le preguntó al jefe mecánico Schumard: «¿Crees que funcionará este cacharro?». Todos se preguntan lo mismo, incluido el jefe Tibbets. «¿Qué es lo que hará? ¿Un *bummm* espantoso?». Va a ser cosa del comandante Forebee, que tiene a *Little Boy* bajo sus pies. Es el especialista en dar en la diana. Los dados ruedan sobre la mesa. Tibbets comunica a los 2 aparatos de escolta que se alejen del avión. Tom Forebee comienza la cuenta atrás: «*4 minutos, 3 minutos, 2 minutos, 1 minuto… Pónganse las gafas oscuras*».

Nueve horas, quince minutos y diecisiete segundos, hora del *Enola Gay*. Forebee descubre a través de la mira el puente cuyas fotografías ha analizado durante horas y horas. Es el objetivo ideal. «*Go!*» (vete) grita al apretar el botón. Las compuertas se abren y Forebee confirma: «*Ha salido*». El coronel Tibbets deberá dominar el B-29. Tienen el tiempo contado para alejarse 15 kilómetros de *Little Boy*, que desciende en paracaídas y que estallará a 550 metros sobre Hiroshima. El coronel vira 155 grados.

Seis horas, quince minutos y cinco segundos, hora de Hiroshima: los tripulantes del *Enola Gay* cierran los ojos deslumbrados por la luz que libera la explosión. «*Atención, onda de choque* —advierte ahora el ametrallador Carón— *se acerca*». Tibbets lo explicaría así: «*Se parecía sólo que en más terrorífico a esos espejismos del desierto. Carón gritó que veía un segundo círculo con ligero retraso. En efecto, nos alcanzaron las 2 ondas. La primera de una fuerza de 2,2,5 prevista por los expertos, la otra, más débil. Cuando Carón me anunció que llegaban las 2 ondas viré de nuevo hacia la ciudad: quise comprobar los efectos de la explosión*». El navegante, capitán van Kirk, lo explicó 8 meses más tarde: «*Se diría una marmita con aceite negro en ebullición*». «*Sí, pero debajo* —le corregiría Carón— *parece como si hubiera un lecho de brasas que la hacen cocer*».

El *Enola Gay* se dirige hacia el mar. Lewis, uno de los tripulantes,

recordó más tarde: «En tres minutos la nube atómica, en forma de hongo monstruoso, subió hasta nuestra altura, nueve mil setecientos cincuenta metros, después nos superó». Van Kirk: «Yo pensé: Gracias, Dios mío, la guerra ha terminado y podré volver a casa». Son las 9.20, hora de Tinian: se recibe un mensaje del *Enola Gay:* misión cumplida con éxito. *«Good results». «Good results?»*, exclama Parsons al leer el mensaje que el radio ha enviado a la isla de las Marianas. ¿Buenos resultados? «Son extraordinarios, increíbles, no hay palabras para describirlo», corrige Parsons a Tibbets. «De acuerdo —responde el comandante—, resultados que han superado con mucho las previsiones». La euforia reina a bordo. Los tripulantes ríen, se abrazan, se palmean en la espalda, hablan de sus proyectos. «Los japoneses habrán comprendido después de recibir eso en la jeta», afirma uno de ellos, radiante.

UN FOGONAZO DE MAGNESIO

«Todos los días, a eso de las cinco y media de la mañana —escribió Pedro Arrupe—, aparecía en el cielo un avión norteamericano B-29 en viaje de reconocimiento. Su puntualidad matemática era tal, que la señal que anunciaba su venida coincidiría casi todos los días con la que me daban a mí para decir la Misa de 5 y media. Nadie se inmutaba por la venida del bombardero, incluso se le tomaba a broma. Le pusieron el nombre de “correo americano”. Así pasaron varios meses».

La mañana del 6 de agosto ocurrió algo nuevo: a eso de las 8 menos 5 de la mañana, fuera de su hora, apareció otro bombardero B-29. Pero la señal de alarma no produjo la menor impresión entre los jesuítas. Estaban acostumbrados a ver pasar sobre sus cabezas a escuadrillas de más de 100 aviones. La señal de alarma cesó 10 minutos después: «8 y cuarto de la mañana —consultó Arrupe el reloj —. Estaba yo en mi cuarto con otro Padre cuando, de repente, vimos una luz potentísima, como un fogonazo de magnesio disparado ante nuestros ojos. Naturalmente, extrañados, nos levantamos para ver lo que sucedía, y al ir a abrir la puerta del cuarto que daba hacia la ciudad, oímos una explosión formidable, parecida al mugido de un terrible huracán, que se llevó por delante puertas, ventanas, cristales, paredes endebles que, hechas añicos, caían sobre nuestras cabezas. La onda expansiva nos arrojó al suelo. Un padre alemán de más de 90 kilos de peso se hallaba apoyado en la ventana de su habitación y se encontró de pronto sentado en el pasillo, a varios metros de distancia,

con un libro en la mano. Seguía cayendo sobre nosotros la lluvia de tejas, ladrillos, trozos de cristal… tres o cuatro segundos que nos parecieron mortales, porque cuando uno teme que una viga se derrumbe sobre su cabeza el tiempo se hace muy largo».

El jesuíta vasco, licenciado en Medicina, tenía a su cargo a los treinta y cinco novicios de la Compañía de Jesús en Nagatsuka: «Cuando pudimos ponernos en pie, fuimos a recorrer la casa. No encontré a ningún novicio herido, ni siquiera con el menor rasguño. Salimos al jardín para comprobar dónde había caído la bomba. Al recorrerlo todo nos miramos extrañados: allí no había ningún hoyo, ninguna señal de explosión. Los árboles, las flores, todo parecía normal. Recorrimos los arrozales que circundaban nuestra casa cuando pasado un cuarto de hora, vimos que por la parte de la ciudad se levantaba una desoladora humareda. Subimos a una colina: teníamos ante nuestros ojos Hiroshima totalmente destruida, arrasada. Como las casas eran de madera, papel y paja y a esa hora se preparaba en todas las cocinas la primera comida del día, a las 2 horas de la explosión toda la ciudad era un enorme lago de fuego».

«Llamas de color azul y rojo, seguidas de un espantoso trueno y de insoportables oleadas de calor cayeron sobre Hiroshima, arruinándolo todo. Una gigantesca montaña de nubes se arremolinó en el cielo. En el centro mismo de la explosión apareció un globo de terrorífica cabeza. Una ola gaseosa a 750 kilómetros por hora barrió una distancia de 6 kilómetros de radio. Por fin, a los 10 minutos de la primera explosión, una especie de lluvia negra y pesada cayó sobre el noroeste de la ciudad. Era el *pikadon*, “pika” por el fogonazo y “don” por el estrépito que hizo la explosión de *Little Boy*». El presidente Truman, a bordo del crucero *Augusta*, regresa de Europa donde ha asistido a la conferencia de Potsdam. Un mensaje de radio le trae la esperada noticia: la primera bomba atómica de la historia ha sido lanzada con éxito. Reúne a los marinos del *Augusta y* les comunica la noticia: el lanzamiento de una bomba nueva. El anuncio fue recibido con vivas y aplausos. Esa es la versión que dio en sus *Memorias*. La verdad es que sus palabras fueron otras: «*Chicos, les hemos lanzado un pepino de 20.000 toneladas de*
TNT
». Después de la guerra un periodista le preguntó al presidente: «¿Cuál ha sido el remordimiento más grande de su vida?». Truman contestó: «*No haberme casado antes*».

En Tokio, la mañana del 7 de agosto, la radio difundió la noticia: «Una pequeña formación de B-29 ha sobrevolado Hiroshima ayer por la mañana y ha lanzado unas cuantas bombas. Como consecuencia de

esta incursión las casas han prendido fuego, se han incendiado. Se ha lanzado un nuevo tipo de proyectil en paracaídas que al parecer ha explosionado en el aire. Se lleva a cabo una investigación para comprobar la eficacia de esa bomba». En efecto, el alto mando envió un equipo investigador dirigido por el general Seizo Arisue: «Llegué a Hiroshima hacia las 5 y media de la tarde —escribió en su informe—. Cuando mi avión sobrevoló la ciudad sólo pude ver un árbol calcinado. No vi nada más que ese árbol muerto. La ciudad había sido totalmente aniquilada. Sí, esa era la palabra, "*aniquilada*"». Las primeras víctimas se cifran en 79.400. Los supervivientes son los *hibakusha*, los apestados de la Bomba A, el «pepino» de Truman. La leucemia afectará de una u otra forma entre 10 y 50 veces más de lo normal, a los supervivientes, que se encontraban a menos de 1 kilómetro de la explosión. Hasta los 1500 metros de distancia del punto cero el número de los cánceres se duplicará con relación a la media.

«Apenas se podía avanzar entre tanto ruido —recordó Pedro Arrupe—. Miles de personas salían de aquel infierno. Huían a duras penas, para escapar cuanto antes. No podían correr por las espantosas heridas que sufrían». Todo lo que el maestro de novicios guardaba en su botiquín era un poco de yodo, aspirina, sal de frutas y bicarbonato. ¿Qué hacer? ¿Por dónde empezar? Abrumado por el espectáculo, Arrupe cayó de rodillas: «Hice lo único que se podía hacer ante una hecatombe de aquella envergadura: rezar pidiendo luz y ayuda al cielo». Lo primero que vio en la ciudad arrasada fue un grupo de chicas jóvenes, de dieciocho a veinte años, que venían agarradas unas a otras, arrastrándose: una de ellas tenía la mitad del rostro quemado y un corte producido por la caída de una teja, que al desgarrarle el cuero cabelludo, dejaba ver el hueso. Le resbalaba por la cara una gran cantidad de sangre. Uno de los pacientes le dijo que sufría quemaduras cuyo origen no podía explicarse: «He visto una luz, una explosión terrible y no me ha sucedido nada: pero al cabo de media hora he sentido que se me iban formando en la piel unas ampollas superficiales y al cabo de 4 o 5 horas era ya una quemadura que empezaba a supurar, y eso sin fuego…». Se trataba de las radiaciones infrarrojas que mataban los tejidos y producían no sólo la destrucción de la epidermis y de la endodermis, sino también del tejido muscular.

«Son sufrimientos espantosos, terribles dolores que hacen que los cuerpos se retuerzan como serpientes. Sin embargo, no escuchaba un solo quejido: todos sufrían en silencio. Aquí es donde el pueblo japonés se manifiesta muy superior a los occidentales: en su estoicismo, en el control absoluto del dolor, tanto más admirable

cuanto más espantosa es la hecatombe». Nadie gritaba ni lloraba. Filas de heridos pasaban delante de las enfermeras improvisadas que, con un *fude*, un pincel para escribir caracteres, pintaban las heridas con mercurio cromo. O aplicaban pulpa de nabos, recomendados contra las quemaduras. El mercurio producía la destrucción de los tejidos. «Al principio el efecto era refrescante, pero al cabo de media hora, con el sol de agosto y con el pus que supuraban las heridas, aparecía una costra que provocaba dolores insoportables». Arrupe convirtió el noviciado en un hospital improvisado: un aldeano le trajo un saco de ácido bórico. Fabricaron vendas con las sábanas. Llegaban ancianos con heridas en carne viva, niños con los cuerpos abrasados, con cristales clavados en las pupilas o en el rostro, jóvenes que entraban en la casa dejando a su paso un reguero de pus.

«Desde que ocurrió la explosión no había vuelto a ver a una joven, que yo mismo había bautizado hacía menos de un año. Dos semanas después me avisaron que se encontraba en las ruinas de su casa. Me lancé hacia Hiroshima. Los escombros hicieron desaparecer todos los puntos de referencia para encontrar una calle o un edificio. Al cabo de 4 horas de inútil búsqueda, unas muchachas me dijeron: “Padre, por aquí, en aquella esquina, a la vuelta”. Les rogué que me acompañasen. Un japonés jamás dice que no a un extranjero, pero en aquella ocasión sólo me contestaron: “Sí, es allí, a la vuelta”. Fui solo. En el lugar indicado me encontré con que unos palos sostenían un tejadillo de latas chamuscadas. Intenté entrar pero un hedor insoportable me echó hacia atrás. Nakamura San apareció tirada en el suelo con las 4 extremidades hinchadas. Supuraban un pus que en hilillos turbios caía y empapaba el suelo. La carne requemada apenas dejaba ver más que el hueso y la piel. Así había permanecido 15 días, tendida sobre una tabla sin cepillar, sin que la pudieran atender, ni limpiar, alimentada tan sólo con un poco de arroz que le traía su padre, también herido. La espalda era una llaga medio gangrenada. No pudo cambiar de postura. Al tratar de limpiar la quemadura en la región coxal, me encontré con que la masa muscular corrompida y convertida en pus dejaba ver una cavidad, en la que cabía un puño cerrado, y en cuyo fondo hervía una madeja de gusanos».

Cuando Nakamura San abrió los ojos y vio que era el padre Arrupe el que se encontraba a su lado, sólo dijo estas palabras que no se le olvidarían nunca al jesuíta: «Padre Arrupe, ¿me trae la comunión?».

La trasladaron al noviciado. Las curas eran muy dolorosas. La fiebre hacía delirar a la enferma que creía ver a un fantasma que le oprimía el cuello para ahogarla. Dos meses después un ataque al corazón le arrebató la vida. Su propio padre se encargó de quemar el

cadáver cerca de la casa. Pero a la mitad de la cremación se le apagó la hoguera y corrió a llamar al padre Arrupe. «Aún me quedaba por ver, a media noche, el cadáver de Nakamura San con el rictus del dolor en su rostro y su carne medio derretida por el fuego. Entonces vino a mi memoria aquella frase de San Ignacio en su libro de los *Ejercidos*. “Como una llaga y postema de donde ha salido… ponzoña tan turpísima”».

Pregunté al padre Arrupe cuáles fueron las curaciones que causaron más sufrimiento: «*Las de los niños* —respondió—, *todos saben que en Japón se adora a los niños. Al producirse la explosión, miles de ellos quedaron separados de sus padres, heridos, abandonados a su suerte en la ciudad y sin poder valerse por sí mismos. Lo que nos desconcertó fue que muchas personas, que no sufrieron ninguna herida, pasados unos cuantos días, venían a nosotros para decirnos que se sentían débiles, que se abrasaban por dentro. Poco después morían. Tenían las encías ensangrentadas, la fosa bucal llena de heridas pequeñas, perdían los cabellos: los síntomas del ataque radioactivo. La bomba atómica emitió tres clases de ondas, una explosiva, otra térmica y la última radioactiva*».

UNA PROCESION DE HORMIGAS

El relámpago que desgarró el cielo y destrozó la materia, el hongo rojo que escapó hacia el cielo, dejó, además de los muertos, 9.000 heridos y 14.000 desaparecidos. Mizu no Muyako, la metrópoli de las aguas, el nombre poético de Hiroshima, había dejado de existir. ¿Será así el fin del mundo? «Fue horrible —contó el doctor Tabuchi—. Centenares de heridos pasaban por delante de nuestra casa huyendo hacia las montañas. La piel se les caía a tiras. Desfilaron como una procesión de hormigas durante toda la noche hasta que al llegar la mañana detuvieron la marcha. Se amontonaban tantos muertos en las carreteras que resultaba difícil pasar». Soldados sin rostro, cuerpos carbonizados que, como en la explosión de Pompeya, permanecían tal y como fueron sorprendidos por la luz cegadora de *Muchachito*, en los bancos de los tranvías, en los parques, con las orejas fundidas. «Vi grandes estanques de agua —contó el doctor Hanaoka— cubiertos hasta el borde de cadáveres, cocidos vivos. En uno de estos estanques vi cómo al lado de un muerto un hombre bebía sangre mezclada con detritus humanos. Se había vuelto loco. Sufrían diarreas, espantosos dolores en la garganta, erupciones en la piel, vómitos, fiebres violentas. Por la tarde, el viento trajo olor a sardinas asadas. Los equipos de rescate quemaban los cadáveres. Centenares de cuerpos se

consumían en los braseros. Los primeros mártires del átomo no sabían que habían sido atomizados. No sabían por qué morían. También los médicos se preguntaban qué era lo que les mataba. Sin embargo, no se escuchaba una sola voz contra los causantes de la tragedia. Nadie protestaba. No cundía el pánico. El pueblo estaba habituado a las catástrofes naturales, tifones, terremotos, olas marinas».

Se sucedieron episodios extraordinarios como el que cuenta Michihito Hachiya en *Diario de Hiroshima*:

> «Yasuda era el encargado de proteger la imagen del Emperador, un empleado de la Central de Correos al que la explosión le sorprendió en un tranvía que le llevaba a Hiroshima. Sin pensar en otra cosa se precipitó a través de las ruinas de las casas y llegó a la central antes de que la devoraran los incendios. Lo primero que hizo fue subir al cuarto piso donde se encontraba el retrato del Emperador. Forzó la puerta de hierro del salón. Se hizo con la efigie de Hirohito y se dirigió con ella al despacho del director. Después de deliberar sobre el siguiente paso todos decidieron que lo mejor sería llevarlo al castillo de Hiroshima, que parecía relativamente a salvo del fuego. Colocaron la imagen del Emperador atada sobre la espalda del funcionario señor Yasuda y el cortejo se puso en marcha. Se dirigió primero al jardín interior de la Central donde el director anunció a los empleados reunidos allí que se disponían a guardar la imagen del Emperador en un lugar seguro. Ante el anuncio, todos, incluidos los heridos, inclinaron la mirada hacia el suelo».

Mientras uno de los funcionarios corría en busca de la bandera del Sol Naciente, que debía preceder a la efigie del emperador, el cortejo se puso en marcha. Durante el trayecto la procesión se encontró con gran número de muertos y heridos que aumentaban a medida que se acercaban al río Ota. Los miembros de la comitiva gritaban a los heridos que se interponían a su paso: «¡La imagen del emperador! ¡Abran paso!». Ante estas palabras, todos, civiles y soldados, cualquiera que fuera su estado, con sus rostros cubiertos de llagas, devorados por el fuego, se inclinaban o saludaban militarmente. Los que eran incapaces de ponerse en pie juntaban las manos a la altura del pecho. La muchedumbre abría paso. El cortejo pudo llegar por fin al río. Cuando la imagen fue llevada hasta una barca en la que viajaría hasta el castillo los soldados desenvainaron sus sables. «Todos los civiles se inclinaron hacia la tierra —añadía en su relato Michihito Hachiya—. Era algo sublime». «No sé lo que sentía —confesó el director de Correos, el señor Ushio— pero rezaba para que nada le ocurriera a la imagen de su majestad». El río se hallaba en calma. El señor Ushio tendía la imagen del emperador hacia el cielo en medio de todos aquellos seres agonizantes. Hachiya, médico famoso, director

del hospital, terminó con estas palabras la narración de la escena: «Yo creí que la imagen del Emperador había perecido entre las llamas, pero al ver que lo poníamos a salvo sentí mi corazón invadido por un calor sobrehumano». Estallaba el apocalipsis y todo lo que les preocupaba era salvar el retrato del Emperador.

UN LUJO MORTAL

Era el presagio de un mundo terrible. «La vieja bomba —escribió Anthony Burgess— es grande, pero acogedora y familiar, como los nazis y Glenn Miller. Hemos progresado mucho desde entonces. Hemos aprendido a vivir con la bomba. Hoy sabemos —añadía el autor de *La naranja mecánica*— y entonces lo suponíamos, que Japón estaba dispuesto a rendirse antes del 6 de agosto de 1945. La bomba fue un lujo mortal. Se invirtieron cantidades tan ingentes en su desarrollo que había que utilizarla. No haberla utilizado hubiera sido como gastar millones en una producción en cinemascope con un reparto estelar y luego tirarla a la basura. Así, pues, todos nos sentamos en la oscuridad comiendo nuestras palomitas y viendo el *show*. Duró poco, pero fue espectacular: un hongo monstruoso en el cielo. Valió el precio. Pero nos alejamos del cine con una sensación más de depresión que de alegría. Y sin embargo, dimos gracias a Dios de que Hitler hubiera echado de su país a los genios científicos judíos, dando al traste con la posibilidad de crear la bomba. No nos hacía ninguna gracia la posibilidad de que nuestro gran aliado, el tío José Stalin, se hiciera con ella. A pesar de todo no éramos del todo felices. Y a pesar de que nos decíamos a nosotros mismos que los japoneses lo estaban pidiendo, no podíamos dejar de sentirnos culpables». «Dios mío, qué hemos hecho», musitó el copiloto del *Enola Gay*, Robert Lewis. «Ahora todos somos unos hijos de puta», exclamó Robert
F.
Oppenheimer, el padre de la bomba atómica, cuando el 16 de julio de 1945 el resplandor de los mil soles iluminó Alamo Gordo. «Oppie», como le llamaban sus amigos, fue un hombre triste hasta su fallecimiento en 1967. El comandante del avión meteorológico que seleccionó Hiroshima para tan terrible prueba, Eatherby, trató de buscar la paz interior en un monasterio. El remordimiento no le dejaría vivir. «Los físicos han conocido el pecado», afirmó Oppenheimer al abandonar Los Alamos. Poco después caerían sobre él las sospechas de los cazadores de brujas.

La noticia conmovió al mundo. *El Alcázar* de Madrid titulaba «La

ciudad de Hiroshima destruida por un incendio». *Pueblo*: «Toda señal de vida quedó extinguida en Hiroshima». El día 22, *El Alcázar* facilitaba nuevos datos: «Más de 60.000 muertos y 100.000 heridos en Hiroshima por la bomba atómica». Franco se enteró en su despacho de El Pardo de cómo las gastaban los yanquis. Todo estaba a punto para cambiar de ritmo: de Hitler a Eisenhower. En España se fusilaba a diario. Según el historiador franquista Salas Larrazábal, hasta 30.000 personas cayeron ante el paredón. La canción de moda, de Bonet de San Pedro, era la metáfora de la situación de avitaminosis en que vivía una nación destrozada por la guerra civil. «Rascayú, cuando mueras qué harás tú; tú serás un cadáver nada más». Los anuncios recomendaban Sarnical (de sabor muy agradable). Para los estómagos caídos el elevador Narla y para los que caminaran encorvados, Espaldillas Juventud.

A partir de entonces, todo empezó a ser atómico: las escobas que se llevaron los manifestantes contra el bloqueo de la
ONU
al palacio de Oriente eran «atómicas», fabricadas en España, las bellezas eran anatómicas y atómicas, lo mismo que los ases del balompié, los goles atómicos o los tortazos de los campeones de boxeo o las pedaladas de Julián Berrendero o Delio Rodríguez. Faltaban casi 15 años para la visita del presidente Eisenhower a Madrid. «Hoy ha terminado la guerra civil», aseguró el jefe del Estado después de abrazar a «Ike».

Franco sacó el dedo mojado a su ventana de El Pardo para conocer hacia dónde soplaba el viento: cambió el Gobierno, en Exteriores al elegante filonazi bilbaíno José Félix de Lequerica le sustituyó un cristiano, Alberto Martín Artajo, cuyas palabras 15 días después de la explosión de Hiroshima reprodujo José María Izquierdo en un reportaje publicado en 1985 en *El País:* «La rendición del Japón, que pone fin a la guerra, es la noticia más grata que han podido recibir todos los españoles amantes de la paz. Por eso, creyendo interpretar el sentir de todos los españoles, el Gobierno dispuso que ondeara la bandera nacional, en señal de júbilo, en todos los edificios públicos». Así se barrían seis años de colaboración con los países del Eje. En 1966, en Palomares (Almería), los españoles conocieron, a pesar del baño reparador del ministro Fraga Iribarne y el embajador norteamericano Duke, un presagio de Hiroshima, un soplo, un escalofrío del demonio nuclear.

El calipso caribeño, con su talento para el sarcasmo, puso en circulación una melodía con esta letra: «Fue el final de la Segunda Guerra Mundial. Cuando la bomba atómica cayó sobre Hiroshima.

Aunque algunos tontos lo tacharon de crimen internacional. Sin embargo mostraba el progreso de los tiempos modernos».

En el Museo de la Paz hemos visto los cuerpos «fotocopiados» en las paredes por la explosión, figuras de cera de mujeres y niños de piel fundida por los rayos, restos de cuerpos desintegrados. Hemos escuchado los testimonios de los *hibakusha*, los supervivientes del infierno.

LA VOZ DE JADE

Tres días después del *Muchachito* de uranio, *Fat Man*, otra bomba, cayó sobre Nagasaki. *El Gordo*, de plutonio. Según el Estado Mayor, «una doble dosis les enseñaría a los *japs* lo que era bueno». Los científicos deseaban saber si *El Gordo* se portaría como *Muchachito*. Después de Hiroshima fue una acción totalmente cruel e innecesaria. El buen tiempo, la meteorología condenaron a Nagasaki y salvaron a Kokura: 35.000 muertos y 60.000 heridos por las radiaciones. El *Fat Man* estuvo a la altura de *Little Boy*. Ese mismo día, la
URSS
declaraba la guerra al Japón para invadir Manchuria, Corea del Norte, el sur de Sajalín, las Kuriles. Conquistaron un territorio más de 3 veces el tamaño de España con tan sólo 8.000 muertos. «Puede decirse —declaró el general soviético Malakov— que la tontería norteamericana no ha tenido límites». El embajador japonés en Moscú buscaba por esos días la mediación de Stalin.

El 10 de agosto, «la voz de Jade», Hirohito, de 32 años, Hijo del Cielo pidió a los dirigentes de Japón que le comunicaran sus impresiones. ¿Qué debía hacer? Unos se mostraron partidarios de poner condiciones a la rendición, otros pensaron que tan sólo una cláusula podría negociarse con MacArthur: el sagrado estatuto del Emperador. El primer ministro Suzuki zanjó el asunto con un grito: «Propongo que nos dirijamos al guía imperial». Un mortal tenía la audacia de dirigirse al emperador para pedirle su opinión: «Hay que soportar lo insoportable», dijo el dios-emperador con voz lenta. No podían rechazarse las condiciones de los aliados. Suzuki se volvió hacia sus colegas y dijo: «Su majestad ha hablado». En Estados Unidos el demócrata Tom Stewart pidió que colgaran a Hirohito por los pies. El senador Langer sugirió que «lo mataran como a Hitler». Acalladas esas y otras voces que clamaban venganza, la moderación se impuso: había que salvar al trono para que Japón se uniera a las «naciones libres» en su lucha contra el comunismo.

El general Anami pidió un papel y un pincel para escribir un poema y despedirse del mundo y de la vida: con todos los respetos solicitaba perdón al Emperador por quitarse la vida. Se abrió el vientre con su sable mirando hacia el palacio imperial. Japón vivió una formidable ola de suicidios. Los últimos camicaces hicieron despegar sus aviones y se estrellaron contra el suelo. Grupos de jóvenes nacionalistas se quitaron la vida ante la puerta principal de palacio.

El 15 de agosto se anunció en todas las ciudades de Japón que el emperador hablaría al mediodía por la radio. Todos deberían escuchar su voz. Los trenes se detuvieron, los niños dejaron de ir a la escuela, los obreros abandonaron las fábricas y los campesinos sus huertos. Los altavoces instalados en medio de las ruinas traerían a todos la voz del Hijo del Cielo. Los hombres se pusieron sus trajes de boda. A mediodía sonaron las sirenas y la radio difundió el himno nacional, el *Kimiyago*. Era la primera vez que los japoneses escuchaban la voz de su emperador. «El enemigo —dijo la voz sagrada— ha empezado a utilizar una bomba nueva de una crueldad inaudita, cuya potencia de destrucción es incalculable. Si continuáramos la lucha, ésta nos daría por resultado no sólo la destrucción de la nación japonesa, sino que conllevaría la extinción total de la civilización humana. Por eso hemos ordenado la aceptación…». La voz calló. Todo el Japón lloraba.

MAS VALE MORIR

¿Qué es lo que pasaba mientras tanto en la ciudad atomizada? Cuenta el doctor Hachiya en *Diario de Hiroshima* que alguien gritó: «“Más vale morir que ser vencidos”. Todo el hospital respondió en un grito unánime de indignación. Nada podía calmarles. Yo mismo pensaba que era mejor luchar hasta el final. Pero el Emperador nos había dado la orden de capitular. Sólo nos quedaba inclinarnos ante su voluntad». En Tokio, cuatro adolescentes de quince años anunciaron a sus padres con el mayor de los respetos que se disponían a suicidarse bajo los pinos, cerca de Palacio, para ayudar al Emperador a soportar su cruz.

En su cuartel general de la isla de Guam, el jefe de la flota del Pacífico, el almirante Nimitz, acogió sin que le temblara un músculo la noticia de la rendición japonesa. En cambio, los jefes de su Estado Mayor reaccionaron con júbilo, con lanzamiento de gorros al aire y frases como ésta: «Que los sucios *japs* se vayan al infierno». Fue entonces cuando el almirante se retiró a su despacho para redactar una orden que exigía a sus hombres el respeto para con el vencido:

«Ahora que la guerra ha terminado no deben insultar a los japoneses, tanto como raza como individualmente. Una actitud así sería indigna de los oficiales de la Marina de Estados Unidos».

El emperador era el único que no podía hacerse el haraquiri. La efusión de sangre real representaba en sí misma un acto sacrilego. Hirohito no se encontraba a bordo del *Missouri*, el acorazado preparado para el ceremonial de la rendición nipona y fondeado en la bahía de Tokio. Sería más útil desde su palacio imperial encerrado en su laboratorio de experto en biología marina. El acorazado *Missouri*, de 45.000 toneladas, era el buque insignia de la flota del Pacífico. Ahora, tras cañonear varias islas, con el olor a pólvora aún fresco, su proa apuntaba hacia el monte sagrado, el Fujiyama. Todo estaba dispuesto para la ceremonia de la capitulación.

La delegación de los derrotados la encabezaba el ministro de Asuntos Exteriores, Mamoru Shigemitsu, vestido de chaqué y chistera, y el general Umezu, que representaba al Estado Mayor nipón, vestido de uniforme. Era un día frío, demasiado frío para primeros de septiembre. El ministro de Exteriores japonés arrastraba su pierna ortopédica cuando subió a bordo. Había sufrido un atentado terrorista en Shanghai, en el que perdió una pierna. Era el 2 de septiembre de 1945. Para los japoneses el segundo día del noveno mes del vigésimo año de Showa del 2.605 de la subida al trono del emperador Jimmu. El general Umezu mostraba el pecho cubierto de condecoraciones. Al principio se negó a tomar parte en la ceremonia de la rendición: hubo de recibir la oportuna llamada de Hirohito. Pero ni siquiera el emperador pudo convencer al almirante Toyoda para que subiera a bordo del *Missouri* con objeto de firmar el acta de capitulación. El almirante pidió a su Jefe de Operaciones, Tomioka, que ocupara su lugar en un momento tan triste para un militar japonés. «Usted perdió la guerra, luego le toca firmar la rendición», le dijo a Tomioka, que prometió que se haría el haraquiri en cuanto regresara a su casa. La delegación japonesa subió al acorazado a las 8.55 de la mañana. Un testigo escribió que los comandantes aliados, los mismos que sufrieron la tortura y el cautiverio a manos del ejército imperial, contemplaron la llegada de los vencidos «con una salvaje satisfacción». El *The Star-Spangled Banner (La bandera estrellada)* sonó a través de los altavoces. Entonces apareció en uno de sus teatrales golpes de efecto el general Douglas MacArthur vestido de caqui, sin condecoraciones en el pecho, flanqueado por los almirantes Nimitz y Halsey. Así habló el general MacArthur:

«No nos hemos reunido aquí, como representantes de la mayoría de los

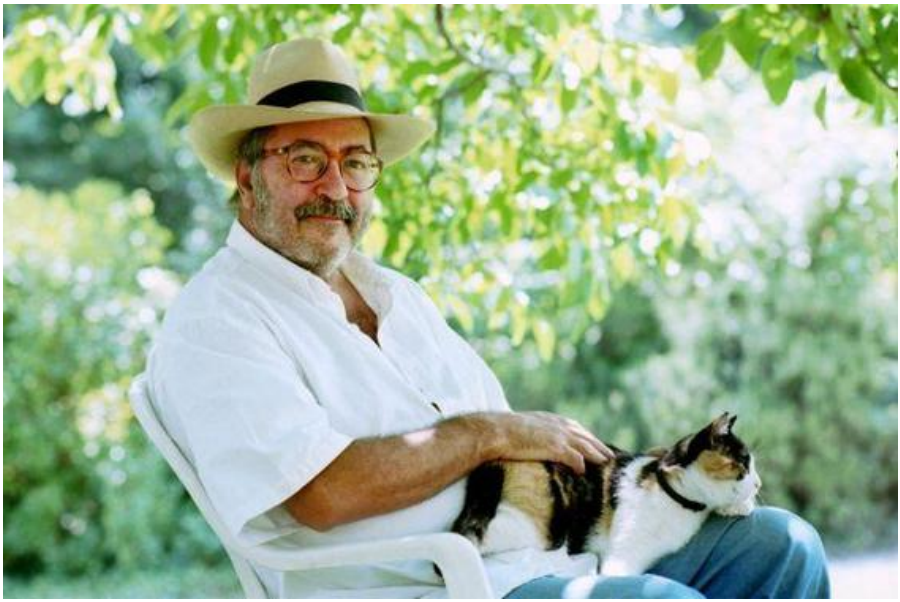
pueblos de la tierra, animados por un espíritu de desconfianza, odio o malicia. Por el contrario, todos nosotros, tanto vencedores como vencidos, debemos esforzarnos por alcanzar aquella elevada dignidad que es la única que puede beneficiar los sagrados fines que nos disponemos a cumplir, comprometiéndonos todos sin reservas a cumplir fielmente los compromisos que nos proponemos asumir. Es mi más fervorosa esperanza y ciertamente la esperanza de toda la humanidad, que de esta solemne ocasión nazca de la sangre y las matanzas del pasado un mundo mejor; un mundo fundado sobre la fe y la comprensión; un mundo consagrado a la dignidad del hombre y el cumplimiento de sus más profundos anhelos: la libertad, la tolerancia y la justicia».

El guerrero, para sorpresa de todos, hablaba de libertad, tolerancia y justicia. Dos copias del Acta de Capitulación esperaban a los firmantes en la cubierta del acorazado sobre una sencilla mesa. Una encuadernada en cuero, la de los aliados, y la otra en negro, la de los japoneses. El ministro Shigemitsu se desprendió sus guantes amarillos, se quitó la chistera y firmó al pie del documento. Después lo hizo el general Umezu, pálido, como en otro mundo. Un testigo japonés, al contemplar a los representantes de las 4 grandes naciones, se preguntó «*cómo fue posible que Japón, una nación pobre, cayera en la temeridad de declarar la guerra a un conjunto de naciones tan poderosas. Fue Japón contra todo el mundo*». En efecto, el exceso de soberbia, la incapacidad para comprender las necesidades tácticas y estratégicas de una guerra total llevaron a Japón al *Missouri*. Mientras los aliados se ponían al día en armamento y en reclutamiento, los japoneses olvidaron que sin nuevos aviones, sin tácticas nuevas, con tan sólo el *banzai*, las miradas al palacio del Emperador y el recurso al haraquiri no se ganaba una guerra.

La ceremonia discurrió sin incidentes. La delegación japonesa, que esperaba un rapapolvo, una humillación añadida, tardó en comprender el significado de las palabras de MacArthur, el hombre que unos años más tarde propondría arrojar la bomba atómica al norte del río Yalu para ganar la guerra de Corea. Un general de la República china, un almirante de Gran Bretaña, un teniente general soviético, un general de Australia, un coronel por Canadá, el general Leclerc, el libertador de París, por Francia, un almirante por Holanda y un general de la fuerza aérea de Nueva Zelanda rodeaban a MacArthur. Tan sólo un delegado de los aliados, borracho, se puso a hacer gestos hostiles a la delegación nipona. MacArthur sacó cinco estilográficas de su bolsillo y estampó su firma con ellas. Después, entregó la primera a Wainwright, al que puso a su lado, recién salido de un campo de prisioneros, el hombre de Corregidor. La segunda pluma fue para Percival, el general británico derrotado en Singapur. La tercera pluma

iría a la academia de West Point y la cuarta a Annapolis. La última, una pluma barata, color rojo, pertenecía a su mujer Jean.

La ceremonia duró 18 minutos. A las 9.45 de la mañana, MacArthur se levantó para pedir con su voz de acero que todos los presentes rezaran por la paz «y que Dios la conserve para siempre». A Douglas MacArthur le esperaban en los cincuenta las trincheras de Corea. La guerra, que empezó con el bombardeo de mi pueblo, Guernica, terminó ocho años después con el bombardeo y la destrucción de Hiroshima. «Después de las guerras de los grandes, vendrán las guerras de los pigmeos», profetizó Churchill. El tiempo le daría la razón.



MANUEL LEGUINECHE (28 de septiembre de 1941 - 22 de enero de 2014)escritor y periodista. Fundador de las agencias de noticias Colpisa y Fax Press, fue uno de los grandes periodistas españoles de nuestro tiempo y uno de los pocos que ha sabido crear un estilo tan personal como atractivo para las grandes audiencias. Sus libros han sentado las bases de un nuevo género en nuestro país, convirtiéndolo en un maestro indiscutible del periodismo literario. Entre sus numerosas obras cabe destacar *Los años de la infamia: crónica de la II Guerra Mundial* (1995), *Adiós, Hong-Kong* (1996), *Annual, 1921* (1997), *Apocalipsis Mao: una visión de la nueva China* (1999), *La felicidad de la tierra* (1999), *Recordad Pearl Harbour* (2001), *Gibraltar* (2002), *Madre Volga* (Seix Barral, 2003) y *El último explorador* (Seix Barral, 2004). Algunos de los galardones que ha merecido su obra son el Premio Nacional de Periodismo, el Pluma de Oro, el Cirilo Rodríguez, el Godó, el Julio Camba y el Ortega y Gasset.